BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO NACIONAL

Juan José Hernández Arregui

Imperialismo y cultura



Peña Lillo
Ediciones Continente







COMPARTIR Y EMANCIPAR EL SABER

La edición y reedición digital de estas obras es una apuesta por enriquecer el acervo cultural de la Nación y un paso fundamental en la lucha por garantizar el consumo igualitario de los bienes culturales.

Esta biblioteca reúne los objetivos de la Dirección Nacional de Acción Federal que, a través de diferentes programas, alienta y promueve la inclusión, la revisión histórica y la reflexión crítica para todas las provincias, en pie de igualdad. Asimismo, la iniciativa se enmarca entre los propósitos del Instituto de Cultura Pública que lleva adelante la mencionada dirección.

La Biblioteca Federal representa, para la Secretaría de Cultura de la Nación, el fortalecimiento de uno de sus principales núcleos de acción: la federalización y democratización del saber.

Con más fuerza que nunca, en acciones de esta magnitud, se persigue la descentralización de los contenidos de carácter histórico y artístico que definen una identidad y constituyen un patrimonio público inalienable.

Dentro de esta biblioteca habita un ideal, la tentativa de construir un relato escrito en representación de aquellos que quedaron relegados en los escombros de la historia. Porque cuando el mercado deje de ser el terreno en que se libra la batalla por el derecho a la cultura, el saber popular tendrá el poder emancipador para defender la soberanía y la pluralidad.

Dra. María Elena Troncoso
Directora Nacional de Acción Federal
Directora de Asuntos Jurídicos (A/C)
Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación

Imperialismo y cultura
1ª edición

Ediciones Continente
Pavón 2229 (C1248AAE) Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54–11) 4308–3535 – Fax: (54–11) 4308–4800
e–mail: info@edicontinente.com.ar
www.edicontinente.com.ar
ISBN–10: 950–754–131–4
ISBN–13: 978–950–754–131–5
Corrección: Ronaldo Pellegrini
Diseño de tapa: Estudio Tango
Diseño de interior: Carlos Almar

Hernández Arregui, Juan José
Imperialismo y cultura – la ed. – Buenos Aires : Continente–Pax, 2005. 320 p.; 23x16 cm.
ISBN 950–754–131–4
1. Historia Política Argentina. I. Título CDD 320.982

Ediciones Continente
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Libro de edición argentina

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2005,
en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, Buenos Aires, Argentina.

Índice

Advertencia a la II edición

Advertencia a la III edición

Prólogo

Prefacio a la Iª Edición

Capítulo I. — EL IMPERIALISMO Y LA CRISIS DE LA ESPIRITUALIDAD DE NUESTRO TIEMPO – El siglo XIX y el imperialismo – Fracaso del liberalismo – El siglo XIX y la literatura actual – El romanticismo, el realismo y el naturalismo como antecedentes – La profecía de Rainer María Rilke – La literatura actual y sus tendencias – Valery, Schweitzer, Koestler, Malraux, Mauriac, Kafka, Faulkner, Sartre, etc. – Crisis de la cultura burguesa – El artista en el capitalismo – Públicos, círculos – La dependencia del artista en el mercado del trabajo

Capítulo II. — EL IMPERIALISMO Y LA LITERATURA NACIONAL – El modernismo y la situación política de la Argentina a principios del siglo XX. Imperialismo y penetración cultural – El fracaso intelectual de la generación de 1900 – Búsqueda del país y divorcio de la clase alta – Groussac y Alberdi: dos posiciones – La ciudad puerto y la soledad de los escritores – Manuel Galvéz, Almafuerte, Carriego – Manuel Ugarte, Ingenieros, etc. El modernismo de las "élites" – E. Rodríguez Larreta – Leopoldo Lugones y el intento de una literatura nacional – La polémica de Florida y Boedo

Capítulo III. — EL IMPERIALISMO, LA CRISIS DE 1929 Y LA LITERATURA DE BUENOS AIRES – La crisis de 1929 y la caída de Yrigoyen. La situación del país después de 1930. La ofensiva imperialista – El "estatuto del coloniaje" – La situación de la clase media porteña – Roberto Arlt – El nacionalismo literario: M. Gálvez – Reencuentro con el país: Scalabrini Ortiz – El tango como reflejo social de un estado colectivo

Capítulo IV. — EL IMPERIALISMO, LA AFIRMACION DE LA OLIGARQUÍA Y LA LITERATURA DE "ÉLITE" – La literatura del monocultivo – Imitación formal y escepticismo – La reacción nacionalista: sus tendencias – El nacimiento de la revista *Sur* – Victoria Ocampo – Los supuestos iniciales – Posición frente al país y América Latina – La cultura de la oligarquía: Ricardo Güiraldes – La política extraliteraria del grupo – Rasgos antinacionales de esa literatura – La llamada sociedad del escritor – "Élites", cargos públicos y crítica literaria – La política de los parches concertados

Capítulo V. — EL IMPERIALISMO Y LA IMAGEN COLONIZADA DE LA ARGENTINA – La crisis de la Cultura en los países dependientes – La literatura europea en América – Jorge Luis Borges: una "superstición" – Su interpretación del "Martín Fierro" – La técnica de una malversación literaria – Hernández y Lugones disminuidos – El significado de Borges – E. Mallea – E. Martínez Estrada: la pampa espectral – Aislamiento del escritor urbano – Filosofía de la Historia y folletín – La "cabeza de Goliath" estómago del imperialismo – América Latina: una catástrofe cósmica

Capítulo VI. — EL IMPERIALISMO Y EL RETORNO DE LAS "ÉLITES" – La revolución de 1945 – Ascenso de las masas – La caída de Perón – Inglaterra concluye la operación – La vuelta de los políticos, Huergo, Pinedo, Prebisch y de los intelectuales de 1930 – La confusión de los intelectuales – Martínez Estrada y los enanos – La política del espíritu se hace militancia: A. Girri, C. Gándara, B. Canal Feijoó, S. Soler, etc. – A.S.C.U.A. y el federalismo – C. A. Erro, José P. Barreiro, etc. – Hacia una nacionalización de la inteligencia argentina

Capítulo VII. — EL IMPERIALISMO Y LA PEQUEÑO–BURGUESIA DE LOS DEPENDIENTES – La prensa amarilla – La captación de las clases medias – Las campañas moralizadoras – La pequeña burguesía como control político – Los intelectuales de la clase media en la Argentina – Ernesto Sabato, escritor típico – Su carta al católico Mario Amadeo – Eclecticismo del escritor pequeño burgués – Dostoievski desmiente a Sabato – La soledad verdadera del escritor – El neoperonismo de Ernesto Sabato y los griegos

Capítulo VIII. — EL IMPERIALISMO Y LA CULTURA HISPANOAMERICANA – ¿Qué es

Hispanoamérica? – Definición de la Cultura – El arte hispanoamericano – Historia y Cultura – Folklore y Cultura – Espacio y Cultura – Economía y Cultura – Lengua y Cultura – La industrialización – El panamericanismo – Un destino propio para la América Latina

Apéndice

Por Alberto Lettieri (*)

Nunca quizá como estos días resultó tan relevante la reedición del ensayo de Juan José Hernández Arregui: Imperialismo y Cultura (1957), aporte fundamental para la indispensable batalla cultural que constituye un requisito ineludible para la consolidación del modelo nacional, federalista y popular, y la consolidación de una sociedad realmente democrática y pluralista.

Nacido en Pergamino, el 29 de septiembre de 1913, Hernández Arregui estudió derecho en la UBA, para luego trasladarse a Villa María (Córdoba), donde en 1931 se afilió a la UCR yrigoyenista. En los inicios de la década de 1940 cursó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, completando de este modo su formación como intelectual humanista.

El surgimiento del peronisimo provocó un cambio trascendental en la sociedad argentina. Valores tales como igualdad, justicia social, democracia, solidaridad e inclusión social conformaron el nuevo paradigma revolucionario, que contó con el respaldo masivo de las mayorías populares. Sin embargo, en su gran mayoría los intelectuales fueron reactivos a este cambio profundo de la sociedad, y asumieron posiciones claramente reaccionarias. No fue, por cierto, el caso de Hernandez Arregui. Convocado en 1947 por Arturo Jauretche para desempeñarse como Director de Publicaciones y Prensa del Ministerio de Hacienda de la Provincia de Buenos Aires, comenzó a desarrollar una prolífica tarea de esclarecimiento sobre las bases culturales y sociológicas de la dependencia nacional, y en particular sobre las contradicciones del intelectual de clase media, que, autodefinidos como progresistas y democráticas, en la práctica cultivaban el paradigma reaccionario y autoritario sin solución de continuidad.

"La clase media –señalaba Hernández Arregui- tiende a la formación de grupos intelectuales que fluctúan, por diversos motivos, entre las élites que miran hacia arriba y los ghettos espirituales que miran hacia abajo. Esto explica la abundancia de intelectuales de izquierda que se pasan a la derecha ideológica, al conservatismo social. En realidad, los intelectuales son los que sienten más vivamente esta situación incierta que ocupan en la sociedad. Mientras la perspectiva de descender les lleva a la comprensión de la lucha que libra la clase trabajadora por otra parte les estimula a no caer en ella". Su evidente menosprecio hacia los sectores populares, en opinión de nuestro autor, fue consecuencia directa de la decadencia española, a partir del Siglo XVII, y el lento pero consecuente reemplazo de las bases culturales de la dominación en la etapa colonial por el paradigma excluyente del liberalismo inglés, que reemplazaba al ser humano como protagonista de la sociedad en beneficio de la propiedad privada y la concentración de la riqueza.

Las tesis de Hernández Arregui mantienen hoy en día toda su actualidad, son llamativamente oportunas al momento de interpretar el sentido de las opiniones lescivas de los intereses nacionales formuladas por algunos intelectuales –como por ejemplo Luis Alberto Romero o Beatriz Sarlo- que siguen asociando la civilización con la dependencia, y no se privan, por ejemplo, de denominar como Falklands a nuestras Islas Malvinas, u oponerse a las políticas de reafirmación del Estado Nacional sobre nuestros recursos naturales desde las paginas de los oligopolios mediaticos. "Estos intelectuales democráticos –afirmaba nuestro autor-, a veces a pesar de ellos, sin conciencia de su verdadera situación al ligarse a la oligarquía, representan a la pequeño burguesía proimperialista. El carácter uniformemente extranjerizante de sus escritos, refleja la naturaleza portuaria de esa mentalidad parasitaria del comercio de exportación. En esa literatura hay también una "voluntad de forma". Una voluntad narcotizante en el doble plano estético y político".

En la actualidad, las señales de cambio resultan evidentes, ya que no es la voz de estos intelectuales colonizados la única que retumba en los espacios públicos y educativos. En efecto, en la

última década –sin dudas una “década ganada” también en el aspecto cultural-, la conciencia de la necesidad de profundizar la batalla cultural se va extendiendo a lo largo y a lo ancho de nuestra sociedad, confluyendo políticas públicas con la acción de ensayistas e intelectuales enrolados en una perspectiva nacional, popular y democrática y la favorable disposición de la militancia popular. Gracias a esto, se ha conquistado un valioso territorio en la lucha por la independencia cultural y la reivindicación de nuestra identidad iberoamericana. Hernández Arregui fue uno de los pioneros en este campo, y asi lo reconocía el celebre Envar el Kadri, en carta del 15 de enero de 1970: "Usted tiene el mérito de ser uno de los pocos intelectuales que ha sido capaz de sembrar ideas por las cuales valga la pena morir, o vivir peleando por su aplicación -que es lo mismo-. Y nosotros hemos leído sus trabajos hace tiempo, cuando superando la adhesión emocional al peronismo que nos impulsaba a la acción, debimos buscar bases más firmes y sólidas para seguir luchando".

Entre los aportes de Hernández Arregui debe destacarse también su preocupación por los contenidos escolares, instrumentos fundamentales de la dominación cultural impuesta por la oligarquía colonialista: “En la escuela le enseñaron a preferir el inmigrante al nativo, en el colegio nacional que el capital extranjero es civilizador, en la Universidad que la Constitución de 1853 ha hecho la grandeza de la Nación o que la inestabilidad política del país es la recidiva de la montonera o de la molicie del criollo. Este estado de espíritu, fomentado sutilmente por la clase alta aliada del imperialismo, distorsiona la conciencia de estos grupos, cuyo escepticismo frente al país favorece el pasivo sometimiento intelectual". El cambio social hacia una sociedad justa e igualitaria debe articularse, necesariamente, con un nuevo relato sobre nuestro pasado, que destaque el protagonismo de los sectores populares y de los movimientos nacionales e iberoamericanistas. No olvidemos que la historia es una de las instancias esenciales de legitimación de un proyecto nacional, cualquiera que este fuese, por lo que la construcción del relato histórico constituye uno de los aspectos esenciales del proceso de transformación social en clave democrática. No se puede construir el futuro sobre el andamiaje cultural impuestos por los falsos profetas del pasado.

Hernández Arregui, al definirse como militante peronista, impugnó la absurda pretensión de “objetividad” y “neutralidad” de que pretendió revertir a su producción el liberalistmo oligárquico a su producción. Al momento de su fallecimiento, el 22/09/1974, nos dejo una valiosa y esencial obra, compuesta además de la presente obra por otros títulos tales como La formación de la Conciencia Nacional (1960), ¿Qué es el ser nacional? (1963), Nacionalismo y liberación (1969) y Peronismo y socialismo (1972).

Advertencia a la II edición

Este libro fue escrito en 1957. Es decir, que su elaboración se inició poco después de la caída del gobierno del General Perón en 1955. Estaba, justamente, el autor enfrascado en la preparación de las notas, cuando inopinadamente fue encarcelado a raíz de la revolución del General Juan José Valle. La mayoría de los detenidos eran obreros. No los conocía. Asistí a las torturas de esos hombres humildes, incluso a los brutales castigos a que fue sometida una joven mujer. Esas cosas no se olvidan. Unos quedaron en la cárcel. Otros –entre ellos yo– fuimos puestos en libertad, sin interrogatorios ni explicaciones. El reino de la "libertad" se había consolidado en la Argentina.

Tan de circunstancias me pareció, por entonces, este libro, que pensé publicarlo con pseudónimo. Amigos que leyeron los originales consideraron un deber lanzarlo a la calle. Y así lo hice.

Tuvo éxito. Un éxito negado por la "crítica libre". Un éxito inesperado. Después, lo olvidé. La verdad, que hacía cinco años que no lo releía. Una antipatía secreta, una especie de asco visceral me alejaba de su lectura. He pensado en ello: ¿Desestimo este libro por su tono, por su rigidez crítica, por su violencia polémica desproporcionada? ¿No será –pensé muchas veces– un libro falso por su carga emotiva? ¿No será un libro fruto del odio? Pero no odio a los personajes tratados. Salvo excepciones, ni los conozco. ¿En dónde encontrar, pues, la raíz que lo inspiró? Tales eran, en síntesis, los interrogantes que durante estos años me llevaron a olvidarlo con disgusto.

Un hecho estaba destinado a morigerar este juicio. Y creo que he alcanzado a esclarecer la cuestión. Bastó que en el prólogo de mi último trabajo: *¿Qué es el ser nacional?* (*La conciencia histórica hispanoamericana*, Edic. Hachea, 1963 y Ediciones Continente, 2001) expresase, al pasar, que no volvería a editarlo, a pesar de que estaba desde hacía años agotado, para que numerosos amigos, y en otros casos argentinos desconocidos, me exigiesen, verbalmente o por carta, la urgencia de reimprimirlo.

El hecho, en cierta medida tonificante, no alcanzó a convencerme. Volví con aprensión al libro. Y ya a la distancia, la nueva lectura iluminó de golpe el motivo de esa desconfianza que me había llevado a arrinconarlo en el recuerdo de aquellos días penosos en que nació. De otro modo. No era el libro en sí lo que despreciaba, sino la materia tratada. Más aún, no era odio lo que lo

inspiraba. Sino el amor al país. Y esta certeza me justificó ante mí mismo. La náusea, en fin, que me provocaba –y fue como una repentina luz en mi conciencia– no era su falsedad, ni su estilo, sino la falsedad de los autores negados. Que esos autores controlen hoy la cultura nacional en medio de un retroceso del país al coloniaje, fue para mí un estímulo. Y una revalorización del trabajo ante mi conciencia de argentino.

Quedaba, con referencia a una segunda edición, la posibilidad de reescribirlo. Hacerlo más sereno. Mas pronto caí en la cuenta que el tema literario ha dejado ya de interesarme. Y, por ende, que hay en la Argentina cosas más importantes que estos pequeños seres de papel. Que estos intelectuales sin proyección nacional. Y en lo esencial, infortunados, pues no son libres mientras el pueblo lucha por su libertad.

Salvo la corrección de algunos errores de información o de forma literaria –muy pocos–, el libro no ha sufrido alteraciones, fuera de algunas notas a pie de página y el extenso "Apéndice final". Sólo se ha ampliado algo el parágrafo sobre el tango, que figura en el capítulo III. El motivo de esta ampliación está relacionado con una obra aparecida en 1961, de Tomás de Lara e Inés L. Roncetti de Panti (*El tema del tango en la literatura argentina*, Edic. Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia), indispensable por su documentación y ecuanimidad para tratar el tema. He pensado lo útil que me hubiese sido el libro de Tomás de Lara, de haber aparecido antes de mi trabajo.

Y por último, el prólogo de Rodolfo Ortega Peña, joven estudioso argentino, tiene un valor inapreciable –mucho más allá de mi persona– como documento psicológico y político. Refleja, ese prólogo, el cambio de una generación universitaria hacia el país. No acepto, por eso, que el prologuista considere un honor anteceder este libro. Bien pesadas las cosas, para quienes vemos en la literatura un instrumento de la liberación nacional y no una vanidad personal, el honor reside en que mi generación intelectual –a la que pertenecen todos los que han luchado por la construcción de una nación, y a quienes se cita también en este libro, en particular a Raúl Scalabrini Ortiz– se vea justificada históricamente, comprendida y asimilada por otra generación más joven, destinada a recoger la antorcha, siempre encendida, de la lucha de las masas por la emancipación argentina e hispanoamericana.

J. J. H. A.

Buenos Aires, febrero 4 de 1964

Advertencia a la III edición

Contra mis propósitos, enunciados en el prólogo de la II edición, la demanda de este libro en librerías revela que aún interesa al público. No obstante –tanto ha cambiado el país desde 1957– que a este trabajo le asigno un papel más bien histórico que actual, de crónica de un período de la vida intelectual argentina, cuyos personajes al caer el gobierno de Perón en 1955, ocuparon el primer plano de la actividad cultural, para convertirse en lo que siempre fueran y son: meros fantasmas de la Argentina colonial, que hoy ha entrado en la etapa de su liberación histórica definitiva con la consolidación de un pensamiento nacional centrado en esta tierra iberoamericana y no en Europa.

J. J. H. A.

Buenos Aires, 1973

Prefacio a la 1ª edición

I

En este trabajo la crítica estética cede a la historia crítica de las ideas. El punto de partida es la consideración de la actividad cultural como ideología, y en especial, con relación a la literatura en tanto personificación encubierta de un ciclo económico. El Arte, entendido como producto interdependiente de las demás manifestaciones sociales, es, pues, el objeto de este ensayo, tanto como de la generación intelectual que le sirvió de vehículo y cuyo origen puede ubicarse cronológicamente en 1930, de acuerdo con la teoría de Ottokar Lorenz, según la cual, la vida espiritual de una generación abarca aproximadamente treinta años.

La finalidad es probar cómo esa generación fue instrumento del imperialismo que se valió de ella para reforzar la conciencia falsa de lo propio y desarmar las fuerzas espirituales defensivas que luchan por la liberación nacional en los países dependientes colocados en el cruce de la crisis horizontal y vertical del capitalismo como sistema mundial.

Este tratamiento puede sorprender a aquellos habituados a concebir el Arte como una forma autónoma y exquisita del espíritu. Pero al margen de sus problemas específicos, el Arte no está en el trasmundo sino en la cabeza histórica de los hombres. Y tal tesis de un arte irreductible a interpretación racional, sostenida justamente por esa generación, es parte de una oculta infidencia.

II

A raíz del golpe de setiembre de 1955, el país ha sufrido una conmoción de magnitud nacional, continental y mundial. Uno de los hechos que miden la gravedad de este desajuste histórico es el antagonismo irreconciliable de las corrientes intelectuales. La tendencia nacionalista agrupada alrededor de la figura de Juan Manuel de Rosas, y la liberal alrededor de Mayo y Caseros, pretenden poseer la verdad histórica, y por tanto, la ruta a seguir por el país. Del análisis crítico de la controversia depende la comprensión correcta de la cuestión nacional. Es revelador que los nacionalistas de la generación de 1930 hayan visto en Perón, más allá de la máscara religiosa con que la lucha fue planteada, un peligro de comunización de las masas. En tanto, los liberales han señalado en el mismo hecho, un paso hacia la nazificación. La clase obrera es, pues, la piedra de

toque de ambas posiciones y certifica la existencia de una nueva realidad histórica. Pero esta realidad no puede entenderse si no se dilucida previamente la articulación de tales tendencias con el pasado histórico.

Ambos bandos desentierran a Rosas, Echeverría, Sarmiento, Mitre, Urquiza, y los disfrazan en función de las alturas del presente. "La tradición de las generaciones muertas –escribe K. Marx– pesa como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos y hasta cuando parecen ocupados en transformarse a sí mismos y a las cosas, y crear algo no visto aún, es precisamente en tales épocas de crisis revolucionarias cuando evocan, con inquietud, a los espíritus del pasado, les piden prestados sus nombres, sus palabras de orden, sus vestidos, para entrar en el nuevo escenario de la historia bajo el venerable disfraz y con esas palabras de prestado. Así Lutero tomó la máscara del apóstol Pablo, así la Revolución de 1789 se envolvió completamente con los trajes de la República Romana y en el Imperio...". Del mismo modo, hoy, intelectuales argentinos, se colocan en la frente la corona de mirtos del Dogma de Mayo para glorificar una cultura pastoril fundada en las artes de la ganadería. ¡Dejad que los muertos entierren a sus muertos!

III

La figura de Juan Manuel de Rosas es el centro de este cisma entre fracciones rivales de la burguesía nacional de espaldas a las potencias colectivas que contienen en su seno el porvenir argentino.

Se omite con frecuencia que tanto *Rosas* como *Urquiza*, en sus orígenes, fueron unitarios. Y que ambos, de un modo u otro, consolidaron el predominio de Buenos Aires sobre el interior del país. Toda la historia nacional, desde 1810, pasando por las guerras interiores, el fusilamiento de Dorrego y la segregación de la Banda Oriental, con el ascenso de Rosas y su caída, hasta el pacto indeciso de 1853, es la lucha del interior contra la burguesía comercial porteña ligada a la clase de los hacendados bonaerenses. El sucederse alternativo en el gobierno de Buenos Aires de los sectores mercantil y ganadero, finalmente fundidos en la clase terrateniente argentina, refleja la evolución económica del país. Rivadavia y Rosas contribuyen por igual a la conformación y dominio de la clase gobernante. Tal ligazón se precipita con Rosas en 1829 y explica la constante concentración política de su poder provincial, bien pronto proyectado al plano nacional, mediante una hábil política de equilibrio entre la débil y tributaria economía del interior y la

creciente centralización administrativa de Buenos Aires. El unitarismo se consuma con Rosas bajo el peso de una realidad: la riqueza del litoral argentino, cuya expresión consciente es la clase ganadera en ascenso, asociada al sector mercantil porteño por el creciente volumen del comercio de importación y exportación. La sustitución del Banco Nacional de Rivadavia, controlado por comerciantes ingleses y porteños, por el Banco de la Provincia bajo la dirección del hacendado Escalada –hecho éste bien documentado–, atestigua esta trabazón de intereses, tanto como la preeminencia gradual del sector ganadero que ahora fiscaliza la banca como remate del dominio efectivo sobre las relaciones económicas en su conjunto. La fusión del Banco con la Casa de Moneda es la consecuencia de la hegemonía financiera de la ganadería sobre el resto del país y marca el encumbramiento definitivo de la oligarquía terrateniente en el poder político. Pero este proceso no puede entenderse si se lo aísla de la situación europea. Tal comprensión está íntimamente unida a la estrategia mundial de Inglaterra. Ya a comienzos del siglo XVIII, Lord Anson señala la importancia del sur argentino como zona ganadera. Los ingleses, cuya desconfianza a las ideas nuevas es proverbial, las han sabido amoldar a su conservatismo cuando sus intereses nacionales lo exigían. En esto reside su genio con relación a pueblos sin experiencia histórica:

"... la tradicional autosatisfacción de los Victorianos –dice el gran historiador Trevelson– es la modestia misma, ya que los Victorianos eran, dentro de ciertos límites, ardientes y oportunos reformadores y se admiraban de sí mismos por las reformas que habían realizado. Pero para los hombres típicos del período, Blackstone, Gibbon, Burke, Inglaterra se mostraba como la mejor nación posible en un mundo imperfecto, que no necesita otra cosa sino que se la dejase sola en el lugar donde la providencia y la Revolución de 1688 la habían colocado tan dichosamente. Su optimismo con respecto a Inglaterra se basaba en un pesimismo general con respecto a la raza humana y no en la fe en el 'progreso' perpetuo, mundial, tal como la que alegaban los sencillos corazones del siglo XIX.

De esta manera comenzó el comercio británico a asumir, en su pleno carácter y finalidad, su moderna misión de suministrar artículos necesarios para todos, en vez de abastecer meramente de artículos de lujo a los ricos. Durante la Edad Media, el comercio ultramarino de Inglaterra se había limitado a traer vinos, especias, sedas y otras mercancías elegantes, con destino a los nobles, los caballeros y los comerciantes, sin afectar apenas a la población campesina. En el tiempo de los Estuardo siguió lo mismo, en términos generales, aunque el mayor tonelaje de los

buques se traducía en un mayor tonelaje de importaciones y exportaciones y con ello, en la difusión del consumo de los artículos de lujo en la clase media de la época, pero solamente en el siglo XVIII comenzaron a traerse de allende los mares artículos de consumo general destinados a vestir los cuerpos y saciar la sed de los súbditos más humildes del rey de Inglaterra... con el té, el azúcar, el tabaco, llegando a todos los hogares (a través de la aduana o bien de la cueva del contrabandista) y con la madera de construcción suministrada generalmente desde el extranjero, nos aproximamos a los confines históricos de la moderna Inglaterra, una comunidad que subsiste como centro de un gran imperio ultramarino que abastece de artículos de consumo general a todas las clases sociales. Y ya cuando Jorge III subió al trono, algunas de las principales industrias nacionales de Inglaterra, especialmente la manufactura algodonera de Lancashire, que con tanta rapidez se propagaba, dependíamos por completo de materias importadas de lejanos países. Quedaba reservada a la época victoriana añadir el pan y la carne a la lista de mercaderías suministradas principalmente por ultramar. Con ello se hizo desaparecer el último límite asignado a la expansión de la islita en cuanto a su riqueza y población, pero la puso al mismo tiempo en situación muy comprometida en tiempo de guerra."

La crisis final del sistema agrario inglés, a partir de 1875, ocasionada por el surgimiento de Estados Unidos como nación competidora, aclara el interés británico por nuestras praderas. Las áreas sembradas en la isla disminuyeron. Los jornaleros pobres emigraron. Por esta época comienza la introducción de carne congelada de las colonias de ultramar, más barata que la producida en las islas. La historia argentina posterior a 1810 se engrana a esta transformación evolutiva de la economía interna de Inglaterra y a su creciente poderío como primera potencia comercial y naval del planeta. Esta hegemonía, lograda en una secular lucha que terminó con la derrota militar de España, selló el fin del imperio español en América. La libertad política de las antiguas colonias era para Inglaterra una cuestión vital. La máscara ideológica de su comercio internacional. Adam Smith funda la doctrina del liberalismo económico como arma de dominio político, práctico, de la burguesía nacional británica. Abatir el Imperio Español significaba quebrar la antigua unidad de la América Hispánica. La estrategia histórica consistió en ligar al interés extranjero las rentas de las oligarquías nativas, asociada a una simultánea y depresiva política de descrédito hacia todo lo español, pues la lengua y las antiguas tradiciones hacían posible la idea de la unidad continental, viva en los pueblos, y culturalmente resistente al enérgico envión capitalista de ultramar. Mientras le convino en su lucha contra España, Inglaterra

agitó la bandera de la libertad de los pueblos. Logrado el objetivo, el espíritu de Mayo, adscripto a la Revolución Francesa y que había encontrado en Inglaterra su más enconado enemigo, es contrarrestado por la política de Lord Strangford, defensor del acatamiento a Fernando VII, cuya autoridad monárquica está ahora lo suficientemente debilitada como para no significar un peligro de restauración hispánica, y servir, al mismo tiempo, a la contrarrevolución en América.

IV

El separatismo económico y político de Buenos Aires tiene raíces lejanas. La burguesía porteña fue favorecida por el comercio libre en 1810. Frente a la ruina y descontento del interior, con sus industrias locales estancadas, Buenos Aires acepta en 1815 las tendencias separatistas de las provincias, no por reconocimiento a los derechos de los pueblos ni por amor a la libertad, sino porque con esta segregación "... podría aprovechar las ventajas de su posición y recursos". En este lejano antecedente está contenido ya el mitrismo. Es decir, la política del gran puerto, sede de una aristocracia ganadera que impone su despotismo más o menos ilustrado a toda la Nación.

Durante el gobierno de Rosas, el monopolio porteño se mantuvo en todo su vigor. Cuando Rosas se niega sistemáticamente a la organización constitucional de la República mediante el argumento de que el pueblo no está preparado para la convivencia institucionalizada, defiende los intereses de la metrópoli contra la participación del país en sus rentas de aduana. Continuaba así la situación que la ciudad había ocupado desde 1776 al crearse el virreinato. Buenos Aires fue desde entonces una provincia metrópoli. Los argumentos de Rosas eran los mismos que había esgrimido Rivadavia. Esto le permitirá decir a Olegario V. Andrade: "La misma política de todos los tiempos aciagos de la República. Rivadavia, Dorrego, Rosas y Mitre han sido sus instrumentos". La unificación política de los estados interiores con iguales derechos, atentaba contra la organización colonial, o lo que es lo mismo, contra la provincia de Buenos Aires. Alberdi comprendió bien la raíz de este papel absorbente de Buenos Aires, que se inicia en 1810 como sustitución del poder monopolista de España y continúa la tradición virreinal, causa y concausa, a su vez, de las luchas entre el interior y Buenos Aires, residuos de la descomposición del sistema artesanal bajo el impacto de la economía portuaria, cuyas importaciones extranjeras son tanto la base de su poderío aduanero como de la declinación complementaria de las economías mediterráneas.

"Los caudillos –dirá Andrade– surgieron en cada provincia como un resultado fatal de la

confiscación de las fortunas de las provincias hecha por Buenos Aires. Por eso, cuando vemos al partido localista de esa provincia proclamar la extirpación del gaucho, tenemos lástima de su ignorancia de la historia y de su miopía política."

Tal política no fue miope. Juzgada desde el ángulo de la clase terrateniente que ordenaba la economía del país a sus intereses, fue una victoria, y al mismo tiempo, el drama inconcluso del país.

El ascenso de Rosas al poder se afirmó en la "aristocracia del dinero", como la calificó Dorrego. Visto en la continuidad del desarrollo económico de nuestra ganadería, el "trust saladeril", que José María Rosa –un historiador de mérito– defiende como pilar de la economía nacional del rosismo, ya albergaba en germen la futura política de los frigoríficos. Es decir, del comercio de carnes controlado por Inglaterra. Aisladas ambas etapas del proceso histórico general, se convierten en abstracciones escolásticas donde hechos accidentales como el relativo equilibrio administrativo del sistema, la honradez de Rosas, etc., desvían la cuestión fundamental. Es enteramente cierto, sin embargo, que las consecuencias extremas de ese ordenamiento no las remachó Rosas sino sus herederos y al mismo tiempo detractores. Quizá el encono contra Rosas de parte de la oligarquía liberal no sea más que la oblicua técnica de compensación psicológica para disimular este hecho histórico.

La polémica desencadenada alrededor de Juan Manuel de Rosas no es un misterio. Toda individualidad histórica encarna fuerzas sociales. Eso es lo que interesa y no los degollados por la mazorca parejos con los que tienen en su haber los unitarios.

Rosas resume en su poderosa individualidad tendencias sociales contradictorias que buscan la instrumentación histórica. En tanto ganadero cuyas tierras y fortuna le vienen del período colonial, es por tradición y por contacto con las masas rurales un provinciano poco propenso al cambio social. La encarnación de una cultura ruralista, ni tan inferior como sus enemigos pretenden ni tan inefable como sus panegiristas pregonan. En Rosas debe verse al país en proceso, colocado en el intervalo fluido del pasado hispánico y las ideas de Mayo. Pero en tanto hacendado bonaerense centra sus negocios en Buenos Aires y los ensambla inevitablemente a la burguesía mercantil. En este orden es un porteño que tras la bandera federal abraza la causa del unitarismo económico, oponiéndose, al mismo tiempo, en una etapa en que el comercio de exportación aún no ha desarrollado todas sus posibilidades a la extranjería cultural que le es ajena por sus orígenes y por su posición de clase. Federal en tanto provinciano y unitario como

porteño, en su persona se resuelven, relativa y transitoriamente, los intereses de la oligarquía ganadera y comercial bonaerense, en creciente estado de unificación económica y ascenso político y cuyos antagonismos con el interior, aunque subyacen latentes, no se oponen todavía de un modo radical, e incluso coinciden con la política proteccionista y de conducción nacional de Buenos Aires. Es la negación final de esta esperanza del interior de participar equitativamente con Buenos Aires en las rentas nacionales, la que, al prolongar el interregno de las primeras guerras intestinas, concluye por levantar a las provincias que no formaban un conglomerado único, sino geográfica y económicamente diversificado. En última instancia, son tales antagonismos, polarizados circunstancialmente en una lucha política común pero no por similares intereses regionales –antagonismos que habrían de agudizarse después de Caseros– los que derriban a Rosas, cuyo carácter dual de provinciano y porteño le impide satisfacer, en tanto ganadero bonaerense, a las provincias del litoral, y por sus relaciones con la burguesía comercial porteña a los estados mediterráneos condenados progresivamente a una economía artesanal de penuria.

En esa naturaleza del sistema productivo de la época de Rosas, intermedio entre el precapitalismo de las postrimerías y las formas de la producción capitalista más desarrolladas que avanzan –etapa de transición que debilita un tanto los contrastes sociales contenidos en su seno–, se alimenta la concepción idílica de una edad de oro perdida para siempre.

Tales antinomias, particularmente pujantes en las provincias del litoral y sólo larvadas en las más interiores, habrían de encontrar en el ganadero Urquiza su brazo armado. La lucha no fue contra la tiranía, sino contra la oligarquía portuaria. Las exportaciones ganaderas en expansión, la unificación de las clases terratenientes del litoral, cada vez más necesitadas del gran puerto y tan interesadas como Buenos Aires en participar de ese comercio de exportación, explican Caseros. Caseros no es una nueva visión de lo nacional ni el reencuentro y continuación de los ideales de Mayo. Es el avance de los hacendados del litoral argentino frenados por el monopolio comercial de Buenos Aires. Caseros dejó intacto ese predominio porteño. El hecho era también inevitable. Pues la incorporación del litoral ganadero al comercio de exportación ampliaba la participación de las oligarquías mesopotámicas, pero al mismo tiempo las subordinaba administrativamente al puerto exportador. La oligarquía liberal debe agradecerle a Rosas haber creado las bases modernas de la ganadería argentina y las herramientas políticas de la hegemonía de Buenos Aires sobre el resto del país.

En Rosas, pues, se conciertan las tendencias económicas coloniales cimentadas en la ganadería y el artesanado precapitalista, con las mercantilistas posteriores a Mayo, consumado su régimen, en los umbrales de la era imperialista, la etapa histórica preparatoria del ingreso del país a la economía mundial.

En ese carácter de la época de Rosas debe buscarse, asimismo, la explicación de su popularidad. En Rosas concuerdan el interés de los hacendados rurales que aún miran su economía vernácula con el espíritu de las antiguas clases del período hispánico, y las masas nativas, asentadas en arcaicas tradiciones enraizadas colectivamente a la tierra americana y amenazadas por el "progreso" que se presenta como competencia comercial ruinosa. El apoyo de las masas a Rosas no es un misterio. Su proteccionismo económico a favor de los intereses ganaderos, coincide parcial, pero efectivamente, con las formas estables de los grupos rurales y artesanales primitivos afincados en una sociedad elemental y autosuficiente. Entre el gauchaje y el estanciero –por encima de los antagonismos de clase que ya son ostensibles en la época de Rosas– hay puntos de contacto espiritual nutridos en una cultura colectiva reguladora de las mismas costumbres, sobre la base anterior de una estructura económica comunitaria que les hacía participar de parecida concepción de la vida campesina y de una solidaridad de sentimientos, fundada en parte, en la lucha contra el indio. En tal sentido, puede hablarse de la política nacional de Rosas. Tal coincidencia se expresó durante el bloqueo anglofrancés. Los emigrados argentinos en Montevideo son los campeones de las ideas filosófico-políticas de la Europa liberal. Pero lo que estas ideas tenían de progresistas en la medida que reflejaban la gran revolución técnica y política del capitalismo, al ser transplantadas a estas tierras fueron los instrumentos que prepararon la ruina y opresión de las poblaciones nativas. Durante la época de Rosas el mundo moderno conoce la transformación política más violenta del siglo XIX. Las revoluciones de 1848, en Francia, Austria y Alemania, signan el período. Es ese momento de la dilatación y plétora del capitalismo el que señala el fin de Rosas. La estructura de la sociedad colonial subsistente entra en contradicción con las técnicas del dominio capitalista. Esta política exige formas de explotación avanzadas. Las colonias, al ingresar definitivamente a la economía mundial internacionalizada, liquidan los últimos restos de su relativa autarquía precapitalista. A la incorporación de las oligarquías nativas al sistema financiero internacional sigue la colonización mental y la despiadada expoliación de las poblaciones autóctonas convertidas en fuerza de trabajo envilecida, en mano de obra barata. El caudillaje fue la respuesta a esta

situación. Primero empobrecer, después desarmar a las provincias. Tal la estrategia invariable de Buenos Aires. El federalismo, más que el ideal político del interior, es una actitud desesperada de defensa, de inútil heroísmo frente a la brutal voluntad histórica de una minoría que se siente capacitada para organizar el país a su servicio y modelarlo a su imagen. Los hombres de Buenos Aires eran esforzados unitarios cuando mantenían en sus manos la conducción del país y federales cuando la reacción federativa de las masas del interior amenazaba ese poder. El federalismo porteño, en suma, era el disfraz que el unitarismo oponía al federalismo auténtico del interior.

Detrás de estos azares políticos actuaba la fuerza aglutinante de la oligarquía nacional en formación –que alcanzaría su máxima expresión política en Roca–, y que ahora introducía el progreso técnico en el campo, previo sofocamiento de las últimas resistencias populares. La Constitución de 1853, federal en la forma, se convirtió de hecho, en la consagración jurídica del unitarismo económico. Y si Rosas repartió tierras entre sus paniaguados, sus sucesores no sólo continuaron esa política, sino que, además, confiscaron a sus adversarios. Después de Caseros, la tecnificación del campo recibe un poderoso impulso. Inglaterra apoya la nueva situación. Durante el siglo XIX, dice Harold Laski: “Buenos Aires se convirtió en vecina de Londres”. La incorporación al país de agricultores extranjeros anuncia la transformación de la economía pastoril en agropecuaria. Los ferrocarriles británicos –originariamente de capital argentino– miden esta transformación que al mismo tiempo condiciona el futuro de la Nación. La clase hacendada, en su conjunto, que hasta entonces había prestado su apoyo a Rosas, se hace mitrista cuando la evolución de sus negocios, cada vez más ligados al capital extranjero, así lo aconseja. Mitre es un momento, como Rivadavia, Rosas y Roca, del desarrollo y expansión de la burguesía nacional y de nuestro comercio de exportación dependiente, cada vez en mayor grado, de la economía mundial. Lo contrario sería sostener la tesis de la coexistencia de dos oligarquías. Se cumplía así la profecía de Cobden retomada por Canning: “Inglaterra será la fábrica del mundo y América la granja de Inglaterra”. O. V. Andrade había dicho: “Rivadavia creó las herramientas con que Rosas forjó la dictadura”. Y este patriota silenciado y desvirtuado por la oligarquía, se pregunta: “¿Pero la desaparición de Rosas fue acaso la aurora de la regeneración de los pueblos? No queremos proferir una lisonja cobarde. El poder del caudillaje fue abatido, es cierto, pero la igualdad de las clases sociales no fue un hecho. La ciudad se levantó henchida de fuerza para imponer a la campaña sus fuerzas represivas”.

Esta política fue concluida por Mitre. Después de Pavón, los sectores ganadero y mercantil, estrechamente ligados al librecambismo inglés, operan la rápida transformación de los restos de la economía precapitalista al liquidar el artesanado del interior: "¿Cuál es la fuerza que impulsa este progreso? –dirá Mitre– Señores: ¡Es el capital inglés!".

Tal política se asocia al odio civilizador contra la montonera reducida a una lucha desigual. Proletarizados al máximo, los núcleos nativos fueron condenados al exterminio. El país se configura en una inmensa estancia y las zonas marginales en desiertos. En esta leyenda de la "civilización" ha sido educada la Nación. Particularmente sus clases medias inmigrantes, utilizadas por el imperialismo como puntales del dominio cultural de una oligarquía sin conciencia histórica. En Mitre, la clase terrateniente, con desniveles económicos de poderío, se convierte en nacional. La creciente afluencia de provincianos, como Sarmiento o Avellaneda, testimonia esta creciente unificación de la clase gobernante, que al margen de antagonismos políticos, a veces importantes, pero en todo caso accidentales, asimila a los hombres del interior plegándolos a la política de la propiedad territorial. Asociado a este proceso de asimilación política, el mayor poderío militar de Buenos Aires es el reflejo de su situación económica. Deslumbrados por el progreso, provincianos aporteñados no vacilan en entregar el país al capital extranjero. Esta actitud no era propia de porteños únicamente, sino de hombres como Urquiza que llegó a proponer a los ingleses y franceses la construcción de un ferrocarril bajo control y jurisdicción internacionales. El mismo Sarmiento, frente a las dificultades de la ignominiosa guerra con el Paraguay, pensó en contratar un militar extranjero. Y Hernández dirá en relación a Mitre: "El general Mitre se creía más ligado a la Europa que a la América. ¿Qué extraño, pues, que se crea más ligado al Brazil que a su patria?".

V

Cuando el periodista antirrosista J. A. Ginzo dice: "No podemos arrancar a Rosas de nuestro pasado", confirma, sin conciencia histórica del problema, que Rosas no fue una figura aislada de las condiciones históricas, sino que se identificó temporalmente con poderosas tendencias nacionales que sus sucesores arrancaron de su cuenca histórica. Cuando los muertos siguen deambulando en la cabeza de los historiadores, es la realidad histórica del presente la que está perturbada y no la paz de los sepulcros.

Como testaferros de la clase terrateniente pactaron ante el extranjero; aplastaron todo resto de

federalismo que Rosas respetó; declamaron sobre el progreso material e hicieron del país una sucursal de la banca internacional; la ilustración fue un mero pretexto para oprimir a los pueblos. San Martín reconoció sin entusiasmo, pero con ecuanimidad, que Rosas, más que sus adversarios, encarnó en un momento histórico la voluntad nacional. Si Rosas fue estanciero, sus herederos fueron estancieros y cartagineses. Si Rosas preservó las antiguas formas culturales del virreinato, los otros, tras el palabrerío liberal, no sólo se han asociado a los curas cuantas veces lo han juzgado prudente, sino que hicieron del país una tutoría. Rosas, en la trayectoria oscura de nuestro destino, cumple una política vacilante, pro-inglesa, pero no antinacional. Sus sucesores, tras el brillo marmóreo de las arengas republicanas inspiradas en Plutarco, entregan conciencia y soberanía. El centralismo de Rosas –en alguna oportunidad confesó que no era federal– fue consentido en una etapa histórica por los caudillos provinciales que aspiraban confusamente a la organización nacional. Al caer Rosas, ese centralismo no sólo recrudece, sino que toda tendencia federal es ocluida por una minoría odiada. La historia nacional será, desde entonces, la lucha entre las tendencias populares de las grandes masas políticas y la máquina opresora de la clase terrateniente.

La palabra federalismo no debe mover a engaño. Federalismo era y es, para la oligarquía porteña, separatismo cuando su dominio sobre el país peligra. El paralelo 42 reactualiza hoy aquella disyuntiva. El Alberdi ignorado de la madurez comprendió bien el problema:

“Con caudillos, con unitarios, con federales y cuanto contiene y forma la desgraciada República, se debe proceder a su organización sin excluir aun a los malos, porque también forman parte de la República”.

………………………………………………………………………………………………

“El día que creáis destruir, suprimir al gaucho porque no piensa como vos, escribís vuestra propia sentencia de exterminio y renováis el sistema de Rosas. La igualdad en nosotros es más antigua que el 25 de Mayo. Si tenemos derecho para suprimir al caudillo y sus secuaces porque no piensan como nosotros, ellos lo invocarán mañana para suprimirnos a nosotros porque no pensamos como ellos. Wright decía que el uso de los medios violentos por los federales de Rosas no había sido sino una exageración de los unitarios de Lavalle. El día que este general fusiló a Dorrego por su orden, quedó instalada la política que por veinte años ha fusilado discrecionalmente”.

Y refiriéndose a la prensa:

"... es una prensa de mentira e ignorancia y de mala fe; prensa de vandalaje y de desquicio a pesar de sus colores y de su civilización... Es la mala prensa de la guerra civil que tiene la pretensión necia de ser la prensa grande y gloriosa".

Estas palabras no han perdido actualidad.

VI

En la Argentina de hoy, la generación nacionalista de 1930 juega todavía un rol histórico. El nacionalismo moderno se fortalece en Europa con la crisis de la democracia parlamentaria, réplica política de la crisis del capitalismo en general. La aparición del fascismo en Italia encuentra defensores en los cuadros de las clases conservadoras y en amplios sectores de las clases medias en actitud defensiva frente al avance de las masas en creciente estado de malestar revolucionario. La crisis de 1920 reforzó al fascismo en Europa. A estos hechos deben agregarse las reivindicaciones de Italia y Alemania excluidas del reparto del mundo después de la Primera Guerra Mundial y agraviadas como potencias derrotadas.

En los países dependientes, el surgimiento del nacionalismo responde a causas distintas. En la Argentina el nacionalismo muestra rasgos individualizadores y cumple una misión histórica compleja, estos rasgos pueden resumirse así: 1º) Es un movimiento antiliberal que apoya su crítica en la tradicional posición antimodernista de la Iglesia y en las encíclicas papales. 2º) Es aristocrático e hispanista. 3º) Es antibritánico, al menos en sus orígenes. 4º) Es antimarxista, y ésta es, en última instancia, su razón de ser.

El nacionalismo argentino nace en las postrimerías de 1928 y se afirma después de 1930. Ve en la clase gobernante, de cuyo seno surge, no tanto una fuerza conservadora negativa como un poder de conservación que no ha estado a la altura de su responsabilidad histórica. Es la teoría de las "élites conductoras". En esa oposición al liberalismo que va desde 1853 en adelante, revisa el período desde el punto de vista histórico, enjuicia sus valores éticos y filosóficos, pero no niega las jerarquías estables de la sociedad capitalista. Así, junto al escepticismo frente a la ciencia y la doctrina del progreso, fundado en el dogma de la caída, afirma la rígida separación y escalonamiento impuesto por Dios a las clases sociales. Ernesto Palacio, historiador nacionalista, dirá que la principal virtud del linaje hispánico es su naturaleza señorial, cuyo rasgo definitorio es el "amor a los humildes". Esta actitud señorial frente al problema social no es esencialmente diferente a la del antiguo padre jesuita: "Cuando Dios creó a los pobres y ricos fue su intención

salvar a los ricos por medio de su riqueza y a los pobres por medio de su pobreza". Y agrega: "Siendo ambos obra de Dios, el rico puede probar su origen divino y pagar sus pecados ayudando al pobre y éste mediante la humillación dejándose ayudar por el rico". Este conservatismo frente a la cuestión social es la contradicción irresoluble en que se debate el nacionalismo argentino y determina su fracaso político. Antiliberal en el orden ideológico, pertenece a la oligarquía liberal por sus orígenes, y no asocia por eso, a su lucha, la bandera anticapitalista. Parcializa así, en una abstracción ideológica, el fenómeno histórico. Trabado por esta antinomia, su tarea particularmente historiográfica –por esa "astucia de la Razón" de la que habla Hegel– ha decantado, empero, consecuencias inesperadas con relación a los fines originariamente propuestos. El hecho de que la burguesía liberal argentina, desde 1853, haya marchado a remolque de Inglaterra, ha permitido a los historiadores nacionalistas una crítica de valor considerable. Y así han contribuido, más allá de sus miras iniciales, a la lucha antiimperialista, que en ellos se identificó, paralelamente al desarrollo del fascismo en Europa, a la tesis abstracta de la liquidación de la decadente democracia liberal, sin que tal programa teórico implicase modificar sustancialmente el dominio material de la burguesía.

Su negación del liberalismo, en definitiva, no significaba otra cosa que un desplazamiento del mando político dentro de la misma clase dirigente. La industrialización del país nunca promovió el interés del nacionalismo, ni aun desde el punto de vista militar. Los planes siderúrgicos surgen del Ejército, no del nacionalismo político. Esta limitación se explica, además, por la prevención de la Iglesia hacia las masas. No comprendió –ni podía comprender el nacionalismo en 1930– que sólo la industrialización fundaría las bases de la autodeterminación nacional. Su filosofía política no fue más allá de una Argentina patriarcal, donde al son de las campanas, "ejército", "élite" conductora y pueblo festejarían su epifanía social escalonada en grados y divisiones estrictos del poder. Deformaron el sentido de la colonia y cantaron a España. La España de Franco. De ahí su admiración por Rosas, que a raíz de los acontecimientos de 1848 proclamaba en Southtampton el Imperio de la Iglesia con el Papa a la cabeza sostenido por las dinastías de la reacción europea.

La iniciación del movimiento coincide con un odio clasista inconfundible contra Yrigoyen. Ernesto Palacio, testigo imparcial, lo confirma cuando señala la alianza del nacionalismo y el uriburismo después de 1930: "No obstante su rechazo teórico del régimen total y su estado de conspiración permanente, actuó de hecho como un aliado del oficialismo y sus diversas

'legiones' y 'ligas' sólo se erizaban ante el peligro de una restauración del régimen depuesto". Es la época de las lujosas revistas hispanistas profascistas, donde las firmas prominentes del nacionalismo escoltan la esfigie de Ramón S. Castillo con banda presidencial y astuta mirada de patriarca liberal. Pero por esa complejidad ya denunciada de los movimientos de ideas que surgen de la realidad y no de la temeridad de los ideólogos, el nacionalismo fue algo más que la expresión reaccionaria de una joven generación aristocrática. La apología de Rosas contribuyó a quebrar los supuestos documentales falsos de la historia oficial y al derrumbe de los mitos de la clase gobernante; su reencuentro con las tradiciones vernáculas fortaleció el espíritu de defensa frente a lo extraño, fundamento de toda verdadera cultura nacional. El nacionalismo es hijo del fracaso del liberalismo colonial. Nace como reacción pretérita contra Inglaterra que amenaza con la ruina a la clase terrateniente. La crisis de 1929 fue un toque de atención. Mientras el conflicto se planteó dentro de la misma clase gobernante, el nacionalismo cumplió una función crítica efectiva de los estrechos esquemas políticos y filosóficos de 1853. Pero cuando después de 1945 el país asiste al más formidable movimiento de masas de la América Latina, sus miembros retornaron gradualmente al conservatismo, a su razón vital de ser. "Mi nacionalismo fue una enfermedad de juventud", dirá melancólicamente en 1954 uno de sus teóricos, discípulo y traductor de Thierry Maulnier. No invalida el hecho anunciado su apoyo inicial al movimiento de 1943. La armonía duró poco. El nacionalismo, en un proceso de ruptura que venía de 1949 aproximadamente –en rigor, desde el 17 de octubre de 1945– cumplió una lenta tarea de apartamiento y resistencia dentro del mismo movimiento democrático de masas. Particularmente en la Universidad. Enemigos de la plebe destacan, sin embargo, con éxtasis la popularidad de Rosas. En el fondo es la paz estable de la colonia lo que admiran. En tanto que en las masas actuales, defensoras de la soberanía por su relación inescindible con la industria nacional, ven un factor de cambio, un poder revolucionario. Muchos de ellos pudieron ser enemigos de Rosas de haber vivido en su época.

No adornamos a las masas. Si la clase obrera es depositaria de ese ideal histórico es porque carece de compromisos con el pasado y con el imperialismo. La herencia del nacionalismo, despojado de su teoría del poder político, fue su innegable fidelidad al país, que al pasar a las masas, se convirtió en la cruzada antiimperialista del pueblo argentino. Tal el "legado" –utilizando el vocablo de uno de sus representantes– de estos hombres limitados y honrados, cuyo patriotismo les ha conquistado un lugar definitivo en la historia de las ideas argentinas y en la

lucha por la libertad nacional.

De este modo, como reflejos de las agudas contradicciones de la economía de los países atrasados, los movimientos nacionalistas alimentados en filosofías reaccionarias, pueden cumplir un papel progresista con relación a la liberación histórica, en tanto que los movimientos inspirados en filosofías progresistas, pero sin coincidencia con las luchas nacionales de los países dependientes, representan los intereses extranjeros disimulados tras las técnicas del sojuzgamiento espiritual, que es la otra faz de la servidumbre material, el sutil veneno con que el imperialismo narcotiza la conciencia nacional de los pueblos jóvenes e inermes.

A estos adversarios del nacionalismo hay que preguntarles: ¿No fueron acaso nacionalistas Washington, Jefferson, Franklin, Madison? ¿Qué es el imperialismo sino el nacionalismo de las potencias poderosas? Hay dos nacionalismos. Uno, el del Estado fuerte que se anexiona al débil. Otro, el nacionalismo de los pueblos débiles contra la prepotencia de los fuertes. Es una hipocresía radical, aunque se tiña de amor universal y apele a los féretros de Nuremberg, la identificación del fascismo con los nacionalismos de los países dependientes: "Entretanto –ha escrito Benjamín Farrington–, mientras sobreviva una sociedad de clases, tendremos nuestros idealistas: son sus productos a la vez que sus defensores".

El desarrollo de las energías productivas junto con la concentración del poder económico crea la necesidad del Estado Nacional. El Estado con programa nacional no es una actitud teórica de determinados grupos nacionalistas, sino la consecuencia de la madurez de las relaciones económicas que alimentan la conciencia histórica de una comunidad. Pero en los países dependientes, la lucha por la liberación se relaciona, en el orden interno, con la lucha contra las clases feudatarias cuyo vasallaje las convierte en antinacionales.

"Dar a todos los hombres un espíritu inglés —ha escrito J. A. Cramb– tal ha sido la finalidad de nuestro imperio en el pasado. Quien habla de la grandeza de Inglaterra se refiere a esto. Pero la esperanza final consiste en que la Nación inglesa y la especie humana en su totalidad perciban gradualmente que si la organización interna ha de realizarse con tranquilidad y seguridad de espíritu necesaria para todas las tareas políticas, Inglaterra debe proponerse cumplir su destino confiando sólo en sí misma para la realización de un destino que es 'su' destino".

Es, pues, legítimo dar a los argentinos un "espíritu argentino". Programa más modesto que el que cumplió Inglaterra y que si construyó su grandeza engarzó nuestra servidumbre a su corona imperial.

VII

La democracia es un máximo de libertad posible. Pero en la etapa de su tramonto histórico, el liberalismo –que es la faz filosófica del capitalismo– ofrece ya un mínimo. Y con relación a los países dependientes es lisa y llanamente opresión colonial. La filosofía del liberalismo que en Europa y en un momento del espíritu humano significó desarrollo y superación histórica de las ideas, en América, al servicio de las clases dominantes, se convirtió en futuro enajenado.

Nadie niega la deuda de los países jóvenes a los avanzados. Pero este progreso fue también factor de atraso. Las oligarquías vernáculas –ganaderas, del estaño, del café, del salitre– fueron meras usufructuarias de las recidivas de un sistema mundial, adversas por destino económico al desarrollo armonioso y libre de estas nacionalidades. El progreso que fomentaron fue unilineal. Estancamiento económico y prosternación cultural. Tales son los resultados de esa alucinación. Se nos enseñó que éramos un país joven cuando en verdad éramos una comarca conquistada. De esa realidad devino una mentalidad vacilante entre su fe liberal y su tristeza de factoría. A este estado de espíritu, incluso, no han escapado los nacionalistas: "Soy un viejo argentino –dice Ernesto Palacio–, es decir, una víctima de la oligarquía que proclamó la superioridad del extranjero sobre el criollo y el hijo del inmigrante sobre los descendientes de los conquistadores". El sentimiento étnico o cultural de hispanidad, elemento de consolidación espiritual, así postulado, no contribuye a la defensa frente a lo foráneo, pues es resignación y romántica añoranza por un pasado muerto, y en lo esencial, ajeno al sentir colectivo. Tal tesis antieuropea –que, además, en su aristocratismo racial elude la presencia del indio–, por su aislamiento provinciano de las condiciones históricas de la América Hispánica en su conjunto, se opone a la integración de estas comunidades en un organismo madre tanto como el encono contra España de parte de las oligarquías liberales que han educado a sucesivas generaciones argentinas en la negación de la propia herencia cultural.

A pesar de su proclamado despecho hacia España, la clase liberal, empero, no ha podido borrar sus orígenes. Y sus costumbres, sus tradiciones de raíz española, sobreviven con una cultura pastoril, cuya génesis se remonta al creador de la ganadería argentina, Juan Torres de Vera y Aragón en el siglo XVI y se continúa en los mercachifles de Smithfield. La adulteración de la clase gobernante argentina fue la aleación en su mentalidad colonizada de hábitos de vida hispánicos con un sistema adventicio de valoraciones espirituales sin arraigo en la tierra. Esta

bastardía espiritual es consecuencia, en parte, de una situación geográfica. En el interior, una economía aislada, fundada en la explotación del indio y en el artesanado primitivo, ya durante la colonia, estabiliza la cultura hispánica con fuertes rasgos centrípetos. En Buenos Aires, boca que comienza a ser embudo, la tentación ultramarina se revela en el contrabando frenado por la metrópoli pero base de la futura expansión mercantil de la ciudad puerto. La necesidad de romper con el monopolio, es decir, con España, es más fuerte en Buenos Aires. Su papel político está configurado por esta cualidad portuaria, y su función cultural, por ser núcleo neuronal donde confluyen las ideas europeas. Pero el factor decisivo del estilo de vida oligárquico no está dado exclusivamente por esa cualidad portuaria del paisaje. Es la propiedad de la tierra la fuerza modeladora de esa cultura de clase. Su mentalidad está limitada por la uniformidad de una economía sin variantes, hostil al cambio y la movilidad de las formas sociales. Esta ubicación estática ha orientado todas las manifestaciones culturales de esa clase, y su vida urbana, arracimada en Buenos Aires, cabeza de la zona agraria y puerto de exportación, la ha convertido en un apéndice de Europa. De este modo el colonialismo cultural se ha desdibujado bajo el ropaje artificioso de un progresismo material que nunca superó el carácter monocorde y conservador de una concepción agraria del mundo. La estancia –un factor económico— se convierte en algo conforme a la naturaleza de las cosas. Y la pampa en angustia metafísica. La estancia es el punto inicial y terminal de la historia. El ritmo regular de las cosechas y la parición de los animales de los cuales depende su lujo en la ciudad, condiciona el estilo de vida que proviene de la tierra, sin raíz en ella, sin amor. Vida cultural apenas agitada por las fluctuaciones del mercado mundial. Cada vez más aislada del cuerpo que crece –inmigración, industria, proletariado– sin conexiones vitales con el proceso múltiple del país, adopta una actitud distante, fundada en el desprecio y crea la teoría de las minorías selectas y de la "alevosa encrucijada del cuarto oscuro". Es por eso que de su propio seno surgen movimientos antiliberales, hispanistas, rosistas. El liberalismo abstracto dio nacionalismos abstractos.

VIII

¿Qué papel han jugado los intelectuales en este proceso histórico? Los intelectuales no integran una clase social. Oriundos generalmente de la pequeña burguesía, marchan a la deriva de la clase dirigente. Apartados por conveniencia de la lucha nacional, en los momentos de crisis se sienten invadidos por la inquietud de las clases altas y sufren vivamente esta situación señalada por el

conservador T. S. Eliot:

"Las actitudes y creencias del liberalismo están destinadas a desaparecer y ya están desapareciendo. Corresponden a una edad libre que ya ha pasado, y el peligro que ahora corremos es que el término liberalismo puede llegar a significar para nosotros únicamente, el desorden cuyos frutos heredamos y no el valor permanente del elemento negativo. Del propio liberalismo derivan filosofías que lo niegan".

En este interludio de la entropía histórica de la burguesía, los intelectuales tiemblan como poetas, se hacen filósofos irracionalistas, niegan la Técnica, leen a Kierkegaard, buscan a Dios. El irracionalismo moderno es el refugio en la impotencia de la clase más racional de la historia: la burguesía. Los intelectuales argentinos que se destacan después de 1930 reflejan bien el clímax espiritual del período con su adhesión a las clases encumbradas por encima de las masas. Forman la áurea vanguardia pensante en medio del fraude. Y en 1955, después de una década de silencio oficial, vuelven como mártires del mito ferino de la libertad. Por su origen de clase, comprenden la contradicción que los desgarra y oscilan entre el izquierdismo académico y las sinecuras oficiales. En estos momentos de crisis, los intelectuales adoptan una posición equívoca, orientada en varias direcciones posibles. El temor a los sacudimientos del subsuelo que amenazan su estabilidad –la revolución desde abajo– se transfigura misteriosamente en "libertad", ente que, despojado de sus pañales abstractos, no es más que la ventaja social conquistada a la sombra del orden consagrado. Al servicio de la clase gobernante son antihispanistas, aceptan las críticas importadas contra el fascismo y las aplican a los movimientos de masas nacionales y revolucionarios. Y así, el concepto individualista de libertad se convierte en la falacia de un egoísmo y una infidelidad. Estos intelectuales, mientras estuvieron seguros a la vera de la oligarquía que gobernó el país desde 1930 a 1943, volvieron las espaldas a la política y simultáneamente el hombre negado en los comicios se hizo negación metafísica en sus libros. El hombre argentino humillado se mudó en fantasma abstracto, en negación estética, en aristocratismo despectivo del espíritu. Pero cuando ese hombre real volvió al primer plano de la historia corporizado en el "cabecita negra", acomodaron como buenos escolásticos los hechos al caso, a sus miserables terrores burocráticos y con el pretexto de la barbarie de las masas se pasaron en mole al campo de la contrarrevolución. Así, en lugar de servir a la libertad, metamorfoseados en una de las múltiples caretas de la oligarquía, pactaron con el imperialismo. Estos grupos intelectuales han sido partidarios del esteticismo puro, de la literatura como "acto

gratuito". Pero este "esteticismo" no era más que la frase estereotipada del oportunismo político, su hipóstasis transplantada a la paz majestuosa del espíritu, donde reina el eterno servilismo, la conciliación rastrera.

IX

La conciencia histórica del país, fortalecida en los últimos años, se apoya en las masas, en los sectores avanzados de la burguesía industrial y en los grupos intelectuales con conciencia nacional que se oponen a la entrega.

La Argentina es uno de los puntos neurálgicos del mundo, el eslabón donde puede romperse la dependencia de la América Latina. El desengaño de la opinión pública frente a los partidos políticos de espaldas a la profunda transmutación ocurrida en el país, precipitará la incorporación de esas fuerzas al frente nacional revolucionario junto a la clase trabajadora. Este proceso es la consecuencia inevitable de la transformación operada en la economía con la creación de condiciones históricas que hacen enteramente cierta la liberación nacional. La industrialización del país es un hecho. El dilema es de hierro: o Nación o Imperialismo. El país no es el mismo de 1930. De ahí la crisis de los partidos políticos. Esos partidos no saben cómo conciliar los principios teóricos del antiguo orden económico agropecuario con una Argentina industrializada. Y en lugar de romper con el pasado tratan de restaurarlo incluso bajo el charlatanismo de "izquierda". Uno de los rasgos del siglo XX, como lo anunciara Ratzel en los comienzos de esta centuria, será el ingreso de América Latina a la categoría de potencia del poder mundial. Esta anticipación se ofrece ya a nuestra mirada. La alteración de América Latina que intelectuales sin conciencia nacional presentan como "el pecado original de América", como angustia metafísica o como incompletud espiritual, no es más que el correlato de ese alumbramiento que se anuncia en una serie de antítesis, de triunfos y derrotas, cuya violencia política responde a la magnitud de las fuerzas que se enfrentan en la prosaica y grandiosa pugna de estos pueblos por la vida histórica.

J. J. H. A.

Enero de 1957

Capítulo I

El imperialismo y la crisis de la espiritualidad de nuestro tiempo

El siglo XIX ofrece un superlativo grado de tensión cultural. Las modificaciones estructurales en la configuración política y material del mundo europeo que sucedieron a la caída de Napoleón y la paz insegura que siguió al Congreso de Viena de 1815; la revolución industrial que con su epicentro en Inglaterra se hace sentir particularmente dinámica en cuanto a sus consecuencias técnicas durante el siglo XIX y termina por revolucionar la economía mundial; las luchas entre el liberalismo y el absolutismo; la aparición de las masas hambrientas de poderío político; la inestabilidad de las fronteras y el renacimiento del espíritu nacional; las guerras por la independencia en Italia, Polonia y Grecia; el ensanchamiento físico y mental del mundo gracias a los transportes; el contacto –a raíz de la expansión colonial– con áreas culturales enigmáticas no europeas como China y Japón, fueron todos factores, entre otros, que al fermentar dentro de un múltiple proceso histórico universal, repercutieron en las formas de vida, en las doctrinas políticas y filosóficas y en la estabilidad misma de las instituciones aparentemente más estabilizadas de Oriente y Occidente. Todo ello bajo el signo perturbador de la política en pugna de las grandes potencias industriales –Inglaterra y Alemania– y de la final conversión de esta última, con Bismarck, en primera potencia militar y mercantil de Europa.

La Historia, íntimamente articulada al derrotero del hombre –ya que histórico es el ámbito de su existencia humana– durante el siglo XIX, en medio del cruce de los intereses materiales y culturales concretos, se convierte en problemática viva en función de las causas escuetamente relatadas. Y esta tensión, contraposición y compulsación recíproca entre hombre y mundo, estimulan durante el siglo XIX, la reflexión sobre el destino de la humanidad, tanto como las crecientes meditaciones sobre la Filosofía de la Cultura. Pero estos fenómenos espirituales no pueden desconectarse de la tremenda energía interna del capitalismo que empapó de inquietud todas las formas de la vida moderna.

La causa del malestar de la Cultura que hemos heredado del siglo XIX puede resumirse en los siguientes hechos interdependientes: 1º) La revolución técnica e industrial. 2º) La revolución política derivada de ella a raíz del aumento demográfico de la población europea, que pasó en menos de un siglo de 70 a 300 millones de habitantes. 3º) La concentración de la economía en su

etapa más alta de desarrollo industrial y financiero en gigantescos monopolios internacionales causantes del desequilibrio del mundo actual. 4º) La revolución comunista en Rusia. 5º) La aparición del fascismo en Italia y Alemania. 6º) La crisis del sistema mundial de dominio y la subversión de los países dependientes.

El imperialismo, en su forma política de expansión de las potencias más desarrolladas sobre las más débiles, incorporó a su órbita vastas superficies del planeta, mediante anexiones, protectorados y colonias. A fines del siglo XIX este expansionismo ha creado las bases de fricción entre las naciones con excedentes de capital que desembocará en la 1ª Conflagración Mundial. La lucha por las concesiones comerciales y la fiscalización de los nuevos mercados extracontinentales, la política arancelaria del país más favorecido, la utilización despiadada de la mano de obra indígena y la opresión política de las nuevas regiones productoras de materias primas, orienta la acción de las grandes potencias. Además, la explotación en escala mundial del planeta, interdependizó la economía mundial. Las nuevas regiones pasaron a integrar la economía internacional. Debido a la creciente concentración de la economía, los precios dejan de ser nacionales para convertirse en internacionales, es decir, impuestos por los grandes monopolios mundiales. Las rivalidades de los monopolios se agudizan. A su vez, la demanda de vastos capitales enlaza a los bancos de los diversos países en el orden mundial. Los acuerdos intencionales tienden a la protección de esos capitales que no encuentran colocación en los mercados internos sobresaturados. La explotación del mundo se efectúa por bloques de naciones. El capital internacional no reconoce banderas.

La revolución técnica, junto con los elementos de superación del pasado, albergaba los gérmenes internos de la descomposición del sistema. En suma, crisis. Ahora bien, toda catástrofe histórica implica para la humanidad que la vive una disyuntiva patética. O como dice Mathew Arnold:

> "El hombre es un ser errante entre dos mundos. Uno muerto para siempre, el otro incapaz de nacer."

El fracaso del liberalismo

En esta alternativa del presente se debate el pensamiento del Siglo XIX.

El estado "gendarme" de la sociedad manchesteriana no funciona en ninguna parte. Pero las potencias invisibles de nuestro tiempo –trusts, carteles– prolongan la defensa de esos principios

abstractos frente al empuje de las nuevas fuerzas históricas. La política gubernamental de todos los grandes países ha dejado atrás la etapa de la libre concurrencia, propia del mercantilismo liberal, mediante la rígida planificación económica y aduanera. Sin embargo, profesores, escritores, periodistas, y sobre todo la prensa de los países dependientes, insisten en esta mentira cuya sobrevivencia interesa a las naciones dominantes. Permanecen así adheridas a los esquemas filosóficos de la era victoriana. La escuela, el periodismo, la radio, el cine, la Universidad, integran el frente de resistencia que los grupos económicamente encumbrados oponen al cambio social. En medio de la confusión babélica, de los aviones supersónicos, de las figuras descuartizadas de Picasso, entre horóscopos y espiritistas, rabulismos parapsicológicos y murales luminosos gigantescos, el hombre anónimo busca en las discordancias del jazz negro, en el cinemascope o la televisión, la fuga frente a los excitantes insoportables que le vienen de un mundo a la deriva. La imposibilidad de mantener el orden de una civilización cuyos supuestos económicos han fracasado invalida todos los principios. La libertad se ha convertido en una ficción. Una ficción colosal:

> “No hay en la actualidad –escribe el filósofo liberal John Dewey– palabra de la que se haya abusado más que la de 'libertad'. Toda tentativa de control y planificación de las fuerzas económicas es atacada y resistida por un cierto grupo en nombre de la libertad. Aun la observación más superficial muestra que este grupo está constituido por aquellos que por motivos evidentes se hallan interesados en la conservación del 'status' económico, es decir, en la conservación de los privilegios tradicionales y los derechos legales que poseen... ¿Qué significa de este modo libertad?... En la actualidad, un cierto grupo utiliza sus recursos para convencer al público de que el cambio de las instituciones económicas constituye un ataque contra la libertad... La libertad se identifica entonces con la perpetuación del sistema.”

La concentración monopólica crea la centralización de la propaganda. Estos monopolios no pueden prescindir de la opinión pública. La propaganda apunta, por eso, a las masas urbanas. En las multitudes de las grandes urbes, por su mayor nerviosidad política, vacila la organización de nuestro tiempo. Crear reacciones psíquicas en cadena, a fin de impedir a los diversos sectores tomar conciencia de su situación histórica, es la manera de anular su virtualidad política. Toda propaganda tiende a crear en millones de individuos condicionamientos mentales y emocionales científicamente orientados por los órganos de la opinión pública. Cuando estos automatismos prenden en la conciencia de las diversas clases sociales, se convierten en creencias, en autos de

fe laicos, en tendencias uniformes de la conciencia colectiva. La complejidad del mundo torna prácticamente imposible para el hombre medio formarse una idea de conjunto sobre la situación histórica en que está sumergido. Pero al mismo tiempo esta situación crea un estado permanente de malestar:

"Ya no se cree en nada –escribe el filósofo existencialista K. Jaspers–, ya no hay nada estable, todo es problemático, se tiene la sensación de una ruptura con el pasado histórico, todo lo que era sustancial e importante ha quedado reducido a nada."

Como se verá, ese estado de espíritu es particularmente importante con relación a los grupos intelectuales, un narcótico que los aparta de la realidad.

El siglo XIX y la literatura actual

Una evaluación histórica de la literatura de nuestro tiempo exige referencias sociológicas. El artista no está aislado sino en reciprocidad de perspectivas con su medio: "Los poetas y los artistas –escribe G. Apollinaire– determinan concertados las figuras de su época y el porvenir se somete dócilmente a su dictamen". El cambio del gusto o de los valores estéticos debe ser estudiado sociológicamente, ya que los valores son cosas colectivas, y por tanto, explicables por la sociedad en que nacen y no por los estados de la conciencia individual. El éxito de una corriente artística no es fruto de la mera genialidad de los artistas. El artista es instrumento y vehículo de determinadas constantes y tendencias sociales. Y en última instancia el artista se sirve de formas de expresión estéticamente depuradas que toma del mundo de las imágenes colectivas. La difusión o fracaso de una corriente estética depende del estado de conciencia de determinados grupos sociales, o bien de la atmósfera espiritual de la sociedad en su conjunto.

Con regular constancia después de los grandes sacudimientos históricos –guerras, revoluciones, crisis religiosas– que imponen un desvío a las culturas, surgen cambios en el ritmo de pensar colectivo de las diversas clases sociales captadas y artísticamente transformadas por los grupos intelectuales de cuyo seno surgen escuelas y modas artísticas en general. El espíritu de la época aparece articulado, en forma velada u ostensible, con la literatura que le es peculiar. El artista es un ser social. Su espíritu no trabaja en el reino atemporal de las formas puras, sino en activa conexión de sentido con el tiempo histórico concreto, en cuyo entorno y bajo cuyos

estímulos se determina su existencia terrenal. Las ideas del artista, en tanto instrumentos de comunicación entre los hombres, pertenecen a la sociedad. Aunque desapareciesen todos los libros de historia, en las obras de arte, reflejos de la actividad social espontánea, el historiador encontraría las mejores fuentes documentales para reconstruir la espiritualidad de pueblos y culturas extinguidos. No es extraño que pensadores como Aristóteles, Schopenhauer o Dilthey hayan reflexionado sobre la superioridad de la Poesía sobre la Historia. En los dramas de Voltaire o en las comedias de Beaumarchais el historiador puede seguir el ascenso al primer plano histórico de la burguesía proliferante y robusta del siglo XVIII que culminó en la Revolución Francesa. Es este una arte confiado y racional. Clásico en la forma y revolucionario en su secreta resistencia al pasado. Un arte de transición. La Revolución influyó en todo el arte europeo. El pensamiento de la Ilustración, la fe en la Razón, se extendió por toda Europa. Sobre las ruinas del feudalismo los ejércitos napoleónicos difundieron las nuevas ideas.

El romanticismo

El romanticismo, fenómeno cultural muy complejo y contradictorio –que se da con características propias según la situación política de los diversos países europeos–, fue la reacción, en parte, contra los excesos racionalistas de la época anterior, tanto como la íntima postura espiritual de rehusamiento de parte de las capas aristocráticas de la sociedad europea temerosa de la Revolución. Pero por ese ensamblamiento y continuidad que unifica toda la vida histórica, por la interna imbricación espiritual de las épocas sucesivas entre sí, el romanticismo no escapó al poderoso impulso de las ideas combatidas, y doctrinas como la del progreso, base del pensamiento enciclopedista del Iluminismo, se introducen de contrabando en románticos conservadores como Goethe y Herder. El romanticismo, en tanto íntima actitud de descontento vital, presintió claramente la inautenticidad del clasicismo que en medio de los vertebrales sacudimientos de principios del siglo XIX permanecía estéticamente fijado a las formas concluidas del arte grecorromano. A esta inactualidad estética violatoria de los auténticos impulsos creadores, el romanticismo, al falso equilibrio de las formas clásicas, opuso el culto de lo ilimitado. Shakespeare, por su mismo desenfreno poético, es exhumado y exaltado. “Shakespeare –afirmó Goethe– acompaña a la Naturaleza”. El romanticismo, en su poliédrica contextura espiritual, ofrece luces y sombras, gérmenes positivos y negativos, fecundos y esterilizantes.

En el “ethos” romántico, el movimiento oscuro y turbulento del alma prevalece sobre el reposo de la razón, la generalización intuitiva y emocional suplanta a la generalización conceptual, lo inconsciente desaposenta a lo consciente, el sumergimiento en los tiempos remotos se torna compensación, fuga y bálsamo frente a la aridez e insatisfacción del presente. Lo decadente y lo revolucionario, el apego a la tradición y la rebeldía ante la vida, se funden en el romanticismo de la manera más íntima, contradictoria y anublada, impregnando todas las manifestaciones del espíritu. Particularmente vital en Alemania, el romanticismo pregona un retorno nostálgico a lo gótico, al enorme trasmundo espiritual de la Edad Media, tanto como a los mitos heroicos y a las tradiciones fabulosas de origen popular. Todo ello asociado –pudiendo aquí rastrearse la raíz religiosa de este enfrentamiento con la existencia– a la revalorización estética del misterio, de lo hermético y femenino e incluso de lo siniestro, como fuentes maternas e inconscientes del proceso de la elaboración poética asentado en la plena libertad creadora individual. Pero por aquella oposición, ya señalada, a la filosofía optimista e incrédula de la Ilustración, la religiosidad recorre como un vasto y difuso manantial el sentimiento de la Historia concebida como escenario del drama humano, como lucha por la conquista de un Absoluto que la razón no revela pero que el sentimiento intuye y convierte en culto interior del alma, en participación supraterrena y en fusión emocional –dentro de la finitud de la existencia– con el reino añorado y perdido de lo trascendente. Por su devoción hacia el pasado, por su exaltación de las fuerzas humanas, por su finura para auscultar las peculiaridades de los pueblos, el romanticismo rejuveneció el pensamiento humano, al destacar, además, el fundamento volitivo de la mayoría de las creaciones culturales.

El descubrimiento romántico del reino de lo irracional no puede desconectarse sociológicamente de los estados de entusiasmo o abominación promovidos en los mejores espíritus de la época por las experiencias de la Revolución Francesa. La Revolución tornó inteligibles las catástrofes históricas de todos los tiempos, y en buena medida con el derrumbe de las instituciones y tradiciones del pasado, contribuyó en muchas conciencias a ese sentimiento doloroso de la desproporción existente entre el hombre y las potencias desatadas de la vida y la Historia, propio del romanticismo, y que Mme. Stael expresó así: “Lo más grande que el hombre ha hecho lo debe al sentimiento de lo incompleto de su destino”. Y este sentimiento inconcluso y tempestuoso de la limitación y grandeza del destino del hombre ha quedado galvanizado para siempre en esa creación cumbre del genio humano, en la que los acordes de “La Marsellesa”

recorren como *leit-motiv* la materia sonora, hasta el estallido final –sinfónico y multánime– del espíritu victorioso de la Humanidad. Que esto y no otra cosa es lo que se oculta tras las formas simbólicas de la música de la "Quinta Sinfonía" de Beethoven.

El realismo y el naturalismo

Pero si, finalmente, el exceso romántico, con su goticismo espiritual, hizo de lo humano una falsificación de nuevo tipo, las corrientes que lo enfrentan –el realismo y el naturalismo– son los ecos de los movimientos políticos de 1848 y 1870, producidos por el apogeo de la era capitalista, con el horror de sus fábricas y el reinado del burgués estólido y triunfante. Flaubert, Balzac, Ibsen, Dickens, Dostoievski, ponen en acción otros héroes, verdaderos náufragos de la vida, pequeños burgueses, excomulgados sociales, almas "humilladas y ofendidas", paranoicos y dinamiteros, es decir, seres vagando a la deriva en el mundo clausurado del fracaso.

En ningún novelista se refleja tan bien esta agitada conciencia del siglo como en Balzac, católico y monárquico, admirado por K. Marx. Pintura magistral de la vida durante el Segundo Imperio, sus criaturas, en medio de algunas flores de la bondad holladas con el pie, son en su inmensa mayoría mercaderes, perdularios, especuladores de bolsa, camanduleros y agiotistas movidos por la codicia y la falta total de honra y escrúpulos.

En el naturalismo, con sus análisis de los elementos mórbidos de la naturaleza humana, se descubre la era industrial y sus terribles condiciones de vida en las ciudades tentaculares del siglo. En Ibsen se condensa la misantropía de las capas intelectuales frente al mundo en los confines de la centuria. Uno de los personajes sentenciará contra este mundo de "engaños y mentiras" y dirá en repudio de la sociedad de su tiempo:

"El más fuerte en la tierra es aquel más solitario de todos."

Los "poetas malditos" –Gerardo de Nerval, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud– se entregan a los ritos profanatorios de la misa negra, a los paraísos artificiales de la toxicomanía, al vagabundaje por países exóticos de Oriente. Verlaine, empapado de satanismo y religiosidad, al huir de los lupanares abyectos de las negras chimeneas, añora "esa Edad Media enorme y delicada" de las catedrales góticas y el corporativismo feudal, que Cervantes, en el siglo XVII, pero en otra situación histórica del espíritu europeo, había satirizado como un anacronismo.

"En el siglo XIX –ha dicho Paul Valery– el artista descubre y define su contrario en el burgués. El burgués ama lo sólido y cree en el perfeccionamiento. Encarna el sentido común, pero tiene fe en no sé qué mejoramiento creciente y casi fatal de las condiciones de vida. El artista, frente a él, se reserva el dominio del ensueño."

A fines del siglo XIX, como lo documenta la literatura, la conciencia europea se sintió invadida por un estado colectivo de pesimismo y crisis. La filosofía de Arturo Schopenhauer penetró en los círculos intelectuales de Europa. El avance del imperialismo, la quiebra de la concepción mundana y naturalista de la vida sustentada por la burguesía liberal del siglo XIX que había confiado en la Técnica como panacea de la Humanidad, cedió a un sentimiento cultural de desencanto que se agravó cuando la gran ilusión del siglo, la teoría de la libertad mercantil, formulada como una verdad eterna por Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones*, chocó con el puño de hierro de Bismarck primero y de Guillermo II después, símbolos de la industria pesada alemana que pedía su lugar en el reparto del mundo. El hombre de fines del siglo XIX se sintió solitario y como ante un acabamiento. Un espíritu conservador, poeta de genio, ubicado entre dos siglos, Rilke, señalará con nostalgia este intermedio histórico de las "élites" intelectuales de Europa:

"Nuestra moral, nuestra religión, nuestro sentimiento de la nacionalidad son cosas derrumbadas a las que no podemos pedir reglas y mientras esperamos que nuestros maestros rehagan certezas conviene que nos atengamos a la única realidad, el YO".[2]

---

[2] No recordamos bien si esta frase pertenece a Rilke o a Charles Maurras. Es lo mismo. Ambos pudieron decirla. Este sentimiento refleja a fines del siglo XIX la reacción filosófica que se ha iniciado y que en una de sus corrientes terminará en el irracionalismo de nuestros días. A. Schopenhauer, retoño del romanticismo alemán y continuador de la tradición de Goethe y Hegel, recoge y reelabora las tendencias espirituales antagónicas que desgarran al período. En su sistema de fundamentación idealista aflora una clara disposición materialista, una fe firme en la ciencia y un crudo sentimiento anticristiano que en vano intenta desviar hacia el budismo. Y como fondo, una melancólica visión del mundo que refleja el pesimismo histórico de las clases superiores europeas frente al avance de las masas. La Cultura se les apareció a los representantes de la reacción antipositivista como un producto antiestético, decididamente anticultural. El juicio, sin duda excesivo, contenía alguna verdad. Al juzgarse la Cultura del siglo XIX puede hablarse de una cultura científica pero no espiritual. Concepción de la Cultura con frecuencia sincera –Max Weber ha elogiado la fe profunda de los

La literatura del siglo XX

Sobre estos fundamentos se ha desarrollado la literatura del siglo XX. En la literatura actual pueden señalarse dos corrientes vertebrales que admiten otras intermedias: 1º) Una corriente extravertida y crítica de carácter predominantemente social, con representantes como Eugene O'Neill, Bernard Shaw, André Malraux, el mismo Faulkner, Aldous Huxley, Blaise Cendrars,

---

pensadores de este siglo– y que remataba en el ideal estadístico de alcanzar la felicidad y la paz social por medios técnicos. Esta concepción pragmática de la cultura halló su apoyo en la creencia en una Técnica en progresión constante asociada a un progreso también constante en el orden social. G. Sorel habría de fustigar enérgicamente esta ilusión de la burguesía. Representante típico de esta posición fue Otswald, para quien lo clásico y lo antiguo son valoraciones superfluas, reduciendo su ideal de la Cultura al máximo aprovechamiento de las energías tanto de la materia como de la moral y el arte, hasta el logro de una síntesis que Otswald recubre con el casquete de una concepción monista-naturalista del universo. Este monismo del siglo XIX se repite, con ligeras variantes, en Jodl, Haeckel, Lyer-Müller, Lamprecht, Ratzenhofer y otros, quienes formaron la Liga Monista Naturalista de gran influencia en la burguesía liberal de fines del siglo XIX e incluso en la clase obrera. La visión tecnológica de un mundo geográficamente unificado por la técnica, el comercio, los ferrocarriles, el telégrafo, engendró la creencia en una cultura sin matices nacionales, la fusión idílica de la humanidad por la ciencia. Desde distintos puntos de vista, Marx y Nietzsche habrían de demoler esta simplicidad. Ya Nietzsche, en sus *Consideraciones Inactuales*, había ridiculizado esta estrechez del materialismo cientificista cuyos campeones eran los defensores de los hechos positivos. En su concepto de lo dionisiaco, reveló que en toda cultura hay un elemento torrencial y ardiente, nutrido en el genio irracional de cada pueblo y cuyo más acabado producto es el arte. En esta distinción late la antinomia, como se dice ahora, entre civilización, y cultura. "¿Pero hay todavía filósofos?" –se pregunta Nietzsche– y ataca a la filosofía experimental a cuyos representantes universitarios considera perfectas nulidades burocráticas. Cada época ofrece pensadores periféricos que anuncian las tendencias próximas. Esta clarividencia, asociada a la intuición de un tránsito histórico, encuentra en Nietzsche un intérprete profético. Este aristócrata, que odia a la democracia y que hablando de las masas dice "que se las lleve el diablo y la estadística", tiene conciencia de la significación de ese advenimiento histórico de las masas democráticas. "Pertenecemos a una época que corre el riesgo de ser destruida por los medios creados por la Cultura". Pero Nietzsche sabe que la Historia no transcurre en vano, que hay una verdad en las ideas de su siglo: "Sabemos que son contradicciones ciencia y sentimientos nacionalistas aunque los falsificadores políticos nieguen esta verdad. Al fin vendrá también el día en

John Steimbeck, Joyce Cary, Gladkov, Moravia, etc. Una corriente introvertida y hermética de carácter especialmente psicológico, con cultores como James Joyce, Luis Pirandello, Marcel Proust, Franz Kafka, Jean Giono, Henry James y otros. Entre los intermedios puede citarse a Pär Lagerkvist y Richard Wright. Pero a pesar del diverso enfoque de la realidad, estas expresiones, ya sea en la forma o el contenido, son literariamente subversivas. La guerra, con el despedazamiento de los valores, trajo el derrumbe de las formas y el trastorno de los gustos literarios. Las tendencias pictóricas y literarias –futurismo, surrealismo, cubismo–, aun cuando no son enteramente nuevas, pues parecen responder a ciertas constantes histórico-espirituales, adquieren vigencia colectiva en nuestro tiempo. Y sus heraldos, desde diversos supuestos, han intentado legitimar tales tendencias con la teoría del "arte por el arte". Arte puro que es una ilusión, ya que el enclaustramiento del artista en el propio reino imaginativo, su aislamiento pasivo o desafiante ante la realidad, es una forma de reacción crítica contra la sociedad real. El sentimiento de estabilidad de las instituciones, caro al burgués, se convierte en su opuesto cuando el orden tambalea, en desasosiego y duda. En el plano del arte, esta incertidumbre se presenta como negación estética de los valores consagrados, como rebelión enigmática de las formas.

La crisis de la literatura actual

Se habla entonces de crisis de la Historia y del Espíritu. En verdad, es una clase social y los valores históricos circunscriptos a su voluntad de dominio lo que tiembla. Pero la burguesía convierte su ocaso en tragedia de la Cultura, en el drama de la historia entera de la Humanidad:

"Nunca había pensado –escribe Paul Valery– que existiera verdaderamente una Europa. Este nombre es sólo para mí una expresión geográfica. No pensamos sino por casualidad en las circunstancias permanentes de

---

que se comprenderá que toda cultura superior, solamente en su perjuicio podrá ser señalada con mojones fronterizos". En donde reaviva la idea de la unidad de la Cultura europea, pero sobre supuestos teóricos muy distintos –la exaltación de los valores de la vida– ajenos al sentido general de la época burguesa. De este modo, en una contradicción –que es la de su tiempo y la de las clases dominantes amenazadas en su estabilidad–, en Nietzsche, se asocia la actitud política más reaccionaria, con una consideración revolucionaria del destino de la cultura, en cuya base material, a pesar del espiritualismo vitalista del filósofo, está la revolución técnica cuyas consecuencias políticas desprecia.

nuestra vida; solamente las percibimos en el momento en que se alteran repentinamente."

Será justo en este instante en que la vida individual se siente interrogada por la presencia de la Historia, cuando el pensamiento, hasta entonces acorazado en la paz helada de las instituciones, comprende por fin que:

"Nosotras las Civilizaciones sabemos ahora que somos mortales."

Pero de este descubrimiento del cambio histórico, intuido en forma directa y cataclísmica, el espíritu conservador no deduce que la Historia, como fluir perpetuo de la vida, muestre una línea continua o espiral de desarrollo, un objetivo ascendente de la Humanidad. A la inversa, niega esa posibilidad y acusa a la Historia de irracionalidad y al historiador de "usar metáforas ilusorias". Paul Valery se sentirá desencantado de la Historia, de su desorden, de sus mitos, de sus paradojas. En medio del caos, el porvenir no es predecible, salvo como profetismo al revés, como comprensión relativista del pasado. Ante el futuro, todo vaticinio será de hecho, para el espíritu anclado en los intereses del presente, "un mero pronóstico hípico". Pero esta negación de la Historia, al expresarse como pesimismo histórico, se niega a sí misma, pues no puede eludir la consideración de ese presente como fin de la Cultura o como admonición sacral dirigida a quienes preparan las condiciones de una nueva época. Es decir, como afirmación de la marcha de la Historia:

"Los europeos –dirá Valery– se han disputado el provecho de avispar, de instruir, de armar a pueblos inmensos inmovilizados por sus tradiciones y que no deseaban sino permanecer en dicho estado."

La observación apunta al levantamiento de los pueblos coloniales que amenazan el sereno reposo del francés Paul Valery. El escritor, luego de un siglo de opresión colonial, no se lamenta tanto por ella como por el despertar de culturas en letargo, monstruos que se agitan condenados a la revolución por el buen espíritu europeo. Entonces dirá:

"Europa no ha seguido una política a la altura de su pensamiento."

Y así Valery –al reducirla a un dilema ético– podrá decir que la Historia justifica lo que uno

desea, "no enseña rigurosamente nada". Razonamiento que excusa por anticipado cualquier experiencia, pues la Historia, así concebida, es una tómbola en grande donde las soluciones dependen de la voluntad –un factor entendido como acaso– de quienes no ven en ella ninguna meta racional y se preparan para ponerla al servicio de sus fines, que son los de las clases dominantes, escépticas del sentido de la Historia y rotundas en política.

Por eso –concluirá el poeta– nada hay más ridículo que interpretar el porvenir, "… las previsiones que se podían hacer, los cálculos tradicionales, han pasado a ser más inútiles que nunca". Pero este embotamiento en la irracionalidad de la Historia es la cáscara de un presentimiento negativo y lúcido de las clases conservadoras sobre el destino que las circunda con el mortal abrazo de la decadencia. A esta idea de la incerteza del conocimiento histórico, a esta su complejidad, que hace impotente todo método interpretativo y el racional encauzamiento de los procesos, Valery, para fundarlo, agrega la explicación psicológica que torna superfluo predeterminar la conducta de los hombres y los pueblos. Los individuos, por ventura del temperamento, del imponderable psíquico de la existencia, abrazan un partido y no otro, menos por concretos intereses sociales que por el ciego azar de haber nacido conservadores o revolucionarios. "Todo lo que concierne a la política práctica es necesariamente superficial". Olvida Valery que la política es el nervio de la Historia. Pero entre la maraña de sus juegos de ingenio, este tergiversador del presente sentencia su propio escepticismo al plantearse este fúnebre presagio que es certeza otoñal del corazón:

"¿No se dirá que la Humanidad, todo lo lúcida y razonable que sea, incapaz de sacrificar sus impulsos al conocimiento y sus rencores a sus dolores, se comporta como un enjambre de absurdos y miserables insectos invenciblemente atraídos por las llamas?"

Es obvio, que la "humanidad" para Valery –convertido en augur– es, mediante una perífrasis del lenguaje, el crepúsculo de la era imperialista. Y así, como contratapa de esta concepción pesimista que confunde la supervivencia de la burguesía con la humanidad, Paul Valery nos revela la extenuación de una Cultura que turba el espíritu de sus propios defensores, al decir:

"En el orden intelectual, no hay espectáculo impregnado de una tragedia más augusta que el de la facultad de pensar, terminando por traducirse por su agudeza misma, en la nada y la autonegación. Es verdaderamente el reinado de la soledad y la claridad desesperada."

El racionalismo del francés Paul Valery, por arte de encantamiento, se transmuta en el irracionalismo germánico de Spengler. Pero esta idea de la decadencia de Occidente, implícita en toda visión invernal de la Historia, lo es sólo con relación al orden espiritual caduco que Paul Valery simboliza y presenta como el "summun" de la critica histórica.

Valery ha desarrollado la hermosa imagen de Hegel: "El Búho de Minerva sólo remonta el vuelo al caer de la tarde", de la siguiente manera:

"Pésale el orden al individuo. Pero el desorden le hace desear la policía o la muerte... Busca el individuo una época agradable en la que sea a un tiempo el más libre y el más válido; la encuentra hacia el comienzo del fin de un sistema social. Entonces, entre el orden y el desorden reina un instante delicioso... Mantiénense todavía las instituciones; son grandes e imponentes; pero sin que nada visible se haya alterado en ellas apenas si conservan otra cosa que la bella presencia; lucieron todas sus virtudes, su porvenir está secretamente agotado. Es la hora del goce y del consumo general."

No le interesa a Valery el agotamiento de esa Cultura con tal que el orden de las ametralladoras mantenga el equilibrio inestable para que el artista fecunde la tierra con sus flores mortuorias. Sobre la humanidad, portadora del porvenir, el derrumbe del presente alimenta el arte de la decadencia, manjar marchito del espíritu que pide la conservación del desorden ordenado donde esa poesía del atardecer nace. Pero cuando el búho de Minerva levanta el vuelo, ya la destrucción lleva dialécticamente en germen la creación. Toda negación es a un tiempo afirmación y superación de la negación. Un nuevo orden, en fin, que conserva del pasado no "el instante delicioso" de las antologías sino las ruinas de los grandes cementerios con los epitafios de la Historia Universal. Pero aquí, Valery guarda el mutismo de la Esfinge.

Colonialismo y Evangelio

Este estado de espíritu es general en el pensamiento contemporáneo. Otro representante de esta desolación apacible es Albert Schweitzer. Su literatura es una mezcla de teología, música y hospital. Una fusión de arte y caridad entre los negros africanos que el teólogo cura como médico luego de que la civilización los ha convertido en guiñapos. Schweitzer reúne todas las virtudes capaces de conmover a un público sensible, pues a más de médico, es Premio Nobel, y según Jacques Freschotte, "este hombre encierra en sí los conocimientos y guarda los poderes

morales de una serie de personalidades trascendentes, pasa con la misma facilidad de las consideraciones más precisas sobre la vida diaria a las meditaciones más elevadas sobre la vida eterna". En Schweitzer se consuma la alianza de los Padres de la Iglesia, el espíritu de Goethe y la selva africana donde los monos son libres y los negros mueren cuerdamente dentro del melodioso plan de la Creación.

Albert Schweitzer es europeo, filósofo colonial, ciudadano del mundo y evangelista:

"Si muero en tierras de África, que entierren mi cuerpo en Lanbarené. ¿No es acaso lógico descansar allí donde se ha caído y la tierra no es acaso en todas partes la tierra del Señor?"

Son impenetrables los designios de que se vale la Providencia para cumplir sus fines. Cuando se medita en la sublimidad de un alma como la de Albert Schweitzer, se justifica como una "necesidad inteligente" que antes hayan sido creadas las condiciones para su apostolado por un Cecil Rhodes: "El Imperio –lo he dicho siempre– es una cuestión de estómago." Para Schweitzer es también una cuestión de espíritu. Schweitzer es muy leído en Estados Unidos. Donde son igualmente consultados los rosacruces. Su moral, que es la de los corazones ultrapúdicos, arranca lágrimas, entona la fe, reconcilia con la fealdad del mundo:

"Todo lo que protege y da impulso a la vida, es el bien; todo lo que la destruye o la mutila es el mal."

Esta es su filosofía y su doctrina ética contra la guerra que presenta como solución a los problemas del mundo actual, envilecido por el interés, la mentira, la masacre organizada. El enigma teológico del hombre es para Schweitzer de fácil respuesta. Todo consiste en el consuelo individual de ser bueno en un mundo malo:

"Ya que la idea de amor es rayo de luz espiritual que liega a nosotros desde el infinito aquel que alcanza la posesión de la existencia espiritual en Dios por medio de la caridad posee lo único que importa."

Lo importante es que Albert Schweitzer reproduce la misma actitud de muchos de sus contemporáneos: refugio en la intimidad del corazón, alejamiento de la civilización. Es decir, negación del mundo tras la aparente afirmación del hombre por el amor cristiano. Es la moral del Ejército de Salvación. Pensadores como Schweitzer no son casuales. Integran un sistema

fundado en la explotación implacable que disimula su esencia tras la tesis de la sobrenaturalidad de la criatura humana. Las clases dominantes concilian así su poderío con la filantropía que es la máscara borrosa de este mundo, nítido y brutal, en que los benefactores de la humanidad se sientan. Albert Schweitzer retrocede ante la vida en colonias africanas. Pero cree que esa existencia es redimible no por la voluntad de los pueblos, sino por la transformación ética del negrero. Plutocracia y evangelismo es la fórmula que ofrece este jefe espiritual del siglo XX:

"¿Acaso somos dueños de esos países y de esos pueblos simplemente para utilizarlos como productores de materias primas o somos asimismo responsables del desarrollo de un nuevo orden social capaz de llevarles el bienestar? En mi opinión, sólo tenemos derecho a colonizar si poseemos autoridad moral capaz de ejercer esa influencia."

El misionero, ayer como hoy, acompaña al conquistador. Es el lado samaritano de las sociedades anónimas. El mismo Schweitzer lo confirma:

"Los resultados alcanzados por el cristianismo en su calidad de religión de amor quedan borrados por el hecho de que su fuerza no ha llegado a inculcar sentimientos pacíficos a las naciones cristianas y porque al mismo tiempo se ha asociado a una serie de manifestaciones no morales en su mentalidad".

Opinión que, despojada de su barnizado moral, Bernard Shaw ha expresado mejor: "El único inconveniente del cristianismo es que nunca se lo ha practicado".

Pero repentinamente, un pensador tan inmaterial como Albert Schweitzer concuerda con un poeta curado de ilusiones como Paul Valery:

"Nos falta un conocimiento cabal y satisfactorio. Nos vemos reducidos a constatar simplemente que todo es en la vida como en nosotros mismos y que toda vida es misterio. Nuestro verdadero conocimiento del mundo consiste en compenetrarnos del misterio de la existencia de la vida. Ese misterio se torna más misterioso a la luz de los progresos de la investigación científica. Estar compenetrado del misterio de la vida equivale a lo que en lenguaje místico se llama la 'docta ignorancia', aquella que sin embargo conoce lo esencial."

Negación –como en Valery– tan racional, sin embargo, en el orden poético, de la Razón y la ciencia, y revalorización del misticismo frente al mundo, cuya marcha anuncia la subversión ética de la humanidad empujada por esa razón humana, negada por los filósofos y poetas de la

era imperialista, y que en su incesante desarrollo no se satisface con la "docta ignorancia", aunque el destino último del hombre sea la muerte, sino con la afirmación de su voluntad en la Historia. Que es el campo de batalla de su drama terreno.

Revolución y compromiso

Si escritores como Valery o Schweitzer adoptan una actitud escéptica frente a la Historia y la razón humana, otros la repiten desde el lado de la acción. Tal es el caso de Arthur Koestler, cuyo disconformismo devuelve la imagen de tantos intelectuales que justifican su ajuste a la cultura burguesa bajo la apariencia especiosa de una lucha agonal entre la acción y el espíritu. Los intelectuales son buenos comediantes:

"Lo que he escrito hasta ahora puede ser considerado como la gráfica de una neurosis experimental provocada por el laboratorio de nuestra época."

Así, Koestler desvía su responsabilidad convirtiéndola en tragedia individual bajo el peso de una fatalidad externa. Pero la hermosa palabra "neurosis" oculta al lacayo que lucra con la podredumbre de su época:

"Sin embargo, el esquema de nuestra vida depende en gran parte de la forma en que organizamos nuestra caza fantasmal particular. Se trata de una alquimia del carácter. Mezclar en un mortero una sensación de intensa soledad con una sed obsesiva de valores absolutos, agregar a esto un temperamento agresivo, sensualidad, y una sensación fundamental de inseguridad que requiere un aliciente constante de la victoria material; el resultado será sin duda una poción bastante tóxica."

En realidad, se trata de un brebaje ecléctico, donde se mezcla la incertidumbre histórica de Paul Valery, los valores absolutos de Schweitzer y los impulsos inconscientes de Sigmund Freud. Dios, soledad, sexo, exhibicionismo y conversión del orden social perturbado por causas reales en neurosis experimental, es lo que ofrece este escritor entregado a la prensa amarilla internacional. Koestler se compara con Rousseau. Pero Rousseau inaugura el ascenso histórico de la burguesía y Koestler, aunque cite a Marx y Trotsky, es su sepulturero literario. Para cumplir la norma que lo inspira: "Nuestra meta es la reconstrucción total del hombre", hay que empezar a desentrañar la raíz de esos valores absolutos, la oscura sustancia de esa soledad. Al dejar

inexplicada su angustia, queda justificado, a su vez, el hombre Koestler y su "reconstrucción total del hombre" es una afirmación sin sentido. Pero este complexo psicológico, en definitiva, es sólido acuerdo con el mundo:

"Lo que distingue al rebelde crónicamente indignado (léase A. Koestler: J. J. H. A.) del revolucionario consecuente, es que el primero es capaz de cambiar de causa y el segundo no."

Aquí Koestler, con el pretexto de la acción libre, hace su propia apología de renegado, oscilante entre la rebeldía inútil –la incertidumbre psicológica de Paul Valery que permite abrazar cualquier bandera– y los valores absolutos de Schweitzer como subterfugios trascendentes de la traición real del escritor. La obra de Koestler tiene valor de documento psicológico, pues reproduce el efugio, caro a tantos intelectuales, de que la vida es una fatalidad inculpable y, en consecuencia, toda apostasía queda dispensada.

La literatura como crisis

Estos no son casos aislados. La literatura actual, en su conjunto, apunta a la problemática histórica, cultural e individual señalada. Tal posición se expresa en los escritores como un sentimiento generalizado de pesimismo y desconfianza frente a verdades –tal cual en la reflexión de Rilke– que parecieron estables y hoy se consideran fracasadas. En esta sobrevivencia del siglo XIX con sus creencias contrapuestas a la certeza de un malogramiento, el escritor de hoy retorna de la exterioridad –realismo, naturalismo– a la intimidad, buscando un punto de apoyo en sí mismo del cual deriva el sentimiento de soledad y angustia. Pero es la vida moderna conturbada la que excita ese sensualismo pasivo o exasperado de las ideas, reflejo de una crisis general convertida en enfermedad del alma. La quiebra de los valores es social y síntoma de la radical alteración histórica que se expresa como la aspiración de bienes absolutos, éticos, metafísicos, religiosos. La literatura refracta este conflicto bajo formas que ocultan, en su casi irreconocible rostro, al escritor carnal agobiado por su comodidad o hipocresía.

Malraux, por ejemplo, ha comprendido bien la raíz social de este sufrimiento. Pero frente a la lentitud de la historia con relación a la brevedad de la vida, abandona la acción y piensa que el anhelo metafísico del hombre es eterno. Es probable. Mas ese anhelo metafísico –señalado particularmente por Dilthey– está sometido a la situación histórica. Y entre un Espinoza y un

Heidegger, el pensamiento de la muerte, inspirador de toda metafísica, es tan distinto como la fe en el destino ascendente de la humanidad, propio de una época robusta como el siglo XVI, y el pesimismo histórico de las clases dirigentes de nuestro siglo. Es la Historia, la actividad humana, la que condiciona la idea de la muerte. La muerte no cambia, lo que cambia es el sentimiento de la vida.

No es fortuito que un pueblo de instintos tan vitales como el griego, que veía en la idea de la inmortalidad algo imperfecto y contradictorio desde el punto de vista racional –aunque puedan rastrearse en su genio las tendencias contrarias–, haya hecho caer el acento ante el infortunio de la existencia, más que en la muerte en sí en el dolor del nacimiento:

"El peor delito del hombre es haber nacido."

A lo que se agregaba esta paradoja que reitera la posición originaría:

"Y la mayor felicidad, morir en seguida de nacer."

Para el hombre heleno, vida y muerte, frente a la Razón, son dos polos de una misma inutilidad y es mejor el no nacer a la temporalidad del sufrimiento. Así, mientras para los griegos la muerte era liberación de lo contingente, para los existencialistas es angustia estúpidamente exhibida. En el siglo XVI este sentimiento se expresa de otro modo:

¡Qué mudos pasos traes, oh, muerte fría!
¡Cómo entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!
¡Pues con callado pie todo lo igualas!

QUEVEDO

Todo está dicho aquí, pero el temor a la muerte surge del amor a la vida desplegada, a la juventud que se pierde como un bien infinitamente valioso.

Y Espinoza:

"La filosofía no debe ser una meditación sobre la muerte, sino una reflexión sobre la vida."

Pensamiento de la misma época en la que el hombre europeo afirma el destino racional de la humanidad por encima del accidente particular de la muerte. En el Siglo XIX las cosas cambian:

"La vida sólo existe para la muerte."

NOVALIS

Ya en Novalis la muerte es una experiencia propia, única. Es el romanticismo con su ola de irracionalismo individualista que quiebra el equilibrio entre el hombre y la especie. Y en nuestro siglo XX:

"No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio –ha escrito A. Camus–: el suicidio."

De más está decir que estas expresiones no agotan las corrientes contrarias que laten en una misma época. Así, León Brunschvicg, desde el racionalismo actual, contestará a Gabriel Marcel, el existencialista católico:

"La muerte de Gabriel Marcel interesa tanto a Gabriel Marcel, como la muerte de M. Brunschvicg no interesa a M. Brunschvicg."

Y un español, no enrarecido por la civilización europea, impregnado en los jugos secos de la tierra, retomará el goce del existir en su plenitud de encaje con la maternidad victoriosa de la vida:

"Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene
y aquí estoy para morir
cuando la hora me llegue
desde ahora y desde siempre."

MIGUEL HERNÁNDEZ

"La revolución –dirá Malraux– desempeñó entre otros papeles el que en otra época cumplió

la vida eterna". Pero Malraux, metafísico, de vuelta de la acción, terminará en el esteticismo. Su testimonio, en tal sentido, es prueba de cómo una Cultura en desintegración alimenta tanto la actividad revolucionaria como el renunciamiento y la contemplación. Tal la actitud de escritores que comprenden el problema central de nuestro tiempo, pero al mismo tiempo sucumben bajo la responsabilidad de afrontarlo sin librarse por eso del peso de una Cultura agonal. Detrás del patetismo controlado por el buen gusto con que la inteligencia vela sus infidelidades, esta literatura expresa la deserción del intelectual burgués, no la decadencia de Occidente. Esta literatura no habla de soluciones históricas, sino de calvarios morales, del pecado y la gracia, del destino gratuito y del amor como libertad condenada. Con lo cual queda bien con el fariseo, el seminarista, las "jeunes filies" en flor y la Academia Francesa.

En Anouilh, la fuga como compensación frente al mundo consiste en un retorno a la infancia, la única edad sin contaminaciones aunque en sí misma no sea pura. Esta paz próxima al claustro materno es puro simulacro, pero denuncia el mismo sentimiento de náusea cultural. Algo parecido pensará Mauriac de la adolescencia. Y Herman Hesse apelará a la música y al ajedrez. Todo esto es la exageración de la postura inaugurada por el romanticismo:

"Lo Absoluto –dirá Hegel–, en consecuencia, aparece como subjetivo, viviente y real, y por ello al mismo tiempo, como sujeto humano, como personalidad humana y finita en la cual reside el espíritu divino."

El Dios personal ha desaparecido de la actitud moderna. Pero queda el espíritu del hombre como un vacío sin objeto. Este sentimiento lo ha expresado S. George:

"Una opresora sensación de pesadez,
por sobre un sentimiento fatigado
y luego este sórdido pesar de lo vacío
¡Oh, Dios, 'esté conmigo solo'!"

A esta soledad hay que llenarla con algo. Incluso, como en Anouilh, retornando a la infancia. Idea expresada también por los románticos y que por la similitud de temas enlaza a ambas épocas desgarradas. Para Schiller, por su cercanía a la Naturaleza, la infancia es la edad feliz, lo mismo que en Novalis. Esta ruptura con los valores tradicionales le da a la literatura actual la apariencia de una libertad de elección. En realidad sigue esclavizada a la negación de los valores burgueses.

Logra efectos artísticos valederos, incluso, sobre una materia deleznable, la subjetividad maloliente. La atmósfera insalubre de las cámaras cerradas se convierte en acaecer psíquico minucioso, en la esterilidad pensante de Proust. El hecho de que Malraux haya ubicado el tema de una de sus novelas en China es síntoma de esta necesidad de fuga. La literatura actual reúne en un espeso abrazo de tristeza a Dios y el sexo y pasa sin solución de continuidad de la alcoba del enfermo a las penumbras de la "boite" envuelta en el trompetín de Louis Armstrong. En François Mauriac se concierta la alianza artística de la vida cotidiana y la vida eterna. El aburrimiento del matrimonio burgués, la mentira de la pureza de la adolescencia en los umbrales del infierno, sirven a la gloria de Dios, en cuya sabiduría se resuelve el milagro del orden jurídico del notario y la salvación. Mauriac no es el misterio religioso del hombre, sino el temblor del fariseo. Los héroes de Mauriac son creyentes. Han pecado porque el hombre –en una de las frases más estúpidas que haya promulgado un genio, Pascal– es "mitad bestia" "mitad ángel". La novelística de Mauriac es la pestilencia íntima del hombre enlazada a los valores bursátiles, dignificada por la legión de honor y santificada por el hisopo del cura. Sin embargo, Mauriac es un gran escritor, pues muestra en su secreta doblez la hipocresía institucionalizada despojada de velos. Él mismo es un escritor hipócrita. François Mauriac finge servir a la Iglesia, pero conocedor de su público, en rigor, muestra la crisis del catolicismo dentro del contexto del capitalismo.

Este sentimiento sobre la existencia desesperada alcanza en Kafka clara expresión simbólica:

"Mi dinero está en manos de desconocidos, sus finanzas me son incomprensibles; no adivino las desgracias que puedan sobrevenirles... Entonces descubro de pronto que estoy solo."

Es la soledad del monopolio, del usurero que no fiscaliza ni sus propias rentas. Es el capital flotando sobre el mundo solitario como el espíritu sobre las aguas en las cosmogonías antiguas.

El mismo Kafka explicará el sentido crítico de su literatura al decir:

"Con ella, con esa debilidad (que es en un sentido una fuerza inmensa) cargué sobre mí con lo negativo de mi época, de mi época que me es tan próxima y que no tengo derecho a combatir, pero sí en cierta medida a representar."

Ahora bien, esta representación inmaterial del mundo kafkiano, este no explicarse dónde está

la “causa” del “proceso” que agobia al personaje más importante de su novelística, es la manera disimulada con que el judaísmo enjuicia al mundo capitalista del cual es una forma parasitaria y, además, concausa. Kafka tiene conciencia de esta duplicidad:

“El contemplativo es, en cierto modo, el parásito que se cuelga de lo viviente, intenta correr parejo con el viento. Yo no deseo serlo.”

Pero luego de esta promesa de acción, encuentra un pretexto a su separación del mundo. Y la acción, a través de un juego de palabras, se convierte en intimismo:

“La contemplación y la actividad tienen su *verdad aparente, pero sólo la actividad emitida por la contemplación*, o más bien, lo que hasta ésta vuelve, *es la verdad*.”

Es decir, la acción no es proyección de la voluntad, sino intencionalidad de la conciencia pura, trascendente al mundo. Así, Kafka enjuicia sus rentas paternas, quizá las niega en la consideración nirvánica del universo, pero las acepta como una triste carga. Es la contemplación activa del capital a través del ocio de la clase burguesa.

Por eso Kafka puede decir con entera consecuencia:

“El Arte desea aletear alrededor de la verdad, pero con el propósito decidido de no quemarse.”

Las literaturas técnicas

El tecnicismo puro de un J. Joyce o un Sthepen Crane, en parte, responde a esta tendencia disociadora de la sociedad capitalista, con sus formas de sociabilidad atomizadas por la tecnificación del trabajo, y su consecuencia, la desvaloriza ética del hombre. Estas literaturas técnicas reproducen el aislamiento molecular del individuo que analiza su propio espíritu como un infatigable cerebro electrónico. Tal exhacerbación maniática es el resultado de una ruptura con el cuerpo social. Es por eso comprensible que estas manifestaciones altamente artísticas y racionalistas en su método creador se levanten sobre los materiales irracionales del sexo y la libertad interior absoluta. La atracción inconsciente que estas obras ejercen sobre públicos restringidos se funda en que por su ambigüedad artística, liberan de sus obsesiones neuróticas al

hombre moderno insatisfecho de las normas culturales que lo sofocan. Tampoco es casual que esta literatura surja, a menudo, de escritores conservadores, pues por su posición material dentro de la sociedad, experimentan con más intensidad la inconsistencia del propio mundo histórico.

Otros escritores, como William Faulkner, reaccionarán frente al mundo bajo la forma del delirio razonado, continuando así a Joyce. Una prosa remota y volcánica servirá de vehículo para esta visión dilacerada del mundo. A estos fines, Faulkner inaugura o perfecciona una nueva técnica. En esta retorta mágica hierven sustancias antagónicas, recursos de terrorista, fantasías obsesivas, descargas histéricas, truculencias folletinescas y una calidad poética elevada que hace de este alimento para las fieras una acabada obra de arte. La prosa de Faulkner es gramaticalmente monstruosa. Mediante el caos de las palabras en torbellinos inconexos y oscuros, se penetra por vía irracional en el desorden visceral del mundo y la existencia, a cuyo ritmo secreto sólo el arte se aproxima. Faulkner, por eso, apela a las imágenes, extrayéndolas de las zonas noctívagas de lo arcaico y lo prehistórico, de la zoología, del mundo submarino y quimérico de los fósiles, del mito, de los pieles rojas, de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, del avance del ferrocarril, la televisión y el gangsterismo, cañamazo heteróclito donde se borda como en una pesadilla el peregrinar terreno de los personajes. Su obra es un documento histórico, propio de un círculo cultural, Estados Unidos. En tal orden, su literatura no es mercadería de exportación. Documento deformado, y en lo esencial caricaturesco, pero veraz, que hunde sus raíces no en la mera arbitrariedad poética, sino en los residuos agónicos de una civilización vacilante, cuyo centro neurálgico, América del Norte, que ha entrado tarde a la cultura, atraviesa una situación histórica tan anárquica como esa literatura de los perímetros. En esto reside la importancia de Faulkner, tanto como la profecía que duerme en su desorden hiperbólico.

El existencialismo sartriano

En Jean–Paul Sartre encontramos resumida esta postura frente a la crisis de los antiguos valores:

> "El existencialismo –dice Sartre– iba en pareja antiguamente en Kierkegaard, con la fe religiosa. Hoy el existencialismo francés tiende a ir acompañado por una declaración de ateísmo, pero esto no es absolutamente necesario."

En efecto, para Kierkegaard, el único dato inmediato, la sola realidad humana es dada por la propia y vivida experiencia individual. El enigma del universo sólo puede revelarnos su esencia partiendo del propio padecimiento existencial. El mundo aparece así, originariamente, como desesperación y expectativa angustiosa frente a la contingencia personal de la muerte. Y, sin embargo, la muerte es la liberación final. Es decir, la libertad incondicionada del ser que retorna a la plena libertad creadora de Dios. Lo objetivo en Kierkegaard, las cosas, se transforman, se hunden en la vibración emocional, subjetiva del existir. Mas la existencia, el existir, por su relación polar con la muerte, es temblor.

Pero Sartre es ateo:

"Yo sostengo –escribe– como únicamente posible para el hombre lo que es posible para mí, es decir, en y por la angustia existencial despojada de todo, conciencia de la Nada."

La conciencia subjetiva que inicialmente es reconocida por Sartre condicionada por el medio histórico, se convierte repentinamente en conciencia de la Nada, en ente metafísico absoluto, en lo Absoluto mismo. En todas las crisis históricas del espíritu el hombre ha buscado algún absoluto donde su inquietud pueda reposar. Durante largas épocas fue Dios. El romanticismo lo disuelve en panteísmo. En nuestro tiempo Sartre se decide por la Nada. Este Yo de Sartre, metafísico, absoluto, es, en última instancia, la conciencia social del individuo que se aísla lacerada. Y ese Yo, en su aislamiento, se convierte en la única realidad, se hipostasia en Yo trascendente, en conciencia pura. El alma dolorida convierte el mal real en mal metafísico. Pero confundir la propia vida con la vida en general, elevar la existencia individual a fundamento ontológico del universo, no es más que una variedad del antropomorfismo filosófico. El hombre actual, perdido en el mundo, termina negando en la hiperestesia de su soledad al mundo que lo rechaza. El existencialismo convierte el dolor terrestre en la razón última, en el ser en sí del universo. Cae así en el solipsismo, en el "sólo yo existo":

"Yo soy un pensamiento, por eso no puedo detenerme. Existo..., porque pienso... y no puedo dejar de pensar. En este mismo momento –es atroz– si existo es porque me horroriza existir. Yo, 'yo', me saco de la nada a la que aspiro; el odio, el asco de existir, son otras maneras de existir, de hundirme en la existencia. Los pensamientos nacen a mis espaldas como un vértigo, los siento nacer detrás de mi cabeza, si cedo, se situarán aquí, delante de mis ojos, y sigo cediendo, y el pensamiento crece y ahora, inmenso, me llena por entero y

renueva mi existencia."

La filosofía tampoco escapa a la situación histórica. Por eso, la filosofía de Jean-Paul Sartre es "comprometida". Para Sartre, la soledad del hombre moderno se asocia, sin embargo, a la responsabilidad. El problema se agrava, pues en Sartre carece de connotación religiosa. De ahí su indecisión entre el irracionalismo y el marxismo, entre la nada y la materia. Pero esta filosofía de escándalo en el fondo es filisteísmo burgués.

El mismo Sartre confesó alguna vez que su existencialismo le provocaba una gran confusión y que no estaba seguro de entenderlo del todo. Los personajes de Sartre toman contacto con los problemas de la época –es la conciencia de la Historia–, pero al mismo tiempo, cada cual puede "elegir" libremente frente a ella. De este modo, la complicidad queda legitimada. El cobarde lo "es" libremente, si se sigue hasta sus últimas consecuencias a este pensador tan inteligente. Si a ello se agrega la glorificación de la soledad se comprenderá cómo esta filosofía de espejismos es al mismo tiempo desesperada:

En *Las Moscas*, Orestes le dice a Júpiter:

"Tú eres un Dios y yo soy libre; estamos igualmente solos y nuestra angustia es semejante."

Y más adelante:

"... son libres y la vida humana empieza al otro lado de la desesperación."

El existencialismo sartriano devuelve la imagen metafísica del pesimismo histórico de Francia. Es su testigo y al mismo tiempo su hijo espiritual.

Artista, público, círculos

¿Qué es el arte? ¿Qué es el artista? ¿Cuáles son las relaciones del artista con el público? Estos problemas han adquirido una particular importancia en nuestro tiempo.

La labor del artista no es meramente fotográfica. El Arte es imagen particular de lo real, fruto de una transferencia íntima inaccesible a la investigación científica. Se conocen, empero, ciertos mecanismos de la obra de arte y la importancia de los factores externos sobre el proceso

psicológico de la creación artística.

El arte, por un lado, tiene una raíz concreta –la historia personal del artista, su temperamento, la posición que ocupa en la sociedad–, pero como individuo, inserto en la sociedad de su tiempo, el artista es un ser histórico que proyecta en forma individual una voluntad de forma que no le es propia, sino de su contemporaneidad con la Cultura. El hecho de que la experiencia poética de cada artista sea única en su intrínseca cualidad individual –las diferencias, por ejemplo, entre Malraux, Proust o Bloy– no debe confundirse con el hecho objetivo, envolvente, por así llamarlo, que permite ubicarlos como escritores de un período y no de otro. El artista no tiene conciencia de esta dependencia y verá en su obra "un fin en sí mismo". "Todo poeta es Narciso", ha escrito Schlegel. Por su parte, Stocker ha señalado que el verdadero significado de la obra de arte, más que en sus cualidades estéticas puras, reside en el poder de suscitar emociones inconscientes en el público. Es lo que Freud había anticipado con anterioridad: "El psicoanálisis puede mostrar sin dificultad en el goce artístico, junto a la participación manifiesta, una participación latente, aun cuando infinitamente más activa que proviene de las fuentes ocultas de la liberación de los instintos".[3]

---

[3] La psicología ha contribuido a develar aspectos materiales de la obra de arte. Con más propiedad, de la creación artística. Desde el punto de vista sociológico, la obra de arte es un hecho objetivo, pero desde el punto de vista del artista es una evasión –"erzatz"– frente al mundo que lo oprime. Esta es la simple y decisiva contribución de Freud. Según Freud, el mecanismo de la creación poética se explicaría por el deseo del artista de expulsar de su alma las tendencias e impulsos reprimidos que lo atormentan desde el punto de vista moral. Pero si el público acepta ciertas obras es porque colectiva e inconscientemente necesita descargar sus propias tendencias impulsivas recurriendo para ello al pretexto indirecto de la obra de arte. Evita así ofender a la conciencia colectiva erigida en censura del individuo mediante un rígido sistema de valores religiosos, morales y de sanciones culturales que la propia sociedad impone como mecanismo regulador y conservador de la convivencia. No en vano, el ascetismo, desde Platón al cristianismo, ha sospechado siempre en el Arte un núcleo irracional y antiético. Aristóteles reparó en los efectos de la tragedia griega sobre los espectadores –"catarsis"– en griego "purga", explicando cómo la resolución del conflicto trágico liberaba al público del sentimiento inconsciente de culpa común a los hombres y los pueblos. Modernamente en el mismo sentido, el efecto de la tragedia ha sido comparado con el ataque histérico y con la técnica de liberación de las obsesiones neuróticas. "El artista –escribe Freud– es al mismo tiempo un introvertido que frisa en la neurosis. Animado por impulsos y tendencias extremadamente fuertes, quisiera conquistar honores, poderío, riqueza, gloria y amor... Como todo hombre insatisfecho concentra su interés en los deseos

La tendencia de Freud a ver en la naturaleza humana una categoría eterna fue la causa principal del papel secundario asignado en sus teorías, de base biológica, a las influencias sociales. Erich Fromm ha corregido esta limitación: “Las más hermosas y horribles inclinaciones del hombre no son parte de una naturaleza humana fija y biológicamente dada, sino el resultado de los procesos sociales que crean al hombre”. La neurosis moderna, aparte de la predisposición constitucional, está condicionada por determinantes sociales. La angustia es un producto social

---

creados por la vida imaginativa, lo que puede conducirlo a la neurosis... Y así es como el artista halla de nuevo el camino de la realidad. No necesito decir que no es el único que vive una vida imaginativa. El dominio intermedio de la fantasía goza del favor general de la humanidad y todos los que están privados de algo van a buscar allí compensación y consuelo... Pero el artista puede mucho más. Ante todo sabe dar a sus sueños suscitados una forma tal que pierden todo carácter personal susceptible de disgustar a los extraños y se convierten en una fuente de goces para los demás. Sabe igualmente embellecerlos de manera de disimular su sospechoso origen. Posee, además, el poder misterioso de modelar los materiales dados hasta hacer de ellos la fiel imagen de la representación existente en su fantasía... Cuando logra realizar todo esto procura a otros el medio de obtener nuevo alivio y consuelo en las fuentes de los goces que se tomaron inaccesibles de su propio inconsciente, y finalmente, conquista con ‘su fantasía’, lo que antes existía ‘en’ su fantasía, riqueza, poderío, amor”. La ruta abierta por Freud ha sido continuada con éxito. “Todo neurótico –ha escrito Steckel– no es artista, pero todo artista es neurótico”. Se han aclarado bien los procesos de sublimación, es decir, encarnamiento de la energía psíquica hacia fines superiores. Del complejo originario, las tendencias instintivas, a través de los procesos psíquicos de condensación y desplazamiento, son elevados a planos estéticos. Es sintomático que desde Sófocles a Joyce, pasando por Shakespeare y Dostoievski, los artistas han abordado los mismos problemas disfrazados de la vida instintiva. En “Dostoievski y el parricidio”, Freud ha resuelto en gran parte el enigma de esta similitud electiva de los temas. Por eso es comparable el artista al neurótico. Casi siempre lo es. “Los neuróticos –dice Freud– son aquellas personas rebeldes por naturaleza, en quienes la presión de las demandas culturales sólo logra una aparente supresión de los instintos”. El artista experimenta compulsivamente la necesidad de crear, y de este modo expresar que no es feliz, de objetivar este sentimiento, de apartarlo fuera de sí. Esta fuerte presión de los instintos la han reconocido todos los grandes artistas. “No sería todo –dice Whitman– ni sería nada si no existiese el sexo”. Y Shakespeare dirá con relación a los materiales de que se vale la obra de arte:

“El lunático, el amante, el poeta

bajo forma individual. El artista es un ser que no alcanza el pleno equilibrio entre su Yo y el Mundo. De esta oposición nace su necesidad de crear para librarse del conflicto que lo oprime. El artista experimenta esta situación conflictual de una manera muy intensa:

"Un corazón sensible es un triste bien sobre la tierra inestable."

GOETHE

La competencia económica, el miedo al fracaso, las humillaciones de un mundo organizado sobre jerarquías utilitarias, son factores desencadenantes del desequilibrio. El artista es un sujeto que sufre. Crea para afirmarse en el mundo, y por eso mismo busca el reconocimiento del público y ansia cumplir este bello e incompleto pensamiento de Goethe:

"La mayor felicidad del ser humano es la personalidad."

Pero, ¿qué es la personalidad sino el prestigio público alrededor de una persona? Nadie más desdichado que el artista incomprendido. La personalidad, en sí misma, es sufrimiento. El "narcisismo" del artista responde, en parte, a su peculiar estructura psíquica, pero más que nada a las cualidades que le asigna la sociedad –rareza, distinción, originalidad–, restos subsistentes de la vieja creencia mágica en el poder demoníaco de la inteligencia. Su incapacidad para la acción

---

están construidos de fantasía
uno ve más demonios que los que pueblan el vasto infierno
este es el loco; el amante frenético ve
la hermosura de Helena en una frente egipcia
la mirada del poeta busca con sutil locura
va del cielo a la tierra, de la tierra al cielo
y como la imaginación adopta la forma desconocida de las cosas, la pluma del poeta
las convierte en imágenes y naderías del aire y les da habitáculo y nombre."

"La esencia de la poesía –escribe S. George– es como la del sueño, en la cual el yo y el tú, el aquí y el allá, el pasado y el presente, están contiguos y son una y la misma cosa". Es el pensamiento expresado por Freud: "Los sueños imaginados permiten la interpretación de los sueños reales, es decir, que en la producción del poeta operan los mismo mecanismos inconscientes que ya hemos hallado en el dinamismo de los sueños".

lo conduce al aislamiento. Pero una conciencia aislada deforma sus relaciones con la realidad. De ahí el sentimiento excesivo del artista sobre su propio yo. Es el fenómeno bien investigado por Freud, de la "no entrega narcisista del yo a la comunidad" y que con más propiedad psicológica puede llamarse sentimiento "autístico" de la vida personal. Así dirá Kierkegaard:

"He de estar muy solo. Lo que he logrado hacer es consecuencia de mi soledad."

Este distanciamiento del mundo exige alguna compensación. El poeta no gusta de las interpretaciones racionales, ni desea explicar su soledad de otro modo que como "un don divino". Se afirma en ella, sobre todo en una época de rechazo, mediante un acto de desarticulación vital más que de armonía. Pero con frecuencia lo ignora y se refugia en el silencioso yo contemplativo cuya expresión simbólica buscaba Mallarmé:

"No trates de comprender la vida,
entonces será como una fiesta."

RILKE

Esta actitud se convierte en el mismo Rilke en: "¡Oh, beatitud de las pequeñas criaturas que permanecen para siempre en el vientre que las creó!". Es el mismo sentimiento que Nietzsche había denunciado como el devorarse la cola por la serpiente enrollada en sí misma. Pero el arte no es ajeno al mundo. Si parece un producto diamantino y único, es porque el mundo real está desgarrado. El artista cree ser poseído por el demonio y está dominado por las potencias del mundo.[4] Teófilo Gautier, bajo este estado de ánimo, dirá: "¿Para qué sirve una rosa sino para

[4] No puede negarse la importancia de la historia personal en la obra de un escritor. El esteticismo puro de un Croce que repara en el valor objetivo independiente de la obra de arte con prescindencia del artista es una parcialidad, pues la obra estética pura surge del mundo, es ella misma el producto del espíritu que crece en el mar agitado de la vida. Hay artistas inconfundibles que exigen la exploración psicológica de sus obras y la correlativa vinculación de su sentido estético con la personalidad del creador. Tal el caso de D. H. Lawrence. Al estudiar su obra, el autor aparece en primer plano, al menos como una sospecha y tiene razón Charles Duff cuando afirma que "su principal significación estriba en que su mente es la mente de una mujer, aliada a un vigor masculino y fuerza de expresión, fenómeno raro en

efectuar la belleza?". Y Proust hablará de: "Los espacios interiores a los que el artista se ha retirado para crear." Pero el artista que se aísla en esa plenitud de la creación, "en esas regiones profundas de uno mismo donde comienza la verdadera vida del espíritu" –según el mismo Proust–, en realidad confiesa un miedo. Y este miedo –la llamada soledad del escritor– no solamente es psicológico, ya que todo hombre está solo, sino también social. La soledad psicológica se agrava en las épocas inseguras. En todo el arte moderno persiste esta relación de lejanía entre el artista y la sociedad. Tal actitud no es una libre determinación del artista, sino el efecto de una aguda perturbación de la sociedad humana. Esta falsa representación de las relaciones objetivas es lo que se llama "alienación del espíritu" o "conciencia alienada". Una forma extrema de esta dislocación la expresa el mismo Proust, quien termina disolviendo su personalidad de artista en el Arte mismo, al que considera separado de la vida, superior a la vida:

"¿Si el Arte no fuera, en verdad, más que una prolongación de la vida, valdría la pena sacrificarle nada, ni sería tan irreal como la vida misma?"

Tales paradojas, que Oscar Wilde iniciara, vistas desde la doble perspectiva de la vida individual y la Cultura no admiten defensa. El Arte no es la prolongación de la vida. Es su expresión misma, su acabada manifestación histórica, y el artista su vehículo temporal. Pero no mucho más temporal que el Arte mismo. Sólo el tiempo histórico varía. Y esto da la ilusión de su eternidad. Cuando el individuo pierde el sentido de la Historia, la personalidad adquiere una

---

literatura y de gran valor desde el punto de vista de la mujer". Pero al lado de esta interpretación que bordea la metafísica de los sexos sobre la pista de Weininger –imagen del artista en la que con frecuencia se ha pretendido ver la imagen del genio–, la visión de Lawrence no va más allá de la cultura victoriana. Es el sexo encarcelado por sanciones culturales negadoras de la vida. Basta conocer la vida de Lawrence, su humilde origen, para comprender la crítica que formuló contra la sociedad y que en su momento escandalizó a Inglaterra:

"...No experimento ningún contacto realmente cordial entre la sociedad y yo, entre los individuos y yo, algo nos separa. Lo que alcanzo a tocar es algo que no es humano ni articulado". Algo parecido al amorfismo anatómico, casi hermafrodita desde el punto de vista de una estricta tipología de los sexos, del amante de Lady Chaterley.

dimensión monstruosa y el Arte se convierte en idea eterna, en forma pura, en causa incausada de un mundo ideal. Sería falso deducir de esto, con Aristóteles, que el Arte sea imitación de la Naturaleza, pero tampoco es ajeno a ella. Si el Arte se ha presentado bajo la seductora idea de una superación de la Naturaleza, tal creencia tiene su explicación no en la existencia de dos mundos separados –arte y realidad–, sino en la diversidad cultural con que las distintas épocas se enfrentan al mundo real. La idea de un arte superior a la Naturaleza es propia de las épocas enfermas y cuenta con la venerable autoridad de Platón, un decadente. Proust lo ha dicho: "Los enfermos se sienten más cerca de su alma". Y los artistas –puede agregarse– más cerca del crepúsculo de las culturas. Nada más que eso. Pero el artista, como dice Baudelaire, "no sale jamás de sí mismo". Una ilusión individual, empero, no es una verdad objetiva. El mismo Baudelaire lo entiende así cuando, refiriéndose a *Las flores del mal*, escribe:

"En este libro atroz puse todo mi corazón, toda mi ternura, toda mi religiosidad (disfrazada), todo mi odio. Es verdad que escribiré todo lo contrario, que juraré por mis grandes dioses que éste es un libro de arte puro... y mentiré como un sacamuelas."

Mientras tanto, los artistas pueden seguir pensando con Flaubert: "La humanidad nos odia; nosotros no la servimos y la odiamos porque ella nos hiere. Amémonos, pues, en el Arte, como los místicos se aman en Dios".

La dependencia del artista

Interesan también a la sociología del Arte las relaciones entre el artista, la obra de arte y el público.

Los círculos literarios son un producto de la división del trabajo social, ya que el escritor ocupa un lugar determinado en el proceso de la producción. El artista, por la fijación centralizada de su yo, padece el "complejo de Narciso", un deseo continuo de brillar. Para eso necesita apoyo social. Estos grupos están bien organizados y su objeto es la propaganda al servicio de sus miembros. El sistema culmina en un subgrupo de críticos que con frecuencia son los mismos literatos del círculo. La comunidad literaria se convierte en una constelación cerrada, con sus valoraciones rígidas y una constitución estable.

Una tendencia literaria puede tener éxito por muchos motivos, pero nunca es ajena, en forma

abierta o difusa, a ciertos presupuestos ideológicos. El círculo da forma material a este carácter ideológico de las corrientes artísticas y literarias en general. El miembro del círculo, por conveniencias prácticas, cede parte de su personalidad, y esta renuncia es compensada por la protección impersonal del grupo, que a su vez, es la expresión organizada de un público más o menos estable. "Nada más difícil –dice Schiller– y más amargo, que escribir sin la esperanza de hallar lectores".

Alrededor de las figuras episcopales del cenáculo revolotea un enjambre de poetas que no tienen otro itinerario para iniciarse en las letras. La adhesión de estos miembros es por eso pegajosa y vocinglera. Los círculos literarios son conductas colectivas. Imponen las modas literarias o las resisten. En tal sentido poseen el rasgo típico de los grupos sociales organizados: la coacción. En ellos se comentan cuestiones artísticas, se establecen juicios de valor comunes al grupo, se pronuncian conferencias y son centros de orientación para esos públicos restringidos que a sí mismos se llaman cultos y que integran la tilingocracia intelectual de las grandes urbes. Cuando esos círculos acogen en su seno a escritores de distintas capas sociales, en los períodos estables no pasa nada. Pero en tiempos de turbulencia política se asiste al espectáculo ruidoso de las escisiones y querellas. La mismidad del grupo se convierte en diáspora. El círculo, en tanto poder de coacción, sanciona a los herejes. En definitiva, los círculos literarios expresan el fenómeno de la socialización técnica del arte al servicio de determinados valores sociales. El artista crea de acuerdo a esos valores normativos. Mancomunadas a través del centro orientador, las tareas del escritor, de los críticos –que forman el ala cacofónica de la orquesta– y de la propaganda, estos círculos son órganos de control de la sociedad dividida en clases, y con relación a la cultura burguesa reproducen espiritualmente el fenómeno biológico del comensalismo.

El escritor, al valerse del círculo, desde ese instante ha claudicado: "Si el escritor –escribe Henry Lefebvre– se vincula con grupos o clases decadentes, si se somete a una 'opinión' amordazada o dirigida a las exigencias sociales de una clientela estrecha, se vuelve escolástico y bizantino, se estanca y se encadena". Tal es lo que ha pasado en la Argentina con los escritores –mayores y menores– de la revista *Sur*.

La existencia de los círculos se relaciona con el público. Un libro es un producto social. Si interesa a un público determinado que lo compra, a más de su valor espiritual, es un artículo en el mercado. El escritor, en última instancia, depende del mercado editorial, de su demanda, de sus

hábitos, de sus preferencias. Por su parte, el público busca en el libro la objetivación de sus propios deseos, intereses, ideales y prejuicios que están condicionados por la situación social de cada lector. Cuando el escritor triunfa, su personalidad se amolda a la opinión corriente sobre su obra. De aquí que generalmente repita su primer libro de éxito. Pero al depender de una clientela que le exige el mismo artículo, desde ese momento el escritor ha iniciado su engolfamiento y declinación, esclavo de la sanción, de las capillas literarias. En contraposición, la aprobación del público que además le asegura la venta de sus libros, le compensa de esa restricción, pues el escritor ha logrado su objetivo: la vinculación equivalente con un público consumidor que lo rodea de prestigio social. Cuando el escritor es mediocre —los "cuadrúpedos incorporados" de que hablaba Daudet—, esta compensación es alcanzada, a través de una adulteración, mediante el patrocinio del círculo literario que paga su adhesión proselitista con la dádiva de publicaciones periódicas en la cadena de diarios y revistas. Así se consigue un ejército de intrépidos poetas dispuestos a morir por la Cultura.

Capítulo II

El imperialismo y la literatura nacional en la Argentina

Cuando un pueblo se plantea críticamente el problema de su literatura nacional, puede asegurarse que ha tomado conciencia de su destino histórico.

El hecho de que Buenos Aires haya sido desde los confines del siglo XIX un centro de recepción e irradiación de las tendencias intelectuales europeas, debe explicarse por su creciente importancia comercial más que como un síntoma de refinamiento cultural. La generación de Darío y Lugones ejemplifica bien esa configuración plural del proceso receptivo de modas extranjeras característico de la ciudad cosmopolita. Las tendencias modernistas de esa época coinciden con las ideas estéticas nuevas que vienen de Europa como un soplo renovador, pero también con un extranjerismo creciente, con la euforia y el escepticismo de una sociedad aristocrática vertiginosamente enriquecida por su conversión financiera a la economía mundial.

La irrupción invasora del imperialismo con sus formas disolventes de las culturas autóctonas, trae enancado el movimiento modernista, que en este orden, es manifestación de la colonización espiritual que avanza. El modernismo literario es un lujo que la oligarquía agrega a su curiosidad de arribista de la cultura. Pero en diverso sentido, al pasar a otras capas sociales, engranó por su potencialidad reanudadora del lenguaje poético y por su proclividad a lo ornamental, con la exaltación del paisaje vernáculo, contribuyendo así a la exuberancia descriptiva, inédita y sonora de la tierra americana como algo distinto a lo europeo. Este elemento geográfico, metido de contrabando en formas estéticas foráneas, es el único rasgo propio que ofrece el modernismo en estos países, aliado a la fría imitación de la forma, salvo en algunos poetas que por su origen popular más que modernistas fueron reformadores políticos. El modernismo literario acompaña la apertura definitiva, disgregante y a mansalva de los mercados latinoamericanos al conquistador europeo, empeñado en internacionalizar, es decir, debilitar las antiguas áreas culturales, focos naturales de resistencia espiritual colectiva a las penetraciones extrañas. Con el modernismo, el divorcio gradual del pueblo y la "intelligentsia" ha comenzado. Y este fenómeno se asocia en los intelectuales a su separación de la clase alta enriquecida y orgullosa. América, en forma explícita o implícita, es concebida como un traumatismo cultural, como un mal metafísico

o un estado de inadaptación u oscuro descontento frente a un mundo espiritualmente empobrecido.

Los poetas modernistas, en plena ascensión del imperialismo, empiezan a sentirse aislados, proscriptos de la sociedad burguesa fundada en el dinero y el egotismo de la clase gobernante enquistada en una empedernida conciencia de clase. Esta situación solitaria de los poetas define el período. Retóricos aristocratizantes o anarquistas formales –Darío, Lugones, Almafuerte, Carriego–, cada uno a su manera, a través de individualizables situaciones sociales, reflejan el creciente aplazamiento y soledad de la inteligencia argentina alienada del mundo terrenal y cuyos sufrimientos reales son transportados al mundo celestial de la poesía exquisita o rebelde. La generación modernista pasó del estrépito juvenil, al ocultismo, el alcohol o el suicidio, síntomas de una misión histórica incumplida y un desencanto trágico.

Estos movimientos fueron socialmente inocuos, y por eso contaron con la indulgencia de las clases dirigentes. Paul Groussac, prototipo del escritor extranjero, deformador sistemático del contenido popular de nuestra historia, repostero de la figura de Moreno, enemigo declarado del espíritu nacional al servicio de los intereses mercantiles de la oligarquía portuaria, prestó al modernismo literario una protección precautoria, donde junto a su patriotismo de francés se une la defensa del liberalismo de importación. Bajo el padrinazgo de Groussac, la oligarquía selló su alianza con los poetas fuera del mundo. Y por eso tolerados:

"Es necesario que así en el Norte como en el Sur, durante un período todavía indefinido, cuanto se intente en el dominio del Arte será imitación."

……………………………………………………………………………………………………

"Siendo, pues, un hecho de evidencia que la América colonizada no debe pretender por ahora la originalidad intelectual, se comete un abuso de doctrina al formular en absoluto el reproche de imitación europea contra cualquier escritor o artista nacido en este continente".

Groussac contestaba a quienes, como Alberdi, tenían conciencia de las fuentes nutricias de la Cultura:

"... se echaban los cimientos de una sociedad nueva y original –escribe Alberdi– y la poesía no cesaba de hacer de nuestra revolución una glosa de las repúblicas de Grecia y Roma; se desplomaban las tradiciones de forma social y política, de pensamiento y estilo, que nos habían legado los españoles, y los poetas mantenían como

reliquias sagradas esas tradiciones literarias de una poesía que había sido la expresión de la sociedad que caía bajo nuestros golpes; la libertad era la palabra de orden en todo, menos en la forma del idioma y del arte: la democracia en las leyes, la aristocracia en las artes, independientes en política, colonos en literatura.”

En rigor, tal independencia en política era una ilusión, una partición abstracta entre el proceso histórico y la vida espiritual, que son fenómenos interdependientes de la actividad humana. La generación de Alberdi asiste al gradual sometimiento al capital extranjero, etapa que coincidió, desde entonces, con una literatura sometida, pero la dicotomía alberdiana apunta a un hecho comprobable y su crítica alcanza a tantos intelectuales de hoy, que por esa distorsión común en la interpretación de la Historia, han convertido a Alberdi en el prototipo del extranjerismo cultural civilizador, cuando fue, en su madurez, un juez postumo y un defensor de las tradiciones nacionales.

El escritor francés propone, sin veladuras, la negación de toda forma de expresión autóctona hispanoamericana, recomienda la imitación como el camino de Damasco obligado de los escritores continentales y, al mismo tiempo, defiende la causa del extranjerismo modernista como una virtud. Luego de tratarlos de escolares aplicados, los insta a convertirse en plagiarios espirituales. En el fondo los desprecia como repetidores tanto como por rebeldes y con su favor burocrático los pone al servicio de la clase gobernante que él representaba como dómine intelectual y director de la revista oficial *La Biblioteca*.

Los poetas del 1900 asisten al desarrollo de la fe de la clase dirigente en la potencialidad agrario-ganadera del país, a su pedante afirmación vital, a su logrerismo estético, a su filisteísmo radical, al deslumbramiento frente a todo lo europeo propio de los epígonos culturales. El país pierde personalidad. La invasión inmigrante y el retroceso de las antiguas tradiciones colectivas bajo el empuje de contingentes humanos sin arraigo, el vacío asentamiento mundano de la clase dirigente, crean un clima de hostilidad a la inteligencia. Los núcleos inmigrantes conservan sus antiguas costumbres, resisten a la asimilación o la aceptan lentamente luego de profanarla idiomáticamente. Al rechazar la Cultura en la que penetran, se mantienen dentro de ella en un lento proceso de transculturización, como elementos independientes o insensibles, cerrados a toda interpenetración de las conciencias con los grupos locales. Por otra parte, el enfrentamiento cultural de los círculos inmigrantes de diversa nacionalidad da por resultado un tipo de sociabilidad inferior, sin valoraciones espirituales comunes, yuxtapuestos sus individuos como átomos sobre la cultura de adopción en disposición marginal. A esta presión cultural de los

grupos inmigrantes no escapa la cultura nativa que se deforma por capilaridad social, en barrios como la Boca o en vastas zonas chacareras de Santa Fe y Córdoba, pobladas por italianos que, además, desprecian a la población indígena. La inmigración incorpora vocablos, y como el inmigrante pertenece a las bajas capas sociales, las creaciones colectivas de esa época se envilecen con residuos lingüísticos del mercado. El idioma, por su naturaleza colectiva, se transforma, particularmente en las ciudades portuarias, impone modas o en otros casos crea vocablos definitivos. En tanto, la ciudad opulenta concurre a óperas y zarzuelas. La juventud, en parte por la edad, en parte como resistencia ante un medio de advenedizos y agiotistas, se enrola belicosa en el modernismo literario, que es en el fondo el sustituto poético de una rebeldía política latente frente a una vida de horizontes estrechos. Los valores bursátiles, el inflado valor de la tierra, ocupan la atención de la clase dirigente que habla en francés y de los grupos humanos agregados como cuerpos macizos y extraños al país agropecuario. La clase media, de reciente extracción histórica, vacilante pero enérgica, consciente de su importancia social, sin tradiciones inhibitorias con la tierra, plantea reivindicaciones democráticas y la naciente clase obrera, con el desarrollo del país, agita ya su conciencia. La figura de Yrigoyen concentra a vastos sectores nacionales. La clase dirigente, desde 1890, pierde prestigio. Nuevos vientos soplan en el país. Y los intelectuales, más o menos postergados, unen sus polémicas estéticas con la democracia y el socialismo burgueses. Mallarmé, Rubén Darío, Yrigoyen se mezclan en las discusiones literarias con K. Marx y Bakunin, en tanto la pequeñoburguesía prepara la conquista del poder ligando a la bandera del sufragio universal y secreto la voluntad de enriquecerse rápidamente. Buenos Aires ingresa a la categoría de gran urbe europea. Detrás del proceso está la invisible conducción de la economía nacional desde Londres. Modernismo y anarquismo intelectual marchan con frecuencia juntos y marcan el desacuerdo de una generación que no encuentra lugar en la patria. Las mejores inteligencias argentinas se refugian en la bohemia, pobre caricatura de Montmartre, soñada y entrevista en medio de cenicientas tareas periodísticas o humillantes cargos burocráticos sin porvenir. En esta época comienza a agonizar la "intelligentsia" argentina en el periodismo de la oligarquía o en las hojas democráticas populares sin perspectivas económicas. A pesar de todo esa generación creía en el país. Ingenieros, Lugones, Gálvez, Manuel Ugarte, Almafuerte, Florencio Sánchez, Ghiraldo, David Peña, Martín Coronado, José Álvarez, Roberto Payró, etc., cogidos en el optimismo positivista del siglo XIX, en medio de mucha hojarasca literaria y sentimental, sueñan con una Argentina de 100 millones

de habitantes de raza blanca. Esta generación tiene sus pies en la América Hispánica desgarrada, no renegaba de lo hispánico, y aunque revolucionarios, sus miembros veían en las tradiciones del país el mejor itinerario para la final consumación espiritual. A esta generación pertenece el primer ensayo coherente –frustrado y negado por la generación que la sucederá en 1930– de una literatura, una historia y una filosofía con raíces en el país y en Hispanoamérica. Todos estos intentos han sido negados o silenciados por la generación de 1930, que ha enaltecido de estos escritores –cuando lo ha hecho–, lo falso y no lo verídico y nacional. Muchos de ellos han sido sutilmente desvalorizados, como Lugones, con el pretexto de la exégesis literaria pura, a pesar de que Lugones es la anticipación de una gran poesía nacional y quien más cerca estuvo de lograrla pese al envejecimiento de su obra filiada en forma militante a las tendencias literarias de su tiempo.

La generación de 1900 formada, en su conjunto, por escritores de la clase media urbana o provinciana, escudriña la realidad del país. Esta generación cumple su obra, en medio del gigantismo material de la ciudad, bajo una especie de contemplación apesadumbrada en lo íntimo, pero objetivamente confiada en el porvenir de la Argentina. En su desesperanza individual eran idealistas, tenían conciencia dolorosa del presente, pero no se avergonzaban de ser argentinos, aunque asistían al lento deterioro del espíritu nacional, entre los negocios exteriores, los empréstitos, los ferrocarriles y el progreso que habría de revelar bien pronto sus elementos de atraso por la carencia de previsión por parte de la minoría gobernante. Fue una generación romántica y fracasada que, pese a su formación europea, miraba hacia adentro:

"¿Quién era él? –se preguntará el personaje central, en gran parte autobiográfico, de *El mal metafísico* de Manuel Gálvez–. Un pobre muchacho lleno de ensueños sin más capital que su sensibilidad, su 'talento', su gran amor a la belleza: cosas sin ningún valor en este país."

Este es el Buenos Aires que empieza a vender, junto con su riqueza agropecuaria, fundamento de su soberbia fatua, la espiritualidad misma del país, triturando dentro del sistema a los intelectuales obligados a aislarse en el "arte puro" o en el anonimato estéril del periodismo. Justamente, un periodista, José M. Miró, ha condensado en La Bolsa toda la miseria de esta época de vértigo material.

Rebeldía y derrota de la inteligencia

Por esos días, la poesía de Almafuerte pregona una reforma social intermedia entre el anarquismo, el evangelio y la escuela primaria. Es una poesía mediocre, pero históricamente reveladora de una atmósfera moral corrompida que envuelve a la clase terrateniente y anuncia la creciente potencia política de la inmigración. Almafuerte no filosofa con el martillo como Nietzsche, sino con el fango del Arroyo Maldonado. Pero es veraz. A ratos, sus jeremiadas dejan paso a la grandeza ética, pues sus temas universales, vertidos al ámbito propio de un dolor colectivo circunscripto, están enfurecidos por la vida. Detrás de su poesía huracanada se presiente el nacimiento del proletariado urbano que prepara los levantamientos sangrientos de 1919.

En esta Argentina de principios del siglo piensan sus artistas. Junto a ellos, impermeables al país, esos inmigrantes tienen su corazón puesto, no en la tierra de adopción, sino en la lejana aldea natal, remota y triste como la infancia, pero que los estimula al ahorro con pasión recalcitrante, concentrada la existencia en la obsesión opaca y voluntariosa del retorno. En este mundo no hay lugar para el ensueño.

La generación anterior –Sarmiento, Mitre, Wilde, Goyena, Avellaneda, Hernández– no ha sido específicamente literaria. Su labor fue política y la literatura un instrumento de la acción. En cambio, la generación de 1900 asiste con el crecimiento del país, a la división del trabajo, al distanciamiento y ruptura entre la "élite" económica consolidada en el poder y la inteligencia, con frecuencia plebeya. El intelectual se hace profesional. Y el aislamiento de las capas pensantes de la sociedad acentúa las posturas revolucionarias individualistas. Las ideas de estos escritores están filiadas al socialismo aunque más no sea en el orden sentimental. Es esta una literatura descontenta en medio de las grandes alteraciones a las que asiste. Esta generación, empero, deseaba:

> "...Trabajar por la regeneración de la República –escribe Gálvez–, restaurar los viejos ideales, modelar la conciencia de la raza y soldar los eslabones de las nacionalidades dispersas para dar unidad a la patria."

En ellos el país está presente. En algunos, como en Manuel Ugarte, late con pulso de vislumbramiento. Habían empezado, en el orden literario, en actitud reactiva frente al clasicismo de la época anterior, desprovisto de un verdadero conocimiento de la Antigüedad y esterilizado

en las virtudes plutarquistas de Mitre poeta. Por eso, la prédica modernista cobija en un verdadero mestizaje estético, al naturalismo y al simbolismo con el romanticismo, y esta conjunción extemporánea, esta mezcla de materiales antagónicos unidos por el azar del diletantismo literario, a veces se acerca a la expresión americana, quizá por un acomodo circunstancial a la riqueza inédita y visual del paisaje, todavía poéticamente inviolado, y que demandaba formas de expresión nuevas, instrumentos con sonoridad distinta.

La mayoría de los poetas y escritores de esta generación terminaron en el silencio o pasaron vencidos por el ambiente a la burocracia, al matrimonio de apellido o a la protección de la Iglesia, como Gálvez. Otros, como Lugones, se suicidaron. En conjunto, todos cayeron derrotados por el país oligárquico, con su pesado abolengo repentista, sus prejuicios aldeanos y su insolencia territorial. Este estado incierto entre el arte, la realidad argentina y la fascinación de Europa como escapismo frente a una atmósfera espiritual sofocante, se refleja en la versatilidad mental de sus miembros, producto, a su vez, del raudo cambio material de la sociedad y de la gradual dependencia del país al exterior.

“Era cosa corriente –dirá Gálvez, testigo inapreciable de la época– cambiar de opiniones, simpatías y doctrinas. Pasaban del tolstoísmo al nietzschismo, a la anarquía o al catolicismo con la mayor tranquilidad. Tan pronto defendían la fórmula del arte por el arte como la atacaban en nombre del arte por la vida. Hoy admiraban a D'Annunzzio y al día siguente lo despreciaban. Por la mañana escribían versos elegíacos y aristocráticos a lo Verlaine y a la noche imitaban a Walt Whitman, el cantor de la democracia y la vida moderna. Era la eterna confusión estética de la juventud americana bajo las influencias extranjeras que anulaban a tantos hombres de talento.”

Víctima de este escepticismo y confusión, dirá otro personaje de Gálvez:

“Así es todo en este país. Un hombre se improvisa crítico como otro se improvisa político, rufián, financista o predicador.”

El sentimiento nacional latente

La transformación económica del país trajo violentos desarraigos que se reflejaron en un sector de la clase dirigente. De la burguesía nacional se insinúan tendencias nacionalistas. Se trata de un tradicionalismo de casta, burgués, que alcanzará formalidad política en 1930, pero ajeno en

principio al problema de la dependencia económica de Europa que, en tanto miembros de esa burguesía nacional ganadera, sus representantes no se plantean con claridad. Es un nacionalismo atado al pretérito hispánico, y a la cultura eclesiástica, y que en otro orden, plenamente reaccionario, protesta contra la invasión inmigrante oponiéndose a las ideas liberales que conceptúa favorables a la penetración de concepciones disolventes, laicismo, socialismo, etc.

Tal situación ha sido recogida en los libros de Manuel Gálvez, pues estas ideas tradicionalistas, aunque con diversa orientación política, no son antipáticas a los intelectuales de la época en su conjunto. En medio de vacilaciones, en ellos está vivo el conflicto entre la europeización y la nacionalización de lo argentino y el presentimiento de la lenta absorción por elementos culturales exóticos de las tradiciones nacionales aisladas del organismo del país por la ciudad fenicia. Los escritores de las primeras décadas de este siglo intuyen que el país es víctima de una intoxicación espiritual, en tanto permanece escindido entre el interior depauperado por el predominio material de Buenos Aires, la ciudad puerto, exuberante y vacua, que obnubila la visión integral de la Nación y enerva todo germen de unidad económica y cultural por su segregación del país verdadero.[5]

---

[5] Manuel Gálvez, nacido en 1882, es el único novelista argentino de éxitos espectaculares. Ha sido deliberadamente disminuido por los círculos literarios dominantes después de 1930. La crítica de microscopio que confunde el conjunto arquitectónico con los accidentes de la masa, ha reparado casi exclusivamente en sus defectos formales o constructivos. Con estos circunloquios esteticistas se ha soslayado el alto mérito de este novelista argentino. La causa real de este silencio reside, sin embargo, en que Gálvez es el único novelista importante con raigambre y proyección nacionales. Además, sus obras –aun novelas deficientes como *Hombres en Soledad*– compensan sus defectos por su imponderable valor histórico con relación a la atmósfera cultural de los períodos tratados. En las escenas del dolor humano, la obra de Gálvez respira la fuerza vital y masculina de la literatura auténtica. Sus novelas religiosas, escritas con cierta artificialidad, quizá de encargo, no invalidan el hecho establecido. Gálvez es, pues, el primer novelista argentino. Y la comparación con B. Pérez Galdós no es excesiva. Pero nuestros intelectuales y el público "snob" prefieren a Vasco Pratolini o a Moravia sin reparar en novelas definitivas como *Nacha Regules* o *La maestra normal*. Junto a cierta vulgaridad poética que hace de fondo de sus obras, a cierta pesadez espiritual y desorden general, Gálvez logra cuadros sólidos, no siempre bien armonizados en

Este conflicto de la inteligencia que busca lo propio y se ve condenada a vegetar en un medio enajenado, se expresa en el sentimiento de decepción e impotencia de la literatura de la época que asiste al embotamiento del alma nacional. Ingenieros, Lugones, Sánchez, Gálvez reflejan esta depresión espiritual bajo el egoísmo de las clases altas que piensan en París y la población inmigrante integrada por trepadores sociales con los pies en la Argentina y la cabeza sórdida en Europa. Por todos lados europeísmo y nostalgia. Por todas partes un país saqueado y solitario. Fue una época penosamente vivida por el espíritu. Pero dio una literatura. Literatura embrionaria, es verdad, cuya tradición quedó bruscamente interrumpida en 1930. Estos escritores han sido negados por una generación más joven imitadora de Proust y Kafka. Pero se alimentó en la vida y no en una espiritualidad calcada. Martín Fierro es descubierto –o redescubierto– por esa generación en 1912. Manuel Gálvez lo llama "el personaje del genial poema de la raza". Y en la misma novela refiere que el teatro de los Podestá, cuando comenzó a difundir la poesía gauchesca, tuvo un éxito inesperado. Uno de los personajes replica a otro que niega valor a estas expresiones juzgadas con sorna por gazmoñería cultural de los medios distinguidos:

"Una literatura que despierta el amor al heroísmo y la libertad, que nos penetra el espíritu de la pampa, no es una literatura subalterna. Para mí vale más que nuestros versos pretensiosos y extranjeros y que gran parte del repertorio teatral, más evolucionado, sin duda, que le siguió."

los detalles, pero unificados por una natural veracidad estética y un apego directo a la vida real en su infinita insignificancia y grandeza. No es un maestro del análisis psicológico pero logra la humanización de sus personajes mediante la exacta observación de sus reacciones exteriores y del medio. Estas naturalezas vulgares –incluso los intelectuales tan comunes en sus novelas– no difieren mucho de la realidad. En esto reside la fuerza de Gálvez, aunque también su limitación, pues es poco imaginativo y los sentimientos y estados que describe no van más allá de esas capas del espíritu accesibles aun a la descripción directa. Y sin embargo, realista de raza, por esta vía penetra indirectamente en la interioridad. Los personajes viven, sobre todo, por la justa descripción del ambiente que los oprime o los explica a pesar de sus diálogos con frecuencia forzados, la exageración de las escenas y el desaliño de sus libros. De este desequilibrio argumental y técnico, deriva la vigencia de una crítica malevolente, formulada a la otomana, interesada en disminuir a un escritor que compensa sus defectos con el contenido agitado y humano de sus mejores novelas, entrañablemente enraizadas al país argentino del cual es un testigo de valor permanente.

Por otra parte, la aprobación popular que promovían estas obras, asociadas a su valor estético prístino, se nutría en las capas más profundas del alma colectiva, en la remoción inconsciente de un pasado próximo de persecuciones que aún vivía en el recuerdo de los pobladores de la campaña como la presencia cercana de una gran catástrofe.

Otros aspectos del modernismo

Juan Valera denunció en el extranjerismo de las formas estéticas, propias del modernismo literario, un ataque contra las tradiciones hispánicas. En realidad, el modernismo literario contribuyó al lento proceso de despersonalización nacional, simultáneo a la balcanización económica y espiritual de Hispanoamérica. Pero también el modernismo fue atacado desde un punto de vista reaccionario. Calixto Oyuela –un fósil literario– vio en el modernismo un peligro con relación a un arte nacional autóctono. Pero en Oyuela era añoranza del plateresco de la opresión absolutista. El arte propiciado por Oyuela era el deseo de una nueva momificación del espíritu americano en las formas clásicas del siglo XVIII francés con algo de la grandeza convertida en retórica de Lope de Vega y mucho de la sonoridad despojada de fondo de Góngora. Academismo muerto y no menos importado. Puro barroquismo mental sin arraigo en las fuentes profundas de las culturas hispanoamericanas, que un Diego Rivera, en nuestro siglo, habría de convertir en la síntesis de la lucha del indio contra el latifundio y la opresión feudal. En ambas posturas –el antihispanismo afrancesado y el hispanismo formal– se percibe la misma tendencia a ignorar el "humus" de estas nacionalidades, cuya resistencia a la colonización se funda, en parte, en el espíritu sobreviviente español, pero más que nada, en la comunidad lingüística e histórica, actuando sobre una trama étnica compleja que nada tiene que ver con la España del sigo XIX. Imagen de España, esta última, cara a Inglaterra, empeñada en extirpar los últimos restos de la influencia hispánica en América. No es casual que Rubén Darío fuese designado por *La Nación* corresponsal extranjero como premio a sus crónicas antiespañolas. De esa España "encerrada en la muralla de su tradición, aislada en su propio carácter, sin que penetre hasta ella la oleada de la evolución mental". Esta "oleada mental" era impuesta, con la complicidad de las oligarquías indígenas, por la hegemonía victoriosa de Inglaterra y el juvenil impulso histórico de Estados Unidos, cuya expansión industrial aceleraba la rapaz política del reparto continental –Cuba, México, Puerto Rico, Centro América, etc.– a costa de estas regiones que, hoy mismo, un

economista, Raúl Prebisch, califica como “periféricas”. Es decir, fuera del mundo civilizado.

Tampoco es casual la prevención de Unamuno contra el Darío de la primera época, en quien vio, aliado al talento poético, el rastacuerismo sin tradición espiritual, convertido en cultura bajo los manes de la Exposición de París y los fastos del Centenario. Rodó sospechó algo parecido. Este modernismo poco tenía que ver con la invocación de Valle Inclán, quien asociaba la renovación de las formas estéticas a la inmersión cristalina en las tradiciones colectivas. El modernismo con matiz nacional debe buscarse en poetas medianos como Pedro B. Palacios. En Almafuerte, tras el ramaje talmúdico modernizado por Renán y arrebatado por impulsos mesiánicos de maestro rural y ayes de huérfanos abandonados en los portales, se percibe sin embargo un mundo anónimo y multitudinario. Su protesta poética es social. En esta etapa de integración de las clases sociales en la Argentina, asociado el proceso al desarraigo definitivo de la población nativa, cuya defensa asumió, el poeta levanta su credo en el que se anudan el pesimismo de Schopenhauer tocado de oído con reminiscencias de Jesús como predicador político:

“Quién sabe qué lejanísimo Mesías será el usufructuario de toda la labor y todas las lágrimas humanas.”

Al margen de homenajes oficiales póstumos, Almafuerte vibró con el dolor colectivo, al sacar a la superficie las escorias inutilizables de la vida, a los parias y los desperdicios urbanos de la antigua sociedad en desintegración.

Estas cualidades se reiteran en Evaristo Carriego e individualizan el hilo conductor de un arte que se inspira directamente en lo popular, se enlaza al tango y enjuicia sentimentalmente a la ciudad mercantil y despiadada. El conventillo se afinca en las viejas casonas. El organito musicaliza la miseria que refleja su imagen pútrida en los charcos, en las correrías de los purretes y en los juramentos de los changadores:

“El arrabal desierto conmueve un organito.”

Pero detrás de las imágenes lúgubres y sensibleras, con frecuencia antiestéticas, palpitan las visceras colectivas de la ciudad, la creciente conciencia revolucionaria de sus multitudes políticas:

“No hay que temer la lepra que roe a los abyectos.
Quizá es peor la higiene de los limpios perfectos.”

Es el universo del tango carcelario, pero también la señal precursora de la emancipación social de las clases sumergidas bajo el despotismo excluyente y cínico de la clase terrateniente.

La reducción de lo nacional al barrio empequeñece, sin duda, esta poesía, pero anticipa crecientes reivindicaciones populares. El suburbio fue fotografiado por primera vez. Con veracidad, patetismo, vulgaridad y fuerza. Carriego por su parcialidad suburbana es un poeta menor. Pero ya es argentino. Todos los críticos cultos de Carriego han rechazado este contenido social de su verso, con frecuencia viril, para destacar exclusivamente su tono evocador con relación al barrio o a sus tipos consagrados por el pintoresquismo de las “élites”. Lo muerto de Carriego los seduce. Su nervio revolucionario, aunque enfermizo, les parece plebeyismo. Y es que, para estos círculos cultos, todo lo no corrompido por lo europeo es un agravio a su vasallaje intelectual. Incluso elogiarán a los personajes patibularios de Carriego, verán en ellos tipos psicológicos y dejarán de lado las causas que les llevaron al delito, aparte de que, con frecuencia, estos personajes son artificiales. Pero identificar el delito con la miseria del inquilinato no sólo es poético. Es la oblicua justificación del vigilante parado en la esquina como un símbolo múltiple de las instituciones, la frontera entre el centro y el suburbio y los buques ultramarinos cargados de reses y travesías prosternadas. Estos críticos cultos admiran a ese taita que después de cien entreveros:

“de las prisiones salió consagrado.”

Y lo admiran porque es una degradación del pueblo que trabaja. Una semblanza prontuariada de lo popular.

La crítica culta

Un crítico de este tipo es Carlos A. Lo Prete. Groussac, con su infalible olfato para descubrir lo antiargentino, consagró en otro simbolista, Enrique Rodríguez Larreta, al poeta de mármol. Lo Prete aumenta la mistificación de Groussac:

“El ideario estético de Larreta joven –escribe– habrá de perdurar con la constancia de un sino fatal: las obras

posteriores justificaron al escritor acuciado por la búsqueda de la belleza pura por encima de cuidados sentimentales y vulgaridades excitantes. De pocos autores argentinos quizá pueda asegurarse que menos se ha preocupado por el público grueso y los temas plebeyescos. La aristocracia de su temática y su estilo lo han convertido en un escritor para el deleite de las gentes cultas; el suyo es un arte con tufillo de códices y pergaminos. Educado en la severa ortodoxia de las literaturas clásicas –antiguas y modernas–, Larreta es un autor para autores. El aristocratismo estético es tal vez la nota distintiva de su literatura, principalmente de su poesía."

Transcribimos este largo párrafo porque es un buen ejemplo de logrerismo crítico. El hispanismo de Rodríguez Larreta no molestaba a Groussac. Y no se equivocaba, pues tal hispanismo es como un remordimiento tardío que amortaja con su sudario polvoriento el pasado peninsular. Pero el crítico actual supera a Groussac. Rodríguez Larreta, poeta glacial, sin inspiración, laborioso tejedor de metáforas sin sangre –una especie de Ricardo León argentino– es juzgado en este amasijo de palabras melosas, como el poeta en estado pureza primaria, como el bailarín sagrado de los cementerios lunares, espíritu puro despojado de carne, y además, con la gloria impotente de no ser leído. Y éste, su arte de halconería, más con tufillo a cédulas hipotecarias que a pergaminos, será para el crítico arte superior, resumen, en fin, de siglos clásicos, neoclásicos y simbolistas. Literatura apócrifa, sus beaterías heráldicas reproducen el distanciamiento olímpico de las clases superfluas, en las que un romanticismo posthistórico se vale de las formas modernas de expresión para edificar un embaucamiento espiritual que es al mismo tiempo el reflejo de una aristocracia sin blasones. Rodríguez Larreta es hispanófilo. Pero lo hispánico, en él, es lo feudal, lo estancado. Además, Rodríguez Larreta pertenece a la burguesía liberal que pretende tener una prosapia, una historia, un lejano aroma europeo, aunque sea español. Y entonces, para no comprometer la filosofía de su clase, le ofrece una poesía de necrópolis, donde el apellido se reconcilia con la colonia, la colonia con el modernismo y el modernismo con ese liberalismo Victoriano que anuncia la predilección del poeta –ya en su ilustre ancianidad– por el petróleo inglés. Para Lo Prete, la construcción reflexiva, la unión de analogías forzadas, sometidas a la coraza de la forma sin amor a la materia poética, es la máxima expresión estética, sublime, hermética, hiperbórea:

"Arrullos, parloteos, estertores, graznidos
Repique de las ramas en tirante salterio

Crótalos de la muerte sobre los mismo nidos."

En cambio, cuando se trata de Carriego, el crítico dirá: "Tantas cosas librescas y finezas técnicas no podían estar al alcance de Carriego, muchacho de escasa instrucción literaria y habitador de un mundo pequeño y espeso de tristezas". Justamente, lo que hace de Carriego un poeta espontáneo. En rigor, es peor que esta tristeza popular la "higiene de los limpios perfectos" que se presenta ataviada de arte palatino bajo la sombra augusta de los "espíritus pretéritos" y la virtud con peluca. Cuando Rodríguez Larreta retorna casualmente a lo nuestro, faltará a la veracidad histórica como ha faltado a la sinceridad poética. Que es la verdad del arte. Y así dirá de Lugones, suicida:

"Tú destructora tierra, tú misma lo has matado."

Y dice una verdad. Pero no toda la verdad. No es la tierra abstracta la que mató a Lugones, sino la tierra repartida entre un puñado de familias patricias que han amasado la humillación argentina. El aristocratismo poético del joven Lugones se asocia a una actitud anárquica frente al mundo de raíz temperamental, más que ideológica, y que es, en lo sustancial, expresión de la conciencia histórica alterada del país.

Ambas raíces –la poética y la política– crecen en el mismo terreno básico de descontento e individualismo exacerbado en un intelectual que percibe la abdicación de la clase dirigente desde la perspectiva cerrada de un país sin destino propio y de sus compromisos burocráticos que se inician en la presidencia de Roca. Tampoco hay contradicción entre sus sucesivas mutaciones políticas y su retorno a la sencillez poética posterior a 1924, ni en su confusa postura nacionalista, fruto de una limitada formación teórica, pero también, de una actitud emocional, en sí misma clarividente y fecunda, que busca formas expresivas vernáculas y no extranjeras y que en una especie de trastorno desesperado de las imágenes y la realidad pasa indebidamente de la intuición artística certera al plano nebuloso de las ideologías políticas. Si ese nacionalismo se analiza más a fondo nos encontraremos con un aristocratismo nietzscheano, mal comprendido y peor interpretado, variante de aquel anarquismo inicial, y en sí mismo, pura impotencia frente a una democracia rescindida por la clase dirigente. Su aristocratismo filosófico era la impugnación poética del falso aristocratismo político de la oligarquía. Fracasó en un mundo sin poesía. Y su

fracaso fue el símbolo de la inteligencia nacional solitaria y de la anulación histórica del hombre argentino víctima de una clase social sin patriotismo.[6]

Pero para el crítico se trata de otra cosa:

"El destino de Lugones –agrega– fue la grandeza y la incomprensión del prójimo y la tortura de la creación artística el precio que pagó por ella."

De este modo el arte queda reducido a fatalidad orgánica. Una fatalidad que se llama servidumbre de la crítica colonial.

En la Argentina el artista no ha gozado nunca de gran estimación. La canonización de un Ricardo Güiraldes o un Enrique Rodríguez Larreta, más que en su condición de artistas, se funda en la indigencia espiritual de la clase a que ambos pertenecen. La literatura del 900 refleja históricamente la atmósfera pesada de la época, oscilante entre el afán de enriquecimiento, la soledad deprimente y la búsqueda a tientas de un país fantasmal.

Una economía de monocultivo, sin actividad propia, sume a la colectividad en moldes de vida inertes. La urbe no escapa a este estilo vitreo impuesto por la cultura agraria de una clase sin originalidad espiritual. La idealización equívoca del campo en las escasas creaciones de este tipo –como *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes que pertenece al final de este ciclo económico– refleja la hipócrita imitación de la vida de esa nobleza campesina parasitaria, rodeada de grandes espacios y el mar inmenso, nostálgico vínculo con Europa, donde el vacío de la pampa cree transfigurarse en espíritu sin dejar de ser por eso espíritu vacante, lujo importado.

---

[6] Esta tesis sobre Lugones, aquí apenas esbozada, ha sido ampliamente desarrollada en un libro posterior, *La formación de la conciencia nacional* (Edic. Hachea, 1960, págs. 164 a 194. Editado por Edic. Continente, 2004), y a pesar de las críticas y resistencias que provocó, ha influido de manera visible en la revalorización de esta importante figura de la literatura argentina e hispanoamericana. En ese trabajo se explican las causas de los cambios ideológicos de Lugones, su tránsito del anarquismo al fascismo, no como un azar individual, sino como producto del drama de la inteligencia nacional bajo el peso del país agropecuario y de la traición de la oligarquía dirigente. (Nota a la segunda edición.)

Florida y Boedo

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, Europa asiste a un nuevo impulso renovador de las tendencias artísticas. En la literatura estas corrientes significaron una decidida ruptura con el pasado. Tal revolución –surrealismo, neosimbolismo, dadaísmo, etc.– es la respuesta de la inteligencia europea frente al fracaso del Tratado de Versalles, que enterró las esperanzas en un mundo mejor. A este hecho se ligó el triunfo de la Revolución Rusa.

Tales tendencias entroncan en la Argentina con el clima espiritual, ya preparado por el modernismo en el plano estético y con la efervescencia política que pronto adoptará definido tinte ideológico dando origen a dos grupos literarios con estéticas propias y sus correlativas divergencias en el orden social. La polémica de Florida y Boedo –nombres que definen una literatura de "élite" y una literatura de contenido social– es el reflejo literario de los crecientes antagonismos sociales que dividen a la gran urbe. El manifiesto del grupo Boedo lo expresa claramente:

"Vamos por caminos completamente distintos en lo que concierne a la orientación literaria; pensamos y sentimos de una manera distinta. Repitamos ahora que ellos carecen de verdaderos ideales. Fuera del presunto ideal de la literatura no tienen otro ideal..."

Esta oposición ya estaba contenida en germen en el modernismo del período inmediatamente anterior. Florida continúa el aristocratismo poético, representado a través de la línea de Groussac, por Enrique Rodríguez Larreta y el joven Güiraldes, en quienes el modernismo es, en parte, reacción distinguida frente al plebeyismo democrático. Boedo es Almafuerte y Carriego transportados al plano de una mayor conciencia social de los problemas.

Por una circunstancia enteramente casual ha llegado hasta nosotros un trabajo inédito de uno de los fundadores del grupo –Elías Castelnuovo– en el que se refiere al origen del movimiento, sus ideas estéticas y los motivos de la polémica. Recuerda Castelnuovo que el grupo Boedo, integrado por escritores jóvenes desconocidos, surgió a raíz de un concurso literario organizado en el año 1922 por el diario *La Montaña* y cuyo jurado estaba formado por Julio R. Barcos, Juan Pedro Calou y José Mediz Bollo. Resultaron premiados el mismo Castelnuovo, Manuel Rojas, Leónidas Barletta, Roberto Mariani y Fingerit. Merecieron menciones especiales Álvaro Yunque y Pedro Herrero. El grupo se vinculó a Antonio Zamora, y allí, Castelnuovo, Stanchina y Olivari fundaron el círculo que pronto contó en sus filas a Roberto Mariani, Alvaro Yunque, José

Portogalo, César Tiempo, Roberto Arlt, Ernesto Castro, Alberto Rodríguez, E. Amorín y otros. También pertenecieron a Boedo plásticos como Guillermo F. Hebequer, Agustín Riganelli, etc.

"Saludaron al movimiento de Boedo –escribe Castelnuovo– por carta o verbalmente, algunas figuras prominentes de la generación anterior: José Ingenieros, Mario Bravo, González Castillo, González Pacheco, Deffilippis Novoa, Julio R. Barcos, Roberto J. Payró y Manuel Gálvez. El primero que escribió y alentó al grupo fue Manuel Gálvez... Una de las primeras cosas que hizo Barletta fue pegar un cartel por las calles que se titulaba: '¿Con Gálvez o con Martínez Zuvi– ría?' tratando de explotar la gran fama que gozaban por entonces los dos novelistas. Luego Barletta se peleó con Gálvez y en 'Los pensadores' lo puso overo. Desde ese momento Gálvez dejó de ser amigo del grupo."

Conviene señalar este apoyo de Gálvez al grupo, en el que vio, sin duda, la posibilidad de una continuación y remozamiento de las tradiciones literarias nacionales.

Dice Castelnuovo que las actividades del grupo Boedo se extendieron a los movimientos revolucionarios del continente. Bajo su auspicio se lanzaron a la circulación nombres nuevos:

"La ideología de Boedo fue una amalgama de distintas tendencias procedentes todas de la misma fuente: el socialismo. Había anarquistas, socialistas, sindicalistas, georgistas, al principio. Posteriormente, trotskistas, aprístas y comunistas."

………

"La polémica con los de Florida, en la superficie, era una polémica artística y literaria, pero en el fondo era una polémica de carácter político, ideológico. Muchos de nosotros, trabajadores manuales, nos habíamos formado en los sindicatos. De suerte que les llevábamos una gran ventaja a nuestros contrincantes que procedían todos de la burguesía y se habían formado en los cafés y confiterías del centro. Nosotros sosteníamos que el Arte tenía una función social, revolucionaria. Ellos, en cambio, defendían la aristocracia permanente del arte. Nosotros defendíamos a la clase trabajadora. Ellos defendían a la oligarquía. Los 'financistas' de Florida eran dos oligarcas, Güiraldes y Oliverio Girondo. Empleábamos nosotros con mucha frecuencia la expresión 'grandes pobres' y 'grandes ricos'. Defendíamos nosotros, asimismo, la revolución rusa, al extremo que Méndez Calzada le llamaba a Boedo 'Boedoskaia'".

El grupo Boedo extrae sus tipos de las bajas capas sociales. Según Castelnuovo, es una literatura proletaria cuyos cultores estaban habilitados para tal tarea pues salían del pueblo:

"Como nosotros hablábamos de 'Revolución' y los de Florida también hablaban de 'revolución', en una

oportunidad se le preguntó a Borges a qué revolución se referían ellos. Y él contestó seriamente que se refería 'a la revolución de las imágenes'. A la revolución de la gramática. Hay que destacar esto: que si bien nosotros éramos revolucionarios, no hacíamos una literatura 'militante', fría, regimentada, comprometida, aburrida y falsa. Buscábamos la claridad, la sencillez, la naturalidad, no porque odiásemos la ornamentación y el amaneramiento solamente, sino porque no nos apartábamos de la realidad y de la vida. Sosteníamos que para llegar a las masas había que ocuparse de ellas y expresarse como ellas se expresaban. Más que aplicar las fórmulas del socialismo como hacen ahora los Larra y los Varela para pintar el drama de una clase a través de una novela, nosotros, sin pensarlo tal vez, pintábamos el drama sin apelar a ninguna fórmula, tomándolo de la realidad y de él surgía después lógicamente el socialismo. Es decir, no tomábamos a los 'sumergidos' como conejos de experimento o de la teoría de la revolución, sino como la materia viva e hirviente capaz de generar el fenómeno. Nuestros 'personajes' no eran personajes muñecos. Eran personas de carne y hueso. No los inventábamos. O los traíamos desde la infancia con nosotros o los extraíamos del medio ambiente."

Estas largas citas poseen particular interés pues pertenecen a un escritor que vivió intensamente el período. El hecho, sin embargo, de que fuera de su interés histórico, el grupo Boedo no haya dejado una sola gran novela –y menos de ambiente proletario convincente– revela que también esta literatura fue forzada, influida por una militancia política exclusivamente urbana, y por una situación económica depresiva de parte de escritores circunstancialmente aliados a la clase obrera. Las creaciones del grupo son pobres. El realismo se convierte en mal gusto y los personajes son fantasmagóricos. Lenin, que no era artista, pero que de estas cosas sabía algo, negaba esa literatura pseudo-proletaria: "Solamente algunos deplorables intelectuales creen que a los 'obreros' basta con hablarles de la vida en la fábrica y con machacarles lo que ya saben desde hace tiempo". Por su parte, el revolucionarismo de Florida, puramente formal, pasaría a ser, después de 1930, literatura oficial. Algunos de sus miembros, como Raúl González Tuñón, se apartaron de esta final conciliación política bajo el influjo indudable de la polémica con Boedo. El revolucionarismo poético de Florida era, en suma, oportunismo político cobarde, envaramiento en las tendencias conservadoras de la sociedad, aunque sus miembros se tildasen de avanzados. Frente a la comprensión integral de lo argentino, ambos grupos fueron negativos, esencialmente porteños. Pero debe señalarse que la tendencia de Boedo –extranjerizante en el orden ideológico– es históricamente una anticipación de posiciones populares y revolucionarias. En medio del desequilibrio del período anterior inmediato a la crisis de 1929, los escritores de Boedo tomaron contacto con la realidad urbana. En González Tuñón se pueden analizar separadamente estos contrastes confusos, productos psíquicos de un subsuelo social

convulsionado, y que le llevan a la armonización poética final, a menudo de real valor estético, de aquella posición inicial, el "revolucionarismo de las formas" que le venía de Florida con esa rebeldía áspera que lo emparenta a Boedo:

"Destruir todas las tiendas burguesas
y todas las academias del mundo."

Al margen de casos individuales que permanecieron fieles al pueblo –Elías Castelnuovo, entre otros–, los escritores de ambos grupos mitigaron después de 1930 las controversias estrepitosas y, a la postre, terminaron en una común convivencia. En conjunto, pasaron a integrar como "intelligentsia" la cultura oficial, lo suficientemente flexible para cocinar en una sola salsa el arte puro y el arte militante, valiéndose de unos, para simular la existencia de una cultura nacional de estirpe europea, y de los otros, para conservar la apariencia de una libertad del espíritu afirmada en el fraude patriótico.

Después de 1930 se extiende la influencia del grupo Florida. Los escritores proletarizantes pasaron a integrar el sistema desde diarios, revistas, etc., en parte por urgencias materiales agravadas por la depresión mundial, en parte por su origen social. Pertenecientes en su mayoría a la clase media amenazada de proletarización real, viraron hacia la moderación ideológica, hacia el conformismo pequeñoburgués.

Capítulo III

El imperialismo, la crisis de 1929 y la literatura de Buenos Aires

El modernismo literario, viento renovador en el orden estético, complejo y contradictorio en el orden social, coincide en parte con la victoria del radicalismo en 1916. El radicalismo, como movimiento político de la pequeña burguesía de origen inmigrante y de las difusas tendencias federalistas anteriores, es tanto una oposición al régimen oligárquico, como el intento de consolidar una cultura de raíz nacional. Los hombres prominentes de esta generación, desde distintos orígenes ideológicos, vistos dentro del proceso histórico del pensamiento argentino, encarnan, junto al radicalismo triunfante, la conciencia nacional que medita en sí misma. Ingenieros, Gálvez, Almafuerte, Rojas, Joaquín V. González, Lugones, etc., representan este sentimiento creciente de los intelectuales de la clase media urbanos y provincianos, y en tal sentido, concordante con el ascenso democrático de las masas de la ciudad y el campo.[7]

---

[7] El diletantismo de Korn, el eclecticismo de Ingenieros, la reivindicación de la tradición como fuente del Arte en Ricardo Rojas, la protesta proletarizante de Almafuerte, etc., son manifestaciones culturales de un cambio de la política nacional. Los escritores de esta generación, formados en la cultura europea, retoman el tema nacional simultáneamente con las mayorías electorales que han llegado al poder con Yrigoyen, un gobernante de raigambre argentina. Estas figuras han sido santificadas o excomulgas por tendencias ideológicas del presente empeñadas en crear fáciles mitos. Así, Ingenieros será para Francisco Romero “la más robusta mentalidad filosófica que haya surgido en el país después de Alejandro Korn”, y en un solo juicio afirma dos inexactitudes. Ingenieros, dotado de verdadero talento, no fue un pensador sistemático, probablemente por razones ambientales. Su pensamiento, que resume entre otras influencias colaterales a Boutroux, Wundt y Aquile Loria, refleja el socialismo de base positivista más que marxista, de moda en Europa y muy influyente en los círculos intelectuales de la clase media e inmigrante. Finalmente cayó Ingenieros en el pirronismo. Korn, intelectualmente considerado muy inferior a Ingenieros, fue una medianía sin rigor filosófico, cuya incomprensión del pensamiento de su tiempo raya con frecuencia en la ignorancia. Su sincretismo, mezcla oscura de kantismo y de positivismo, al que le llevaba su profesión de médico y la atmósfera intelectual dominante, se vincula a un espiritualismo

En 1929 la crisis mundial más catastrófica de la historia contemporánea, asociada a la ancianidad del presidente Yrigoyen, al debilitamiento del partido que lo apoyaba desgastado por contradicciones internas y la fricción imperialista anglo-yanqui por el petróleo preparan el golpe de Estado de 1930 que derrocó al popular presidente. El golpe oligárquico-imperialista significó el desvío violento del país de la ruta democrática.

Los diarios y revistas de entonces, engranados al imperialismo, festejaron el derrocamiento de Yrigoyen. El lenguaje de aquellos días es notablemente parecido al que ha conocido el país recientemente. Este paralelismo no es fruto del azar, pues si la historia no se repite, la subsistencia de determinados antagonismos se expresa con parecido estilo político. Un mes después de la caída de Yrigoyen, la revista porteña *El Hogar* publicó una crónica de los sucesos cuyos fragmentos más significativos se transcriben. A los radicales de hoy conviene refrescarles la memoria:

"Desde los lejanos días de la Colonia hasta la gloriosa jornada del 6 de setiembre de 1930 dos poderosas fuerzas antagónicas han venido luchando por el predominio en el vasto escenario político de La Nación.

... *Tal el momento de nuestra historia que Sarmiento señaló como el conflicto entre la civilización y la barbarie*... Su advenimiento al poder (Hipólito Yrigoyen) fue saludado con entusiasta simpatía por todas las clases sociales como iniciación de una nueva era democrática... Las esperanzas que la República había cifrado

---

vergonzante de origen bergsoniano al que por otra parte tampoco entiende bien. El resultado es un positivismo espiritualista, simpático a la pequeña burguesía culta, en donde lo peor de Kant –la *Crítica de la Razón Práctica*– unido al intuicionismo de Bergson y a las *Ideas fuerzas* de Foullie, dan nacimiento a la "libertad creadora", en un verdadero embutido napolitano que sirve de alimento a la libertad progresista y al reformismo de los tenderos que aspiran a gobernar con el sufragio libre. Korn, tras una fraseología progresista, abstracta, deforma la historia nacional, señalando divergencias de detalle donde se mueven antítesis radicales: "Desde Caseros hasta el 900 –escribe– hemos tenido una filosofía propia, conjunto de ideas fundamentales sancionadas por el consenso común. Se suelen magnificar las divergencias ocasionales. En realidad, una concordancia tácita se extendía de un extremo a otro. En toda época ninguna divergencia ideológica dividió al pueblo argentino. Nuestras luchas fueron meras reyertas". Es el oportunismo pequeñoburgués llevado a la historia de las ideas, el embrión del Frente Popular. Y además la reserva de las minorías ilustradas frente a las masas disimulada con declamaciones democráticas.

generosamente en el nuevo gobernante viéronse muy pronto defraudadas. El señor Yrigoyen ejerció el poder en beneficio exclusivo del partido radical conduciéndose a ratos como caudillo y a ratos como califa de *Las mil y una noches*. Numerosos correligionarios de las más bajas capas sociales fueron colocados a millares en las frondosas selvas del presupuesto... Y por segunda vez (1928) el popularísimo jefe de los radicales llega a la primera magistratura de la Nación. El desengaño es inmediato y brutal. No sólo vuelve a invadir el presupuesto una muchedumbre de sujetos irresponsables y delincuentes, sino que el parlamento es sojuzgado por una mayoría servil y despótica... se asesina y se roba impunemente. Un malestar desconocido hasta entonces pesa sobre la República... El Klan radical resucita las prácticas de la mazorca llevando el terror a todas partes. Los voceros del gobierno vomitan amenazas e injurias a los adversarios... La situación es insostenible... Los acontecimientos se precipitan. El primer estallido de descontento público ocurre en la Exposición Rural... el ministro de Agricultura es recibido con una rechifla general... Es..., el principio del fin... El descenso de nuestro signo monetario es el indicador más elocuente de lo que está ocurriendo en el país. Y en medio de esta fiebre percursora de la gran crisis llegamos a la trágica jornada del 4 de junio. La trágica noche... ha colmado la medida... Por las calles de la capital corren los más fantásticos rumores... Los miembros del Directorio del Banco de la Nación Argentina denuncian que el gobierno ha extraído ilegalmente más de cien millones de pesos... Ya circulan los nombres del futuro gobierno: El jefe de la Revolución será el Teniente General Uriburu, quizá Justo. El presidente Yrigoyen ha declarado delegado el mando en el vicepresidente Martínez... es una solución que nadie acepta... En las primeras horas del histórico 6 de setiembre de 1930, un rumor que baja del cielo anuncia... el gran movimiento revolucionario que habrá de poner fin a la situación más angustiosa que conociera jamás el país... los aeroplanos van a bombardear la casa de gobierno... y la cueva de la calle Brasil. Y comienzan a circular toda clase de noticias... La escuadra cañoneará la ciudad... las tropas de marinería de desembarco... el presidente se ha suicidado... El gobierno sigue ignorando la situación real. El gobierno ha tratado inútilmente de aterrorizar a la ciudad porteña. Buenos Aires no conoce el miedo. Todos tenemos conciencia que en este preciso momento se juega nuestro porvenir. El clubman, el obrero, el estudiante y el soldado son en el actual momento un sola cosa, el pueblo argentino... que victorea a la Revolución Libertadora y está dispuesto a morir por el triunfo de la democracia y de la libertad. La mujer porteña vive intesamente esta hora.... mancillada por los ineptos gobernantes. La angustia y la esperanza hacen latir precipitadamente millares de corazones... La población está de fiesta... Será un desfile triunfal como nunca se ha visto. Las damas buscan apresuradamente flores. Los autos pasan veloces agitando banderitas argentinas. Hombres y mujeres ostentan en el pecho escarapelas con los colores nacionales. Ya no se grita ¡Viva la Revolución!... sólo ¡Viva la Patria! ¡Muera el Tirano!... El jefe de la revolución, Teniente General Uriburu, avanza entre el clamoreo de la multitud que lo aclama como salvador de la patria... La República entera saluda a las nuevas autoridades en cuyas manos están los destinos de una grande y gloriosa Nación. El pueblo llena la Plaza de Mayo y el nuevo presidente habla: 'El Ejército ha cumplido con su deber... Al decir el ejército ha cumplido con su deber... ahora corresponde a vosotros terminar con la misión comenzada por el Ejército de la patria... Ahora envainamos nuestras espadas y son las urnas las que tienen la palabra' (durante dieciséis años las urnas

callaron. J. J. H. A.). El primer decreto declara disuelto el actual Congreso (y se fija el siguiente bando): 1º Todo individuo que atente... contra la seguridad pública será pasado por las armas sin formación alguna de proceso: Uriburu–Kinkelin. (Se narra la 'huida' de Yrigoyen y los 'peludistas' (sic) prominentes y 'siniestros personajes'.) La ciudad de Buenos Aires, libre de la pesadilla de tantos peligros, celebra con extraordinario júbilo el triunfo de la revolución y la victoria del pueblo. La multitud fraterniza alegremente con el Ejército. La gente se felicita, se abraza, ríe y exclama: ¡Se acabó!... Cantan el Himno Nacional... El presidente ha nombrado su ministerio... Los nombres son otras tantas garantías de honorabilidad y patriotismo. El gobierno, por la tarde, va a prestar solemne juramento ante el pueblo en nuestra gloriosa Plaza de Mayo... El entusiasmo llega al delirio... 'Ante vosotros –dice el general Uriburu– juro por Dios y por la Patria desempeñar con honor y patriotismo... Juro manternerme solidario con el pueblo y bregar por el restablecimiento de las instituciones, por el imperio de la Constitución y por la concordia de todos los argentinos'. Ocurre un hecho de bien significativa importancia. En el local del Banco de la Provincia y bajo la presidencia del director de esa institución, doctor Antonio Robirosa, se reúnen los representantes de los veinticinco bancos más importantes de la Argentina. El ministro de Hacienda, doctor Pérez, ha manifestado que el gobierno necesita de la banca privada un préstamo de 45 millones de pesos, los banqueros deliberaron brevemente. El doctor Alejandro E. Shaw, de la firma Tornquist y Cía. Ltda. lleva la respuesta al P.E. Los bancos ofrecen de inmediato, no cuarenta sino cien millones al plazo de 180 días y al interés de 5 1/2 por ciento anual tipo bien reducido en las actuales circunstancias. Llueven inmediatamente los ofrecimientos privados de dinero. El señor Félix Bunge comunica a la Municipalidad que puede contar con toda su fortuna que suma muchos millones. El señor presidente de la República habla al mundo entero. 'El gobierno que ha caído, execrado por la opinión pública, ha llevado a todas las instituciones de mi país al más absoluto desorden, quebrantando la moral de los funcionarios públicos por el ejemplo dado desde arriba. El pueblo mismo no había quedado ajeno a la decadencia de un partido nefasto polarizado en la persona de un caudillo. Necesitaba, pues, un sacudimiento para recuperar sus altas virtudes... El estado de cosas exigía el restablecimiento... de (la) Constitución, es así que un grupo de patriotas resolvió lanzarse a la lucha para terminar con la angustiosa situación que amenazaba llevarnos al caos y a la ruina. ¡Y ya se acabó!... ¡Hay que organizar la República entera desquiciada!... Hay que poner en orden todas las dependencias... profundamente desquiciadas... En todas partes se descubren vergonzosas irregularidades. El señor Martín Gil es nombrado director de la Oficina Meteorológica Nacional. (Un cuarto de siglo después el señor Jorge Luis Borges será nombrado director de la Biblioteca Nacional. J. J. H. A.) Los días que corren ya no son propicios para las improvisaciones pintorescas (Yrigoyen parte en un buque de guerra). Ha conocido la más inmensa popularidad que se gustara jamás en nuestra tierra. Y hoy sabe de la impopularidad más absoluta... El pueblo creyó en él con fe ciega. Y no vio nada, no vio la Patria. Pudo convivir con todos y vibró con unos pocos, con los peores. Y ha llegado al final de sus días, solo, absolutamente solo."

Poco tiempo después, muerto el caudillo, más de un millón de argentinos acompañaban su

féretro en una de las manifestaciones más imponentes que haya conocido la Argentina.

La situación del país después de 1930

A raíz del golpe de setiembre de 1930 se consuma la sujeción total de la economía al capital extranjero. La medida de fondo fue la creación del Banco Central directamente organizado sobre directivas impartidas por Sir Otto Niemeyer, un funcionario inglés. El Banco de la Nación Argentina se convirtió en mera sucursal del Banco de Inglaterra. La emisión de moneda y la facultad legal de desvalorización fue una de sus atribuciones.

El control sobre la política crediticia le otorgó poderes exclusivos para fomentar determinadas formas de producción que interesaban a Gran Bretaña y ahogar todo crecimiento industrial que favoreciese al país. En su poder discrecional quedó la conducción de la política monetaria, el comercio de importación y exportación y la regulación de toda actividad nacional que contrariase los intereses monopolistas extranjeros. El Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias fue el instrumento creado por la oligarquía para salvarse del desastre o postración en que había caído después de la crisis de 1929 y compensó, descargándolas sobre el pueblo, las deudas anteriores contraídas por una existencia de imprevisión y despilfarro. Así, algunas decenas de familias arruinadas surgieron renovadas como el Ave Fénix de sus propias cenizas. La ley de Moratoria Hipotecaria fue la tabla de salvación frente a la caída mundial de los precios de los cereales. Ante esta política de exacción de la oligarquía aliada al imperialismo, los partidos políticos callaron o se complicaron. La soberanía nacional fue vendida a una voluntad extraña. Tal fue la culminación de la Revolución de 1930. La perfectibilidad jurídica del sistema encontró argentinos que le dieron vigencia, como Enrique Uriburu, Alberto Hueyo, Federico Pinedo y un funcionario desconocido, Raúl Prebisch. Estos personajes actuaron bajo el asesoramiento de Baring Brothers, Leng Roberts y Cía., Morgan, etc. Toda esta historia, demasiado conocida, es la del período más sombrío de nuestro retroceso como Nación y de los brillantes negociados del imperialismo anglo-yanqui en la Argentina. El gobierno del general Agustín P. Justo, con un Congreso fraudulento y adicto, sancionó la entrega entre cabildeos, extorsiones, sobornos y comisiones. Por expresas disposiciones de Londres –definitivamente documentadas– las leyes coloniales fueron sancionadas en 1935 con la complicidad concertada de la prensa. Esos diarios, apéndices de empresas extranjeras, contribuyeron con sus campañas al atentado contra la Nación. Historia sucia, se vincula a personas y partidos de las más diversas procedencias. Pero esta

política se asoció a un plan interno de desintegración y debilitamiento de la economía nacional, con la ley de unificación de los impuestos internos que prácticamente cegó en sus fuentes al federalismo, dio origen a las juntas reguladoras y reforzó el monopolio de los frigoríficos en el comercio de las carnes interno e internacional. El interior, con esta política, fue condenado a la miseria, a los bajos salarios, al poder omnímodo de los monopolios locales controlados por Buenos Aires, es decir, por los trusts mundiales. La ley de coordinación de transportes fue la culminación de esta fiebre antinacional que ponía los comandos de la soberanía en Londres bajo la fiscalización total de las empresas ferroviarias de capital británico, cuyo poder se extendió tentacularmente gracias a las leyes colaterales que pusieron en funcionamiento las juntas reguladoras de vinos, de granos, etc., y que significaron el predominio de los trusts cerealísticos mundiales a costa del empobrecimiento de los productores medianos y pequeños y del hambre de la población en su conjunto. La Junta Nacional de Carnes aplicó dispositivos severos sobre el mercado interno. La regulación de la economía desde Buenos Aires por gigantescos monopolios nacionales, extremidades del capital extranjero, contó con puertos propios, dominó el sistema fluvial y marítimo, ferroviario, etc. Esta política afrentosa culminó con el Tratado de Londres por el cual la Argentina se convirtió de hecho en la menos privilegiada de las colonias británicas. El golpe de setiembre rematό en un entendimiento anglo-yanqui sobre el petróleo y significó la retrogradación de Y.P.F. en materia petrolífera. En 1935 el sojuzgamiento del país estaba concluido. El pueblo sufrió esta abjuración bajo la forma de un sufrimiento real y la literatura refleja el estado general de descreimiento y desencanto que se abatió sobre el país, como una desorientación primero y un encono y un resentimiento inconciliables contra la clase gobernante después.

La inteligencia nacional, a tientas, inició la tarea de esclarecimiento. Esta tarea, bien pronto sería atacada de fascista, justamente por las fuerzas que habían desviado al país del proceso democrático y por los sectores intelectuales al servicio consciente o inconsciente de intereses antinacionales. Pero ni la mentira organizada en escala periodística mundial, ni el Estado policial, ni el fraude patricio, impidieron el fortalecimiento de la voluntad nacional estimulada por la traición de una clase dirigente sin honor argentino.

La situación de la clase media

La crisis de 1929 tomó a la clase terrateniente desprevenida, con sus tierras hipotecadas

transformadas en palacios europeos. Ostentación y optimismo suicidas crujían ahora como cáscaras bajo el peso de la crisis mundial. El valor de la tierra se desplomó. Familias enteras se arruinaron. Y esta caída de los valores en un país que dependía enteramente de la exportación de materias primas repercutió en todas las clases sociales. El sentimiento de que los males del país venían de afuera prendió en millares de conciencias. Un vago nacionalismo se generalizó. La desocupación urbana y campesina, la depresión de la pequeño-burguesía agraria, crearon el clima favorable al fermento político colectivo. La lucha popular se planteó simultáneamente contra la oligarquía ganadera, representada por el Partido Conservador, y contra el imperialismo. El golpe de 1943 fue el remate histórico de esta situación.

La clase media se encontró en 1930 desconcertada. La caída del presidente Yrigoyen inicia la época del fraude. Junto a la depreciación de las cédulas hipotecarias que colocó a la oligarquía en una situación incierta, cuyo resultado fue la política reseñada, la desocupación se extendió sobre el país y creó un ejército de reserva que aseguró la economía de miseria de los sectores más numerosos y débiles de la población. Bien pronto se comprendió que la caída de Yrigoyen había sido el producto de una confabulación. Su política nacional y popular minada por una prensa venal. Se le había acusado de plebeyo, demagogo y extremista, de corrupción moral y de fomentador de odios de clase, de mazorquero. Ahora se veía claro. Pero el derrocamiento de Yrigoyen probó también la debilidad política de la pequeño–burguesía urbana y rural llegada al poder con el gran caudillo.

La generación de 1930 nace a la vida intelectual cogida entre la ilusión de la prosperidad deslumbrante que siguió a 1920 y la trágica realidad de la depresión de 1929. Esta fecha significó el desmoronamiento de una ficción gigantesca. La miseria popular, la endeble base económica de la clase media, la pauperización creciente de las masas urbanas y campesinas, fueron sofocadas por una dictadura blanca asentada en el fraude. El país fue arrancado bruscamente del delirio de grandeza en que había sido educado. El partido más popular ha sido desalojado sin gloria del poder. Las contradicciones internas del radicalismo, con la caída del jefe, afloran a la superficie y precipitan la desintegración histórica de la agrupación, corroída por aquellas contradicciones internas, reflejos de la composición aluvional del movimiento. De las napas de reciente promoción económica, de la pequeño-burguesía urbana y rural más o menos acomodada, en estado de transvasamiento económico vertical, han surgido los cuadros dirigentes del partido, y que ahora, en medio del desastre, demuestran su incompetencia para reorganizar y

conducir un movimiento popular, recostado en cuanto tal, en las capas modestas de las clases medias de las ciudades y en el proletariado rural, aún ideológicamente inmaduro de las provincias y cuyos intereses sociales esos cuadros dirigentes no representan cabalmente. Este creciente divorcio del partido con su base de masas es velado con un lenguaje ético, ampuloso y romántico que recurre a la iconografía sacra de Hipólito Yrigoyen, cuyos funerales, empero, han cerrado definitivamente un ciclo histórico de la política argentina. Alrededor de la desintegración del radicalismo en sus diversos estratos sociales componentes, apenas vinculados ahora por los lazos sentimentales de un mito yacente, es decir, sobre el fracaso ideológico de la función política nacional de las clases medias, surgen tendencias de derecha e izquierda, incluso en el seno mismo del partido radical –como el pronunciamiento de F.O.R.J.A.–, que inician el esclarecimiento histórico y cuya prédica cae sobre una conciencia pública desalentada. Es una época de descreimiento y depresión moral, pero también de incubamiento de un sentir colectivo que busca al país apartado de su historia por una minoría ilustrada y bárbara.

El papel de los intelectuales

Después de 1930 se observa una doble actitud de parte de los escritores argentinos. La mayoría se acomoda a la nueva situación. Estos grupos se transfiguran, con posterioridad a 1930, en "élites" doradas, en partidarias del arte por el arte, de la literatura pura y el extranjerismo mental, que es el correlato del extranjerismo económico y cultural de la oligarquía usurpadora del poder. Otros escritores, acalladas ya las disputas de la década anterior polarizadas alrededor de los grupos de Florida y Boedo, toman otra ruta: el nihilismo literario, o bien, el redescubrimiento de lo argentino. Tales sectores, oriundos de la clase media, tienen conciencia de la crisis mundial, pero en los comienzos, su actitud frente al país es inconcreta. El "ser nacional" se concibe en abstracto o no se piensa en él. Esa literatura es sincera frente a la realidad, pero aparece impregnada de un pesimismo ambiental, de un sentimiento de frustración inasible, casi inubicable. Reflejan, sin embargo, muchas de sus creaciones, la atmósfera colectiva que vive Buenos Aires por esos días.

A raíz de 1930 las clases medias y proletarias sufrieron rudamente el golpe. Los escasos avisos clasificados de los diarios con ofrecimientos de empleos promovían caravanas de postulantes, en su mayoría hombres jóvenes. En los bares, los parroquianos se sentaban alrededor de una taza de café solitaria. Era una convención aceptada no invitar con cigarrillos. Los más

infructuosos trabajos de corretaje, de pólizas de seguros, de ventas de terrenos a cuotas, de cortes de casimires, libros a crédito, de baratijas domésticas estrafalarias, eran ensayados por miles de porteños en un peregrinaje inútil por la ciudad sin dinero. En aquellos días la delincuencia aumentó bruscamente. La prostitución ponía su nota provocativa y triste en los burdeles del bajo, en la calle Corrientes, con sus concentraciones pesadas de mujeres extranjeras y perfumes en los cafetines de la calle Maipú, entre la complicidad de los inspectores municipales, la soledad de los hombres solos, las nostalgias macilentas de los estudiantes nocturnos y la mirada impávida de los proxenetas. Los taxímetros desocupados marchaban en fila, atisbando el viaje de 50 centavos las diez cuadras, durante la larga noche porteña que se animaba algo de madrugada a la salida de los cabarets. La ciudad se entristeció. Se tornó callada. Apenas agitada por los tangos que llamaban a la tristeza colectiva de la calle desde los cafés humosos del centro o desde las victrolas de los barrios atendidas por muchachas con frecuencia bonitas, adormecidas tras el ocaso violáceo de sus ojeras, y puestas allí como cebo comercial y fomento de las fantasías rufianescas de los muchachones sin trabajo. En los suburbios la miseria proletaria veía crecer en los baldíos a los réprobos de la calle. Allí, entre imprecaciones del padre borracho y de la madre ajada, entre hondazos a los faroles y promiscuas aventuras, las pandillas quemaban los días grises del pobrerío entre el pequeño hurto o la abierta delincuencia. En Puerto Nuevo funcionaba la olla popular para los desocupados. El sentimiento de derrota fue característico de esta época. Se sabía en silencio, con resignación o rabia, que el país no pertenecía a los argentinos. En las ciudades chicas, el personaje más importante, invisible, mítico, distante, era el gerente inglés de los ferrocarriles que no hablaba castellano y estrangulaba en whisky, todos los días, las penas de su "merry England". Aquella sensación de extranjería se agravaba por el entrecruzamiento exótico de las lenguas forasteras, en el mercado, en el café, en la cancha. Era una ciudad sin patria. Y un rencor oculto, mezcla de impotencia y rebeldía, se enfrentaba con esa despersonalización colectiva que mordía como una magulladura el corazón de los argentinos.

En los diarios, pagados con sueldos de hambre, la inteligencia agonizaba entre la bohemia obligada o los sueños literarios. La ilusión del hipódromo como un resarcimiento y el amorío con las criadas del suburbio arbolado y pensativo, llenaba la pobre vida de los porteños sin empleo cercados por una fatalidad exterior que les cerraba el camino de la existencia.

En esa atmósfera creció nuestro sentimiento de inferioridad y la fama de nuestra tristeza. Lo extranjero envolvía a lo argentino por todas partes, como una película aisladora, en los cines, en

los avisos comerciales, en los escaparates iluminados de los negocios. El más ínfimo artículo llevaba el sello misterioso de su origen ultramarino. Todo este mundo artificial de objetos importados recordaba a los argentinos una incapacidad y era como el producto de una ciencia imposible para el país agropecuario. Pero esa época fue algo más. El porteño descubre gradualmente que ha sido víctima de una falacia. Los supuestos en que habían crecido sus ilusiones eran idolatrías. La riqueza del país no era suya. Y en ese desencanto latía la sospecha de un dolo espiritual. Esta conciencia de un embaucamiento nació con el dolor de las pequeñas miserias cotidianas. Fugarse de las pensiones era una imposición, no una alevosía. Eludir al cigarrero del barrio no era cinismo, sino vejación secreta en la ciudad presuntuosa y sin corazón. La "viveza" del porteño de aquellos días es puro adiestramiento escéptico y vigilante frente a una vida que no se deja asir. La categoría de "vago" nace en esos años y es el resultado no de una cualidad innata, sino de la falta de trabajo, del fracaso de los más débiles que se convierte en pérfido acatamiento a la necesidad.

Allí nació la literatura de la pequeño-burguesía porteña. Sentimental y anárquica. Sucia como la vida. Aquí escriben los Roberto Arlt o los Elias Castelnuovo. La creación literaria de entonces hunde sus raíces en las fuentes vivas de ese mal real que rezumaba en los conventillos, en las esquinas, en millares de hogares argentinos donde la presencia de la pobreza se cubría con el manto ácrata de los sueños. La opinión sobre la vida y el mundo de aquella generación ofrece, a través de los cultores del período, una analogía de estilo sorprendente, tras la cual se percibe el estado colectivo de desesperanza, de refugio en la propia individualidad exasperada, de escepticismo frente al país. A ratos, esa literatura encarna falsamente al proletariado y sus reinvindicaciones. Es falsa porque es una literatura pequeño-burguesa, y en ella, la conciencia política es pura explosión sentimental. Nadie cree en nada. Así, Roberto Arlt unirá la estéril protesta personal a reflexiones éticas con algo de nihilismo ruso de 1880, mezclado por partes iguales a las misas negras y al satanismo de Huysmans, cuya influencia, dicho sea de paso, es mucho mayor en su obra que la tan mentada de Dostoievski:

"Creo que a nosotros nos ha tocado la horrible misión de asistir al crepúsculo de la piedad, y que no nos queda otro remedio que escribir deshechos de pena, para no salir a la calle a tirar bombas o instalar prostíbulos. Pero la gente nos agradecería más esto último."

Leónidas Barletta dirá por la misma época:

“Soy un revolucionario por convicción racional y sentimentalmente. Aprovecho la oportunidad para declararlo para que se me desprecie públicamente el día que deje de serlo.”

Elías Castelnuovo, en lugar de hablar de sí mismo, exhibirá su cédula de identidad. Juan I. Cendoya dirá:

“Odio la literatura 'merengue', que es una infamia en este siglo en que el hombre permanece esclavo todavía. Mi sensibilidad, que siempre fue hermana de la caridad, pronta a la hermandad del sufrimiento, padeció duros y ásperos encontronazos. Sin embargo, yo también creo que 'el hombre es bueno'”.

Mezcla de lucha de clases, de filantropía cristiana y del sentimentalismo de un escritor de posguerra sin estatura como Leonard Frank, pero que por aquellos días parecía un revolucionario opuesto por su humanitarismo al pasivo acatamiento, a la transigencia cobarde de los intelectuales puros.

Héctor Eandi, un provinciano, reproducirá el retorno a la realidad de los chacareros arrendatarios que han pasado bruscamente de la prosperidad de 1920 a la caída vertical de los precios de los cereales:

“De allá traje este hombre solo, encariñado también con esa tierra donde los hijos del gringo, como yo, tratan de conquistar lo que diariamente están creando sin conseguir hacerlo suyo.”

Y Samuel Eichelbaum:

“Soy judío y uno de los autores dramáticos que menos ganan en el país.”

Juan Guijarro expresará:

“Mi vida... no tiene interés más que cuando se trata de vidas trascendentales. Beethoven, Tolstoi, Bakounine, Barret, Justo..., o cuando sin ser trascendentales se toman como un subterfugio para decirnos cosas hermosas o útiles. En este caso no es la vida lo que interesa, sino la obra de Arte que toma una vida por excusa.”

Eduardo Mallea, anunciando su próximo pasaje y enquistamiento en las “élites” literarias que adobarán su renombre literario, escribe:

“Para una inglesa desesperada he escrito yo y no para la universal audiencia que se embelece con las cosas profundas que escriben para su grave uso los graves cuentistas de Buenos Aires.”

Roberto Mariani dirá:

“Fui extranjero en todas partes y bebí la sal de todos los vientos. Se ensangrentaron mis puños golpeando portales que no se abrían y mi voz se rompió en el último alarido. Yo estoy regresando a Dios por repugnancia al liberalismo.”

Protesta efectista del periodista inmigrante, en la que Almafuerte y Puerto Nuevo sellan la alianza solitaria con la religión, en un furtivo merodeo profascista alrededor de la crisis del capitalismo.

Y Álvaro Yunque:

“Lecturas que han provocado crisis de superación en mi vida: *Evangelio de San Mateo*; *¿Qué es el arte?*; *Lo que debe hacerse*, por Tolstoi, y *Filosofía Yoga*.”

Donde el evangelismo social del siervo ruso convertido en exégesis de asfalto, el arte lacrimoso de Romain Rolland al servicio del pueblo, la regeneración de la sociedad burguesa por vía de la filosofía moral y la superación de la carne por el fakirismo, se entrelazan en un perfecto rocambolismo mental que es también una forma de negación del mundo.

Buenos Aires vive todavía el aroma parisiense del hinduísmo de Rabindranat Tagore, el mesianismo de Yrigoyen y la revolución bolchevique en Rusia.

Raúl Scalabrini Ortiz, víctima aun de ese estupor que cubre al país, vacila entre las ideologías que marcan el paso histórico de su generación y un vago amor a la Argentina concebida todavía como una suprarrealidad espiritual independiente del mundo:

“Los nacionalismos políticos no me interesan, aunque sentimentalmente todo lo argentino me preocupa.”

Es el mismo escritor que, pocos años después, centrado en la placenta de lo propio, cambiará la literatura por la rebusca de la realidad nacional para consagrarse como una de las figuras más

importantes de la historia de las ideas políticas argentinas.

Un talento frustrado, Alberto Pinetta, siendo casi un adolescente, hará este retrato de su generación y su manera espectral de enfrentarse con la realidad:

“Nunca fui a un balneario, nunca tuve novia, nunca vi un desfile militar en los días patrios, nunca salí de mi casa en Carnaval, nunca fui a un pic-nic, nunca cobré un sueldo decente en los diarios que tienen 'quinta edición'.”

El intelectual alienado

La inteligencia argentina de esa época, molida por la máquina del periodismo, después de 1930 se torna acre. Su realismo es grosero o enfermizo. Buenos Aires, ciudad de traficantes, no lee. Este sentimiento de fracaso intelectual ha sido expuesto por Roberto Arlt en una de sus creaciones más importantes y menos conocidas: “Escritor fracasado”. En este relato, intermedio entre el drama y la farsa, se sigue el aplastamiento y deserción del escritor porteño. En él, con manifiesto material autobiográfico, Arlt refiere el lento proceso de degradación y la final nulidad del intelectual de la pequeño–burguesía porteña:

“Yo era una esperanza. Y una esperanza sin proporciones es siempre superior a una realidad mensurable. Espoloneado por mi amor propio, juré ver muy lejos, sin cavilar que mi 'muy lejos' pertenecía al pasado. ¡Es tan fácil, por otra parte, enunciar propósitos sin proporción!”

Pero los propósitos desproporcionados denuncian en el escritor alienado en su conciencia social, la falta de estímulos reales en una sociedad sumida en la indiferencia, en la ausencia de perspectivas. Estos escritores asisten al envejecimiento prematuro de sus ideales. Cedieron ante una realidad endurecida. Una realidad sobre la que no podía edificarse ninguna seguridad. Algunos se suicidaron. Fluctuantes entre el nihilismo, la revolución, la versatilidad ideológica y el escepticismo político, anclaron en el individualismo agresivo o en el indeferentismo:

“¿Qué escrúpulo podía impedirme escribir un libro negativo, fabricar algo así como un Esclesiatés para intelectuales sietemesinos demostrándoles con habilidad cuán engañosos resultaban sus esfuerzos frente a la estructura del Universo? ¿A quiénes aprovechaban sus esfuerzos estériles? ¿No era preferible vender telas tras un mostrador o pesar vituallasen una feria a sacrificarse?... ¿Y al final, con qué ventajas?... ¿Para que un lector

desconocido se distrajera unos minutos en una lectura desocupada que jamás sospecharía cuántos esfuerzos había costado?”

Esta estructura del Universo que aprisiona al espíritu es en realidad Buenos Aires, con sus desocupados, sus feriantes italianos y sus habitantes innominables perdidos en la ciudad sin espíritu donde todo ha sido colonizado. La angustia de Arlt refleja la pérdida de la ruta colectiva del país percibida por todos irracionalmente y sufrida por múltiples conciencias individuales atomizadas en la ciudad cartaginesa. Sobre esta realidad el artista se siente superfluo, vencido por las fuerzas luctuosas del universo, solo frente a la eternidad. Pero este desgarramiento del “yo”, no es más que la contratapa del enanismo de la propia situación social del escritor, empeñado en conquistar la gloria en el diario impersonal, en la agencia noticiosa impersonal, en el monopolio impersonal con sede en Londres o en Wall Street. En este cuento de Arlt se siguen paso a paso, en magistral análisis psicológico, las dudas del escritor de “conciencia turbada”, como se dice ahora, entre la acción y el refugio en el arte puro. El mismo Arlt reflexiona sobre la literatura pura cuando la propone como solución:

“La tesis prosperó, se convirtió en cátedra. Muchos cretinos comenzaron a respetar mi posición espiritual, inclusive numerosas personas que no simpatizaban conmigo, del día a la noche experimentaron hacia mí una extemporánea amistad, estrechándome efusivamente las manos y prometiéndome solidaridad eterna.”

Esta literatura se impone:

“Fue el año de oro de la literatura parda, la gran época del mulatismo literario.”

El sarcasmo apunta a los ataques de que era víctima el propio escritor de parte de cenáculos extranjerizantes, restos del grupo Florida, que exaltaban la forma sobre el contenido y las modas europeas sobre la realidad social inmediata:

“A mis camaradas les anuncié que preparaba la Estética del Exigente, a base de un cocktail de cubismo, fascismo, marxismo y teología.”

En una evidente alusión a la técnica de proselitismo y propaganda de estos clanes literarios,

abombados en un gongorismo espiritual, perfumado, puntilloso y pedante y que Arlt había conocido, sin duda, como secretario de Ricardo Güiraldes, agrega:

"... al cabo de un año de acuerdo a esas leyes de nuestra estética salieron unos cuantos genios anónimos. Después de darles una jabonada de modernismo y afeitarles lo poco que les quedaba de claridad y lógica, los lanzamos al éxtasis de la multitud."

Luego de manifestar su desprecio por las masas, el escritor fracasado que confiesa haberlas cortejado en vano, explica cómo esos corros literarios se imponen sin ser leídos:

"Los periódicos donde trabajaban nuestros amigos batían platillos y tambores, y quieras que no, los habitantes de este país agropecuario tuvieron que enterarse de nuestra existencia."

Arlt desenmascara la política de estos grupos, el autobombo mutuo y el silencio planificado, unido a las misas corales en alabanza de figurones extranjeros presentados como la última palabra del arte universal. Pero tampoco el calor de la cofradía compensa de su íntima patraña al escritor distanciado de la vida por teorías exóticas que no le pertenecen. Así, el escritor fracasado se pregunta:

"¿Qué es mi obra?... ¿Existía o no dejaba de ser una ficción colonial, una de esas pobres realizaciones que la inmensa sandez del terruño endiosa a falta de algo mejor?"

Aquí se comprueba cómo Arlt sospechaba con razón del valor de esa literatura sin raíz en la tierra. Es precisamente esta conciencia lo que le hace superior, pese a su universo limitado, a todos los escritores y poetas surrealistas, futuristas y neosimbolistas que conoció esa generación.

De ficción en ficción, el escritor se erigirá en juez inapelable:

"Me convertí en una especie de alcahuete de la república de las letras; para sancionar los despropósitos de mis exigencias, empleé palabras difíciles e inventé teorías estrafalarias."

Y agrega, cuando al final se consagra como crítico episcopal:

“Así llenaba el espacio impacientando al autor que veía que no iba al grano. Unas veces estaba en las raíces y otras en las ramas. Si era indispensable, me remontaba a los Veda, al Kalevala, a Buda o a Zoroastro; si era indispensable, citaba a Aristóteles, a Bacon, a Gracián, a Bendetto Croceo a Spengler, a la Mónica Secreta o al Manifiesto Comunista..., para el caso daba lo mismo, pues de lo que se trataba era de llenar espacio y demostrar conocimientos y no las habilidades del otro, de manera que llegaba al final dei artículo sin que el público ni el autor, ni el mismísimo Satanás, pudieran saber qué diablos era lo que yo opinaba del libro.”

Podrá parecer esto una parodia de la realidad literaria de aquellos días o un resentimiento neuropático de un hombre como Arlt contra los círculos ultracultos que alegaban una superioridad esotérica del espíritu. Pero pese a los años las cosas no han cambiado. El aparato de estos círculos y su técnica se mantienen montados como hace treinta años. Veamos lo que dice un escritor como Jorge Abelardo Ramos, tan distinto ideológica y políticamente, y además, perteneciente a otra generación:

“Si se examina cualquiera de los productos que regularmente publican los suplementos dominicales o las editoriales argentinas bienpensantes, encontraremos que la ininteligibilidad es el fundamento común... Es un diálogo entre impotentes infatuados por el espíritu de secta. Ninguno de los participantes de la revista *Sur*, por ejemplo, cree en la profundidad de sus colegas. Es una convención irrevocable proceder como si así fuera y gozar de este modo los efectos acústicos de este coro enigmático.”

Fracasado también como crítico, el personaje de Roberto Arlt intenta acercarse al proletariado. Pero los obreros le prueban que en esas cosas es un zote, e incluso, un elemento poco digno de fiar. Y entonces el escritor exclama:

“Trágico destino el nuestro. Primero excomulgados por el Arzobispo, después anatematizados por el proletariado.”

En una clarividente observación marginal, Arlt repara cómo el escritor fracasado, por despecho hacia los obreros que lo desprecian, maquina hacerse fascista. En reflexiones penetrantes, Arlt va desenrollando el ovillo de este fracaso intelectual del escritor pequeño-burgués, sumido en su guarida de caracol, en su búsqueda del dinero y la fama, sin ninguna conexión sincera con la realidad.

“No tenía nada que decir. El mundo de mis emociones era pequeño. Allí radicaba la verdad. Mi espíritu no se relacionaba con los intereses y problemas de la humanidad, sino con algunas ambiciones personales carentes de valor.”

……………………………………………………………………………………………………

“Me he apartado de la verdad para adornar mi personalidad con un atributo que pudiera tornarla interesante.”

He aquí el retrato del escritor pequeño-burgués. El hombre angustiado de Roberto Arlt es la baja clase media acorralada de la década del 30. La expresión de su protesta impotente. De su aislamiento material. Transportada a la esfera del Arte, esa realidad mezquina se disfraza con la crítica desesperada del género humano que oculta al porteño real de los barrios empobrecidos tras la fabulación estéril del dinamitero, caricatura liteararia del individuo hostigado, sin conciencia de las relaciones objetivas que lo condenan al desequilibrio con la sociedad. El pequeño-burgués ve su situación desde un ángulo falso. En las épocas prósperas su relativa independencia económica le impide concebirse como miembro de una clase. Pero en los momentos de intranquilidad se siente repentinamente desgarrado. Y es que en los períodos de crisis la pequeño-burguesía está efectivamente desgarrada. En cada uno de sus integrantes late la ambición de *300 millones.*[8] Su referencia sufriente al mundo, aunque se tiña de amor a la humanidad, es fruto del divorcio entre la vida y el deseo de afirmarse en ese mundo fundado en el dinero. Por eso, los personajes de Roberto Arlt, pese a su condición de fronterizos, son psicológicamente veraces. La novelística de Roberto Arlt es, con relación a la pequeña burguesía urbana sin conciencia del país, el enigma literariamente resuelto de la crisis de 1929, la solapada miseria de una clase vista con lente de aumento. Una época en la que se estrellaron las esperanzas de la casita propia, del empleo estable, el pobre “optimismo de los triunfadores de mañana”. Los personajes deshechos de Arlt intuyen un destino lóbrego del que se sienten prisioneros. Esta fatalidad aciaga, impalpable, los determina sin esperanzas. Todos terminan en el ensueño inútil, en el fracaso frente a la realidad hostil. El ser solitario que sufre, sin conciencia de su propia situación social, hipostasía su sufrimiento en la religión, en el arte, el anarquismo ético o el suicidio. La frecuencia de lo sorpresivo en sus novelas reproduce bien esa fe en la casualidad salvadora, en el azar milagroso, en un mundo real condicionado donde el individuo sucumbe frente a las posibilidades sobresaturadas del mercado. No es casual que estas fantasías de los seres desdichados de Arlt prendan, con frecuencia, en personajes que aspiran a convertirse

[8] Nombre de una obra teatral del propio Roberto Arlt.

en inventores científicos y millonarios, y refleja además, el sentimiento de la inutilidad de la inteligencia pura en un mundo así. Sus personajes son idealistas que no han tenido éxito en el mostrador del tendero. Una realidad material sombría los empuja al ensueño. Todos los personajes de Arlt son ilusos marcados por la humillación social. Su literatura no es ni progresista como lo ha pretendido Raúl Larra, ni reaccionaria como lo ha sostenido Roberto Salama. Es el corte transversal de un sector social de Buenos Aires fotografiado en medio del desordenamiento económico y político del país que anuncia cambios revolucionarios de la sociedad en su conjunto. La literatura de Arlt no es revolucionaria, pero por su desnuda brutalidad, es como la cámara subterránea de una subversión que se prepara en la oscuridad más allá de las intenciones estrechas disfrazadas de idealismo de sus personajes. Tampoco es reaccionaria, pues implica una crítica ruda a la sociedad, pero muestra la falta de solidaridad, el aislamiento aritmético de grupos urbanos cuyos individuos, en su egoísmo, deambulan fragmentados por el mundo. La obra de Roberto Arlt es indispensable para comprender la psicología de la baja clase media porteña pauperizada en un momento social de su desarrollo urbano, aterrorizada por la crisis e inclinada tanto a la fraseología revolucionaria como a los compromisos más abyectos.

La burguesía porteña en 1930

La crisis de 1929 sumió o amenazó con el derrumbamiento económico de la clase terrateniente. Muchas familias patricias, con sus tierras hipotecadas, encontraron en el triunfo de la revolución de 1930 un paliativo a su situación en la función pública o el cargo diplomático. Por esa época damas de la sociedad porteña se prestan como propaganda comercial de artículos de tocador que compran la modesta empleada o la criada.[9] En uno de sus aspectos, la caída de Yrigoyen se asoció a este apetito de cargos rentados de parte de una oligarquía venida a menos: "Ninguna clase pierde tan completamente el sentido del bien y del mal –escribe Guglielmo Ferrero– como una aristocracia entrampada, ambiciosa de conservar el primer rango, el lujo, la facilidad, los goces que desaparecen con la pobreza". Tal situación ha sido recogida por Manuel Gálvez en su novela *Hombres en Soledad*, en donde el "mal metafísico" de principios del siglo, considerado

[9] En las vidrieras de las farmacias o de determinados negocios, aparecían fotografías de damas de la aristocracia que recomendaban el uso de determinados productos de belleza. (Nota a la segunda edición.)

una rara enfermedad del espíritu, se convierte en conciencia política del mal. Uno de los personajes dirá:

"Los unitarios nos europeizaron y lo hicieron de un modo tan perfecto que nos entregaron para toda la vida al imperialismo extranjero."

En esta época nace el nacionalismo de las "élites". Manuel Gálvez, perteneciente a la burguesía agraria provinciana, no escapa al estado ideológico generalizado. Este nacionalismo burgués, esta rotación espiritual, es de considerable importancia histórica. Tal sentimiento de defensa es expresado por uno de los personajes de Gálvez:

"Nos oprime económicamente, nos ha convertido en una factoría. Por causa de ella aquí no hay libertad de pensamiento. Escriba usted un artículo contra la política internacional inglesa y ningún diario se lo publicará. Escriba usted un libro en que hable con exactitud y verdad sobre la política inglesa para con nosotros, y no habrá jurado municipal o nacional que se lo premie, aunque se trate de una obra maestra."[10]

Pero la aristocracia porteña, encaramada nuevamente en el poder político, sigue su vida

[10] Raúl Scalabrini Ortiz nos ha referido el siguiente hecho. Por esa época era redactor del diario *La Nación*. En tal sentido, y por su obra intelectual, en un viaje que hiciera a Europa, el diario daba por anticipado en sus páginas y con la condigna importancia, la llegada o salida del escritor a las diversas ciudades europeas visitadas. En Alemania, el diario más importante, con una tirada de más de dos millones y medio de ejemplares, concedió mucho interés a las colaboraciones de Scalabrini en las que se formulaban reflexiones sobre la situación económica argentina en su relación con la economía inglesa. Repentinamente, una orden de Londres terminó definitivamente con las atenciones del propio diario en que trabajaba en Buenos Aires, y en *La Nación* jamás volvió a aparecer su nombre.*

* Muerto Scalabrini Ortiz en 1959, *La Nación* publicó una nota necrológica de circunstancias, con referencia exclusiva a su personalidad literaria, es decir, a su libro: *El hombre que está solo y espera*. Pero ocultó de este escritor argentino sus obras más importantes y decisivas en la toma de la conciencia nacional antiimperialista: *Historia de los ferrocarriles argentinos* y *Política Británica en el Río de la Plata*. (Nota a la segunda edición.)

ramplona, dividida entre la crónica social, el palco en el Colón, el viaje a Europa, "solamente los pobres, los ignorantes y los salvajes –se lee en Gálvez– no van a Europa", el *yacht*, el palacio barroco "fin de siècle" francés atestado de mármoles y bronces o cuadros heredados o adquiridos sin gusto, todo ello, tras el boato de sus mujeres como notificación de opulencia y de un patriciado de fecha próxima. Aristocracia sin pasado compensa esta privación con una altanera separación del pueblo y sus símbolos. Esta aristocracia le reprochaba a Yrigoyen su caudillismo bárbaro como consecuencia de no haber viajado a Europa.

Gálvez ha referido la situación del intelectual de la alta clase media incorporado a ese medio. Incómodo en un círculo social superior, no puede apartarse de él por conveniencia. La vulgaridad de esta clase rumbosa y el aislamiento del escritor adscripto a ella, crea como en los héroes mefíticos de Arlt, que vienen de otras capas sociales, el mismo sentimiento: "¡Esta es la tierra de los fracasados del espíritu!", dirá uno de los personajes. Y este fracaso del espíritu no es más que el agobio de la factoría material y espiritual, el conflicto entre servir al país o a sí mismo, que termina por adoptar en el orden intelectual, la coloración despistadora de una superioridad compensatoria y misógina del espíritu. Tanto Gálvez como Arlt, los escritores más importantes de este período, apelan al realismo. Imaginativo y siniestro en Arlt. Directo y humano en Gálvez. Pero los dos han dado novelas de ambiente propio. El realismo literario era y es la tendencia que exige un país construido con materialidades, sin complejidades excesivas y sin tradiciones decadentes auténticas. Salirse del realismo, en la Argentina, es pura imitación. La literatura realista en la Argentina todavía tiene una misión que cumplir. Todo lo que no ha sido realista ha sido remedo y pasatismo. En Gálvez –que posee formación histórica– este realismo supera en permanencia a Arlt, pues su visión del país es más amplia. En tal sentido, Manuel Gálvez es el único novelista argentino de significación nacional.

Un personaje de Gálvez fija el pensamiento de esas "élites" en los prolegómenos de 1930:

"La revolución establecerá la dictadura. ¡Se acabaron las elecciones, se acabaron los comités, la adulación, la mediocridad! Haremos una limpieza moral en este pudridero. Cerraremos los pasquines grandes y chicos. Impondremos el despotismo de la decencia, de la inteligencia, de la austeridad, del baño diario. Serán fusilados los coimeros, los pasquineros, los que tienen ideas antisociales." (Compárese con la crónica anterior de *El Hogar*. J. J. H. A.)

El intelectual de las clases superiores, o asimilado a ellas, comienza a censurar el europeísmo

pero al mismo tiempo sueña con un viaje a Europa y refleja en su angustia el período de transición ideológica que atraviesa el país. Este tipo de intelectual ve todavía en el avance de las masas, tanto como en el trajinar mercantil de la ciudad, una forma innata de la barbarie cultural que justifica el gobierno de las "élites". El fascismo europeo se refracta ideológicamente a América. El sentimiento de que estos son países sin historia se une a esta situación conflictual. Otro personaje de Gálvez, próximo a la conversión religiosa, busca apoyo en un sacerdote francés que, además, es un erudito en arte y filosofía. Es decir, un sacerdote para intelectuales porteños con remembranzas de París. La angustia poética va pasando a la consolación religioso. El país apela a la teología. Gálvez, tan realista, en personajes como éste no logra efectos estéticos, pues pese a su catolicismo este escritor carece de religiosidad interior. Pero en cambio nos permite comprender la espiritualidad de esa época en otros de sus aspectos. Así, este personaje de Gálvez, alcanza la comunidad con Dios, no por iluminación mística interior o por gradual descubrimiento y apropiación racional del objeto religioso, sino por el impacto puramente óptico que le anonada ante la presencia corpórea de las catedrales de Reims, Burgos o Toledo. Lo sobrenatural desciende desde la piedra construida. En realidad, esta equívoca conversión, alude al viejo trauma psicológico –teñido ahora de religiosidad– de la cultura europea de adopción que se empieza a enjuiciar críticamente sin romper del todo con el antiguo estado de ánimo. El país es desestimado de otra manera. Las iglesias de Buenos Aires, a este personaje, le parecen de mal gusto. De este modo, Gálvez –que es quien vive el drama–, creyendo explorar los trágicos territorios interiores de León Bloy, cae en la santurronería. Su creciente compromiso con la Iglesia ha llevado a este escritor a la tesis del pecado original de la humanidad como causa del desorden del mundo. Y este mundo es Buenos Aires, lugar de prueba elegido por Dios para que el hombre, en su solitario misterio carnal, elija la condena, o bien, se prepare para la gracia. A pesar de esta subjetividad deformante de las verdaderas causas del mal, *Hombres en Soledad* representa el sentimiento de un retorno al país y de una revaloración de Europa al margen de fetichismos. En esta novela aparece claramente la oposición entre la conciencia entreguista de la burguesía liberal y el naciente nacionalismo aristocrático, moviéndose ambas tendencias dentro de los polos ideológicos de una misma clase social de espaldas por igual al pueblo argentino.

La soledad del hombre porteño

Dos temas íntimamente vinculados entre sí se difunden por esa época: la tristeza del hombre argentino y la soledad del porteño. Esta tesis es confirmada, con frecuencia, mediante la prueba del tango, la música popular, no de los argentinos, sino de la ciudad puerto. Sobre un estado de ánimo real se ha tejido toda una metafísica brumosa, cuyos elementos conviene desintegrar, pues ciertas generalizaciones sobre el carácter de los pueblos pueden convertirse en verdaderos soporíferos espirituales.

En el mismo período, otro escritor escribe sobre Buenos Aires y el porteño. Raúl Scalabrini Ortiz encuentra en ese alma la soledad. Una soledad, empero, trabajada interiormente por el avizoramiento de causas. Ya no es Europa el contenido de esa soledad. Es la ciudad. Se trata, pues, de una soledad que mira hacia adentro. Una soledad sentimental. Una soledad, en fin, desorientada. Pero este sentimiento negativo, reflejo ambiguo de un estado psicológico circunstancial, se afirma como espera y no como infidelidad. Es la soledad de vastas capas sociales de origen inmigrante, pero que se sienten afincadas en el ámbito cultural en que han nacido, casi indiferentes a sus lejanos orígenes raciales. Por eso, por su afirmación en el medio, que es arraigo y padecimiento en el paisaje, aferramiento al ámbito demarcado por la vida, en *El hombre que está solo y espera* late una voluntad propia, una anticipación nacional. Es también esta la soledad de la clase media, del hombre argentino de la ciudad expectante entre la pampa infinita y el infinito mar. Pero esta pampa está cercana y el mar remoto, inconmutable, en sí mismo indiferente al ensimismamiento de este hombre con raíz en la tierra. No es Europa yuxtapuesta a lo propio lo que duele, a diferencia de los personajes de Gálvez. Es el país. Más concretamente, la ciudad portuaria. Las cualidades psicológicas de este hombre son presentadas como definitivas. El momento histórico pesaba demasiado sobre Raúl Scalabrini Ortiz. De cualquier modo, esta psicología que se busca a sí misma es la consecuencia de una toma de conciencia condicionada por la gran crisis mundial de 1929 y de la intuición emocional de un destino hasta entonces incumplido, clausurado en la mentira impuesta desde adentro por la clase dirigente, y desde afuera, por los tutores de esa clase dirigente. Este hombre, inmerso en su propia experiencia vital, quiere librarse con confuso instinto “de los engañosos convencionalismos europeos”. O lo que es lo mismo, busca definirse estimulado por relaciones de tensión cuyas causas no ubica espacialmente pero que las siente como traiciones vitales. Como un conglomerado de moléculas que presionan contra las paredes del recipiente modelador, miles de porteños, puntos perdidos en la ciudad inconquistable, amontonan en la tristeza de los

bares sus voluntades aisladas en un sentimiento común e intransferible, porque es de todos sin pertenecer a nadie, y que los comprime y solidariza humanamente dentro de los límites de una indeterminada frustración colectiva.

Un genial poeta popular, Enrique S. Discépolo, contemporáneo de Scalabrini Ortiz, reproducirá esa tristeza de la ciudad, de la vida, del café:

"Cómo olvidarte en esta queja
cafetín de Buenos Aires,
si sos lo único en la vida
que se pareció a mi vieja."

Y otro gran poeta, Homero Manzi, recogerá esa soledad:

"Tu canto es el amor que no se dio
y el cielo que soñamos una vez,
y el fraternal amigo que se hundió
cinchando en la tormenta de un querer.
Y esas ganas tremendas de llorar
que a veces nos inunda sin razón,
y el trago de licor, que obliga a recordar
si el alma está en 'orsai', che bandoneón."

Las propiedades psicológicas excluyentes que Raúl Scalabrini Ortiz asigna al porteño, son las cualidades genéricas del hombre urbano de todas las esquinas del planeta. Pero su libro, aunque el punto de partida sea una ficción, no es falso. Ciertos rasgos psicológicos, en efecto, que no pertenecen al hombre en particular sino al hombre en general, se acentúan bajo condiciones objetivas dadas. Estas condiciones externas –la crisis de 1929– se reflejaron en el derrumbe del gobierno popular, en el despotismo de la clase terrateniente, y después de 1930, un estado de ánimo colectivo se extendió como expresión de la psicología del hombre de la época. Tal actitud, empero, era temporal, como las circunstancias históricas que la configuraban. Años más tarde, de 1945 en adelante, la tristeza eterna del porteño cedió su lugar a la confianza, fundamento de toda alegría individual o colectiva y un extranjero que juzgase a la Argentina de los últimos años difícilmente encontraría lo que Scalabrini Ortiz describió en su momento con justeza. En otro

sentido, Scalabrini vio también virtudes donde su amor quería encontrarlas. Pero si esto es una tergiversación, al mismo tiempo es algo más importante: es un síntoma del cambio de ciertos sectores intelectuales argentinos que no necesitan de prestado para hacer un buen libro. *El hombre que esta solo y espera* es el libro más humano y auténtico de esa época triste, donde el país buscaba sonámbulo su autoconfirmación, su perfil espiritual. El éxito justificado que obtuvo, más que en la duración de su verdad, residió en el descubrimiento repentino de una necesidad que era la voluntad de quebrar el difuso estado psíquico de desánimo inoculado como un veneno a la comunidad por las potencias secretas empeñadas en deprimir la conciencia creadora del pueblo. Este estado de descreimiento, por las causas referidas, había prendido en el espíritu colectivo, y además, por su irracionalidad, implicaba un peligroso conformismo que exigía un esclarecimiento, la exégesis del mal, cuyas fuentes estaban más allá del hombre argentino mismo. En tal orden, el libro de Scalabrini Ortiz es una profecía. Es el hombre anónimo encarnado ya en conciencia histórica absorta que enjuicia sus males sin inocencia pero también sin misticismo. Y este hombre convertido en símbolo de esquina –la esquina donde aguarda lo colectivo– prepara su fe en la Argentina.

Este libro tan leído ha sido particularmente ininteligible para las clases superiores y los cenáculos intelectuales distinguidos que las sirven. Pero si fue leído, la causa, más que en la verdad psicológica de la tesis, reside en que desbordó su intención original, cosa común en lo que se trata con fervor, y se convirtió, por la bella imprecisión oracular de las palabras, en un punto de referencia emocional de ese hombre de la calle fotografiado en el instante asombroso del reencuentro con su propia certeza. Un arte es auténtico no sólo por su verdad intrínseca, sino por sus consecuencias humanas. No por lo que prueba, sino por lo que niega y anuncia. Es decir, un libro psicológicamente falso puede ser socialmente verdadero.[11]

---

[11] Podría abundarse en el tema. La tesis de la soledad y la melancolía del porteño como una categoría eterna del alma colectiva es pura especulación anticientífica y no tiene más valor que las generalizaciones étnicas de un Gierke sobre la adustez del escocés, de Letorneau sobre la literatura nórdica, o las más recientes sobre los rasgos de alma aria. Un caso típico de este psicologismo étnico puede encontrarse en Salvador de Madariaga con las falsas tesis del apasionamiento del español, la frialdad del inglés o el racionalismo del francés. Basta recordar que los ingleses de la época isabelina eran juzgados por los europeos como temperamentos brutales e irascibles. En estas cosas, cada observador ve lo que le conviene, con frecuencia su

Este hombre colectivo no piensa ya en Europa. Es lo importante. Y además tiene conciencia crítica de su separación de las clases altas:

"Y es que los asuntos europeos, con estar tan cerca, están más lejos de él que si estuvieran en la luna."

La observación es exacta. Sobre el afincamiento en la propia circunstancia el argentino comprendió simultáneamente que esa indiferencia frente a Europa era parte de la voluntad de recuperar la personalidad nacional. Ahora bien, este revolverse contra las fuerzas exógenas necesitó previamente una reconcentración endógena del espíritu. Al principio pura preocupación sentimental vacía de materia. Más tarde, militancia política. La síntesis de Scalabrini Ortiz sobre la transformación de la vieja sociedad osificada, de la cual saldrá la personalidad del porteño como derivada del choque inmigratorio bullente y gris, es verdadera. De este enfrentamiento de un orden estabilizado y sin perspectivas virtuales con la actividad de los nuevos núcleos, indiferentes a los prejuicios consolidados, emergió la Argentina moderna, con desencuentros, con enconos contra los invasores inmigrantes, y de parte de éstos, con orgullo y despecho frente a lo que no comprendían ni les pertenecía. Pero en medio de los choques secretos, de la mutua reserva, unas y otras fuerzas, sin conciencia de la síntesis, consumaban el equilibrio étnico del cual devendrá un nuevo hombre. Y con ello una revalorización del país, ni oligárquica ni advenediza, y que implicaba un programa nacional distinto.

Lo valedero y perdurable de este libro, cuyo espiritualismo embellece a veces hasta las

---

propio carácter, y además, sus prejuicios políticos negativos o positivos con relación a la comunidad observada. Así "para Ripley –citado por Morris Ginsberg– los alpinos son pacientes, pacíficos, socialmente conservadores y resignados"; prueba dice, "de la abyecta resignación de la horda eslava. Para Peak, que escribía después de la revolución rusa, son democráticos, inclinados de hecho al comunismo, pues la Rusia soviética es alpina en su mayoría y Marx procedía de una zona alpina". Esta psicología de los pueblos, con el antecedente de Lazarus y Stheintal, Houston Chamberlain, Gobieneau, Lopouge, Galton, Gumplowicz, etc., es una seudociencia. Está firmemente asegurado el hecho de que aun aceptando la existencia biológica de las razas, la cultura es independiente de los factores étnicos.

pústulas, es su ruptura con toda dependencia espiritual. Así, Scalabrini Ortiz idealizará a ese hombre. La amistad porteña, uno de los temas más visibles del libro –y quizás el que más resonancia encontró– fue también consecuencia de una época, y de nuevo, el análisis de Scalabrini Ortiz es socialmente verdadero, aunque enmascarado de oscuro psicologismo. La amistad enaltecida –en su desnuda raíz sociológica– fue la compensación del desamparo material del hombre de la urbe "donde reina el interés desnudo, el impasible pago al contado".

"Al hombre de Corrientes y Esmeralda es raro encontrarlo en las altas esferas... puede ser uno cualquiera del montón, un estudiante, un mozo de café, un empleado..."

………

"Es un hombre que está desnudo y solo en el Interior de su escéptico baluarte verbal, que está solo entre dos millones de hombres y mujeres que están solos."

Y si el porteño se reconoce en el tango –dice Scalabrini Ortiz– y no en sus escritores, es porque estos autores no están con el país sino fuera de él.

Esta sobreestimación de la soledad del porteño ejemplifica la dualidad en que por entonces se determinaba el pensamiento de nuestros escritores más argentinos. Todavía la soledad aparece como un enigma transubjetivo, como una mónada psíquica irreductible. El irigoyenismo, a través de este psicologismo, será interpretado como un caso de infatuamiento y de desprecio a la plebe. Explicación literaria, ajena a los factores de la historia real, de la cual caudillos como Yrigoyen fueron expresiones complejas, pero perfectamente racionales, comprensibles, desde la perspectiva desbrozada de accidentes de la Historia. En esa época, el escritor, encorvado por el espíritu que ha distorsionado nuestra voluntad de ser, vacila en su posición antiimperialista, pero ya habla de Europa con gratitud reticente. Es la misma reserva, germen de irreverencias fecundas que empieza a invadir al pueblo. Ese pueblo que, servido por argentinos incorruptibles como Raúl Scalabrini Ortiz, ha de concentrar gradualmente sus energías en la lucha antiimperialista y en el simultáneo desinflamiento de idolatrías adventicias adheridas como pólipos a la inteligencia nacional invalidada por cínicas y calculadas negaciones:

"Se aliaron al capital extranjero y juntos fundaron pueblos, tendieron ferrocarriles, construyeron puertos, dragaron cauces y diques, importaron máquinas, repartieron tierras y las colonizaron. En esas procuraciones se atarearon y desentendieron del espíritu del país."

Aquí el enigma psicológico del porteño empieza a mostrar su prosaica verdad. El alma de Buenos Aires no se explica por el misterio del porteño, sino que el secreto del porteño es la situación social de Buenos Aires en un momento de la evolución económica del país dependiente de su comercio de exportación. Y esta revelación se concretará en la *Historia de los ferrocarriles argentinos*, *Política Británica en el Río de la Plata* y otros libros, que asociados a la infatigable prédica nacional de argentinos con confianza en el país, han convertido en conciencia histórica lo que en aquellos días era metafísica urbana de la soledad. Más tarde dirá Scalabrini Ortiz de vuelta de aquel espiritualismo:

"La organización capitalista del país a partir de 1853 fue un privilegio exclusivo de los extranjeros. Jamás se hablará en ningún documento oficial de la existencia de un capital argentino. Los argentinos tuvieron bienes, inmuebles, mercaderías, valores, dinero a veces, pero jamás tuvieron capitales. El capital fue un ídolo para uso exclusivo de extranjeros. Era la varita mágica de la explotación económica y del predominio excluyente del extranjero en la instrucción pública, en la cultura, en la historia, en el periodismo por consiguiente."

El tango como reflejo social

En 1930, la música popular de Buenos Aires, el tango, acentúa su tristeza. Es la época de "Yira, yira". Como en nuestros días el tango ha sufrido un retroceso en su popularidad, este fenómeno colectivo exige una explicación.

Los viejos tangos pertenecen a otra espiritualidad. A un período concluido. Por eso están en decadencia sus temas. Las letras lunfardas son ya ininteligibles o artificiales, del mismo modo que el arrabal en que crecieron, hoy se ha transformado en barrio, en parte orgánica de la ciudad, unido a ella por medios de transporte que han quebrado la separación de los aledaños sórdidos fomentadores de imágenes siniestras.[12] Y con frecuencia bellas, cuando son expresadas por buenos poetas populares. Como esta muestra perteneciente a Juan Carlos Lamadrid:

"Tango, tango
aprendido a bailar en las veredas
cuando *el barrio era de árboles*

[12] No es casual que una buena novela de ambiente suburbano, *Barrio Gris*, de Joaquín Gómez Bas, ubique la acción treinta años atrás. De ahí su carácter evocativo y lejano.

–nací en un barrio de magnolias y astros–
y los tríos, violín, guitarra y fueye,
gambeteaban el ritmo de los chotis
entre el vino carlón y los marianos.”

O ésta de Carlos de la Púa:

“Baile macho, debute y milonguero,
danza procaz, maleva y pretenciosa,
que llevas en el giro arrabalero,
la cadencia de origen candombero
como una cinta vieja y asquerosa.
……………………………….
El que te baile bien deber ser púa,
manyado entre la mersa de los guapos,
haber hecho un jotraba de ganzúa
y tener la sensación de la cafúa
el atávico influjo de los trapos.”

El empobrecimiento del lunfardo, su existencia raquítica que lo toma tan convencional en los tangos posteriores a 1940 –que han sufrido además un simultáneo cambio rítmico y melódico– testimonia la modificación de aquellas relaciones sociales y culturales que le dieron origen a comienzos de este siglo junto a un proletariado de los contornos, aliado este fenómeno social a la resaca inmigrante, particularmente genovesa, y proclives ambos elementos humanos al delito por su no asimilación económica al mercado del trabajo. La desaparición gradual del lunfardo y de sus tipos propios, porteños o extranjeros, es el efecto de una ley sociológica determinable, y si algunos vocablos se conservan, es porque como productos colectivos, en algunos casos han enriquecido efectivamente el idioma. Hay algo de simbólico en esta versión de José Portogalo:

“Braulio Ramírez –dijo– fue mayoral, carrero,
payador de boliche, bailarín de la oriya,
y yamado más tarde a cuarteles de invierno
miró pasar los trenes que se van al olvido
sentado en la placita del barrio, junto a un perro.”

También Homero Manzi evoca la ciudad ida para siempre:

“Un pedazo de barrio allá en Pompeya
durmiéndose al costado del terraplén.
Un farol balanceando en la barrera
y el misterio del adiós que siembra el tren.”

La decadencia del tango se acentúa en las proximidades de 1936. Justamente cuando el país sale de la gran crisis mundial. El carácter no nacional –lo cual no quiere decir antinacional– del tango que fue la música más popular de Buenos Aires, no es ajeno al aislamiento de la ciudad capital del resto del país. El provinciano baila el tango pero ni se emociona ni abusa de él. Para el interior el tango es casi un producto de importación. La música nativa, en cambio, que ha penetrado no sin resistencias comerciales, se ha impuesto no sólo por la presencia de nuevos grupos humanos, el proletariado industrial de cercano origen rural, sino por su resonancia nacional que yacía adormecida en el hombre del puerto, sin relaciones con el país apenas entrevisto como totalidad. Nuestra música campesina ha sido asimilada en un proceso psicológico inconsciente que verifica un cambio en la conciencia del porteño frente al país.

El tango es un producto social. En él se afirma confusamente una diferenciación del hombre bajo de la ciudad que se siente perseguido en todas partes. En uno de sus polos es un sufrimiento y una resistencia frente al inmigrante que canta canzonetas. Refleja, en sus orígenes, la pérdida de la personalidad anterior vencida por la civilización europea entronizada y cuyo símbolo antipopular es el orden policial. Se ha señalado también el carácter erótico del tango. Este contenido existe. El tango se baila en silencio, es sexo reconcentrado y agresivo. El hecho no puede extrañar ni debe ser exagerado. El origen de la música popular es el ritmo y no la melodía, y Freud piensa, que psicológicamente, a la música, fundamento del baile –y el tango es danza– inquieta y subyuga “porque determina un goce irracional, el cumplimiento alucinatorio de la libido”. Pero no debe olvidarse que aun las expresiones más oscuras de la vida instintiva están condicionadas por pautas sociales y culturales. En tal sentido, el tango reproduce en forma musical –y las letras sobre el tema lo atestiguan– ese proceso de racionalización de los instintos elementales que la Cultura organizada opera sobre los grupos marginales de la sociedad. Sexo y creciente opresión cultural bajo la forma de protesta difusa frente a la vida solitaria en un medio

degradado por la pobreza y la inseguridad social. El tango nace a fines del siglo pasado cuando la población extranjera supera a la nativa. Vivir entre extranjeros que no hablan o hablan poco abismados en sus propios problemas, crea una atmósfera poco propicia a la alegría y cierta conciencia rencorosa de ser extraño en el propio medio:

"Cuando escucho 'O solé mío'...
'Senza mamma e senza amore'...
Siento un frío aquí en el cuore,
que me llena de ansiedad...
Será el alma de mi mamma,
que dejé cuando bambino.
Llora... llora 'O solé mío',
yo también quiero llorar."

El gaucho y el compadrito –en el caso de que en ambos coincida la misma raíz– son seres antinómicos, pues diversas circunstancias culturales los determinan. El compadrito es el ser intersticial de las áreas de la cultura en su zona más oscura de contacto –la urbana y la rural–, un tipo mixto, cuando más degenerativo, pero no un gaucho. Buenos Aires, a medida que crece, a partir de 1880, como toda gran ciudad, va incorporando a su núcleo en círculos concéntricos, espacios periféricos de miseria y de vicio. El gaucho y el compadre representan dos momentos distintos de la proletarización de las masas campesinas y urbanas.

"Con un vaivén de carro iba Pizarra
perfil de corralón,
cruzando con su paso los ocasos
del barrio pobretón."

HOMERO MANZI

El gaucho es el nativo despojado de la tierra filiado a una cultura arcaica. El compadrito es el ser excéntrico del campo, o de la misma ciudad, que denuncia un desarraigo social en la caricatura de su personalidad. El compadrito es la urbanización de un mito, de cuyos antecedentes –el gaucho– sólo le queda la apariencia de libertad y coraje. El compadrito, aunque no lo sepa, es ya europeo, en el vestir, en el andar, en sus objetivos concretos y la mujer lo

civiliza definitivamente haciéndolo rufián, categoría desconocida en el campo. Es el delincuente virtual producto del mercado del trabajo restringido. Un hecho social con visajes psicológicos. El compadrito no tiene significado fuera del que ocupa en la esfera intermedia del delito y la poesía culta que se inspira en él. Ni siquiera es un elemento conservador de tradiciones. Antes bien, es el desecho de tradiciones muertas. Es el terreno negativo sobre el cual se injerta la barbarie europea y la proscripción social. Es el tenorio acometido por la fábrica. Pero al mismo tiempo un residuo cultural nuevo. Una excrecencia de la ciudad europea. O la europeización del nativo en un momento dado, temporal, condenado al fracaso por la clase dominante.

"Tango flaco tranqueando en la tarde.
Sin aliento al chirlazo cansao.
Fracasado en el último alarde bajo el sol de la calle Callao.
Despuntando el alón del sombrero
ya ni silba la vieja canción,
pues no quedan amor ni viajeros
para el coche de su corazón."

Homero Manzi

La última protesta, en fin, frente a la proletarización sin horizontes. Es el sentimiento de menorvalía lo que lo torna agresivo, resistente a la socialización en un medio que le niega esa oportunidad. Planteada la lucha social en escala de oposición de clases, el compadrito desaparece –o está en vías de desaparición definitiva– mediante su incorporación al sindicato, en donde aprende lo que la sociedad le prohíbe saber: la conciencia de su miseria que es colectiva y no individual. El desarrollo de la clase obrera terminó con el compadre. Sus luchas no son "lujos de valientes", como los llama Borges, sino competencia comercial por la mujer y al mismo tiempo conciencia exasperada del propio aplastamiento social. Este hombre mata o muere por rabia a la vida. Se trata, pues, de un mundo irremisible y sin belleza, inspirador de una poesía pútrida. El tango, en sus orígenes, es la música de los grupos sociales aislados económicamente de los cuales sale el compadrito. Martínez Estrada ha pretendido que el tango tiene un antecedente negro y lo imagina naciendo de la esclavitud en los tabacales. Su origen urbano desautoriza la tesis.

El elemento negro antimelódico, espontáneo y estridente, o bien, plañidero y religioso, no

existe o está totalmente desfigurado por influencias múltiples y enrevesadas, españolas, paraguayas, italianas. El tango es el espectro triste del cosmopolitismo. Por eso carece de plena raigambre nacional. Es enteramente local, hijo de un momento de la redistribución de las antiguas capas sociales en desintegración y conversión en proletariado.

De allí que en el tango late la ciudad tanto como el disgusto por la vida. La “galleguita”, “la cabeza frapée del italiano”, la “francesita”, la “costurerita” alientan sus letras humanas.

“Mezcla rara de Museta y de Mimí
con caricias de Rodolfo y de Schaunard.”

Nunca el personaje es provinciano. Tampoco hay tangos provincianos. El porteño posterior a 1920 no siente al país. La mentalidad colonial de la clase conservadora le inyecta a cada porteño medio la idea del estanciero, del “niño bien que fuma tabaco inglés”, del “pisito que puso Maple”, de la “voiturette copera”, en una fantasía primaria donde la cultura agropecuaria se corporiza en la estampa con smoking de Gardel en París. Si el tango conserva su sugestión emocional, tal hecho no es inexplicable. Las clases altas aceptan estas cualidades porque en algún modo se reconocen en ellas, tanto por contemporaneidad con su expresión popular como por el hecho de que tocaba ese sentimiento de frustración espiritual propio de las clases en estado de consunción cultural. El tango, como producto colectivo, interpretó bien tanto la soledad de los de abajo como la de los de arriba. En todo arte popular auténtico –y el tango pese a su ambiente reducido lo es– hay siempre un matiz nacional o local. Con frecuencia ambos elementos se presentan unidos.

Este sentimiento propio es particularmente perceptible en la música, la más abstracta, impersonal y genérica de las artes, y por eso mismo hundida en lo colectivo y próxima a las regiones irracionales de la vida cuya expresión es el baile. El músico norteamericano Aron Copland ha rastreado esta espiritualidad hasta en la interpretación técnica de una obra musical y relaciona los valores sociales dominantes en la sociedad norteamericana actual con el “sonido exaltado” de sus orquestas “que tocan con un resplandor áureo que refleja bien su bienestar material”. Y este carácter social de arte entronca con la tradición tanto como con la sociedad contemporánea en que surge. Del mismo modo, en el tango, que nace no del bienestar de la sociedad, sino de la penuria social, el “sonido exaltado” de los cobres se convierte en el rezongo

lastimero de los bandoneones.

Discépolo, en "Cafetín de Buenos Aires", compendia esa tristeza:

"En tu mezcla milagrosa
de sabihondos y suicidas
yo aprendí filosofía dados,
timba y la poesía
cruel de no pensar más en mí."

En donde la soledad del hombre –que no es patrimonio de la hermandad gomosa de los literatos–, la inutilidad de la cultura frente a la muerte, se envuelve con palabras humildes en el vacío demoníaco de un existencialismo concreto, sumido en el "envolvente" de Jaspers, la "nada" de Sartre y en el dolor sustancial, más real que cualquier filosofía, que viene, como dice Colin Clark, "de la despiadada impersonalidad de la gran ciudad moderna". Además, en el tango, hay una derrota popular que se refugia impotente en la fantasía del cuchillo, en el regazo materno o en la súplica a la mujer amada. Es la música lánguida de un pueblo humillado. Tulio Carella ha señalado que "el orillero vivía en perpetuo sobresalto económico". En las épocas sucesivas los héroes de los tangos no varían su situación. Y tal condición explica al tango tanto como a sus tipos. En este orden, el compadrito es un infeliz en el doble sentido del término. El patotero, que sale de las clases acomodadas, no refleja una situación específicamente económica, pero sí la inferioridad cultural disimulada en palacios y palabras francesas que el dinero no anula.

En 1930 el tango se ensombrece. Los extranjeros que visitan Buenos Aires hablan de la tristeza de los argentinos. Es seguro que esa tristeza no era mayor que la de cualquier ciudad del mundo. La música popular norteamericana, francesa, de la época, entre millones de desocupados que vagan por las carreteras del mundo, abunda en el tema de la tristeza de las grandes ciudades: "the big city blues". La literatura norteamericana recoge ese estado en Faulkner, Steimbeck, Waldo Frank. Chaplin la lleva al cine y Borzage produce "Fueros Humanos". Una larga serie de películas similares la siguen. El porteño que vive en los tangos es triste porque el país no controla su destino.

Capítulo IV

El imperialismo, la afirmación de la oligarquía y la literatura de “élite”

A raíz de la caída de Yrigoyen la oligarquía se consolida por un largo período. Esta situación repercute en la literatura. La clase dirigente atrae a su órbita a escritores de otras capas sociales y nacen círculos literarios influyentes que dirigen la literatura nacional.

Después de 1930 la dependencia de la producción agropecuaria al mercado monopolista mundial es total. El régimen de la tierra es la gran traba opuesta por la clase de los grandes propietarios al desarrollo del país. Propiedad territorial y política ferroviaria y frigorífica encarnan la trilogía del estancamiento argentino, servido por una prensa subsidiaria de los grandes intereses financieros internacionales. En 1942 doscientas familias y cincuenta sociedades anónimas son poseedoras de 5.000.000 de hectáreas. El comercio de exportación es regulado por el capital ferroviario y frigorífico. Es decir, por capitales internacionales. El creciente endeudamiento nacional a través de empréstitos y de la remisión al extranjero del producto del trabajo argentino enfeudó también a la inteligencia que dependía de la clase superior. Fue una literatura estática y sin luz propia. El latifundio estrecha y comprime a los intelectuales adscriptos a su poder a través de los diarios y órganos de la cultura oficial. Esta inteligencia fue en el orden de la cultura la sucursal poética de la renta territorial. Y así se puso también ella de espaldas al país. Con lenguaje ultraísta o surrealista, esta generación, vanguardista en literatura, es la sierva de la Argentina señorial. Después de 1930 el imperialismo movilizó todas sus fuerzas. En el frente cultural aparecen los intelectuales que progresan a su vera. La oposición a todo pensamiento nacional es uno de los rasgos de esta política bajo la forma de un negativismo que se disfraza de declaraciones universalistas sobre la Cultura. Alrededor de esta técnica invisible, impuesta desde afuera, giran los escritores coloniales con su indiferentismo político y sus agobios metafísicos, que en el orden material se reducen a la traición de un sector de la inteligencia argentina al país. Su complicidad pasiva se expresó como sesgado análisis de la realidad. La literatura de este período confiesa su disgusto por el país y su deslumbramiento por lo europeo. Es una inteligencia satélite que reproduce en el orden intelectual lo que en el orden político un estadista argentino, Julio A. Roca, admite sin reservas: “La geografía política no siempre logra en nuestro tiempo imponer sus límites territoriales a la

actividad económica de las naciones. Así ha podido decir un publicista de celosa personalidad que “la Argentina, por su interdependencia recíproca, es desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico”.

El arte agropecuario

Una sociedad que asiste a la decadencia del sentimiento nacional y acata la presencia de fuerzas ajenas a su voluntad de ser, dará un arte vacilante y derivado, un arte evasivo que no quiere enfrentar la propia realidad. Es el arte de las clases altas aliadas al imperialismo con sus grupos intelectuales subordinados que sufren las consecuencias de esta relación de dependencia intangible sin ubicar las causas con precisión, como en Kafka, cuyos personajes se sienten gobernados por una fuerza desconocida sin materializarla. El arte no refleja con exactitud simétrica esta situación concreta. Con frecuencia ni siquiera la menciona. Pero la relación entre el arte y un ciclo económico determinado, no está dada por la copia exacta de las condiciones exteriores, sino por el espíritu que informa ese arte, por su secreto pulso, y fundamentalmente, por el estado de ánimo que carga las obras artísticas del período y que es, efectivamente, el de los grupos históricamente condicionados en que tales expresiones nacen. Las clases altas toleran bien una literatura de evasión, una literatura introspectiva que en un mundo de rudos antagonismos materiales logre velar y convertir los problemas reales en espiritualidad pura. Un Giono aparece como seductor, Mallarmé es el máximo genio poético. Incluso la revuelta estética de los surrealistas y dadaístas, en tanto nihilismo inoperante, será soportado como un juego poco peligroso. A las clases superiores les repugna el realismo. Fuera de su valor monetario, es difícil, por ejemplo, que gusten de un Goya. Y es que, como Baudelaire observara, en Goya están presentes esos aspectos acusadores de la vida que perturban a las clases ociosas, “el sentimiento de los contrastes violentos, de los temblores de la Naturaleza y de las fisonomías humanas extrañamente animalizadas por las circunstancias”.

La literatura tributaria del favor de las oligarquías nativas podrá abordar temas nacionales, pero el tratamiento, a través de una actitud refleja, será imitación formal de otras latitudes, del mismo modo que las economías nacionales son manejadas desde afuera. Esta artificialidad es la que define la literatura de esa generación de 1930. A la economía del monocultivo corresponde una literatura equívoca de introspección, donde los personajes desorientados se analizan a sí mismos en medio de una vaga sensación de inseguridad. Este estado de quebranto emocional es común a

todos los escritores ligados de una u otra forma a los gustos de las clases superiores. Tal situación es particularmente comprobable en el *Raucho*, del joven Güiraldes, en *Hombres en Soledad* de Manuel Gálvez, y en todas las novelas, altamente reveladoras de esta conexión culturalmente artificiosa con el mundo real, de Eduardo Mallea, Leopoldo Marechal, Mujica Láinez, etc. Aun en escritores realistas como Max Dickman, Bernardo Verbitsky y Juan Goyanarte, esta angustia del país ganadero pesa como una obsesión. Y el cuento fantástico, en Borges o Luis María Albamonte aparece filiado al mismo sentimiento de incerteza.

Hay en síntesis, una estrecha aunque esfumada relación, entre las manifestaciones literarias de ese período, entre el escepticismo distante de la *Historia Universal de la Infamia* de Jorge Luis Borges, por ejemplo, y el fraude patriótico, el monopolio ceralístico de los Bemberg, la ley de moratoria hipotecaria, el obelisco de Vedia y Mitre, el arte con codornices de Rabindranat Tagore, el Pacto Roca-Runciman, el liberalismo perfumado de Monseñor D'Andrea y la constitución de 1853 aplicada contra el pueblo por la Suprema Corte de la Nación. Del mismo modo que hay una interna imbricación espiritual entre *El hombre que está solo y espera* de Raúl Scalabrini Ortiz, los mensajes sibilinos de Yrigoyen, la toma de conciencia histórica de la clase media, la técnica revolucionaria de la no violencia de Ghandi, la olla popular y los escamoteos financieros de Raúl Prebisch.[13]

---

[13] Estas analogías, les parecieron en su momento descabelladas a ciertos críticos tan pedantes como ignorantes. En realidad, esas relaciones entre los fenómenos de la vida social han sido señaladas por innumerables pensadores, entre otros por Hipólito Taine –y fundamentalmente por Marx–, pero aquí preferimos transcribir un fragmento de Taine, que fuera del estilo y los ejemplos utilizados, está completamente de acuerdo con nuestro texto: "Entre una alameda de Versailles, un razonamiento filosófico y teológico de Malebranche, un precepto de versificación de Boileau, una ley de Colbert sobre las hipotecas, un cumplimiento palaciego en Marly, una sentencia de Bossuet sobre la realeza de Dios, la distancia parece infinita e infranqueable, sin que, en apariencia, estén relacionados ente sí. Los hechos son muy desemejantes cuando se les juzgan a primera vista, tal como se presentan, es decir, aislados y separados. Pero se comunican entre sí por las definiciones de los grupos donde están comprendidos, de igual manera que las aguas de una cuenca hidrográfica en las cimas de las vertientes por donde discurren. Cada uno de ellos es un acto de este hombre ideal y general en torno al cual se agrupan todas las invenciones y todas las particularidades de la época, porque

La literatura de esa generación fue hija de un malogramiento, pero de acuerdo al conformismo o rebeldía de los grupos sociales, al ajuste positivo o negativo de los intelectuales al "status" político, en unos fue avenencia, y en otros, apremio por ver en la raíz de las cosas. Mientras un Borges declama a Browning por las calles porteñas, Raúl Scalabrini Ortiz descubre en esas mismas calles el dolor nacional. En la era del imperialismo los literatos complicados con la situación desde los cargos públicos, la cátedra o los diarios de la oligarquía, se enfrascaron en el magismo literario, en la imagen por la pura imagen, en el arte ornamental y doméstico. Fue el período cafre de la literatura nacional servida por una generación de jóvenes valetudinarios espirituales cuya fama literaria creció bajo la indiferencia protectora de la clase ganadera. Mientras los intelectuales gozaban del prestigio que ellos mismos fabricaban mediante la política de parches concertados –tal cual lo vio satíricamente R. Arlt– la conciencia nacional retomaba desde otros sectores la lucha por la recuperación argentina, en medio del mutismo de los diarios dependientes del capital extranjero y dispensadores de indulgencias literarias como premio a sumisiones pasivas o confesas.

Pero otros argentinos, muchos de ellos con verdadero talento literario, pusieron su vocación al servicio del país, en los cafés, en las esquinas, en los sótanos, a través de la revisión histórica del pasado, de los folletos de esclarecimiento, de los semanarios políticos que quebraban por falta de medios. La conciencia del honor nacional mancillado, pasó de esa promoción argentina sacrificada, a más vastos sectores populares. Tales movimientos no fueron homogéneos. Antes bien, representan tendencias ideológicas con frecuencia antitéticas pero coincidentes en un punto: la resistencia al imperialismo como potencia disgregadora de lo propio.[14]

---

es el mismo espíritu y el mismo corazón el que piensa, reza, imagina y obra; porque es la misma situación general y la misma naturaleza innata la que da forma y rige las obras separadas y diversas, porque es el mismo sello el que se imprime diferentemente en diferentes materias" (*Essais de critique et d'historie*). Esperamos que tales críticos queden satisfechos, y en especial, el señor Ernesto Sabato, que en forma tan tardía como sospechosa, se indigna contra todo intento de interpretación sociológica del arte, tal vez porque no quiere verse a sí mismo en el contexto colonial en el que brotan sus libros. (Nota a la 2ª edición.)

[14] No es común en la Argentina hacer justicia, por rivalidades de campanario y por la pasión de la lucha, a todos los que han bregado por el país. Estos hombres, aunque no les guste verse en una misma lista, representaron por igual la conciencia histórica de la comunidad nacional.

La captación colonial de los intelectuales

Para los jóvenes que se inician en la literatura, en medio de la gran crisis de 1929, el país, a través de los diarios y círculos influyentes, ofrece un aspecto fantasmal, confuso, angustiante. Se es argentino por patronimia geográfica, pero en lo hondo, este atributo de la personalidad se siente como una humillación. Nada une a estos jóvenes con el pasado. Sus inquietudes, en gran

---

Después de 1930 del radicalismo surge el movimiento de F.O.R.J.A., cuya línea nacional de izquierda nada tiene que ver con el nacionalismo hispanista y católico, además de profascista, de la misma época. Al movimiento de F.O.R.J.A. de origen popular, antiimperialista y latinoamericanista, pertenecieron, entre otros, Raúl Scalabrini Ortiz, Gutiérrez Diez, Atilio García Mellid, A. Jauretche, una de las mentalidades, esta última, de mayor capacidad política que haya tenido el país. Pero la prédica de F.O.R.J.A., paralela a la labor de otros argentinos honrados, Julio R. Torres, Ramón Doll, J. W. Cooke, Elías Melopolus, no puede separarse desde el punto de vista histórico de la labor esclarecedora de otros círculos, cuyo aporte a lo nacional, entre 1928 y 1943, no podrá oscurecerse con mentiras. A estos círculos nacionalista católicos pertenecieron Julio y Rodolfo Irazusta, Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio, José María Rosa, Federico Ibarguren, Leonardo Castellani, A. Cascella, A. Baldrich, I. B. Anzoátegui, y G. B. Genta y otros nacionalistas más jóvenes, Alberto Soler Cañas, E. Giménez Vega, C. Correa Ávila, Fermín Chávez, etc. De la izquierda, Luis V. Sommi, Ricardo M. Ortiz, Rodolfo Puigross, J. J. Keal, E. Astesano, Carlos Astrada, Jorge del Río y otros. Con posterioridad a 1940 se incorpora a la lucha nacional el combativo grupo marxista de Indoamérica, con Aurelio Navaja a la cabeza, que ha superado históricamente posiciones anteriores, pues ha logrado la conciliación teórica de la pareja de conceptos REVOLUCIÓN-NACIÓN. No es casual que muchos de estos argentinos, de origen y formación mental tan distintos, en muchos puntos irreconciliables, unidos por la misma lucha nacional, hayan participado en un homenaje común a Manuel Ugarte en 1954, organizado por Jorge Abelardo Ramos. En el orden literario se sumaron a la posición nacional Claudio Martínez Paiva, José Gabriel, H. Rega Molina, Antonio Monti, María Alicia Domínguez, Carlos Abregú Virreyra, A. Cambours Ocampo, López de Molina, Miguel Angel Gómez, Juan Carlos Clemeste, Arturo Cancela, Sigfrido Radaelli, Helvio Botana, Homero Guglielmini, Homero Manzi, José Gobello, Santiago Ganduglia, Leopoldo Marechal, Castiñeira de Dios, María Granata, Rafael

parte estimuladas por la improvidez material que les amenaza, se disuelve en la consolación intimista, en la atmósfera desesperanzada de una literatura decadente que viene de Europa. En ella reconocen sus angustias inubicables. Por esa época, París asiste a la aparición de un competidor ruidoso e insolente: el yanquismo. El cine parlante, el jazz saxoamericano, tornan deportista a la clase dirigente. Pero también la clase media, siempre en actitud imitativa, asiste al contagio nivelador de una cultura que rompe las fronteras. Mezcla de sexos y palabras en inglés. Si París fue la conciencia plebeya de una aristocracia recién llegada, el yanquismo ha sido la personalidad idiota de la clase media.

Sánchez Gijena, José de España, Nicolás Olivari, César Tiempo, Arturo Cerretani, Luis Horacio Velázquez, León Benarós, Luisa Sofovich, Oscar Ponferrada, Ofelia Zuccoli Fidanza, A. Batisttesa, Julia Prilutsky, Lizardo Zia, Luis Cané, Alicia Eguren, Alfredo Terzaga, E. Castelnuovo, Cátulo Castillo, etc. No interesa aquí averiguar si todos tuvieron conciencia de su posición, ni si algunos jugaron a dos puntas. Lo válido objetivamente es la línea política que públicamente eligieron. Lo demás es chismerío indecente de "cocottes". Y esto sin mencionar a los escritores "democráticos" a los que no se les dio el juego. Por otra parte, eran "democráticos", pero ante los premios oficiales primero lo pensaban y después los aceptaban. He aquí algunos de los incorruptibles beneficiarios de premios nacionales durante el período 1943-1955: Vicente Barbieri, Leónidas Bar–letta, Ulises Petit de Murat, Fernín Estrella Gutiérrez, Pedro Miguel Obligado, José Luis Lanuza, Eduardo Mallea, etc. Otros, llegaron a la cátedra titular en la universidad, como Julio Caillet-Bois, en pleno gobierno peronista. Este intelectual "democrático" llegó incluso a ser consejero en la Universidad de la Plata, refrendando todas las medidas oficiales, incluso la separación del Sacerdote O. N. Derisi de la cátedra. Concilio de este modo su amor a la libertad, su fidelidad al gobierno "fascista" y su catolicismo militante. Casos como estos abundan por centenares*.

* No todos los nombres que figuran arriba en la línea nacional han permanecido fieles a ese destino. Unos han callado, y otros, como es tan frecuente en los intelectuales, se han reincorporado a la cultura oficial. Preferimos no mencionarlos por carecer el hecho de importancia y por ser previsible, como se ha dicho, en tanto fenómeno social.

"Las marionetas, dan... dan... dan...

Dan media vuelta y después se van."

(Nota a la 2ª edición).

El nacimiento de la Revista *Sur*

"Toda clase superior –escribe A. Von Martin– necesita de un 'séquito' y toda clase propietaria necesita para hacer tangible su superioridad y para aumentar su prestigio, una ostentación de lujo; tiene que hacer valer este prestigio y el mejor medio para ello es contar sobre todo con un séquito correspondiente... Ilustración y espíritu son la nueva forma de un realce ostentador de lujo, en el cual, la clase ilustrada constituye el cortejo indispensable a los fines de representación social".

Tal misión fue cumplida por la revista *Sur*, fundada en 1931, cuando la oligarquía agropecuaria restaura su poder político. El principal objetivo del círculo consistió en la atracción de elementos jóvenes que de este modo han servido a los intereses extraliterarios del grupo.

Victoria Ocampo, su fundadora, recogió la herencia literaria de Ricardo Güiraldes y de los poetas que habían nucleado en la tendencia de Florida, partidaria del arte puro, de la "revolución de las imágenes", como diría Borges.

"*Sur* –escribe Victoria Ocampo– ha trabajado durante veinte años en crear la 'élite' futura... No ha tenido otro propósito que el de ofrecer al lector argentino cierta calidad de materia literaria, de acercarle lo más posible al 'nivel de Henry James', que alcanzará de aquí a tres generaciones el uno por ciento de los lectores de Estados Unidos, según Laughlin."

Se trata, en consecuencia, de integrar un círculo superculto, que forme y oriente la mentalidad del público, en el sentido de una cultura de "élite", cuya mejor expresión es Henry James. Algo extrínseco a lo argentino y sus tendencias culturales propias. La "élite" empieza siendo de segunda mano, una fotocopia espiritual.

Durante veinte años ha jugado *Sur* esa función con relación a los aspirantes a ingresar en la república de las letras. Su difusión fue internacional. Al producirse en 1945 la rotura del eslabón imperialista y el violento ascenso de las masas al escenario de la historia nacional, la estrella de *Sur* declinó, para volver a ascender en nuestros días, coincidente con la ofensiva de la clase ganadera para retornar al poder en íntima vinculación con Inglaterra. Esta restauración política ha fortalecido al grupo que reparte a sus adeptos en diarios y revistas y en las posiciones claves para el control de la cultura nacional.

Sur llega a todas partes, dirá después de 1930 Jules Supervielle, uno de los fundadores, desde París. Desde entonces la revista fue el paso previo de los intelectuales europeos para una visita a estas tierras calientes, pobladas de "ganados salvajes y mariposas" como dirá Virginia Woolf. André Gide, en los inicios del grupo, llamará a Victoria Ocampo "Querida amiga lejana", y detrás de la frase galante se percibe la irónica distancia con que el europeo ve a estos círculos latinoamericanos, en los que es visible el simulacro hacendoso, la ausencia de originalidad, la distinción afectada, y con los cuales, los intelectuales europeos mantienen contacto por razones utilitarias, pues en cada uno de ellos prepara sus maletas de turista el conferencista gratificado.

La posición de clase modela la imagen del mundo. Victoria Ocampo escribe, al referirse a los orígenes de la publicación, que su propósito consistió en "hacer una revista americana por su origen, por su tono, por sus preocupaciones esenciales, pero europea por su calidad, su amplitud, su voluntad de rigor". El círculo, clausurado en sí mismo con fines literarios y extraliterarios excluyentes, convirtió la amplitud en esteticismo cerrado, y la voluntad de rigor, si por ello se entiende precisión metodológica y conceptual, en pretensa superioridad del pensamiento donde la oscuridad se viste de profundidad y el eunuquismo literario de ininteligibilidad. La revista ha carecido de "tono" hispanoamericano, pues lo consustanciado con la tierra madre fue concebido, por definición, como una carencia y no como una posesión. Lo hispanoamericano será expuesto –por todos los escritores del grupo– como un mal padecido gratuitamente, como el pecado contingente de no haber nacido en Europa. Alfonso Reyes, en el número inaugural, enunciará la necesidad de enfrentar con "coraje" una serie de fatalidades concéntricas –así las llama– "y que por orden jerárquico son: ser humanos, modernos, americanos, latinos... ¡y hasta hispanoamericanos!".

Este sentimiento de repulsa por todo lo vernáculo será experimentado como un dolor irreductible a causa, como un mal inmanente a su propia materia, huérfano de raíz suficiente. Jamás los miembros del grupo ahondarán en los factores reales de este sentimiento de indigencia. Y este pesimismo radical, exornado con un espiritualismo deliberadamente enmarañado, predicará el indefensismo cultural, puesto que de él depende la subordinación pasiva y deseada a lo extranjero:

"Tal era el estado de espíritu del grupo de *Sur*. Ahí estábamos en nuestra Argentina *atraídos por Europa y atados a nuestra tierra natal*: teniendo por residencia espiritual el mundo y por patria un país vasto, poblado,

en relación a su superficie, por un puñado de hombres. Gozábamos y sufríamos a la vez de una taciturna y magnífica soledad. El espacio era nuestro elemento y nos modelaba a su imagen."

Estos ciudadanos del mundo, encandilados por el mito europeo, ni siquiera están "atados" –como dicen– a una Nación inexistente, pues todo se reduce para ellos a una aglomeración numérica de puntos sin conciencia en la vasta e informe superficie planetaria del continente. Desazón ajena a aquella sabiduría de Goethe que sintió en su época la fatiga cultural de Europa y volvió su mirada a la joven América:

"América, tú eres más feliz que nuestro viejo continente, tú no tienes ni ruinas de castillos, ni mármoles."

La soledad multánime era negación, y en lo esencial, rastacuerismo, y el espacio, nada más que un Buenos Aires confinado en los lindes de un barrio aristocrático, sin personalidad propia, diseñado por urbanistas de la Exposición de París de 1900. Un espacio así no es pavoroso. Se recorre en poco tiempo, entre esculturas francesas, arquitectura burguesa francesa, plazoletas francesas y aburrimiento de mausoleo. Este espacio es psíquico, no material, una íntima suplencia del espacio verdadero. Fue esta ciudad la que los modeló a su imagen. Y no el país. Por eso han sido y siguen siendo parodias culturales a quienes el europeo trata como se merecen bajo la cortesía del forastero y las alusiones sibilinas sobre nuestra adolescencia cultural y nuestra barbarie política. Es decir, como escolares. Esta actitud corresponde a la innata estupidez del europeo tanto como a la hincada actitud espiritual de estos intelectuales que aceptan tales rectorías como un castigo divino. Guillermo de Torre, escritor español arraigado en el grupo, lo dirá con bastante claridad:

"... suele objetarse a *Sur* su europeísimo (irrenunciable en cuanto fuente nutricia) particularmente su francesismo (por mi parte, no vacilo en denunciarlo como residuo anacrónico) y el hecho de colocar en segundo plano lo americano y lo argentino."

Pero esto no altera a los miembros prominentes del círculo. Victoria Ocampo, sumida en la mansedumbre de la cultura del albornoz, suplicará a los visitantes extranjeros que nos ayuden a comprendernos. Aparte de que un oso servicial es el peor enemigo, siempre despreciamos un poco a quienes nos ensalzan demasiado y es de una limitación provinciana pedir ayuda para

justificar el propio descastamiento espiritual. Pero Victoria Ocampo, en realidad, no pide ser comprendida como argentina, sino ser perdonada como europea de adopción. No se trata aquí, como aconseja Guillermo de Torre, de "defender el color local", lo cual en un español es bastante con relación a argentinos que padecen de daltonismo espiritual, sino de "no ver" el color local, que está hecho de la miseria visible de la clase dirigente y del dolor anónimo de un pueblo. Pues en países de culturas originarias profundas, como son éstos, lo único anacrónico que va quedando son sus oligarquías bárbaras aunque habiten en palacios. Esas mismas oligarquías que pregonan una literatura apócrifa, como históricamente corresponde al estadio colonial que representan, y que no pueden abrevar en las fuentes de la cultura colectiva, ni mirar hacia adentro, pues tal hecho marcaría al mismo tiempo la declinación de su poderío político consustanciado a su función antinacional. El mismo Alfonso Reyes ha reconocido cómo este hecho ha mimetizado el pensamiento hispanoamericano, al europeizar no sólo las formas expresivas del lenguaje, sino la consideración de nuestra realidad histórica y cultural. En lugar de buscar en la gran herencia indígena el trasfondo vital que reasimilado por nuestra cultura europea nos propone un timbre de originalidad, tales círculos prefieren la categoría subalterna de imitadores, y el calificativo de "folkloristas" está siempre en boca de estos carneros de Panurgo literarios, ignorantes de que las manifestaciones más grandes de la cultura europea han bebido en el "humus ancestral" del folklore, que es impulso inconsciente, inagotable y creador de toda cultura nacional.[15] En contra de este retorno a la tierra ostentan como título de gloria la aversión

[15] Este embobamiento europeísta llega a extremos sorprendentes en Julio E. Payró, para quien "el deplorable vuelco antimoderno" que se ha producido en la Argentina "se debió a esa insensata suplantación de la rectoría artística de Europa por la influencia mexicana, que resulta inconcebible en un país como el nuestro de características culturales, sociales y políticas tan distintas a las de la nación del Norte". Aparte de que planteada así la cosa, no hay diferencia entre tomar un modelo u otro, el juicio es falso: 1º) Porque la plástica mexicana que recoge y transforma genialmente las tendencias modernas sorprendió e incluso influyó en Europa; 2º) Porque ese arte de inspiración colectiva fundado –al margen de composiciones étnicas– en la lucha de las masas campesinas por la tierra, responde a un problema común a todos los pueblos hispanoamericanos: la transformación del régimen agrario de la tierra: 3º) Porque los remedos abstractos del modernismo en manos de aprendices sin fervor, son siempre inferiores a las creaciones de un Rivera, Orozco o el brasileño Portinari.

a nuestro idioma de escritores selectos. Estar al día, conocer la última novedad literaria, es para ellos, la supremacía de la "élite". En verdad, son los mandarines de la cultura, intermediarios hasta en las cosas del espíritu. Todo lo europeo es superior.[16]

Las novedades de *Sur* consistirán en la distribución impresa de la hipocresía de nuestro tiempo presentada como libertad de la inteligencia y sinceridad. Allí se explotará editorialmente al sexo, no en la honda concepción subyacente de un D. H. Lawrence, sino en la manifestación erótica

---

[16] Se enorgullecen de la edición castellana de *¿Qué es la metafísica?* de Heidegger, a pesar de su irracionalismo que desembocó en el nazismo. Escritores de segundo o tercer orden se convierten en la novedad mensual eterna. A veces, su falta de información, aunque hablen de ella todos los días, los lleva a proteger figuras sin relieve como el argelino-francés Emile Gouiran, un aventurero que llegó a Argentina después de 1930, recomendado por Bergson luego de un dudoso itinerario político. Pero detrás de Bergson estaban los jesuitas. Y este francés, mezcla de existencialismo, cartesianismo, blondelismo y tomismo –con algo de Jules Gaultier– utilizaba su polifásica formación según los vientos que soplaban y así quedaba bien con la Iglesia, con *La Nación* y con *Sur*. Su desprecio por lo argentino era público. Dueño de un estilo filosófico espeluznante, escribió una *Historia de la Filosofía* que era un plagio y anegada de errores escolares. *Sur* lo consideró alto representante de la cultura francesa, con ignorancia de lo fácil que es lograr en Francia una recomendación para colonias de parte de pensadores como Bergson, que, dicho sea de paso, ya preparaba por entonces su conversión al catolicismo. Al fin, este verdadero mulato racial e intelectual tuvo que abandonar el país por sus escándalos privados. Sobre este snobismo intelectual de *Sur*, transcribimos una nota aparecida en *Visión* 18/1/1957 y que habla por sí misma: "El libro es un fraude" es su título, y dice: "Victoria Ocampo está traduciendo *The Outsider* (*El inadaptado*), uno de los libros de mayor éxito de esta temporada, tanto en EE.UU. como en Inglaterra. Su autor, Colin Wilson, es un joven intelectual inglés de 25 años, gran bebedor de cerveza, que trató de demostrar en su libro que el artista contemporáneo es un ser ajeno a la cultura y la vida y que para salvarse 'debe encontrar una nueva fe'. En vista de las violentas críticas que ha despertado entre algunos críticos y filósofos, Wilson ha declarado: 'Escribí *The Outsider* con falsas intenciones. Es un fraude. Lo escribí apresuradamente en sólo dos meses... y espero pasar el resto de mi vida negando su importancia". Victoria Ocampo, enterada a último momento del timo, con el pudor de una escritora seria, lanzó igual el libro, pero como traductora... ¡usó un

accidental de las aventuras de una aristócrata inglesa con un guardabosques con morfología de pederasta; el escepticismo de *Contrapunto* de Huxley, que anuncia al teósofo; la superficialidad de Chestov, presentado como un Tertuliano moderno; las aventuras del otro Lawrence –el coronel–, agente del imperialismo contra los pueblos árabes que luchan por su libertad; el antisemitismo de Jung, son anunciados como decisivos aportes del espíritu en el orden literario, en el de las ideas, en materia religiosa, en psicología. Una psicología, como en el caso de Jung, para literatos. O sea, purificada de sexo. Ese sexo que horroriza cuando se lo mira de frente, pero que es la sal de una literatura inescrupulosa. Todo ello conciliado como Lanza del Vasto y Nicolás Berdaieff, mezcla de marxismo, agustinismo e inmortalidad de los perros –una variante occidental de la reencarnación–, endulzado el pastel al paladar de católicos vergonzantes que al mismo tiempo se dicen liberales.[17]

---

pseudónimo!*

* Agregado a la 2ª edición.

[17] Lo que le reprochamos a esa literatura es su duplicidad. Así la novela burguesa aristocratizante, nos dará el mundo viscoso de Mujica Láinez, el lado manchado de la alta burguesía porteña, donde la pimienta erótica queda a cargo de Beatriz Guido y Silvina Bullrich. No son, pues, como en el caso de Beatriz Guido, las primeras experiencias sexuales infantiles, cumplidas bajo la mirada incolora como el tiempo de los daguerrotipos familiares, lo que es censurable en esa literatura. Al contrario, es su calculada intención, el escamoteo, en fin, de la vida, presentada de una manera insinuante y honorable para aquellos que prefieren las penumbras del "teléfono ocupado". El sexo, cuando es tratado con seriedad artística no escandaliza. Lo otro es erotismo. Son estos escritores y su público, más o menos delicadamente morboso, los que se horrorizan, frente a este recuerdo de Sthendal, que aparte de su interés psicológico, verdaderamente edípico, es artísticamente estremecedor:

"Cuando tenía seis años, amaba a mi madre, sentía en mí la misma inquietud que cuando en 1828 me enamoré de Alberta Rubempré, a quien quería con loca pasión. Deseaba cubrir a mi madre a besos con tal ardor que la obligaba a veces a huir. Cuando mi padre venía a interrumpir nuestras caricias, lo odiaba. Siempre quería besar el pecho de mi madre. Recuerden que cuando la perdí, tenía apenas siete años."

Y agrega Sthendal que amaba a su madre "con loca pasión, tan criminal como puede existir". Y Diderot en el mismo sentido:

Otro escritor europeo, Max Daireaux, comenta con cierta perplejidad:

"Sucede con frecuencia que ciertos escritores que viven en Buenos Aires sólo escriben en francés; tal es el caso de Delfina Bunge de Gálvez y también el de Victoria Ocampo que lleva su coquetería al extremo de hacer traducir al español, por otros, lo que antes publicó en francés."

Victoria Ocampo no lo niega. En su descargo, asignará a los argentinos sus propios defectos y dirá que tal actitud es consecuencia de un drama violentamente americano:

"Nuestra persona no es más que un punto de apoyo indispensable para alcanzar lo que también es verdad más allá de nosotros."

Aparte de la ambigüedad de la frase, muy al gusto de literatos habituados a manejar equívocos, no hay un "nosotros", sino varios "nosotros" en relación con la variable posición del Yo en la sociedad. El "nosotros" a que alude esta escritora es la aristocracia afrancesada y no el pueblo argentino. Con vanidoso efectismo, confesará en 1931 que su espiritualidad se debe a los libros leídos en la infancia, sin excepción, franceses e ingleses. No se le ocurre que quienes han tenido otra experiencia no refrendarán su opinión sobre el país y, en general, rechazarán todos sus juicios más o menos relacionados con esa negación vital. Porque de lo que aquí se trata es de una insuficiencia cultural. No exageramos:

"Mi institutriz era francesa –dice en el primer número de la revista–. He sido castigada en francés. He jugado en francés. He comenzado a leer en francés... a llorar y reír en francés... Y más tarde los versos bellos fueron franceses, y las novelas, donde por primera vez veía palabras... de amor, también... En fin... todas las palabras... fueron para mí palabras francesas."

Bajo este magisterio ha estado la consagración de jóvenes escritores argentinos. Así se

---

"Si el pequeño salvaje fuera dejado a sí mismo en toda su necedad y libre de sumar a la pequeña sensación de chupar la violenta pasión de un hombre de 30 años, estrangularía a su padre y se acostaría con su madre."

Este es el sexo –la vida profunda– que agita los territorios nocturnos del alma en un Dostoievski, un Joyce, un Hermann Hesse, un Joyce Cary, un O'Neill. El otro es sexo de confitería. En suma, hipocresía.

comprende la raíz de esta “literatura empobrecida”:

“En mi medio y en mi generación las mujeres leían casi exclusivamente en francés.”

………………………………………………………………………………………………

“Y mi habla, mi español, era primitivo y salvaje.”

El español de Rubén Darío le parece:

“... de un mal gusto intolerable, 'una parodia de Verlaine'.”

……

“El inmenso trabajo de traducciones que ...lee todos los idiomas unos con otros y que va conquistando el mundo, como dice Drieu, *se ha hecho carne en nosotros*. Palabras francesas, italianas, inglesas, alemanas se me ocurren de continuo para tapar los agujeros de mi español empobrecido.”

Esta oligarquía que viaja a París y asfixia la nación, en su apartamiento del país cree borrar todo vínculo con los valores tradicionales, cuya fuente es la lengua –esa “sangre del espíritu”, como decía Unamuno–, pues la comunidad idiomática es más permanente que la herencia étnica. Victoria Ocampo lo reconoce, siguiendo una técnica que consiste en autoestimarse mediante el rebajamiento del mundo que la rodea:

“Nuestra sociedad es indiferente a las cuestiones del espíritu, incluso bastante ignorante.”

Esa sociedad creía que “el español era un idioma impropio para expresar lo que no constituía el lado puramente material, práctico, de la vida”. Se trata del idioma de Cervantes que amasó en la tela eterna del ensueño a Don Quijote. Pero detrás de estas palabras, se percibe la presencia del enemigo tradicional de todo lo hispánico, y por extensión, de todo lo hispanoamericano, el espíritu anglosajón. Esta aristocracia, por su origen sospechoso y su encumbramiento económico sin historia, producto del desarrollo residual del capitalismo del siglo XIX, ha sentido su destino histórico como una mistificación y lo ha expresado como una inferioridad connatural. En otra de sus confidencias, Victoria Ocampo lo dirá con torpeza, sin reparar en todo el plebeyismo que oculta su sinceridad pagada de sí misma:

“El francés... era para nosotros la lengua en que podía expresarse todo *sin parecer un advenedizo*.”

A confesión de parte, relevo de pruebas.

Si por fin se reconcilia con España, no lo hará por comprensión de su error, sino por snobismo. Este reencuentro lo promoverá Ortega y Gasset, el menos español de los escritores hispánicos. La culpa de este drama, si se le reduce a su radical miseria espiritual –aunque grave culturalmente por su influencia desnaturalizadora desde la cátedra, el libro o el periodismo–, será para Victoria Ocampo haber nacido en América. Es la tesis que veinticinco años después desarrollará un epígono: H. A. Murena: “Hubiese preferido no nacer en estas tierras”. Frase que resume la tesis central del autor:

“De poder ser lo que el hombre es, hemos pasado a no poder ser casi ni siquiera hombres. De ser la semilla sembrada en la buena tierra, nos hemos convertido en la semilla que cayó entre espinas.

’¿Por qué?

“... la única respuesta que ese interrogante arranca, es un sentimiento, el sentimiento de que América constituye un castigo por una culpa que desconocemos: el sentimiento, en suma, de que nacer o vivir en América significa estar gravado por un segundo pecado original.’’

Victoria Ocampo ha expresado antes y mejor el mismo sentimiento:

“Si no hubiese sido americana, en fin, no experimentaría... esta sed de explicar, de explicarnos y de explicarme. En Europa, cuando una cosa se produce, diríase que está explicada de antemano... Aquí, por el contrario, cada cosa, cada acontecimiento, es sospechoso o sospechable de ser aquello de que no tiene traza.”

La tragedia indescifrable de la condición americana, dejaría de serlo, si la voluntad de exégesis de estos círculos hiciese referencia a la atomización de la unidad hispanoamericana originaria, a la balcanización económica de su territorio condenado a producir materias primas para las naciones avanzadas, al aislamiento cultural de los pueblos hermanos fomentado desde afuera, a la opresión política de las poblaciones nativas bajo el dominio de esas oligarquías indígenas que hablan en francés o en inglés y que, a través de los Germán Arciniegas de todas las encrucijadas continentales, se convierte en misterio teológico, en expiación de una culpa remota, en errata de la Cultura.

Sur tenía una misión que cumplir. Nació en París a instancias de Waldo Frank y previa la imposición del nombre desde Madrid por Ortega y Gasset. De este modo, una palabra hermosa, se convirtió en un acoplamiento de espiritualidad anglofrancesa santificada por el germanismo de Ortega. Desde entonces, esa inteligencia expulsada de sí misma, pedirá ser comprendida por sus directores de conciencia.

¿Pueden comprendernos los europeos? He aquí lo que piensa Drieu La Rochelle, una de las figuras francesas más vinculadas al grupo:

"Yo no conozco a América. Yo no he viajado nunca. No he tocado nunca en América, ni en Asia. Apenas en África. No conozco el trópico. No conozco sino el desierto que está entre la zona templada y la tropical. ¿Tenéis desiertos así en vuestro Sur?"

El escritor no va más allá de su conocimiento elemental de las colonias francesas:

"He mirado siempre de soslayo a todos los hombres venidos de las cuatro esquinas del mundo que se pasean en Francia, que caminan en París."

Pero Victoria Ocampo no percibe el chovinismo jactancioso de estas palabras e implora ser descubierta y comprendida por Drieu La Rochelle, que, por su parte, persevera en sentirse francés:

"Todo el mundo viene a verme y yo no voy a ver a nadie."

Desde estas alturas pregunta si somos africanos:

"¿Qué es la Argentina? ¿Es un país que está a la altura de África del Sur y de Australia?"

Con coherencia lógica agrega que no le interesa definir a la Argentina. Y concluye con sorna:

"Y no espero de vosotros que me la defináis."

Esto supera realmente la "sinceridad" de Gide. Es una deliciosa brutalidad. Pero sus

destinatarios coloniales, acorralados en la angustia de ser latinoamericanos, toman la sentencia de Drieu La Rochelle como un fallo inapelable. El escritor extranjero no se digna conocer este sur, pues dice, "no me siento más que europeo". A ratos perdidos piensa en el polo y en el ecuador. Pero no es lo regular. Luego suavizará su opinión desoladora sobre América:

"Si vosotros no escribís, la Argentina vivirá menos, sufrirá menos, gozará menos."

El escritor francés sabe que nada dice. Mas poco cuesta la cortesía luego del desaire. Y termina con una verdad hiriente y fina para los que aguardan, en vano, su consagración fuera de la tierra natal:

"Dejad que todos los vientos del mundo atraviesen vuestra pampa; los granos que ella admita darán plantas argentinas, pero no le pongáis una etiqueta. Somos los extranjeros los que diremos: esto es argentino, esto viene de ese Sur."

Justamente, lo que no podía cumplir esa generación cuya tarea fue moldear en su propio descreimiento a un sector de la inteligencia argentina. No sólo despreciaron e ignoraron al pueblo. Lo odiaron. ¿Qué podían pensar estos escritores europeos de nosotros, cuando un Ricardo Güiraldes, prácticamente fundador del grupo, no encuentra mejores palabras que éstas para decidir a otro escritor francés, Valery Larbaud, a que visite la Argentina?:

"Cruzaremos caravanas de burros cargados de sal, compraremos algún cuerito de chinchilla o negociaremos algún lote de vicuñas, y si usted lo quiere se le hará regalar alguna preciosa chinita de catorce abriles, tímida como una corzuela, de quien tendrá los huesos menudos y dócil como los gatos de San Juan de quien tendrá los ojos sesgados."

Estas palabras impúdicas publicadas por *Sur*, y que hoy, en otra etapa de la dignificación del hombre argentino no podrían repetirse, testimonian la moralidad del aristócrata endiosado por la oligarquía como el escritor de la raza nativa, pero que, como en los antiguos sacrificios rituales, ofrenda la inmolación de una núbil argentina –virgo intacta– en el altar de una poesía podrida.

"Y qué bien pondría usted su alma de poeta a los pies de esta carne simple."

Esto es nauseabundo.

La tarea política de *Sur*

Sur ha negado toda militancia política. Pero no hay literatura separada de la política. La forma embozada de esta militancia ha sido llamada "política del espíritu" y cuenta con el antecedente de Paul Valery y Julien Benda. El espíritu no puede sustraerse a la historia. "El hombre no tiene naturaleza –decía Ortega y Gasset– lo que tiene es historia". Y el filamento electrizado de la historia es la política. En esta cuestión la actividad del círculo ha sido una permanente actividad política maquillada de espiritualidad. Pero esa neutralidad separada del mundo coincidió exactamente con el ajuste material a ese mundo de parte de sus integrantes. Cuando por su desmembramiento del país perdieron sus posiciones, la espiritualidad se convirtió en el partidismo más innoble. El espíritu se hizo terrenal.

Victoria Ocampo es una escritora tipo, más que por su importancia literaria, por su ascendiente personal. Ella misma se confiesa hija de la era victoriana. De ese mismo espíritu Victoriano que en otra etapa de nuestro vasallaje material y espiritual se añadió a la influencia francesa. De esa unión derivó un odio adjetivo contra el fundamento hispánico de nuestra cultura. En la medida que depende de Inglaterra, la clase liberal vive culturalmente en el siglo XIX. Victoria Ocampo es, pues, antihispánica, y sin embargo, una curiosa variación mendicante de escritora española. El enfrentamiento de esa cultura antihispánica con un país que es el suyo y de otras raíces culturales, da por resultado una actitud turbada por la conciencia del problema y la incompetencia para resolverlo bajo el peso de intereses materiales que no son los de la clase social a la que pertenece. Desde el punto de vista histórico esa literatura posee interés. Detrás de ella está el espíritu de las clases altas, y la realidad nacional, deformada en su objetividad, revela aspectos significativos para la comprensión del proceso político del país en su conjunto. Así, Ricardo Güiraldes nos ofrecerá un cuadro de la vida rural que es la réplica coloreada, en el orden estético, del fraude político de la oligarquía, de la necesidad del autoengaño de parte de una casta privilegiada que pronto conquistará el poder ilegítimamente. El fraude político, transplantado a la literatura, se convierte en una visión bucólica –y también fraudulenta– del campo argentino, del mismo modo que el conculcamiento de los derechos electorales se disimulará con discursos idealistas sobre la Constitución de 1853. Pero en *Don Segundo Sombra*, la falsificación se asocia

a una consideración mustia de la existencia, a pesar del idealismo dulzón con que el autor nos presenta a su personaje. *Don Segundo Sombra* no es la historia del proletariado rural. Es la justificación que de sí misma hace la aristocracia ganadera. El habitante de la campaña no lee esta novela. Su difusión es porteña. La excepcional calidad descriptiva del libro, en no pocos de sus pasajes, contribuye a que el lector tome gato por liebre. Don Segundo Sombra es el residuo en el tiempo de:

"Y luego si a alguna estancia
a pedir carne se arrima
al punto le cain encima
con la ley de la vagancia."

MARTÍN FIERRO

El hecho de que el personaje central termine por un azar en estanciero, habla por sí mismo. Un final romántico vela la inmisericorde realidad. La resignación del peón se convierte en sabiduría, su pasividad de buey en hidalguía, la ignorancia en pureza ética. Es ésta una novela sin escrúpulos, la leyenda edénica con que la oligarquía sacramentó su propia imagen. A Don Segundo Sombra se lo trata como a un siervo. Pero se lo embellece. En *Don Segundo Sombra*, Martín Fierro está definitivamente sepultado. El gaucho altivo se ha convertido en manso peón, la raza de centauros en ejército de asalariados rurales. El hambre condenó al gaucho a una humildad que el estanciero Güiraldes presentará como alta virtud racial. Así, la explotación en masa de la población nativa desalojada de la tierra durante el siglo XIX, se transmuta en poesía, del mismo modo que en el epistolario privado de Güiraldes esa poesía se convierte en himeneo fétido.

Güiraldes, cuando apareció *Don Segundo Sombra*, quedó sorprendido del éxito. Las críticas cultas desfavorables que esperaba no se produjeron. El elogio fue unánime: "No veo sino sonrisas que están conmigo, que son casi yo mismo. *Don Segundo Sombra* lo hemos escrito todos... Cualquier cosa hubiera esperado yo de la vida, menos un asentimiento general por una obra mía". El temor de Güiraldes, teóricamente, era justificado. Perteneciente a la aristocracia porteña afrancesada, no ignoraba el sentimiento de asco que en ese mundo promovía la población nativa descendiente de las heroicas montoneras que habían luchado por su supervivencia histórica. La causa del éxito del libro es que Güiraldes presentó el espectro de un

gaucho exterminado previamente por la clase latifundista. En esa ficción literaria la oligarquía festejó jubilosa la poetización de su barbarie histórica.

Domesticación de los intelectuales

El quietismo de la literatura de estos grupos, posterior a 1930, es la consecuencia de un compromiso desvergonzado con el orden inmóvil de la oligarquía. Por eso es una literatura anonadada. Al "ser argentino" no hay que buscarlo en los libros de esa generación, sino que hay que explicar esa distorsión del "ser argentino", como la excrecencia espiritual de un grupo intelectual adherido a los intereses económicos de la clase gobernante.

Se ha cumplido así en el tiempo la profecía de José Hernández:

> "Con esto venimos a sellar la reacción de la vieja escuela que nos educa eruditos y envidiosos de todo lo extranjero, manteniéndonos ignorantes de nuestra historia, nuestra geografía, nuestra espléndida naturaleza y hasta de los ingenios que han ilustrado nuestras letras."

Tal manera de ver al hombre argentino subsistirá mientras sobreviva esa clase cuyo poderío político se funda en la opresión colectiva. Una literatura así testimonia la sima que separa a la clase oligárquica del pueblo.

Cuando se habla de literatura nacional no se trata de predicar una poesía para las masas. El grueso de la población, por razones de niveles económicos de composición, al igual que en la mayoría de los países del mundo, no lee. La cuestión consiste en que el escritor tenga conciencia del país y comprenda que el pueblo es el instrumento de la acción histórica en lugar de encerrarse en un pesimismo frívolo y deprimente.

A este problema se asocia la conocida posición de *Sur* como círculo. Estos grupos expresan, como un duplicado, los valores de la sociedad a la que sirven y son instrumentos de su conservación. No es casual que sus adeptos, con frecuencia incorporados desde otros estratos sociales, se consideren "élites" y se arroguen en el orden espiritual, la misma función que en el plano social llenan las clases altas. Sus miembros –criaturas adoptivas de la oligarquía– se sienten auroleados de estúpida arrogancia. Para los jóvenes iniciados, conocer a Victoria Ocampo, por ejemplo, es sólo comparable a la emoción del adolescente, hijo del mercader de Smithfield, cuando por primera vez su progenitor le dice: "¡Ved y descubrios! ¡He aquí a la

Reina de Inglaterra!". Del espectáculo y la lectura de Kipling con seguridad ha de salir un patriota cuadrado. En el caso de los pálidos poetas nacerán colaboradores dominicales. A falta de rango y distinción, la tilingocracia de la clase media, a remolque de la oligarquía, se convierte en lacayismo sin librea. Con un ceremonial común, hábitos e ideas que no le pertenecen.[18]

Los rasgos definitorios de *Sur*

---

[18] He aquí un ejemplo entresacado de uno de los números de la revista *Sur*. Pertenece a Julio Cortázar y está dirigido a Victoria Ocampo:

"No conozco de ella sino sus libros, su voz y *Sur*. Si la llamo Victoria es porque así se llama entre nosotros... desde hace tantos años, desde que *Sur* nos ayudó a los estudiantes que en la década del 30 al 40 tratábamos un camino titubeando entre tantos errores, tantas abyectas facilidades y mentiras (sic); un instinto lleno de poesía nos llevó a muchos, tímidos y distantes, a hablar siempre de ella como Victoria, seguros de que no la hubiéramos molestado."

En esta humildad de las naturalezas pías pudo inspirarse el poeta:

"¡Válgame, mi cordero!
¡Que triste! ¡Que roncero!
¡Que blanco! ¡Que inactivo!"

MIGUEL HERNÁNDEZ

Y agrega el crítico: "Pero es que este libro (*Soledad Sonora*, Editorial Sudamericana, 1950, J. J. H. A.) además, nos obliga a aceptarnos como destinatarios directos, viene a nuestro nombre, y sólo los flojos lo devolverán al remitente, cada capítulo muerde en su materia con un impulso a la vez confidencial y desafiante, un ¿Esto es así?: ¿Qué te parece? Para el buen destinatario cada página supone una urgente interrogación".

¿Qué problema plantea la autora al deslumbrado discípulo? ¿Qué enigma desafiante y esplendente lo ilumina de gratitud? He aquí la solución dicha en lenguaje pompadour. Es decir, culto:

"¿Qué piensas de los EE.UU.? ¿Has visto el cine de Olivier? ¿Qué te parece el estilo 'tres chanchitos'? Mi lápiz ha llenado de respuestas... las imágenes del libro." Este es el mundo trascendente del espíritu agobiado por los chanchitos de Walt Disney y la autoridad matriarcal de Victoria Ocampo. Y al final un reproche untuoso:

"(Una protesta: su página 226 nos hiere bastante (sic) a los amateurs del jazz. ¿Qué es eso

El grupo *Sur* se caracteriza por los siguientes rasgos: 1º) Una actitud pretendidamente independiente con respecto a la creación artística, la creación pura para el arte puro. 2º) Una sobreestimación de las influencias extranjeras con un contrapuesto sentimiento de desdén frente a lo autóctono. 3º) Una concepción de la Cultura como patrimonio de las "élites" y el correlativo sentimiento de apartamiento de las masas. 4º) Un predominio de la forma sobre el contenido en la obra literaria y una tendencia a la explicación espiritualista de los procesos materiales del país. 5º) Una tendencia a plegarse a las modas europeas como signo de prestigio espiritual. 6º) Un espíritu de cuerpo cerrado que unifica a sus miembros contra toda tendencia o grupo que tienda a desplazarlos de la función social asignada.

El círculo, además, ejerce una coacción invisible sobre la producción de sus miembros que, por otra parte, responde a los gustos de un público orientado al libro por claros intereses de clase.[19]

---

de hablar así del be-bop? La defención que Ud., cautelosa 'cree' aplicable a esa modalidad del jazz, no define realmente nada. En cuanto a Dizzy se llama Gillespie.)"

Se comprende la irreverencia del crítico. Dentro de las rígidas jerarquías intelectuales del círculo, la única condición que las beatíficas cohortes le imponen a Victoria Ocampo es ceder ante Sofía Tucker. Estos colaboradores desearían que Victoria Ocampo fuese una mujer ideal mezcla de Antígona y Miss Universo.

[19] Esto identifica la labor del círculo con una personalidad propia, analogías de estilo y relaciones internas de sentido, al servicio de una concepción común, poética, política. El pensamiento de los miembros no les pertenece, y de ahí esa sensación de monotonía casi mecánica que se desprende de los escritores del grupo que se imitan y aplauden mutuamente. "La comunidad o grupo social organizado –escribe G. H. Mead– que proporciona al individuo su unidad de persona, puede ser llamado el 'otro generalizado'. La actitud del 'otro generalizado' es la actitud de todo el grupo. Así, por ejemplo, en el caso de un grupo social como en el de un equipo de pelota, el equipo es el otro generalizado, en la medida en que interviene –como proceso organizado o actividad social– en la experiencia de cualquiera de los miembros individuales de él...". "El individuo se experimenta a sí mismo como tal no directamente, sino indirectamente, desde los puntos de vista particulares de los otros miembros individuales del mismo grupo social, o desde el punto de vista generalizado del grupo social, en cuanto a un todo al cual pertenece". Estos círculos literarios participan en

Además, forman parte disimulada de la burocracia estatal. De ella dependen. En estos círculos el joven literato es convencido de que la política no comulga con el Arte. El asado criollo, la empanada y el fraude, son la negación de ese "instante delicioso" donde el poeta crea "libremente" mientras los calabozos están llenos de votantes.[20] Ondulan entre el ultraísmo de Borges y el tomismo de Bernárdez, aunando el espíritu esotérico de la alta poesía con los deberes de la sacristía, y por esta vía llegan al agostamiento de la flor en la maceta, o la idiotización por

---

cierto modo, aunque en el plano de la farsa, de las sociedades masónicas o secretas, y también de las llamadas "ligas de varones".

Esta función reductora de la inteligencia de los miembros del grupo o un patrón cultural uniforme es particularmente observable en los escritores provincianos incorporados a la vida cultural de Buenos Aires. Este problema –al que sólo podemos tratar aquí de paso, pese a su importancia– se relaciona con otros diversos y complejos. En primer término, el ritmo de la existencia en provincias, por diversas causas, pero sobre todo por la escasa densidad de la población del interior, no favorece la actividad de círculos intelectuales independientes, capaces de una vida propia duradera. El intelectual provinciano mira a Buenos Aires, el gran mercado, como meta de una solución personal a sus inclinaciones. Pero su ingreso al mundo intelectual, cuyo centro de irradiación editorial, periodístico y comercial es la ciudad portuaria, le impone simultáneamente un ajuste a los gustos y tendencias dominantes en la gran urbe, cerrada espiritualmente a la comprensión de las ricas peculiaridades regionales del resto del país. El escritor de tierra adentro, si aspira a triunfar, se ve constreñido a sustituir su personalidad auténtica por una espiritualidad cultural urbana. Se hace porteño o se condena al ostracismo, cuando no al trato zumbón, inferiorizante, de sus colegas. Esta adaptación al espíritu generalizado de a gran ciudad, lima su personalidad, apaga sus sentimientos más argentinos que ahora se apartan de sus fuentes bajo la presión inhibitoria de un ambiente extraño en el que no hallan eco, nivela su estilo a las normas expresivas de una realidad cultural distinta a los contenidos de su propia experiencia vital, y como término de este proceso empírico de despersonalización, aborda temas que, en lo esencial, le son ajenos. El espíritu de la tierra se aporteña, se toma vergonzante. Pero en su base social, objetiva, este fenómeno aparentemente psicológico, subjetivo, es consecuencia de la estructuración económica del país. El gigantismo material y político de Buenos Aires anula al resto de la comunidad nacional sumergida en el atraso material y en una vida cultural lánguida en cuanto a sus manifestaciones concretas –libros,

la literatura.

Por eso, el tema predilecto es la soledad. La soledad es endiosada, convertida en linaje del alma, en subjetividad de molusco. Pero esta soledad es elusión de la verdad.[21] Con el pretexto de la Cultura literaria sin fronteras imitan a Faulkner, a Greene, a Kafka, a Henry James. No reparan que éstos son escritores nacionales, y con referencia a Kafka, la impersonalidad del tema es el rasgo del judaísmo internacional como sustituto encubridor del nacionalismo sin territorio. Toda

---

revistas, etc – por falta de un público que pueda sostenerlas comercialmente. En cambio, la gran población de Buenos Aires y su poderío material posibilitan el lujo de un público intelectual, con su consecuencia, el florecimiento de círculos, exposiciones, conferencias, etc. No se trata pues de una superioridad de Buenos Aires sobre el resto del país, sino de las limitaciones impuestas a la actividad cultural por la organización y distribución de la riqueza de la Nación.

[20] Después de 1955, de obreros peronistas. (Nota a la 2ª edición.)

[21] En realidad, es el país constreñido al máximo por el cosmopolitismo sin visión. El sentimiento es común al grupo *Sur*, y responde, en parte, a la autoridad de los maestros, Martínez Estrada en primer término. En Victoria Ocampo puede rastrearse el germen de esta posición reiterativa del grupo. Para ella todo lo argentino es bajo, feo, de mal gusto. No pudiendo ofrecer otra cosa, en lugar de una zagala, le propondrá a Ramón Gómez de la Sema "la fealdad de las ciudades de América que por cierto no es un fenómeno sin alcance". Los menores cantarán a coro el mismo sentimiento de inferioridad. Uno de ellos, Alberto Salas, dirá:

"Testimonio de arraigo a una tierra que no necesita de la infinidad del campo para sujetamos a esa mezcla de cariño y repugnancia, de permanencia y huida que el lugar en que se vive, sin muchas esperanzas."

A. Prebisch expresará en forma extrema este acuerdo tácito del grupo contra todo lo argentino:

"Si nos apartamos de la opinión más o menos interesada... del extranjero, si cerramos nuestro espíritu a cualquier insinuación de nuestro muy loable optimismo patriótico, nos vemos forzados a reconocer la verdad dolorosa de esta afirmación: vivimos en la ciudad más fea del mundo."

Aparte de la arbitrariedad del juicio, esta es la manera de afirmar que todo lo extranjero es mejor. Rainer María Rilke, entre tantos, ha señalado el carácter antinatural, vulgar, de las

literatura dependiente se asienta en falsos internacionalismos del espíritu que reflejan la disolución de los rasgos comunitarios nacionales. A pesar de esa universalidad tales literaturas carecen de resonancia universal, justamente, por su inautenticidad local. En Europa, el arte decadente posterior a 1914 poseyó fuego. Frío, desolador, lo que se quiera. Pero fue un arte. A menudo un arte profético. Pero ese arte, transplantado aquí, es onanismo intelectual.

---

grandes ciudades del mundo. Para estos ensayistas adversos al país, no cuenta el horror pestilente de los muelles de Marsella, Génova o Nápoles. Incluso elogiarán esa fealdad de las ciudades europeas como un contraste necesario al arte. En la Argentina ni eso ven. La impavidez de la gran ciudad que es igual en todas partes del mundo, la soledad del hombre perdido en las grandes multitudes que es la soledad de todos los hombres del mundo, la falta del espíritu de la ciudad atareada en sus negocios que es la misma en todas las ciudades del mundo, en estos intelectuales se vierte un hecho único, en la "cabeza de Goliath", en la soledad del argentino, en la rudeza hispanoamericana. Todo lo nuestro es inferior. París es la ciudad luz. Francia un jardín. Un jardín habitado por cerdos, es verdad. Pero para nuestros idealistas serán cerdos fragantes. Denunciarán como el mismo Prebisch "la falta de carácter de Buenos Aires", que en tal caso –como ya se ha dicho más arriba–, en tanto hecho arquitectónico, es la consecuencia del palurdismo cultural de las clases altas. En realidad, lo que el crítico odia no es tanto la falta de personalidad de la ciudad. La ciudad es un pretexto de sus miedos sociales:

"El avance inmigratorio no había alterado aún la *ordenación jerárquica de la ciudad*."

Y exhuma su amor por la ciudad muerta en el recuerdo del siglo XIX:

"humilde, sin diagonales, subterráneos, ni pretensiones."

La invasión de las masas, asociada al fenómeno yrigoyenista, con la nueva ordenación de las clases sociales ha cambiado la "fisonomía moral de su pueblo y afeado el espíritu de sus habitantes". Aquí la paja se separa del trigo. Estos escritores confunden el vacío de su espíritu con sus prejuicios tenaces sobre el país. Esta visión deformada de la realidad les hace crear una literatura pedante y desdichada. En parte, este sentimiento responde a la percepción ineludible de la realidad nacional asfixiada en sus potencias espirituales por fuerzas excéntricas, pero sobre todo, esta negación monotemática es el sentimiento de culpa ante un país del que se ha desertado con claudicaciones reiteradas, y que por un proceso psicológico bien conocido de desviación de la hostilidad contra uno mismo hacia otros objetos, se convierte en malversación espiritual de

Arte y colectividad

Como es una literatura reflexiva, un ejercicio aplicado, nunca logra identificar la forma y el contenido. Que es la característica de todo arte elevado. La burguesía colonial necesitó y necesita de estos escritores que ahora vuelven. Y ellos justifican su retorno hablando de la Cultura agraviada por el "estrepitoso mal gusto". También los pederastas se justifican con Platón. Un arte que no se inspira en lo colectivo carece de vigencia, pues, como bien lo ha señalado Apollinaire:

"No se conoce en toda la historia de las artes una sola mistificación colectiva, tampoco un error artístico colectivo. Existen casos aislados de mistificación y error, pero los elementos convencionales de los cuales se componen en gran parte las obras de arte, nos garantizan que esos casos no podrían ser colectivos."

El mismo Apollinaire dice:

"... el arte tendrá cada vez más una patria. Además, los poetas son siempre la expresión de un medio, de una nación, y los artistas, como los poetas, como los filósofos, constituyen un fondo social que pertenece sin duda a la humanidad como expresión de una raza, de un medio dado."

Es la misma idea de la comunidad cultural que Nietzsche definía para Europa al margen de "mojones fronterizos" pero destacando el espíritu tipificador y creador de cada pueblo dentro del conjunto unitario de la Cultura.

"Una expresión cosmopolita sólo produciría obras vagas, sin acento ni armazón, que tendrán el valor de los lugares comunes de la retórica parlamentaria internacional."

Un escritor reaccionario, T. S. Eliot, tan estimado por nuestras "élites intelectuales", intenta conjugar la tesis de la religión como categoría eterna de la vida histórica, con la cultura de la clase alta, pero se ve obligado a señalar "que la supervivencia de la cultura en que está especialmente interesada depende de la salud de la Cultura del pueblo". El papel de los intelectuales adscriptos a las clases dominantes refleja esta inestabilidad basamental de la Cultura:

---

otra naturaleza, en negación de aquello mismo –el país– a lo que se le debe todo.

“Me doy perfecta cuenta –dice el mismo Eliot– de que los problemas políticos, económicos, culturales, no pueden aislarse entre sí. Me doy perfecta cuenta de que cualquier 'renacimiento cultural' que dejara sin afectar la estructura política y económica, sería apenas más que un anacronismo artificialmente mantenido; lo que se quiere, no es restaurar una cultura desaparecida, ni reanimar una Cultura en trance de desaparecer bajo condiciones modernas incompatibles con ella, sino hacer florecer, de las viejas raíces, una cultura contemporánea.”

Pero las “élites” coloniales llaman bárbaras a las masas porque son impermeables a la presencia violatoria de lo extraño. Los intelectuales de *Sur*, parafraseando a Voltaire, tienen cien teorías para justificarse y una sola salsa: complicidad contra el país. Por eso buscan:

“La paz central que subsiste en el corazón
de la agitación sin fin.”

Worsworth

Y sin embargo, expresiones de valor universal, como la música de Villalobos o Chaves, se nutren en la savia de lo colectivo. Por eso son universales y al mismo tiempo nuevas, vale decir, iberoamericanas.

Nuestros poetas hablan de soledad. Y están solos. Estos escritores de círculos selectos intentan aclarar su propia situación y, ante el fracaso, piensan que el último reducto es la zona de libertad que llaman arte. Los escritores de este tipo convierten su aislamiento social en el grandioso: “Me espanta el silencio eterno de los espacios infinitos”, de Pascal. Pero la ilusión de la libertad del arte es posible en las épocas de sosiego político. Más aún, esa actitud es la compensación buscada frente a condiciones exteriores que la niegan. Toda vida interior falseada se disfraza de idealismo o esteticismo. En estas condiciones, el artista cae como Malevitch, fundador del suprematismo, en la autoelevación al plano objetivo de su propia y cerrada experiencia individual, impermeable a toda interpenetración de las conciencias, al completo autoerotismo:

“El suprematismo comprime toda la pintura en un cuadro negro sobre tela blanca. No tuve que inventar nada. Sentí en mí la noche absoluta; en ella percibí la creación y la llamé suprematismo, que se expresa asimismo en el plano negro de forma cuadrada.”

En rigor, el suprematismo es la absoluta soledad del artista moderno que ve desfallecer en sí mismo toda voluntad de crear. Y esta soledad negra, es tanto el tumor psíquico de una sociedad decadente como el símbolo del suicidio del espíritu. La actitud de Malevitch no es nueva. Viene con el siglo XIX y es su exageración en un mundo desintegrado por la técnica y la Revolución:

"Me estoy volcando hacia una especie de misticismo estético. Cuando el mundo exterior es repugnante, enervante, corrompido y brutal, los hombres honestos y sensibles se ven forzados a buscar dentro de sí mismos un lugar donde vivir. Incapaz de derramarse, el alma se concentra en sí misma."

GUSTAVO FLAUBERT

Pero el artista burgués termina por no encontrar nada, ni aun dentro de sí mismo:

"La palabra dentro de la palabra
incapaz de decir nada.
Envuelta en tinieblas."

T. S. ELIOT

Cada período cultural tiene su arte y en él se percibe el fluir subterráneo, destructivo o creador de la cultura. Bach impone una sensación de confianza, en tanto Beethoven crea el sentimiento catastrófico de una fractura geológica. Y es que entre ellos se interpone la Revolución Francesa.

Si la tarea cumplida por esta "societe des gens de lettres", que es *Sur*, ha sido negada por tendencias que parten de otra consideración de lo argentino, es porque esa literatura acicalada carece de vigencia nacional. Escriben novelas con frecuencia técnicamente bien resueltas –como el caso de Mario Lancelotti–, pero sin consonancia con la vida. Las denominaciones son porteñas, incluso argentinas, mas la atmósfera es ajena, perteneciente a otros ámbitos, ni siquiera conocidos, pero que al poeta aislado le parecen justas, pues tocan imaginativamente su propia escisión, intermedia entre el desarraigo al medio y su voluntad de escape. Es una especie de literatura esquizofrénica. Una literatura lunática, sofisticada, monográfica, producto de estados de ánimo irracionales. Por eso son malos literatos, pues como dice el mismo Eliot: "El mal poeta habita en parte en un mundo de objetos y en un mundo de palabras, y nunca consigue hacerlos armonizar".

Recórrase la historia literaria con sus polémicas que van de 1930 a 1940 entre los grupos que se inspiraron, cada uno con perfiles nítidos, en Lugones, Fernández Moreno, Borges, etc., y se comprobará la carencia de sentido histórico de la mayoría de estas discusiones, en las que el país está ausente y todo se reduce a una cuestión de técnica poética. No puede sorprender que el Santo Sínodo didascálico de *Sur* haya pontificado en un medio donde los jóvenes no sabían lo que querían o se lo callaban para no perder las ventajas logradas a la sombra de la sinagoga. Débiles intentos como el de la revista *Canto* se frustraron. Leopoldo Lugones, ya viejo, alcanzó a desenmascarar esa poesía, por la sencilla razón de que era el único poeta nacional y, además, con talento. "Es un hecho irrefutable y brutal –escribe Molinier— que cuando un arte nacional se deja limar o subyugar por un estilo extranjero es porque está muerto o próximo a la muerte". El arte de estos círculos ha sido monografía y mimesis porque sus representantes obedecieron a las imposiciones culturales del imperialismo. Una clase encumbrada, sin personalidad propia, sin pasión por la tierra y que mira de reojo sus expresiones folklóricas más dulces y auténticas, tenía que fomentar un arte prestado, una literatura menor.[22]

[22] El grupo *Sur* domina hoy la cultura del país con el apoyo oficial. Tal política se cumple desde los suplementos literarios, revistas, radios, las cátedras secundarias y universitarias. De su seno surgen asociaciones de críticos literarios. Véase esta noticia aparecida en el Boletín del Instituto del Libro Argentino de 1956: "Ha quedado constituida la Asociación de críticos literarios... Componen el núcleo inicial de la asociación los señores Rafael Alberto Arrieta, Jorge Luis Borges, Roy Bartolomew, Romualdo Brughetti, Atilio Babini, Aristóbulo Echegaray, Carmen Gándara, Juan Carlos Ghiano, Roberto F. Giusti, Eduardo González Lanuza, Hortensia Lacau, Pedro Larralde, Arturo Marasso, Alberto Melián Lafinur, Ezequiel Martínez Estrada, Carlos Mastronardi, Raúl Navarro, Miguel Ángel Olivera, Antonio Pagés Larraya, José L. Ríos Patrón, César Rosales, Luis Emilio Soto, Guillermo de Torre, Bernardo Verbitsky, Alfredo J. Weiss y Enrique W. Álzaga". Y esta otra: "Apareció... el primer número del suplemento literario de *Crítica*... Figuran en el elenco: Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Francisco Luis Bernárdez, Conrado Nalé Roxlo, Jorge Voccos Lazcano, Alberto Girri, Luis Alberto Murray. La dirección está a cargo de H. A. Murena y J. R. Wilcock". Otra noticia habla de las conferencias pronunciadas en un ciclo de la Biblioteca Nacional, dirigida por Jorge Luis Borges. Los conferencistas fueron los siguientes: Julio Payró, Roy Bartolomew, J. R. Wilcock, Miguel Ángel Asturias, José Blanco Amor, Adolfo Jasca, Juan Carlos Ghiano,

Germán García, B. Canal Feijóo, P. Rojas Paz, Mario A. Delfino, E. Anderson Imbert, Roberto Giusti, Adolfo Bioy, Adolfo Mitre, J. D'Urbano y otros. En su casi totalidad los nombres citados pertenecen al elenco estable de la revista *Sur*, del cual sacamos algunos nombres citados en el número aniversario publicado en 1951: E. Anderson Imbert, A. Asti Vera, F. Luis Bernárdez, José Bianco, J. L. Borges, J. Caillet Bois, B. Canal Feijóo, E. Canto, J. Cortázar, C. Cossio, D. Cúneo, L. Dujovne, E. Emery, C. A. Erro, V. Fatone, C. Fernández Moreno, C. Gándara, O. Girondo, A. Girri, E. González Lanuza, M. Lancelotti, R. Lida, Fryda S. de Mantovani, E. Martínez Estrada, C. Mastronardi, R. Molinari, E. Molina, H. A. Murena, C. Nalé Roxlo, S. Ocampo, V. Ocampo, C. M. Onetti, L. Ostrov, A. L. Pérez Zelaschi, Manuel Peyrou, E. Pezzoni, M. Picón Salas, A. Prebisch, E. Revol, J. Rinaldini, F. Romero, J. L. Romero, J. Romero Brest, Ángel Rosemblat, A. Rossi, E. Sabato, A. Salas, C. Sánchez Viamonte, S. Soler, F. Solero, L. E. Soto, E. Tiscornia, María Villarino, M. A. Virassoro, J. Voccos Lescano, A. Weiss, J. R. Wilcock, L. Zia, A. Bloy, Julio Payró, P. Canto, V. Macarow, E. Mallea, E. Pucciarelli. Como se ve, es la "ronda guignol" de la inteligencia.

Capítulo V

El imperialismo y la imagen colonizada de la Argentina

La literatura europea del siglo XX recoge en su temática la desintegración del imperialismo percibida como crisis. Esta crisis del imperialismo es también vivida en los países coloniales, pero en el marco de la realidad económica y política de regiones cuya situación histórica –efecto y no causa de esa crisis– es distinta, dentro del contexto del capitalismo, a la de los países industriales más desarrollados. El tratamiento reflejo en estas tierras del malestar de la cultura, experimentado allá en sus fuentes, y no de las aspiraciones nacionales por la liberación, que es el rasgo potencial o actual de los países dependientes, da origen a una literatura apagada, resultante del desencuentro entre nuestra realidad y aquella poesía, un producto, en fin, intermedio entre la vida y su espectro.

Las pocas novelas de contenido iberoamericano auténtico, encuentran resistencia o indeferencia en el público lector de las clases altas y medias acomodadas, que es el que más lee, y que no ve con agrado el drama nativo, en parte, por su extranjerismo urbano y por su dependencia del sistema mundial fundado en la opresión de las masas coloniales, en parte, porque esa mentalidad de clase es una inversión de la propia situación cultural inyectada por intereses extranacionales empeñados en la conservación del colonialismo. Esas clases, no buscan en la literatura el drama colectivo del hombre americano, sino la preservación de los mitos europeos que los grupos dirigentes necesitan para poder vivir en un mundo de cuya estabilidad depende su sobrevivencia histórica.

Una novela existencialista, por ejemplo, no puede nacer espontáneamente en América, pues el terreno cultural es impropio, en cierto modo antitético al de Europa, aunque genéricamente, el destino de la llamada Cultura Occidental pese sobre todos.[23]

[23] Esta relación entre sociedad y literatura no es mecánica. En un país colonial, pueden surgir casos aislados, como el de Roberto Arlt, por ejemplo, en quien anticipándose a Sartre, ya están contenidos, de una manera asombrosa, no sólo los temas sino el tratamiento técnico de la novela existencialista. Pero se trata de casos absolutamente contingentes, cuya misma excepción es probatoria de la tesis aquí sostenida. Además, el "existencialismo" de Arlt tiene

La creación poética está condicionada por pautas y experiencias históricas enteramente nacionales. "La poesía –dice W. Dilthey, un pensador muy citado por nuestras 'élites' intelectuales y conocido en la Argentina tardíamente– es representación y expresión de la vida". Esto es lo que falta a nuestra poesía. La vivencia es falsa porque la experiencia interior del artista es separada de la Historia y su ritmo arterial se ha detenido en los contornos indecisos de la vida y no en ese núcleo vigoroso donde la realidad y la poesía se abrazan.

Jorge Luis Borges y el *Martín Fierro*

Jorge Luis Borges, el escritor más representativo del grupo *Sur*, proclamó en 1928 su adhesión a la candidatura de Hipólito Yrigoyen. Cuando Yrigoyen fue derrocado se convirtió al arte puro. Desde entonces ha pasado a ser un escritor canónico. Usando una palabra de la que gusta: una superstición. A pesar de sus valores innegables, Jorge Luis Borges no sobrevivirá, pues todo un período de renuncia argentina yace en su castidad poética.[24] En ese sentido, su misión de escritor prototípico de una época ha sido cumplida. Y podrá decir con Hölderlin:

---

la peculiaridad de ser genuinamente porteño, es decir, libre de las influencias del existencialismo europeo en tanto tendencia literaria o filosófica. En suma, Arlt es un puro azar individual.

24 Desde que se escribió este libro (1957), no hay antecedentes en la Argentina de un caso tan asombroso y repelente como el de la propaganda que la cultura oficial de la oligarquía y el imperialismo ha desatado alrededor de su nombre. Viajes a Europa –Inglaterra, España–, a EE.UU., países en los que, con amplia difusión periodística internacional, ha formulado diatribas permanentes contra el pueblo argentino en la figura de Perón, paseado en radios, pantallas de televisión y salas de conferencias, como un oso Carolina, consagrado finalmente con el Premio Nacional de las Artes, el mayor en la Argentina ($ 500.000 m/n); la desvergüenza de esa propaganda ha llegado a calificarlo de "brillante orador", cuando en realidad, por una tartamudez que el mismo Borges reconoce –asociada a un desagradable timbre de voz cascada, sin inflexiones, mecánico–, de orador no tiene nada, salvo que lo comparemos con Demóstenes antes de las piedritas. No estamos aquí agraviando a Borges, sino desenmascarando a esa propaganda ruin y antinacional, empeñada, hoy como ayer, en la fabricación de mitos. (Nota a la 2º edición.)

“Me sentiré contento, aunque los sones de mi lira
no me acompañen: viví
como viven los dioses, y eso me basta.”

El rasgo definitorio de la obra de este escritor es su desdén por lo argentino y refleja la suficiencia de las clases altas que asisten a la caída de Yrigoyen. A este hecho debe agregarse una concepción de la historia argentina, mezcla de mitrismo y liberalismo oficial, en el cual, las masas, son juzgadas como fantasmas resucitados de la barbarie. El gaucho, el caudillo, la montonera –hoy los “cabecitas negras” o “pelos duros”–, estremecen a este escritor sublime. La suya es la literatura de un período que vegeta a la sombra de una minoría ilustrada usurpadora del poder con sede en Buenos Aires, la ciudad puerto. En la atmósfera de esa época, ya relatada, nace esta literatura fría e insincera, que previo un cerrado desapego sociológico de lo colectivo, revive deformados los tipos que pretenden ser populares. Su arte, con raíces lejanas en el ultraísmo, que nunca abandonó del todo, coincide con esta oposición radical de las clases altas a toda renovación realista o naturalista del arte.

Son conocidas las investigaciones de Borges sobre el máximo poema nacional argentino, el *Martín Fierro* de José Hernández. Borges desarrolla sobre Martín Fierro, las siguientes proposiciones: 1º) Es una obra inculta alabada por críticos incultos por ley de afinidad. 2º) No es un poema nacional, pues el personaje es un delincuente. 3º) *Martín Fierro* forma parte de la historia del compadraje, es un bárbaro éticamente inferior. 4º) La obra es una novela en verso, infantil por su monologar ilimitado.

La intención de Borges ha sido desvalorizar el contenido social del poema, su significado histórico y reducirlo a mera expresión estética. Detrás de esto hay, además, el propósito de despojar al arquetipo de toda connotación colectiva, de transformarle en un hecho humano accidental. Y es que, con toda razón, percibe en Martín Fierro la conciencia de una clase social oprimida y desplazada por la misma cultura de cuyos valores parte Borges para enjuiciarlo. No sólo odia al personaje –al fin de cuentas un fantasma literario–, sino todo aquello que directa o indirectamente confirme el elevado valor de esta obra gaucha. Lugones, que jamás declinó su preocupación por lo argentino, que padeció su destino, que por vía poética le dio forma a ese ser colectivo nacional negado por la clase política gobernante, y que además, consumó en su persona el sacrificio de una generación culturalmente postergada, merecerá para Borges el calificativo de poeta puro, y así, a media luz, denegará su tarea reivindicatoría de lo nacional, que mucho más

que su obra poética formal, le asegura definitiva permanencia en nuestras letras:

“Lo esencial de Lugones –dirá Borges– será la forma. Sus razones casi nunca tenían razón; sus adjetivos y metáforas casi siempre. De ahí lo conveniente de buscarlo en aquellos lugares de su obra no maculados de polémica.”

Los lugares polémicos de Lugones, eran precisamente su afirmación de lo argentino, amén de que fue el “descubridor” del *Martín Fierro*. En otras palabras, la polémica era el país. Pero Borges prefiere al poeta, ya nada seductor de *Lunario Sentimental*, y no al historiador de *La Guerra Gaucha*, casi genial desde el ángulo de la reconstrucción histórica. Que también es arte. Lugones es el historiador de las multitudes sin apellido de la tierra americana. Las mismas que execró Mitre cuya tradición continúa en literatura Jorge Luis Borges. Montoneras más bellas que las metáforas que les sirven de soporte y más heroicas que los próceres enanos de la historia oficial.

La tesis central de Borges, en su análisis del *Martín Fierro* es que José Hernández, sin proponérselo, terminó tratando problemas metafísicos como el “mal”, el “destino”, la “desventura. Problemas, dice, “que son eternos”. Y así sobre un lugar común, desarrolla un sofisma. Pues los valores éticos –o los juicios de valor que de ellos derivan– admiten en efecto la consideración filosófica pura –en nuestro tiempo partiendo de Husserl la fenomenología ha gastado considerable energía en esta cuestión–, pero esos valores son siempre sociales, y el tratamiento incluso metafísico de estos temas, varía con las circunstancias históricas, con las condiciones reales con que el hombre se enfrenta a la historia. A esta contingencia histórica no escapa la filosofía misma, como lo prueba el desarrollo del pensamiento humano entendido no como filosofía, sino como historia de la filosofía. El arte tiene por objeto universalizar esos temas, hacerlos accesibles al común de los mortales en la medida que todos participamos de la esencia humana. Pero a través de un escamoteo que en lógica se llama pasar de un orden de cosas a otro orden de cosas, Borges convierte el “mal”, el “destino”, la “desventura” en categorías eternas de esa esencia humana, en misteriosa evaporación del principio de individuación. O sea, del gaucho real del siglo XIX. Y así condena “ab aeterno” a los miserables de todas las latitudes, a luchar con el mal, el destino, la desventura, que les es consubstancial, pues son humanos, y esto, menos por voluntad divina que por decreto de un literato reaccionario.

En esto hace lo que el teólogo que trasplanta al cielo la felicidad perfecta y deja el infierno en la tierra.

Su europeísmo le lleva a desestimar toda tradición y a ver en esta insuficiencia de la literatura nacional, según él, una libertad salva de ataduras dogmáticas.[25]

Es decir, una libertad para encadenar la creación, a modelos o influencias extranjeras. Niega por eso, que el Martín Fierro simbolice el alma nacional. Y dice bien. *Martín Fierro*, es verdad, no es el alma nacional, pues le faltan al poema algunas condiciones definitorias de la epopeya. Es el alma fugaz, acorralada, del hombre de la campaña bonaerense –y por similitud de causas históricas del interior del país– en un momento de su tránsito desventurado por la Historia. Y cuando Borges –un escritor porteño– afirma que por carencia de una tradición literaria nacional, está libre de ataduras para "manejar todos los temas europeos sin superstición, con una irreverencia que pude producir y ha producido consecuencias afortunadas", una vez más enrevesa las cosas, pues esa irreverencia oculta la voluntad negatoria de lo argentino en sus raíces, aunque su presencia esté ahí, en la negación misma, y por tanto "las consecuencias afortunadas" de tal actitud no son tales, sino una literatura falaz, pues parafraseando a Gide, con sentimientos extranjeros es como se hace una literatura sometida. Es decir, mala literatura. Aunque se posea tanto talento literario. Una literatura es universal, no porque sea alemana, francesa o inglesa, sino porque lo universal, lo que interesa a todos, está dicho en alemán, en francés o en inglés y no en el castellano de un escritor que empieza por traer los problemas eternos de la ética al plano de la obra literaria, en lugar de explicar la obra literaria a través de la vida, que acoge en su seno a los problemas históricos de la ética. Cuando esa literatura sitúa esos problemas en el mundo, como en el caso del *Martín Fierro*, en lugar de ver allí el elemento universal de la poesía, los eleva a categorías abstractas, eternas, de la moral. El argumento, así presentado, es una iniquidad. Nadie se engaña con relación a los períodos culturales en que Goethe –o Shakespeare– trataron sus problemas eternos insertos en el vendaval de la Historia. Lo que interesa –y esa es la finalidad del Arte– es que los problemas eternos se encarnen en lo humano. Y lo humano es el hombre.

Cuando con esta negación de lo tradicional se siente europeo revela que su europeísmo ni siquiera es europeo. Es el producto político de una época. A un europeo, tal postura le sería

---

[25] Recientemente (1956), en un acto académico, ha sostenido, empero, que todo es tradición y ha anunciado su retomo a ella. Su obra desmiente esta voluntad postuma.

incomprensible, y señalaría, de entender este bovarismo cultural –que es en lo íntimo una renegación–, todo lo que hay de antieuropeo en esta pasión europea, en esta inversión posicional de los valores de parte de un escritor hispanoamericano. Borges, en este orden, es la soberbia sin fuerzas, la humillación sin fe, el drama impotente de una generación intelectual avergonzada del país.

La técnica de una malversación literaria

Si el estilo sirve para inducir estados de ánimo en el lector desprevenido, no hay duda que Borges, en el *Martín Fierro*, logra lo que se propone al juzgar "clásica" la obra de Hernández, y señalar, al mismo tiempo, que hace cincuenta años era leída como una novela policial o un libro de corsarios. En estas contraposiciones sigilosas, en estas perversiones sutiles del sentido, el lector queda atrapado en la telaraña de una oculta intención. Así cuando en el prólogo se lee: "Promover la lectura de *Martín Fierro* es el objeto principal de este trabajo" ya el lector ha sido conquistado por la falacia devota y neutral de una tesis parcial. Y cuando, a renglón seguido, recomienda como propedéutica indispensable, la lectura de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, de Ezequiel Martínez Estrada –eran días de idilio en los que nada anunciaba la acusación que Martínez Estrada formularía a Borges– en verdad, encarece un libro inspirado en similar voluntad de descrédito, y que entre citas heteróclitas, mancilla la simple verdad del poema al tiempo que halaga a un público intelectual que no siente atracción por *Martín Fierro*. De ejemplos así, distribuidos a lo largo del ensayo, es buena muestra la comparación que establece entre Lugones y Ascasubi, en quienes señala una afinidad "visual y decorativa" –precisamente la característica del mismo Borges–, y con este parangón interesado no sólo disminuye la importancia de Lugones, sino que asciende a Ascasubi para rebajar por elevación a Hernández. De este modo, sin emitir juicios directos, con el lenguaje a "lo Esopo" con que su rencor juzga lo nativo, menorvaliza en la escala jerárquica a los dos únicos poetas nacionales que ha tenido la Argentina. Y especialmente a Lugones que llamó la atención sobre este poema gaucho.

"No en vano el Arte es ante todo imaginación" –dirá este intelectual puro–, y calla otra vez, como en el caso de las categorías eternas de la ética, que la imaginación no opera aislada, sino en conexión funcional con experiencias conscientes o inconscientes precedentes dentro de la totalidad de la vida psíquica condicionada por la realidad objetiva. Schiller no conocía el mar y creó un poema extraordinario. Pero sí conocía la pintura de su tiempo, los relatos de los viajeros

y la literatura descriptiva que como era poeta le bastaron. Esa fue "su" realidad. Luego de este procedimiento preparatorio, destinado a inferiorizar el poema de Hernández, agrandará las figuras de dos poetas gauchescos, Ascasubi y Estanislao del Campo, escritores operáticos al gusto pintoresquista de la ciudad, y que adoptan el tono elegíaco para describir al gaucho y su paisaje, un tono poético menor adecuado a las modas de públicos ignorantes de la salvaje belleza de esta vida primordial. A *Vida del Chacho*, uno de los documentos más importantes de nuestra historia, Borges –también bilingüe en el terreno historiográfíco– le llamará "folletín" en el doble sentido peyorativo y técnico de la palabra. Y siguiendo el mismo método exalta por contraposición a Sarmiento que en este episodio fue completamente un bárbaro. Finalmente, reforzando el efecto, dirá que Hernández era espiritista. La observación, innecesaria y calculada, provoca la asociación entre el poema y la supuesta incultura del autor. En contraste, elogia la "memoria" de Hernández, esa facultada que aisladamente considerada es la esperanza de las madres que destinan sus hijos al mostrador del tendero. Únicamente se sale de ese tono, en un arranque repentino de simpatía, cuando anota el antirrosismo de Hernández.

Martín Fierro y la creación inconsciente

Borges acepta la opinión de Lugones de que *Martín Fierro* es un producto de la creación inconsciente. ¿Qué se propone Borges con esto? Un concepto, cuando es decisivo a la tesis planteada en un ensayo serio, debe ser definido. De lo contrario se lo puede aplicar a gusto de cada cual. Y esto es particularmente cierto con relación al vocablo, "inconsciente", cuya discusión implica cuestiones psicológicas y estéticas delicadas, y que, como se verá, Borges no utiliza casualmente.

El problema psicológico de la creación artística, en sus oscuros orígenes, es de naturaleza inconsciente. Las impulsiones que llevan al artista a crear, irracionales, compulsivas, son innegablemente de este tipo. Todos los grandes artistas lo han reconocido: Goethe, Novalis, Nietzsche. Antes de ellos Platón. Heine lo dijo de una manera bien sencilla:

"De mis grandes dolores
nacen mis humildes versos."

Pero esta verdad no es toda la verdad. Lo inconsciente no es una categoría aislada de la

naturaleza y de la Historia. Es el residuo de milenarias experiencias biogenéticas en interacción con el universo cultural creado por el hombre. Lo inconsciente mismo tiene una historia en el tiempo, un desarrollo en la filogenia del espíritu. No es fuente independiente de la creación poética, sino una pieza solidaria con la total naturaleza del hombre, inserto en la Historia, y sólo expresa la coincidencia, incluso la connaturalidad entre la no racionalidad del espíritu, en uno de sus polos, y el carácter irracional de la poesía que por eso logra, probablemente, efectos vitales tan completos. Este sedimente irracional de la poesía, este ensimismamiento en la vida instintiva, le ha permitido decir a Julien Benda:

"No admito que la poesía pretenda ser el término superior de la actividad mental cuando en realidad es su forma infantil."

Lo inconsciente es, pues, impulso creador. Pero los estímulos son siempre exteriores, fundidos en la experiencia existencial que envuelve al poeta, aparte de que el remate de la obra de arte, es siempre racional. Piénsese en las confesiones de los surrealistas, etc., con el antecedente definitivo de Poe, y se verá en qué escasa medida lo inconsciente predomina en la obra de arte aunque psicológicamente sea su secreto impulso.

Todos los artistas han reflexionado sobre esto. Rimbaud ha hecho referencias continuas a esta cuestión –"Yo es otro. Si el cobre se despierta clarín no es culpa suya"; "hidra íntima sin fauces que aflige y consume"; "el salón subterráneo"– y que son variantes de la observación de Platón en el Fedro: "en todos nosotros, aun en los buenos, existe tal naturaleza, bestia latente que atisba en el sueño". El mismo Rimbaud ofrece pasajes que permiten analizar los elementos conscientes e inconscientes de la visión poética:

"Creo que el encanto infinito y misterioso que yace en la contemplación de un navío, y sobre todo de un navío en movimiento, proviene en el primer caso, de la regularidad y de la simetría, que son al par que la complicación y la armonía, una de las necesidades primordiales del espíritu humano; y en el segundo, de la multiplicación sucesiva y la generación de todas la curvas y figuras imaginarias operadas en el espacio por los elementos reales del objeto. La idea poética que se desprende de esta operación del movimiento en las líneas, es la hipótesis de un ser vasto, inmenso, complicado, pero eurítmico, de un animal lleno de genio, dolido y angustiado por todos los suspiros y todas las ambiciones humanas."

En este fragmento, es clara la relación inescindible entre la realidad, aprehendida por la percepción sensible y descripta por un proceso operativo normal de la mente lógica, y el fondo irracional que despierta estimulado por esa percepción real del navío y forja fantasías inconscientes –racionalmente elaboradas–, es decir, vinculadas a la naturaleza personal del poeta, experiencias o imágenes inconscientes propias, que impresionan genéricamente por su vaguedad y belleza aunque no sería exacto deducir que un navío real promueva en todas las personas las mismas sensaciones e imágenes que en Rimbaud. En otras palabras, lo inconsciente desfigura la realidad y la recrea con elementos complejos y extraños, pero el funcionamiento de la facultad poética inconsciente no existe sin la realidad que la despierta de su letargo ancestral. Lo inconsciente no se exterioriza sin la percepción sensorial que lo agita y el proceso intelectivo que fija sus materiales y los transporta al plano objetivo de las formas que pertenecen a la Cultura y no al individuo, aunque éste pueda periódicamente renovarlas. Fue el romanticismo el que insistió en la importancia de los procesos inconscientes que han inspirado la estética, más o menos irracionalista en sus supuestos teóricos, de la poesía moderna. De ahí la efusiva –y no siempre justificada– adhesión a Freud de sus cultores. En la estética del realismo, los impulsos inconscientes –las experiencias íntimas del autor que lo instan a crear– actúan de la misma manera pero se expresan formalmente de un modo distinto al someterse a normas estéticas orientadoras de la creación también distintas. Pero uno y otro tipo de arte, tanto como las tendencias modernas que apelan a los automatismos psíquicos –André Bretón, Paul Eluard, Luis Aragón, Tristán Tzara, etc., y el más importante J. Joyce– son igualmente racionalistas, es decir, procesos creadores sometidos a elaboración y plan racionales. Por otra parte, Carlos Alberto Leumann, sospechosamente ignorado por los representantes del marinismo literario, en su magistral ensayo *El Poeta Creador*, ha probado con los manuscritos del *Martín Fierro* a la vista, el meticuloso plan racional seguido por José Hernández en la composición definitiva del poema.

La intención de Borges al usar la palabra "inconsciente" sin precisar su sentido, es hacer conciencia en el lector de que el máximo poema argentino fue un producto del azar, un accidente de la naturaleza desvinculado del mundo real que inspiró al "inconsciente" de Hernández la narración de la aniquilación "consciente" del gaucho como clase social bajo la arremetida brutal de la oligarquía terrateniente en ascenso. Todos los escritos no artísticos de Hernández hacen referencia directa a este hecho histórico. Y la tesis de Borges queda así convertida en humo.

"El *Martín Fierro* tiene raíces hondas e inaccesibles a las intenciones conscientes del Hacedor."

Es seguro que la niñez agitada de José Hernández influyó en su vocación poética. Pero no más que en el resto de sus obras. Todos los escritos no artísticos de Hernández tienen el mismo fin: la defensa política del gauchaje amenazado de extinción histórica.

Es el mismo Hernández que enjuicia al mitrismo como orador político:

"¡Maldito sea! ¡Maldito, mil veces maldito el partido envenenado con sus crímenes, que hace de la República Argentina el teatro de sus sangrientos horrores! La víctima es también aquí el gaucho en la figura venerable y heroica de Ángel Vicente Peñaloza."

Borges separa deliberadamente el proceso psicológico de la creación artística, que es uno de los aspectos del arte, del proceso externo, objetivo, social, que toda obra poética refleja en forma latente o manifiesta. Homero crea de su genio personal un mundo único. Pero ese mundo poético, irrepetible en tanto creación individual, es al mismo tiempo, un documento histórico impar –incluso arqueológico a raíz de la descripción del escudo de Aquiles– que ha permitido al historiador moderno, no sólo conocer la organización de la Grecia contemporánea al poeta, sino la prehistoria helénica en su conjunto. Y estos elementos, con los que Homero bordó su monumento poético, no los sacó de su inconsciente sino de la experiencia arcaica y presente de los griegos, en cuyas luchas humanas, creencias religiosas y aspiraciones nacionales se inspiró.[26]

"Hernández escribió para denunciar injusticias locales y temporales, pero en su obra entraron el mal, el destino y la desventura que son eternos."

Hernández es, pues, poeta por causalidad. No hay ciencia de lo particular, decía Aristóteles, bajo la autoridad de Platón. De ahí la superioridad de la poesía sobre la Historia, pues reproduce –ya se ha dicho– los arquetipos ideales que miran sin ver, perfectos, inmóviles y atraen a las cosas de la tierra corrompidas por la materia que es resistencia a la perfección. Para Borges esto

[26] No interesa aquí la cuestión de la existencia histórica de Homero, ni la de los diversos bardos creadores, hasta que alguien –un poeta– unió las diversas partes de los poemas homéricos. Tampoco interesa el hecho, casi asegurado, de que *La Ilíada* y *La Odisea* pertenecen a épocas históricas distantes entre sí. (Nota a la 2ª edición.)

es lo que interesa. Por eso, luego de negar a Hernández, lo hace poeta de favor a fin de justificar su tesis. No es el gaucho ignorante, sino la entelequia humana, la idea platónica, el modelo divino del gaucho lo que subsiste. La tesis no es coherente, pues la imagen que ofrece es la de un gaucho piojoso. Pero a pesar del Borges platónico, el *Martín Fierro*, al margen de su excepcional calidad poética, es el documento histórico más importante del siglo XIX para comprender el proceso de la formación de las clases sociales en la Argentina.

Por eso su poema no interesa a los grandes públicos urbanos.[27] Hernández tenía clara conciencia de que la historia de Martín Fierro era la de una clase social y no la de un héroe individual. Su tema, circunscripto a una clase convertida en proletariado rural y en los últimos años en industrial, no es una gesta nacional más allá del papel que esa dase cumplió durante el siglo XIX. Pero es argentino, en su raigambre, en su dolor, en su belleza. Por eso, hoy interesan más que "el mal, el destino y la desventura que son eternos" –según Borges–, las "injusticias locales y temporales" que denuncia y que Borges descalifica. Martín Fierro es el conflicto inconcluso del pueblo argentino contra la oligarquía. Cuando menciona el contenido histórico del poema, Borges, por eso, lo hace con sordina, expurgando cuidadosamente el material artístico del dolor humano. Ese dolor humano que debería convencerle que la estética no está en el limbo sino en el corazón real de los poetas.

Donde el gaucho protesta con un lenguaje trágico y viril frente al infortunio, Borges verá quejas y bravatas del todo ajenas a "la mesura tradicional de nuestros payadores":

"Tuve en mi pago en un tiempo
hijos, hacienda y mujer,
pero empecé a padecer

[27] Sin embargo, los cambios políticos acaecidos en el país, después de la caída de Perón, nos obligan a corregir este juicio. Una gigantesca edición del *Martín Fierro*, lanzada al público en 1962, ha sido absorbida en forma total, hecho que no hubiese acontecido hace años en Buenos Aires. Esta edición de Eudeba, cuyo acierto no puede negarse, cualesquiera sea la idea que se tenga sobre la actual universidad argentina –y al respecto las opiniones del autor de este trabajo son bien conocidas– tiene, además, otro sentido. Su éxito únicamente puede explicarse por el fortalecimiento de la conciencia nacional de vastos sectores sociales, hasta hace pocos años, como se ha dicho, en actitud despectiva o indiferente frente al poema. (Nota a la 2ª edición.)

me hecharon a la frontera
¡y qué iba a hallar al volver!
tan sólo hallé la tapera.”
…………………………
“Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía y sus hijos y su mujer...
Era una delicia ver
cómo pasaba sus días.”

Ni bravatas ni quejas. Resignación breve y varonil. Testimonio impersonal del héroe acerca de que la situación perdida no era individual sino colectiva, desarraigo en masa del gauchaje que fuera propietario de la tierra.

Borges verá en la antipatía del gaucho al gringo, una reacción psicológica pura, soslayando el problema verdadero, la liquidación del antiguo orden por la introducción de nuevas técnicas de dominación y explotación capitalista, una de las cuales fue el inmigrante, producto de la política crediticia de la oligarquía unida al capital financiero internacional. Estas cosas no son poéticas. Sin embargo, conviene insistir en ellas arrancándole la máscara a una crítica que no ama la verdad sino la perpetuación del privilegio.

En el ocaso de la economía precapitalista el hombre está más cerca de la Naturaleza, tanto en la apropiación de bienes para su subsistencia como en la simplicidad de sus valoraciones espirituales. El objetivo de la ganancia, del acrecentamiento del capital que da origen al lujo por el lujo mismo, en esa economía elemental no es el fin polar de la existencia. En esa economía, al gaucho le bastaba una organización cultural fundada en las tradiciones y costumbres heredadas para poder vivir la existencia comunitaria. Antiguas normas modelan su carácter y costumbres. Y este hombre vital y humildemente asentado en su mundo, con la violenta irrupción de nuevas relaciones de producción que transformaron su ámbito cultural, bien pronto, descuajado de aquella pacífica confianza en la tierra que era suya, ha de encarnarse en el gaucho acosado por el progreso, en un extraño frente a la nueva técnica que al crear otras relaciones jurídicas de propiedad, lo convierten en siervo de la gleba, o en sujeto de las leyes penales que lo intiman a someterse al nuevo orden. La clase nacional terrateniente ha concluido su obra. El estanciero se convierte en hombre de negocios, en gentleman especulador de la bolsa. Como propietario rural

tiene un modelo, el caballero británico, y por razones idiomáticas, una cultura francesa. El país termina para esta clase en la renta parasitaria de la tierra. Toda la vida nacional queda comprimida bajo estos intereses mezquinos. Este burgués en “status nascendi” que cree en el progreso en tanto mejora sus campos y sementales y apuntala su poder político, se siente capacitado para dirigir el país bajo estas normas orientadoras de la vida ganadera, en cuyo culto sagrado han sido educadas posteriormente, generaciones enteras de argentinos particularmente de origen inmigrante.

Martín Fierro es condenado al delito por esa clase social. Ese gaucho, cuya vida es una conjunción de soledad y nobles tradiciones culturales, hallará defensores imparciales como Darwin que verá en él un tipo racial y humano superior. En parte, la crítica que ha merecido Lugones en estos círculos, responde a que tales escritores han debido aceptar como un hecho inevitable la inmortalidad del poema, en el que Lugones vislumbró una dimensión argentina auténtica, y además, artísticamente única dentro de la literatura universal. Esta resistencia refleja, asimismo, la posición de las minorías cultas contra el pueblo, depositario de tradiciones inexpugnables, muro defensivo frente a lo foráneo. Odio que se expresó en la fórmula encanallecida de “civilización” o “barbarie”. Hoy, los Jorge Luis Borges, convertidos en amanuenses tardíos de esas mismas minorías ilustradas del siglo XIX, reeditan en el plano de la crítica estética la misma deshonestidad que ha inspirado a la clase superior su deformación de la historia. Serán escritores extranjeros, Unamuno, Menéndez y Pelayo, los que llamarán la atención sobre el valor idiomático y humano del poema desvirtuado por críticas eruditas más cerca del espíritu “chinoise” que de la pasión por la verdad. Sarmiento, tan europeo, pero también tan español, no pudo librarse nunca, a pesar de su salvajismo político, de esta admiración por el gaucho. Sus herederos intelectuales han restaurado de Sarmiento su europeísmo asfixiando lo que en él había de hispánico y autóctono, de filiación con nuestro linaje nacional. De lo que aquí se trata es de negar personalidad a la Argentina. Desacreditarán a Hernández pero enaltecerán a Hudson, para fragmentar indebidamente, en el escritor inglés, su primitivismo poético de sus fuentes: el gaucho y subsidiariamente el paisaje, y cuyos libros, como dice Carlos A. Leumann, están “escritos en inglés pero con el interior acento idiomático y el espíritu de los antiguos gauchos”. Pero nuestros escritores, imitadores de Kafka, se embriagarán ante ese arte narrativo y no ante la sustancia que lo nutre, esa “cualidad materna del paisaje” que habla Spengler, y ese prototipo humano que sigue viviendo en el recuerdo del

peregrino como un hecho fabuloso. Ese gaucho, de sangre española –es decir europeo– que hizo la independencia, que era libre y federal contra la opresión de Buenos Aires y que dotó al interior de esa peculiar coloración psíquica que es, hoy mismo, la sobrevivencia de una cultura argentina desviada de su cauce y en la cual se alimentan las potencias colectivas de un destino nacional más elevado.

Otras falsificaciones de Borges

Es en el período de crecimiento de la influencia británica cuando se inicia la colonización con inmigrantes. Se les otorgan todas las facilidades en tanto el nativo es sistemáticamente apartado de la propiedad de su predio, cumpliéndose así, conjuntamente con la colonización, la quiebra del espíritu defensista: "Será la inmigración extraña siempre a nuestra suerte –dirá Hernández– egoísta e inestable". Para el porteño medio, personajes como *Martín Fierro* tienen algo de estrambóticos y no establecerá gran diferencia entre el héroe de Hernández y Juan Moreira, si es que en la infancia asistió a alguna representación circense, o bien recogió referencias familiares. El hecho no es imputable al hombre medio, sino a la cultural que lo ha orientado sobre el supuesto de que el gaucho es malo y el inmigrante un salvador, aunque sea un calabrés ignorante o un hortera encumbrado sobre la alcancía, es decir, sobre la propia roña.

Casi todas las interpretaciones de Borges son malevolentes. Si el pasaje del negro, como reconoce Borges, impresiona al lector, tiene una excelente oportunidad para precisar su concepción de lo "inconsciente", pues efectivamente la escena toca el fondo instintivo de cada lector.

"No haríamos la guerra si no fuéramos asesinos."

WITTELS

Pero ya sabemos que lo inconsciente, para Borges, es una categoría mística, no una vía para explicar el poliédrico fenómeno poético, o la comunicación entre la obra de arte y el público, aunque sí para probar que José Hernández no sabía lo que escribía.

Cuando se mata en pelea la tranquilidad que sigue deriva más de la alegría de haber salvado la propia vida que del goce visual del cadáver. Borges, interesado en rebajar a su personaje a la categoría de delincuente, se lamentará de que Martín Fierro se aleje sin remordimientos. Es

notable que Borges mezcle subrepticiamente consideraciones morales y estéticas, cuando es bien sabido que la ética y el arte son esferas por lo general antagónicas. Más aún, el arte, como lo han sospechado los grandes éticos –y en general todas las religiones empezando por el cristianismo– conserva un núcleo propio irreductible a la moralidad. Por eso el Arte refleja la vida y no las aspiraciones ascéticas de la humanidad:

"Cree decirse algo importante –escribe Hegel– al afirmarse que el hombre es bueno por naturaleza; se olvida que se dice algo más importante cuando se consigna que el hombre es malo por naturaleza."

El odio de *Martín Fierro* al negro es racial, un encono contra lo extraño. El mismo sentimiento que le llevará a no lamentar la muerte del indio que ha asesinado a un niño cristiano. También se conduele Borges de la ínnobleza del Viejo Vizcacha, pero no repara que, esa extendida cualidad humana de su carácter, se acusa aún más en un medio hostil. Unos, como Martín Fierro, para no entregar su personalidad se transforman en seres erráticos. Otros, los más, se acomodan con normal cinismo a las circunstancias. Es el consejo milenario de Anfiarao a su hijo Anfiloco:

"Inspírate en el ejemplo del pólipo, sabe adaptarte a las costumbres de la gente que frecuentas; ora bajo un aspecto, ora bajo otro, muéstrate semejante entre los que habitaras."

Lo mismo hace el Viejo Vizcacha con su añosa sabiduría humana. Borges, en cambio, elevará el tono para alabar el paisaje. Pero el paisaje no es psicología y además es políticamente neutral. Lo sorprende que en la lucha contra una partida policial el sargento Cruz se ponga de parte de Fierro. Esto le parece un anacronismo. Y la razón que esgrime es la del individualismo hispánico. Empero, este admirable pasaje, es perfectamente claro en su simbolismo colectivo. El sargento –un ex gaucho– se pone de parte de Fierro, es decir, de su pasado, contra la civilización que representa su uniforme pero que, al mismo tiempo, lo ha degradado como hombre libre. Cruz pelea como gaucho. Incluso como gaucho perseguido. Y esta fraternidad instintiva va mucho más allá del accidente humano del encuentro. Con ello Hernández ha señalado que la vida anterior de la población nativa era preferible al presente del héroe. Borges, que ha censurado la inhumanidad de Fierro en la escena del negro, guarda discreto silencio ante la conmovedora actitud de Martín Fierro, de hinojos ante el cadáver de Cruz, o lo que es igual, ante la extinción de su estirpe

heroica simbolizada en el cuerpo yerto del caído hermano de infortunio y de raza:

"Yo junté las osamentas
me hinqué y les recé un bendito;
hice una cruz de palito
y pedí a mi Dios clemente
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente."

Todo lo que contribuye a presentarlo como un asesino será caprichosamente individualizado. Todo lo que contradiga su preconcepto originario, eludido. Lo que Borges odia en *Martín Fierro*, no son sus crímenes, sino su rebeldía social. Es verdad, que cuando Fierro y Cruz desterrados por la civilización se ven obligados a vivir con los indios, Borges expresa su emoción. Pero las lágrimas de un poeta universal no tienen patria.

Borges coincidirá con Mitre quien dirá refiriéndose a la obra de Hernández "su libro es un verdadero poema espontáneo". Es la tesis de la poesía inconsciente de Borges. Pero Mitre no se engaña sobre el contenido real del poema, primero porque era historiador, y sobre todo, porque él mismo liquidó económica y políticamente al gaucho como clase. Por eso agrega esta observación significativa: "Cortado en la masa de la vida real". Es decir, directamente inspirado en el exterminio de una clase social mutilada de la tierra y simultáneamente esclavizada al orden social impuesto a sangre y fuego por la burguesía terrateniente.

……………………………
Pues son mis desdichas
las de todos mis hermanos.
……………………………

Sería excesivo pensar que Borges es original en su tesis. Es la versión aumentada de Mitre. *La Nación* del 22 de octubre de 1886, con motivo del fallecimiento de José Hernández, dice:

"Este relato melancólico y gracioso de la vida y de las peripecias del gaucho en las soledades en que habita, nos hace penetrar en lo más profundo de su alma y sorprender su candor de niño, su

altivez innata y su excelente índole; *y a la vez que también nos presenta las injusticias de que es víctima, nos ha dado a conocer el veneno que emponzoña su vida y que llega generalmente a pervertirlo*.”

Borges lo expresa de otro modo pero en el mismo sentido:

“Para los hombres de milochocientos setenta y tantos, era el caso vulgar de un desertor, que luego degenera en malevo.”

Lo que no dice Borges es que esa era la opinión de una minoría urbana y no de la masa de lectores de la campaña. Es la opinión de los Groussac. La opinión unitaria. Y el ensayista, en otro de sus recursos abusivos, sale de la crítica literaria y bordea el infundio, cuando con sus acostumbradas alusiones sibilinas, sostiene que Lugones escribió *El Payador* –donde Hernández es consagrado como poeta nacional– con el fin de lograr una fama popular que no le había dado su obra poética. Y así rematará sus compulsas repentistas al señalar la “herejía de comprimir la historia secular de la patria, sus destierros, sus angustias, sus batallas de Chacabuco e Ituzaingó, en el caso individual de un cuchillero de milochocientos setenta”. Dicho simplemente. Para Borges la historia es Mitre. Del mismo modo que apelará a Oyuela, escritor pulido y mediocre, pues ha dicho de *Martín Fierro* que es un “tipo local”. Como el compadrito, según otra tesis borgiana. En realidad, estos tipos psicológicos aparecen por generación espontánea en la cabeza de intérpretes sin probidad. Llega a insinuar que la exégesis del *Martín Fierro* de E. Martínez Estrada, para las generaciones futuras, será tan esencial como el poema. Lo que en buen romance quiere decir que Martínez Estrada ha superado a Hernández, al menos ante un público que ni lee a Hernández ni entiende a Martínez Estrada. Pero ese público sabe que Borges lo ha dicho. Y Borges es una “superstición”.

“Expresar nombres que las futuras generaciones no querrán olvidar es uno de los fines del Arte; José Hernández lo ha logrado con plenitud.”

El espíritu del poema de Hernández, para Borges, queda reducido a pasado romántico. Con el agregado, que a diferencia del romanticismo, ese pasado es objeto de repulsa, no de exaltación.

Pero este elogio póstumo no aminora la buscada desvalorización del poema. La enmienda es peor que el soneto.

Martín Fierro, en un país cuyo pasado está próximo a nosotros, más que materia de una displicencia crítica, es un crimen histórico que exige reparación colectiva. Y además, el *Martín Fierro,* es una fuente inapreciable, y única, para la aprehensión de lo nacional, que impone el conocimiento del gaucho en simbiosis con el paisaje, sus leyendas, sus costumbres, y de cuya unidad embrional irradian las luces de una cultura tenaz y originaria:

"No es paradoja decir
que las masas bárbaras
se han convertido en las conservadoras
de la Cultura."

ALEXANDER BLOK

El significado de Jorge Luis Borges

No es extraño que la labor literaria de Borges coincidiese con la desnacionalización del país por el imperialismo.

"Yo creí durante años haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y ocasos visibles. Lo cierto es que me crió en un jardín, detrás de una verja con lanzas y una biblioteca de ¡limitados libros ingleses."

Toda su obra, salvo la etapa de *Fervor de Buenos Aires*, que pertenece al período anterior a 1930 con su adhesión a la candidatura de Hipólito Yrigoyen, es una desnaturalización. El desprecio hacia José Hernández se proyecta a Evaristo Carriego. Borges presenta su obra como una "rapsodia de payador abombado por el endecasílabo" y se burla de "las tempestades de banderas, de vendas maculadas y de martillos". Así esa obra de valor dispar, pero viril y auténtica, a ratos de superior jerarquía poética, es deformada como el *Martín Fierro*:

"Y en el salmo coral, que sinfoniza
un salvaje ciclón sobre la pauta
venga el robusto campo que presagie
con la alegre fiereza de una diana

que recorriese como un verso altivo
el futuro cercano de los triunfos
futuro precursor de las revanchas;
el instante supremo en que se agita
la visión terrenal de las canallas...”

Borges no gusta de esta poesía. Prefiere el tono propio:

“Lo anterior: escuchado, leído, meditado
lo sentí en la Recoleta,
junto al propio lugar en que han de enterrarme.”

Al tumulto de las multitudes, opone el cielo estrellado que conmovía a Kant, el monólogo hamletiano:

“Nos place la quietud,
equivocamos tal paz de vida con el morir
y mientras creemos alabar el no-ser
alabamos el sueño y la negligencia.
Vehementemente en las batallas y apacible en sus bóvedas
sólo el vivir existe.”

De este modo urbaniza a Goethe:

“Sentados ante las pirámides
contemplando la vida de los pueblos
inundaciones, guerras, paz
sin pestañear.”
(Las Esfinges del Fausto)

Para Jorge Luis Borges las multitudes de las batallas existen para su recreación poética desde la eternidad vaciada en yeso de la Recoleta. Con tal de que las muchedumbres no aparezcan todo marcha bien. Borges rechaza en Hernández la fuerza de la justicia y en Carriego ese mismo sentimiento fundido en el “fervor” de Buenos Aires que les permite a los habitantes de las

campañas reconocerse en Hernández y a los de la ciudad en Carriego. Si Borges ha ido al poema de Hernández o a la poesía de Carriego, tal tránsito fue posterior a la comprobación, pasmosa para él y sus discípulos, de la gran popularidad de los dos poetas. Ante la evidencia hicieron crítica. Una crítica abstracta y microscópica, impotente frente a la vida fresca. No es la multitud, no es el gaucho, no es el país lo que les atrae:

"La magia, la magia, es lo que me encanta."

MARLOWE

Cuando Borges busca lo argentino, una aberrante visión interior rompe con esa unidad entre la palabra y la imagen íntima que Walter Pater consideraba como la verdad poética en su realidad desnuda y el saldo es una poesía pasatista y reflexiva. Sólo hay poesía, como decía Goethe, cuando las cosas se sienten realmente. Borges ni siquiera es clásico en la búsqueda de la forma, pues el disgusto de las "élites" hacia el español otorga a su lenguaje un brillo sin fondo. Manejar un idioma no es poseer su sentido oculto. Y cuando se piensa en inglés, en francés, o mejor aún, en cosmopolita, la poesía se marchita en el balcón. "El pecado del esteta consiste en que no goza de la vida más que cuando se halla traspuesta al arte. Pero de este modo falsifica el sentido del Arte, pues no dispone de órgano alguno para la correlación palpitante que liga al arte con la vida. Podrá ser artista, podrá ser escritor y hasta gran escritor; pero será siempre un escritor alejandrino. Jamás comunicará un contacto inmediato con la realidad, un conocimiento revelador". Este pensamiento de E. R. Curtius define la literatura a que nos referimos. Aun aceptando, como quiere Proust, que la metáfora es lo que otorga eternidad al estilo, debe señalarse que la metáfora no funciona solitaria y que además envejece, pues surge de la vida histórica. Ni aun en las técnicas de libre asociación puede escapar la metáfora a este sincronismo invisible con el objeto interior –un recuerdo, un sueño– o exterior –un árbol, un compadrito–. La metáfora, sin este requisito, es una perversión de la verdad y su aparente belleza literaria un cadáver pintado. Por eso Borges, poeta, carece de interés. Sus efectos son puramente intelectuales. Sus cuentos, incluso, marginan la zona híbrida de la poesía y el ensayo. Es el acuarelismo japonés llevado a la literatura. Borges es un ensayista del cuento y un cuentero de la filosofía.[28]

---

[28] Borges ha incursionado en la filosofía en su ensayo "Historia de la Eternidad". El tema es de

Su literatura padece de sinartrosis de la emoción. Y la emoción –ese caos agitado de la existencia– es la fuente primigenia del arte. La razón convierte esa emoción en un todo con sentido. No es lo mismo construir metáforas que representar metafóricamente al mundo. En el primer caso se hace literatura embalsamada. En el segundo, se recrea al mundo con las formas enigmáticas del Arte. La literatura de Borges, como los trabajos de lacería de la cerámica, es escrupulosa pero no concentrada. No en vano, en el orden genético, la poesía ha empezado

---

siempre: Euxípides y Basilides, Platón y Aristóteles, Pilón de Alejandría, Numenio de Apamea, Jámblico, San Agustín, en la Antigüedad y en la Edad Media; Espinoza, Schopenhauer, etc., después, y en la actualidad, Bergson, Whitehead, Unamuno, Heidegger, Sartre y otros, han tocado esta raíz de nuestra existencia concreta que es el tiempo. El tiempo que se escurre día a día como un pez entre las manos, y que exige, por eso, la búsqueda de un Absoluto –la eternidad– donde nuestro desasosiego pueda reposar. Empero, se puede ser "erudito" y como diletante manejar falsamente las fuentes. Es lo que hace Borges con frecuencia. Amén de que no tiene idea clara de los problemas centrales de la filosofía. De diez interpretaciones filosóficas de Borges nueve son falsas y una dudosa. Citaremos dos que podríamos multiplicar por cien: San Agustín, como todos los pensadores cristianos, vaciló ante el problema de la predestinación. Según Borges, para Agustín, "sólo son los predestinados los que se salvan". Esta interpretación fundada en textos aislados, es insuficiente. Y en tanto fragmentaria inexacta. Ya que, en rigor, aunque San Agustín retrocedió más de una vez ante la conclusión terrible, su corazón atormentado jamás se libró –de ahí su patetismo– de la influencia de San Pablo: "*No sólo son predestinados los que se salvan sino también los que se pierden*". Y este error no es insignificante desde el punto de vista de la patrística y el pensamiento cristiano en general. Es falso también que Nietzsche se considerase creador de la idea del "eterno retomo", como es falso que la doctrina de Nietzsche derive de Platón. Es falso, porque Nietzsche, que no sólo era filósofo sino también filólogo, conocía el pensamiento griego –fue precisamente él quien invalidó la visión clasicista– mejor que Jorge Luis Borges. Es falso, porque ya el joven Nietzsche, en su afán de exaltar los valores de la vida y en su odio al cristianismo, había negado que Platón, tanto como su maestro Sócrates, fuesen típicamente helénicos. Es falso, porque la idea del "eterno retorno" que recorre las corrientes subterráneas y antinómicas del pensamiento griego, Nietzsche la tomó de Heráclito, a quien el filósofo del devenir y el superhombre, conocía asimismo, mejor que Jorge Luis

siendo teogonía, que es la forma como el hombre se representa el mundo en sus orígenes. ¿Qué es Platón sino una mezcla de poeta y mistagogo, pero ya con un aparato lógico y conceptual que le viene del desarrollo histórico de Grecia? Si la filosofía de un Platón promueve todavía extrañas resonancias en místicos y poetas, como William Blake o Marcel Proust, es por esos remanentes, vivos aún, de su pensamiento oscuro y mítico que empieza a ser científico. La sensación de realidad podrá venir de la palabra, pero su manejo cerebral puro sólo alimenta modas. Y como dice Ihering: "La moda es la barrera incesantemente construida, pero también sin cesar destruida, por medio de la cual trata de aislarse el mundo distinguido".

Borges, intelectual, será orientalista, no por la exploración del sentido que duerme en el extraño sopor de las culturas asiáticas, sino por la ornamentación exótica que las recubre como una enredadera. Como todo poeta carente de inspiración apela a la sorpresa, que es una celada, una greguería, un pistoletazo del intelecto. Si ha ido a lo popular en busca de inspiración, ha encontrado lo pintoresco.[29] El compadrito es sacado de sus menguados perímetros y consagrado

---

Borges. Y es deplorable que Borges, cuya "erudición" va desde las antiguas literaturas germánicas al "Martín Fierro" comentado por Tiscornia, omita que esta idea no era griega sino oriental. Expresamente, mesopotámica. Y aunque reaparece en el orfismo-pitagorismo y en la filosofía presocrática, han sido comprobadas, en esta concepción helénica, las correlativas influencias iránicas y de la astrología caldea. Pero queda establecido que fue Heráclito de Efeso, el que desarrolló consecuentemente entre los helenos la idea de eternidad como *infinita sucesión cíclica*. El "erudito" Borges no siempre va de la mano con la verdad. Lo cual no es agraviar su curiosidad intelectual pero sí empañar los cristales de su invicta torre de marfil.

[29] Este pintoresquismo ha hecho escuela. Así el poeta culto Miguel Etchebarne, incapacitado para comprender al pueblo por temperamento y condición de clase, debería leer el libro de Otto Rhule: *El alma del niño Proletario* que explica a todos los compadritos del mundo, desde *Bubu de Montparnase*, de Charles Louis Philippe –que tiene el mérito de su calidad poética y de su honrado "populismo"– hasta este *Juan Nadie* de Etchebarne, cuya única consistencia es el nombre, pues en verdad, no existe –"nadie" según el diccionario es "ninguna persona"–. A veces los poetas se traicionan a sí mismos. En versos congelados, Etchebarne no pude eludir la vida real del compadrito:

……………………………………………

como símbolo de esa náusea por lo propio que le es congénital. Es en Florencio Sánchez –o en Cambaceres– donde debe buscarse el desgajamiento de los grupos sociales de donde surge el compadrito. No en Borges. El compadrito no es un ente autónomo, un producto por procreación equívoca. El compadrito es la mueca de una sociedad implacable. La ascensión putrefacta de una zona nocturna de miseria, donde la protesta individual se convierte en la agresividad del gallo de batalla y se viste de tacos altos y traje negro en la figura macabra del proxeneta. El taco alto es la compensación de una menorvalía social. Un recurso de réprobo. Lo censurable de Borges es que no desconoce el problema ni el malentendido en que se funda su obra:

"*A despecho del pecado original, se entiende que lo malo viene de afuera; picardías foráneas que han corrompido (mejor dicho están a punto de corromper) la nativa nobleza de cada pueblo*. Éstos, por un favor especial de la Providencia, no dejan nunca de contar, sin embargo, con una clase de hombres cuya misión es preservar esa nobleza; paradójicamente, *tales guardianes no son los mejores, sino los más oscuros y anónimos.*"

Esta poco común opinión del autor, perdida en uno de los números de *Sur*, negatoria del espíritu que recorre toda su obra, quiere decir varias cosas: 1º) No cree que el pecado original de

---

"Nació en casilla de lata
……………………………………
La madre como una esclava
se doblegaba en el yugo
alguien le sacaba el jugo
y encima la castigaba."

Para Etehebame, esta lánguida verdad del verso repensado, no explica la abominable realidad. El carácter del compadrito es una esfinge psicológica, hecha de "tristeza oscura e indescifrable, mezcla de arrepentimiento personal y resentimiento social que halló expresión en el tango". El compadrito, es pues, consecuencia de un "remordimiento individual" por haber nacido paria y de un "resentimiento social", que deriva, no se sabe cómo, de ese remordimiento, que tampoco se sabe por qué es remordimiento pues no surge de una culpa personal. Después de esto, la explicación del tango está clara. Así, la tragedia social de los últimos desheredados sociales se evapora en poesía culta y en agresión a la lógica.

América sea una fatalidad teológica o vegetal; 2º) El mal es el imperialismo –“esas picardías foráneas”– al que se opone el espíritu colectivo a despecho de sus minorías opresoras.

Pero esta actitud defensiva no lo será por la voluntad revolucionaria de los pueblos, sino “por un favor especial de la Divina Providencia”. Y así mediante la fe del carbonero, la traición de los intelectuales es consentida por Dios. Por esta vía, la verdad insinuada, bien pronto se difuma en su conocida tesis del gaucho individual o del compadrito:

“Aquí el hombre del destino es el gaucho. Cargas de caballería y vastas empresas nos propone la Historia, pero la figura en la que el argentino encuentra su símbolo es la del hombre solo y valiente, que en un lance de la llanura o del arrabal se juega la vida con el cuchillo, Sarmiento, Hernández, Ascasubi, Gutiérrez y Carriego han forjado este tipo de peleador.”

Es verdad que, para Lugones, la figura no es el gaucho sino la montonera. Por eso Borges no lo cita. La defensa nacionalizadora se personifica, según Borges, en el gaucho socialmente aislado, no en la clase a que pertenece. El gaucho en soledad es un mito hebraico. Si Borges hubiese llevado su razonamiento hasta sus últimas consecuencias se hubiese topado con las masas populares. En efecto, el “cabecita negra” –lo más “oscuro y anónimo”—, con mucha más propiedad, aunque las analogías son siempre odiosas, podría relacionarse con el gaucho. Y en su voluntad argentina de ser, nuestro presente, amenazado por esas alevosías “que vienen de afuera”, encontraría la necesaria resistencia colectiva. Ahora bien, es cierto lo que afirma Borges implícitamente: la defensa del país no es tarea de intelectuales sino de los obreros:

“¡No volveremos a la colonización nacional! ¡No volveremos a Puerto Nuevo! Como todos los países que salen penosamente de un estado semicolonial, la Argentina sólo podrá librar la batalla de su liberación económica sobre la base de una clase obrera respetada y organizada y que sostenga al país frente a los grandes monopolios internacionales. No hay ni puede haber liberación nacional sin la participación de la clase obrera así como no puede haber liberación social del proletariado sin pasar por la liberación nacional del país todo.”

……………………………………………………………………………………………………

“Los obreros ya estamos aburridos de oír a los economistas profesionales como Raúl Prebisch o a los profesionales de la política que simpatizan con el capital extranjero, divagar sobre el destino pastoril de los argentinos.”[30]

---

[30] Del manifiesto del plenario de obreros metalúrgicos del mes de diciembre de 1956.

Borges no es un escritor nacional. No se trata de una incapacidad, pues como se comprueba en sus reflexiones anteriores, conoce las causas del drama argentino. Su escepticismo es el fruto prohibido de ese gran secreto. Se puede empezar en el esteticismo puro y terminar en la poesía grande. Stephan George pasó del misticismo de la palabra por la palabra misma, de la palabra como instrumento poético intransferible, a la palabra como comunicación entre la individualidad creadora y el pueblo, siempre dispuesto a escuchar a sus poetas verdaderos:

"La palabra del nuevo goce e Infortunio
una flecha ardiente
……………………………………………………………………
que entra en el alma y la sacude."
"La creencia en la fuerza de la sangre, es fuerza de vida humana."

El hecho de que George fuese un reaccionario no le impidió ser poeta nacional. Es la continuación de Goethe y Fitche. Del mismo modo que Lugones es un poeta nacional. Todos los poetas que Borges admira –Tennyson, Browning, Swinburne– fueron poetas nacionales. En ellos, vibra la euforia imperial que en el orden poético se expresa en una voluntad de grandeza, pues los materiales del arte nada tienen que ver con las ligas de templanza.

Este extranjerismo es ajeno a W. B. Yeats, el predilecto del escritor argentino. La oscura mitología céltica asociada al simbolismo estético, es en Yeats, que cree en un trasmundo subjetivo, invisible y divino, la causa del sumergimiento del poeta en una espesa tradición mitopeica. Borges, en lugar de la tradición hispanoamericana, a que Yeats hubiese recurrido de haber nacido en estas tierras, prefiere las antiguas literaturas germánicas. En Yeats hay un reencuentro, pese a su teoría poética, entre su obra y los anhelos colectivos que laten en Irlanda oprimida. Y Yeats no por eso deja de ser una gloria de la poesía inglesa. En esto reside la medida del artista por encima de sus gustos y tendencias políticas. Cuando el artista se somete a la teoría la poesía pasa a ser artesanía. Y esto es Borges. Un artesano. Mientras Yeats, como todo gran poeta, se inspira en el folklore, en el "crepúsculo céltico", Borges se escurre inadvertido.

Este fariseísmo encuentra prosélitos. Y una crítica de manga ancha:

"Estos juegos malabares en un párrafo –escribe Joaquín Neyra–, pininos en una frase, utilizando con rarísima habilidad y presteza sus increíbles conocimientos idiomáticos, históricos, mitológicos, literarios, políticos y

científicos, como quien nos nuestra un brillante estallido de colores para dejarnos con la boca abierta, mientras nos escamotea sus sentimientos más íntimos sin conmiseración por lo humano, demasiado humano. O su dolorosa ternura que esconde una realidad dramática hasta las lágrimas."

Es la crítica de los "boquiabiertos" esta que hace de Jorge Luis Borges, con aglomeraciones de palabras, un Pico de la Mirándola. El borgismo, como tendencia literaria, es la manifestación de una sociedad superficial cuya cultura es el epifenómeno de un financerismo colonial apoltronado. El borgismo es el vitral somero donde se refleja la frivolidad de las clases distinguidas, partidarias a lo largo de la historia, del "gongorismo", el "marinismo", el "purismo", el "academismo". Es el arte de una clase dirigente sin pulso. Una literatura suntuosa y vana.

"Tiene el brillo del cristal pero también su fragilidad."

CORNEILLE

Un novelista representativo: Eduardo Mallea

El novelista representativo del grupo es Eduardo Mallea. Su himeneo literario coincide con una fecha crucial: 1930. Perteneciente a la clase media acomodada de la provincia de Buenos aires, su obra –un verdadero simulacro literario– es el producto estético alterado de la mentalidad negativa frente al país de la clase dirigente. En esta obra es perceptible, además, el dualismo de una literatura antinacional enfrentada a la conciencia apesadumbrada de su dependencia. En esta oposición se mueve el pensamiento del escritor. Y el resultado de esta duplicidad es un pseudoestado angustioso del espíritu. La carrera de Mallea fue brillante. Bajo el mecenazgo de Victoria Ocampo ingresó en 1927 al diario *La Nación*. Poco después, como director del suplemento literario, se convierte en el Vicepapa de las letras argentinas. El Papa es Borges. De su anuencia depende el ingreso de los neófitos a la gloria hebdomadaria. Simultáneamente, el poderoso matutino porteño, un órgano de la prensa internacional ligado a los intereses británicos, proyecta su nombre al extranjero. Sus libros son traducidos a la lengua de Chesterton, uno de sus maestros. Y en uniforme coro críticos ingleses mentan su nombre. Otro escritor alumbrado por la luz negra de la propaganda imperialista, Ezequiel Martínez Estrada, dirá: "El novelista y ensayista de mayor prestigio en la Argentina es Eduardo Mallea". Un profesor británico, Clarence Finlay, lo coloca a la altura de Thomas Mann, cuya obra, en la formulación estética y

en la vibración humana es, precisamente, la antítesis de la del novelista argentino. Escritores anglosajones que no conocen, ni se interesan por el proceso espiritual del país, pero sí de la Argentina como zona productora de materias primas, con rara unanimidad lo elevan a la categoría de escritor nacional. Así, John Erskine, confundido por las reminiscencias inconscientes que resucitan en su espíritu los Henry James, Sinclair Lewis y William Faulkner, cuyos rostros de ahorcados literarios sobrenadan en las páginas del novelista sudamericano traducido al inglés, califica a la obra de Mallea como la expresión más lograda de nuestra literatura vernácula.

Milded Adams, en *The New York Times*, diario de los grandes monopolios financieros, enemigo implacable de las luchas nacionales por la liberación de la América Latina, dice: "Como cuadro de la vida y el pensamiento de la Argentina saca a ese país del reino de la leyenda gaucha del país satinado de las revistas ilustradas para convertirlo en parte del mundo actual". Este juicio de un periodista de la cadena internacional de diarios, y que tampoco conoce a la Argentina, revela el meollo de la cuestión. Le llaman escritor argentino, porque su extranjería humillada, su técnica imitativa, transvasada en una segunda versión al inglés de los modelos originarios, impresionan como algo familiar, y al mismo tiempo remoto, a estos críticos profanos de la realidad espiritual hispanoamericana y que, además, políticamente alertas, en esta literatura pesimista auscultan el síntoma de la indefensión cultural del continente. Al descubrir que en la Argentina no hay gauchos elogian al autor que los libró de su romanticismo selvático. Y pasan del mito gaucho personalizado en Douglas Fairbanks al mito de una Argentina faulkneriana también inexistente. Después de 1930, cada novela de Mallea es hinchada hasta el servilismo por una crítica cuyo campo de operaciones son los diarios y revistas ligados al capital extranjero. Particularmente, aquellas leídas por la aristocracia colonial y por un público encandilado por las fiestas mundanas de ese mundo "capitonné". La *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset –el escritor hispánico que le dio el nombre a la revista *Sur*–, lo lanza a la circulación como típico escritor argentino. Y en la Argentina, los conmilitones de las secciones literarias, que viven del reflejo de los nombres de moda, repiten en comparsa los lugares comunes en un etilo empalagoso. Aventuran, es verdad, algunas dudas, al no sentirse reconocidos en esas novelas que se proponen diseñar la dimensión esencial de lo argentino, pero señalan presurosos, con toda la cortesanía de que son capaces estas nulidades regimentadas y abúlicas de nuestra crítica literaria, que tal desencuentro con las propias experiencias cotidianas, es la consecuencia necesaria de una

densidad metafísica aisladora, la recompensa gratuita que recibe el lector al ponerse en contacto con los personajes de Mallea, de los cuales, uno de los fantasmones del grupo, Bernardo Canal Feijóo, dice: "Lo que no tienen es futuro". Pero si carecen de futuro no es porque no sean esencias metafísicas colocadas más allá del mundo, en el limbo de los nietos de Hamlet, sino porque el creador es un demiurgo muerto, o por lo menos un novelista anestesiado, el residuo cultural de una conciencia nacional perpleja que impedida de revisar la historia desde la tribuna de los Mitre se refugia en la metafísica literaria. Que no es lo mismo que literatura metafísica. Y que es la peor de todas. Pues no es ni historia, ni es metafísica, ni es literatura. Es pose. Mallea ha buscado la Argentina y –desesperado como la inglesa de sus cuentos– no la encuentra. Esta Argentina, por los compromisos irrompibles que eslabonan la carrera del escritor, se convierte en una ficción poética, en un estado de ánimo apenado, cuyo resultado es una mistificación gramatical, una especie de cabeza de medusa literaria flotando en un mar de alusiones mitológicas que, como una gelatina acuosa, encubre el divorcio con la realidad concreta, con la Argentina verdadera. Así, la imagen del país que nos da es una falsificación argentina de lo argentino. Y su "pasión" argentina, privada de contenido, se anula en entelequia vacua, en pedantería patética. En vano se buscará en sus novelas una definición de lo argentino. Las palabras organizan contextos de sonidos con vibración de cristalería pero jamás se someten a la solidez lógica de una idea pensada con propiedad. Toda su obra es un rumiar enfadoso de proyectos ideales que no adquieren forma, de miembros separados que pugnan por unirse y nacer. Y de esta oquedad mentalmente invertebrada, de esta imagen sin contornos de una Argentina conceptual y emocionalmente inasible, resulta un esfumado literario, un misterio sin misterio, una argentina sin amor. Este misterio frío, es el hombre Mallea mismo, condenado a un público porteño que no siente al país, aunque intuye su presencia. Y al que el novelista halaga con una literatura camuflada. Sus novelas son ensayos frustrados que toman de los escritores extranjeros, particularmente ingleses, el lado formal y de los franceses el tono intelectual a la manera de Roger Martin Du Gard. A estos vaciados les inyecta el contenido cuidadosamente cargado de metáforas de sus propios estados de conciencia y así surge un fruto híbrido donde el pensamiento, náufrago en su propia soledad, se detiene vacilante, casi a tientas, en los umbrales de una insegura vocación artística. El tema no es la Argentina. Es como siempre Europa. Una Europa a la que el país sirve de pretexto. Como americano, sin embargo, Europa le ha defraudado. La ha conocido en su opaca verdad. No era esa la Europa entrevista en sus lejanas

fantasías de provinciano. Y de esa desilusión deduce una doble fatalidad: el argentino no es europeo pero tampoco es americano. Mas como estas conclusiones no pueden manifestarse claramente, pues la una chocaría a un prejuicio y la otra turbaría el patriotismo de los grandes cenotafios adornados con proceres colgantes, entonces, sus criaturas selectas, dolientes seres maniatados por la angustia, se pierden sin perfiles en el pastiche metafísico. Buenos Aires le parece un inactivo monstruo gris. Sus habitantes son tristes, sus dolores cósmicos, sus esperanzas incógnitas. Sería un error creer que Mallea ignora las causas del mal. Pero como literato consagrado por el diario *La Nación*, piensa como el viejo Gegenbaur: "Hay cosas que se saben y se comprenden por sí mismas, pero no se dicen". O mejor, como Borges, las dice de este modo lastimero: "Hay ciertas miasmas venidas de lejos, ciertas miserias sanguinolentas de ultramar". El capital extranjero se desgrana en metáfora. Y la metáfora es un mundillo adoptivo al que el escritor "dona" –para Mallea "su" literatura es "donación"– el pastel de crema de lo que pretende ser un aristocratismo incomunicable del espíritu.

Una Argentina que sale de la nada

La obra de Mallea es la expresión de un escritor de tierra adentro injertado en un medio que no le pertenece. Por eso, sus personajes, sin excepción, hablan un lenguaje artificioso y furtivo, lleno de indagaciones futuras y descalificaciones presentes, y que en su vaguedad simbólica, no son otra cosa que una cautelosa confesión personal, la máscara de una insatisfacción subjetiva y culpable. Y así, la traición de la oligarquía se asea exteriormente con el manto de un voluntarismo heroico muerto antes de nacer. Estos seres –símbolos imparticulados del propio Mallea– no residen en la Argentina, sino en la atmósfera rarificada de un irracionalismo filosófico sin patria y que se valen del país para negarlo. Mallea se empeña en ser aristocrático, que es el consuelo de todo aislamiento fruncido de la inteligencia. Mas como la aristocracia real, que Victoria Ocampo le hizo conocer al presentarlo en sociedad, es frívola, la busca en la historia carnal de ese mismo país que se anuncia y no aparece en sus novelas. Es decir, en el pueblo del cual él ha salido. De estos esqueletos mentales con que suplanta la realidad argentina infiere la existencia de un aristocratismo innato que estaría en la base del carácter nacional. Idiosincrasia argentina que, justamente, en sus libros, es una permanente indeterminación. O sea, una negación. En esto reside el contrasentido radical e insuperable de su obra:

“Somos la improvisación misma. Pero aun en el orden de las improvisaciones, hay una improvisación inspirada y otra que no lo es. Nosotros somos la que no lo es.”

Mallea, pues, arranca en su interrogación por lo argentino, de lo que *“no es”*. Y es natural que no lo encuentre, pues es un principio de la lógica formal que “de la nada no sale nada”. O mejor dicho: en las postrimerías de su carrera literaria, en lugar del país se encuentra con Simbad el Marino. Versión porteña de *Ulyses* de Joyce. Y a esto, la crítica dirigida le llama una novela tridimensional. Es inútil. Sus creaciones no enraizan en la vida. Son negaciones vitales, remedos fonéticos de una realidad, cuyas trepidaciones colectivas subterráneas perturban la paz de este sepulcro en que lloran los poetas del colonialismo. Critica las nostalgias de los moradores de su círculo. Pero no deduce de esta comprobación del europeísmo apátrida de ese círculo, sino una desconfianza en el país, que así es negado en nombre de ese mismo europeísmo que simula enjuiciar incapacitado, pues no es novelista nato, para el análisis psicológico, tanto como para la exposición de ideas, pues tampoco es filósofo, su obra es un monólogo estéril, un discurrir sin objeto. O un objeto sin intérprete. Sus preguntas carecen de respuestas, pues el problema es fraguado. Cuando apela al paisaje pampeano está tan atrapado por Buenos Aires, la ciudad puerto del mazo de trigo y el carnero premiado, que tal inclusión es casi una figura de retórica más, un ornamento barroco de su prosa urbanizada. Como todos los escritores del grupo, cuando aborda el ensayo cae en el deporte literario:

“El ojo de Henry James es flaco; el ojo de Dickens es espeso. El ojo de Dostoiewski se manifiesta como un ramaje nervioso al que le doliera, y lo iluminara, la falta de carne.”

Esta literatura subrepticia a la caza de efectos literarios es la greguería llevada al ensayo. Un timo intelectual que el filisteísmo de un público afeminado es incapaz de desenmascarar. Ese público quedaría igualmente satisfecho si el novelista, por ejemplo, escribiese:

“El ojo de Henry James es persistente. El ojo de Dickens, atmosférico. El ojo de Dostoiewski se manifiesta como una corriente sanguínea, a la que quemara, o iluminara, la santidad pecadora de la carne.”

Este moverse en lo inconcreto, este mito primario de la palabra, conduce a Mallea a una especie de esoterismo del oficio de las letras con las deformaciones orgánicas que toda

automatización profesional crea. Cae así en el bizantinismo mental, en la oscuridad del laberinto. Y es oscuro, no porque no sepa escribir, sino porque ha preferido la cualidad adjetiva del literato puro a la voluntad sustantiva del escritor nacional:

"El arte desgaja su producto y lo instala a vivir en el mundo del que obtuvo pretexto y móvil y no hace de la vida expresión; lo que hace al contrario, es de la expresión vida, pero vida orgánica y 'diferente' cuya organización y diferencia se crean por elaboraciones determinadas y no por la indeterminación fluyente de los hechos cotidianos como meros hechos."

A esta hinchazón indebida del pensamiento del círculo le llama profundidad. Y así, todos gozan con esta esterilidad aliada a la desfiguración de nuestro destino, con esta venta al por menor de angustias e impunidades literarias. Pero la angustia de estos dragomanes sagrados, a falta de una crítica honrada, a veces se deshoja a sí misma como una margarita:

"Y de este modo yo considero varios de mis libros sin calor, como voluminosas aproximaciones."

Y ni esto son. Pues la misión de Mallea no es explorar lo argentino, sino extraviarlo:

"A veces creo que tendría que hacer todo de nuevo; muchas veces envidio a los hombres que veo en nuestro campo naturalmente aplicados a su conversación seria y profunda con la tierra."

Tiene, pues, conciencia del problema. Su literatura no es un diálogo con el país, sino con la clase que lo explota y que, directamente, usufructúa a sus mejores escritores como adormideras de la conciencia nacional. De ahí su triste adhesión a Valery:

"Toda mi poesía es artificial".

El rasgo fundamental de la literatura de Eduardo Mallea consiste en la proyección sentimental de sus conflictos interiores al mundo objetivo. Como la generación intelectual a la que pertenece vivió neutralizada en la invalidez de un accidentalismo sin raigambre en la tierra, se empeña en remodelar –que es una manera de impugnarlo– al hombre argentino en nombre de su propia deserción:

"Si yo fuera gobierno no dejaría de crear en el acto una cátedra de exposición para enseñar a los estudiantes, desde el primer brote, a reaccionar y expresar sus reacciones con claridad y profundidad. De ir a recoger las fuertes diferencias con que nuestra vida popular e íntima se manifiesta."

La frase apunta a la presencia de lo argentino en lo colectivo. Sabe entonces que su misión era servir al pueblo y no a la "élite". Servirlo como inteligencia libre y no como burócrata de la prensa imperialista, en cuyo espíritu se forman los catedráticos de "educación democrática", cipayos mentales en estado de gracia, y cuyo odio al nazismo los conduce a usar sus propias armas. Es decir, a convertirse en nazis. Eduardo Mallea, en la relación existente entre la literatura y la política, es un compromiso curialesco.

La Pampa espectral

Otro de los mitos de *Sur* es Ezequiel Martínez Estrada. Escritor anfibológico, detrás suyo hay un maestro. Se llama Juan Bautista Alberdi. Martínez Estrada también tiene conciencia de las fuerzas que han deformado la Nación. Pero para él, el proceso histórico se resuelve en psicología introspectiva, en melancolía de rabino, independiente de esa realidad histórica en movimiento y de la cual el filósofo estepario es un momento de la negación. Del confrontamiento del país verdadero con su imaginación violenta, deriva un conjunto de temas inconexos entre sí, en los que en vano se buscará la ordenación metodológica y ese rigor lógico que es exigencia elemental del pensamiento sistemático.

Comprende que Buenos Aires absorbe la savia de la Nación. Y propone como solución un nuevo equilibrio. No se trata, empero, de una complementación efectiva –agropecuaria e industrial del país, como sucedió en Estados Unidos–, sino de una salida espiritual, un despertar de la conciencia "para comprender y sentir la totalidad de la Nación". Como si esa "conciencia" estuviese aislada de los factores reales de la Historia, y como si, en su manifestación concreta, esa conciencia no hubiese sido neutralizada por otra "conciencia": la conciencia de la clase dominante que resiste a la conciencia nacional con el argumento de las armas, del fraude o la libre empresa. La conciencia nacional no es un término unívoco. Depende de la clase social que detenta el poder. La idea de Nación no es una abstracción, sino el resultado de aquellos factores reales –y las clases sociales lo son– que proponen una política nacional o antinacional. Pone así,

los bueyes tras del carro. Y al explicar el país por su cabeza, en lugar de explicar su testa de filósofo por el país, surge el desvarío de una "cabeza decapitada".

"Mientras devanaba su sueño de trescientos años, el país quedó enjuto, anémico, tendido a lo largo y a lo ancho de su soledad. Buenos Aires tenía la responsabilidad del progreso de varias naciones, como lo tuvo en la independencia de América. Por eso es más que un problema de todo el organismo nacional, un problema suramericano. Era no sólo la cabeza para representar un papel de gigante, sino para pensar en el porvenir."

Por esta ruta se espera que el escritor nos conduzca al esclarecimiento de la cuestión colonial: ¿Quién impidió la unificación de la América Hispánica y frustró las probabilidades de un porvenir común? ¿Quién anuló la posibilidad del progreso aliado de estas naciones? ¿Quién quebró la primitiva unidad de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia en lo que nos atañe a la inmediata cercanía geográfica? Sabemos bien que fue el interés nacional británico, asociado, en el período mercantil, y después, en el monopolista de la historia moderna, a su creciente poderío comercial, industrial y naval, que marca, a su vez, su enérgico despliegue en todas las direcciones del globo. Sabemos bien que la balcanización continental fue producto de la diplomacia inglesa al servicio de la política nacionalista de la City. Pero el filósofo espiritualista calla el hecho deleznable, material, o lo envuelve en frases glutinosas, caras a la prensa y a la mentalidad de las clases que lo han aureolado aunque no lo leen.

"Cuando sea llamado (se refiere a Buenos Aires. J. J. H. A.) a rendir cuentas –y esto siempre ocurre– no sabrá cómo litigar su absolución. Únicamente podrá alegar que estaba condenado a la muerte de los seres teratológicos, que es la de vivir para sí mismos y no para la especie."

En esto reside la solución del primer sociólogo argentino. En ninguna. Un día llegará que Buenos Aires, arrepentida, conmutará sus culpas. Y en medio de la "apokatástasis" final, todo, bajo la justicia inmanente del mundo, volverá después de la gran conflagración universal, al equilibrio cósmico originario y a la reparación de todos los crímenes. Esta es la teología sociológica de Martínez Estrada presentada como filosofía de la historia:

"Más que ciudad, dígase que Buenos Aires *es un fenómeno psicológico* y algo así como la inteligencia de este gran país, todavía para nosotros *con amplias zonas y en esenciales conceptos incógnito*."

Buenos Aires no es un fenómeno psicológico con forma urbana y efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con forma urbana y efectos psicológicos. Es un hecho histórico. Y esas amplias zonas improductivas no son una incógnita, sino el resultado de la política de una clase que depende de sus materias primas exportables, de su economía pastoril, de la Inglaterra, interesada en mantener en el atraso el resto del país. La incógnita se llama monocultivo. Tales argumentaciones ético-psicológicas velan el hecho verdadero, a saber: Buenos Aires es lo que es, no por el peso de una fatalidad metahistórica, sino por la política de una oligarquía que no cederá su domino sino bajo el empuje de las fuerzas nacionales unidas que integran el concepto de soberanía en el de Nación. La clase terrateniente, por su dependencia del mercado mundial monopolista, no puede darle forma soberana al Estado Nacional. La característica del Estado Nacional es la voluntad de ser ante los otros estados, una ordenación y concentración de las energías nacionales hacia fuera que, en tanto programa nacional, supera transitoriamente los antagonismos subsistentes y actuantes en el interior. La lucha de los países coloniales modernos, por la construcción del Estado Nacional, es la expresión de este hecho que no tiene nada de incógnita. Mientras las antiguas oligarquías agrarias o concesionarias del subsuelo, se alían al imperialismo contra sus propios pueblos, los demás sectores de la comunidad nacional, víctimas de esa opresión, se unen en la lucha libertadora contra las oligarquías y el imperialismo. Buenos Aires, metrópoli portuaria, es el estómago del imperialismo y su cabeza pensante, opuestos como órganos antivitales a la industrialización del país que se cumple a pesar de esa oligarquía y sus retornos cíclicos. En veinticinco años, dos veces la oligarquía ha reconquistado el poder político por vía de revoluciones antipopulares y en ambas oportunidades ha presentado como "conciencia de la Nación" su hegemonía de clase. Y esto tampoco es una "incógnita".

La psicología es una ciencia ambigua que admite cualquier cosa:

"A Buenos Aires se lo interpreta con los ojos porque ha sido construido para ser visto. De ahí el poder de fascinación que ejerce: mirando la ciudad se inhibe la facultad de raciocinio y uno niega o afirma un estado hipnótico."

Esto es ya casi un dislate. Pero sigamos:

"La inquietud de Buenos Aires se proyecta en varias direcciones y hasta cuando las imágenes de los móviles se

reflejan en los vidrios o sus sombras se deslizan por las paredes o los mosaicos, el movimiento abstracto adquiere su real cuerpo de sombra y superficie. Pues este arrebato cinético no tiene profundidad ni intensidad, cada día comienza en el lugar que cesó la noche anterior, es como si girase sobre sí mismo, por una fuerza que nace en su interior, busca irradiarse y no lo consigue."

Aparte de las violencias al sentido de frases como las que se citan, parece que el pensador ha querido decir: *La inquietud de Buenos Aires se percibe en el trajinar de sus multitudes desconocidas que van al empleo o la fábrica todos los días contribuyendo a un futuro que alguna fuerza contrarresta*. Pero nunca se está seguro de interpreta a un filósofo que convierte los lugares comunes en dilemas de la metafísica pura, o apela, para explicar las aglomeraciones urbanas, a la teoría cinética de la materia, y en consecuencia, es capaz de comparar al porteño de Corrientes y Esmeralda con el hombre teórico de Laplace que, al levantar el brazo en cualquier punto imaginario, mueve todo el universo, pues todo influye en todo. Con este rigor mental el incumplimiento municipal de las reglamentaciones de tránsito es la superestructura emocional de un atavismo biológico:

"Creo que la pericia de los choferes y el coraje de los peatones obedecen a un *subconsciente* –o yo ancestral colectivo– de esgrimistas de facón y taurómacos."

Y así, sobre esta mente desordenada y metafórica, flota un mundo goyesco que antes de él nadie había visto. De la metáfora vuelve a ratos al mundo. El mal que agobia a Buenos Aires, cuya historia va de Hernandarias a Freud, se reduce sorpresivamente a un dolor de pies:

"'Pero lo cierto es que la piel del pavimento cuya dureza mineral perciben nuestros pies y la comunican en el cansancio y el malhumor a toda la psique es aisladora y hostil. Es una planchada, especie de magma que separa al hombre del mundo."

Lo que separa al filósofo del mundo no es el asfalto. Es su conciencia comprometida a un público que prefiere los autógrafos y las recetas homeopáticas al pensamiento conceptual. La palabra "imperialismo" no aparece una sola vez en sus escritos. En la Argentina, los escritores consagrados pueden hablar de todo. En primer término, denigrar al país. Pero la palabra maldita permanece aletargada en la mente solitaria, dormida en su cuna melancólica. Y así, el

imperialismo se hace misántropo.

A veces se torna inteligible:

"Los hombres de nuestro pueblo, *entonces tan caótico como el de ahora*, hicieron una grande realidad porque sacaron su ideal del seno de él, y no se lo impusieron *desde afuera. En esta masa humana hay también un caudal riquísimo de fuerza y de grandeza; no podrá tener otra forma que la que corresponde a su ser y hay que servir con humildad a su desarrollo porque está gestándose para surgir pronto al aire del mundo y de la luz.*"

Sí; esto se entiende. Las masas son las protagonistas de la Historia. Quizá el influjo de Ganivet que inspira el párrafo ilumina el estilo. El único inconveniente es que ese proceso histórico ha sido retardado contra su propia voluntad de ser. La desviación de esos ideales colectivos latentes "en nuestras multitudes arrastradas por impulsos bastardos" –así las califica el sociólogo luego de haberlas elogiado accidentalmente en un rapto de alegría– ha detenido al país en una etapa inferior de su desarrollo económico y en su provincianismo cultural. Es falso, por eso, que las masas –el pueblo– impusieran su sello al país visible. Martínez Estrada, por ejemplo, es un accidente de ese país visible. A la inversa, su imagen colonizada, vino de afuera y fue consentida adentro por quienes tenían interés en ese impedimento. El filósofo, víctima de esa mentalidad, cada vez que se refiere a las masas las desciende con relación al presente o las idealiza con relación al futuro, que es lo mismo que negarlas, pues la historia es contemporaneidad y no augurio prospectivo. Pero Martínez Estrada no puede salir de su conciencia turbada. No es el pueblo lo representativo de Buenos Aires, no son sus obreros, sus muchedumbres silenciosas de ayer y revolucionarias de hoy. Lo representativo de las diversas épocas, hay que buscarlo en el "payo Roque", en el "negro Raúl", de quien los niños hicieron un guiñapo de hospicio. Gardel está un poco más arriba en la escala axiológica. Y en la cumbre Yrigoyen. Los árboles le impiden ver el bosque al escritor laureado. A este escritor atormentado que en el fondo ama al país. En este desenfreno de la imaginación curada de rigores, llega a lo ridículo, cuando desde la flota submarina del simbolismo onírico, deriva de accidentes arquitectónicos como el obelisco –producto del "estridente mal gusto" de un intendente oligárquico y de quien, en su momento, Buenos Aires entero se mofó– toda una teoría sobre las capas geológicas del psiquismo colectivo, groseramente inspirada en Jung:

“Un obelisco no es un pedestal, sino el moderno trasunto del altar común de la Edad de Piedra, cuya reminiscencia de un culto fálico ha sido captada por el pueblo bajo, tan propenso a revivir estados arcaicos de la psique.”

Aparte de que el obelisco es un monumento del período histórico, con antecedentes, quizá, en los menires prehistóricos, y destinado a conmemorar triunfos guerreros, eso de endosarle al pueblo –siempre la misma intención peyorativa– reminiscencias fálicas, es la generalización risible de lecturas mal asimiladas. No más legítima que concebir a la Plaza de Mayo como el claustro materno de las multitudes políticas argentinas, o afirmar que un colectivo repleto reproduce “el trauma del nacimiento” de O. Rank, ya que viajar en micro es como un milagro de embarazo y alumbramiento cotidiano donde los hidrocarburos hacen de líquido amniótico. En cambio, la Pirámide, que desde el punto de vista de la simbología inconsciente –no subconsciente, como dice más arriba el filósofo fálico– es efectivamente un símbolo, cuya presencia en la hipnosis inducida o en los sueños, ha sido experimentalmente comprobada no halla cabida en su teoría pansexualista traída por los cabellos para explicar el desatino municipal. La causa de esta amnesia científica es Mitre, al que en alguna parte llama “*nuestro primer historiador*”. La pirámide se sublima en el Sol de Mayo, en aurora de la libertad, en charlatanismo histórico. Y en tránsito furtivo del psiquismo colectivo ancestral al mundo de las formas simbólicas de Ernst Cassirer, o algo parecido:

“Si históricamente el obelisco marca el fin de la era de la Pirámide, políticamente marca la ruptura casi definitiva de la nacionalidad. El símbolo es ahora una abstracción.”

Esta mezcolanza no es sociología. Tampoco es filosofía. Menos aun psicología abisal. Es petardismo mental. Falsa historia y psicología falsa, falsa metafísica y pensamiento falso. He aquí a Martínez Estrada, que transfiere a la Argentina sus propios estados depresivos y adorna la historia con excrementos. Como todos los intelectuales de su generación, también experimenta la necesidad de fuga:

“El mar no nos habla al corazón, sino a la fantasía. No nos atrae sino en cuanto nos repele la tierra.”

La Argentina es, pues, lo que repele:

“Todo lo peor que ausculto en mí mismo proviene de mi prehistoria rupestre.”

¿Indoamérica? ¿Las cuevas de Altamira?

Los barcos del puerto:

“Invitan a partir y estamos anclados. Mudos e indiferentes, nos dicen que estamos arraigados bien hondo.”

Es el mismo sentimiento que ya conocemos en Victoria Ocampo:

“Este río –continua el sociólogo– me aclara por qué estoy de espaldas a Buenos Aires, mirando la inconmensurable llanura y sintiendo como el vértigo de un gran vacío, que estoy solo y que lo que todavía falta es también soledad.”

Ese gran vacío, viene de una sociedad que no ha desarrollado sus fuerzas productivas en escala nacional y cuya inestabilidad política, la falta de oportunidades, su ritmo espiritual de factoría, la inseguridad y monotonía de la existencia y las jeremiadas solitarias de sus intelectuales, son efectos de una misma causa: la voluntad del dominador extranjero empeñado en eternizar el sistema. Esa soledad se llama colonización espiritual. Y el “gran vacío” proclividad a no cumplir con el país, a no luchar por él, o envilecerlo, a sentirse solapadamente extranjero.

Nos dirá Martínez Estrada que Buenos Aires carece de poetas:

“No falta la ciudad sino el poeta. Y es porque Buenos Aires es destructora y no creadora.”

Si los poetas enmudecen es porque están confabulados con ese orden que Buenos Aires –no la arquitectónica–, sino la real, la mercantil, representan. Son poetas venales. Cuando son auténticos, como Lugones o Carriego, los capitostes de la inteligencia los niegan. Son los Francisco Luis Bernárdez y los Vicente Barbieri los poetas que la prensa terrateniente canoniza. Por eso faltan poetas. El autor de *Radiografía de la Pampa* verá una aproximación al ideal poético en Carlos Guido Spano y recordará al fantasmón barbudo y niveo rodeado por el afecto de sus nietos:

"Toda su ingenuidad del pasado y toda la suspicacia del presente –suspirará Martínez Estrada– se agrupaban en torno de su lecho, donde permanecía postrado, en lo cual se parecía también a Heine."

Martínez Estrada, al igual que la oligarquía que festejó en Guido Spano el numen patriótico, que lo exaltó a vate nacional y lo depositó piadosamente en las escuelas como una momia coronada, compara con absoluta impropiedad, al poeta argentino con Heine, pero no menciona al inflamado tribuno de las barricadas de París de 1848, al verdadero patriota cuyo alegato contra la Guerra del Paraguay –planeada por Inglaterra y conducida por Mitre– ha sido cuidadosamente ignorado –hoy mismo– por nuestros historiadores. De este modo, no hay gran diferencia entre Guido Spano y Constancio C. Vigil.

Para Martínez Estrada –continuando la tesis antihispanista del grupo– el pecado de Buenos Aires es el de ser una ciudad española "hija legítima de Madrid" y causa de todos los males. Prolonga así aquella coincidencia en la que la derrota de España se convierte en penetración anglosajona en estas tierras. Luego de expresar la consabida admiración por el escritor inglés Hudson y los pajaritos, formulará este juicio:

"Es seguro que la *íntima tristeza de Buenos Aires*, que es en verdad infinitamente más triste de lo que suponen los turistas que vienen a divertirse, proviene de la destrucción de los pájaros."

En la ciudad de Córdoba, en pleno centro, la plaza que bordea la catedral está poblada de una tempestad de golondrinas. No por eso el cordobés es más alegre, y reclama a todos los intendentes –es verdad que por maquiavelismo lugareño– la extinción de estas misteriosas criaturas neurotónicas. Todos los libros de E. Martínez Estrada están elaborados con este tipo de meditaciones. Para él:

"De la noche cósmica en que sumerge... Buenos Aires trabaja silenciosamente contra la potestad del caos."

El caos, repetimos, es la proyección de la hipocondría circular del filósofo. Estos escritores, piezas insignificantes del vasto sistema al que sirven, no siempre son conscientes de la erosión mental que cumplen. Creen elegir libremente sus ideas que en realidad les son impuestas. La alienación espiritual de la clase dirigente que mira a Europa, en el orden intelectual, se altera y

muda en país quimérico. La Argentina, pensará la inteligencia colonial, "carece de tradición industrial", "el obrero argentino no posee competencia", "el capital extranjero es fuerza civilizadora", "los pueblos hispanoamericanos son inferiores". Tales son los esquemas de la indefensión cultural. Y el séquito intelectual, del que hablaba A. Von Martin, les da forma literaria. De este espíritu surge la imagen colonizada de la Argentina, asentada en un complejo de inferioridad que así contribuye a sobreestimar el capital extranjero que nos empobrece al llevarse los frutos del trabajo nacional, y aparte, nos inocula el veneno de nuestra incapacitación técnica. No es ése el pensamiento de otras fuerzas, que con errores y ensayos, propios de todo país en crecimiento, y en condiciones desiguales, trabajan por la mayoría de edad del país, por el Estado Nación:

"Si la industria es el resorte propulsor de toda la cultura moderna y el verdadero fundamento de la soberanía de los pueblos jóvenes, resulta evidente a los ojos de todo el mundo, que estamos en presencia de una gigantesca tentativa de disminuir nuestra capacidad de resistencia ante las grandes naciones imperialistas.

"Insensibles por igual al halago que a la persecución, los trabajadores tenemos bien presente que a lo largo de la historia argentina ha sido el pueblo constantemente calumniado por aquellos que no creen en él, quien protagonizó los más heroicos episodios de nuestro nacimiento como Nación. También deben recordar las fuerzas armadas, que Fray Luis Beltrán, técnico y soldado de los ejércitos de San Martín, fue quien fundó la industria metalúrgica y siderúrgica argentina, como parte de una lucha continental de liberación que los argentinos de hoy volvemos a librar con idéntica resolución. Ayer como hoy los obreros metalúrgicos estamos en la primera línea de una batalla que no ha terminado y que alude al destino global de nuestro pueblo."[31]

Los Martínez Estrada ignoran esta voluntad de ser. Ellos, que como los antiguos aurúspices, pretenden ver en las entrañas de los animales y en el vuelo de los pájaros el destino del "ser nacional", lo único que encuentran es barbarie. Y en su afán de demostrarlo, Martínez Estrada citará a Darwin:

"que vio las saturnales de los *'hunos argentinos'* (se refiere a los gauchos, J. J. H. A.) el definitivo degüello de las reses, la borrachera con sangre humeante."

Y oculta la admiración de Darwin por el gaucho:

---

[31] Del manifiesto ya citado de los obreros metalúrgicos.

“Los gauchos y campesinos son muy superiores al hombre de las ciudades”

Una visita a los frigoríficos lo curaría de este horror por las matanzas de vacunos siempre menos significativas que las carnicerías de las guerras modernas. Mientras para Darwin el gaucho es un alto tipo de humanidad, para Martínez Estrada es un retroceso a la prehistoria. Y así, el desprecio a España, tiene por finalidad indirecta, desestimar a la población nativa que heredó su lengua, sus costumbres, sus virtudes:

“Nunca se comprenderá bien la psicología del gaucho, ni el aLma de las multitudes anárquicas argentinas, si no se piensa en la psicología del hijo humillado, en lo que un complejo de inferioridad irritado puede llegar a producir en un medio propicio a la violencia y al capricho.”

……

“El mestizo, el gaucho, no conocía la compasión ni la clemencia.”

En cambio, los que “conocían” al gaucho, pensaban de otro modo. San Martín y Paz desmienten a Martínez Estrada. El testimonio, entre otros innumerables, de viajeros que no pueden ser culpados de parciales, como Haigh, también:

“En efecto, constituyen una raza con menos necesidades y aspiraciones que cualesquiera otra que yo haya conocido, sencillas, no salvajes son las vidas de estas gentes que no suspiran en las llanuras.”

Y Ascasubi:

“El gaucho es el habitante de los campos argentinos: es sumamente experto en el manejo del caballo y en todos los ejercicios de pastoreo. Por lo regular es pobre, pero libre e independiente a causa de su misma pobreza y sus pocas necesidades, es hospitalario en su rancho, lleno de sutil inteligencia y astucia, ágil de cuerpo, corto de palabras, enérgico y prudente en sus acciones, muy cauto para comunicarse con los extraños, de un tinte muy poético en sus creencias y lenguaje y extraordinariamente diestro para viajar solo por los inmensos desiertos del país.”

Esta sencilla aristocracia del espíritu está presente en los proverbios. Al respecto dice Hernández:

“No tengo noticias de que exista, ni de que haya existido una raza de hombres aproximados a la Naturaleza cuya sabiduría proverbial llene todas las condiciones rítmicas de nuestros proverbios gauchos.”

Martínez Estrada verá una cuestión de odio racial, de resentimiento mestizo, en los amotinamientos de las poblaciones autóctonas, explotadas por el español primero y la clase propietaria que sucedió a éste después. Para subestimar al gaucho lo supone agraviando a la mujer y de ello concluirá que su naturaleza es inasimilable a la civilización:

“Ni yegua ni mujer se llevan al pueblo, ambas encierran un tabú sexual despectivo. La poesía gauchesca desde *Martín Fierro* está plagada de este desprecio dual; el gaucho consideró deprimente el amor y unirse en matrimonio, tanto como cabalgar en yegua.”

No dirá que el matrimonio –la monogamia–, pues de esto se trata, es la consecuencia jurídica de la propiedad privada y de la estabilidad de la tierra. El gaucho, nómada jinete por la gran extensión de su ámbito geográfico, escogió el caballo, no por preferencias eróticas, sino porque era más nervioso y resistente que la yegua, inutilizada por pariciones periódicas. Es decir, por comprobación empírica. Y su aislamiento sexual no correspondía a un “tabú”, sino a la movilidad que esa geografía anchurosa le imponía. Escritor caprichoso, oscilará entre la idea de una barbarie connatural y una voluntad civilizadora que no supo neutralizarla. En una complicada digresión mental comparará al caudillo con el bandido –a la manera de Schiller–, retomando la tesis unitaria de someter al bárbaro con los métodos de la barbarie en nombre de la civilización, la ilustración y los ferrocarriles. En otra de sus generalizaciones, definirá a las montoneras como encarnación de la “riqueza ganaderil” contra la “riqueza territorial”. Antinomia en la que separa dos aspectos de un mismo fenómeno de integración económica, cuyo resultado fue la estancia, y asignará a esas abstracciones un espíritu también distinto, de apego a la tierra en un caso, de libertad en el segundo. Así piensa también su “libertad” el oligarca rural que vive en Buenos Aires y le exprime al colono la renta parasitaria de la tierra.

“El latifundio –dirá– fue la forma de propiedad adecuada al alma del navegante de tierra y mar y la forma propia de cultivo y aprovechamiento del suelo.”

Estados Unidos, China, Rusia, países de inmensos espacios mediterráneos, desmienten la

hipótesis de la estancia náutica. Omitirá que "esa forma propia de cultivo" fue impuesta con la violencia por la oligarquía naciente y que ese "aprovechamiento del suelo" fue para el "navegante" ultramarino. En algún pasaje aislado deslizará alguna vaga referencia al papel antinacional de los ferrocarriles de capital británico. Pero se irá en comentarios laterales y literarios, en los que no encontrará la explicación del problema, que en su forma simple, se llama nacionalización de los transportes. Para Martínez Estrada, el ferrocarril es una especie de categoría mixta, una excrecencia pampeana, la metástasis de un paisaje trágico. Tesis así, son peores que la mentira, pues postulan fatalidades más fuertes que la voluntad del hombre. Allan Hutt, citado por Scalabrini Ortiz, dice sobre el mismo problema que nuestro filósofo convierte en drama metafísico:

"La construcción de ferrocarriles en las colonias y países poco desarrollados no persigue el mismo fin que en Inglaterra; es decir, no son parte –y una parte esencial– del proceso de industrialización. Esos ferrocarriles se emprenden simplemente para abrir esas regiones como fuentes de productos alimenticios y materias primas, tanto vegetales como animales, no para apresurar el desarrollo social por un estimulo a las industrias locales. En realidad las construcciones de ferrocarriles coloniales en países subordinados es una muestra del imperialismo en su función antiprogresista, que es su esencia."

Martínez Estrada dirá, al parecer, sobre el mismo tema:

"El progreso de la República está en oposición al interés de los que la hicieron prosperar y únicamente será cierto para nosotros cuando no resulte así por contraste con lo que yace muerto. Cuando sea el estado de salud de todo el cuerpo y no la euforia de una cabeza decapitada."

El país –en efecto–, detrás de la tesis expresamente oscura, porque se acerca a la verdad, debe liquidar el poder terrateniente con sede en Buenos Aires. Pero el vaticinio se formula con la sonoridad lejana de las trompetas del cielo. De usar otro estilo, Martínez Estrada no hubiese sido coronado primer sociólogo argentino. Cuando habló de otro modo, las capillas teologales de la prensa oficial lo amortajaron como a un cadáver y hasta sus amigos le volvieron las espaldas. Y así, de la vibrante fama pasó al "Index librorum prohibitorum".

También América Latina está presente en el filósofo pampeano. América emerge del caos acuoso primitivo envuelta en las brumas de fantasías ornitológicas. Luego de una presentación

ameboidal y planetaria de la monstruosa exhuberancia vegetal del continente que los dioses olvidaron, el lector se prepara al parto catastrófico de las edades, al alumbramiento cósmico del huevo americano:

"A aquella concavidad del antepasado ditígrado correspondía puntualmente esta concavidad de córvidos."

En una América así, con ritmo cultural de protoplasma, no es extraño que el hombre americano se conciba como una semilla partida de la creación. El pesimismo histórico es la única salida optimista:

"Un pueblo vertido dentro de inconmensurables perímetros, que no se ha ampliado progresivamente por exósmosis, descendiendo al crecimiento en área según el crecimiento en número y energía, no puede tener fuerza ni unidad. Queda ondeando en sus términos si el territorio ha sido mucho mayor que el pueblo. Pertenece a su Nación en el sentido en que las Pléyades están en Taurus. No tiene forma porque no tiene unidad interior; habrá crecido para ocupar hasta el borde de su recipiente, y todo lo que dentro ocurra se parecerá más a la aglomeración de un polipero que a la gestación de un cuerpo en el vientre de la madre. Aislarse y contemplarse con recelo es el gran mal de la soledad y de la ignorancia, y la clave para interpretar los enigmas de Suramérica."

Hay una diferencia entre Spengler y sus discípulos australes. Spengler es denso pero no oscuro. Los nuestros son oscuros y huecos. Hemos transcripto este fragmento, pues es típico de esa mentalidad aterida de nuestros escritores más difundidos. En esta cosmovisión zoomorfa se unen las cosas más distantes, el maxilar de Heidelberg, Homero, Cuvier, Mitre y Keyserling, fechas históricas cercanas, el neolítico y la era victoriana, y una sola voluntad contra lo propio. Que es la América Latina.

Ya sabemos la causa de esa soledad de nuestros pueblos. Pero Martínez Estrada prefiere su sagrada libertad de filósofo que lo conduce a esta afirmación insalvable:

"La causa de la inseguridad con que avanza la Argentina, es esa parálisis periférica, ese vacío que hay detrás de sus bordes donde nos llegan las emanaciones de un sopor profundo, de una existencia letárgica y cargada de amenazas. Es preferible para una Nación ser vencida y absorbida por otra, que conservar la soberanía de su atraso."

Esta es ya la opinión de una inteligencia enteramente colonizada. Los países hermanos, Chile, Paraguay, Bolivia, que integrarán una unidad regional con Argentina, pese a resistencias internas y presiones externas de los enemigos de la América Latina, son para Martínez Estrada "nombres de estados inexistentes en la realidad de la vida, o puntos de referencia peyorativos". Se comprende que, a la emancipación continental, contraponga el régimen de los mercados africanos, la anexión lisa y llana. Ni Kipling, poeta imperial, se hubiera animado a tanto. Pero Martínez Estrada tiene el privilegio de ser un pensador periférico:

"Los países de Sudamérica no tienen comunicaciones entre sí, ante todo porque no la necesitan; su interior está igualmente incomunicado... Viven independientemente una vida apagada y opaca."

Tal es el resultado de la política balcanizadora del imperialismo: romper la unidad económica y cultural del continente, sumergirlo en el atraso y la ignorancia, en las brumas que ocultan el cuerpo vivo y generatriz de la cultura. Compelido a aceptar, también incidentalmente, la función disgregadora del Norte –jamás hablará de Inglaterra con relación a Argentina– dirá que estos "países tienen que *ser por fuerza* zonas marginales de un centro de consumo y explotación extraño".

El levantamiento de los pueblos coloniales refuta mejor que sus frases vasallas al primer sociólogo argentino. Pero explica por qué Borges recomienda sus libros. Una visión así jamás puede convertirse en tema grande. Y siempre quedará en la falsa, alterada y despreciable filosofía del colonialismo.

Capítulo VI

El imperialismo y el retorno de las élites

El movimiento revolucionario de 1943, de complejas raíces ideológicas, desembocó en la gran explosión popular del 17 de octubre de 1945 y en las elecciones de 1946. Los partidos políticos y la prensa nacional e internacional reconocieron la legalidad de los comicios cegados en sus fuentes desde hacía dieciséis años. Terminaba así una época en la que el movimiento obrero, anarquizado y reprimido por los gobiernos conservadores, los derechos electorales conculcados y los partidos políticos democráticos que habían seguido una política oportunista, cedían a un gran movimiento popular. El proceso de industrialización que venía de la Primera Guerra Mundial y acrecentado rápidamente en el transcurso de la segunda, había dado origen a un proletariado industrial destinado a una decisiva experiencia histórica en medio del pánico de los partidos directa o indirectamente complicados con el pasado. Esas masas, decepcionadas del socialismo, ajeno a la realidad nacional, del radicalismo, en plena descomposición histórica después de la muerte de su gran caudillo Hipólito Yrigoyen, y del comunismo, cuyas consignas nunca entroncaron con las demandas populares del país, carecían de compromisos. El 17 de octubre no sólo fue una lección histórica para las fuerzas del antiguo orden, sino la gigantesca voluntad política de la clase obrera. Su adhesión a un jefe no se fundó en artes demagógicas, sino en las condiciones históricas maduras que rompían con las antiguas relaciones económicas del régimen de la producción agropecuaria y superaban los programas de los partidos pequeño-burgueses de centro e izquierda. La revolución política exigía la reforma social. La recuperación de la economía enajenada al extranjero y la elevación del nivel de vida del hombre argentino explotado, son la doble faz de un mismo fenómeno: la toma de conciencia histórica de las masas. Todo el problema político de la Argentina actual se reduce a esta irrupción consciente de los trabajadores en la historia nacional. Las conquistas sociales contaron gradualmente con la resistencia de la burguesía industrial, cuya rapacidad y miopía histórica la condujo a aislarse de un gobierno que históricamente representaba sus intereses sin comprender que, al oponerse al elevamiento económico y cultural de las masas, mataba a la gallina de los huevos de oro. Cuando en 1945, el desarrollo industrial impone al país una revolución nacional progresista, antioligárquica y antiimperialista, la clase terrateniente retrocedió, pero su poder económico

quedó intacto. Este error de la revolución –y su más grande contradicción histórica– le permitió a la oligarquía un repliegue táctico con sus efectivos completos, a la espera de una pauta internacional favorable para reagrupar fuerzas y reanudar la ofensiva, que coincidió, en su momento, con la agravación del problema mundial y la crítica situación de Inglaterra compelida a reconquistar viejos mercados complementarios a su economía ante los rudos golpes sufridos por el Imperio en Asia y Africa.[32] Con el apoyo circunstancial de fuerzas heterogéneas –de la Iglesia, que en el error más grande de su política en América Latina se plegó a la coalición temerosa de la comunización de las masas, de los partidos políticos históricamente superados por el movimiento popular y de sectores de la clase media, particularmente intelectuales– la

---

[32] Ya para nadie es un secreto que el golpe que derrocó a Perón fue planeado y apoyado por Gran Bretaña. El propio contralmirante Rojas, que dirigió las operaciones navales, se vio obligado a negar el hecho, que el General Perón denunciara ante la opinión mundial. Extractamos los párrafos salientes de la aclaración de Isaac Rojas (1963), que es obvio, negó haber recibido "condecoraciones otorgadas por ese país amigo" (Gran Bretaña):

"Con motivo de ciertas declaraciones formuladas en Madrid por el ex presidente Perón, el almirante Isaac Rojas, ex vicepresidente provisional de la Nación, ha dado la siguiente declaración: 'En declaraciones efectuadas al corresponsal en Madrid del periódico alemán *National Ans Dolsideres* –y que el diario *La Prensa* de esta capital ha reproducido en su edición del día sábado 9 del comente–, el ex tirano prófugo pretende agraviar a las Fuerzas Armadas Argentinas, atribuyendo esta vez a la Armada Naciona la comisión de actos que no son ciertos en niguna medida. Tal vez el ex dictador hasta haya llegado a creer en lo que ha dicho al corresponsal. Esto sería una confirmación de cuan poco conocía a la Marina de Guerra, lo que quedó demostrado por su soberbia frente a la misma y por la subestimación con que juzgó el espíritu que siempre ha animado a todos sus cuadros... Dado el origen atribuido a estas versiones y a otras contenidas en el mismo telegrama, que no dudo serán juzgadas como se merecen por nuestro pueblo, y teniendo en cuanta la seriedad del periódico que las ha reproducido aquí, estimo que debe aceptarse como que han sido realmente expresadas.

"El ex dictador ha dicho que en las acciones decisivas de septiembre de 1955 la Armada Nacional recibió de un país extranjero, Gran Bretaña, armamentos y combustible, y que además, 'al producirse el cambio, los rebeldes recibieron condecoraciones británicas'." (Nota a la 2ª edición.)

burguesía terrateniente, aliada al imperialismo británico, asestó el golpe a la revolución popular, debilitada interiormente por sus contradicciones ideológicas originarias, por la falta de un partido revolucionario, por no haber llevado a fondo una política antioligárquica a la altura de las exigencias del país, tanto como por la oposición final, coincidente con aquellas fuerzas contrarrevolucionarias, de una burguesía industrial políticamente incompetente, advenediza en el orden económico y sin clara conciencia nacional de su función histórica, por su oportunismo financiero, su origen inmigrante y su rencor capitalista al trabajador nativo dignificado.

La política proteccionista había permitido a ese sector de la burguesía nacional afirmarse, e incluso ligar sus intereses a la clase terrateniente. La expresión de esa política de apoyo a las fuerzas económicas internas, fue la nacionalización del Banco Central y la creación subsidiaria de organismos estatales defensivos del comercio de exportación hasta entonces en manos de consorcios internacionales. Política a la que se asoció la repatriación de la deuda externa, herencia de la oligarquía ganadera y que significaba una verdadera sangría financiera para todos los argentinos. Esta reforma permitió al país una mayor facilidad de maniobra para comerciar libremente, particularmente con los países de la órbita comunista, y aligeró así, la presión intencional concentrada que pesaba sobre el gobierno popular. Tales fuerzas, desde diversos ángulos de ataque, obstaculizaron sistemáticamente el desarrollo armónico de la revolución nacional, al resistir con su inercia, incomprensión o abierto rechazo, la obra revolucionaria en el orden económico, social y cultural. Estas fuerzas asimétricas, colocadas en la base misma del partido gobernante, particularmente activas en sus maniobras antipopulares subrepticias en la Universidad, favorecieron la confusión de sectores populares como el estudiantado, atraído a la contrarrevolución por la Iglesia o los partidos políticos que supieron aprovechar esa falta de homogeneidad ideológica interna del movimiento. A pesar de ello, la Universidad superó el programa máximo de la Reforma del 18, pero las conquistas fueron silenciadas por la tenaz oposición de los diversos sectores empeñados en deformar el carácter progresista de la revolución democrático-burguesa en la Argentina.[33]

---

[33] La supresión de muchos de esos beneficios, posteriores a 1955, ha promovido ya un cambio de apreciación política de parte de los estudiantes argentinos unida a la comprobación de la medianía de los equipos de profesores que crearon el mito de su superioridad científica. El mismo proceso de revisión crítica se ha acentuado en vastos sectores de la pequeña burguesía y en la clase industrial en su conjunto que ha comprendido la finalidad del Plan Presbisch.

La situación de Inglaterra después de la Guerra

En los diarios puede seguirse objetivamente la marcha de los acontecimientos posteriores a la caída de Perón. Las noticias de Londres ocupan el primer plano. A la violenta campaña de los diarios ingleses y norteamericanos desatada contra la Argentina después de 1945, periódicamente mitigada o reactualizada según los acontecimientos, sucedió después de la revolución de

---

Estos sectores, que pasaron a integrar la oposición pequeño-burguesa de derecha, actualmente varían rápidamente su posición. Los profusos manifiestos de organismos, centros estudiantiles, etc., confirman esta realidad. El diario *La Nación* (25/10/56) publica una noticia referente a la requisitoria de los estudiantes secundarios ante el Consejo Superior de la Universidad, contra el restablecimiento de los exámenes de ingreso y entre otras consideraciones se lee:

"Ciertas personas arguyen que la Universidad está abarrotada de alumnos. ¿Se solucionaría esta situación coartando la entrada de elementos a la misma, es decir limitando del número de alumnos? Creemos que no. La solución no está en impedir el ingreso que disminuiría el número de profesionales necesarios actualmente en el país. La solución está en habilitar más centros de estudios. La Universidad debe estar al servicio del pueblo todo sin ninguna clase de trabas."

Las protestas estudiantiles han arreciado, no sólo con relación a la supresión de conquistas anteriores, sino contra el régimen de la vida universitaria. El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras impugnó oficialmente concursos irregulares de los candidatos designados José M. Monner Sans, Fermín Estrella Gutiérrez, Jorge Romero Brest y Américo Ghioldi. Estas impugnaciones han sido generales en todas las facultades del país. Los diarios no publican, incluso, declaraciones de la F.U.A. –que apoyó a la Revolución de 1955– y esta organización estudiantil de izquierda democrática ha debido acudir a un semanario católico, uno de los puntales de cuya prédica es el ataque al mencionado organismo estudiantil universitario. Esto da una idea de la confusión del estudiantado, en su inmensa mayoría, perteneciente a la clase media. Una serie de medidas oficiales, que responde a una clara política, se ha sucedido desde entonces. Los exámenes de ingreso en las facultades son filtros que con el pretexto de la selección intelectual, tienden a impedir el acceso a los altos estudios de las clases económicas débiles. En Medicina, Derecho –en Ingeniería, en enero de 1957, de 250 aspirantes a ingenieros, sólo

septiembre de 1955, un cambio total en la consideración de los asuntos argentinos. Tal cambio no era casual. Después de la última guerra, los gastos insumidos por la misma y el quebrantamiento del sistema colonial, redujeron a Inglaterra a la categoría de potencia de segundo orden. Su endeudamiento con Estados Unidos la mantiene desde entonces en estado de crisis crónica. A principios de 1955, el canciller del tesoro, Mac Millan, señaló el desequilibrio de la balanza comercial, la disminución de la reserva aurífera, la inflación y el estancamiento de las exportaciones: "Por el momento –dijo– tenemos que parar el carro para avanza en otra forma". Esto, en lenguaje de estrategia económica, quería decir que Inglaterra tenía que reducir el nivel de vida general del pueblo británico y conquistar nuevos mercados. En el orden interno, una enérgica política impositiva a los artículos de consumo, se unió a la elevación de la tasa bancaria y la liquidación compulsiva de las cuentas de los deudores nacionales. La austeridad, para un inglés, significa prepararse para una batalla que le restituirá los goces perdidos. Este ha sido uno de los rasgos de su genio nacional. *The Times*, de Londres, en los primeros meses del gobierno de Lonardi, publica un cuestionario bajo el título: "Nuevos objetivos en la Argentina". En el mismo se formulaban al presidente las siguientes preguntas: 1º) Si la Argentina volvería a la economía libre y permitiría la importación de whisky, tejidos y otros artículos de consumo. 2º) Si subsistía el I.A.P.I. y otros órganos de control del comercio de exportación, como asimismo el control de cambios, y si retornaría a la libertad de comercio. 3º) ¿Qué ayuda se prestaría a la ganadería? A estas preguntas, el presidente católico –bajo cuyo gobierno se dio a publicidad el Plan Prebisch–

---

aprobaron los exámenes 10– las medidas tomadas marcan la orientación clasista que se perfila en la Universidad. Una de las figuras símbolos de los estudiantes, el profesor Bernardo Houssay, especie de Dios sacrificado y estandarte de la F.U.A., en un artículo publicado por *La Prensa* en 1957, ha expuesto su pensamiento sobre los estudios de Medicina, señalando mediante el manejo capcioso de las estadísticas que el estudiantado debe reducirse en un 80%. Se da así la paradoja de una democracia que se niega a sí misma a través de las figuras que sirvieron de propaganda a la prédica activa del estudiantado argentino. Ya en pruebas de imprenta este trabajo, en esta primera mitad del año de 1957, la cuestión universitaria se ha agravado en tal forma que la historia del país no recuerda otra situación parecida. Huelgas en todas las universidades argentinas, protestas enérgicas de los organismos estudiantiles, atropellos y represiones policiales, encarcelamiento de estudiantes, etc., reproducen las gravísimas tensiones que definen la actual situación nacional.

contestó ser partidario de la libertad de comercio y expresó el deseo de que "el pueblo pueda adquirir los magníficos productos de la industria inglesa, a que tan acostumbrado estaba en un pasado no muy lejano". Aseguró que la moneda recuperaría su "antigua jerarquía" y que "ayudaría a los ganaderos por todos los medios que nos sugieran nuestros técnicos". Esos técnicos, naturalmente, respondían a la orientación de Prebisch, el asesor económico del gobierno provisional. Y Prebisch a los intereses británicos. Por la misma época, el *Financial Times* escribe "que el gobierno de Argentina estaría dispuesto a colocar en Gran Bretaña fuertes contratos *para coches de ferrocarril y maquinaria para el perforamiento de los pozos de petróleo*.[34] Ganadería, ferrocarriles y petróleo son los medios de "avanzar en otra forma" de que

---

[34] Desde que se escribió este libro, la penetración inglesa, silenciosa y tenaz, no ha cesado, pese a la oculta lucha interimperialista con EE.UU. El país ha sido enteramente colonizado por medio de empréstitos, explotación anglo-yanqui del petróleo, desmantelamiento de la industria nacional o con sus ramas subsistentes controladas por inversionistas extranjeros; la carne de exportación, de nuevo con sus precios dictados por Inglaterra; los bancos controlados por la banca privada, es decir, extranjera; cerca de un millón de desocupados, y en suma, el control de la riqueza y el trabajo nacional afectados al pago de la deuda externa, han retrotraído a la Argentina a las mismas condiciones posteriores a 1930, descriptas en este trabajo. Inglaterra, paciente y silenciosamente, ha continuado esa política. Bajo el título: "Vuelven los ingleses", un semanario argentino (*Compañero*, 5/12/1963) ha señalado uno de los tantos aspectos de esa penetración:

"El gobierno radical del pueblo de Santa Fe surgido del fraude del 7 de julio acaba de recibir una visita extraordinariamente sugestiva. Se trata de los representantes de un conjunto de firmas inglesas, productores de maquinaria pesada y vial, que se manifiestan tiernamente interesados en el desarrollo económico del norte de dicha provincia.

"A tal efecto, exhibieron ante el gobernador Tessio, ministros y personal técnico una película que documenta el tipo de maquinaria ofrecida. Como los ingleses son una raza de hombres previsores, han hecho la cosa como para que nada quede librado a la casualidad. El lenguaraz de los visitantes, doctor Stern, aclaró a ese respecto que un grupo de banqueros de su rubio país ha obtenido un conveniente 'agrupamiento de fabricante' de modo de cubrir todos los tipos de demanda y proveer a un servicio de mantenimiento continuo y estandarizado.

"Los desvelos de la banca inglesa por el Norte santafesino son una elocuente tradición

hablaba el canciller Mac Millan. Es decir, la reconquista del mercado perdido durante más de una década de recuperación nacional en la Argentina. El plan fue sintetizado por Peter Thorneycroft, ministro de Comercio, las medidas antiinflacionistas se traducirán *en un aumento de las exportaciones* de Gran Bretaña hacia Canadá y otros países". La política inglesa es de largo aliento. Jamás se improvisa. Todo lo prevé. En el mismo año, *Financial Times* decía: "Seguramente uno de los primeros resultados de la revolución argentina que derrocó al régimen de Perón *será la revisión completa de la estructura económica del país*". Londres lo sabía antes que la opinión pública argentina. En el pasado, también las cosas que interesaban a los argentinos se conocían en Londres antes que en Buenos Aires. Y agrega con don profético: "Al parecer, cuando la administración presidida por el general Lonardi secundada por el doctor Raúl Prebisch... haya obtenido una situación clara de la situación económica, se emprenderán las modificaciones necesarias para el restablecimiento económico y financiero del país". Estas modificaciones consisten, para el comentarista, en el retorno de las exportaciones británicas a la Argentina al nivel de antes de la guerra, es decir, el 3% del total de las mismas que durante el gobierno de Perón descendieron al 1%.[35]

---

nacional. Esa región, y la provincia de Chaco, están vinculadas al recuerdo de una de las más siniestras empresas imperialistas de que exista memoria: la Forestal. La Forestal explotó sistemáticamente el tanino, los quebrachos y los hombres. Hasta que descubrió que los cultivos sudafricanos de mimosa le resultaban más rendidores. Al comprobar que era posible extraer más jugo de la flora y los hombres de Sudáfrica que de la Argentina, la Forestal organizó lo que podríamos denominar una 'mudanza' gigantesca: se llevó todo, menos el nombre de los pueblos abandonados, menos los trabajadores dispersos, menos la raleada selva. Ejercía así su derecho a la 'propiedad privada', y el Estado argentino, como es sabido, respeta siempre la 'continuidad jurídica'".

"Ahora los ingleses vuelven, esta vez vestidos de 'civilizadores'. Se trataría en todo caso de una 'segunda civilización inglesa', y, conociendo la primera, nos echamos a temblar por la segunda. La lista que ofrecen contempla todas las máquinas posibles y todas la variedades de trabajo imaginables. Ni qué decir que tampoco olvidan los repuestos y el 'service' que en estas cosas suelen constituir el verdadero negocio, su parte suculenta." (Nota a la 2ª edición.)

[35] Este porcentaje, a fines de 1962, había sido superado, vale decir, el plan inglés se ha cumplido. Transcribimos, sin comentarios, un telegrama de Londres de 14/4/63:

El Informe Prebisch en Londres

Se explica que al producirse el Informe Prebisch, en Londres se lo recibiese como "uno de los más completos que se ha visto". Simultáneamente, Gran Bretaña promete generosa ayuda y *Financial Times* aconseja, dada la grave situación, el ofrecimiento de empréstitos "a fin de que la nueva administración tenga el respiro que necesita para poner en orden los asuntos económicos

---

"Londres, 14 (AFP). – A pesar de las dificultades económicas por las que atravesó el año pasado, la Argentina continuó siendo el abastecedor principal de Gran Bretaña en América Latina. Sus ventas al Reino Unido totalizaron 93.197.000 libras esterlinas contra 75 millones en 1961 y 97.734.00 en 1960. Venezuela, abastecedor importante de petróleo y hierro, viene en segundo lugar con 74,9 millones de libras contra 67,3 millones en 1961. Sigue después Chile (29,1 millones de libras en 1962 y 27,9 en 1961), que desplazó así al Brasil del tercer lugar (26 millones en 1962 y 29,5 en 1961).

"La Argentina fue, asimismo, el importador más importante de América Latina de productos británicos, a pesar de una baja registrada el pasado año, que redujo sus compras a 47,1 millones de libras esterlinas contra 50,7 millones en 1961."

Y un comentario, aparecido en el mismo diario *La Razón* (30/10/1962) que resume bien la situación que el golpe británico de 1955 ha traído al país:

"Requerida su opinión, un experto sintetizó en los siguiente términos la situación económica argentina:

'En los últimos cuatro años, la economía argentina se ha deteriorado en forma creciente: el déficit del presupuesto, equilibrado en 1957, se elevó a 50 mil millones en 1962; el quebranto de la balanza comercial, de 200 millones de dólares en 1958, subió a 500 millones en 1962; la deuda pasó de mil a dos mil millones de dólares; la circulación, de 40 mil a 150 mil millones de pesos; y el costo de la vida, de un índice de 100 a 400.

'El presupuesto para el ejercicio financiero 1962-1963, aprobado a principios de mes, contiene un déficit confesado de apenas 5 mil millones de pesos. Pero, si se suman a esta cifra los 23 mil millones más que se piensa cubrir con nuevos impuestos, otros 5 mil millones que se obtendrán liquidando bienes del Estado, 12 mil millones de deuda interna que se crea, y 8 mil millones de refinanciaciones, resulta que el déficit anterior de 50 mil millones no se ha corregido y se mantiene oculto.

del país". *The Times* dirá: "la dramática devaluación del peso como una simplificación del complejo sistema argentino de cambios (este sistema defendía la industria local y el valor de nuestros productos de exportación mediante pactos bilaterales. J. J. H. A.) servirá de un estímulo al capital extranjero". De paso el gran diario sugiere la necesidad de que se regularicen los envíos de fondos al exterior de las empresas de capital privado en la Argentina. Pero el *Financial Times*, en noviembre de 1955, se alarma frente al rápido cambio operado, no porque esto perjudique a Gran Bretaña, sino porque la favorece tanto que las violentas reformas pueden traer perturbaciones internas peligrosas en la Argentina. Gran Bretaña prefiere los métodos lentos, las medidas calculadas de efectos largos y seguros. Con rara clarividencia anticipa que: "Las pérdidas de los industriales serán probablemente mayores que los beneficios de los agricultores. El peligro sería que la industria llegara a empobrecerse antes de que la agricultura haya recuperado su pasada prosperidad". Es decir, Inglaterra aconseja una política gradual de desmantelamiento industrial. Pero la clase terrateniente tiene poco honor y mucha prisa. Por esos días, Gran Bretaña, a través de su embajador Mr. Evans, expresa a nuestra cancillería que "el gobierno británico ha hecho llegar al gobierno argentino *varias sugestiones de gran interés, las cuales han sido puestas en conocimiento del asesor económico del gobierno doctor Prebisch*". Esta intromisión abierta en la vida interna de un país soberano satisfizo al gobierno, cuya opinión, por otra parte, no parecía inquietar a Inglaterra, pues al caer Lonardi *Daily Telegraph* expresó claramente que la "partida del general Lonardi no modificaría la política aconsejada por el doctor Prebisch". La revista norteamericana *Visión* no permanece indiferente: "… algunos diplomáticos habrían insinuado que el nuevo gobierno será mucho más pro británico que pro norteamericano" y comenta el viaje de Mr. Holand como inspirado en la necesidad de informarse "acerca de la verdadera actitud del nuevo gobierno argentino en lo que se refiere a inversiones de capital extranjero". En el mes de marzo *Financial Times* insta a los inversores ingleses a apresurarse: "Si los intereses británicos se muestran demasiado cautelosos (debido a los

---

'Por su parte, las empresas del Estado arrojan un quebranto previsto de 21 mil millones de pesos, que en la práctica será mayor, entre otras cosas, porque un dólar ya no cuesta $ 83, como estaba calculado, sino más de $ 130.

'Hay un dato alarmante en 1960/61, los gastos financieros totales del país importaban un 35% de la renta nacional (por cada peso que el país produjo ese año, el Estado gastó 35 centavos)'". (Nota a la 2º edición.)

crecientes síntomas de malestar político. J. J. H. A.) la oportunidad para alcanzar la *'parte del león'... podría perderse*". Mientras tanto el embajador Candiotti inicia sus tareas. Y visita el mercado de Smithfield. Ya se verán las consecuencias de esta política.

Interés de Inglaterra por la cultura

La estrategia inglesa es múltiple. No sólo se interesa por las carnes sino por la cultura. En tal misión, llega el director de la B.B.C. de Londres, que luego de brindar "por esta nueva etapa de recuperación que se ha iniciado" propone la retransmisión de los programas de la emisora británica. Tal encargo queda a cuenta de Radio del Estado, convertida así en agencia de propaganda del Foreign Office. A instancias de Gran Bretaña, Argentina retorna al sistema multilateral de pagos. Misiones económicas argentinas acuden solícitas a entablar negociaciones conducidas desde Londres. La exportación de carnes salvará al país de la catástrofe, cantan a coro los diarios. Pero también se discuten otras cosas: la situación de las "compañías nacionalizadas" que fueran de capital británico; la Anglo Argentina, la Primitiva de Gas y los derechos de los accionistas de Harrods, Forestal Land, etc., debido a la no repatriación de los beneficios. La generosidad inglesa llega a través de Baring Brothers –la firma que otorgó a Rivadavia el primer empréstito, en sí mismo, una gigantesca estafa financiera– mediante el ofrecimiento de un crédito "revolving" de 20 millones de libras esterlinas, primero para asegurarse el mercado argentino de importación, es decir, la colocación de excedentes industriales británicos, después para liquidar la competencia de Francia, Italia y particularmente Alemania, la tradicional adversaria continental, finalmente, para cobrarse como cuota originaria del pago del empréstito, los créditos, beneficios, dividendos, etc., atrasados de sus inversiones anteriores, quizá para controlar nuevamente los ferrocarriles y transportes, con toda seguridad, para someter al país a su órbita colonial. Nunca se conocieron las condiciones de ese empréstito, al que el enviado argentino, E. Méndez Delfino, promotor de esperanzas, calificó en forma enigmática de "interesante". Es seguro que las condiciones rebalsaban los límites de lo tolerable y se temió una reacción de la opinión pública. En tanto, las emisiones argentinas suben en Londres, delicado barómetro bursátil. Un telegrama afirma "... ninguna misión económica que haya venido de la Argentina a Londres... ha sido acogida con mayor entusiasmo y ansia de colaboración". En efecto, otra misión, la de Julio A. Roca fue recibida en circunstancias vejatorias, y además, le costó al país su soberanía. Pero el genio político de Inglaterra se adapta

flexible a las circunstancias. El mismo telegrama, cortés y efusivo, advierte que no habrá acuerdo posible sin la previa solución de las obligaciones de las compañías británicas expropiadas. Una mano estrecha y la otra estrangula. Al mismo tiempo se invita a la Argentina a ingresar a los organismos internacionales controlados por los monopolios mundiales, pues Inglaterra, dice *The Times*, el gran rotativo conservador, comprende "la urgente necesidad de dicho país para financiar la adquisición de equipo de capital importancia... de tipo ferroviario, de transportes, de electricidad".[36] Mr. W. M. Codrington, presidente de la Primitiva Holding Ltda., elogia al gobierno de Aramburu, pero con claridad sajona, reitera que la situación de la Cía. Primitiva de Gas en Argentina "ha ejercido un efecto deplorable en las relaciones angloargentinas y sobre el crédito argentino en este país". Y agrega que "según informaciones de nuestro hábil representante en Buenos Aires, doctor Cortés Funes, ha hecho llegar a Londres la similar impresión del propio gobierno argentino". Dicho de otro modo, no habrá crédito sin previo sometimiento a los intereses británicos. El interés británico es Baring Brothers. Y Baring Brothers es el Banco de Inglaterra. De no llegarse a un acuerdo, Mr. Codrington amenaza con acudir a la justicia. La Constitución de 1853 es terminante en materia de expropiaciones. Y es que la Constitución de 1853 fue dictada por el interés extranjero y no por el interés nacional. Además, en Londres, se sabe que se volverá a esa Constitución.

Bajo la inspiración directa de Gran Bretaña, se firma por la misión Verrier en París, el tratado multilateral de pagos con diez naciones europeas engranadas al bloque británico. Alemania no participa. El tratado es un golpe rudo a sus inversiones en la Argentina cuyos capitales están sometidos a interdicción. Pero los monopolios yanquis, muy ligados al capital alemán después de la última guerra, maniobran en la sombra. La alarma de *Visión* toma forma de guerra económica invisible. El *Financial Times* comentará los resultados de la misión Verrier: "Gran Bretaña espera naturalmente que la Argentina pueda utilizar libremente en cualquier parte del mundo *fuera de la zona del dólar*, las esterlinas que perciba". En la zona, pues, del "Commonwealth".[37]

---

[36] Tal ingreso en "organismos internacionales" ha terminado con los tristemente célebres acuerdos del Club de París, que han vuelto a endeudamos a Europa, con la intermediación financiera de Gran Bretaña. (Nota a la 2ª edición.)

[37] Esto no debe llamar a engaño. La participación financiera inglesa en el Fondo Monetario Internacional, organismo del que hoy depende la Argentina, es tan importante como la norteamericana. El reparto de la Argentina entre EE.UU. y Gran Bretaña es un hecho

Resultado de una política

Esta política no favoreció a la Argentina. Inglaterra, que tratándose de su interés nacional, no vacila en la elección de medios, ha utilizado a la Argentina, en defensa del pueblo inglés, como un instrumento de "chantage" contra sus propios dominios. El abaratamiento de la carne en el mercado interno británico fue la consecuencia rotunda y feliz de esta previsora política. Pero en la Argentina el sentimiento nacional fue sacudido. No son los partidos políticos los que acusan. Son ciudadanos que han quemado su talento al servicio del país. La opinión devora sus trabajos: Ricardo M. Ortiz, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo M. Jauretche, Luis V. Sommi, etc. Prebisch, desenmascarado, no logra destruir las evidencias acumuladas. La carne argentina, que comienza a escasear en el mercado local, permite maniobras intimidatorias en perjuicio de los dominios. Australia y Nueva Zelandia protestan. Un cable de la U.P. informa que: "La Argentina pudiera estar en breve plazo en condiciones de desplazar completamente la carne irlandesa del mercado británico".

The Economist anuncia que los envíos continuarán en aumento. Los precios, dice otro cable de la misma agencia, han descendido "a los niveles más bajos que se hayan visto en este país en muchos años". También baja la carne nacional inglesa. La lucha contra la inflación continúa en Gran Bretaña sin pausa ni prisa. Pero con relación a la Argentina los efectos son inversos a los previstos por Prebisch. Un informe de Washington aclara: "El Fondo Monetario Intencional informó hoy que la Argentina mantuvo el volumen de sus exportaciones principales pese a las previsiones inflacionistas, pero sus ingresos netos fueron menores, como consecuencia de la disminución de los precios del mercado mundial". Mientras tanto, los hombres del campo, agricultores medios y pequeños, escuchan perplejos los discursos del ministro Mercier que maneja las cifras como un taumaturgo: "La tiranía... llegó también... a preturbar con acentos demagógicos la credulidad de muchos campesinos mediante una política y una técnica de contenido foráneo en pugna con la democracia y la libertad". Los desalojos de los arrendatarios rurales han comenzado. Los grandes terratenientes inspiran esa política. Pero las cosas empiezan a andar mal. Los 1.200 millones de dólares que, según Prebisch, son necesarios para la recuperación del país, se convierten en 100 millones que concede bajo condiciones rígidas el Banco de Exportación e Importación. Tal fue el resultado de la misión Coll-Benegas. El

---

consumado. (Nota a la 2ª edición.)

empréstito deberá utilizarse en compras de material ferroviario en Estados Unidos. Pero el ganadero Juan José Blaquier, expresa su optimismo jubiloso, como presidente de la Sociedad Rural restaurada: "Hoy gracias a la divina Providencia todo ha cambiado y el país retoma con dignidad y honor, sin pausa ni tregua... su magnífico destino". En la misma oportunidad el ministro Mercier "rinde su homenaje de gratitud a la ganadería argentina". Por esos días el diario *La Prensa*, en primera página, junto al retrato de Mr. Churchill en la sección internacional, saca la cabeza enrulada de Mr. Shorton, el gran campeón. Otro diario, *La Nación*, publica un suelto donde se refiere la "Historia de un día". El biografiado es otro campeón mayestáticamente idiotizado en su box. Al "dumping" de la carne se suma el de la fruta. *The Sunday Express*, defensor de los productores ingleses, dice que los argentinos "en los que no se puede confiar están enviando grandes cantidades de fruta al Reino Unido". La fruta alcanza precios prohibitivos en la Argentina. Archer Balwin exige se detengan las compras. Es Australia ahora la perjudicada. Pero en Gran Bretaña la fruta baja. La lucha contra la inflación continúa. Varias provincias argentinas ven restringido el movimiento de los mercados internos. Algunas carecen ya de carne: "La carne británica de primera calidad es hoy más barata en las carnicerías que hace un año" (U.P.).

Llega a Buenos Aires el dirigente naviero W. C. Warwick, presidente de un grupo al que pertenecen la Royal Mail Lines y la Hoolder Brothers. Anuncia el botamiento de tres grandes barcos y otros del tipo frigorífico del Hornby Grange. Las consecuencias del acuerdo de París marchan normalmente. Un funcionario del tesoro se refiere al mismo: "Todos estamos de acuerdo en esto y en usar la libra para el comercio internacional. La libra ha sido siempre una divisa intencional hasta que quedó restringida por los acuerdos bilaterales resultantes de la guerra. Mientras más internacional sea la libra esterlina más felices somos nosotros". La esposa del vizconde Davidson formula declaraciones al diario *Noticias Gráficas* de Buenos Aires: "... la carne argentina fue puesta en venta pública con gran ventaja para el consumidor" y anuncia "que firmas industriales británicas intervendrán en los planes de electrificación".

La Junta Nacional de Carnes, antiguo instrumento de la oligarquía, entra de nuevo en funciones. Poco después, al incorporarse como miembro de la Academia de Ciencias Económicas, el doctor Federico Pinedo –conjuntamente con Raúl Prebisch el organizador del Banco Central después de 1930– hace el panegírico de la Argentina anterior a 1943: "¡Cómo se han empequeñecido sus méritos y cómo se han exagerado sus imperfecciones! ¡Cómo se han

olvidado los beneficios que ella derramó a manos llenas los que en tan gran proporción los recibieron!". Dirá que en 1943, la Argentina era el país más evolucionado de América después de Estados Unidos. La explotación extranjera era "una leyenda". Pero agrega, "es una triste verdad que las grandes masas populares han tenido en esta tierra una dura existencia como ha sido dura la existencia de la humanidad entera, lo que contrapuesto a la holgura de unos pocos, ha herido siempre al sentimiento de justicia". Y finalmente: *La Prensa* resume su pensamiento así: "Expresó la conveniencia de eliminar trabas a los capitales extranjeros, señalando el perjuicio que significará la prohibición a empresas extranjeras de fabricar aquí productos que se hagan en el país". Esta afirmación, sin los eufemismos de Prebisch, significa la liquidación de la industria nacional.

Cambio de táctica de la oligarquía

Ya se ha dicho que Gran Bretaña ve lejos. Más que los intelectuales serviles de las colonias. En agosto de 1956, en forma sorpresiva, el propio Prebisch anuncia la necesidad de volver al proteccionismo industrial. Este juicio era el resultado de la enérgica reacción de la opinión pública frente a una política económica suicida.[38] Por esa época, misteriosamente, las abundantes noticias de Londres cesaron.

Y como siempre, los ingleses habían visto lejos. A raíz del bombardeo del 16 de junio de 1955, antes del derrocamiento del gobierno constitucional, *The Statist*, un órgano adversario del gobierno de Perón, escribió: "No sería realista esperar importantes cambios económicos o sociales de cualquier cambio de régimen que se produjera. La revolución provocada durante los

[38] La creciente sospecha del pueblo argentino tomaba impudente y antipático el "slogan" de la "vuelta al campo" que los diarios habían desarrollado en un plan concordado de orientación de la opinión pública. Por esa época, Prebisch hace declaraciones, destinadas sin duda a aplacar el malestar sindical y la resistencia del sector industrial de la burguesía. En el mes de octubre declara: "La industria argentina deberá resarcirse del tiempo perdido (sic), crecer lo que no ha podido crecer en estos años y avanzar vigorosamente hacia formas nuevas y más complejas, tanto en la producción de bienes intermedios como en los de bienes de capital y otros bienes duraderos". Este repentino celo industrializador era la consecuencia de un fracaso. Los hechos probaban que no se podían desmontar sin gravísimos efectos sociales y políticos las estructuras consolidadas de la economía argentina.

últimos diez años por el peronismo es profunda y de largo alcance, y el sucesor del general Perón, quien quiera que sea, y cualesquiera que sean los medios que pueda emplear para lograr el poder, no podrá separarse mucho de las doctrinas básicas del peronismo bajo un nombre u otro. El intento de alterar la actual posición de las masas trabajadoras antagonizará a los sindicatos, sin cuyo apoyo ningún gobierno podría gobernar efectivamente; el mantenimiento de los actuales niveles de vida y de la ocupación total, involucran medidas económicas que cualesquiera que sea la denominación que se les dé son virtualmente obligatorias. Los objetivos básicos del peronismo que ningún presidente futuro podrá olvidar, proporcionarán una base sobre la cual se apoyan varias de las otras doctrinas y estribillos del peronismo, entre los cuales el que más interesa a las relaciones comerciales argentinas es el de la 'independencia económica'".[39]

---

[39] Desborda los límites de este trabajo ahondar en la cuestión económica, cuya referencia es, sin embargo, indispensable. El Plan de Prebisch ha sido analizado en sus falsedades estadísticas y en sus conclusiones. Satisfizo, empero, en sus comienzos, a la clase media, que ya siente las consecuencias de una economía de penuria impuesta por la oligarquía terrateniente. Este nuevo "estatuto del coloniaje" puede resumirse así: 1º) Total control de la economía nacional por el sector ganadero; 2º) Asociada a esta política, liquidación de la industria y retorno del país al monocultivo, condición ésta impuesta por Inglaterra como comprador único; 3º) Disponibilidad de mano de obra barata mediante el éxodo de la población industrial al campo y liquidación de las conquistas sociales. El Plan Prebisch es el imperialismo inglés en acción. Pero la ignorancia de la profunda transformación operada en el país en doce años, ha marcado su fracaso en medio de la convulsión más grande que recuerda la historia argentina. El país no puede volver a 1930. El Plan Prebisch, en síntesis, busca desacreditar toda política de nacionalización. Es la vieja técnica del imperialismo de deprimir la voluntad nacional. Para esta traición el imperialismo moviliza sus técnicos, abogados, intelectuales, diarios, revistas, editoriales. Los ataques al proteccionismo, que todos los países practican, tienen por objeto desatar la competencia ruinosa de parte de los países avanzados interesados en dominar a la Argentina. El Plan Prebisch vuelve a reactualizar la anticipación de Canning. Y esto a pesar de que Prebisch, como funcionario de la CEPAL, señalaba en 1950 "que la industria argentina entró en su faz de consolidación definitiva". Arturo M. Jauretche ha destruido las falacias del Plan Prebisch: 1º) A setiembre de 1955, la disponibilidad de divisas había mejorado con relación a 1952; 2°) El problema energético es de fácil solución

Economía y literatura

Hay una relación directa, aunque compleja, entre el retorno de los mismos economistas –Prebisch, Pinedo, Huergo–, los mismos intelectuales –*Sur* y A.S.C.U.A.– y los mismos profesores universitarios que condujeron la economía y la cultura argentinas después de 1930. Son los mismos personajes que surgieron a la vida pública a raíz de la caída de Yrigoyen. Pero ahora no es la clase media la que ha sido desplazada del poder político. Es la clase obrera, golpeada pero no vencida, y que en el mismo instante de la derrota, retoma la bandera de la recuperación nacional en un momento agudo de la descomposición del imperialismo en el orden mundial.

---

acelerando los trabajos ya iniciados con anterioridad; 3°) El sistema ferroviario, desde su nacionalización, "ha permitido aumentar el transporte de cargas y pasajeros en un 30% y 22%, respectivamente, en relación al quinquenio de pre-guerra; 4º) La industria siderúrgica nacional había sentado sus bases que anunciaban un desarrollo progresivo, orgánico y acelerado en breve tiempo: 5º) La producción agropecuaria había aumentado su volumen, siendo falsa, entonces, a la pretendida crisis del agro; 6º) La disminución de nuestras exportaciones es consecuencia no de una menor producción, sino de un aumento del consumo interno, es decir, de una elevación del nivel de vida popular; 7°) La repatriación de la deuda externa –ahora amenazada por la política de empréstitos– evitó destinar el 25% del valor de nuestras exportaciones para el pago de servicios; 8º) La deuda pública, convertida de externa en interna, es síntoma de independencia y soberanía y ha disminuido en términos reales, siendo sus servicios sensiblemente inferiores con relación a 1945; 9º) No hay proceso de descapitalización.

Una espesa mentira ha paralizado siempre la inteligencia de vastos sectores de la opinión pública. Una de estas falsedades es la idea de que la prosperidad de un país es proporcional o correlativa al volumen de sus exportaciones. El mismo Jauretche, en una conferencia pronunciada hace tiempo ha destruido esta falacia. EE.UU., en 1939, sobre una renta nacional de 71.000 millones de dólares exportó por valor de 3.123 millones. En 1943, sobre una renta nacional de 140 mil millones exportó por valor de 13.000 millones. Cuba, país subdesarrollado, de bajo nivel de vida, sobre una renta de 551 millones de dólares exportó 350 millones.

La oligarquía terrateniente argentina es de las más poderosas del mundo. Durante casi un siglo ese poder se acrecentó conjuntamente con el aumento del valor de la propiedad territorial, asociado ese proceso a la inversión de capitales extranjeros posterior a 1860 a través de la política de ferrocarriles y frigoríficos. Menos de 300 familias bonaerenses concentran el monopolio gigantesco de la propiedad de la tierra. Y de este monopolio dependen, por el sistema de arrendamientos, las capas del campesinado medio, sometido a la doble presión de los propietarios y los precios del mercado mundial regulado por los monopolios internacionales, de los cuales las firmas exportadoras y acopiadoras de cereales y las juntas de carnes son apéndices. El resto del país está sometido al mismo régimen de propiedad latifundiaria. En dos oportunidades la clase terrateniente ha sufrido retrocesos políticos: en 1916 y en 1943. Y dos veces, en 1930 y en 1955, ha recuperado el poder mediante golpes militares. El retorno de la oligarquía significó el rudo quebrantamiento de la clase media, que por notable coincidencia, apoyó originariamente ambos golpes contra los gobiernos constitucionales. Esta subsistencia de la antigua Argentina agropecuaria en la nueva o industrial, explica en sus antagonismos históricos, la lucha por el poder político. Pero como la política de carnes depende de la absorción local de los excedentes industriales de los países compradores, a través del sistema multilateral de pagos, al entrar en contradicción esta relación de dependencia a un mercado extranjero con el desarrollo independiente de la industria nacional, la subordinación de la oligarquía al imperialismo inglés es tan estrecha que torna imposible mantener el equilibrio social. Esto hace inevitable una revolución de fondo cuyas condiciones históricas están dadas en la Argentina.[40]

Coincidente con este retorno de la oligarquía, los hombres de negocios han hablado de

---

[40] Isabel Sisk y Roberto Rennie dan las siguientes cifras del crecimiento industrial antes de la Revolución de 1943: En los últimos 21 años transcurridos desde 1914 a 1935, el número de obreros industriales aumentó sólo en un 24%. En los 6 años que median entre 1935 y 1941 aumentaron en un 79%. Citamos algunas cifras comparativas. En 1935 los establecimientos industriales sumaban 40.000; en 1941 ascendían a 60.000. En 1935 había 462.000 obrero; en 1941, 829.000. En 1935 los salarios totalizaban 737 millones de pesos, en 1941, 1.248 millones de pesos. Con relación a 1935 el valor de los productos manufactureros, en 1941 se duplicó. De más está señalar que el proceso posterior de crecimiento ha sido notablemente superior a esas cifras. Pero la clase terrateniente se empeña en retroceder a la antigua categoría agraria.

literatura y los intelectuales puros de política. El presidente de la Sociedad Rural Argentina, doctor Juan José Blaquier, el 30 de agosto de 1956 –en el mismo local en que fuera silbado un ministro de Yrigoyen– hace el elogio de *Don Segundo Sombra* y apela a su "numen generoso" extendiendo su mensaje "al insigne autor de aquella biblia gaucha, para que su simbólica sombra cobije como un signo promisorio y viril de espíritu eterno que anima nuestros campos". Así el régimen de opresión terrateniente se convierte en moral eterna de la nacionalidad. El mismo ganadero publica en *La Nación* un artículo en el que, entre otras cosas, dice:

"Emancipada nuestra patria, ya tuvo así asignado su destino. Ese destino que bien pudo calificar Aldous Huxley en *Un mundo feliz*, como el de productor de la cuota alimentaria para otras naciones dominadas por la industrialización o el maquinismo."

Nada tiene que ver la sátira de Huxley con lo expresado por el presidente de la Sociedad Rural. Pero tratándose de un ganadero no se le puede exigir mucho en cuestiones literarias, y menos aún a los literatos que incursionan en economía, como Ernesto Sabato, que publicó en un diario de esta ciudad un artículo de adhesión a las ideas económicas de Raúl Prebisch.

"Corresponde entonces –continúa el ganadero– incrementar la producción agropecuaria, que es fuente segura de divisas, reconquistando a la vez mercados que habíamos perdido y ganando, de ser posible, otros, en los que debe Imponerse su indiscutible calidad. Cumpliremos así nuestro destino de pueblo pastoril y agrícola abastecedor de otros pueblos, y para ello contamos con la Flota Mercante del Estado cuya creación fue cabalmente inspirada por el ex presidente de la Sociedad Rural, doctor Adolfo Bioy Casares desde la tribuna de uno de los torneos de Palermo Así, bajo el pabellón de la patria y con nuestros 'gauchos al timón', podremos transportar nuestros excelentes productos hasta los confines más lejanos."

Si bien no se puede ser exigente en literatura con los ganaderos, en materia histórica –historia reciente–, la cosa cambia. La flota mercante fue estimulada, en primer término, por Hipólito Yrigoyen. Recibió apoyo relativo durante el gobierno de Ramón S. Castillo, por imposición de Inglaterra, entonces en guerra, y cuyas naves fueron entregadas al gobierno argentino con cargo de retroventa. Se quería evitar, al amparo de la neutralidad argentina, el bombardeo de navíos ingleses por los alemanes. El verdadero impulso a la marina mercante es posterior a 1945, y desde entonces se convierte en una de las primeras del mundo. Pero lo importante es la tesis del

ganadero: la Argentina debe retornar al coloniaje. Por los mismos días el embajador argentino en Londres, doctor Alberto Candiotti, según cable del diario *La Razón*, recibió a una delegación de la juventud británica que manifestó su adhesión a la Revolución Libertadora. "Finalmente –dice el cable– los representantes de la juventud británica expresaron su admiración al embajador argentino por la rapidez de la recuperación argentina". Esta afirmación juvenil se cohonesta con un curioso telegrama de *The Times*: "El gobierno provisional disfruta del apoyo de la gran mayoría de la clase superior y media... Hoy se ven más policías en las calles de Buenos Aires, pero sin duda son reclutas inexpertos (sic) muy direrentes a los maduros combatientes de la dictadura". Por su parte, los intelectuales puros intervienen en política. Enrique Rodríguez Larreta formula declaraciones en diarios, de retorno de un viaje trasatlántico que también trae al embajador de S. M. Británica, sir Francis Evans. Manifiesta el autor de *La gloria de Don Ramiro* que ha combatido por "razones que se reserva" el proyecto de convenio petrolífero del gobierno peronista, pero que, concertado por otras manos esas razones desaparecen, o sea, firmado por la oligarquía, el convenio es excelente. Pero Rodríguez Larreta sugiere algo más: la explotación del petróleo por Inglaterra: "El asunto del canal de Suez –declara– es bien claro... Pienso que Inglaterra tendrá que mirar más hacia América... especialmente hacia la Argentina... Inglaterra corre el peligro de perder sus fuentes de petróleo en Oriente, y creo que este es el momento, dada la garantía moral de la Revolución, de encarar la explotación de nuestro subsuelo".

Por su parte, Jorge Luis Borges deja los infolios polvorientos y desciende al mundo, como dice Freilligrath, "con la frente en llamas":

"El descalabro económico de la dictadura dejó exhausto al país."

Al mismo tiempo es incorporado a la Academia de Letras, y en la correspondiente letanía académica, habla inesperadamente de tradiciones, como Juan José Blaquier. Naturalmente, tradiciones literarias:

"Quiero decir con esto que a la larga todo es tradición... Compenetrado de lo que ella es, siento verdadera honra en haber sido incorporado a la Academia de Letras, que me ofrece otro margen para cumplir mi destino."

Mientras Pinedo y Prebisch vuelven como miembros de la Academia de Ciencias Económicas y Saavedra Lamas es incorporado a la de Derecho, Borges ocupa un sillón en la

Academia de Letras. La Universidad Nacional de Cuyo le otorga el grado de "doctor honoris causa". Su trabajo de recepción versa sobre el poeta inglés Yeats. El diario *La Prensa* dice:

"Al agradecer la distinción, el señor Borges se sirvió de una parábola inglesa como símbolo para configurar las inciertas relaciones entre el escritor y el lector, y dijo que siempre aquél recibe testimonio de que no está en soledad."

Esta comprensión repentina de que la soledad del escritor es militancia política, le lleva a formular declaraciones extraliterarias en Montevideo:

"Aramburu y Rojas podrán estar equivocados, pero nunca serán culpables. Por eso considero mala la actitud de Martínez Estrada, que ha dado conferencias y hecho publicaciones que significan un elogio a Perón. (*Acción de Montevideo*, 4 de junio de 1956.)

Martínez Estrada le contestó que era "un turiferario a sueldo".

El sincronismo de los intelectuales

El caso de Borges no es aislado. Corresponde a un fenómeno de grupo. Mientras Borges, desde la Dirección de la Biblioteca Nacional que dirigiera Paul Groussac, declara que reconstruirá el edificio "para que la sala de niños no sea un corredor de engendros de pulmonía" –frase emponzoñada por un odio innoble– Vicente Barbieri (Premio Nacional de Poesía durante el régimen peronista) imagina a los dictadores en "angustia eterna" y pedirá "un arenal para el prófugo donde no haya nada que albergara su alma culpable". Roberto Giusti, rememorando el espíritu prosopopéyico de Mármol, hablará de "los colosos arrancados de la toponimia, la flora, la fauna, el santoral y la misma esfera celeste, yazgan derribados, convertidos en polvo, hollados por todos los pies".

Pero el frente inexpugnable de la Cultura empieza bien pronto a resquebrajarse.[41]

---

[41] Los intelectuales vinculados a la revista *Sur* y su filial política ASCUA expresan su prudente oportunismo burocrático: "ante la persistente campaña de sospechas y acusaciones que en estos días trata de agitar la opinión, los escritores que firman esta nota reiteran su plena confianza en el gobierno de la Revolución Libertadora. Entendamos que los hombres de este

El proceso histórico que los intelectuales no han comprendido los desconcierta, los perturba, los rebalsa. Ezequiel Martínez Estrada, en una especie de reminiscencia del *¿Quo Vadis?* de Enrique Sienkiewicz, se pregunta: "¿Qué es esto?". El interrogante revela tres cosas al sociólogo argentino y poeta: 1º) Que algo ha pasado en el país. 2°) Que los intelectuales lo ignoraban. 3º) Que no saben qué hacer. La realidad argentina, recién descubierta, no encaja dentro de las adulteraciones que han formulado durante veinticinco años. Como reconocer este hecho implicaría negar la propia obra, Martínez Estrada acude a las grandes reconstrucciones cosmogónicas para explicar un hecho simple: la aparición de la clase obrera en la historia argentina. Completamente desorientado, escribe:

"Al irse –se refiere a Perón– nos ha dado más que la impresión cabal de su estatura superior a la normal, la de la pequeñez de sus rivales y enemigos. Ahora parece el nuestro, el que abandonó, un país de liliputienses, antes parecía un país de cuatreros."

Este juicio muestra la improvidad de los intelectuales argentinos. El país era, para Martínez

---

gobierno prosiguen juiciosamente en la paz la obra iniciada con las armas en setiembre de 1955 y van encaminando la patria hacia un porvenir sereno y honroso. Juzgar y censurar la cosa pública es un derecho inalienable al que no renunciaremos, pero no podemos olvidar que el país sale de una zona de infamia y *que nuestra discordia favorecerá fatalmente a los opresores de ayer*. Por eso nos vemos obligados a condenar a quienes perturban el afianzamiento de la Revolución". Firman la nota: Margarita Abella Caprile, Marta Acosta, Ángel Acuña, Horacio Armani, José P. Barreiro, Roy Bartolomew, Horacio Jorge Becco, José Bianco, Adolfo Bioy Casares, J. Blanco Amor, J. L. Borges, Julio Caillet Bois, A. Capdevila, J. E. Clemente, Nicolás Cócaro, A. M. Delfino, Osvado H. Dondo, B. Edelberg, C. Gándara, J. C. Ghiano, A. Grondona, M. Harriague, A. Jasca, M. Loncelotti, J. L. Lanuza, R. Leviller, L. M. Lozzia, R. Ledesma, F. S. de Mantovani, Arturo Marasso, C. Mastronardi, F. Márquez Miranda, A. M. Lafinur, M. Menasché, A. Mitre, Mujica Láinez, R. Navarro, Silvina Ocampo, A. Olivera, F. Pedrido, A. L. Pérez Zelaschi, M. Peyrou, E. Pezzoni, H. E. Ratti, Héctor Raurich, J. Rest, J. L. Ríos Patrón, F. Romero, O. Rivas Ronney, C. Rosales, Rosenthal, R. Sáenz Hayes, C. Sánchez Viamonte, G. de Torre, Leopoldo Torre, L. de Vedia y Mitre, Marcos Victoria, H. Villordo, C. Viola Soto, J. Vocos Lescano, C. Warnes, Alfredo Weis, G. Whitelow, J. R. Wolcock, E. W. Álzaga y Wally Zenner.

Estrada, lo que a él le parecía. Y resultó otra cosa. El escritor, ahora, descubre al proletariado entre declaraciones cristianas y aquella simpatía por el marxismo que le llevó al propio Marx a exclamar: "¡Yo no soy marxista!". Sólo atina a ver que la clase obrera se ha convertido:

"... en una fuerza tremenda y agresiva que hacía peligrar los cimientos mismos de una sociedad constituida con sólo una parte del elemento humano."

Así, sin proponérselo, el contradictorio sociólogo, justifica al demagogo y a las masas. Pero el paso definitivo del apocalipsis bíblico a la humilde realidad amedrenta al filósofo. Entonces, define a la clase obrera, mediante la novedosa comparación con Rosas:

"Era asimismo la mazorca, pues salió de los frigoríficos como la otra salió de los saladeros."

La ética cristiana de E. Martínez Estrada se resuelve en fábula histórica y reaccionaria. Finalmente, en una burda analogía, al comparar a la clase obrera moderna con el proletariado parasitario de Roma, producto de la organización esclavista y no de la industria moderna, cae en la astrakanada histórica. Llamará "servidumbre ruda" a la posición de la clase obrera nacionalmente orientada, para concluir que el pasado –ese pasado que ha enjuiciado en sus libros sin llegar nunca al fondo de la cuestión histórica– era preferible al presente. Para probar su teoría acude a escenarios dantescos, donde Nerón, Hitler, los obreros de Berisso, se amasan a Confucio, los fenicios, con los cartagineses, Heráclito, Jesús, las Santas Escrituras, los Jueces, los Profetas, los Apóstoles, los anarquistas, Winston Churchill, el Libro de Tao, Dante, Catalina de Siena, Espinoza, Tolstoi y Leónidas Barletta, opuestos a von Clausewitz, Chamberlain y von Schlieffen. Con lo que prueba que el espíritu de Lao Tse vence a la Blitzkrieg. La teoría no es mala:

"En verdad, Filosofía, Teodicea y Ética se reducen a dos palabras: Mando y Obediencia. Hay que ser muy brutos para no entenderlo."

………

"Si recurro a fuentes antiquísimas y exóticas es porque deseo poner fuera de controversia la verdad inspirada por los dioses a los hombres, diferenciándola de la verdad inspirada por los diablos a los malvados."

Esta tesis de las dos verdades con relación al movimiento sindical argentino, supera al

dualismo persa, la religión órfica, la lucha de los titanes babilónicos, el maniqueísmo, el arrianismo, etc. Por eso está fuera de concurso.

"Son dos órdenes de sabiduría perfectamente legales por igual. Se trata de la posición que se haya tomado, acaso antes de nacer, antes de la vida, ante los seres humanos, los animales y las cosas, y sobre todo ante las relaciones entre todos y los dioses. Comprendemos que jamás podremos entendernos vosotros y nosotros, porque en ei mismo grado somos invulnerables."

En este neopaganismo mental, el orfismo, la moderna psicología prenatal –sin chocar con el libre albedrío pues para el filósofo argentino ésas son disputas escolásticas– tornan incomunicables a los buenos y a los malos. O como dice el aguerrido pensador:

"... son seres distintos, que unos tienen el corazón a la derecha y otros a la izquierda... La fuerza es nuestra.. Nosotros mandamos en los que mandan a los que mandan Nosotros los civiles"

El enigma ha sido resuelto. Se llamaba Perón. A esta conclusión arriba E. Martínez Estrada, quo según el semanario *Propósitos* es "sin discusión el más grande escritor argentino contemporáneo y el que más cosas tiene que decir en la ardua discusión nacional".[42]

---

[42] Una venerable figura del grupo, Roberto Giusti, normalmente tan discreto, le ha salido al paso a E. Martínez Estrada a raíz del libro *¿Qué es esto?* Roberto Giusti es el crítico del lugar común. Y él, con su habitual modestia, no lo niega. En un curioso artículo publicado en 1947, y que refleja bien sus gustos literarios expone su filosofía de la vida en una proclama surrealista y pacifista:

"Subterráneos, ruidos de sables, sordo rodar de cañones, ostensible mercado de armas terrestres y aéreas, obstinada construcción de cuarteles y reduciros defensivos. Mientras la Argentina vestida de frac hace genuflexiones en las recepciones diplomáticas y tiendo la mano cordial en la mesa de las conferencias, la que ciñe la espada la afila entre codiciosa y temerosa, detrás de la puerta. Venus y Mercurio sonríen y halagan mientras Vulcano forja en sus cadenas las armas del sangriento Marte. Esto es abreviar en imágenes poéticas, pero siempre válidas, una historia dolorosamente contemporánea."

Tal el primer crítico argentino. No es fácil individualizar en 1947, después del 17 de octubre, a la Argentina de frac, ni tampoco sencillo probar, con tales imágenes, la falta de

Esta afirmación invita a un breve análisis. El filósofo tiene mucho que decir sobre la cuestión nacional. Pero su propia confesión, después "de cuarenta años de carrera victoriosa" –así habla de sí mismo–, asegura que no entiende nada. Se trata de la derrota de la inteligencia falsa, el pompierismo literario disfrazado de Historia. Y la derrota de Martínez Estrada es la de su generación intelectual:

"…no somos obreristas, como en realidad no lo somos, sino intelectuales que se compadecen de los pobres

---

libertad de prensa. Mucho más difícil es interpretar el simbolismo mitológico al que acude. Lugo de aludir a Norman Angell, Dante y Ramón J. Cárcano, en el mismo artículo se lee al final:

"Después de haber leído así como la invitación de la cancillería a los gobiernos de América y a la Santa Sede a adherir a la causa de la pacificación... aún es pertinente la humildísima palabra carente de resonancia de los que piensan como yo." La novísima contribución de Roberto Giusti es la idea del desarme mundial. Y el artículo termina así:

"¿He escrito lugares comunes? ¡Ah, si todos los hombres del mundo escribieran otros lugares comunes parecidos, qué ancha y respirable se pondría de golpe la tierra!"

Este final recuerda las reflexiones póstumas del asesino en el melodrama de Pixérécourt *Celina o la hija del Misterio*. Luego de una serie de espantosos crímenes –a raíz de uno de ellos un anciano ciego del susto se quedó mudo y del ruido se quedó sordo– al fin triunfa el bien, y el asesino condenado a la horca exclama:

"¡Ah!, si comprendieseis qué clase de remordimientos de conciencia, de torturas morales sufre el criminal en la tierra, habría muchos menos crímenes."

Pero el crítico, con Martínez Estrada, cambia de estilo. Roberto Giusti, optimista por naturaleza, llama pesimista la declaración política del autor de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*:

"El peligro de libros como el comentado... reside en que engendra confusión y resentimientos antisociales en las mentes proclives a las soluciones extremas, perfectas, mesiánicas... apartando a los hombres de buena voluntad y singularmente a la juventud."

…………………………………………………………………………………………………

"Por ese camino, si bien enemigo del peronismo, viene a colaborar involuntariamente con el peso de su autoridad en la perduración del mito que tuvo concreción el 17 de octubre."

Juicio que prueba dos cosas: 1º) Que Giusti, por lo menos ha comprendido el libro; 2°) Que Martínez Estrada es tan profundo como aquel profesor alemán que probaba lo contrario de

y desamparados.”

Es el evangelismo de Schweitzer elogiado por el semanario comunista. Ese pueblo entrevisto por Martínez Estrada, “objeto de misericordia y ayuda”..., “lo he conocido y descubierto en mis muchos años de hospital”. Que por vía del sufrimiento individual, se haya acercado al pueblo, no nos parece objetable. Pero es una mayúscula hipocresía que, en lugar de deducir de este hecho

---

lo que quería demostrar.

Pero Giusti, fuera de estas alarmas, vuelve a Mitre. Con los difuntos no hay peligro. En la Academia Argentina de Letras pronuncia una conferencia sobre Mitre, poeta, el 27 de noviembre de 1956. Entre otras cosas dice: “Mitre poseyó una aguda conciencia artística... lo certifica... la insistencia con que a través de las tres ediciones autorizadas de sus rimas eliminó ripios, limó asperezas, enmendó metros, rehizo estrofas, quitó, agregó, cambió.” Todo inútil. He aquí algunas expresiones de este celo de poeta:

………………………………………………

“Salud, página inmensa de la historia
divino resplandor de la memoria,
fuente de personal inspiración;
en tus alas de fuego me sublimas
y al entusiasmo sacro en que me animas
calientas mi cabeza y corazón.”

………………………………………………

Los ripios, como los antiguos guerreros persas, mueren cantando.

………………………………………………

“Las mesnadas de torpes asesinos
que deshonraron el nombre de argentinos
volaron cual hambriento gavilán;
y al bárbaro son del clamoreo
llegan ante el gran Montevideo
donde los libres en su puesto están.”

¡Talán, talán!

Pese a que sus amigos le aconsejaron prudentemente no publicara sus rimas, Mitre era

sus errores, se arrogue el derecho de señalar rutas a ese mismo pueblo que le reveló que vivía en el trasmundo, en esa su nocturna travesía espiritual donde los perros ladran a la luna. El pueblo es bueno cuando consuela al filósofo enfermo, malo cuando vota. Aunque más no sea por esta concesión, los que ayer lo elogiaron hoy lo excomulgan y sus artículos son rechazados "por quien ahora dirige la cuadriga de caballos de la prensa controlada por el gobierno". Se indigna entonces contra quienes se dedican a "escupir a la luciérnaga". La luciérnaga es él.

"Véase el ejemplo –dirá refiriéndose a la propaganda democrática, igual en técnica y propósitos a la de 1930– de lo que se le da al pueblo para nutrirlo y educarlo: óiganse por radio los boletines oficiales, léanse los discursos y declaraciones de los dirigentes políticos, de los líderes de la opinión pública, no de las épocas oprobiosas, sino a partir del 20 de setiembre a la fecha ¡Qué literatura y qué retórica! ¡Qué filosofía política y qué doctrina cívica más grosera e impropia de un país culto!..."

Ezequiel Martínez Estrada está desazonado. La prensa, los políticos, los boletines oficiales no influyen en el pueblo. Y es que el pueblo no es lo que Martínez Estrada cree. En cambio, los

---

testarudo y la traducción de la *Divina Comedia* no lo había desanimado. Se hizo sonetista:

………………………………………………
"Hija mía, el amor es un espejo
do la coqueta busca su reflejo
llena de vanidad.
Más tarde el corazón da grata calma
e inoculando la virtud en su alma
la empapa en castidad.
También es un abismo en que la mano
un borde de que asirse busca en vano
y resbalan sus pies
como el incauto niño que inocente
se contempla y se baña en una fuente
y se ahoga después."

Aparte de que es imposible saber cómo un niño puede bañarse en una fuente –en la que hace pie– para después ahogarse, a esto Roberto Giusti le llama "la aguda conciencia artística" de Mitre.

intelectuales son como son.

La revista *Sur* y la libertad[43]

En el mes de diciembre de 1955 la revista *Sur* publicó un número especial dedicado a la "reconstrucción nacional". Después de veinticinco años de literatura pura, el grupo se organizó en falange macedónica. El equipo de la revista, al aparecer la publicación, actuaba ya en los diarios y en todos los órganos de la cultura oficial. Esta renovación intelectual le merece al diario *La Prensa* la siguiente opinión editorial:

> "A la manera de otro renacimiento que significó según la definición más generalizada una vuelta a la Antigüedad clásica griega y latina, la vida intelectual y artística de Buenos Aires ha vuelto a tomar el ritmo y el sentido que tuviera hace diez años y que le ganaron un lugar señalado entre las capitales cultas del mundo. En otros órdenes de actividades, como el económico, el tránsito de una época de tiranía a una era de libertad, no puede hacerse bruscamente sin que se produzcan perturbaciones, por lo que es necesario esperar pacientemente a que se restablezca el equilibrio. Afortunadamente esa ley no rige para las manifestaciones más nobles del espíritu, las que, apenas desaparecidas las trabas que se oponían a su expansión, hacen eclosión en forma súbita como un fluido sometido a alta presión. Tal es lo que está sucediendo en todo el país, principalmente en esta capital. Tras un triste decenio de oscurantismo, en que toda manifestación intelectual o artística debió estar y estuvo impregnada de una supuesta doctrina nacional y al servicio de la propaganda de su único inspirador, la vida espiritual se mueve ahora en el ambiente de libertad de concepción y de expresión propicio para que dé sus mejores frutos."

Este número es importante, porque muestra el Renacimiento de que habla el diario, y desde

---

[43] Los fragmentos que se comentan en este capítulo no tienden a una valoración intelectual de los autores sino a destacar el denominador común que los nivela. En cierto modo, estos escritores, son hermanos siameses del espíritu. E1 escaso valor literario de los textos citados, mide la altura de la crítica que se reduce a la interpretación del contenido político de los mismos. En este número de *Sur* –237, noviembre-diciembre de 1955–, figuran los siguientes colaboradores: Victoria Ocampo, J. L. Borges, Francisco Romero, Vicente Fatone, Juan Mantovani, Sebastián Soler, Carmen Gándara, Manuel Río, Manuel Mercader, S. J., Héctor Pozzi, Silvina Ocampo, A. Girri, E. González Lanuza, C. Mastronardi, G. de Torre, B. Canal Feijoo, A. Prior, J. Paita, F. S. de Mantovani, E. Sabato, V. Massuh, N. Rodríguez Bustamente, C. Peralta, I. Halperin Donghi, H, Cowers, H. O. Ciarlo.

el punto de vista documental, permite una visión sintética de la mentalidad del círculo.

Alberto Girri, un poeta, dirá:

“Hemos sido hechos salvos (sic),
¿y ahora, qué?
Tras el breve gusto de la euforia,
el pasado retomará su marcha,
el mismo funeral de hace cien años,
y estos símbolos que nos devuelven,
este país, este Río de la Plata,
intentará de nuevo redimirse,
olvidando que entre tiempo y tiempo
el espíritu repite sus infecciones.”

El verso, forzado por las circunstancias, desarrolla, sin embargo, una ideología. ¿Qué dice Alberto Girri, poeta entronizado por *Sur*? “*Somos libres, pero luego del sacro furor de la victoria, convenimos que esta comedia de la libertad es bastante aburrida. Lo único interesante es que, con la excusa de Juan Manuel de Rosas, el pasado volverá como en los tiempos áureos de la oligarquía liberal, unitaria, porteña, rioplatense. Y por un tiempo olvidaremos –aunque no hay que confiar mucho– la vulgaridad de una revolución popular, pues lo bueno de todo esto es que se está poniendo peor*”.

Y así, unidos Mallarmé y César Vallejo bajo el espíritu tutelar de Victoria Ocampo, Alberto Girri, al decir lo contrario de lo que se propone, deja incumplida la verdad del poeta:

“No es la lógica lo que el poema canta, sino la vida, aunque no es la vida lo que le da estructura, sino la lógica.”

Manuel Machado

E. González Lanuza llamará “pavada” al justicialismo. Y dirá:

“Las cosas evidentes aceptadas por todos los pueblos desde los albores de su civilización más rudimentaria, el respeto de los ancianos, la protección de la infancia, las conquistas sociales por nadie discutidas ya en el planeta, se presentaron como sensacionales descubrimientos: los derechos del trabajador, de la ancianidad o del

niño, como si antes de su advenimiento al poder en nuestro país se hubiese asesinado a los viejos y comido crudos a los niños."

En efecto, la lucha de la humanidad, desde sus albores, ha sido la aspiración a una vida mejor. La Historia –como hazaña de la libertad que habla Croce– ha sido eso. Pero mucho más la historia del fracaso de esa lucha frente al egoísmo de las clases opresoras. Recién en los tiempos modernos, y no sin sangre, las mayorías han conquistado sus derechos. No es cierto, en cambio, que esos derechos existiesen en la Argentina. Es verdad que no se asesinaban ancianos. Morían en los portales de los hospicios. Es verdad que, en la Argentina, nadie se comía crudos a los niños. Morían, como lo demuestran los índices de natalidad y mortalidad infantil, víctimas de la escrófula, la desnutrición, la tuberculosis, o eran explotados en el mercado como etíopes.[44] Es verdad que en esa época "hubo ministros que dijeron sus discursos en verso", del mismo modo que en la era del renacimiento cultural el presidente provisional de la República, Gral. Pedro Eugenio Aramburu, los modula al estilo de *El Cantar de los Cantares*. El señor Lanuza miente en prosa, como Alberto Girri en verso. Al reiterar un lugar común del círculo, dirá:

"Frente a cada fenómeno político social como el que nos abruma la prudencia aconseja sentirnos solidariamente responsables, aunque como es lógico, con las naturales diferencias de grado."

De acuerdo. No es igual la responsabilidad de la oligarquía como clase social que la del escritor a su servicio. Es una cuestión de grado.

Carlos Mastronardi hablará del periodismo de ayer, de la libertad de prensa y del estilo elevado. Pero literatura y prensa no pueden escindirse:

"Al fanático innumerable le parecía absurdo que se dedicasen algunas líneas a Melville o a Joyce cuando las

[44] El número de personas, por familias individuales hacinadas en una sola pieza, ascendía a 7 millones. La clase obrera aportaba a esta cifra el 80% del total. Las estadísticas escolares y militares dan 5 millones de argentinos desnutridos. Sólo en la Capital Federal, 1 millón de personas se alimentaban deficientemente. Morían anualmente de tuberculosis 300 mil personas y había 666.000 enfermos. El 50% de los conscriptos, no prestaban servicio militar. En Jujuy la mortalidad infantil alcanzó límites de los más altos del mundo, 400 por mil. Grandes masas de población no conocían la leche, etc., etc., etc.

resplandecientes conquistas del 'justicialismo' no habían sido lo bastante alabadas en las hojas periódicas.”

Y añade:

“... cuando los diarios eran regidos por el dictador cesante imperaban algunas severas convenciones que no se podían quebrantar sin quebranto personal, sin la inmediata reprimenda de la famosa secretaría de prensa y difusión.”

El 16 de octubre de 1956, la Asociación de Prensa Extranjera, se dirigió a la misma repartición en los siguientes términos:

“Muy estimado señor Lanús: Esta Asociación no puede menos de protestar contra la forma selectiva en que usted, últimamente invita a los periodistas extranjeros... En todas partes del mundo democrático es tarea principal de los secretarios de prensa de los gobiernos organizar estas reuniones que son nuestra primerísima fuente de información. *En todas partes del mundo democrático se logra este propósito en forma equitativa y satisfactoria menos en la Argentina*... Nos vemos precisados a dar cuenta de nuestra actitud a las agencias noticiosas a fin de justificar la omisión informativa en que los corresponsales extranjeros hemos incurrido esta vez con tan pocas excepciones. Esperamos sinceramente que sus próximas invitaciones muestren un poco más de 'fair play' frente a los periodistas extranjeros y que ante todo no tome a mal nuestra protesta que consideramos crítica constructiva.” *(Asociación de Prensa Extranjera en la República Argentina.)*

El articulista dirá:

“El periodismo ejerce un influjo instantáneo y dilatado sobre la sensibilidad colectiva... Confiemos en que volverá a ser, ya recobrados los bienes morales que nos definen, capaz de equidad, el valor y la sonrisa.”

El resultado fue no la sonrisa sino el sarcasmo de los corresponsales de la prensa mundial. Mientras tanto los canillitas que voceaban diarios opuestos al gobierno eran encarcelados y los órganos de expresión clausurados. La revista *Sur*, en cambio, desde su fundación, nunca dejó de aparecer.

La estatua de la libertad

La sinceridad de Carmen Gándara es algo distinta. Ella canta a la libertad por la vía del irracional

poético. Su amor por la libertad, como un formidable hechizo, en seguida se desvanece:

"La verdad es que pocas palabras dicen menos... Pocas son más ligeras de sustancia... Libertad ¿de qué? ¿Y para qué? ¿Y en qué?

……………………………………………………………………………………………………

"Si ha sido bastantemente un sueño... Pero sueño ¿de qué? ¿Qué es lo que estaba dormido o semidormido en ese lapso? ¿No ha sido un sueño que venía de mucho antes y una pesadilla incrustada en ese sueño?"

Este sueño de libertad recuerda a la princesa embrujada del cuento de hadas que al abrir los ojos preguntó oficialmente: ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? El hastío les hacía hablar de libertad y la "libertad" los volvió a sumir en el hastío.

Luego de algunas dudas voluptuosas desentrañará el significado de la palabra libertad:

"La libertad es un llamado. La libertad es una invitación al orden."

Al orden de Paul Valery. Y así, poesía y derecho, consagran sus esponsales sagrados de acuerdo a los privilegios de las clases propietarias. Que dudan de la libertad pero no de los gases lacrimógenos.

Si Cármen Gándara no sabe bien de qué se trata, Bernardo Canal Feijóo tampoco. Pero su embrujamiento es más pesado. "¿Qué hacer?", se pregunta el heredero intelectual de Martínez Estrada luego del triunfo de la libertad. Y le pasa con la libertad lo que a San Agustín con la idea del tiempo, la sentía en su corazón, pero cuando quería expresarla se quedaba más perplejo que un profesor universitario:

"Si los acontecimientos de esos doce años no nos hubiesen sorprendido dormidos..."

Un sueño que los intelectuales tipo Canal Feijóo padecieron como el destierro celeste de los ángeles caídos. Y agrega:

"¿Hubieran podido producirse esas cosas que hoy nos parecen una pesadilla aberrante si las juzgamos a la luz de lo que siempre habíamos supuesto la buena tradición y el carácter argentinos?"

Dicho de otro modo, estos intelectuales apartados de la realidad “por una pesadilla aberrante”, en verdad, lo fueron por el pueblo, cuyas tradiciones y carácter no eran como suponían. Al producirse la revolución popular siguieron durmiendo. Y al despertar retornaron a esas tradiciones y al carácter argentino. Al pasado. Por eso B. Canal Feijóo sigue siendo un folklorista mental. El autor, sin embargo, ante tales problemas nacionales, dirá “yo tengo mis respuestas”. Y las expone en el siguiente estilo:

“... ahora hemos despertado y queremos que este nuevo estado sea una verdadera vigilia. Pero vigilia ¿de qué? ¿Para qué, hacia qué rumbo deberán abrirse los ojos – es claro, después de haber 'realizado’ totalmente la magnitud real y la magnitud virtual (acaso más importante que la real) de la pesadilla superada?”

La pesadilla se ha convertido en realidad. Conserva, es cierto, gramaticalmente hablando, la inconexión, el caos dispersivo de los materiales de los sueños. Pero como toda pesadilla tiene un sentido oculto, en los escritos de Canal Feijóo debe existir también. Mas al que se anime con el segundo sociólogo le asalta en seguida un natural pavor. Para conocer las respuestas del maestro hay que comprar sus libros. El asunto se agrava, pues él mismo confiesa, respecto de sus obras “que descuenta en sus respuestas el máximo de falibilidad”... “pues estos libros eminentemente reversibles”–es decir, que se pueden leer al revés, de derecha a izquierda y de arriba a abajo– “necesitan serios retoques” –que es como escribirlos de nuevo–, y además, son los “únicos amigos del autor” porque “a falta de críticos buenos” –que suele ser el efecto de la falta de buenos escritores– el escritor corre el riesgo de “irresonancias absolutas” –que es justamente el destino de los escritores malos–.

Pero Canal Feijóo, como los astros, no se inmuta. Cree en la cultura como Germán Berdiales en el hada madrina. Estos libros que ha escrito “renunciando a la literatura que me tienta sobre todas las cosas”, como la bola de cristal de Nostradamus, tiene todas las respuestas. Las respuestas son de Juan Bautista Alberdi, que transportadas al estilo de Canal Feijóo son como el funeral post-mortem de Alberdi. Nadie comprende al filósofo que quiso ser poeta. Lo confiesa atribulado:

“Lo que he querido –y no sé si lo he conseguido– porque nadie me lo ha testimoniado, es postular...”

De cualquier modo, el problema del país se vincula con la Constitución “fundamental”. La

Constitución de 1853. La respuesta luminosa es ésta: La Constitución de 1853 era buena y mala, se proponía cosas excelentes y generó cosas detestables. Canal Feijóo se propone probar que la Constitución "nominal" de 1853, ha acabado devorada por la constitución "real", estructural del país. A saber, por la Constitución de 1949. Pero como el país formal la ha derogado, entonces, sale un verdadero parto salomónico del genio:

"Después de cien años puede tenerse la impresión de estarse de nuevo en el principio: pero claro está este principio está ahora 100 años después."

O sea, la Constitución de 1853 carece de vigencia. La de 1949 ha sido derogada. El país real ha sido sustituido por el país formal. Carecemos, pues, de ordenamiento constitucional. Así, este escritor tautológico podrá decir de sus opiniones "que no compromete a nadie ni a nada con ellas".[45]

Para Bernardo Canal Feijóo la cuestión nacional depende del ordenamiento constitucional. Un orden constitucional que mire hacia adentro. Es la buena doctrina, ya que en lugar de derivar al país de la Constitución, ésta es concebida como un producto histórico de las condiciones reales. Pero en seguida dirá que el problema nacional existe porque hay grandes concentraciones urbanas y "las inseguridades de una creciente industrialización" hace que el mal no nos amenace desde afuera, sino de las "campañas empobrecidas" por esa industrialización y no por "la obnubilación de la verdadera conciencia constitucional argentina en la mayoría de los políticos argentinos". La tesis Canal Feijóo-Prebisch, empieza a embarullarse. Pero retomemos el razonamiento del constitucionalista. El mal, entonces, es haberse apartado del pasado y no mirar hacia adentro, pues la etapa constitucional que acaba de cerrarse, "moraba y anhelaba hacia fuera". ¿A quién se refiere el autor? ¿A los pactos regionales que anunciaban un espíritu común de integración latinoamericana? Sea como sea hay que mirar hacia adentro. Al ámbito clausurado

[45] Esto quizá explique por qué el sociólogo concurría asiduamente al Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires, dirigido por el Dr. Alberto Baldrich, y aplaudía contemporizador al conferencista falangista Cecilio Benítez Castro, en 1954 –un año antes de la "pesadilla superada"– y que a pesar de su poderoso sueño de doce años no le impedía realizar incursiones por la Universidad a la caída de la tarde, esa hora, en que según Hegel, "todos los gatos son pardos".

del país agrario. A la Constitución de 1853.

"La integración implica una gran parte de desprendimiento o concesión de lo plural concreto a favor de lo único virtual."

No es fácil saber si lo "plural concreto" es el país o Buenos Aires y lo "único virtual" Buenos Aires o el país. Quizá sea el orden constitucional de 1853 visto desde los cuatro puntos cardinales. Quizá sea la Constitución de 1949. Quizá ambas. Pero sigamos:

"La polarización de la conducta constitucional durante un siglo, en el primer sentido, en el sentido de las concesiones o allanamientos particulares concretos a favor de lo general abstracto han terminado haciendo de lo general abstracto lo único real y positivo y reduciendo lo plural concreto a una máxima virtualización casi límbica. Lo más difícil de aprehender en la realidad política social del país es la realidad de fondo tan virtualizada está bajo los infinitos velos de surprarrealidad de forma y superficie con que la conciencia –buena o mala– o la inconsciencia –angélica o elusiva– política se ha querido disimular 'algo' que está más allá, en esa realidad de fondo, y que, desde luego, desde ya no podría reconocerse con los nombres empleados por los grandes pensadores de las dos primeras grandes revoluciones: grandes distancias, de la asociación, desierto, el terreno de la peste, etc."

Como dice Martínez Estrada hay que ser muy bruto para no entender esto. Pero como esta introducción promete el esclarecimiento de la historia nacional el interés crece. Parece que durante el primer período constitucional la euforia del "progreso" llevó a esa generación a conceder demasiado al extranjero –"el general abstracto" sería el imperialismo– y ahora la tarea consistiría en que lo "plural concreto" –¿el país?– saliese del limbo. De la opresión colonial. La tirada final está en chino arcaico. Sigamos al maestro: propone a renglón seguido volver a la realidad ("mejor –dirá– pasemos a la realidad porque nunca hemos estado verdaderamente en ella"). Ya sabemos que el autor durmió durante varios años. Pero como decía Balzac: "Volvamos a la realidad. Hablemos ahora de Eugenia Grandet". O sea, de la Constitución de 1853. El descubrimiento de Canal Feijóo es que la causa del mal se debe a que la política no ha estado en manos de los intelectuales decepcionados de los partidos cívicos que han apuntado siempre, no a "la constitución nominal y real del país, sino... ¡a la conquista del gobierno!".

"A consecuencia de esta desviación de la puntería, la dialéctica del sustrato ha burlado la historia dialéctica de

los programas del partido incapaces de trascender...”

Adelante con los faroles.

Sabemos una cosa. La cuestión es la Constitución. ¿Pero cómo se hace una Constitución? La Constitución se hace así:

“Proyectándose cada uno sobre la parte que le toca no podrá dejar de encontrarse con los otros en el vórtice de comunión capital de la conciencia constitucional en integración o de integración. Cuando el afán es llevado en profundidad, la libertad de cada uno conduce mejor que ningún otro camino a la comunidad de todos. Nada separa tanto a los hombres como la superficialidad... Digo que la cuestión compromete en masa a toda esa categoría humana situada en el plano de los problemas de la Cultura.”

He aquí la traducción del texto, que si bien no conserva las innovaciones de puntuación y la grandeza del estilo –“Lo que bien se piensa se enuncia claramente”, decía Boileau–, vierte fielmente el significado:

“Tómese harina en cantidad necesaria. Agréguese agua (H_2O) destilada y bátase a punto de nieve. Sométase esta pasta a fuego lento, luego se retira dejándose enfriar durante algunos años. Tómese a todos los argentinos, de Ascua y Berisso, burros o no burros, póngaseles en fila india conservando las jerarquías y páseseles una pincelada de la anterior preparación. De inmediato, todos los argentinos quedarán pegados y con una dorada capa de constitución integral que les dará el conocido aspecto de torta ecléctica o Unión Democrática.”[46]

[46] A este tipo de escritores no hay más remedio que tomarlos en broma. Y más, en los países mentalmente colonizados. En forma seria, se ha referido a ellos, pero con relación a EE.UU., Charles Wright Mills, quien desató en EE.UU. una ola de odio, y la reacción de la Universidad norteamericana, de la cual tuvo que alejarse: “Me parece que semejante falta de inteligibilidad por lo general tiene poco o nada que ver con la complejidad de la materia y nada en absoluto con la profundidad del pensamiento. Con lo que tiene que ver mucho es con ciertas confusiones del escritor académico sobre su propia posición [...]. Mi primer punto es, pues, que la mayor ‘jerigonza’ no tiene ninguna relación con la complejidad de la materia ni de las ideas. Se emplea –creo que casi por completo– para sostener las propias pretensiones académicas: escribir de este modo es decirle al lector (estoy seguro que muchas veces sin saberlo): ‘Sé algo que es muy difícil que puedas entender si primero no aprendes mi difícil lenguaje. Entretanto, no serás más que un periodista, un profano o alguna otra especie de tipo

De esta fórmula quedan excluidos, según el sociólogo, los intelectuales puros:

"Al pensador, al escritor puro debe dejárseles totalmente libres, sobre todo, porque en general no son capaces de entender ciertos problemas temporales (sic) de primera importancia para la razón constitucional, o porque si son capaces de entenderlos no tienen ningún interés en ello."

El juicio, nada halagador para los escritores de *Sur*, viene a decir que si los intelectuales no pueden entender la razón constitucional, y la constitución es el país, tampoco pueden comprender al país. Esto no es un inconveniente para que en manos de tales intelectuales esté la formación cultural de la juventud argentina. Esta intelectualidad, por lo menos en un punto, coincide con el discípulo de Martínez Estrada, en efecto, según Canal Feijóo, el hombre de estas latitudes puede comprender la Cultura pero no construirse una Cultura propia.

Canal Feijóo se siente predestinado por Dios a ser un escritor libre:

"En toda humanidad regida por designios divinos –es decir, libre– siempre habrá dos categorías de escritores: los designados a las antologías y los designados a la fosa común."

¿En cuál de las dos categorías ingresará B. Canal Feijóo, quien si según propia confidencia, no pudo llegar a literato tampoco puede figurar en las antologías?

Pero el sociólogo es libre:

"Hasta el presente la única fuente de eficacia social ha sido la vocación personal en estas esferas. Y las vocaciones, que son la polarización natural, es decir, libre, de los temperamentos, forman parte de los misterios de la vocación cósmica."

Así piensa el segundo sociólogo renacentista.

Un abogado meditabundo

En medio de tantas bravatas heroicas, Sebastián Soler dirá algo significativo:

---

subdesarrollado'". De más está decir que nuestros "pensadores", ni siquiera están a la altura de este juicio. Por eso se los toma en solfa aquí. (Nota a la 2ª edición.)

“Ya hemos visto que la decadencia del derecho no es sino una forma de nombrar la desvalorización de la persona humana. Este es el hecho básico, y lo es tan manifiestamente que el autoexamen a que nos referíamos mostrará que en la realidad de nuestra vida, *hemos preferido cien veces el placer, la comodidad, el dinero, a la dignidad de la autoafirmación virtuosa de nuestras decisiones, y que lo hemos preferido, por cierto, libremente. Y además, nos mostrará que estamos en esta línea de conducta muy acompañados, a pesar de que tanto nosotros como nuestros acompañantes seguimos cantando, y hasta con emoción, libertad, libertad.*”

La ventaja de un jurista sobre el literato es la claridad. Para Sebastián Soler, los contenidos del derecho son universales en su forma ética, pero transitorios en su contenido. El autor cree en la autonomía del derecho, en su independencia de las otras normas, la costumbre, los usos, la religión. Esto es una ilusión. El derecho, aislado de las condiciones económicas en las que nace y a las que sirve, es una abstracción de juristas. Así, para la burguesía del siglo XVIII, el derecho natural consistió en oponer “sus” normas al derecho histórico, tradicional, eterno, de la monarquía y la nobleza: “La libertad es la propiedad, quien no posee no es libre”. Para Soler, el derecho es el medio a través del cual el hombre realiza el ideal ético, inmutable, que alienta en la persona humana. Es el pensamiento de Del Vecchio para quien el derecho es la adecuación progresiva del ser al deber ser. Pero esta racionalización del derecho es un hecho “a posteriori”. La legislación social moderna, por ejemplo, es posterior a las luchas históricas de las clases sociales. Y de ellas derivan nuevas normas jurídicas, incluso la transformación de la naturaleza del Estado, que parece el ente jurídico más abstracto. La forma en que las clases dominantes han reaccionado siempre contra las nuevas formas de derecho –represión violenta, castigos, sanciones penales– ejemplifica el aforismo de Trasímaco: “Justo es lo que agrada al poderoso”. La idea trascendente de justicia se realiza en la Historia –como decía Hegel–, pero esa justicia es la sistematización de realizaciones sociales concretas. Es decir, inmanente a la sociedad, a la actividad práctica del hombre frente a los otros hombres. Para Sebastián Soler, la decadencia del derecho en general –en realidad se trata del derecho históricamente condicionado de la burguesía– es consecuencia de la desvalorización de la persona humana –las rentas del burgués– por el Estado totalitario. Pero en la segunda parte se aclara inesperadamente que la crisis del derecho es la crisis generada en su propio seno por la clase que lo utilizó en su provecho contra el país. Y agrega algo más. De esa crisis, la clase terrateniente es responsable, aunque siga cantando –“y hasta con emoción”– no a la libertad en abstracto, sino la libertad para imponer su propio derecho “libremente”, con las ametralladoras. Por lo menos Sebastián Soler es claro.

Las prisiones de Silvio Pellico

En el mismo número de *Sur*, Victoria Ocampo, en lugar de referirse a la "reconstrucción nacional", habla, como siempre, de sí misma. Así nos enteramos que tiene antepasados comunes con Juan Manuel de Rosas, "cosa inquietante –dice– que me da cierto complejo de expiación". Y que, además, le da la razón a Palma cuando decía, que aquí, en Hispanoamérica, el que no tiene de "inga" tiene de "mandinga". Pero la mazorca, a juzgar por la opinión casi contemporánea de las abuelas, no era tan terrible, aunque Victoria Ocampo, según dice, se empeña infructuosamente en inculcarles a las pacíficas ancianas la historia de Grosso y el horror al "fascio".[47]

Victoria Ocampo, mártir de la inteligencia libre, cuenta que en medio de los horrores de la tiranía encontró consuelo en Gandhi. Es verdad que Victoria Ocampo defendía los intereses de su clase –es decir, de Inglaterra–, en tanto que Gandhi luchaba por su pueblo, es decir, contra Inglaterra. Pero ella, como Francisco I, podría argumentar: "Mi hermano –el emperador Carlos V– y yo estamos completamente de acuerdo, queremos los dos la misma cosa: Milán".

"Para nosotros un acto degradante es siempre degradante, *aunque favorezca el interés nacional.*"

Disraeli decía que Inglaterra no tenía "amigos permanentes sino intereses permanentes". Y Pitt:

"Cuando se trata de comercio hay que defenderlo hasta morir. Es nuestra última trinchera."

---

[47] Esto coincide con la siguiente anécdota. Así como para Flaubert la Comuna de París de 1870 rehabilitaba a los asesinos, para Victoria Ocampo esa tarea le cupo al 17 de Octubre. Se cuenta que en una oportunidad Ernesto Sabato se empeñaba en consolar a Victoria Ocampo de su horror a las masas peronistas. Tarea inútil. Entonces, al escritor se le ocurrió un ejemplo apoyado en los monumentos de la Historia Universal: "Señora, no hay que tomar las cosas tan a pecho. También los jacobinos promovían el mismo terror en la nobleza y hoy sabemos que jacobinos y democracia son la misma cosa." Victoria Ocampo le miró con desconfianza: "¿Y usted cree que jacobinismo y peronismo...? ¡Oh, me lo temía!". Y ambos callaron, abrumados por pensamientos impermeables. Es lo que en literatura se llama el "malentendido".

Pero la escritora argentina prefiere que la política del fin justifica los medios, seguida por todas las naciones con conciencia nacional, se convierta en:

"Nosotros tenemos necesidad de creer que nuestro país se conduce como una persona decente."

Victoria Ocampo debería probar a qué política internacional de indecencia se refiere. Pero como nada dice, se trata sin duda de la política decente de la oligarquía, las antesalas de Julio. A. Roca en Londres, el pago puntual de dividendos extranjeros y la entrega de la soberanía con tal de que se haga con inclinaciones palaciegas. Es la moral del presidente Avellaneda. Hambre argentino y cumplimiento riguroso de los servicios de la deuda extranjera. Es la moral de las rentas:

"Rugieron, comieron, bebieron, juraron que querían
Morir por Inglaterra. ¿Por qué viven, pues? ¡Por sus rentas!
Sangre, sudor y lágrimas arracadas por millones. ¿Por qué? ¡Por sus rentas!"

LORD BYRON

No es lo mismo la prisión de Victoria Ocampo que la de un obrero. Unos defienden sus rentas. Otros el derecho a la vida. Por eso, en la valoración ética o histórica, el encarcelamiento de un humilde conmueve más que la del poderoso que lucha por sus rentas.[48]

---

[48] Lo violatorio de la intención de esta escritora es la explotación del pretexto. Con su detención urde un drama siberiano. Y así cae en la sensiblería de hospital:

"Una de mis compañeras al verme sentada en la cama tapándome los oídos tuvo la bondad de venir a preguntarme si me sentía mal."

Y a renglón seguido las fantasías del patíbulo derivan hacia esta reflexión:

"¿Te acuerdas, Nélida Pardo? Tu camisón blanco, de tela burda, lencería del Buen Pastor, concentró por un momento los débiles rayos de luz que entraban desde afuera... Luego volviste a acostarte como una niña obediente que se siente culpable."

Esto se llama cursilería. Hablará en seguida inspirándose en Jean-Paul Sartre, de los ojos que espían y desnudan "de la cabeza de la celadora". Y de su miedo. Espantoso en el silencio de la prisión, desolada, fría, poblada de seres imaginarios, "du vent, des lups, de la tempête". Ni en

Tal el concepto de la libertad de los intelectuales de *Sur*. Pero cuando la libertad se opone a la libertad de las mayorías, entonces, la vaca sagrada de la libertad es traición a la libertad, a la voluntad del pueblo, materia real de la democracia. Esa es la libertad.

Ha sido resumido el contenido del número de *Sur* dedicado a la libertad y la reconstrucción nacional. Las ideas de un círculo que ha hecho escuela. El español Américo Castro, dará un ejemplo de esta filiación espiritual, y que por lo menos, iguala a Canal Feijóo:

"Entre la idea metafísica, histórica, metahistóríca (o como quieran llamarla) del hombre y la mole, y la mole y revoltijo inacabables de las acciones y acontecimientos presentes o pasados con que nos enfrentamos, inserto en el puesto de las estructuras funcionales y vividuras, pluralizadas, a fin de poder hacer pie en algo real y

---

la cárcel deja de citar en francés. Esto no es sufrimiento. Es cálculo de los efectos, crucifixión literaria, reminiscencias de Ponson du Terrail.

"Últimamente Martínez Estrada me decía que habíamos 'sido casi' todos cobardes (se refería, creo, a nosotros, los escritores) pues hubiéramos debido hacernos matar diciendo la verdad."

La armonía de la libertad duró poco. Y es que la lucha era más que por la libertad, contra un orden que, al desmoronarse los desordenó a ellos, amantes de la libertad parcial y el odio total.

Refiere su prisión en el "Buen Pastor" en tono íntimo, femenino. Como no puede jugar a la canasta lee la Biblia, que ha sido introducida por Monseñor Francheschi mediante un "complot".

……………………………………

Ahora recita un poema carcelario:

"No hay lana la Religiosa
para la rea hacendosa."

Después, otra vez, la soledad. Entonces, la dama de beneficencia que hay en ella, recordando que pronto traerá al país a Lanza del Vasto, disfrazado de canario triste, piensa en reformar el régimen del internado–puesto "que somos verdaderamente cristianos y no sencillamente fariseos". Y recita otro verso carcelario:

"He elegido un poeta argentino, traducido al francés por Roger Caillois, porque sólo recito en francés."

Se trata de "un poema engage (un poema comprometido). El poema es de Borges.

unívoco de la Historia. Todo ser humano se nos aparece, en cuanto hombre y desde esa vividura."

Donde la "razón vital" de Ortega y la "vivencia" de Dilthey convertida en teratología semántica –en "vividura"– alcanza la cumbre del galimatías gramatical, para expresar –ya sabemos que a estos escritores hay que traducirlos– aproximadamente lo siguiente: *No estoy seguro que exista un hombre genérico, un sujeto absoluto de la ética, de la religión. Sólo existe el hombre y su circunstancia, su existencia inserta en la Historia, en el mundo institucionalizado. El hombre es un ser condicionado por la historia, e incurso en ese desarrollo, ve las cosas desde el punto relativo de su situación cultural y no desde la eternidad*. Es lo que en filosofía se llama relativismo de los valores. Y en forma más simple historicismo. Pero Américo Castro es un filósofo.

Y finalmente, Manuel del Río eleva su himno unánime a los héroes:

"Imposible mencionar el hecho sin rendir nuestro homenaje más íntimo a todos aquellos que a través de los años han sacrificado a la nobilísima causa de la vida, los haberes y la fama."

Ninguna vida de ellos fue sacrificada, las rentas se multiplicaron, la fama vuelve, por lo menos desde los diarios del sistema. Pero los que han muerto con el rostro contra el muro, los que no poseían ni fortuna ni fama, tienen por lo menos las palabras del poeta:

"Felices los que han muerto por la tierra carnal,
pero siempre que fuese en una justa guerra.
Felices los que han muerto por cuatro pies de tierra.
Felices los que han muerto con una muerte tal."

CHARLES PEGUY

ASCUA y la misión de los intelectuales

La revista *Sur*, como el mitológico Jano, tiene dos caras, ASCUA —Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo– es el "otro rostro" de la revista *Sur*. Ambos grupos, integrados por los mismos intelectuales, productores y distribuidores de ideas, ejercen un verdadero monopolio literario. ASCUA es la faz contable de la literatura pura.[49]

---

[49] En 1961, repartidos todos los cargos y peleados como perros y gatos, la agrupación se

La declaración de principios de ASCUA del 20 de junio de 1952, luego de enumerar las tradiciones democráticas inspiradas en la Revolución de Mayo –y que históricamente representaron en América el ascenso de la burguesía al poder político en Europa– sostiene que esa tradición consiste en dar la vida a la patria hasta encabezar una revolución continental. Tal era el pensamiento de los más grandes hombres de América –San Martín, Bolívar, Artigas, Monteagudo–, pero ASCUA, que cita a Mayo, desvanece el ideal continental de una América Latina unificada en "la solidaridad y el recíproco apoyo que deben prestarse los movimientos y las organizaciones democráticas en los países de Latinoamérica". No propone, pues, revoluciones nacionales, ni la emancipación de las grandes masas campesinas oprimidas, ni el reencuentro histórico y geográfico de estas nacionalidades. El ideal de Mayo, así renovado, no es otra cosa que el "panamericanismo" que a principios de este siglo impuso Estados Unidos como bandera contra la competencia de Europa. Es la doctrina Monroe con palabras aburridas. La misma que remachó la opresión en América Latina –Cuba, Puerto Rico, Colombia, Panamá, Chile, Bolivia, Brasil, Centroamérica–. Ese panamericanismo, en la actualidad, se ha convertido en la defensa continental, es decir, en pactos militares potenciales con miras a una tercera guerra mundial y el fortalecimiento de organizaciones "democráticas" como la SIP o sindicales como las representadas por provocadores como Serafín Romualdi.

Como remate del pensamiento de Moreno, que había previsto la penetración económica extranjera, los herederos de Mayo creen que hay que luchar:

"... contra la grave y creciente deformación estructural del país, en el que las grandes masas se concentran en una determinada zona, mientas se despueblan extensas regiones del país."

Es el plan, ya conocido, de desmantelamiento industrial y debilitamiento del poder político de la clase trabajadora argentina mediante su redistribución en el campo, que es la forma actualizada de restaurar las potestades que, en sus lejanos orígenes invalidaron la Revolución de Mayo. El ideal de Mayo, aunque abstracto, era progresista. En tanto, sus herederos son reaccionarios aunque se titulen progresistas. Moreno era revolucionario contra la reacción, no sólo hispánica, sino interior. Por eso fusiló a sus enemigos. Los intelectuales de ASCUA son reaccionarios contra el pueblo. Por eso callaron los fusilamientos de 1956. Hablan de Moreno

---

disolvió, es verdad que con declaraciones "democráticas". (Nota a la 2º edición.)

pero no del Plan de Operaciones de Moreno. Y así desentierran un santón democrático que jamás existió. Fuera de eso el parecido es notable.

Dicen defender la democracia. Mas cuando esa democracia se identifica con las masas se abrazan al pedestal de la Cultura y piensan con Flaubert:

"Creo que la multitud, el rebaño, será siempre odioso. Lo único importante es un reducido grupo de inteligencias, siempre las mismas, que se pasan la antorcha."

Cámbiese "reducido grupo de inteligencias" por "inteligencias reducidas" y se tendrá un retrato fiel de *Sur* y de ASCUA, particularmente con referencia a la antorcha.

Carlos Alberto Erro, representante visible del grupo y de Bemberg, reconoce que la aparición de los caudillos respondió a males reales. Pero nada dirá de estos males de estructura –la organización ganadera del país–, ni enjuiciará a la clase terrateniente, a la cual, por otro lado, pertenece. Su juicio se mantendrá flotando en el plano de los noúmenos kantianos. Y terminará atacando a las masas en defensa de eso pasado agropecuario:

"... esas mismas masas mostráronse increíblemente dóciles a la demagogia y al oscurantismo y dispuestas a enajenar su voluntad a los dictados de un amo todopoderoso. Nada pareció significar para ellas la pérdida de valores –una extraña coincidencia con la opinión de Federico Pinedo J. J. H. A.–, que *nos habían permitido disfrutar de un grado de civilización política no común en América*."

La civilización política que defiende, y cuya prueba no intenta, es la traición reiterada a la voluntad popular, la postración de las provincias, la miseria popular. Y en contraposición, la demagogia que ataca, es la rebelión del pueblo argentino, verdadera superación de aquel pasado de barbarie que este intelectual oligárquico denomina "civilización". Es una relamida mentira que en ese pasado –la "década infame" se le ha llamado– existiese una "decorosa libertad de prensa, de cultos, de reunión, de asociación". Como también lo es que se haya permitido al pueblo argentino "vivir con dignidad en un régimen en que la política no está reñida con la ética". Ese régimen, fundado en el fraude, era, por tanto, la negación de la filosofía ética de la democracia como estilo de vida. Y esa prensa la organización colosal de una traición. Pero

Carlos Alberto Erro idealiza el sistema con "la mentira de las ideas elevadas" y las vulgaridades más ampulosas. El parlamentarismo que exalta, legalizó con el consentimiento de los partidos políticos, el "estatuto legal del coloniaje". Y el federalismo que postula, no consiste en la explotación de la riqueza al servicio de una Argentina industrial, cuyas bases están dadas, sino en el mantenimiento del antiguo país "pues nuestro campo, mientras nos debatíamos en aguda crisis, sigue despoblado y cien veces por debajo de su capacidad de producción". Otro embaucamiento que la realidad posterior a 1955 ha desenmascarado, a pesar de las estadísticas del ministro Mercier. Es la tesis de la desintegración de la conciencia nacional atomizada en un proletariado rural sin contacto. Es el "federalismo" que a través de la representación proporcional, del derecho de las provincias a sus fuentes de riqueza –olvidando que históricamente el derecho de la Nación es anterior–, oculta en realidad la voluntad de romper la unidad política del país y la entrega de esa riqueza a los consorcios internacionales, mediante la facultad otorgada a los gobiernos provinciales de contratar empréstitos extranjeros. Avispar los sentimientos locales, bajo esta secreta voluntad destructiva, favorece el centralismo porteño y robustece su poderío económico, frustrándose así las reivindicaciones federales, mediante esa misma Constitución de 1853 que fue el triunfo del unitarismo tras fachada nacional. Si ayer la oligarquía fundó su poder en el fraude, hoy encuentra en estos expedientes –federalismo, representación proporcional– el medio de debilitar la conciencia de la Nación. Este federalismo es la negación de la conciencia nacional organizada. Pero ASCUA lo considera "la única doctrina nacional válida, llena de contenidos universales". El propio Erro ha precisado su pensamiento sobre el federalismo:

"–¡Centinela! ¿Qué dice la historia argentina?

(a lo cual, el centinela, muy civilizado, contesta.)

"El federalismo es el fruto directo de la Revolución de Mayo, vale decir, de la libertad. Es la liberación de los resortes sociales comprimidos durante la colonia, lo que trajo la liberación sociológica (sic) de los caudillos y las montoneras."

Para Erro, el federalismo nace como oposición a España. Pero el federalismo no surgió contra España –que como metrópoli ya no existía–, sino contra Buenos Aires, y se apoyó en instituciones hispánicas, particularmente en los cabildos, que venían de las luchas democráticas de Castilla y Aragón, no de las improvisaciones históricas de Carlos Alberto Erro. El federalismo

fue la negación de la Aduana de Buenos Aires. Se explica así que, para ASCUA, el más grande federalista fuese Rivadavia. Con una interpretación semejante la historiografía argentina ha cerrado su etapa científica definitiva. Carlos Alberto Erro no sólo es historiador. Es literato. En el homenaje tributado al escritor existencialista por la Cámara Argentina del Frío –pues también es industrial además de ganadero–, el agasajado ahondó en el concepto de libertad:

"En los años que acaban de pasar llegó a ser difícil romper el silencio. El silencio es infinitamente valioso cuando sirve para que esplenda y se destaque la mística o se escuche mejor la palabra viva, vehículo del espíritu. Este linaje del silencio parece acunar la armonía y a él acudió seguramente Pitágoras cuando mentó la mística (¿o la música? J. J. H. A.) de las esferas y cuando hablaron de un melodioso silencio como el que es el fondo de los pájaros y renacer de la vida en las primeras horas del alba."

Es un mérito de Carlos Alberto Erro haber inaugurado el nuevo estilo del Renacimiento cultural argentino. Este estilo ha hecho fortuna en la radio –particularmente en Radio del Estado–, en los editoriales de los diarios e inclusive en los documentos oficiales.

La Constitución y la Trinidad

También S. Linares Quintana ve en el federalismo la sustancia de nuestra historia y la panacea contra las dictaduras. Parte de la concepción idealista de que, el orden jurídico, es la muralla contra todo intento de avasallamiento de la libertad humana. Sostiene que el drama argentino consiste en haberse apartado de la Constitución de 1853. La Constitución, para Linares Quintana, es una especie de Dios trascendente, al menos sus atributos son divinos, "pues el hombre como ser racional dotado por el Supremo legislador de libre albedrío puede escoger fines y medios y, por consiguiente salvarse o condenarse". Se trata de un Dios constitucional. Pero como a Dios hay que ayudarlo, el jurista pasa a definir el federalismo:

"…, eL federalismo comporta una manera de fragmentar o dividir el poder y, por ende, un medio eficiente para asegurar el goce efectivo de la libertad del individuo."

Es la tesis ortodoxa del grupo. La libertad individual presupone un Estado Nacional débil y no una máxima concentración del poder comunitario, rasgo definitorio de las grandes naciones, tanto de la Alemania de ayer como de Estados Unidos y Rusia del presente, que son

precisamente federaciones de estados. Para Linares Quintana el orden perfecto no es el Estado. Es el municipio –una institución española– y, además, el único remedio contra los totalitarismos. Es lamentable, dirá, que el progreso tecnológico y científico haya neutralizado al federalismo, "ya que no hay duda que dichos adelantos han influido negativamente sobre el federalismo, ya que el avión supersónico, la radio, la televisión y la energía atómica han debilitado al máximo el sentimiento local o regional". El progreso científico no ha debilitado al federalismo en Estados Unidos. Pero omisiones parecidas no estropean el alegato. Mediante el establecimiento forzado de analogías o de relaciones de este tipo, se puede probar cualquier cosa, por ejemplo, que los argentinos pertenecemos a la cultura china porque nos gusta el arroz o que somos partidarios del Imperio del Sol Naciente porque mandamos a planchar el traje al japonés de la esquina.

Para un jurista democrático no hay proeza imposible cuando se trata de retrotraer el país a la condición de factoría. Piensa como Mitre que "el sistema federal es el más perfecto y el más adecuado a las necesidades y tradiciones de nuestra patria". Pero ya sabemos que el federalismo de Mitre debe entenderse como su antinomia histórica. Tanto lo amaba, que no vaciló en separar a la provincia de Buenos Aires de la Confederación. La inteligencia de la oligarquía es trina. Puede probar cualquier cosa, que lo blanco es negro, que el federalismo es unitarismo y que Mitre era federal. Para eso sus abogados son capaces de fundir a Dios, la Constitución de 1853 y las vacas en una sola persona divina.

Desprovistos de sentido histórico, vinculan hechos históricos irreversibles. Y caen en lugares comunes repetidos en comparsa. Como éste de José P. Barreiro:

"Pero las dos tiranías, a pesar de los recursos de operación y corrupción, que tuvieron en sus manos, no pudieron ahogar las eternas fuerzas morales que la intelectualidad, el trabajo, el civismo ni el afán inminente por la libertad y la justicia, que era el legado de los hombres de Mayo, es decir, que era ley histórica argentina."

La intelectualidad a que se refiere el cronista es, naturalmente, ASCUA. Y asimilar las fuerzas del trabajo a una contrarrevolución oligárquica, no es un error. Es una impostura histórica.

"Por otra parte –dirá el periodista–, la lucha tuvo su encanto en el idealismo, en la belleza, en el ideal superior."

Un idealismo arrullado por el ulular de los aviones de bombardeo.

La crisis liberal de la libertad

Estos son los líderes ilustrados del pueblo y salvadores de la Nación. Ellos, que la humillaron con su propio servilismo intelectual frente al fraude y la opresión imperialista. Hablan hoy el mismo lenguaje de ayer, escriben los mismos versos y se hacen el mismo autobombo hasta llegar a convencerse mutuamente que representan la cultura nacional, cuando en verdad, la han sepultado por partida doble, ayer como comensales y hoy como naturalezas reencarnadas. Literatura y política vuelven a reconciliarse en el lenguaje adocenado de esta casta sacerdotal de las ex víctimas propiciatorias de la libertad. Pero como dice el católico Ignacio B. Anzoátegui, los vivadores de la libertad suelen ser los vividores de la libertad.

Teóricamente, la democracia es antes que nada, educación del pueblo. Pero cuando los intereses colectivos de las masas han entrado en conflicto con el sistema de valores que orienta la conducta de las clases directoras, tal educación se convierte en un peligro y prácticamente es anulada con técnicas educativas indirectas. ¿Qué incentivo puede tener Inglaterra –por ejemplo– en la educación del pueblo iranio cuando la explotación petrolífera en Asia depende de la indefensión cultural y política de las masas indígenas?

En la Argentina, los agrupamientos en defensa de la libertad han partido precisamente de la clase ejecutora de su abolición. De la misma clase que negó derechos políticos al pueblo y controló las fuentes de información. La libertad que estos grupos pregonan ejemplifica bien este pensamiento atribuido a Casimiro Perier o a Louis Veuillot:

> "Cuando sois vosotros los que estáis en el poder, os reclamamos la libertad en nombre de vuestros principios; mas cuando somos nosotros los que estamos en el poder, os la rehusamos en nombre de nuestros principios."

Tales los propósitos de ASCUA, su federalismo antinacional, que ya ha tenido principio de ejecución en la Argentina. A este federalismo se refiere el Centro de Estudios Energéticos General Mosconi, en un documento fragmentariamente publicado por *La Nación*, pese a su importancia, con fecha 28 de noviembre de 1956. Dice:

"... en apartados anteriores a la declaración hácese referencia a las expropiaciones de las empresas del grupo ANSEC 'que fueron determinados por insuficiencia de los servicios que prestaban', y se afirma luego que es *inadmisible que bajo el pretexto de una reivindicación del federalismo, se pretenda reclamar que pasen a la jurisdicción provincial obras construidas con fondos a los cuales ha contribuido la Nación*. Agrégase que entonces se debilitaría a la mencionada empresa estatal, 'que tiene en estudio planes de electrificación de gran envergadura que, por su propia naturaleza, obligan a una interconexión de las redes provinciales y, en consecuencia, por imperio de claras disposiciones constitucionales, caen bajo jurisdicción nacional'."

Hay, pues, coincidencia perfecta entre el retorno de estos grupos intelectuales y las ideas económicas puestas en acción por los intereses nacionales e internacionales que actualmente gravitan sobre el país. Esa "intelligentsia" surgió a la consideración pública y fue tonsurada por la clase dirigente después de 1930. Pero el país ya no es el mismo. Y en la lucha por la liberación nacional uno de los presupuestos esenciales será nacionalizar la inteligencia argentina.

Capítulo VII

El Imperialismo y la pequeño-burguesía de los países dependientes

La opinión pública es una de las caras del poder social. La estabilidad misma del Estado depende de ella. De acuerdo a lo que el Estado representa frente a las relaciones de ese poder, así será la propaganda periodística, radial o cinematográfica. El *New York Herald*, refiriéndose a la ascensión de Hitler, formuló este juicio, aplicable por igual a la formación de la opinión pública norteamericana, de la que alguien ha dicho que es la peor informada del mundo:

"Cualesquiera sean los métodos empleados por el gobierno nazi para obtener éxito electoral, un hecho permanece cierto. Un gobierno moderno tiene poder y medios para aniquilar la individualización de sus ciudadanos y para hacerles pensar, razonar y obrar según sus propios deseos."[50]

La clase media como fuerza de control

[50] Hace pocos años falleció Randolph Hearst, rey de la prensa amarilla en EE.UU. Hearst es uno de los personajes siniestros de nuestro siglo; propietario de una cadena de periódicos y agencias noticiosas, ligadas a los grandes intereses monopolistas norteamericanos, sus centenares de empresas controlan la información del mundo entero. Amasó una fortuna de 300 millones de dólares. El ejemplo de Hearst no es único. América Latina los conoce: Assis de Chateubriand es un caballero de este tipo. Tiene 31 diarios, 5 revistas, 23 radioemisoras y tres televisoras. El mismo Estado le teme. Un diario brasileño le acusaba en 1953 "de haber saqueado los dineros del pueblo durante veinticinco años". Amparado en su poder, estrechamente ligada su inmensa fortuna a los trust internacionales, debía en esa época 190 millones de cruzeiros a diversos bancos privados y 50 millones al ministerio de Hacienda en concepto de impuesto a los réditos. Julio Cacho, en 1953, denunció a Jules Dubois, presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa de ser un simple instrumento de Gainza Paz, director de *La Prens*a de Buenos Aires, empresa que pertenece en realidad a capitales norteamericanos. Un diario definió así a la entidad: "La SIP fue formada para servir los grandes *intereses* de los trusts y consorcios con *intereses* en Latinoamérica y para manejar la prensa de esos países de acuerdo con los *negocios* de la plutocracia."

La propaganda del imperialismo apunta particularmente a aquellas clases sociales que temen el cambio. La clase media es uno de sus objetivos centrales. La clase media o pequeño-burguesía, a diferencia de la burguesía y el proletariado muy homogéneas en su composición de clase y en sus valorizaciones sociales, ofrece desigualdades de composición, asimetrías de nivel y diversidades ideológicas en sus diversos estratos componentes –pequeños industriales, comerciantes, profesionales, maestros, empleados–, y esta diversidad de composición se expresa en una forma extrema de individualismo y en cierta resistencia a la solidaridad social organizada, aun en aquellos sectores como los empleados, tan cercanos en cuanto a su "status" económico del obrero.[51]

Esta clase, muy sugestionable y formada en el sistema de costumbres y valorizaciones de la burguesía, es fácilmente orientada por los grupos interesados en modificar una situación política dada. La técnica utilizada es siempre la exaltación de la moral, la necesidad de restaurar los cimientos del orden amenazados, la familia, la religión, la propiedad. Tal técnica es

[51] En la Argentina, después de 1946, la política de sindicalización, de integración de sus intereses gremiales en una poderosa central obrera encontró altiva resistencia, particularmente en profesionales, profesores, etc., y obligó a crear una entidad aparte, la Confederación General de Profesionales, sin vida ni ideales, que fue el resultado híbrido de esta repulsa afectiva a la organización sindical que cada individuo asociaba al régimen de las agrupaciones obreras. Es interesante que esta resistencia se disfrazase de ideología y que el argumento utilizado consistiera en denunciar en la agremiación un calco del corporativismo fascista. Si se repara que la pequeña burguesía, como lo testimonia la historia del presente, es de todas las clases sociales la más proclive al fascismo, se comprende cómo esta actitud no es más que el miedo a sentirse comparable al obrero industrial. Cuando las condiciones de estabilidad son más o menos firmes, este sentimiento de rechazo es particularmente orgulloso en los estratos intelectuales. Sólo el temor a perder algún beneficio los lleva a regañadientes a unirse en defensa de sus intereses sociales comunes. La agremiación es una ofensa a su individualidad, a la certeza de su superioridad. Individualismo que goza con los formulismos y la imitación de los ademanes de las clases altas. Tocqueville percibió claramente esta pesada personalidad ética de la clase media al señalar que "confundida con el espíritu del pueblo puede hacer maravillas, pero por sí sola no producirá jamás otra cosa que un gobierno sin virtud ni grandeza".

particularmente eficaz, pues apela a la masa irracional de los prejuicios adquiridos por educación y al descontento, siempre larvado de esta clase deseosa de velar con sustitutos mentales su sentimiento de inestabilidad social.

Las razones del éxito de estas cruzada residen en que presionan en la conciencia colectiva de grupos que no han esclarecido su propia situación dentro de los cuadros de la sociedad. La causa es, pues, el aislamiento de la pequeño-burguesía, el temor de ser desplazada de su posición por los agudos conflictos de la sociedad capitalista que le recuerdan de continuo su inseguridad. Esta inestabilidad permanente la lleva a actuar sobre supuestos morales también permanentes. Es moral porque tiene miedo. El riesgo de perder los pequeños ahorros se transforma en defensa del orden constituido, en frugalidad, en cumplimiento puntual de los deberes religiosos y ciudadanos. El pequeño ahorrista se hace vecino honorable. La función relativa que ocupa entre las otras clases, transferida al plano de la ideología, se convierte en un absoluto que engloba a la sociedad toda. El mundo mismo se hace pequeño-burgués. De este modo, la clase media, convencida de su independencia, justamente porque carece de ella, se cree depositaría de valores universales, sin comprender que detrás de ellos están los intereses particulares de la burguesía. El pequeño-burgués –y el intelectual no escapa a esta regla– piensa siempre en términos absolutos. Si es propietario, la ley de congelación de alquileres es la injusticia absoluta, si es inquilino, la justicia absoluta. Su minúscula situación social le hace perorar con frases de gigantes.

Tal la condición de esta clase continuamente estafada por su posición de intermediaria en la sociedad dividida en clases. Y así, la moral ideal, absoluta, por la cual combatió, vuelve a colocarla en la posición relativa, no absoluta, desde la cual expresó sus temores de descender en la escala social tanto como la voluntad amorfa de mejorar su situación. En uno de los polos de esta actitud, aparentemente ética, está el sentimiento de compararse a disgusto con la clase obrera. Y aquí volvemos a encontrar la ira del pequeño-burgués a todo lo que le recuerda la real situación de su clase, más próxima al descenso que al ascenso social. Tal repulsa a las clases inferiores explica los elogios que, a sus virtudes poetizadas, le han dedicado en la Argentina Jaime María de Mahieu, Carlos Scorza, Mario Amadeo y otros.[52]

---

[52] En 1955 se desató en la Argentina una gran campaña de descrédito contra el partido entonces gobernante. Los objetivos se centraron en el I.A.P.I. y la C.G.T. La campaña contra el I.A.P.I. respondía a los intereses ganaderos y exportadores monopolistas y la corrupción administrativa denunciada sistemáticamente contribuyó a minar seriamente el prestigio del

La clase media, cuya función, además, es administrar el sistema productivo de la burguesía, actúa idealmente en su lugar, sin dejar de ser, por eso, lo que es. Su idealismo es el efecto de una interpretación engañosa de la propia situación social. Ubicada en el centro de las relaciones sociológicas de tensión, oscila indecisa entre el conservadorismo político y un reformismo de base ética. Si alguna vez aparece como radical en política, esta actitud individualista, no dura más que los ciclos de perturbación económica que la provocan. Pero al mismo tiempo, los sectores menos favorecidos de la pequeño-burguesía, amenazados de pauperización real, se incorporan a la lucha del proletariado, aportando una conciencia política más desarrollada derivada de la mejor comprensión teórica de las contradicciones del proceso social en su conjunto.

En otro aspecto, la clase media imita a las superiores. En la Argentina la pequeño-burguesía es de origen inmigrante. Este carácter le confiere a su mentalidad de clase, según la cambiante situación histórica, rasgos que pueden ser negativos o positivos frente al país. Las tradiciones familiares conservadas por una inmigración reciente –la veneración por Italia en los hijos de italianos, por ejemplo– es tanto una disposición psicológica negativa frente al país, como positiva por su indiferencia frente a los valores de las clases altas aferradas a sus blasones

---

gobierno. El mismo efecto se logró con los ataques a la C.G.T. Su finalidad, en parecido sentido, consistía en desacreditar a los dirigentes gremiales como etapa previa para la liquidación de la organización obrera en su conjunto. Por un proceso de condensación psicológica, estos ataques fueron rápidamente centrados en un objeto visible. Este objeto, fue, como siempre sucede, el jefe del partido gobernante. Tal ha pasado con Cárdenas, Vargas, Yrigoyen, etc. A estas campañas, que cuentan con rápida adhesión –precisamente por su base irracional– suele suceder el profundo desconcierto de los grupos sociales que las han apoyado sin discriminaciones y que gradualmente comprenden el engaño de que han sido víctimas de parte de los centros de orientación invisibles que dirigieron la ofensiva política. Ya en pruebas de imprenta este trabajo, la justicia argentina, cuyos miembros han sido designados por el gobierno provisional, ha absuelto de culpa y cargo a los funcionarios del I.A.P.I. acusados luego de una formidable campaña periodística de descrédito, de malversación, negociados fabulosos, etc. Así ha sido destruido un organismo estatal que dirigía la importación y exportación del país al servicio del interés nacional y no de los grupos financieros privados, Bemberg, Bunge y Bom, etc., subsidiarios del imperialismo extranjero.

coloniales y con los que el descendiente de inmigrantes no se siente identificado. Desligada de compromisos históricos, en este orden, la clase media en la Argentina, se siente inclinada a negar legitimidad a los títulos de la aristocracia colonial y sólo la encandila su encumbramiento material, su lujo. Además la posibilidad de adquirir una cultura superior, robustece esta tendencia a trasvasar la propia posición de clase en una actitud mental que acentúa su separación del pueblo, es decir, de sus cercanos orígenes. En esta dualidad se funda ese amaneramiento ceremonioso –que los crueles términos "tilinguería" y "medio pelo" definen bien– y que consiste en la parodia de otros estilos de vida y en la manía del filisteo de concurrir a exposiciones, conferencias, etc., en busca de distinción.

La clase media, cuyas estratificaciones internas son muy complejas, en conjunto no es antinacional. Pero en la alternativa de progresar individualmente, sus miembros no vacilan en entrar al servicio, como trepadores sociales, de la burguesía dominante. De socialistas pequeño-burgueses como De Tomaso, Federico Pinedo o González Iramain han surgido los abogados diligentes de la oligarquía.

La intelectualidad pequeño-burguesa en la Argentina

La clase media tiende a la formación de grupos intelectuales que fluctúan, por motivos diversos, entre las "élites" que miran hacia arriba y los "ghettos" espirituales que miran hacia abajo. Esto explica la abundancia de intelectuales de izquierda que se pasan a la derecha ideológica, al conservatismo social. En realidad, los intelectuales, son los que sienten más vivamente esta situación incierta que ocupan en la sociedad. Mientras la perspectiva de descender les lleva a la comprensión de la lucha que libra la clase trabajadora, por otra parte les estimula a no caer en ella. Cuando logra una situación estable, el intelectual pequeño-burgués, se aparta de las masas con fundamentos aparentemente racionales –nivelación del número, incultura de las mayorías, inclinación a la demagogia–, pero estos pretextos no invalidan la motivación determinante que es la frustración, en parte inconsciente, de la propia conciencia plebeya. La hostilidad contra sí mismo, este autorrepudio, se proyecta hacia afuera y opera la descarga emocional del conflicto interno, agudizado por los preconceptos de una educación –generalmente alcanzada con duros sacrificios familiares– y fundada en el principio de las diferencias categoriales, naturales y estrictas de las clases sociales. En la escuela le enseñaron a preferir el inmigrante al nativo, en el colegio nacional que el capital extranjero es civilizador, en la Universidad que la Constitución de

1853 ha hecho la grandeza de la Nación o que la inestabilidad política del país es la recidiva de la montonera o de la molicie del criollo. Este estado de espíritu, fomentado sutilmente por la clase alta aliada al imperialismo, distorsiona la conciencia de estos grupos, cuyo escepticismo frente al país favorece el pasivo sometimiento espiritual. Tal actitud le insta a compensar este sentimiento –que en realidad es una frustración– mediante el ingreso a círculos sociales literarios o artísticos que le prometen un escalamiento, un olvido de su condición de tránsfuga social. Al adoptar aires extraños se hace elegante. Este tipo de intelectual pequeño-burgués, retoma contacto con la realidad social, de la que se siente fragmentado, mediante una adecuación insuficiente entre dos mundos. Estado ambivalente que la ilusión de la superioridad del espíritu con que intenta legitimar su conducta no elimina nunca totalmente. Tal ha sido la función de círculos como *Sur*, que han atraído a tantos intelectuales de la clase media. Al ingresar a estos círculos aristocráticos, buscan por la vía de la justificación filosófica o artística, la negación de esta duplicidad, descargándola en el orden político, por ejemplo, contra las masas. Es el proceso psicológico que Freud ha sintetizado más o menos así con relación al antisemitismo: **¿No será que el cristiano persigue en el judío al judío que lleva adentro?** Pese a este ajuste artificial con el grupo adoptivo, el mundo circundante, con sus luchas y perspectivas sombrías, le recuerda periódicamente su deserción. De ahí las rupturas ruidosas, los cambios de frente, las cartas abiertas, en las que hasta los Mario Amadeo –que en esto al menos era inocente– hacen de cabeza de turco. La adaptación de estos intelectuales a la realidad es siempre dudosa. Vacilan entre el reformismo y el crucifijo. Tal estado ansioso, empero, no debe engañar. Es la forma vergonzante de un destino revolucionario que no se tuvo la consecuencia de servir. En un país donde la clase terrateniente ha despreciado al pueblo, la actitud de la “intelligentsia”, en general, es también hostil a lo colectivo.

Pero la oligarquía es implacable. Y esto lo comprenden, tarde o temprano, los escritores de otro origen social plegados a sus valorizaciones espirituales. Más inexorable que el Dios de Israel:

“No entrará bastardo en la congregación de Jehová; ni aun en la décima generación entrará en la congregación de Jehová.”

Las clases superiores, detentoras de la cultura, protegen a los escritores que vienen de abajo

en la medida que éstos sirven a las ideas consagradas. La burguesía reduce a estos grupos, a través de la división del trabajo social, a la categoría de dispositivos de control del orden establecido. Escriben en los diarios monsergas sobre la libertad, pero la idea central es: “Hay que educar al soberano”. Y así Sarmiento desciende a Américo Ghioldi. Su indignación virtuosa y jacobina oculta la moral del latifundio y, al tomar de la democracia la cáscara abstracta, despojada de su fruto, que es el pueblo, tiran el agua de la bañadera con el chico adentro:

“No debemos hacernos a la idea estrecha –escribe K. Marx– de que la pequeño–burguesía quiere decir, por principio, defender los intereses egoístas de su clase. Creo más bien que las condiciones particulares de su emancipación son las condiciones generales mediante las que puede salvarse la sociedad moderna y evitar la lucha de clases. Del mismo modo no debemos imaginarnos que los representantes de la democracia sean todos tenderos o entusiastas de ese oficio. En la medida que se trate de su educación y de su posición individual, pueden estar tan lejos de esto como el cielo de la tierra. Lo que los convierte en representantes de la pequeño-burguesía, es que su espíritu, su conciencia, no sobrepasan los límites que esta clase traza a sus actividades, de suerte que se ven reducidos en teoría, a los mismos problemas y a las mismas soluciones que afrontan los pequeños burgueses en la práctica, en razón de su interés material y su posición social. Tal es en general la relación de los representantes políticos y literarios con la clase que representan.”

Estos intelectuales democráticos, a veces a pesar de ellos, sin conciencia de su verdadera situación al ligarse a la oligarquía, representan a la pequeño-burguesía proimperialista. El carácter uniformemente extranjerizante de sus escritos, refleja la naturaleza portuaria de esa mentalidad parasitaria del comercio de exportación. En esa literatura hay también una “voluntad de forma”, en el sentido de Riegl. Una voluntad narcotizante en el doble plano estético y político. Con frecuencia alardean de izquierdistas, pero mandan las hijas al colegio de monjas, según dicen, para no contrariar a la mujer. Y en la medida que sirven al colonialismo, a través de esta compleja trama, son obstáculos al desarrollo independiente de la revolución democrático-burguesa de los países atrasados.

Tal el triste destino de una clase de cuyo seno sale la mayor parte de los intelectuales argentinos. Hablan hoy, como ayer, de los derechos humanos, pero enmudecen ante el hombre argentino dignificado. Se espantan de la desaparición de Jesús de Galíndez o lagrimean con una película de Vittorio de Sica, pero callan ante el ajusticiamiento de sus propios hermanos. Se proclaman herederos de Mayo y depositarios del pensamiento de Moreno, en quien ven el

intelectual puro, el fuego que necesitaba tanta agua. Pero de Moreno han recogido una imagen literaria, póstuma y ficticia:

> “La vida de los pueblos –escribió Moreno– deben estar siempre atentos a la conservación de sus intereses y derechos y no fiar sino en sí mismos. El extranjero no viene a nuestro país a trabajar por nuestro bien, sino a sacar cuantas ventajas pueda proporcionarse.”

Son además liberales. Pero no más allá del Código Napoleón que fue: 1º) Triunfo del orden burgués sobre el feudal. 2º) Libertad personal. 3º) Igualdad ante la ley. 4º) Propiedad libre de gravámenes fiscales. 5º) Independencia del Estado y de la iglesia. 6°) Libertad de comerciar y contratar.

Estos valores llenaron una función liberadora con relación al feudalismo. Pero al mismo tiempo, en tanto valores de una clase, la burguesía, contenían los gérmenes de su propia destrucción que era la del sistema en su conjunto. De un sistema que ha cumplido históricamente la definición de Ricardo:

> “El precio del trabajo es el que da a los obreros en general los medios de subsistir y perpetuar la especie sin acrecentamiento ni disminución.”

Así los Derechos del Hombre se convierten en la teoría de la libertad sin pan. Pero el hombre es mal compañero de esa democracia sin amor:

> “Algo tiene el hombre que llamar suyo
> o habrá de incendiar y asesinar.”
>
> SCHILLER

Inteligencia y libertad

El intelectual de la clase media es comparable a un epifenómeno de la lucha de clases, es decir, un fenómeno resultante o ligado a otro de un modo inevitable, pero de naturaleza distinta. Es conservador y, al mismo tiempo, se expresa con fraseología libertaria. Pero esta libertad es también un derivado de su posición de clase. Como intelectuales, pueden participar de diversas ideologías, inclusive combatirse en el plano de las ideas puras como bravos titanes, pero como

miembros de una clase, se unen en defensa de sus intereses generales, que son, por reflejo de la propia situación de dependencia, los intereses de la clase superior contra la inferior realmente explotada: el proletariado. Así, junto a divergencias intelectuales parciales, un interés material común los unifica: la conservación del "status" social conquistado a la sombra de la sociedad burguesa. Dicho de otro modo: sus ideologías particulares están regidas, en última instancia, por la ideología general dominante de la sociedad capitalista. De esta manera, el desorden ideológico de los diversos grupos e individuos –que se presenta bajo el eufemismo de "libertad" de pensamiento– es parte del orden real impuesto a la sociedad por la clase política gobernante:

"La disputa –escribe Croce– acerca de la 'parte' que debe tener la 'intelectualidad' en la sociedad presente o futura me parece sin sentido. Y aun me asalta de vez en cuando la sospecha de que la 'intelectualidad' y los 'intelectuales' que se afanan por defenderla son cosas y hombres tan materialmente ocupados como aquellas o aquellos contra los cuales se dan aires de protestar."

La libertad aquí muestra la almendra. Lo que el escritor defiende son sus privilegios, no la libertad como un fin en sí mismo. Cuando estos privilegios pueden perderse –o recuperarse– no vacilan en sellar la alianza sagrada con los curas. Podría decirse que, así como sin pecado no hay católicos, sin intelectuales no hay "libertad". Ellos la descubren para poder vivir. Una vez lograda, retornan a su posición de extrañamiento, a la existencia contemplativa y recoleta. Y al cargo público. La libertad, así, se convierte en mercancía. La función social de estos grupos, al servicio de la clase dirigente, contribuye a regular las corrientes de la opinión pública, a galvanizar o debilitar los estados de la conciencia colectiva, y nada tiene que ver tal función, con la libertad, sino con la supervisión oficial de la libertad –tal cual la entiende esa clase dirigente– desde la prensa, la radio o la Universidad. La libertad –se ha dicho– tiene la nariz de cera; mira para cualquier lado.

No es lo más frecuente que el intelectual tenga clara conciencia de su propia situación. Draghisesco ha demostrado que la participación del individuo en diversos grupos sociales –tal el caso del escritor de la clase media– promueve en él conflictos insuperables. Esto explica la psicología del intelectual moderno, incluso su predisposición hacia el irracionalismo filosófico. Pero los hechos psicológicos son la resultante de presiones sociales condicionantes. El intelectual debe ser explicado por la sociedad y no la sociedad por lo que de ella piensa el intelectual. La amenaza de proletarización del intelectual es mayor en los países dependientes, donde las

oportunidades son menores. El emporio intelectual argentino es Buenos Aires. También en el mercado del trabajo de la inteligencia rigen las leyes económicas de la competencia. En los países coloniales, donde los órganos de la cultura están prácticamente monopolizados por el capital extranjero, las plazas disponibles configuran una lucha cruel que obliga a la mayoría de los competidores –periodistas, profesores, escritores– al disimulo judaico de sus opiniones, a la formación de equipos defensivos, a la claudicación de la inteligencia para poder subsistir. El hecho de que en los órganos de la prensa aparezcan nombres que inicialmente militaron en la izquierda ideológica prueba la presión modeladora del imperialismo. Asegurada la inocuidad política del colaborador, al mismo tiempo es utilizado, por ese mismo pasado ideológico, como testimonio de la libertad de pensamiento, uno de los principios teóricos de la filosofía del liberalismo.

Tal proceso ha sido particularmente observable en la Argentina actual. En 1945 se produjo un golpe de Estado que desembocó en una revolución democrática con base de masas. La mayoría de la intelectualidad, filiada al antiguo orden, por esa relación de dependencia enunciada, resistió tal situación con absoluta incomprensión histórica. La Unión Democrática –una técnica disolvente del imperialismo– fue su resultado. El país, desde 1945, asistió a nuevas relaciones sociales que crearon, a su vez, otras valoraciones económicas y jurídicas. Y esta transformación, fue atacada por los llamados grupos progresistas, con argumentos éticos, económicos y jurídicos exhumados del pasado histórico. La conducta de la intelectualidad pequeño burguesa, en esta disputa, fue irremediablemente cobarde por las causas enumeradas, tanto como por una confusa y unilateral formación mental. Hobgen ha señalado que "la instrucción del literato no le permite previsión alguna de las fuerzas técnicas que configuran la sociedad en que vive". Pero en lo fundamental esa conducta política fue la consecuencia de compromisos anteriores. Perón, como expresión objetiva de este estado psicológico, representó para muchos intelectuales de origen social inferior, el negativo de lo que realmente pensaban del orden anterior sin atreverse a manifestarlo. Al odiarlo se odiaron a sí mismos. En otra forma, la mala conciencia del intelectual pequeño burgués es su traición al pueblo. Por un lado, comprenden bien que su posición social es de subordinación al sistema de valores impuestos como normas orientadoras de la Cultura y la propaganda por las clases superiores. Del otro, sus humillaciones personales les conducen a una secreta oposición a esos valores. Por eso, en las revoluciones, el intelectual de la clase media se siente despavorido. No logra conciliar sus intereses reales con sus ideas de justicia y con su

resentimiento. Atados a las clases altas, se desplazan en la órbita fija establecida por ellas y al mismo tiempo se sienten atraídos por el nuevo sistema. El resultado es un segundo desajuste, pues si antes defendían un régimen que no les satisfacía, ahora atacan a otro que representa mejor sus ideales políticos. Esta desorientación ha sido comprobable en la Argentina. En 1945, el antinazismo en general, era la máscara que adoptaba el liberalismo inglés empeñado en una guerra mundial. La intelectualidad nuestra sirvió así a Inglaterra que, con relación a la Argentina, era un país opresor. Producido el movimiento popular triunfante, la oligarquía es radiada y con ella la influencia británica. En esta pugna, el intelectual pequeño burgués se aisló del pueblo. Tales los casos de Ernesto Sabato y Ezequiel Martínez Estrada. Una década después, mientras uno, en medio del escándalo de sus antiguos compañeros de Sur denuncia, ya caído el gobierno "totalitario", la existencia de campos de concentración en la Argentina –siempre la nomenclatura del nazismo– el otro apela al Antiguo Testamento para explicar el peronismo. Y volvieron a quedarse solos. Coincidente con ello, en la Argentina, se asiste a la desorientación general de la clase media en su conjunto, en la apreciación del problema nacional. Y es que el intelectual solitario –esa es su desdicha patética– no está aislado. Piensa con la cabeza impersonal de su clase.

El "otro rostro" de Ernesto Sabato

En las épocas de crisis, las clases dominantes enmarcan sus privilegios tras la misa áurea de los valores eternos, de la moral eterna, del derecho eterno. Los intelectuales de la clase media, ideólogos a sueldo de la organización invisible de la economía mundial, no ven que los límites del liberalismo están dados por su conservatismo, y así, detrás de sus parrafadas progresistas caen en la zona dorada del embrutecimiento histórico.

Pero hay un tipo de escritor pequeño burgués que ofrece una variante. Es aquel que, en sucesivas y con frecuencia dolorosas adaptaciones temperamentales al mundo real, ha pasado por anteriores crisis recurrentes, expresadas en cambios de estilo, volubilidad intelectual y en la búsqueda permanente, siempre angustiada, nunca satisfecha, de un sistema de ideas donde apoyarse y que al mismo tiempo no ofenda las creencias y prejuicios dominantes de la sociedad de que depende. Este equilibrio inestable, en los períodos calmos, no va más allá de un disconformismo individual que la sociedad, muy flexible en sus sanciones, tolera o llama originalidad. Sólo en los tiempos de hondos sacudimientos de la vida colectiva, el intelectual de

este tipo se decide a romper con el círculo al que perteneció consumando el funeral acuático de su propio pasado. En ese momento tales escritores intentan, sin lograrlo nunca por entero, el desligamiento de la burguesía que los ha protegido nadando en todos los estilos.

Ernesto Sabato es un espíritu nervioso. Siente, además, la nostalgia de Dios. Su crítica al mundo actual –inaugurada en el siglo XIX por Brunetiere– es la de la bancarrota de la ciencia como norma orientadora de la vida y de la máquina como fracaso de la razón. Olvida este crítico que la función de la frigidaire –la Técnica– es conservar los alimentos y no los valores de una civilización putrefacta. Pero la crítica al maquinismo está de moda. Y Sabato ha sido siempre muy sensible a las ideas imperantes. Además, es muy personal. Y así proyectará "su sentimiento" de crisis como la crisis de todas las concepciones del Universo, habidas y por haber desde el Renacimiento:

"*Esta crisis no es la crisis del sistema capitalista*: es el fin de toda esa concepción de la vida y el hombre que surgió en Occidente con el Renacimiento. De tal modo que es imposible entender ese derrumbe, si no se examina la esencia de la concepción renacentista."

Efectivamente, la crisis viene, en sus lejanos orígenes, del humanismo renacentista con su revalorización vital del individuo. Afirmación de la personalidad del hombre moderno que, al mismo tiempo, consolida la ordenación capitalista del mundo fundada en la libre iniciativa y cuyos gérmenes crematísticos, dicho sea de paso, deben rastrearse en las Cruzadas. Pero es la crisis de una parte y no del todo. Es justamente la crisis del capitalismo. La misma crisis que crea esa literatura transitoria, donde "la angustia, la soledad, la incomunicación, la locura, el suicidio, son los temas centrales". Sabato oscila entre Kierkegaard y Sartre. Este estado de ánimo, visto en la continuidad del proceso histórico, se acentúa en el siglo XIX. El hombre del siglo XIX se sintió frente a un desmoronamiento. Con energía había tomado una ruta, el dominio del mundo, y con inquietud volvía al punto de partida: el hombre. De este modo, el siglo XIX apareció ante sus ojos como una cosa sin pretérito. El surgimiento del idealismo filosófico, en su estricta significación sociológica, es una compensación espiritual, una fuga no desprovista de connotaciones religiosas –al menos en la actitud específica de reclusión en la interioridad– frente a la pérdida del timón de la historia de parte de las clases dirigentes. Esta vuelta a la filosofía que, no casualmente, deja de ser racionalista para convertirse en el irracionalismo de nuestros días, o bien en otros casos, en un retorno a la filosofía religiosa tradicional –el tomismo– sólo

tiene, cabe insistir en ello, un significado sociológico: quiebra de una política realista que la burguesía del siglo XIX experimentó tardíamente como fracaso del espíritu ante las resistencias que encontró para imponer a la sociedad dividida en clases su voluntad de poderío. La consecuencia fue que, por primera vez, el mundo, cuyo domino fáctico se había alcanzado, surgió como problema, como destino y como Historia. Heiddegger y Spengler, continuadores de esta actitud de desencanto, ejemplificaron en el siglo XX la conciencia histórica de la decadencia. Ninguna filosofía posee otro valor fuera del histórico. Pero la valoración negativa del siglo XIX, la aceptación de la caída final del optimismo de este siglo como síntoma irrecusable del descenso y enfriamiento de la constelación de los valores que iluminó su sino, no debe conducir, por limitación de la perspectiva histórica, a una imagen falsa de la totalidad. El hombre niega lo que en alguna medida se opone a sus ideales de vida perfecta, irrealizable pero enérgicamente sentidos, olvidando en proporción correlativa, aquellas conquistas y superaciones del pasado que han contribuido a un mayor caudal de goces, a un enfrentamiento más llevadero con el mundo opuesto a su voluntad. Una justa evaluación histórica del siglo XIX, muestra elementos positivos y negativos, conquistas y fracasos, clausuras y virtualidades, dentro de un despliegue dinámico de fuerzas insólitas, cuya misma potencialidad creadora y destructora a un tiempo, justifica plenamente el sentimiento de crisis que la época actual promueve en nosotros, sus herederos culturales. Pero esta comprobación no implica una verdad absoluta. Así, el espíritu conservador o religioso negará al siglo XIX todo progreso sobre el pasado, pues precisamente ese progreso vulneró el antiguo ideal de vida. En las paulatinas conquistas de las masas políticas, el hombre agónico del liberalismo –gradualmente convertido en conservador luego de haber socavado en el pasado las tradiciones de las antiguas clases dominantes– denunciará el avance de la vulgaridad, una profanación plebeya del aristocratismo del espíritu, el triunfo aplanador de la horda moderna y de la uniformidad del rebaño. En contraposición, el espíritu no conservador, vislumbrará en este tramonto de los ideales del pasado, en este insurgir de las masas, una etapa necesaria hacia un futuro entreabierto a nuevas rutas de liberación del hombre consciente de sus fines. De este modo, el desencuentro de las posiciones ideológicas de nuestro tiempo es el reflejo de las transformaciones reales del mundo actual, inclinado cada vez más hacia el lado de las nuevas fuerzas que luchan por la hegemonía histórica. Toda legitimidad se asienta en el poder. Así, la emancipación de las masas, iniciada en su sentido moderno en el siglo XIX, será para unos ruina, y desolación y para otros, ascenso progresivo de la humanidad. O en otra forma, la

disolución del antiguo sistema de vida que se presentó en sus orígenes como democracia demoliberal, es un rasgo del siglo actual. Pero es escamotear la verdad ver en la decadencia del liberalismo la tragedia y el fin de la Cultura. Y aquí nos encontramos otra vez, con la actitud de quienes pregonan la decadencia de Occidente –sin reparar en la contraposición dialéctica y creadora de las luchas históricas, de clases, naciones y culturas–, y aquellos que esperan de estos antagonismos un adelanto real del hombre. Una prueba de esta dualidad frente a nuestro tiempo, la da el fenómeno de la literatura, donde la crítica implacable, o el sentimiento pasivo o agresivo de soledad individual, se asocian al presentimiento de un viraje, que podrá ser, como ya se comprueba en el siglo XIX, reaccionario en Balzac, reformista en Dickens, religioso y socialista a un tiempo en Jorge Sand, evangélico y multitudinario en Dostoievski, anárquico o socialista en Ibsen o Zola, pero en similar medida, anunciador de cambios decisivos, de enviones hacia adelante. La novela del siglo XIX es crítica o revolucionaria, aunque se atavíe de conservatismo, liberalismo o socialismo. De la autocrítica histórica de sí mismo, el siglo XIX formuló en su Arte la necesidad de transformar el mundo. Marx, en el plano de la filosofía política, es el prototipo de esta afirmación volitiva de la Cultura Occidental. La transformación de las conciencias trae consecuencias prácticas, pues no hay un funcionamiento autónomo de la realidad y el pensamiento, sino una simultaneidad inescindible, ya que la raíz vital del hombre es histórica.

El lado positivo del siglo XIX es que confirió al hombre un inmenso poder. El resultado objetivo para la Cultura es el siguiente: ese poder está intacto. La Técnica es una conquista definitiva. En cambio, los valores a que esa Técnica sirvió, están en crisis. Se podría objetar que tales valores derivan de la Técnica. Y aunque el argumento es parcialmente valedero, no debe olvidarse –como se ha dicho– que la Técnica es un producto condicionado del Espíritu. Y si tal creación ha permanecido fiel al error del hombre burgués, no es porque la Técnica, en sí misma, posea autonomía espiritual, sino al revés, porque ella misma es creación del hombre. Y no del hombre en su plenitud, sino en su carencia, en su egoísmo. La Técnica en sí y por sí, no crea nada, en tanto que el hombre determina el fin de sus propias creaciones. La Técnica convirtió a regiones sin pasado en Historia Universal. Y el orden mundial, creado por el hombre técnico –no por la técnica–, no podrá resistir la presión derivada de la inestabilidad política del presente. Dentro de todo, el optimismo del siglo XIX tuvo su razón de ser, en el sentido que Hans Freyer señala “de que la vida justifica a veces esperanzas juveniles refutándolas simultáneamente”. El dominio técnico del mundo modificó para siempre el ámbito espiritual del hombre, abriendo una

perspectiva inmensa a la humanidad toda. Este es el legado espiritual del Renacimiento.

Ernesto Sabato, siguiendo a Max Scheler –filósofo del compromiso– se experimenta como algo completamente problemático. Fracasada la ciencia, el escritor atormentado, bordea la "docta ignorancia", la tentación mística. Pero el carácter incierto de la existencia individual, lo que hace al hombre Sabato más o menos vulnerable al infortunio, es la Historia que le toca vivir. Resuelta la contradicción histórica que agrava el sufrimiento connatural del hombre, no por eso los intelectuales se harán inmortales como los dioses olímpicos, pero dejarán de plañir como viudas de la Cultura. El problema –viciado por la subjetividad del escritor– no tiene solución si se lo concibe aislado. Es revolverse contra los valores de salvación –como se dice ahora– en función de los valores de la vida que los niegan en medio del naufragio del presente. Pero la vida desdichada –ideológicamente alienada– lo sería menos, incluso frente al irremediable fin del hombre que es la tumba, removiendo los obstáculos materiales de esa desventura. Las condiciones de esa desdicha humana son las normas institucionalizadas de una sociedad histórica, estrechas ya con relación al desarrollo, no del señor Sabato, sino de la humanidad entera. Pero el intelectual moderno, formado en la moral decadente de las clases altas, se abraza tembloroso a la metafísica, a la eternidad, descubre los arcanos del espíritu impenetrables a la Razón como la mirada petrificada de la Esfinge, se refugia en la soledad aristocrática, dolorida, cómoda. Metido en su cáscara de huevo, su escepticismo no encuentra nada claro en este mundo: el racionalismo es tan viable como la religión, ésta como el existencialismo, éste como el psicoanálisis, la homosexualidad es un problema de metafísica trascendental de los sexos, un residuo del origen andrógino y maternal del universo magma, lo dyonisíaco y lo apolíneo, combaten con iguales derechos por la orientación de la vida desde los repliegues titánicos del alma, el marxismo, el budismo, el tomismo, el pecado y la gracia, son por igual legítimos ante el tribunal imparcial de la inteligencia, pues todo es problemático. Marx y Graham Greene duermen juntos en apacible siesta con un ojo abierto.

Así concilian el "temblor", la "angustia", la "desesperación" con su conciencia, sus intereses con sus terrores. Pues ellos mismos son la conciencia burguesa en crisis. De ahí que la peregrinación revolucionaria de estos intelectuales dura poco. En cada uno de ellos atisba un Panait Istrati, un Arthur Koestler, un Thierry Maulnier, un James Burnham. Pero todos tienen miedo. Este estado de ánimo, sólo la pedantería de los intelectuales puede convertirlo en patrimonio de los espíritus superiores. Es común al hombre moderno, al hombre burgués. Así me

lo confirmó, en 1953, la agregada cultural de la embajada de EE.UU. en la argentina, una joven yanqui —prototipo de la "american girl"– convencida de la eternidad del liberalismo. Hablábamos de Rusia y la guerra. Le pregunté: –¿Cómo siente el hombre medio norteamericano su propia situación histórica? Y la movediza joven, luego de una breve y concentrada reflexión, contestó en plural, como avasallada por una desolación silenciosa: –"Tenemos miedo". Para el intelectual, empeñado en no hacer nada por cambiar el mundo, el hombre es una víctima de sus creaciones demoníacas. El demonio, como en Lutero, es la Razón y su encarnación adulterina la Técnica. De ahí deducen las guerras, los campos de concentración, el totalitarismo, la soledad, la quiromancia, etc. Pero como decía Marx: "la máquina se adapta a las debilidades humanas para convertir al débil hombre en máquina". De este modo, los enemigos de la Razón, toman el rábano por las hojas.

Los intelectuales, además, son terriblemente inconstantes. En nombre del espíritu puro la lucha les da náuseas, pero terminan proponiendo –como Sabato– "la conciliación del individuo y la sociedad en una nueva síntesis". Comprenden, en consecuencia, la raíz del problema, que es histórico. Pero lo desnaturalizan, pues de lo contrario, se arrancarían la mascarilla de la soledad eterna que sus auditorios selectos prefieren a la actividad eterna, al cambio histórico.

Ernesto Sabato, entre el individualismo que es soledad y el colectivismo que es masificación, encuentra la paz del corazón, en el amor al prójimo, en el goce común de una sinfonía de Beethoven, a fin de comprender que no estamos "completamente aislados". La soledad eterna se metamorfosea en tertulia literaria, la historia en cháchara espiritual, en beatería de la Cultura. Los ecos de la lucha masificada no llegan hasta la cámara de música. La melancólica aristocracia del espíritu prefiere a Bach y sus corales. Pues en una de las ilusiones más letales de la Cultura burguesa se puede ser pequeño burgués y distinguido. En este barro brotan las lágrimas de nuestros escritores. Lo que odian de las masas no es su plebeyismo, sino su ausencia de compromisos con el pasado que es, justamente, la cualidad que las hace específicamente históricas. Es decir, revolucionarias.

Ernesto Sabato y los católicos

En una carta abierta al nacionalista católico Mario Amadeo, E. Sabato ha expuesto su pensamiento político. El opúsculo certifica la mentira de que el intelectual pueda apartarse de la política. Ernesto Sabato, que carece de un sistema coherente de ideas, fluctúa entre las pociones

populares y el aristocratismo de las "élites". Tal desgarramiento hizo crisis cuando, después de 1955, la situación política del país revolvió los esquemas obligando a una absolución de todas las posiciones. Sabato se inició como anarquista, según dice, pero oficialmente, como militante de "Insurrexit", viajó por las izquierdas moderadas y en *Hombres y engranajes* terminó en el esplritualismo más vulgar. No es fortuito que a raíz de este librito, el cura tomista Octavio N. Derisi, de quien alguien ha dicho que hay que convertir al cristianismo, y para quien la solución del problema mundial depende estadísticamente del número anual de conversiones, fundado en el antinaturalismo irracionalista y reaccionario del ensayo, al final de una crítica indulgente, prometiese contribuir con sus oraciones a la iluminación del señor Sabato. No sabemos si Ernesto Sabato terminará en la Iglesia. Pero los católicos tienen buen olfato. Por otra parte, el mismo Sabato da que pensar, cuando dirigiéndose a Mario Amadeo dice: "No son pocas las ideas en que coincidimos". Ignora que el tomismo es un sistema de fuerte trabazón lógica interna, en el cual los conceptos de Estado, clases sociales, persona, libertad, etc., no admiten herejías. Se aceptan o se rechazan. Por eso Mario Amadeo, con buena dosis de crueldad intelectual y mucho tino político, dejó sin respuesta a nuestro literato. En efecto, aunque el fundamento de la doctrina de la Iglesia sea irracional –la fe–, una vez aceptada como premisa mayor del silogismo la existencia de Dios, el edificio entero chorrea razón y no admite grietas, al menos, en la forma oficializada del tomismo. A la Iglesia –que por cosas menos materiales prácticamente ha excomulgado a Unamuno y aún mira con desconfianza al antiintelectualismo agustiniano– no pueden conmoverle las dudas de Ernesto Sabato entre Dios y la clase obrera, entre el liberalismo y el Papa. Si acata a la Iglesia, que es además veterana militancia política frente a las luchas del pasado y del presente, no habrá divergencias con Mario Amadeo. Que a diferencia de su impugnador sabe lo que piensa y lo que busca. Esta es la debilidad de la carta de Ernesto Sabato, su eclecticismo filosófico, su sentimentalismo literario y su candor eucarístico frente a un católico.

El verdadero católico sigue pensando en términos medievales. Su adhesión a Franco, por ejemplo –en la versión religiosa con que suele presentar la cuestión soslayando la realidad española que hizo posible el triunfo del fascismo–, no tiene otro sentido. Es el espíritu tenaz, y al mismo tiempo, la fuerza de la Iglesia, que Otto Gierke ha resumido en su *Teoría Social de la Edad Media*.

“Esta concepción del mundo partía de la idea de que el Universo era un organismo animado por un solo espíritu y organizado según una ley y en el cual, gracias a la armonía, que por querer divino en todo se imprime, cada parte refleja la totalidad del Universo. De esta suerte también la doctrina social tenía que tomar los principios para la constitución de la sociedad humana del prototipo que era el organismo de la creación divina. De ahí resultaba como punto de partida de toda construcción social, el principio de unidad, de la cual mana la multiplicidad; y en la que tiene su norma y a la cual retorna. Por eso aparecía la humanidad, en su totalidad, según esta concepción, como un todo particular dotado de una finalidad propia dentro de todo el universo; como un estado unitario fundado por Dios mismo y gobernado por una monarquía; el cual habría de manifestarse en dos órdenes complementarios: la Iglesia y el Imperio Universal. Y toda parte del orden eclesiástico o secular derivaba de esta unidad de creación suprema su peculiar esencia.”

El “Camino de Damasco” de Ernesto Sabato

Ernesto Sabato piensa que la historia argentina la han hecho los hombres del pensamiento. Y como se siente hombre de pensamiento tiene conciencia de su responsabilidad intelectual. Las figuras convencionales de la historia oficial –Echeverría, Mitre, Sarmiento– alimentan su filosofía política. Y así, sus juicios históricos no difieren de los que la clase dirigente le inculcó. Aunque parece entender algunas cosas cuando compara a Perón con el “camino a Damasco”. Itinerario que, por otra parte, asigna también a Mario Amadeo.[53]

Para Ernesto Sabato el drama del país es primordialmente de “sentimientos y pasiones”. La lucha antiimperialista, anterior a 1943, según él, pasa por eso, a segundo plano y, de costado, insinúa el apoyo de Inglaterra a Perón contra EE.UU. Los siguientes hechos lo desmienten: 1º) El

---

[53] Esto es injusto pues el profesor católico aunque bregó con fervor misionero, ya en tiempos de Perón, por un ministerio de relaciones exteriores, no vaciló en 1952 en glorificar por partida doble a la España de Franco y en 1953, en la misma tribuna universitaria, la política internacional de EE.UU. Todo ello en su condición de delegado oficial ante la Universidad Nacional de Cuyo, donde pronunció sus conferencias, al tiempo que urdía, por la misma fecha, conspiraciones con el político conservador y actual embajador argentino en los EE.UU., A. Vicchi. Pero peronista no fue nunca. Eso es seguro. La misma defensa asumiríamos, si Mario Amadeo, por ejemplo, acusase de peronista a Ernesto Sabato porque su película “El Túnel” fue rodada en la época del monopolio ejercido sobre la industria cinematográfica nacional por la Secretaría de Informaciones y Prensa. O sea, con el consentimiento del Sr. Apold.

desplazamiento de la influencia inglesa después de 1943 y la actual gravitación británica en la Argentina. 2º) La sistemática resistencia de Inglaterra al gobierno de Perón al que acusó de "chantaje". 3º) Los editoriales del diario *La Prensa*, en 1945, que fueron escritos por el entonces embajador de S. M. Británica, Mr. Kelly, según lo confiesa en sus "Memorias". 4º) La presencia de la flota inglesa, en el Atlántico sur, durante las operaciones navales de la Revolución de 1955.

La explicación del proceso histórico nacional –como en todos los intelectuales del grupo *Sur*– es psicológica. Dostoievski, Kafka y Max Scheler son sus directores de conciencia. El resentimiento explica el ascenso de los demagogos. Estas generalizaciones pueriles soslayan, en primer término, el origen social del resentimiento, y además que el resentimiento cuando se pone al servicio de una causa justa se convierte en virtud. En el orden de la política, no interesa el mecanismo psicológico de la acción de los personajes históricos, sino las consecuencias colectivas de esa acción. Si un pueblo es dignificado –por la vía incógnita, jamás comprobable– de un resentimiento, no por eso, tal política deja de ser moral en grande. Y esto, al margen de quienes hablan mucho de resentimiento porque quizá en eso les falta algo. En efecto, nunca se escribe con tanto odio como cuando se abjura de un pasado. Y es que la mayor dificultad del escritor es permanecer fiel a sí mismo. Si el resentimiento, además, parte de la injusticia gratuita, todos los movimientos revolucionarios de la historia que han significado algún progreso para la humanidad, son su consecuencia. Reducir un proceso histórico de masas, al resentimiento de un hombre, es pasar por encima de las causas del resentimiento colectivo. Algo así como destrozar muñecos de paja. Y sostener que la subsistencia del peronismo es la de tales sentimientos negativos, es lo mismo que afirmar que esas causas desencadenantes vuelven a actuar sobre el país. Que es como forzar una puerta abierta. Pero Ernesto Sabato es bifronte. El resentimiento de *Martín Fierro* es justificado. El de los "cabecitas negras" no es justificado. Todo para él es resentimiento. Resentimiento del inmigrante contra las clases distinguidas, del peón contra el terrateniente, del obrero contra el patrón, y de estas compulsas psicológicas concluye desacreditando al pueblo en su totalidad, al hablar de una hipotética "clase nueva, popular y populachera con todas las virtudes de lo que está a ras de tierra pero también con todos los defectos del agravio y del desacomodo social". Se refiere, al parecer, a las masas urbanas –de ningún modo unitarias en su composición de clase– y a las que adula y desdeña a un mismo tiempo, indeciso entre el pueblo al que pertenece, la oligarquía que no es suya y su exhibicionismo intelectual.

Ernesto Sabato, que desde 1930 permaneció en silencio, reconoce ahora, que aquella fue una época trágica en la que el imperialismo creó las condiciones de la miseria y del escepticismo. Pero su moralismo reaparece de inmediato. Yrigoyen cayó por la corrupción de su partido.

Aunque el hecho histórico es notoriamente más complejo, la observación, en parte, es cierta. En su época, sin embargo, el asunto se planteaba de una manera bastante más prosaica. Sus enemigos acusaban a Yrigoyen de tirano, demagogo, de fascista, de corrupción pública, de senilidad erótica, y los intelectuales lo repetían a coro, a pesar de que Yrigoyen jamás hablaba en público, y de que su vida, casi penitente, escapaba a toda publicidad. Ayer como hoy, los monaguillos de la moral, con el mismo lenguaje, pueden acusar de profanadores del templo de la República a caracteres tan distintos como Yrigoyen y Perón. No se trata, pues, de una cuestión moral, sino de un mismo odio a lo popular. La política, como el dinero, no tiene olor.

Del mismo modo en el creciente malestar de las masas ve una cuestión ética:

"... y así por obra de un vertiginoso proceso económico y social, por obra del imperialismo y sus aliados autóctonos, por obra de políticos cínicos y acomodaticios, el pueblo terminó en el rencor y la desilusión."

Es comprobable aquí, cómo el escritor explica el resentimiento en sus causas verdaderas, pero no percibe la falsedad inicial de la tesis, ni arriba a la conclusión correcta de que combatir a la oligarquía no era demagogia sino imposición histórica fundada menos en el resentimiento que en la necesidad de librar al país de las trabas productivas de una economía agropecuaria que sumergía en la miseria a las masas populares. Comprende el problema imperialista –como ex militante de la izquierda ideológica—, pero como intelectual que transó con el liberalismo colonial lo reduce a gimoteo pequeño burgués. De este modo, por graduación insensible, convertirá la cuestión nacional en la demagogia de un hombre. Esta negación eticista del "demagogo" le permite eliminar el proceso político, histórico, en su totalidad. Y así, la traición de las clases dirigentes al país, queda justificada, pues al arrancar al pueblo argentino del cuadro de la lucha nacional contra la oligarquía y el imperialismo, sirve a esa oligarquía, que con el pretexto del cesarismo político, aplastó a las masas populares, interrumpió la marcha hacia la emancipación de la Nación y retrotrajo el país a la época que el mismo escritor vitupera. Si los trabajadores argentinos han recogido la bandera de la soberanía nacional, no es por la sobrevivencia de rencores negativos, ni por adhesión irracional a un hombre, sino por

comprensión histórica del problema. En forma simple: por conciencia de clase:

"Estos obreros –dice Sabato, con relación a la época posterior a 1930– no creían en casi nadie y tenían todo el derecho a esta desilusionada actitud. Bien recuerdo la desconfianza con que nos veían llegar a nosotros, estudiantes, revolucionarios, hasta sus piezuchas de zinc, donde vivían amontonados de cinco o de seis –padres, hijos e hijas, hermanos– entre los verdes malolientes mefíticos pantanos que rodeaban a los frigoríficos. Hoscos y tristes, miraban nuestras manos, acostumbrados como estaban a no recibir sino injusticias y castigos de la llamada gente decente."

Calla el autor, luego de esta descripción, que los obreros tenían razón de desconfiar de estudiantes e intelectuales que, como el mismo Sabato, desertaron del combate. Y con sus palabras acaba de sobreseer al resentimiento que en el plano social es lucha por la justicia. La lógica no es el lado fuerte de este ensayista "heterodoxo". No ve que esas justas y sensibles palabras sobre la clase obrera contradicen su calificación anterior de "clase nueva, popular y populachera" esa "masa suburbana" a las que se agregaron otras "masas de resentidos", en las que caben el gaucho, el gringo, el obrero. Pero de las que salió un "tipo humano inédito hasta ese momento, proclive al amor patibulario y a la canción sentimental, extraño híbrido de napolitano exuberante y de 'reservado' hijo del país cuya máxima y quizá más original expresión culminó en ese tango...".

El tango, también aquí, se convierte en símbolo espiritual de la Nación. Más aún, el tango, servido por la mala fe, se encarna humanamente:

"El desconocido coronel cuya estrella empezaba a levantarse sobre el horizonte, vio claro que había llegado para el país la era de las masas."

Y agrega, luego de la tesis fascista de rigor:

"... su infalible olfato para la demagogia, su idoneidad para intuir y despertar las peores pasiones de la multitud, su propia experiencia de resentido social –hijo natural como era– y por lo tanto su comprensión y valoración del resentimiento como un resorte primordial del gran movimiento de masas *y finalmente su absoluta falta de escrúpulos*; todo lo capacitaba para convertiste no solamente *en jefe de las multitudes argentinas*, sino también en su explotador."

Dejando de lado las infamias del mercado, dice el escritor del resentimiento que "por el solo olfato demagógico" un coronel se convierte en conductor. Pero aquí, aquellos millones de argentinos "hoscos y tristes", acostumbrados a no recibir sino injusticias y castigos de la llamada gente decente "se mudan" en las peores pasiones de la multitud. Por otro truco del resentimiento, transmutado en literatura, "la explotación" del proletariado durante doce años –o mejor el "explotador"– da origen a una fidelidad multitudinaria que a juzgar por sus efectos revolucionarios –la politización de las masas– no ha desaparecido del todo, pese al alejamiento del "jefe de las multitudes argentinas", como le llama el escritor.

Estas contradicciones de novelista no merecerían la réplica si no reflejasen una actitud generalizada en tantos intelectuales de la clase media.

Si la historia nacional de la última década queda reducida a la "falta de escrúpulos" de un demagogo, es inexplicable la agitación revolucionaria que conmueve al país en todos los planos. Lo que para el literato es demagogia, para el historiador libre de palabras altaneras es revolución. Tal falta de escrúpulos es la cola postiza del demonio de la Historia rebajada a miscelánea. De la Historia que se corporiza en hombres no en naturalezas angélicas. En hombres que movilizan fuerzas colectivas, de las cuales, en la permanente interacción entre el individuo y las masas, el personaje histórico es su producto.

Pero Ernesto Sabato sigue en el "túnel" de la moralidad pequeño burguesa. En las declamaciones estruendosas por el bien, la decencia, la insaciable austeridad:

> "La historia de todos los movimientos políticos –dice F. Engels– nos la muestra invariablemente a esta clase hablando fuerte, formulando ruidosas protestas, y aun a veces, empleando frases extremas, tan largas como puedan hacerlas sin riesgo; nerviosos, cautos y conciliatorios tan pronto como el movimiento que ellos mismos excitaron es tomado por otras clases, y tomado en serio; traicionando a todo el movimiento en aras de su existencia pequeño burguesa, tan pronto como llega a la toma de las armas y a la lucha; *y finalmente, gracias a su indecisión, siempre bien defraudados y maltratados una vez que ha triunfado el partido reaccionario.*"

Como esta opinión puede parecer extrema –y Sabato es un escritor "heterodoxo" al que hay que enfrentar con citas de izquierda y de derecha– volvamos a un pensador insospechable, al que como se verá más adelante el señor Ernesto Sabato debe mucho, Jacobo Burckhardt, que ha escrito precisamente sobre esta "falta de escrúpulos" de que habla el escritor del resentimiento. La cita corresponde, pues una de las consecuencias asombrosas del irracionalismo filosófico de

Ernesto Sabato, es que le impide comprender las potencias irracionales de la Historia:

"Es curioso constatar que el hombre grande está dispensado de obedecer a las leyes ordinarias de la moral... Se perdona a un hombre que ha causado la grandeza, la potencia, la gloria de una comunidad, el haber cometido una iniquidad... bajo el pretexto de que el interés de la Nación, el Estado o del pueblo es absolutamente inalienable... ; lega, además, a sus sucesores la obligación fatal de tener genio para conservar esta conquista ilegítima el tiempo necesario para que el mundo se habitúe a ella como un derecho. *Lo grande que realiza le vale aun el perdón de sus pecados privados. Se le excusa de dar libre juego a sus pasiones porque se siente que en él el proceso vital es más imperioso y más poderoso que las naturalezas comentes... Se justifican también los crímenes de los grandes hombres porque ponen fin a otras innumerables iniquidades.*"

………

"Los grandes hombres son necesarios en la vida, para que la historia pueda *liberarse periódicamente de las formas caducas en donde cuaja una retórica razonada... Al estudiar la naturaleza de la grandeza guardémonos de representárnosla como un ideal moral de humanidad. Pues el grande hombre no es un modelo, forma una excepción en la historia...* No solamente está a la altura de todas las situaciones, sino que éstas llegan a ser bien pronto demasiado estrechas para él, pues precisamente por dominarlas, es capaz de hacerlas estallar. Uno se pregunta entonces cuánto tiempo podrá contenerse y hacerse perdonar la grandeza de su naturaleza."

Podría ser que Ernesto Sabato tampoco aceptase esta opinión. Y que, como prueba, presentase el Informe Prebisch "Moneda sana o inflación incontenible" sobre la ruina económica del país. Es verdad que Prebisch hizo lo que el personaje de Gil Blas: "Señor, con esta sangría el enfermo se muere... ¡No importa –contesta el médico–, morirá, pero morirá sano."

Pero sigamos con Sabato. Esperamos que esta cita de uno de sus escritores predilectos lo convenza de su frivolidad pedante:

"Es curioso, en efecto, que casi todos los bienhechores y guías de la humanidad, han sido terriblemente crueles. Sostengo, en fin, que todos ios grandes hombres y hasta los que se destacan un poco por ser capaces de dar una palabra nueva, han de ser por su misma naturaleza más o menos crueles. De otro modo, les sería difícil dejar el camino trillado, y a mi entender no pueden ni deben resignarse a continuar en él, pues su misma naturaleza los empuja por nuevas sendas."

DOSTOIEVSKI

Los ideólogos pequeño burgueses

De sus disertaciones redentoras sobre la situación de los obreros de Berisso, pasará Freud y su doctrina de la ligazón libidinosa de las multitudes con el líder, fundada en la teoría del "eros" platónico. Es por eso deplorable que las masas "femeninas" no hayan votado al partido Socialista, al que un poco de entrecasa, llama "buen muchacho, honrado, puro, estudioso y abstemio".[54] Sabato explicará el fracaso socialista porque sus cerebros estaban mejor preparados –se trata del partido de la clase obrera– para:

---

[54] He aquí otra prueba de la mentalidad pequeño burguesa de este escritor. El socialismo, en 1932, llegará al Congreso no por la "pureza" de sus miembros, sino enancado en la abstención del radicalismo, traicionando así a las masas y legalizando al gobierno entregado al imperialismo y apoyado en el fraude del Gral. Agustín P. Justo. Desde entonces el socialismo fue un instrumento consciente de los gobiernos conservadores. La indiferencia electoral del pueblo no se fundó en el carácter "femenino" de las masas sino en esta renegación histórica de los principios en que terminó el socialismo. Juan B. Justo, fundador de este socialismo pro-imperialista, a su reformismo pequeño burgués asoció la tesis racista –para Marx en una aguda tesis la raza misma es un factor económico– ajena al marxismo, de la inferioridad biológica del nativo, sirviendo así directamente a la política imperialista de descrédito a lo argentino. Sus sucesores –los Repetto, los Ghioldi y Cía.– han hablado de imperialismo cuando les convenía minar, en coincidencia con los partidos reaccionarios, a los gobiernos populares. Américo Ghioldi, que ha descubierto tarde a Wilfrido Pareto, llamado "el Carlos Marx de la burguesía" afirmará (1956) que "el mito de la mayoría" ha sido superado. Y llamará a esa mayoría democrática "masa masificada técnicamente por el totalitarismo". Este es el socialismo "abstemio" de Ernesto Sabato. Esta es la bandera que opone al totalitarismo. No puede comprender que este socialismo se entienda con el conservadorismo. Con motivo del 85° aniversario del nacimiento de Nicolás Repctto, La Prensa, de Gainza Paz, dijo:

"...y en la madurez, su ecuanimidad y patriotismo le eraron una aureola de respeto y estimación. Llegó el día, en que sin abdicar de sus principios, reconoció cuánto debía la Argentina a sus partidos tradicionales. Se explica así que hayan adherido al homenaje de hoy personas destacadas de las clases conservadoras."

Entre los adherentes, figuran efectivamente, personajes bien conocidos de la época de los obreros "hoscos y tristes" de que habla Ernesto Sabato: Carlos Alberto Erro, Alberto Hueyo, Miguel Angel Cárcano, Osvaldo Loudet, José Heriberto Martínez, Adolfo Mitre, Antonio

“Encarnar las aspiraciones de la clase media ilustrada y de la aristocracia obrera que los sentimientos de las multitudes... olvidando que el pueblo alemán, uno de los más instruidos del mundo, había generado el fenómeno hitlerista.”

He aquí la crítica de Ernesto Sabato: El partido Socialista es el representante de la clase media ilustrada. El país está en la más grave crisis de su historia porque no estuvo a la altura de los intelectuales del partido Socialista. Los nacionalistas pudieron haber sido solución –dirá Ernesto Sabato en una crítica azucarada– pero estaban demasiado vinculados a la Iglesia “casi siempre impopular en América”[55] y además, sus miembros, eran demasiado aristocráticos y, como los socialistas, intelectuales. Es decir, los nacionalistas estaban un poco más allá de las cavilaciones religiosas de Ernesto Sabato. Y un poco más acá del socialismo. Es decir de Ernesto Sabato. Estas reflexiones jabonosas demuestran el movimiento pendular del escritor entre el reformismo social y el aristocratismo conservador, calco exacto de la situación de la clase media, “socialista” cuando la hipoteca apremia y “nacionalista” cuando el socialismo les recuerda el comunismo. En este tren acusa a los nacionalistas –y no se equivoca, pues, es un lugar común– de fascistas. Y es cierto, asimismo, que en 1943, la influencia de estos grupos fue considerable. Pero no es toda la verdad. El proceso histórico condicionado por las masas trabajadoras –que a diferencia de las clases medias es inexacto que sean proclives al fascismo– terminó aislando esas

Santamarina, Federico Pinedo, etc., y como ángel de la guarda de la poesía, Arturo Capdevila.

[55] Esta afirmación es otra falsedad. Y además una ignorancia histórica. La Iglesia Católica en Hispanoamérica, conserva como en ninguna otra zona política del mundo un poderoso ascendiente, incluso sobre las masas, particularmente campesinas. La caída de Perón, aunque las causas fuesen mucho más hondas y movilizase un conjunto de fuerzas nacionales e internacionales, bastaría para invalidar este juicio. La Iglesia es poderosa por tradiciones históricas tenaces. Esas tradiciones que el discípulo de Kafka-Dostoievski no comprende. La religión católica, muy arraigada en las clases humildes, sobre todo indígenas, en la clase media, y en la oligarquía por razones de conservatismo político, ha sido utilizada por eso como valla espiritual opuesta por el capitalismo al avance del comunismo. Política que el Vaticano ha confirmado con su apoyo a los partidos demócrata-cristianos. La posibilidad de un Papa americano, Monseñor Francis Spelman, habla por sí misma.

tendencias fascistas. Si los nacionalistas se opusieron finalmente a Perón, no fue porque fuese nazi, sino porque no había esperanzas de que lo fuera. Acusa además a los nacionalistas de haber sido víctimas de un timo, pues Perón se apoyó en las más diversas fuerzas. Y como es habitual, confunde la alta política de un país dependiente, desgarrado por contradicciones que hacen más difícil su lucha interna e internacional, con especulaciones principistas. El pueblo estuvo en la posición nacional –no nacionalista– y es un mérito de los nacionalistas haber reforzado esa conciencia histórica. Sabato calla. Pero intenta cohonestar su tesis extranjerizante del nazismo de Perón –tesis que es el "otro rostro" de la posición antinacional del propio Ernesto Sabato– con citas de cien pensadores de todos los pelos y épocas, incluido Dostoievski. Como siempre Dostoievski lo desmiente. Refiriéndose a los estudiantes y, por extensión a los intelectuales alejados del pueblo, escribe este ruso de genio:

"... desprendiéndose de la sociedad y abandonándola no van hacia el pueblo sino a cualquier parte, al extranjero, al europeísmo, al reino absoluto del hombre universal que no ha existido jamás y de esta manera rompen con el pueblo que les desprecia y desconoce."

Y en otro lugar:

"Por fértil que sea una idea importada del extranjero, no podrá adquirir arraigo entre nosotros, aclimatarse y sernos útil realmente como si nuestra vida nacional sin ninguna inspiración ni empuje interior, hiciera surgir de sí misma esta idea natural, y prácticamente a consecuencia de su necesidad reconocida por todos. *Ninguna nación en el mundo, ninguna sociedad se ha formado bajo un programa de encargos importado del exterior*."

Luego, en tono elegíaco, se sentirá argentino, heredero de los gauchos y solidario con los que esperaban junto a él, en 1955, la salvación de la República "a pesar de nuestras bromas, de nuestras enemistades y resentimientos fraternos". Hoy esas bromas se han convertido, como en Martínez Estrada, en el ostracismo oficial del escritor censurado por sus antiguos camaradas. Y esto reconcilia con este intelectual equivocado. Con este hombre que ahora, en su fracaso, busca al país. Porque Ernesto Sabato encontrará al país. Ya fue, sin saberlo, premonitorio, cuando escribió:

"Aquella noche de setiembre de 1955, mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos

ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo las dos Indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados en lágrimas.”

Pocos meses después, el escritor asumiría la defensa de esas lágrimas del pueblo. Pero lo que nunca podrá borrar, es que aquella noche, entre la oligarquía y el pueblo eligió la oligarquía. Y esta es su única coincidencia con los nacionalistas que entre el nacionalismo y la clase obrera se quedaron con el imperialismo.

Ernesto Sabato se ofende con la calificación genérica lanzada por los nacionalistas de “vendepatrias”. Es seguro que Sabato materialmente no lo es. Pero es lo mismo, pues estuvo al servicio de ellos, de sus ideas, de sus gustos, de sus prejuicios. Tal el histriónico papel de esta intelectualidad que estuvo donde no quería porque, en lo esencial, carecía de fe en el país. Ernesto Sabato es un testimonio irrecusable de esta realidad. Su caso confirma que no se puede estar en la plaza y repicar en la procesión y, al mismo tiempo, explica la “soledad” verdadera del escritor que falta a sus deberes por un prestigio efímero dispensado por las clases distinguidas. Al final del folleto, el intelectual aislado de las masas, comprende sorpresivamente el problema:

“La admisión de que grandes hechos se han producido en doce años que transcurrieron entre 1943 y 1955; no es únicamente demagogia y tiranía, sino el advenimiento del pueblo desposeído a la vida política de la Nación. No sólo la aparición del histriónico espectro de un gran demagogo (ahora asciende al demagogo a la grandeza. J. J. H. A.), sino también el tumultuoso pero aleccionador espectro de las multitudes trabajadoras.”

El literato ha dado en el clavo. Y destruido su tesis. El “demagogo” no era lo que le asqueaba, sino la clase trabajadora. Era el pueblo argentino. No aquel de Vilcapugio y Ayohuma que le merece palabras inflamadas de retórica porque tales multitudes literarias son, en verdad, “espectros” del pasado. Es el pueblo del 17 de octubre surgiendo del protofondo hirviente de la historia nacional el que lo aterra.

Todo su folleto es un agravio al pueblo. Pero el escritor se consuela diciendo que “las mejores patrias... son las que han sido vilipendiadas por sus escritores”. Y elige ejemplos desdichados: Holdërlin y Nietzsche, dos fuentes del nacional-socialismo germánico; Dostoievski, que enalteció humildemente al pueblo como lo mejor de Rusia; a Baudelaire que más que el pueblo odió al burgués ufano cuyo orden defiende Ernesto Sabato:

“Es peligroso que una revolución social sea Invocada y dirigida por los que tienen todo que ganar... *Ojalá en estos momentos, los mejores espíritus de nuestra burguesía comprendan la misión que históricamente les toca.*”

Donde detrás de la teoría embozada de las “élites” conductoras, y su invocación al orden burgués, piensa implícitamente de las clases desheredadas como los antiguos Padres de la Iglesia:

“Sirvientes, sean obedientes a ellos, que son vuestros amos naturales, con temor y temblando...”

Esa oligarquía promovió con su infidelidad al país las tensiones que hoy despedazan a la Argentina. Fue la brutal opresión de las clases altas y no el resentimiento de las bajas –que en todo caso fue un efecto– lo que desató las fuerzas comprimidas de la nacionalidad ultrajada. Así, el escritor termina en demagogia del espíritu. Pues hay una demagogia del espíritu que, con el pretexto de la libertad, primero la adultera y luego llora sobre el pueblo esclavizado en nombre de esa libertad. El lenguaje de Ernesto Sabato, tiene un doble registro musical: Un acorde es bronco, injurioso para millones de argentinos, el otro aflautado, patriota, cortesano:

“Esté, señor Presidente, con el pueblo, con el auténtico pueblo y su nombre pasará a la historia procer de nuestra desventurada patria.”

Así termina la carta de Ernesto Sabato, naturaleza frágil, al presidente provisional de la República, general Pedro Eugenio Aramburu.

El Neoperonismo de Ernesto Sabato

Ernesto Sabato sabe bien que el concepto de libertad es relativo y que su contenido cambia según las épocas o los valores que determinan la actividad histórica de las clases sociales. Reconoce que el peronismo ha sido una verdadera revolución, y que, desde entonces “no podemos separar la palabra libertad” de la expresión “justicia social”. Comprende que la Argentina no puede volver al pasado. También que la clase obrera demanda justicia. Ahora bien, al reconocer que el peronismo implica una revolución, testimonia que la justicia social no fue una invención demagógica, sino el resultado de una política de masas organizada a escala nacional. Pero una

pasión neurótica, compulsiva, le lleva a interrumpir la lógica del razonamiento. Y entonces vuelve a la tesis reaccionaria de Carlyle, para quien el individuo es el motor de la historia. Olvida como dice Tillich que:

"La fuerza del entusiasmo, la superación del valor individual hasta llegar al sacrificio de sí mismo, es un fenómeno que se advierte en todos los fenómenos de masas. *Pero aunque el individuo puede ser más inteligente que la masa, la masa, en cambio, es más genial*. Su sentir, simple y fuerte, puede en un determinado momento dar lugar a una decisión más justa."

La piedra de toque sobre la mentalidad de un escritor la da su posición frente a las masas. Podrá elucubrar cuanto quiera sobre la psicología de las multitudes, repetir a Herodoto, al aristócrata Platón, al reaccionario Le Bon, a Sighele, a Freud, pasando por Mac Dougall –o Dwight Mac Donald que embelesa a Victoria Ocampo–, pero la verdad es que, como escribe Federico von Wieser:

"La sola fuerza del jefe no puede todavía dictar la ley a la sociedad; su obra consiste en llamar a los espíritus para que le sigan. Las masas negándose o aceptando seguirlo, son las que deciden, en último término, la dirección a tomar."

Ernesto Sabato ha roto con su círculo, pero sus ideas centrales no han cambiado: "Senatore boni viris, senatus mala bestia".[56]

Agobiado por sus propias contradicciones dirá: "Así como no queríamos justicia social sin libertad, no queremos ésta sin justicia". Justamente la frase del "demagogo". Con lo que el escritor hace lo que aquel caballero del cuento de hadas que, habiéndose caído en un estanque, consiguió salir del agua tirándose los pelos.

Este planteamiento lo enfrenta con el problema del individualismo y el colectivismo:

"La crisis actual es la crisis del capitalismo –(lo contrario de lo que había afirmado al decir que ésta no es la crisis del capitalismo, sino del espíritu renacentista. J. J. H. A)– y del supermaquinismo, pero también es la crisis, a mi juicio, del colectivismo y el superestado comunista."

---

[56] En los últimos tiempos ha vuelto a la revista Sur. (Nota a la 2ª edición.)

La cuestión es patética. Por un lado, la crisis del capitalismo le lleva a la justicia social, del otro, el peligro comunista a la libertad. Entre los dos amores, Ernesto Sabato recuerda al asno de Buridán, que compelido a elegir entre el cubo de agua y el haz de heno, terminó por morirse de hambre y sed. El escritor no muere. Agoniza simplemente entre la libertad y el miedo –como Germán Arciniegas, ese comisionista del imperialismo– y entre salvar la libertad, que con justicia social es totalitarismo y sin justicia social es parodia democrática, da a luz "la síntesis dialéctica del individualismo capitalista y el colectivismo estatal".

"No encontraremos solución realmente humana y perdurable sino con la federación de pequeñas comunidades. Esto no es una utopía reaccionaria ni una vuelta atrás."

Es la tesis de los Linares Quintana de los pequeños municipios. Y una vuelta, desde las alturas del siglo XIX... ¡a los griegos! El retorno, en fin, al historiador más triste de la Alemania de Bismarck. A un espíritu que retrocedía horrorizado ante los males del siglo. Un pensador que amaba, por encima de todo, la Grecia de Aristóteles. Al maestro de Nietzsche. Al ya conocido Jacobo Burckhardt:

"El estado pequeño existe para que haya en el mundo un rincón de la tierra en donde el mayor número de habitantes pueda gozar de la calidad de ciudadano en el verdadera sentido de la palabra. A pesar de la práctica de la esclavitud, las ciudades griegas alcanzaron en su época gloriosa, este fin mejor que todas las repúblicas actuales."

Por la vía de Burckhardt, Ernesto Sabato ha alcanzado el ideal de la ciudad de no más de 10.000 habitantes. Y que en tiempos de Aristóteles era ya una pequeña utopía reaccionaria, una inútil y postrer defensa frente a la amenaza fúnebre de la desintegración histórica de Grecia madura para la experiencia "totalitaria" de Alejandro. "¡Volvamos a Grecia!", viene a decir Ernesto Sabato. Una Grecia que derivada de la visión clasicista de mentores incultos jamás existió. Esta es su síntesis dialéctica del capitalismo y el comunismo. Pero los pensadores sirven para todo. Mediante el mismo Burckhardt, Sabato, más que en un retorno mustio al helenismo, debería reflexionar sobre estas palabras sabias:

"El espíritu humano no puede juzgar libremente el pasado sino desde una distancia temporal."

Por los caminos ambidextros de la vida Ernesto Sabato ha tomado contacto con el pueblo. Y el pueblo, tantas veces despreciado por el escritor, se ha enterado en silencio, de su existencia. Y es que la "demagogia" atrae multitudes. En tanto la "divina comedia" del espíritu es siempre solitaria:

"Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
che la dirita via era smarritta."[57]
DANTE

[57] "En medio del camino de nuestra vida me extravié en una selva oscura por haberme desviado del camino recto".

Capítulo VIII

El imperialismo y la cultura hispanoamericana

¿Qué es la América Hispánica? Para unos, América Hispánica es una actitud de nostalgia hacia el pasado. Y en tanto mera emoción derivada de una consideración conservadora del presente, Hispanoamérica carece de vigencia histórica. Para otros, América Hispánica es una estructura histórico-cultural concreta. Es decir, una Cultura con forma y órbita espiritual propias. Dentro de esta tesis se conjuga el problema, tan debatido en nuestro tiempo, de la definición de la Cultura.

Sólo partiendo metodológicamente de una teoría objetiva de la Cultura y ensayando empíricamente desde la realidad del presente, el encaje lógico entre los contenidos vivos de esa realidad histórica y aquella teoría, será posible arribar a alguna conclusión. Y además, saber de qué estamos hablando cuando nos referimos a Hispanoamérica.

¿Qué es una Cultura? Cultura es un estilo de vida, con rasgos regionales o nacionales diversos articulados a valores colectivamente intuidos como frutos del suelo mediante el nexo unificador de la lengua y experimentados como la conciencia, cerrada en sí misma, en tanto resistencia a presiones externas, de una continuidad histórica en el espacio y en el tiempo, afirmada en tendencias de defensa y en la voluntad de trascender fuera de sí.

Esta definición de la Cultura presupone la presencia de los siguientes elementos: 1º) Una comunidad económica con su correlativa base técnica de sustentación asentada en el área geográfica; 2°) Valores y símbolos homogéneos vivificados por la lengua; 3º) Conciencia atemporal de la propia personalidad histórica colectivamente experimentada como distinta de otras personalidades históricas.

Al penetrar un poco más en las capas psíquicas profundas de la Cultura nos encontramos que junto a las formas estáticas, materiales y espirituales –mitos, ritos religiosos, tradiciones, sistemas de comunicaciones naturales, estilos artísticos, lenguajes, etc.– que regulan y uniforman la vida del grupo, coexisten otros productos de contextura psíquica distinta: las formas dinámicas y renovadoras, periódicamente impuestas por individuos aislados –particular– mente artistas y pensadores– que son los elementos creadores, verdaderos genes mutantes de la Cultura, y la correspondiente asimilación por el grupo comunitario de estas creaciones espontáneas del psiquismo individual, que, por otra parte, el individuo toma inconscientemente del mundo de los

valores colectivos propios de la constelación cultural a la que pertenece. La Cultura, pues, tiene un doble carácter: es colectiva y al mismo tiempo individual. La interacción entre el individuo y el grupo es constante. De ahí la identificación emocional, antes que mental, del individuo con la región, la nación o el complejo cultural madre de que depende y con los símbolos y mitos que representan la existencia supraindividual de la colectividad histórica.

Latinoamérica y el poder mundial

¿Reúne América Latina las características genéricas de una cultura? ¿O bien, las fronteras políticas y las sucesivas presiones étnicas y culturales y las penetraciones extranjeras le han hecho perder la intuición esencial de su unidad?

Se ha dicho, en otra parte, que Ratzel vislumbró proféticamente a principios del siglo XX, el poder mundial que, en circunstancias favorables, podría concentrar Hispanoamérica sobre la base real de su espacio vital, de sus recursos materiales y de la conciencia histórica de su posición en el planeta. El planteo, pues, de una Cultura Hispanoamericana de base geográfica no es nuevo. Conviene anticipar, sin embargo, que factores reales como la geografía son insuficientes para explicar el fenómeno sociológico de la Cultura. En primer lugar, contra los excesos de la geopolítica, la Historia Universal prueba el desplazamiento espacial de las culturas y su asimilación y remodelamiento en medios geográficos distintos. Este desarraigo del universo físico originario de las culturas –que puede ser pacífico tanto como derivado de alguna gran catástrofe– de ningún modo decreta la muerte de las culturas, como lo han pretendido, entre otros, Spengler o Valery. Lo único que prueba es el perpetuo fluir, la continuidad creadora de la vida histórica. Oriente subsiste en Grecia, en Roma y en el cristianismo. El Islam en España y España en América. Ahora bien, en estos desplazamientos espaciales, las culturas, que no en vano han sido comparadas con plantas, vuelven a impregnarse, gracias a las actividades prácticas, es decir, a la acción histórica del hombre, con el espíritu de la tierra dominada, dando origen a formas culturales nuevas, pues el espíritu no es inerte sino plástico, no estático sino un estado abierto de virtualidad y propensión a la aventura. El instinto cultural del hombre lo lleva a desafiar a la Naturaleza. Por eso, la Cultura es primero conquista y después contemplación. La voluntad de ser se pliega –y a veces sucumbe– a la fuerza modeladora de la naturaleza. El espacio, base física de la actividad cultural, es el estímulo delimitador de la Cultura que crece en un suelo determinado. Pero, en rigor, la Naturaleza no es nada sin el hombre.

Geografía y Cultura

El espacio americano –incitante y pavoroso– existe, es un hecho sociológico real. Es el fundamento material, y sin cuya presencia el planteamiento de la cuestión sería ocioso, de la configuración geopolítica de Hispanoamérica. Pero Hispanoamérica no es puro espacio. El mero espacio es privación. Y aunque la comprensión de nuestra ubicación en el mapa es indispensable para predecir nuestro destino, el espacio como tal, es más bien la materia que resiste a las fuerzas dinámicas de la Cultura. Ya que ese mismo espacio, parcelado en fronteras y como tal concebido, ha sido y es, el gran obstáculo para el surgimiento de una América Hispánica como potencia del poder mundial.

El ser espiritual de las culturas crece en la tierra, de la cual saca su poder o los medios de subsistencia a través de la economía, que es el lado volitivo de la Cultura. Por eso, toda cultura, mediante la afirmación práctica, del encaje inmediato y vital del hombre en su entorno ambiental, del ajuste de ese hombre al medio en lo que él mismo tiene de naturaleza, toma como los vegetales, ciertos rasgos del mundo en que eclosiona, y al cual, a su vez, modifica, porque la actividad práctica humana –la economía, el comercio, la técnica– también es espíritu.

No hay, pues, fatalidad geográfica. Pero el medio físico y su desaprovechamiento económico reaparecen con tenacidad de raíz en las creaciones espirituales de nuestra América y condicionan importantes aspectos formales y ornamentales de esa cultura. Esa fuerza pasiva de la geografía continental, asociada al sumergimiento social de las masas, consecuencia de una vida colectiva económicamente poco desarrollada y dependiente, confiere peculiaridades espirituales singulares, pero no definitivas, al alma americana.

En efecto, estos rasgos no son eternos. Es significativo, sin embargo, que la geografía y la economía se conviertan en milagro estético a través del espíritu culturalmente alterado del hombre hispanoamericano. Un arte que tampoco es eterno, sino coincidente con un momento de la lucha por la afirmación cultural de ese hombre nuevo. En su estricta significación sociológica, el arte hispanoamericano cosecha su inspiración en esa geografía y en esa economía, como lo prueban la poesía y la pintura auténticas del continente, y en tales expresiones, el ornamento, la genial voluptuosidad vegetal de las formas, es el vehículo simbólico, el calco reactivo de la protesta colectiva transfigurada en "voluntad de forma". De este modo se comprueba cómo aquellas relaciones entre las formas estáticas de la Cultura del grupo y los contenidos dinámicos

de la creación individual o colectiva, señalados al comienzo, dan nacimiento en América Hispánica a un arte único.

Paisaje y estilo

Se ha dicho que el alma americana está llena de abismos. Esta cualidad la han percibido todos los viajeros que han reparado en la intrínseca duplicidad –material y espiritual– del arte hispanoamericano, con excepción, dentro de ciertos límites, de Argentina y Chile, cuyas peculiaridades geográficas y económicas, son precisamente distintas al resto del continente. La poesía hispanoamericana, funcionando sobre valores poéticos propios, exige el análisis de sus elementos integrantes. La poesía hispanoamericana, en primer término, le debe mucho al paisaje. El carácter predominante de esta poesía retiniana, táctil, sonora, nutrida en la tierra, hace que tenga para el hombre de otras latitudes, algo de mensaje descendido de un trasmundo hermético y como clausurado en el aislamiento ciclópeo de las grandes soledades telúricas. En esta poesía conviven el extraño sopor de las culturas inéditas y la vida ensimismada y vigilante de la selva, de la montaña o de la pampa. El universo geográfico actúa como excitante cultural en la época colonial misma. El barroco, el plateresco, el ultrabarroco, adquieren en América espontánea y sustantiva identificación con el paisaje. Esta ampulosa y empedernida fuerza vital que recorre nuestro arte colonial no es una moda; es el remate histórico, en todo caso causal, pero de consecuencias vastas, de un trasplante de estilos a América. El barroquismo era la voluntad de forma, aparte de su contemporaneidad histórica con la conquista, que necesitaba América Hispánica, no sólo por las íntimas necesidades religiosas de los conquistadores transvasadas por la violencia del contacto al alma indígena prosternada y enigmática, sino porque aquí, esa voluntad de poderío europeo se impregnó de miedo al espacio vacío, de temblor frente a la soledad cultural. Estas tendencias barrocas –imitadoras de la vida–, ese retorcimiento nervioso en espiral de la materia, esa riqueza de accidentes sensibles, se adaptaron congenitalmente al nuevo paisaje, como un lleno en la soledad plana, y se continúan, a través del tiempo, cual submarina necesidad estética, en César Vallejo, Vicente Huidobro, Nicolás Guillén, Leopoldo Lugones y Pablo Neruda. En cuanto al paisaje y su espacio, su presencia en la novela, junto al descontento o la resignación social, es fuerza estimulante, casi obsesiva, en Gallegos, Rivera, Icaza, Ciro Alegría, Azuela, Horacio Quiroga, o en sus músicos, como Villalobos, o en sus pintores, como Rivera, Portinari o Figari, en cuyas obras la tierra y las condiciones sociales estáticas se

entrelazan como las letras de un monograma en un equilibrio funcional y orgánico. La pampa es el personaje invisible en el *Martín Fierro* de Hernández, la selva en *La Vorágine* de José Eustasio Rivera. También en Sarmiento, hombre y paisaje están consustanciados. Todo el arte centroamericano responde al mismo impulso temático. Ni aún la falsificación de ese arte anula el protofondo. *Don Segundo Sombra* supera su limitación por la veracidad descriptiva del paisaje.

En la literatura hispanoamericana de fines del siglo XIX y comienzos del XX, y en la actual, el paisaje, con luminosidad enceguecedora, da siempre la tónica de ese hombre americano ilustrado que en vano quiere fugarse de la tierra y retornar a Europa. Pues la tierra vuelve y revoca toda fuga complementaria de la imaginación. De ello resulta esa mezcla, a ratos portentosa por sus efectos, que es la poesía culta de fondo indígena. Los poetas, aun los mejores, no eluden este conflicto. Vallejo, Huidobro, Casal, se alimentan en las corrientes esteticistas europeas posteriores a 1914, pero en última instancia, nos dan poesía amerindia pese a la forma a veces rebuscada y dependiente de Europa. Alfonso Reyes ha expresado bien este alucinamiento y al mismo tiempo fracaso de la Cultura europea en América:

"Yo prefiero promiscuar
en literatura
el romance paladino
del vecino
con la quintaesencia rara
de Góngora y Mallarmé."

En César Vallejo, esta promiscuidad es particularmente notable, pues su poesía, técnicamente modernista, es dominada, avasallada, por el "pathos" oscuro de su contenido indígena. Y lo mismo la preponderancia del elemento negro en Gallegos, Guirao, Guillén o en Euclides de Cunha. Y es que América envuelve y devora lo extraño como la ameba disuelve los residuos minerales de su entorno. Por eso, la poesía de Guillén –pese a influencias ultraístas– ofrece como rasgo dominante, la cadencia y la musicalidad onomatopéyica, condensación poética de las tareas rítmicas, acompasadas y colectivas del trabajo rural de las masas en los cañaverales y gomerales del trópico. Esta poesía es pictórica antes que mental, emocional antes que racional o simbólica. La influencia de Europa no ha roto este primitivismo que desborda las formas cultas del verso, sumergiéndolas de nuevo en los furores de la vida orgánica. La metáfora poética –aunque surja

de artistas individuales– es la máscara tras la cual las representaciones colectivas se aferran a la naturaleza primordial, en una especie de concentrada negación de lo extraño, en una reivindicación victoriosa de la tierra. Por eso, con relación a Hispanoamérica –y al margen de islotes culturales como Argentina donde las culturas indígenas aunque subsisten son más débiles– puede hablarse de una cultura indocéntrica.

Y he aquí un rasgo más de toda cultura genuina. Goethe no solamente representa a su época, romántica y clasicista de su tiempo, sino a la cultura alemana; Shakespeare es la era isabelina, pero también Inglaterra; Cervantes es el siglo de oro, pero más que nada España; Dostoievski es la Rusia autocrática y cristiana, pero también el alma eslava; Balzac es el mercantilismo bonapartista, pero es también Francia; Walt Whitman es el estampido tridimensional del capitalismo, pero es sobre todo la búsqueda por Estados Unidos de su carácter nacional; Rubén Darío es Nicaragua, pero más que nada Hispanoamérica. Y las potencias que inspiran su genio poético –en circunstancias históricas distintas y apuntando a valorizaciones sociales nuevas– son las mismas que por la vía religiosa levantaron la Catedral de México.

El arte hispanoamericano prueba la presencia de una geografía unificadora en la común elección de sus formas estéticas. La vuelta al fresco mural nos revela, también, la presencia simbólica de los espacios monumentales pesando sobre las comunidades agrarias empobrecidas de México en su pugna por la conquista de la tierra. No conviene, empero, exagerar la cuestión, rodeando al alma americana –como Keyserling y otros lo han intentado– de especiosas cualidades metafísicas. La explicación del espacio, en el arte americano, se encuentra en la realidad social misma que rodea ese arte: Kunsley Davis, Ana Casis y Preton James han señalado que:

“La ocupación humana del continente sudamericano tiene una característica bastante singular: es la distribución de los efectivos humanos en limitados núcleos de población concentrada, separados unos de otros por grandes espacio casi vacíos. Las zonas de densidad demográfica más alta tienen, además, una tendencia a la urbanización –como no ocurre en ninguna otra parte del mundo–, y esto contrasta violentamente con el vacío demográfico circundante. Como consecuencia de tan irregular distribución demográfica, de la ocupación humana del suelo en espacios casi enteramente aislados unos de los otros, dada la escasez de los medios de comunicación, vamos a encontrarnos en América con una organización económica de tipo

ganglionar y disperso. La verdad es que, si bien América del Sur es un continente macizo, demográfica y económicamente no pasa de ser un archipiélago, formado por una infinidad de islotes económicos casi desprovistos de intercambio o interpenetración."

De cualquier modo, la intuición de un arte propio geográficamente emparentado es común a los pueblos hispanoamericanos, particularmente a través de la música, el arte popular por antonomasia, y se asocia al vago sentimiento de que cada nación es parte de una constelación morfológica madre –América– que en cierto modo enlaza con tendencias concéntricas a su Cultura y a un tiempo la fragmenta de Occidente –más adelante se verá la importancia de este hecho– por la ausencia de una contigüidad espacial con Europa y, también, por el sentimiento no menos diferenciador, de que esa cultura es la consecuencia de un choque de civilizaciones. Esta intuición esencial de nuestra unidad espacial y espiritual dispersa tonifica los particularismos nacionales, pero no rompe el presentimiento de una comunidad cultural mayor. Y aquí nos encontramos con otro rasgo de la Cultura: el matiz regional. Todos los buenos americanos parecen haberlo entendido así: "Patria –escribió Rodó– es para los hispanoamericanos la América Española. Dentro del sentimiento de patria cabe el sentimiento de la adhesión no menos natural e indestructible a la provincia, la región, a la comarca; y provincias, regiones y comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ellas políticamente se dividen". En rigor, esta idea continental no es ajena a nuestra realidad geográfica. Más aún, la realidad geográfica la hace posible. Pero la geografía no agota –ya lo hemos dicho– el concepto de cultura, puesto que: "La historia de la tierra no es aún Historia Universal. La fuerza motriz del ser histórico es el hombre, para el cual la tierra es tan sólo ayuda o freno, según el sentido que le dé a su propia fuerza" (Wiesser).

Folklore y cultura

Junto a la geografía, y relacionado con ella, pero no dependiente, y fruto de contactos culturales, surge el folklore, "humus ancestral" de toda cultura independiente. La autoconciencia cultural de una comunidad se reconoce a sí misma en lo autóctono. Lo autóctono es la percepción de una imagen colectiva primordial. Las creaciones folklóricas amerindias viven en los estratos profundos del psiquismo colectivo en muchos países de Hispanoamérica. Estos residuos arcaicos, fantásticos y poéticos, vienen de épocas anteriores a la conquista. El folklore, como lo

vio Herder, es el depósito del genio racial. No puede negarse el nexo, la significativa articulación de la poesía hispanoamericana con fábulas, mitos y creencias indígenas. La poesía hispanoamericana muestra gérmenes de una espiritualidad derivada de estadios culturales antecedentes conectados a culturas primarias. El folklore hispanoamericano se asienta sobre los diversos grupos étnicos y lingüísticos. La influencia indígena y negra, a través de contactos culturales y del mestizaje sexual, marca la estratigrafía espiritual del continente. A pesar de todos los prejuicios raciales, los grupos blancos dominantes no pueden sustraerse a esta certeza, inclusive en Argentina. La idealización del gaucho, producto racial complejo, de parte de las clases ilustradas, responde en parte, a esta causa. Y Lugones presintió en el gaucho el arquetipo nacional. La fuerza de un escritor como Hudson, que siempre escribió en inglés, deriva de este primitivismo que asimiló en la pampa y no lo abandonó nunca.

"¿Qué había, pues, en el gaucho –escribe Carlos Alberto Leumann–, en su alma suelta, desasida del antepasado europeo, y qué misteriosa fascinación en su lenguaje sutil, en lo nuevo y americano de su idioma, para que volvamos hacia él nuestros ojos, en la literatura y en la vida, con pesadumbre o con indefinible inquietud y remordimiento?"

Nuestra literatura culta, como en el caso de Jorge Luis Borges, no logra eludir, aun en su desdén intelectual, esta reaparición de lo vernáculo en sus creaciones. Y es que el gaucho, el indio y el mestizo no son elementos raciales inferiores. Su conservatismo cultural –frente a la devastación conquistadora primero y capitalista después– explica su supervivencia vital. Y esta capacidad de resistencia frente a una cultura técnica superior, anticipa lo que puede esperarse de estas razas cuando logren adueñarse de esa técnica a través de las revoluciones nacionales libertadoras que le devolverán su libertad y la tierra que les fuera expropiada. La unificación del espacio por la Técnica disolverá las distinciones accidentales de las áreas culturales limítrofes al fortalecer el substractum común de esas culturas. La Técnica las nivelará gradualmente en una unidad superior común. Las "provincias geográficas" de que hablaba Bastian, denominadas hoy "áreas culturales", sin perder su matiz regional, pasarán a integrar la Cultura Madre. White ha demostrado que la tecnología condiciona los aspectos universales de toda constelación cultural. La revolución técnica del siglo XIX y su repercusión en la concepción del mundo es un hecho que hoy no se discute. Pero tampoco conviene exagerar la influencia del elemento indígena,

como lo hacen los indigenistas extremos.[58] El elemento indio, en nuestra Cultura, existe. Pero notablemente transformado por el choque contundente con una civilización superior, por el remodelamiento lingüístico, que es siempre transfiguración del sentimiento originario, asociado a los mitos y leyendas, por contactos sucesivos, migraciones y estratificaciones raciales e históricas diversas y por múltiples influjos, en lo esencial, enrevesados y asimilados al núcleo vital español, que se mantuvo intacto, en medio de los entrecruzamientos culturales que lo asediaron, aunque absorbiendo muchos elementos exógenos y adaptándose a la peculiaridad de cada región. Núcleo vital, por eso, que aquí dejó de ser enteramente hispánico, para convertirse en hispanoamericano. Y es que las cualidades raciales no existen, sino como derivados de las culturas a las que se unen y las condicionan. Y las culturas, como esas razas, son también móviles, susceptibles de multiformes y complejos desarrollos en función de las cambiantes circunstancias históricas. De cualquier modo, la presencia de un acervo folklórico indoamericano, transvasado a las formas hispánicas de expresión, prueba empíricamente la presencia de una realidad cultural proliferante.

Cultura e historia

Las civilizaciones nacen no por simple contacto con las condiciones óptimas del suelo –A. Toynbee, tan discutible en otras cosas, ha refutado con éxito este error–, sino fundamentalmente, por el impulso civilizador del hombre portador de un determinado tipo de cultura. Este ímpetu civilizador –en América, el conquistador español–, al transplantar sus instituciones al nuevo mundo, al mismo tiempo las modificó bajo las influencias plásticas del medio, de las nuevas condiciones materiales de existencia y por la oposición de las culturas aborígenes que movilizaron, en tanto desafío, la voluntad de poderío de la raza. En América se comprueba, una vez más, que la fusión de civilizaciones y razas es el fenómeno normal de la Historia. Nuestra actitud –en parte por este antecedente– es culturalmente bipolar. De un lado, el sentimiento de nuestra vinculación con culturas inmóviles encostradas en el paisaje nos hace mirar al interior del

[58] La tesis opuesta, la oposición al indio, responde a causas enteramente políticas. La emancipación de la América Latina está en relación directa con la liberación de sus masas autóctonas. Esta masa es el centro de la cuestión: La población india y mestiza en la América Latina es la siguiente:

continente en busca del protofondo originario de nuestra dimensión. Del otro, la conciencia de ser herederos de Europa, a través de España y Portugal y de los grandes núcleos migratorios posteriores, nos torna virtualmente abiertos hacia Occidente. Por eso somos y no somos los occidentales de América. Vale decir, hay en nosotros algo nuevo. Y en esas dos actitudes culturalmente antitéticas avizora el desasosiego presente del alma americana, pero también la enunciación de su futuro. El gradual crecimiento de nuestra conciencia cultural, fluctuante entre estas tensiones del espíritu, nos conducirá a sentirnos no extraños a Europa, pero en lo esencial, no europeos. El síntoma despunta en que nos reconocemos sin esfuerzo hispanoamericanos y sólo por abstracción mental –o por inferioridad emocional– europeos. El fortalecimiento progresivo en nuestros días de una política continental independiente de Europa, tiende a confirmar esta tendencia de la América Latina. Y al mismo tiempo la profecía de Ratzel.

Pero nuestra diferenciación –no separación–, o más bien, bifurcación de Occidente, tanto como el correlativo afirmamiento del ideal continental, deriva también de la lucha común de estos pueblos contra el poder disgregador de Europa que Hispanoamérica conoció durante los siglos XIX y XX. De ahí que ese pasado histórico, con sus agresiones sistemáticas y el recuerdo que han dejado, se refleje en el creciente fortalecimiento de los sentimientos nacionales. Y aquí nos encontramos con otro de los elementos definitorios de la Cultura: la voluntad defensiva contra lo extranjero. La certeza de un drama histórico común ha creado una ética continental solidaria. En otra de sus raíces –la conducta cultural es muy compleja– esta defensa de lo nuestro, esta inquietud ante lo extraño, nos viene de España. Este elemento de nuestra cultura frente a Europa es un componente psicológico importante de la mentalidad hispanoamericana. Y no es ajeno a este sesgo tipificador de la mentalidad colectiva, el hecho que las diversas nacionalidades hayan sobrevivido a los sucesivos empujes exteriores o al encumbramiento sociológico de los grupos nativos aliados al interés extranjero. Esta cohesión refractaria de las naciones hispanoamericanas ha sido posible, fundamentalmente, por el carácter homogéneo de una Cultura vigorosamente consolidada en los países integrantes de la gran comunidad y fundada en una religión, creencias, instituciones, costumbres y lengua comunes, traídas y arraigadas en estas tierras por España. Este es el elemento hereditario –en el sentido espiritual– tan importante en la caracterización de las Culturas y del cual deriva nuestro sentimiento no europeo de hispanidad. Y es que España, como lo vio Unamuno, no es Europa. Pero ya se ha dicho anteriormente que la relativa estabilidad hereditaria de una Cultura, no desecha el cambio, la

movilidad social. Hay que evitar el riesgo de caer en un “hispanismo” abstracto, intelectual, reaccionario. Puede aceptarse –de acuerdo a la tesis hispanista– el hecho altamente significativo de que, las influencias no españolas que han gravitado en Hispanoamérica, no han conseguido extirpar el estilo de vida hispánico de esas Culturas. Esto explica, por lo menos parcialmente, ya que toda interpretación psicológica de la Historia es asimismo insuficiente, la resistencia económica y cultural, aparentemente caótica, pero emocionalmente orgánica, opuesta durante el siglo XIX por las multitudes políticas continentales despojadas de sus artesanías e industrias locales, a la penetración extranjera, o mejor aún, al liberalismo económico y a otras técnicas no hispánicas de dominio, tanto como el nacimiento en nuestro siglo, fundado en la misma disposición de los movimientos nacionales libertadores. Movimientos –y esto es revelador– de profunda raíz colectiva y en los que se funden la conciencia nacional heredada de España y las tendencias revolucionarias al cambio social, impuestas por la dinámica de la actual situación histórica, que se afirma, sí, en el pasado y en las tradiciones que merecen conservarse, pero que actúa –y esto es decisivo– en función de las ideas económicas, políticas y filosóficas, nacidas al contacto material de la realidad presente de América. El altivo individualismo, la pasión por la libertad, vinieron precisamente de Castilla, traídos por hombres que no veían contradicción entre la idea imperial y las autonomías municipales por las que luchaban. Y no es casual que esa idea se actualizase en América en el proyecto de una Confederación continental, en hombres como Bolívar, San Martín, Belgrano, Monteagudo o Iturbide. Más que por la resistencia de los pueblos, tal proyecto no prosperó debido a la intervención de las grandes potencias europeas enemigas de España.

“La expresión verbal de las ideas podrá ser francesa, las formas por las cuales se trata de convertir estas ¡deas en acción, podrá ser inglesa, pero las ¡deas mismas, su encubierto espíritu, todo lo que puede convertir las palabras en algo más que puro verbalismo y que da vitalidad a las formas que si no estarían muertas, es español.”

Esta tesis psicologista del inglés Cecil Jane es valedera en tanto rasgo general del alma hispanoamericana. Pero es falsa sí con ella se quiere explicar la historia y la Cultura hispanoamericanas en la totalidad de sus caracteres, en la poliédrica complejidad de sus diversos elementos. Olvida Cecil Jane –y los que piensan como él– que el espíritu hispánico, sin perder sus defectos y virtudes esenciales, se adaptó a estas tierras en un ensayo inédito y colosal. Los

movimientos emancipadores de principios del siglo XIX fueron en verdad fomentados por potencias extracontinentales como Inglaterra, interesadas en la desintegración del Imperio Español. Pero en mayor medida aun, fueron reacciones autóctonas, de contenido y dirección radicalmente americanos, aunque la política internacional europea del siglo XIX las desvirtuase o sacase de su cauce inicial. Estos movimientos se adaptaron al universo intacto, a la policromía deslumbrante de un mundo primigenio, ávido de encontrar su sino, favorecido todo ello por las particulares circunstancias geográficas, económicas, políticas, internacionales, que posibilitaron la emancipación de estas naciones iniciales, nacidas a la libertad en medio de la formidable expansión capitalista de la era mercantil, indefensas en tanto pequeñas potencias económicas –de ahí su posterior drama político– pero al mismo tiempo indemnes a todo contagio cultural espontáneo.

Fue precisamente esta voluntad histórica de ser, esta predisposición estructural de América, la que rompió, no con la España eterna, sino con la España de su siglo. De una España que en medio del siglo XIX y en el cruce de las potencias dinámicas y destructoras de la próxima era imperialista, yacía aletargada en la autocontemplación de su sino, en la tragedia petrificada de su grandeza.

España –y esto es lo que los hispanistas olvidan a menudo– introdujo en América, junto con el inicial impulso capitalista, formas feudales de explotación en una época en que el feudalismo aceleraba su decadencia histórica. El resultado fue sorprendente. Esas formas semifeudales prendieron fuertemente en América, en parte, por la conveniencia de los grupos españoles, y posteriormente criollos, sociológicamente elevados sobre las masas nativas, pero también, porque esas formas se adaptaron a las técnicas indígenas de cultivo anteriores a la conquista. Del interés económico de los conquistadores, aliado a las tradiciones agrario-culturales de las poblaciones autóctonas, derivó una enérgica resistencia, de parte de blancos dominadores e indios y mestizos subyugados, a la penetración de técnicas productivas capitalistas no españolas. De este modo, el sistema español, sin proponérselo, apuntaló las culturas amerindias originarias y, por una derivación histórica imprevisible, las tendencias emancipadoras de las clases superiores como resultante indirecta de este conjunto de causas y concausas. En efecto, el impacto cultural anglosajón se estrelló con la resistencia pasiva, enorme, del sistema económico hispanoamericano. Pero al mismo tiempo, cuando España intentó tardíamente introducir los métodos liberales –particularmente en las relaciones mercantiles de las colonias con el mundo

europeo– a fin de conservarlas bajo la corona, la estructura antigua reaccionó y la consecuencia fue inversa al propósito buscado. Al flexibilizar el rígido sistema del monopolio, España precipitó la muerte de su imperio. Ya que, las clases sociales en su conjunto, más o menos estabilizadas dentro de las condiciones generales del sistema económico colonial, no tenían interés en modificar aquellas estructuras consolidadas. Sólo les interesaba, a estas clases dominantes, lucrar por el comercio, el aumento del lujo. España, que languidecía económicamente, no podía satisfacer esta aspiración. Esta posibilidad, en cambio, era ofrecida por Inglaterra, primera potencia liberal y manufacturera del mundo, y que además, luego del fracaso de algunas intentonas militares, no amenazaba el estilo de vida colonial asentado sobre el antiguo sistema de explotación del indio y de la tierra. Así el monopolio español, ruina de la metrópoli, apuntaló a las aristocracias españolas y nativas, y el Tratado de Utrecht no es más que el reflejo diplomático del eclipse económico de España y el ascenso de las aristocracias coloniales. América Española fue incorporada por eso, sin resistencia, al mercado internacional como factoría económica. Por otra parte, la supervivencia de formas atrasadas de la economía, con las consecuentes relaciones jurídicas de la propiedad territorial, base del poderío de las clases superiores en América, convenía a Inglaterra, pues mediante su desarrollo técnico superior, se aseguraba el domino de estos grandes mercados potenciales productores de materias primas y consumidores de artículos manufacturados. No es casual que movimientos separatistas como el de Miranda, fomentados por Inglaterra, no encontrasen auspicio popular. Pero tampoco es casual que Inglaterra triunfase finalmente por otros medios que no lesionaban las formas arraigadas de vida ya señaladas. Canning lo expresó claramente: "Si llevamos las cosas con la suficiente habilidad la América española emancipada será nuestra". De este modo, la idea de una Confederación hispanoamericana sustentada por Bolívar y San Martín estaba condenada al fracaso por la presión de Inglaterra y EE.UU. en complicidad con las nacientes aristocracias nacionales terratenientes interesadas en intensificar el intercambio comercial sin modificar el antiguo sistema productivo heredado de España. Las formas precapitalistas de producción propias del período hispánico, la difusa distribución demográfica, fueron los escollos para la unificación continental. En adelante, esta debilidad de una economía subdesarrollada desbarataría todo intento de unión, mediante la intervención diplomática, financiera o militar, de las superpotencias mundiales, Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

La polarización cultural en la era del imperialismo

En efecto, a mediados del siglo XIX, se fortifica el dominio del capital monopolista inglés y norteamericano en la América Hispánica. La etapa de la libre concurrencia mercantil cede a fines del siglo, ante la internacionalización de la economía y la explotación en escala mundial del planeta. La era imperialista ha comenzado. El libre comercio es sustituido por la exportación en masa de capitales. El mercado mundial, centralizado al máximo, refleja la acción financiera de la banca internacional controlada por las potencias industriales avanzadas. Pero al mismo tiempo, junto a los ferrocarriles y empresas monopolistas de todo orden, el imperialismo crea las condiciones necesarias de las revoluciones nacionales. A comienzos del siglo XX, el problema latinoamericano está en la coyuntura mundial del interés capitalista. Filipinas, Puerto Rico, Cuba, entran en la órbita de los EE.UU. Todas las naciones del continente son incorporadas por el capital financiero como zonas de influencia de los países más desarrollados de Europa. El proceso iniciado en 1810, con la liquidación de España del escenario europeo, culmina ahora con la explotación de las antiguas colonias, que a su vez, responden con la organización política creciente de sus masas nacionales, cuyas reivindicaciones se ven favorecidas por la descomposición del imperialismo incapaz de organizar la economía mundial. La segunda etapa emancipadora –económica y cultural– se ha iniciado. La crisis del imperialismo durante el siglo XX, al aflojar los lazos del sistema, favorece el desarrollo de las burguesías nacionales no agrarias y de las masas trabajadoras víctimas de los grupos financieros internacionales. Las tradiciones culturales nativas, el sentimiento nacional, robustecen la acción política de los pueblos hispanoamericanos oprimidos. El ideal de la unión de América Latina aparece otra vez como premisa de la lucha antiimperialista. La lucha nacional tiende a convertirse en continental sobre la base de la unificación revolucionaria de las masas latinoamericanas. Pero la crisis del imperialismo y el simultáneo decaimiento de las aristocracias terratenientes debilita también los métodos de la opresión nacional. Las reformas agrarias se convierten en el problema capital. Y esta necesidad se asocia, de acuerdo al desarrollo desigual de cada país, a la naciente industrialización favorecida en países como la Argentina por dos guerras mundiales.

Tal industrialización únicamente pueden cumplirla estados nacionales fuertes. Sólo la previa concentración del poder político en el Estado que represente a los sectores progresistas de la comunidad nacional –burguesía industrial, clase obrera, intelectuales de la pequeña burguesía avanzada– puede acelerar la tarea. La necesidad del Estado Nacional fuerte es apremiada por las

violentas resistencias interiores opuestas por las clases conservadoras al cambio de las condiciones generales de existencia y no por una determinada filosofía política. Sin industrialización no hay independencia económica base de la soberanía nacional. Y sin soberanía nacional no hay autonomía cultural. Tal tarea sólo puede cumplirla el *Estado* Nacional.[59] "La industrialización nacional –dice Lazlo Radvanyi– es la principal tarea que se plantea, en el momento histórico actual, ante los países de América Latina, sin llevar a cabo su

---

[59] La industrialización ofrece graves problemas. No se trata de la industrialización regulada por el interés extranjero, sino de la industrialización planificada por el interés nacional en combinación con los restantes países latinoamericanos. "La obtención por parte de un país económicamente poco desarrollado de empréstitos extranjeros –dice Lazlo Radvanyi– da origen a su dependencia del país acreedor, no solamente por el pago de intereses y por las medidas que toma la nación acreedora en caso de incumplimiento, sino también por otras causas. El país cuyos bancos privados o estatales han concedido empréstitos a otros, estará interesado en que el país deudor permanezca en condiciones económicas y políticas que favorezcan el cumplimiento de los convenios establecidos. Por esta razón, el país acreedor influirá en las condiciones del deudor apoyando del 'status quo' y favoreciendo a los organismos y movimientos conservadores". Refiriéndose al sistema de empréstitos dirigidos puestos en ejecución por EE.UU. en México, particularmente a través del Banco de Exportación e Importación, del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y de la banca privada, prueba como esta política no es más que un instrumento de dominio de EE.UU. que pone a su servicio la economía mexicana al margen de los intereses nacionales: "los EE.UU. influyen en la dirección que imprime al desarrollo de la economía mexicana y de los demás países latinoamericanos negando empréstitos para el desenvolvimiento de las actividades económicas que no corresponden a sus intereses y concediéndolos, en cambio, para otros, que resultan favorables a sus propósitos". Y agrega: "el capital norteamericano está controlando el 41% de las industrias importantes del país, el 17% de una manera incompleta y el 24% de una manera predominante". Esta industrialización regulada por monopolios, que incluso se rigen por leyes especiales, remacha la dependencia al país acreedor. El caso de la United Fruit Company de Guatemala es típico. Esta compañía bananera controla los transportes ferroviarios, diarios, radios, la navegación y buena parte de las exportaciones, y en consecuencia a los gobiernos nativos, impotentes ante el poder mundial que enfrentan.

industrialización nacional, los países latinoamericanos no podrán alcanzar su meta máxima: la independencia nacional".

Toda industrialización es un intento consciente del país que la ejecuta para alcanzar la plena soberanía. Ninguna nación moderna, salvo Rusia –y en los próximos decenios quizá China– puede aspirar a la total autarquía dentro de las fronteras nacionales. Los países latinoamericanos no escapan a esta regla. Pero América Latina, en su conjunto, llena las condiciones de una supranación. Toda industrialización nacional debe tener en cuenta el ensamblamiento planificado con los diversos países del continente. Los pactos regionales son el paso previo de esta política, pues el problema es histórico, cultural y económicamente hablando, hispanoamericano. La resistencia del imperialismo a estas tentativas, se explica, pues tales proyectos afectan la articulación mundial de las zonas dependientes que hacen del sistema una vasta concentración del poder mundial en manos de las grandes potencias modernas. Tal resistencia encuentra sus aliados naturales en las oligarquías indígenas, pues la industrialización desplaza el poderío económico y consecuentemente político, a otros sectores de la burguesía nacional. Pero el propio potencial agrícola ganadero, minero o hidroeléctrico del continente, conjuntamente con un mercado consumidor de posibilidades incalculables, hace inevitable la industrialización, cuya realidad naciente condiciona la mentalidad de los grupos con conciencia nacional, acentuando, a su vez, la visión complementaria de una integración cultural continental. La nacionalización de la economía no basta mientras se produzca en países aislados. Esta tarea, debe combinarse entonces, con la unificación aduanera, política y cultural de todo el continente. Y sólo de esta unión material puede tornarse homogénea la Cultura de América Hispánica. El imperialismo no ha vacilado en aniquilar a grupos étnicos enteros, en extraviar la conciencia de una historia común, en invertebrar la pluralidad de una gran comunidad cultural amerindia-hispánica. Al servicio de esta violación se pusieron las oligarquías nacionales. Pero como Manuel Ugarte, un argentino injustamente olvidado, lo señaló certeramente: "Los pueblos de nuestra América son en general más clarividentes que los grupos que pretenden conducirlos. Sienten las exigencias

---

Venezuela, Bolivia, Brasil, son casos similares. Brasil no es dueña de su industria, orientada por el interés norteamericano, y esto explica la inestabilidad política permanente del país vecino, perturbado por el desequilibrio del mercado, la mano de obra barata, el nivel de infraconsumo de sus masas y sus exportaciones de café, reguladas por el país inversor en su casi totalidad. Lo mismo en Perú, Cuba, Chile, etc.

nacionales desde el punto de vista internacional y se rebelan contra la enajenación sistemática que los coloca, en la propia tierra, en la situación de auxiliares al servicio de otras fuerzas. Lo que muchas veces se ha hecho pasar como protesta de la barbarie contra la civilización, no ha sido la mayor parte de las veces más que el grito angustiado de un nacionalismo sacrificado. La reacción no era en favor del atraso, sino en contra de las abdicaciones que nos llevan a imprimir direciones falsas a la política exterior o al desarrollo nacional, interpretando como una victoria el resplandor engañoso de las prerrogativas que entregamos".

En definitiva, nuestra Cultura es de raíz hispánica, pero la construcción de nuestro destino es americana. Sólo así pueden conciliarse, sin distorsionar la Historia, el concepto de hispanidad y nuestra condición de comunidades nacionales. Somos además, herederos de España –y lo citamos como último elemento configurador de la Cultura– por la lengua. La lengua es el líquido que empapa y preserva las profundidades uterinas de la Cultura. "La lengua es el ambiente interior del espíritu colectivo, el vehículo de su nutrición ideal", como decía Unamuno. El idioma es el matraz espiritual que ordena y preserva en sus variaciones históricas el cuerpo de la Cultura. Por eso, a nuestra historia continental, la pensamos, la sentimos, la padecemos en común. Y es que la lengua no sólo es producto histórico o mera osificación espiritual. La lengua es permanente creatividad. La vida de una Cultura se expresa en la extensión y unidad colectiva de sus símbolos lingüísticos. Siendo la lengua un hecho social, las representaciones e imágenes colectivas –folklóricas, artísticas– están impregnadas de la Cultura en que crecen y del idioma que las posibilita como instrumentos de la comunicación social. Frente a este carácter colectivo de la lengua, han fracasado en Hispanoamérica los intentos de penetración en profundidad de otros círculos culturales. Sólo las capas intelectuales han cedido a la presión. Pero en cambio, los pueblos de Hispanoamérica, en la lengua, han encontrado la fuerza espiritual simbólica de la tierra y el soporte colectivo de su conciencia histórica.

Política y Cultura

Hispanoamérica revela la presencia de todos los elementos sustantivos y adjetivos de una Cultura. América Hispánica es una Cultura. Sólo falta saber si la conciencia histórica de su destino futuro –es decir, la capacidad de trascender fuera de sí– está también presente.

El sino mundial de la América Hispánica no podrá realizarse sin la voluntad de sus grupos nacionales integrantes organizados sobre una conciencia común de los problemas. Tal política

debe ser la moral en grande del continente. Hispanoamérica se convertirá en potencia mundial, cuando las energías nacionales de sus pueblos se integren en un plan continental capaz de conferirle la categoría de superpotencia. Las desarmonías que obstaculizan esta unión no se fundan ni en antinomias culturales, ni en repulsas históricas, sino en la incomprensión fomentada o en la interferencia de fuerzas ajenas al derrotero de América Hispánica.

La fuerza del continente ha sido su unidad espiritual en medio del formidable desplazamiento del equilibrio mundial de la era imperialista. Pero esa defensa no ha sido suficiente. Hoy, en otra etapa histórica, debemos concebir nuestro destino en términos de política intercontinental. El imperialismo no ha logrado romper nuestra unidad cultural. Semejante hecho, convertido en conciencia política de nuestro destino común, terminará por reintegrar las economías nacionales al centro organizador de la confederación iberoamericana.

Toda acción retardataria de este ideal trabaja a favor del encadenamiento del continente. El dilema es fatal. América Latina hace su revolución o el imperialismo remachará los anillos opresores a fin de retardar la liberación mundial de los pueblos coloniales. Y en tal caso, la revolución vendrá de Rusia.

Apéndice
Crítica y "totalitarismo"

Una de las grandes mentiras que puso en circulación la "intelligentsia" argentina durante la época de Perón, fue la acusación al gobierno popular de "totalitarismo", es decir, el odio a las ideas y la libertad de conciencia. La prédica organizada penetró especialmente en el estudiantado. Este libro no es más que el relato y la refutación de esa mentira que, escritores y poetas mediocres, al servicio de lo antinacional, se encargaron en convertir en martirologio. Un martirologio de craneópagos. Y en la cobardía, al mismo tiempo, de adaptarse a la situación imperante, o sea de lucrar, como profesores o colaboradores en las revistas y publicaciones oficiales de la época, o en la comodidad musulmana de sus propios órganos literarios. Para esas capas intelectuales –las mismas que hoy representan la cultura oficial– era un lugar común dar a esa época la denominación de "bárbara". Las ideas agonizaban. Y la crítica estaba muerta. Las alpargatas habían aplastado a la cultura.

Baste, quizá, un ejemplo para desmenuzar esa infamia de grupos mentales, que a sí mismos se llaman "progresistas", "antifascistas" y "democráticos". El autor de este trabajo ejerció la crítica literaria, durante cerca de tres años, en un programa de Radio del Estado, titulado "Vida Artística".[60] Esos comentarios no tuvieron, ni tienen, más valor –dadas las limitaciones de tiempo a que debían ceñirse– que la libertad con que fueron expuestos y el respeto por todas las ideas que los inspiró, sin que, naturalmente, dejásemos de exponer nuestros propios puntos de vista críticos. Transcribimos algunas de esas notas radiales sobre autores nacionales y extranjeros, libres de los dogmatismos que esos intelectuales han vuelto a imponer en la hoy denominada Radio Nacional, hasta donde llegó la furia en el cambio de nombres de las instituciones oficiales para borrar las huellas de la "sangrienta dictadura". La objetividad fue nuestro norte. Objetividad

[60] Es un acto de justicia señalar que Radio del Estado estaba bajo la dirección de un antiguo funcionario, el señor Humberto Russi, y la subdirección a cargo del profesor José Ramón Mayo. Bajo ambos la libertad de pensamiento fue absoluta. Y la filiación política de los comentaristas no se tenía en cuenta. Más aún, la mayoría de ellos eran adversarios del gobierno de Perón. He aquí los nombres: Enrique Larroque (música), Amadeo Dell Acqua (plástica), Tulio Carella (Teatro), Arturo Romay (cine), J. J. Hernández Arregui (libros).

que, en última instancia, es la única norma que debe orientar la crítica, sin que la personalidad del crítico se apague en la anónima gacetilla periodística o en la mediocridad melosa y sectaria de los círculos literarios dominantes. Se agregan, además, en este Apéndice, algunas de las innumerables cartas de personas y editoriales, que no tenían inconvenientes en elogiar a esa crítica "totalitaria". Hemos dividido tales notas por materias y ordenado ese material de tal forma que pueda comprobarse cómo las diversas corrientes del pensamiento eran tratadas sin exclusiones.

I. Filosofía

Sócrates y los sofistas, Eduardo Zeller (Edit. Nova). Cada siglo tiene pensadores prototípicos que representan su espíritu e impregnan con su personalidad toda la época. Tal el caso de Guillermo Federico Hegel, cuya influencia filosófica abarca todas las manifestaciones de los siglos XIX y XX: el derecho, la estética, la metafísica, la historia. A este poderoso ascendiente espiritual no escapó el gran helenista E. Zeller, cuyos célebres estudios han sido reactualizados por otro gran helenista contemporáneo residente en la Argentina, Rodolfo Mondolfo, y a cuya obra capital, *El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica*, nos hemos referido en una reciente audición. En su sección "La vida del espíritu" la editorial del epígrafe, dirigida por Eugenio Pucciarelli y en traducción de J. Rovira Armengol, publica el clásico trabajo de Zeller *Sócrates y los sofistas* que, aunque avejentado en algunos aspectos, conserva su importancia. Zeller, en aguerrido planteo historicista, encuadra su investigación previo su encaje en el mundo histórico en que nace, las postrimerías del siglo V antes de nuestra era, con sus perturbadores anuncios culturales que preparan un cambio en los valores de la antigua cultura griega. Esta vertiginosa transformación ha quedado documentada en la diversidad de los tres grandes trágicos griegos: Esquilo, Sófocles y Eurípides, que, aunque contemporáneos, son distintos entre sí, y reflejos de esos grandes cambios sociales y jurídicos acaecidos en la Hélade durante el siglo V. Ningún pensador del período escapó a esta complicada situación histórica aun aquellos defensores del antiguo orden social y religioso, como Herodoto y Aristófanes. En la época de Sócrates, esta circunstancia exigía una nueva moral y una nueva ciencia que suplantase a la crítica preparatoria, pero puramente negativa de la sofística: "La vacilación de las convicciones morales requería una ética científica, la unilateralidad de la filosofía natural una investigación más vasta, las contradicciones de los sistemas dogmáticos un procedimiento dialéctico, la inseguridad de la

observación sensible la filosofía conceptual, y lo insuficiente de una cosmovisión materialista el idealismo". El siglo V, con su apogeo material y la ola de entusiasmo que siguió al triunfo sobre los persas, prepara el avance de la democracia y la decadencia de los antiguos valores aristocráticos. En tal sentido, los sofistas fueron un producto político: "Toda esa época estaba impregnada de un espíritu de revolución y progreso, y ninguno de los poderes existentes era capaz de ponerle coto". La filosofía, por su raíz en el proceso histórico general condicionante, no eludió la dirección general que tomaba la espiritualidad helénica. Y en medio de la crítica toda "la filosofía se convirtió en sofística". Zeller hace una apretada mención de los sofistas que se hallan en la "línea divisoria entre la filosofía y la política". Analiza el pensamiento de los sofistas más importantes, Protágoras, Georgios y señala el soplo vivificador e innovador que la sofística insufló, en problemas centrales de la filosofía, como la gnoseología, para destacar que, finalmente este impulso fecundo degeneró en dialéctica ingeniosa y vana, en puro charlatanismo: "Los sofistas –escribe Zeller– son los ilustrados de su época, los enciclopedistas de Grecia, y participan tanto de las virtudes como de los defectos de esa posición". Pero de cualquier modo representaron, asimismo, una revolución radical del pensamiento de un pueblo "en los umbrales de una nueva época". Luego de este encuadre histórico, entra Zeller a justipreciar la figura histórica de Sócrates, poniendo de relieve los escasos datos sobre su vida. El pensamiento de Sócrates "ostenta enteramente el sello peculiar de la moralidad griega" y "sorprende encontrar en él tantos elementos no griegos y casi modernos". Luego de recordar la poca consistencia de las escasas tradiciones socráticas sobrevivientes, incluida la de Platón, de valor suplementario, discute Zeller la fuente más seria, Xenofonte, para valorar luego la significación de Sócrates. Para Zeller, Sócrates inaugura una nueva ética y un nuevo criterio de la verdad, vale decir, del saber, "que tiene que partir de conceptos exactos y que nada puede conocerse si no se reduce a su concepto universal". En este orden la crítica sofística había trillado el campo. La consecuencia fue, por vía filosófica, un fortalecimiento de la moral decadente, sobre la convicción del insuficiente sistema educativo anterior, incluso, la anticipación del monoteísmo religioso, para el cual, por otra parte, ya estaba preparada la conciencia del helenismo. Y he aquí una diferencia radical con los sofistas que negaban la posibilidad de alcanzar la verdad. Sócrates, en cambio, afirmado en un fuerte sentimiento moral frente al mundo, "tiene fe en su posibilidad y, en consecuencia, siente que la incertidumbre es el peor de los males". O lo que es su corolario: "el conocimiento de la ignorancia conduce a la búsqueda del verdadero saber". De ahí el método

socrático de la investigación, del diálogo o mayéutica, consistente en que cada cual esclarezca rigurosamente –es decir conceptualmente— lo que sólo percibe en forma confusa. Y de esta posición general deriva, asimismo, su fundamentación teorética el verdadero saber. El concepto, pues, reside en alcanzar la esencia del objeto. Y la filosofía es un saber desinteresado que aspira al conocimiento de la naturaleza verdadera de las cosas, pero especialmente de las cosas humanas. De ahí el carácter eminentemente ético de la indagación socrática. Se comprende así que Platón y Xenofonte hayan señalado que Sócrates pensó la naturaleza teleológicamente, es decir, viendo en ella fines. Y acota Zeller: "Sea como fuera, es cierto que mediante esa teleología esparció una semilla de investigaciones de la ciencia de la naturaleza y metafísicas que habían de producir abundantemente cosecha en Platón y Aristóteles; mas ese nuevo principio de filosofía natural, resultó solamente a modo de producto accesorio de sus investigaciones éticas, sin que él mismo se percatara de su trascendencia". La ética de Sócrates remató en la idea de que toda virtud consiste en saber. Es necesario, entonces, fundar la moralidad sobre principios estables, incontrovertibles, asentados en un saber "claro y seguro", base racional, a su vez, de la acción moral justa. Sólo hay una virtud: obrar de acuerdo a la razón. La ignorancia es la madre de todos los errores. En otro aspecto de su investigación –que tanto ha influido en los estudios posteriores sobre la cuestión– E. Zeller pesa con cautela lo que pude atribuirse al Sócrates real y lo que puede pertenecer a sus discípulos. De cualquier modo, el más alto ideal del sabio, es la vida moral. Pero Sócrates no presenta una exposición sistemática de su ética, y así se explica, que de él deriven escuelas posteriores divergentes que, sin embargo, se apoyan en él. Esta ética, esencialmente, apunta al perfeccionamiento: 1º) Del individuo. 2º) De la vida social. 3º) Al bienestar común ordenado por la política.

En otra parte de su trabajo, Zeller, con particular insistencia, sostiene que con todas sus imperfecciones, la concepción finalista de la naturaleza está íntimamente asociada en Sócrates, a su ética. La idea de una Razón inherente a la naturaleza se conecta con la idea de "la unidad de lo divino", o sea, al monoteísmo religioso. Intuición esta que no fue ajena al genio helénico, pese al predominio de la religión popular fundada en otros supuestos, como genialmente lo previera Nietzsche. Aunque los testigos de Sócrates histórico no nos dan una idea unitaria de su personalidad, Xenofonte y Platón muestran coincidencias notables que permiten una convincente imagen de conjunto.

El camino iniciado por Sócrates habría de concluir en los grandes sistemas de Platón y

Aristóteles, y en el intento de alcanzar, al igual que en Sócrates, un saber universalmente válido. La muerte de Sócrates, finalmente, ejemplifica una cabal identidad con sus ideas, y Zeller analiza las causas presuntas que determinaron su condena. Sobre su muerte, Zeller se inclina a pensar que fue motivada por causas políticas, sin subestimar las religiosas. Relacionadas, tales causas políticas, con los intereses dominantes del partido democrático. De tal manera "su muerte fue un puro testimonio de la grandeza del espíritu humano". El influjo de Sócrates fue múltiple y diversas las interpretaciones de su doctrina. De ahí las numerosas y disímiles escuelas derivadas: la megárica, la cínica, la cirenaica. Pero aunque esas escuelas no carezcan de importancia para el desarrollo sucesivo de la filosofía griega, en conjunto, "no podemos considerar muy elevado el valor de sus creaciones científicas: la comprensión más honda de la filosofía socrática y su desarrollo en todas direcciones, fue obra de Platón".

El espíritu de la filosofía medieval, Etienne Gilson (Edit. Emecé). En 1931, Etienne Gilson, pensador católico e historiador de la filosofía, pronunció en Londres una serie de conferencias en la Universidad de Aberdeen, que ahora, una editorial argentina, da a publicidad con el título de *El espíritu de la filosofía medieval*. Gilson, que conoce a fondo la filosofía escolástica y especialmente el tomismo, no es un pensador profundo, pero en cambio es un escritor de meridiana claridad, y en esta obra demuestra una justa comprensión histórica de los problemas, enfoque indispensable para captar en su esencia espiritual, las características propias y peculiares de una determinada filosofía, en tanto esa filosofía es también pensamiento cristalizado, hijo de una época y de ella dependiente.

¿Existe realmente una verdadera filosofía medieval que merezca tal nombre, o bien, esa filosofía no es más que una reposición, deformación y, con frecuencia, una mala asimilación a la esencia del cristianismo, de la filosofía griega, particularmente de Platón y Aristóteles y, en ciertos aspectos, de la ética estoica? En esta pregunta podría resumirse el sentido del libro de Etienne Gilson. Demás está decir que Gilson se resuelve por la solución afirmativa de una auténtica filosofía católica, asimilada a la sustancia del cristianismo en un cuerpo coherente y sistemático de doctrina, aunque con características propias, a pesar de la innegable deuda al helenismo de parte de sus pensadores más importantes, san Agustín, san Anselmo, santo Tomás el dominico, o Duns Scotto el agustiniano, pasando por innumerables pensadores medievales, tan importantes como Abelardo, Escoto Erígena, san Buenaventura, etc. El libro de Etienne Gilson,

que reivindica para el catolicismo la existencia de una filosofía cristiana, es importante. Conviene precisar, por eso, el contenido general de la obra. La filosofía medieval es el conjunto de las filosofías y especulaciones propias de ese dilatado período conocido con el nombre de Edad Media, y que encontró en la catedral gótica –"plegaria petrificada" como se la ha llamado– su más vivo símbolo expresivo. En cuanto al pensamiento filosófico de esa época, por un lado, está estrechamente vinculado en relación de dependencia, al helenismo, y por el otro, con la idea no griega, es decir judeo-cristiana, de la creación del mundo de la nada y de la "charitas", principio éste eminentemente cristiano. Esta filosofía escolástica tiene, en consecuencia, sentido y problemas propios, ya que el punto central de la filosofía medieval, a diferencia de la griega, es el que se refiere a la naturaleza de Dios y a las relaciones de Dios con el mundo y sus criaturas, que lógicamente se experimentan –racional y emocionalmente– subordinadas a su potencia creadora, viva y providencial. Cronológicamente, este largo y oscuro período para unos, fecundo y de preparación para otros, abarca desde el siglo VII hasta el XV, y encuentra su primera esquematización sistemática en Escoto Erígena, en el siglo IX, para resolverse, finalmente, luego de desplazar a las corrientes agustinianas, o a ciertas tendencias como la representada por Rogerio Bacon, en el predominio de la escuela aristotélico-tomista, en la cual, precisamente, se encuentra ubicado el autor del libro. Pero el mérito fundamental de Etienne Gilson, autor de *El ser y la esencia* y *El espíritu de la Edad Media*, es que su estudio no pierde contacto con la realidad histórica, la cual exige, sin duda, un cabal conocimiento histórico-espiritual de la época, en cuyo seno surge, inevitablemente regida, una filosofía. "Y dado que sabemos –escribe el mismo Gilson– que el pensamiento cristiano, el pensamiento judío y el pensamiento musulmán han obrado unos con otros, mal método sería estudiarlos como otros tantos sistemas cerrados". El espíritu de la filosofía medieval abunda en ideas propias del autor, aunque no siempre sea posible aceptarlas, como cuando afirma, retomando una equívoca tesis, que el cristianismo implica una visión optimista del mundo, en oposición a la opinión predominante, y que estimamos verdadera, que ve en la doctrina cristiana un pesimismo radical. A favor de su tesis, Gilson aduce que, a pesar de "una naturaleza caída en desgracia", "la tierra y el cielo cantan la gloria de Dios". La idea central del libro podría resumirse así: los padres de la Iglesia y los filósofos de la Edad Media arrancaron de Grecia; para ellos, Platón y Aristóteles fueron aquello de que se parte, y de lo cual, al partir, se separa, pero también se lleva algo consigo. La deuda de la Edad Media con Grecia es enorme, y es de sobra sabido. Pero la deuda de Grecia con la Edad Media no es menor,

pues la filosofía griega tenía algo que aprender de esa religión que la Edad Media enseñaba. El cristianismo le permitió que hiciera nueva carrera comunicándole su propia vitalidad. Argumento, como se ve, bastante retorcido y al margen de la lógica histórica, pero que satisfará, sin duda, a los católicos, aunque sea falso.

La filosofía actual, por I. M. Bochenski (Fondo de Cultura Económico de México). La atracción actual por los problemas centrales de la filosofía –la persona y su destino, la ciencia y la cultura– es el síntoma típico de nuestro tiempo, reflejo a su vez de las complejas circunstancias históricas que rodean al hombre moderno, planteándole interrogantes en los que se conjugan las vitales cuestiones del presente. Con respecto a esta problemática, posee interés el trabajo de I. M. Bochenski *La filosofía actual*, traducido al castellano por Eugenio Imaz. Bochenski está incorporado a las modernas corrientes del tomismo. Es, pues, un católico militante. Pero el autor, abierto a todos los horizontes, no violenta, en este libro, ni los sistemas ni las ideas. Y esto otorga a la obra un mérito inusual, fuera del que legítimamente le corresponde como síntesis personal y que, por su minuciosidad en la exposición y valoración crítica de las tendencias, supera las obras parciales e incompletas en esta materia, de Sciacca, Da Ruggiero, Gurvicht y otros. Bochenski, arremetiendo contra un prejuicio inveterado, pone de relieve la ligazón concreta, no abstracta, de la filosofía con la vida: "La filosofía –dice– significa una poderosa fuerza histórica". Y Bochenski recuerda el "surco histórico abierto por Hegel, pensador extemporáneo y de tan difícil comprensión", y al que tanto el fascismo como el nacionalismo y el comunismo han recurrido para estructurar sus propias doctrinas, poniendo en marcha con ellas, fuerzas ideológicas y políticas colosales. Al dar por sentada la continuidad histórica del pensamiento humano, Bochenski rastrea los gérmenes de la filosofía actual en el período conocido como filosofía moderna, que va de Descartes a Kant, para desembocar en la fe en la ciencia, en el individuo y en la razón, características comunes al idealismo, al positivismo y al materialismo del pasado siglo. Es decir, a toda la filosofía del siglo XIX. Según Bochenski, la filosofía actual es, precisamente, la resultante de la crisis que, a fines del siglo XIX, cundió en la física y las matemáticas, sobre cuyos supuestos, en apariencia inconmovibles, se habían construido las imágenes filosóficas del universo. Esta crisis renovó la filosofía y dio origen a las tendencias actuales, que van en este trabajo, desde la primera guerra mundial hasta 1946. Tales movimientos coinciden en dos puntos generales: la importancia que se le otorga a cada época histórica como reguladora del

pensamiento y el decisivo interés por la persona humana como objeto central de la reflexión filosófica. Fuera de esta coincidencia, los sistemas divergen, y Bochenski los clasifica así: Filosofía de la materia, con voceros como Bertrand Russell y el materialismo dialéctico de Marx y Engels, cuyas notas específicas son: naturalismo, empirismo y ateísmo. Filosofía de la Idea, continuadora de Kant y del idealismo del siglo XIX, con representantes como Brunschvicg, Croce, Simmel, Cohen, Windelband y Rickert. Filosofía de la Vida, con Bergson, Dilthey, Dewey, etc. Filosofía de la Esencia, con Husserl, Scheler, etc. Filosofía de la Existencia, que va del existencialismo católico al ateo, con pensadores como Heiddeger, Marcel, Jaspers, Sartre. Filosofía del Ser, con Whitehead, Blondel, Hartmann, incluyendo el autor, en esta corriente, al tomismo, que sigue desarrollando las tesis de santo Tomás, y que con el apoyo oficial de la Iglesia cuenta con filósofos como Mercier, Lagrange–Larrigou, Sertillanges, Maritain, etc. Esta clasificación, como asimismo el libro en su conjunto, no está libre de objeciones. Así, por ejemplo, el autor, a pesar de su posición, demuestra una marcada simpatía hacia el existencialismo, al que concede una importancia que, desde el punto de vista estrictamente histórico, con seguridad no le corresponde. Al margen de esto, un sostenido esfuerzo de ecuanimidad recorre el trabajo, aun frente a pensadores tan discutidos –y hasta calumniados– como Freud o Sartre: "Cierto que su fama –dice Bochenski con referencia a Sartre– en los círculos más amplios, no propiamente filosóficos, se la debe a sus novelas y piezas de teatro excelentemente escritas. Pero Sartre es autor de una serie de obras rigurosamente filosóficas y merece la consideración de un clásico de la filosofía actual, gracias sobre todo a su obra capital, prolija, difícil y muy técnica *El Ser y la Nada*". Este juicio ejemplifica bien la rectitud intelectual y crítica del autor que, a más de ser tomista, entendemos, es un sacerdote. Y en una época como la actual, donde tanto se miente para traer aguas al propio molino, libros como *La Filosofía Actual* de I. M. Bochenski, demuestran que una posición personal dogmática, como es la del autor, no excluye el respeto al pensamiento ajeno.

El hombre y sus problemas, John Dewey (Edit. Paidós). John Dewey, vastamente conocido como filósofo y educador, es un continuador consecuente de la tradición pragmática norteamericana, encabezada en el siglo XIX por el inglés John Stuart Mill, y seguida por la poderosa escuela de William James. En esta obra que comentamos, Dewey desarrolla a lo largo de más de 400 páginas, temas como el de la educación democrática, la libertad y el control social, las relaciones

entre la ciencia, la filosofía y la religión, la filosofía de los valores dentro de la problemática de nuestro tiempo y en la parte final agrega importantes ensayos críticos sobre James March y la filosofía norteamericana, sobre William James, y sobre el original pensador y matemático, también norteamericano, A. N. Whitehead. Todo el libro de Dewey es una defensa razonada del pensamiento científico moderno. John Dewey, reaccionando contra sus impugnadores, sostiene que la evolución de la ciencia en los últimos siglos ha sido tan impresionante, que sus resultados han destruido definitivamente sistemas y métodos filosóficos que, si aún subsisten, es debido únicamente al peso de la tradición que se siente amenazada, en la estabilidad de ciertos grupos sociales, por los resultados revolucionarios de ese pensamiento científico. El espíritu mismo del hombre está cambiando, ya que, para Dewey, el espíritu humano es un producto social y, en consecuencia, también es social el pensamiento científico, que es un "instrumento" –de ahí el nombre de "instrumentalismo" que ha recibido la doctrina de Dewey– puesto al servicio del progreso y la actividad social. Citando a Whitehead, para Dewey, el hombre está indeciso en la encrucijada de dos mundos. Dewey, empero, no es simplista. Y reconoce francamente que muchos ideales sustentados por el siglo XIX –la abolición de la guerra, la educación democrática, la nivelación económica, etc.– han fracasado, asociándose este fracaso al creciente avance revolucionario de las masas. Con argumentos irrefutables, niega que este fracaso pueda imputarse a la ciencia, y culpa, en cambio, a las clases dominantes, por su egoísta y radicalmente mala utilización de la Técnica, convertida así, de libertadora del hombre, en factor de perturbación y caos, tanto como de incertidumbre histórica con relación al porvenir inmediato de la humanidad. Acusar, pues, a la Técnica de los problemas del presente, y propiciar un retorno a las épocas precientíficas, es para Dewey, lisa y llanamente, una postura reaccionaria, que el pensador norteamericano analiza en sus raíces económicas e ideológicas, desde un ángulo muy próximo a la crítica formulada por Marx. Para Dewey, la educación moderna debe subordinar la ciencia al hombre. O lo que es lo mismo, hay que "humanizar la ciencia" poniéndola al servicio racional del mejoramiento de la vida social. La educación democrática no debe entenderse como "liberalismo", sino como doctrina empeñada en la elevación material y ética del hombre, al margen de falsas distinciones y escalas sociales, caras a las clases conservadoras que defienden tras ropajes ideológicos sus propios intereses materiales. La crisis actual de la democracia exige, según Dewey, una renovación de los métodos y las ideas. Dewey pone de relieve crudamente los defectos de esta democracia inauténtica y propone nuevos valores éticos y filosóficos, cuyo

vehículo, puesto al servicio del individuo y la comunidad, debe ser la escuela. Pero no es esta la tesis específicamente liberal que en la Argentina encontró su fórmula más hipócrita en la frase: “Hay que educar al soberano”. Dewey postula la urgente necesidad de que los educadores mantengan contacto vivo con la clase obrera, cuya misión histórica ningún maestro debe ignorar en nuestro tiempo: “Los defectos de la escuela son los defectos de nuestra sociedad –escribe Dewey–, la escuela revela la falta de planificación y la marcha a la deriva de la sociedad y sirve para perpetuar las condiciones sociales y económicas de las cuales surge”. Piensa Dewey que es posible una solución intermedia entre el individualismo –libertad– y el control del Estado –planificación– y fundamenta la tesis al afirmar que determinados grupos económicos han terminado por deformar el significado de la libertad al oponerse, con el pretexto de su defensa, a todo intento de planificación al servicio de las masas sociales. En este sentido, la crítica de Dewey al liberalismo de los siglos XIX y XX es aleccionadora. La segunda parte del libro trata de los problemas claves de la filosofía, y es de un valor considerable. Por su método y su enfoque, *El hombre y sus problemas* de John Dewey, es un libro de utilidad desde el triple punto de vista de la historia de las ideas, de la sociología, de la filosofía y, en su conjunto, como síntoma irrecusable de la crisis de la sociedad norteamericana.

La formación del pensamiento moderno, por John Randall Jr. (Editorial Nova). Correspondiente a la Sección Historia, dirigida por Luis Aznar, acaba de aparecer, en traducción de Juan Adolfo Vásquez, *La formación del pensamiento moderno*, de John Randall. Este volumen, de más de 700 páginas, y en el que han colaborado destacados profesores universitarios, viene a llenar en nuestra lengua una laguna en el terreno de la Historia de la Cultura, disciplina cuyos avances desde el siglo XIX la han convertido en uno de los campos más fecundos del pensamiento moderno. Entre los méritos de la obra, debe mencionarse el poco común de su utilidad para el estudiante, el hombre culto y el especialista, ya que a la claridad del estilo se une una vasta capacidad de síntesis, citas de primera mano y una bibliografía en gran parte inédita para los lectores de habla española. Todos estos elementos hacen del libro un todo armónico y original, cuyo rasgo científico más señalable es su antidogmatismo y el libre examen de los problemas que se debaten en el mundo entero, a menudo áspero e intolerante de parte de grupos y tendencias. No es posible resumir aquí el contenido del trabajo. Pero, insistimos, *La formación del pensamiento moderno*, de John Radall, es un libro que no defrauda al lector. Apelando a un

amplio material histórico, unido a una competencia filosófica y científica adecuada, Randall prueba cómo las transformaciones materiales del mundo, asociadas a las necesidades prácticas de los hombres, han modificado en los últimos siglos su visión metafísica, religiosa y política, mediante el poder explosivo de las ideas, siempre entrelazadas a los cambios reales, históricos, operados en la base de toda revolución del pensamiento. Estas sucesivas revoluciones, con sus disputas inherentes entre lo tradicional y lo nuevo, vertebran la formación del pensamiento moderno, cuyas etapas capitales pueden marcarse así: El cambio de la visión metafísica del mundo como reacción al medioevo, comienza en el siglo XVI, asociado a un complexo de causas, de cuya trabazón y recíproco condicionamiento, derivaron consecuencias decisivas respecto a la época anterior. Estas causas fueron: 1º) La suplantación de la física aristotélica por la nueva concepción físico-matemática del universo a raíz del sistema de Copérnico y el nacimiento de la ciencia experimental con Galileo, íntimamente relacionados, estos dos hechos espirituales, con el tráfico de ultramar, es decir, con el comercio. 2°) La revisión de la cosmovisión religiosa debida a la crisis de la concepción antropocéntrica y al avance del protestantismo. 3º) La revolución de la idea del Estado en el orden político. 4º) La afirmación de la individualidad con el ascenso de una nueva clase histórica, la burguesía, que inaugura la era capitalista, hoy en crisis, pero que jugó una alta función revolucionaria en los siglos anteriores. Siguiendo los hilos conductores, muy mezclados y ovillados de las diversas redes del proceso histórico, Randall, en esta historia de las ideas, nos da visiones esquemáticas, pero justas, de los grandes movimientos religiosos e intelectuales de la Reforma, el romanticismo, el positivismo, hasta los movimientos sociales del presente, el socialismo, el fascismo, etc., relacionándolos, en interacción permanente, con los fenómenos concomitantes del pensamiento científico y filosófico que, partiendo de la mecánica newtoniana, la teoría atómica de la química y la cinética de la materia, desembocan, en gradual desarrollo, en el evolucionismo de Darwin, en la teoría de Einstein y Plank o en la doctrina de Freud que, en definitiva, con sus reflejos en las modernas concepciones del mundo, muestran la subsistencia de un conflicto, aún no resuelto, entre la mentalidad moderna y las tradiciones religiosas, y en cuyas tensiones vitales, Randall señala conjuntamente con las luchas políticas, los rasgos esenciales del pensamiento actual. Randall termina su libro *La formación del pensamiento moderno*, con esta cita de Bertrand Russell que, en buena parte, orienta al mismo Randall: “El pensamiento revolucionario es revolucionario, subversivo y terrible; el pensamiento es despiadado frente a los privilegios... el pensamiento es

anárquico y no respeta leyes, es indiferente a la autoridad... El pensamiento mira el abismo desde el infierno sin temblores. Ve al hombre, débil partícula, rodeada por impenetrables honduras de silencio; pero se comporta con orgullo, sin conmoverse, como si fuera el señor del universo. El pensamiento es algo grande, veloz, libre, la luz del mundo y la gloria máxima del hombre".

II. Psicología

Sexo y carácter, por Otto Weininger (Edit. Losada). En el término de diez años, han aparecido en la Argentina tres ediciones del libro *Sexo y carácter*. Publicado por primera vez en Alemania, a principios del siglo, su éxito inmediato y de escándalo quedó testimoniado por veinticinco ediciones sucesivas y siete traducciones extranjeras. Su autor, Otto Weininger, terminó su obra a los 21 años. Y de inmediato se pegó un balazo. Las causas del suicidio han permanecido oscuras. Aunque se ha sugerido que el adolescente genial sucumbió bajo el peso de un conflicto íntimo irresuelto secretamente unido al núcleo de sus meditaciones. La obra de Weininger –en su más breve síntesis– implica una metafísica del sexo, desarrollada alrededor de esta idea matriz: el sentido trágico de la vida reside en la presencia del principio, en sí mismo negativo, es decir, malo, de lo femenino en la naturaleza y en el hombre. Tesis, como se ve, turbadora, en la medida que tal pensamiento subyace en las reflexiones que la humanidad se ha forjado, a lo largo del tiempo, y sobre todo en los mitos primitivos, sobre su propia esencia. En rigor, tal idea, misteriosa en sus orígenes y múltiple en sus derivaciones, acerca de la bisexualidad de lo vivo, surge una y otra vez, con sospechosa insistencia, en los testimonios artísticos y religiosos más remotos –piénsese en el ambiguo Dionysos helénico– y demás esta decirlo, en forma encubierta o expresa, en el arte, en la psicología y en la filosofía de todos los tiempos, hasta recibir, finalmente, de la ciencia moderna, en el plano estrictamente biológico, definitiva comprobación. Un libro útil en tal sentido, a más de los clásicos de Havelock Ellis, es el de Gregorio Marañón: *Los estados intersexuales en la especie humana*. Weininger, arrancado de la supuesta negatividad metafísica de lo femenino, que recuerda la concepción platónica de la materia concebida como resistencia, priva a la mujer de todo valor moral o intelectual. Es, pues, un antifeminista radical. Pero aun sus opiniones más intransigentes están tan poderosamente pensadas que no resulta fácil refutarlas. Y es que, en cierto modo, Weininger plantea problemas que por su naturaleza metafísica, vale decir más allá de lo empírico, son insolubles y se prestan a cualquier tipo de especulación. De cualquier modo, Weininger es célebre, no sólo por su odio a la mujer, sino por

la férrea argumentación lógica con que acompañó su crítica a lo femenino. De Weininger es esta frase inexorable. Y, además, ya en nuestro tiempo falsa: “El mayor, el único enemigo de la emancipación de la mujer es la mujer”. Hay, empero, motivos para recelar que la hostilidad de Weininger hacia la mujer no fue ajena a su propia femineidad, causa posible además de su suicidio. Por eso, a nadie mejor que al mismo Weininger, le corresponde quizá este pensamiento suyo: “El hombre odia únicamente a otro ser cuando éste le produce un recuerdo desagradable de sí mismo”. O sea, odiaba en la mujer lo que en él mismo había de femenino. Pero esto es conjetural. Frente a la aparición de pensadores como Weininger, Schopenhauer o Nietzsche, los tres autoeróticos, con frecuencia muy exactos en la descripción del alma femenina –lo cual no quiere decir que sus conclusiones sean correctas–, conviene recordar el pensamiento liberador de Kant. Que era, sin embargo, misógino: “Sólo el hombre y la mujer unidos integran la humanidad”. Otto Weininger es también célebre por su antisemitismo. En este aspecto, la teoría antijudía de Weininger se funda en la curiosa afirmación de la mayor proporción de femineidad contenida en el alma judía con relación a otras razas. Si recordamos que Weininger era judío y que su doctrina ha contribuido mucho a la fundamentación en Alemania de las teorías racistas, en esta aversión suya al judaísmo, se tendrá un elemento más para aproximarse al trágico dualismo de este genio precoz y algo diabólico. Digamos, finalmente, que el análisis que hace Weininger del genio, como negación absoluta de lo femenino –y en consecuencia atributo exclusivo de la masculinidad– es de los más penetrantes que hayan salido de una mente humana. *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, superabunda en ideas originales. En él se encuentra bocetada una interesante teoría de los valores; y desde el punto de vista psicológico y pedagógico, son importantes sus reflexiones sobre la adolescencia, surgidas, seguramente, de su propia vida. La misma teoría freudiana de la sublimación, entre otros motivos, tan valiosa como aporte a la explicación del proceso de la creación artística y, asimismo, las modernas clasificaciones caracterológicas de los tipos humanos en relación con las secreciones hormonales, científicamente aceptadas hoy por la endocrinología, fueron genialmente intuidas por Weininger. En suma, *Sexo y carácter*, obra turbia y luminosa, falsa y verdadera, y en general siniestra, justifica, sin duda, la fama a que estaba destinado Otto Weininger, su autor.

Edipo (mito y complejo), por Patrik Mullahay (Edit. El Ateneo). Patrik Mullahay es catedrático en Estados Unidos y su obra de psicólogo y psiquiatra es justamente conocida en los círculos

especializados. A este estudioso se debe el trabajo *Edipo (mito y complejo)*, traducido al castellano por Josefina Martínez Alinari. El libro tiene una característica especial. Está destinado a un público no profesional, y compendia en forma didáctica todas las corrientes psicoanalíticas derivadas del tronco doctrinario de Freud, a veces, en contradicción con algunos supuestos del maestro, como en el caso de las teorías de Adler y Jung. Y también de Rank. En tal sentido es un libro útil como orientación para el lector culto. Debe mencionarse, como otro de sus méritos, el prólogo de Gastón Bachelard, en el que se transcribe un notable fragmento de Sthendal, documento psicológico de inapreciable valor. ¿Qué debe entenderse por Edipo, al margen de su precisa significación estética? Edipo, el infortunado héroe de Sófocles, es el símbolo del hombre cogido en los impulsos de la vida instintiva. Los mitos, tan comunes en los diversos pueblos y, al parecer, surgidos en forma independiente, serían el lenguaje simbólico y genérico de la humanidad toda, aunque los hombres ignoren su oculto significado. Mullahay sostiene, con razón, que sólo conocimientos profundos de mitología y filosofía pueden allanarle al médico el camino frente a ciertos pacientes. La obra comienza con una exposición muy clara y sintética, sobre los principios fundamentales de la obra de Freud, y se detiene especialmente en el concepto de "represión", definitivamente incorporado a la ciencia. Muhallay, en éste como en los restantes capítulos, maneja una enorme literatura. Después de la enunciación ortodoxa del pensamiento de Freud, el autor pasa a estudiar los diversos aportes de sus discípulos y la aplicación del psicoanálisis a la interpretación de los sueños, los mitos, el arte, etc. Se incluyen, con relación al psicoanálisis y la literatura, ejemplos adecuados como una página excepcional perteneciente a James Joyce. Entre los más importantes discípulos disidentes de Freud, Mullahay estudia a Alfred Adler y su teoría del complejo de inferioridad, de acuerdo a la cual la personalidad se afirma por la necesidad de superar ciertos sentimientos de insuficiencia orgánica, o menorvalía psicológica, que se asocian al medio favorable o no, en el orden afectivo, en que el niño actúa. También incluye el pensamiento de Jung, con el atemperamiento del factor sexual –tan importante para Freud– y su hipótesis de la libido como energía indiferenciada; la doctrina de lo inconsciente colectivo; su teoría de los tipos psicológicos, su pensamiento sobre la religión y concepción pesimista de la cultura. La teoría de Otto Rank, sobre el trauma del nacimiento y su relación con la angustia; la tesis de Karen Horney sobre la influencia de las condiciones culturales en la determinación de la neurosis, en lo esencial tomada de Erich Fromm, para quien "las necesidades particulares importantes para entender la personalidad y sus dificultades, no son

de carácter instintivo, sino creadas por el medio en que vivimos"; la aplicación del psicoanálisis a la sociología y la antropología por Kardiner, Sullivan y el mismo Fromm, quien ha ligado a Freud con Durkheim. Figura en el libro otra corriente, también derivada de Freud, la de Harry Stack Sullivan, con su teoría de las fases del desarrollo de la personalidad. Como síntesis de las diversas escuelas psicoanalíticas, el libro de Patrik Mullahay sostiene, en definitiva –y estamos completamente de acuerdo–, que "todos los post-freudianos se apoyan en él. Y esta influencia de Freud crece". Mullahay formula, al final del libro, una valoración crítica de los autores tratados, con la competencia e imparcialidad que es su virtud más destacable. Otro de los valores del libro consiste en la inclusión, en textos completos, de la trilogía trágica de Sófocles: *Edipo Rey*, *Edipo en Colona* y *Antígona*, con lo que el trabajo puede considerarse un excelente compendio sobre el estado actual del psicoanálisis, doctrina cuya importancia no puede soslayarse, al margen de prejuicios y resistencias que nada tienen que ver con la ciencia y con la incansable lucha del hombre por la conquista del saber, que es, con frecuencia dolorosa, pero al mismo tiempo expresión del más alto destino al que puede aspirar en su búsqueda racional de la verdad.

Símbolos y transformaciones de la libido, por Karl Jung (Edit. Paidós). Desde la época en que Freud fundó el psicoanálisis como un método para la exploración de la neurosis, asentada tal técnica psicoterápica, en una teoría del alma que postula la existencia de una esfera o región psíquica inconsciente, generadora de las tendencias instintivas y, al mismo tiempo, sometida a censura por la conciencia, esta doctrina, en estado hoy mismo de integración –antes de convertirse en una teoría de la Culrura que ha arrojado luz, pese a sus excesos, sobre muchos aspectos de la actividad espiritual, el arte, etc.– asistió a divergencias de escuela, de las que, como es notorio, derivaron distintas corrientes o sectas, que rompieron con la ortodoxia del fundador. Tales fueron los casos de Alfred Adler, y el más original y especulativo del grupo, Karl Jung, jefe de la escuela de Zurich, quien por su parte elaboró, junto a la teoría del inconsciente individual de Freud, la hipótesis de una zona del alma, por así decirlo más arcaica, a la que denominó lo "inconsciente colectivo", y que, en lo esencial, sería la subsistencia en el psiquismo individual de la historia de la humanidad entera. Una editorial argentina ha publicado la fundamental obra de Jung *Transformaciones y símbolos de la libido*, en versión de Enrique Butelman, de quien, además, son las notas aclaratorias del texto, frutos de una sólida información en la materia. El libro, escrito por Jung en 1912, ha sido sucesivamente reconstruido hasta la

última edición alemana de 1952, cuya versión castellana tenemos a la vista. Para Jung –he aquí su teoría– la psique es el producto de una larga evolución con contenidos y tendencias heredadas en la estructura del cerebro. Y esta herencia de un inconsciente colectivo, sólo puede comprenderse estudiando sus fuentes prehistóricas, es decir, la historia misma del Espíritu humano, a través de los milenios que ha durado su desarrollo biológico. Y no debe olvidarse que la biología tiene también su historia en el tiempo. En el alma individual existiría, pues, un espíritu primitivo de origen colectivo, similar en todos los hombres, y "sepultado desde hace tiempo con sus imágenes extrañas que se expresan en las mitologías de todos los pueblos y épocas". Por eso, la historia de la humanidad alborea, según Jung, sobre el alma individual, ya que el hombre es un ser histórico y, al mismo tiempo, un heredero. Juntamente con el pensamiento social, cuyo vehículo es el lenguaje, dormita el idioma simbólico, cifrado, del sueño y el fantaseo, alimentado en tendencias inconscientes. Los mitos, para Freud, eran por eso, "fantasías de naciones enteras", y Rank, en el mismo sentido, escribió: "El mito es el sueño colectivo de un pueblo". Jung ahonda en estas anticipaciones. Los capítulos que tratan de la transformación de esta energía psíquica inconsciente en símbolos religiosos, artísticos, etc., son importantes y afirmados en textos antiguos y modernos –como los extraordinarios de Nietzsche– y confieren al trabajo de Jung, vuelo filosófico y metafísico, aunque el planteo de la cuestión sea puramente psicológico. Para Jung, las tendencias y símbolos inconscientes de los hombres, a pesar de las diferencias individuales, son por ese fondo común de la especie, notablemente parecidos. De ahí la conclusión de Jung, sobre este inconsciente colectivo, que sería el rasgo más universal del espíritu humano: "Sabemos que los individuos por mucho que los separe la diversidad de los contenidos de su conciencia, tanto más se parecen cuando se los considera desde el punto de vista de lo inconsciente. Todo psicoterapetura experimenta una fuerte impresión el día que advierte cuan uniformes son las imágenes inconscientes a pesar de toda su riqueza" (Jung). No puede extrañar, por eso, la analogía que se ha señalado con frecuencia, entre otros, por el gran psicólogo francés Piaget, entre el pensamiento del niño y las creaciones mitológicas de los pueblos primitivos y antiguos. El mundo maravilloso que vive el niño, por ejemplo, animando de vida sus juguetes, es decir, de espíritu a los objetos inanimados, no difiere, en cuanto actitud psíquica, espontánea y vital, del universo mágico y de las creencias en fuerzas animadas que es el fundamento cosmogónico de toda consideración mítica del mundo. Luego de este planteo teórico, Jung trata las transformaciones de estas fuerzas psíquicas inconscientes, a

las que denomina genéricamente con el término clásico de “libido”, que entraña, justamente, la idea de una energía psíquica inconsciente y que se realiza u objetiva culturalmente, en símbolos culturales, religiosos, estéticos, etc., como el mito del héroe, similar en tantas leyendas antiguas, o en determinados cuentos maternales, asimismo, muy difundidos, o en ritos no menos expandidos alrededor del sacrificio religioso, particularmente rico en significaciones inconscientes. Tal la tesis de Jung, que ha despojado a la teoría freudiana de su verdadero fundamento, sin poder evitar, tal fue la genialidad de Freud, que sus ideas más originales, en su mayoría, Jung se las apropiase de textos aislados, pero geniales, del mismo Freud. De cualquier modo, este libro de Jung llena una necesidad con relación al estado actual del psicoanálisis.

El psicoanálisis a la luz de la reflexología, por K. Gavrilov (Edit. Imán). En su difundido ensayo, *Misión de la Universidad*, José Ortega y Gasset señalaba, al censurar la especialización técnica contemporánea, que una persona no puede considerarse culta, si no comprende, en sus lineamientos generales, lo que él llama las “ideas vivas” de nuestro tiempo, vale decir, aquellas ideas predominantes en el campo de la física, la biología, la filosofía, etc. No quiere significar Ortega, con esto, que cada individuo deba convertirse en un especialista en las diversas ramas del conocimiento humano, tarea hoy por hoy imposible, sino, simplemente, que el hombre ilustrado debe tener una visión panorámica y globalizadora correcta del estado actual de las ciencias y de la filosofía, es decir, de los problemas cruciales del pensamiento moderno. Así, por ejemplo, en la física, la teoría de la relatividad de Einstein, o en filosofía, las grandes corrientes del pensamiento –neotomismo, existencialismo, marxismo– deben ser conocidas por toda persona culta. Lo mismo cabe decir respecto a la biología, que con sus grandes ideas vivas de “evolución” y “genética”, o en psicología, con esos dos movimientos científicos que son la teoría de los reflejos condicionados, o reflexología, debida al genial fisiólogo ruso Iván Pavlov, y el psicoanálisis del no menos genial Sigmund Freud. En efecto, la reflexología de Pavlov y el psicoanálisis de Freud ocupan una vasta región del pensamiento científico moderno, y de ahí el interés que estos temas despiertan en vastos sectores del público. Es por eso un libro importante, el recientemente aparecido en edición argentina, *El psicoanálisis a la luz de la reflexología*, de Konstantin Gavrilov. El libro de Gavrilov, muy informado, tiende a demostrar que ambas teorías, la fisiológica de Pavlov sobre los mecanismos del sistema nervioso, y la psicológica de Freud, sobre el mecanismo de los conflictos anímicos que provocan la neurosis, no sólo no son

incompatibles, como se ha pretendido con frecuencia –en gran parte por prejuicios políticos– sino, por el contrario, notablemente analógicas y complementarias. No es éste el lugar para referirnos a las bases de ambas doctrinas. Diremos sólo que para Gavrilov, la fisiología, ciencia que estudia el mecanismo de los procesos nerviosos, terminará por unirse a la psicología que investiga los fenómenos cualitativos o anímicos que acaecen en el campo de la conciencia. El autor sostiene que la escuela de Pavlov, aunque en forma limitada aun, ha penetrado ya en el campo de los fenómenos superiores de la conciencia, es decir, en la zona cortical del cerebro, "y con ello se habrán de borrar los límites entre la psicología y la fisiología uniéndose ambas doctrinas en una ciencia biológica única". Al respecto, no debe olvidarse que el psicoanálisis, a través de Freud, siempre ha reconocido su base biológica, y por este camino, el reencuentro con Pavlov era previsible. Gavrilov pasa revista a las decisivas experiencias realizadas por Pavlov y sus discípulos con perros, gatos, ratas, etc., y actualmente con niños. Así ha sido posible crear neurosis experimentales en animales, con síntomas provocados por el derrumbe psíquico frente a ciertos experimentos de laboratorio, que no difieren, en lo sustancial, de las neurosis reales. "Las neurosis experimentales –dice Dalbiez– son reconstrucción por vía de síntesis de los resultados que Freud había obtenido por medio del análisis". En ambas teorías, en efecto, el conflicto psíquico que determina el desequilibrio nervioso, es el resultado de fuerzas antagónicas, y las neurosis llamadas traumáticas, es decir, desencadenadas por una colisión psíquico-ambiental, parecen responder a las mismas causas que crean las neurosis experimentales en los animales de Pavlov. El psicoanálisis a la luz de la reflexología, de K. Gavrilov, es un serio aporte a este apasionante tema, mérito que se acentúa, porque Gavrilov, cuyas hipótesis personales son a menudo originales, une a la prudencia científica una indudable erudición.

III. Literatura extranjera

¿Qué es la literatura?, por Jean Paul Sartre (Edit. Losada). La prueba de que Jean Paul Sartre significa algo es que promueve renovadas polémicas. Por otra parte, Sartre es un escritor de combate que prefiere la beligerancia a la paz. Además, es un filósofo. Mucho más representativo de lo que muchos adversarios incultos o mal informados creen. Pero lo que promueve tantas disputas alrededor de su nombre, no es que sea filósofo. Profesión bastante angelical. Sino que sea un filósofo existencialista. Y sobre todo, ateo. No nos referiremos aquí al existencialismo como filosofía de moda. Baste decir que el existencialismo ha sido denominado por algunos

filosofía de la crisis. Aunque con mayor propiedad otros señalan en el existencialismo una crisis de la filosofía. En puridad, hay tantas filosofías existenciales como filósofos existenciales. Una de ellas es la de Sartre, Pero el existencialismo –en Sartre tan movedizo y voluble– es lo accesorio. Negar el existencialismo en Sartre no es negar el valor literario de su obra. Es un producto altamente francés. Inexportable. Un hecho que asegura a Sartre un puesto prominente en las letras francesas, presentes y futuras, es su calidad artística. Pero siempre dentro de su contexto histórico. Mas tampoco nos dedicamos en este comentario al Sartre artista. Hemos dicho que Sartre es un hombre de combate. Un militante activo que no teme mezclarse en política. Es el literato, a pesar de sus acomodos y virajes, que no olvida su raíz histórica. A diferencia de un Rilke. O de un Kafka, que frente al drama del presente optó por convertirse, junto con su literatura, en un evadido de la cárcel del mundo. Actitud, por otra parte, muy común en los artistas que no resisten la dura prueba de la existencia real.

Jean Paul Sartre ha formulado su pensamiento sobre el papel activo del escritor contemporáneo, en su trabajo *¿Qué es la literatura?*, dividido en una serie de ensayos que corresponden a estas palpitantes preguntas: ¿Qué es escribir? ¿Por qué escribir? ¿Para quién se escribe? En este libro, Sartre replantea su famosa teoría del "compromiso". ¿Está el escritor "comprometido" con su tiempo o su pluma es libre? Sartre contesta categóricamente que el escritor, lo sepa o no, está radicalmente "comprometido" con los problemas de su época, con su generación y consigo mismo. Y es libre, sólo en la medida en que puede abrazar honradamente este "compromiso". En suma: no hay "arte por el arte". Para Sartre, la literatura es una función social: "El escritor –son sus palabras– tiene una 'situación' en su época y cada palabra suya repercute". De ahí que, para Sartre, la literatura lanza al escritor a la batalla, pues los estímulos que lo impulsan a escribir, cualesquiera sean las causas psicológicas, conscientes o inconscientes, que pesan sobre su ánimo, son siempre exteriores. Es decir, sociales. Y en este conflicto entre la propia vida y la organización colectiva que le acucia "escribir es cierto modo de querer la libertad". Pero este "escribir" no es una intencionalidad sin objeto. Se escribe para ser leído. Y el escritor busca a alguien: su público. Un público que se le parece. Y no a aquellos que, por estar socialmente "comprometidos" no tienen interés en variar su visión de las cosas, en romper con sus propios "compromisos". Sartre pone el caso del novelista negro Richard Wrigth, quien en su condición de oprimido, de "comprometido" con su propia "situación" no se dirige a un público universal, sino simplemente "a los negros cultos del Norte y a los blancos de buena voluntad",

capaces de contribuir a algo concreto: la liberación social y cultural de los negros norteamericanos. Y lo mismo cuenta para el escritor que asume una posición conservadora. Sólo que en este caso el escritor conservador se dirige a la conciencia de su propio grupo social. La sociedad se mira, encandilada, en estos trabajos, pues reconoce las ideas que tiene sobre sí misma; no pide que le revelen qué es. Sino que le reflejen lo que cree ser. 'Ya he demostrado –dice Sartre– que en cada época la literatura es ideología, porque constituye la totalidad sintética y frecuentemente contradictoria de todo lo que la época ha podido producir para ilustrarse, teniendo presente la situación histórica y los talentos... Si para nosotros, mostrar el mundo es siempre revelarlo en la perspectiva de un cambio posible, entonces, en esta época de fatalismo, nos toca revelar al lector en cada caso concreto, su facultad de hacer o deshacer, es decir, de actuar".

Digamos, para finalizar, que se puede coincidir o no con el pensamiento sartriano. Pero no pude negarse que en Europa, Jean Paul Sartre deja a salvo la responsabilidad de la inteligencia. A diferencia de los escritores coloniales. Que lo leen y no lo siguen.

Barrabás, por Pär Lagerkvist (Emecé Editores). Pär Lagerkvist, por su Barrabás –la historia del ladrón que vio morir a Jesús– mereció en 1951 el Premio Nobel. Y con él la consagración mundial. Desde el punto de vista literario, Lagerkvist acusa la lejana influencia del escritor ruso, hoy casi olvidado, Leónidas Andreiev. Particularmente de sus novelas cortas *Judas Iscariote* y *Lázaro*, que guarda una notable analogía con el Lázaro pintado por Lagerkvist. En ambos novelistas el fondo es la figura invisible de Jesús. Y el tema central, la incomprensión de un alma, o millones de almas, ante el gran drama, fue explotado por el mismo Andreiev, en aquel cuento admirable que narra el caso de Ben-Tovit, un judío de Jerusalén, quien atribulado durante todo el día por un dolor de muelas, en un atardecer, se encaminó al Gólgota con sus amigos. De pronto recordó el día infernal que había pasado. Y echando una mirada distraída al crucificado que agonizaba entre las sombras del crepúsculo, no pudo contenerse y se puso a charlar animadamente sobre su dolor de muelas, sin comprender el crimen que se acababa de cometer sobre la tierra. Pär Lagerkvist es un maestro en la creación de atmósferas inquietantes. Y su torturado realismo es poético en grado superlativo. Sus personajes, humildes y rudos, viven el dolor de la existencia. Y como tales, sienten y piensan a su manera la incógnita del hombre individual. En este mundo, mora y se agita Barrabás, el réprobo que escuchó y miró atentamente

al que agonizaba en la cruz. Barrabás vio esto y no comprendió nada. Mas desde entonces la imagen del ajusticiado lo persiguió hasta el sepulcro. A partir de aquel día, aunque su naturaleza permanece defectuosa y abyecta, el carácter de Barrabás se transforma. Ya no hay descanso para su alma. Una sospecha merodea como un gusano en su corazón. Busca y no encuentra nada. Piensa. Y es el vacío tenebroso y total. Barrabás, ahora, siente su desdicha definitiva. No sabe por qué. Y esto es para él terrible. El corazón de Barrabás ya no tendrá tregua y oscilará, hasta el último día, entre la incredulidad y la fe.

Barrabás, concebido en el odio de su madre –y Lagerkvist deja entrever una lejana relación psicológica entre este hecho y el destino de su personaje–, ama la vida con vigor animal. Sobrevive muchos años al crucificado y consuma nuevos crímenes. Ya viejo, creyendo ayudar a los cristianos, que le atraen, aunque no los entiende, participa en el incendio de Roma y es condenado a morir en la cruz. Pero en su largo peregrinar por la existencia la visión desesperada e inalterable no deja de acosarlo un solo instante. Una y otra vez clama por el Dios Desconocido. Aunque él lo vio con sus propios ojos no quiere creerlo. Alguna vez, incluso, se entrega a la plegaria. Pero no reincide. Y en este arrastrarse glandular y sin término por la vida maldita, que él ama porque es lo único que conoce, el espectáculo de la soledad alcanza proyecciones trágicas. La soledad de Barrabás, por su origen, es única. La siente adherida a su carne como un cangrejo. Quiere creer y no puede. El mismo lo declara: "Yo no tengo Dios –y agrega–: Yo quisiera creer". Y Barrabás, el lascivo que tiembla ante la muerte, después de una entrevista incierta con Lázaro, en la que éste asocia la muerte con la Nada, retorna a su soledad desierta. En verdad, Barrabás presiente que hay un enigma en la vida humana. Y ansia la inmortalidad. Mas su razón se estrella contra un muro infranqueable: el misterio de su muerte. Sufre en tanto hombre. Pero su sufrimiento es protoplasmático. Cuando Barrabás recuerda que, de acuerdo a la elección propuesta por Poncio Pilatos, Jesús ha muerto en su lugar al decir: "Poned en libertad a ese hombre y crucificadme a mí", ante el milagro de haber salvado el pellejo, le parece aceptable que el muerto sea el Hijo de Dios. Pero no le entra en la cabeza –y él piensa con la suya– que alguien pueda morir voluntariamente por otro. En cuanto a la resurrección le parece una superchería. Y Barrabás, el forajido que miró a Dios en los ojos, clavado ahora en la cruz, implora a las tinieblas y muere dudando.

A. Gide parece interpretar las palabras ambiguas con que Lagerkvist cierra la novela, como el descubrimiento final de Dios de parte de Barrabás. No nos parece la significación correcta.

Leamos el pasaje en cuestión: “Barrabás seguía colgado con vida aún... Cuando sintió llegar la muerte, a la que siempre había tenido tanto miedo, dijo en las tinieblas, como si a ellas hablase: A ti encomiendo mi espíritu. Y entregó su alma”. El tema de Barrabás –la lucha entre la fe y la incapacidad de creer– no es original. Más aún, como toda novela religiosa, ésta es sospechosa. Y sus efectos son fáciles. Pero Lagerkvist es un gran novelista, y como realización artística, su novela está lograda plenamente.

Paludes y Teseo, por André Gide (Edit. Emecé). La reciente desaparición de André Gide permitió el testimonio de una admiración general hacia su genio. Pensamos, y tal vez nos equivocamos, que Gide será olvidado. Como Anatole France. Pero al margen de resistencias, adhesiones o pronósticos, Gide ha ejercido una real tutoría literaria. Es sabido que, para muchos, su tarea ha sido perniciosa en alto grado. En tanto que, para otros, su obra posee un inestimable valor estético. Este juicio debe aceptarse. Pero también Oscar Wilde era artista. Y hoy poco queda de él. Empero, no interesa aquí esta cuestión. Aunque, sin duda tuvo sus razones Jean Paul Sartre, cuando a raíz de su muerte, escribió sobre Gide en *Los tiempos modernos*: “La desazón y el resentimiento que asoman bajo las coronas mortuorias que le trenzan de mala gana, demuestran que aún disgustaba y seguirá disgustando por mucho tiempo. Gide ha sabido realizar en contra suya la unión de los acomodaticios de derecha y de izquierda”.

En traducción de José María Corredor, autor asimismo de un prólogo bien construido sobre el proceso de la creación gideana, ha aparecido *Paludes y Teseo*, dos trabajos separados entre sí por más de cincuenta años de distancia, y que, si bien literariamente nada agregan a la labor de Gide, tienen el valor de mostrarnos dos etapas bien delimitadas en sus senderos interiores, y unidas por el hilo generatriz de la lealtad del escritor consigo mismo. *Paludes y Teseo* es un libro significativo para conocer el curso psicológico de la novelística de Gide, quien, como es sabido, mereció poco antes de su muerte, el Premio Nobel. *Paludes* es una breve sátira, algo indecisa, que nos muestra, en las postrimerías del siglo XIX, al joven y enfermizo Gide, apremiado por dudas lacerantes sobre el valor del artista. Es decir, sobre sí mismo. *Paludes* enfila su crítica contra la vulgaridad del vivir cotidiano. Contra la existencia sin sobresaltos. Contra la indiferencia de la sociedad ante el arte y el artista. Contra el conformismo, en fin, enroscado en sí mismo como la almeja dentro de su valva. Este sentimiento de soledad, tan agudo en el artista, plantea el problema de si escribir posee un sentido. Y Gide postula la tesis de que escribir es una

manera de obrar. La misma que una generación después, Sartre desarrollará extensamente. El mismo Gide, a través del personaje central, lo dice: "Yo tengo horror a parecer desocupado". O lo que es igual, a permanecer ocioso. Que es, precisamente, la acusación que le formulan al artista aquellos que no lo son con la mala fe de los consejos gratuitos. Este tema, le permite a Gide la vivisección espiritual del hombre medio, del "uomo cualunque", como dicen los italianos. "¿Su falta de espíritu le hace feliz o desdichado? ¿Y si es feliz, hay derecho a agitar el mar de aceite de almas semejantes con problemas de los que no tienen conciencia?". *Paludes*, además, es un símbolo. El símbolo de lo que el individuo, por cobardía o inercia, acepta ya hecho, del mundo exterior. De lo que el hombre tiene de anodino, convencional y colectivo. De semejante con todo el mundo. *Paludes*, de acuerdo a una conocida analogía de Bergson, "es el traje de confección que nos queda bien a todos". Es el "yo" uniformado y socializado que vigila en todas partes. Y al que se le eriza la piel ante cualquier forma de originalidad personal en los otros. *Paludes* resume el estado de ánimo del joven Gide al iniciarse en las letras, en medio de la hostilidad de quienes le rodean o de la indiferencia protectora de sus más allegados. El artista –esta vendría a ser la conclusión– es más desdichado porque tiene conciencia de su infortunio humano y de la inutilidad del Arte. A lo que un creador tan distinto a Gide, como Eugene O'Neill, pudo haber contestado: "Sólo el Arte es venturoso. Todo lo que no es Arte es desventurado".

Teseo es la antítesis de *Paludes*. Cuando Gide, ya octogenario, lo escribe, es –como Goethe– lo suficiente viejo para retornar como moderno al equilibrio clásico de los antiguos, y lo suficiente artista, como para exhumar del fondo de un mito inagotable las fuerzas saludables y eternas de la vida. Teseo –según la leyenda fundador de Atenas– es la personificación de la actividad. Es la obra servida por la voluntad creadora. Es la embriaguez vital ante el espectáculo de la propia individualidad que se forja a sí misma en la aventura. La maestría estética de Gide, asociada a la belleza del mito helénico, da por resultado una pequeña obra maestra. El fundamento del mundo y de la vida es la acción. Así se lo expresa a Teseo, el legendario Dédalo, creador del "laberinto" que cada uno lleva adentro, refiriéndose a Hércules, otra encarnación helénica de la acción: "Era tonto y no se le podía sacar nada que no fuera su heroísmo. Pero lo que apreciaba en él, como aprecio en ti, es una especie de entrega total a la obra, de osadía sin disentimientos, y hasta de temeridad que os precipita hacia adelante y triunfa del adversario después de triunfar de lo que cada uno tiene en sí de combate. Hércules era un poco triste...

Sobre todo después de realizar la hazaña. En cambio, lo que me gusta de ti es la alegría”. No en vano Gide termina el libro con una nostálgica invocación a la vida. Que recuerda a Goethe. Y que Teseo expresa así: “Sin rebelarme es como me acerco a la muerte solitaria. He gozado de todos los bienes de la tierra. Por el de la Humanidad futura he realizado mi obra. He vivido”.

Paludes y Teseo representan dos posturas frente a la vida que, en realidad, se reparten, según los momentos, la existencia interior de todos los seres humanos.

Ulyses, por James Joyce (Santiago Rueda, editor). Cuando en 1945 apreció en la Argentina la primera versión castellana de la famosa obra de Joyce, *Ulyses* tal hecho, a los 22 años de la primera edición inglesa, significó un acierto editorial. La segunda edición nos pone de nuevo frente a esta inconmensurable obra artística. *Ulyses* ha sido uno de los libros más combatidos de todos los tiempos. Prohibido en Estados Unidos e Inglaterra, atacado por el puritanismo, el resultado, empero, está a la vista: diez ediciones inglesas y traducciones sucesivas a casi todos los idiomas modernos. La primera obra de Joyce, *Tipos de Dublín*, fue confiscada y quemada, al parecer, por orden real. Vino después, bajo el influjo de Ibsen, *Exiliados*. Más tarde, una extraordinaria novela autobiográfica: *El retrato del artista adolescente*, que la revista católica *Dublin Review*, recibió elogiosamente. Hoy podemos juzgar que esa crítica no estaba errada. Y es que Joyce, genio extraño, descendiente de una rancia familia católica irlandesa, y él mismo de severa formación religiosa y escolástica, en última instancia, jamás renegó de sus orígenes. Su visión del hombre permanece aferrada a la concepción del cristianismo, que en lo esencial, es la concepción de la existencia como pecado. Y como trasfondo, en la obra de Joyce, no puede olvidarse la influencia de otro cristiano: Fedor Dostoievski. En 1925 apareció en París la creación definitiva de James Joyce, su famoso *Ulyses*, novela sin acción, y que como es sabido, a lo largo de 800 páginas, transcurre en Dublín desde las ocho de la mañana a las tres de la madrugada de un día cualquiera. Joyce, con esta novela, conquistó la gloria bajo la triple corona del escándalo, del estupor y la sensación –por todos presentida– de su monstruosidad literaria. A treinta años de distancia, el escándalo ha pasado tanto como el interés de los “snobs”, dando paso al análisis y balance definitivo de su inmenso valor artístico, ya que, probablemente, el *Ulyses* de James Joyce es la novela más importante de nuestro siglo. Su autor, como lo ha anticipado Valery Larbaud, es el más representativo de los artistas modernos. Para T. S. Eliot, el gran poeta inglés, “esta obra cierra un ciclo de la literatura inglesa y abre otro nuevo a la vez”. Una mentalidad tan

sana como la de Havelock Ellis ha declarado que Joyce marca una época. Juicio similar al del psicólogo Karl Jung, que dominado por la grandeza ciclópea de la obra, le dedicó un importante y extenso ensayo. Digamos, de paso, que se ha comparado el *Ulyses* de Joyce con la *Divina Comedia* de Dante. Y Ezra Pound ha podido decir: “Todo lo gigantesco de su pensamiento aparece desnudado, por primera vez, desde Dante encontramos arpías, furias vivas, símbolos tomados de la realidad actual”. A través de Joyce, podría decirse, que el mundo en desintegración de nuestra época, aparece captado por el espejo deformante, demoníaco y veraz de su genio. La técnica de Joyce es comparable a la de los nigromantes y alquimistas del Renacimiento. Renovador y revolucionario de la lengua inglesa, las imágenes se aglomeran en su obra, como dice acertadamente su traductor, J. Salas Subirat, cual “congestiones de tránsito”. Joyce escapa a todo juicio sintético. Su obra, como el laberinto de Dédalo, ofrece recodos, viradas, sorpresas inesperadas. Joyce es el buceador del la interioridad en su plenitud, del sueño, de los estados intermedios entre el mundo onírico y la vigilia, del monólogo interior y la duración psíquica al margen del tiempo concreto, de los estados boreales de la memoria inconsciente que amalgama en segundos experiencias de siglos. Las complejidades cerebrales de los personajes de Joyce encuentran un símil en el abigarramiento formal de las catedrales góticas. Dentro de este denso mundo interior, la vida se agita entre el sexo y el remordimiento, entre lo demoníaco y la visión beatífica. Y este inmenso caos ordenado del acaecer mental individual, termina al fin, transmutándose en símbolo mismo de la vida colectiva moderna, en conciencia de la crisis, tanto como en la intuición clara del eterno fluir de la vida y del mundo, visto a través de un orden artístico interior verdaderamente clásico, ya que los extraños recursos de Joyce, la falta de puntuación por ejemplo, contratapa literaria de la incoherencia de la vida interior y, asimismo, la liberación freudiana de las obsesiones, otorgan a la obra un hálito satánico, aunque siempre, tales elementos, aparecen en la novela controlados por la superior capacidad estética de Joyce que, de este modo, convierte en verdad, respecto a la creación artística, aquello de Juan Ramón Jiménez: “Es sólo arte lo espontáneo sometido a lo consciente”. Es así como Stuart Gilbert ha podido escribir: “*Ulyses* no es ni optimista ni pesimista. Ni moral ni inmoral en el sentido ordinario de estas palabras. Se asemeja más bien a una fórmula de Einstein, a un templo griego, a un arte que vive más intensamente cuando mayor es su reposo. *Ulyses* logra así, una interpretación integral y coherente de la vida, una belleza estática”. Debe destacarse la difícil tarea de Salas Su– birat, autor de la versión castellana de esta obra monumental.

La boca del caballo, por Joyce Cary (Edit. Emecé). Hace algún tiempo, cuando se publicó en edición argentina *Sorprendida*, del inglés Joyce Cary, señalamos la presencia de uno de los más grandes novelistas de nuestro tiempo. Aquella novela –el mundo visto por una sirvienta– anunciaba otras dos, integrantes de la trilogía que dio fama mundial a Cary: *La boca del caballo* –que comentamos aquí– y *El peregrino*, que se anuncia. Los mismos personajes actúan en las tres novelas y nos ofrecen este mundo en común, a través de la propia versión espiritual. *La boca del caballo*, en traducción de Narciso Pousa, es la vida de Gulley Jimson, un pintor de genio, ignorado, casi patibulario, pero que tiene conciencia de su inmortalidad. Atrabiliario y genial, Jimson habla en primera persona. Lo hace con un estilo a borbotones, acumulando analogías y pensamientos, en una especie de caos orgánico con exhuberancia de selva mental. Joyce Cary utiliza a tales fines, un lenguaje cortado, espasmódico, síntoma de la agitación interior del personaje, colocado más allá del bien y del mal, inmoralista en tanto es superior, trágico en la medida en que es incomprendido, grotesco en proporción con su vida real, hecha de escamoteos, de estafas mentales y fracasos, pero siempre desafiando a la mediocridad, obseso en su obra que es la negación de todo arte de catálogo. En lo esencial, es la vida de un solitario sin contacto con los hombres aunque gruñe y alborota entre ellos. Este extraordinario personaje, este gran pintor incomprendido, fiel a su destino, piensa con imágenes pictóricas. Y aquí el talento de Cary logra efectos sorprendentes. A los que se agregan las extravagantes andanzas de Jimson, que recuerdan aquella tendencia compensatoria y trágica de Baudelaire y con la que desorientaba a los filisteos apelando a bromas macabras o escándalos imaginarios. La tesis de la novela es, sin embargo, más honda que todo esto. Cada persona ve el mundo desde una perspectiva única, intransferible. Y cada vida, a su vez, es vista desde tantas perspectivas –o incomprensiones– como observadores posibles. Este genio que vive con los pies enfangados en la realidad, y la imaginación creadora en las zonas ardientes del arte donde mora la eternidad de las formas, es por eso, un discípulo de William Blacke, cuya poesía profunda y misteriosa contribuye a crear en la novela, la atmósfera de anormalidad psíquica –o tal vez de supranormalidad vital– en que se despliega el orco de la creación artística. Y es que –como decía Sthepan George– poesía y sueño están por encima del tiempo y la existencia individual. Gulley Jimson piensa el mundo exterior como pintor. Sus descripciones son mezclas de colores. Véase esta muestra que recuerda un cuadro del aduanero Rousseau: “Las nubes se habían puesto de un color rojo caoba viejo, pesado

y sólido. El fuego de abajo se había extinguido. No quedaba más que una raya amarilla como una llama de gas vista a través de la persiana de la cocina. Cielo color verde repollo con una estrella naciente semejante a un resplandor visto tras una gasa. Y hacia el este el azul se iba levantando más espeso que un bosque". La personalidad de Jimson, anárquica, pero con clara conciencia de la disolución cultural que le rodea, le permite reflexiones de un humor desconcertante y, sin embargo, todo, hasta su humorismo es amargo, pues recubre la soledad irremisible de la superioridad frente a la vida vulgar que "siempre está espiando detrás del ojo de la cerradura". Esta actitud le permite a Joyce Cary poner en boca de su personaje reflexiones como ésta sobre el panteísmo del famoso filósofo judío Benito Spinoza: "Los anarquistas que aman a Dios caen en brazos de Spinoza, porque él les asegura que no les ama. Eso es exactamente lo que necesitan. Un directo al ojo. Para un anarquista verdadero, un golpe en un ojo es mejor que un ramo de flores. Les hace ver las estrellas". En realidad, Jimson es un genio que trata de llevar a la pintura las Ideas de Platón, los arquetipos inmóviles, universales y trascendentes de los cuales las cosas particulares son participadas. Aspira a aprisionar en la tela la esencia misma de la creación. Jimson, por eso, es artista hasta en sus miserias cotidianas. Que son muchas. Pues Joyce Cary no nos da un retrato elegante de la superioridad, sino una muestra desoladora. Un final coherente y dramático, de acuerdo con el espíritu de la novela, resume el fracaso individual de todo artista frente a la conquista absoluta del Arte, aunque la obra de arte sobreviva a los hombres. Joyce Cary, a través de sus dos novelas, ahora conocidas en castellano, se destaca en relieves netos. Y particularmente los artistas se sentirán impresionados por esta notable novela.

IV. Literatura Argentina

Barrio Gris, por Joaquín Gómez Bas (Edit. Emecé). Si una obra bastase para revelar a un autor, tal caso se cumple con *Barrio Gris*, del novelista argentino Joaquín Gómez Bas. Y a propósito de nuestra literatura, Louis Bronfield, en un reciente viaje a la Argentina, requerido al respecto, señaló que el defecto de nuestra novelística consistiría en que no ha logrado un tipo de expresión universal, manteniéndose aferrada a un lenguaje, un ámbito y un conjunto de significaciones simbólicas que solamente el hombre argentino, y específicamente el porteño, puede comprender plenamente. La observación de Bronfield es incorrecta. Esta insuficiencia es producto de una visión poética vacilante e inconclusa, clausurada por su desconexión –y no como piensa Bronfield por su inserción–, con la realidad nacional. *Barrio Gris*, de Gómez Bas, contesta a

Bronfield de una manera concluyente. Pocos universos tan cerrados en su peculiar geografía humana, y más herméticos en la espontánea deformación de sus expresiones idiomáticas, que el de cualquier suburbio porteño. El tango lo ejemplifica bien. *Barrio Gris* es, precisamente, la historia de un suburbio porteño. Y la de un adolescente consustanciado con ese suburbio penetrando en las zonas turbias de la vida. Es, además, una novela de contenido social. De la cual la tesis surge sola. Ajena a toda propaganda. El itinerario trágico del personaje, Federico, un adolescente que se va hundiendo en la abyección y el delito empujado por la miseria y las compañías depravadas, adquiere veracidad de diario íntimo y fuerza de fatalidad. No hay duda que estos seres que manotean el destino en las tinieblas y el barro, han sido fabricados, en parte, con frustraciones propias y furia confesional autobiográfica. Ubicada la acción hace aproximadamente treinta años –en este sentido es un documento social sobre dos épocas– en la pintura de este barrio gris nada está idealizado. Un cauce cenagoso surca el libro: la humillación de la pobreza sin dignidad que todo lo envilece. Desde los caseríos de lata a las almas humanas. En este orden *Barrio Gris* es el planteamiento de una cuestión social: la del niño proletario enfrentándose a la vida. En verdad, si la justicia social no le alcanza, nada hay en el entorno plomizo, eternamente nublado del niño proletario que no sea el lento transcurrir de los días uniformes y tristes, resbalando monótonos sobre el baldío, el inquilinato o el cuartucho, cuya atmósfera promiscua oprime como una fatalidad y donde toda esperanza y toda fe redentora en el sentido de la vida se detiene temblorosa en la puerta. El destino del niño obrero está condicionado por el medio en que se va desarrollando. Y muchos de estos seres, predestinados de antemano por su origen, adoptarán más tarde, como hombres, frente a la comunidad que les negó sus goces, una disposición que puede ir desde la agresión y la delincuencia, al fracaso y el suicidio. Este es el tema y el clima elegido por Gómez Bas. Observador profundo, poseedor de un estilo angustioso –y sin embargo de rara impersonalidad poética– la historia de Federico es un documento psicológico y un alegato social. Todo ello asociado a un final inesperado y patético, donde la figura central, convertida en homicida, consuma en su crimen el único acto eminentemente moral de su vida. De su pobre vida de hijo del acaso. *Barrio Gris*, pese al fondo pantanoso, lacerante y terrible del paisaje, por su energía humana y su áspero aliento poético, toca –y resuelve– un problema que no tiene fronteras en el mundo capitalista. Y en tal sentido es universal y supera la crítica de Bronfield. Es una gran novela de ambiente. Y por tanto auténtica. Un jirón de la vida verdadera y no prestada o sacada de libros extranjeros.

El viajero hechizado, por Luis María Albamonte (Edit. Peuser). En el periodismo se hundió durante décadas lo mejor de la inteligencia argentina. Roberto Arlt, tan desdichado, simboliza aquel pasado. Cuando en 1934 apareció *Yuba*, del periodista y literato argentino Luis María Albamonte, la novela fue recibida por la crítica como una revelación. En 1939, su cuento *La extraña fuga de Iván Gober*, fue premiado entre cerca de 5.000 concursantes. Hoy, en otro momento histórico de la vida argentina, el literato retorna. No hablamos aquí de Américo Barrios, que tal es su seudónimo periodístico. Hablamos, en cambio, del artista que es Luis María Albamonte. Acaban de aparecer, en primera edición bien ilustrada por Lissa, los cuentos de este autor, reunidos bajo el título *El viajero hechizado*. El libro lleva la siguiente dedicatoria: "Al general Perón, libertador de mi patria".

El género cultivado por Luis María Albamonte, sin romper con la realidad, es intermedio entre el cuento fantástico y el poema en prosa. Y el resultado es un libro de originalidad impar. Una luz tibia y melancólica envuelve estos cuentos que pudieron ser de hadas y son de hombres. De hombres que merodean en las penumbras en busca de la esperanza. Hombres con destino de búhos y espirales de luciérnagas. La atmósfera alucinante, el tema angustioso, la pesadilla transfigurada en locura, la presencia inmóvil de la muerte, todos ellos elementos obsesivos, se disuelven bajo la vara mágica del arte. Y esta atmósfera y esta angustia acaban en epifanía diáfana, en poesía pura. Poesía transparente e impalpable como son las ilusiones incumplidas de los hombres. Los diálogos de estas criaturas son siniestros y hermosos. Como ellas mismas. Un difuso sentimiento panteísta, una circular incursión por las regiones de la nada, un interrogar insistente a lo desconocido, hacia lo cual, todo lo que arrastra en la tierra tiende en este libro con tenacidad vegetal, borda el cañamazo de los relatos o sueños –increíbles y sin embargo, creíbles– que nos da Luis María Albamonte. Es imposible sustraerse a la sugestión inquietante de estas páginas. Sus personajes descarnados, viven, empero, bajo la doble conjunción de una ternura infinita por todo lo humano y en la auscultación asombrada del misterio, que el arte –cuando es verdadero– siente vibrar en todas las cosas, aun en las más ínfimas, y que el talento de Luis María Albamonte explora con la seguridad de un sonámbulo viajero de la noche. Luis María Albamonte yuxtapone tan bien ambos planos –fantasía y realidad– que el fruto es algo literariamente nuevo. Y es que, como decía Pedro Salinas: "La realidad es indispensable al poeta, pero ella no basta". Es aventurado indagar en el mecanismo de este proceso creador, asociado

siempre al curso psicológico de una vida individual. Es decir, no es fácil desentrañar la raíz humana de este libro sorprendente. De cualquier modo, lo haremos, pues la tarea es tentadora. Junto al clima espectral, ya señalado, que impregna el libro, resaltan con una asiduidad que no puede ser casual, reminiscencias remotas, invocaciones maternales, barcos y caballos de juguete, desenterrados, no cabe duda, de ese piélago luminoso y nocturno, sepultado y vivo que es la propia niñez. Es un trasmundo encantado este que crea Luis María Albamonte. El hermoso cuento "El viajero hechizado", fabricado con insatisfacciones de la vida adulta y retazos de sueños en colores; "El inmortal señor de los sábados" y, sobre todo, "Lo que trajo el fantasma", tras la deformación poética que sufren las experiencias vivas del artista, nos hacen pensar, apoyándonos en el fenómeno psicológico revelado por Freud y conocido como "regresión a la infancia", que la fuerte inspiración poética alimentada en el fresco manantial de la primera infancia, probablemente dichosa del autor, fue repentinamente frustrada por algún acontecimiento infausto.[61] A pesar de ser una literatura de evasión, los cuentos de Luis María Albamonte son un himno a los humildes sin apellido de todas las latitudes de la tierra. Y una certeza en su liberación del sufrimiento que les viene sin culpa. Y es que dígase cuanto quiera, el arte es una manifestación del dolor humano. Ternura sin santurronería, pues Luis María Albamonte ama al pueblo, del cual sus fantasmas no son más que símbolos sobrevivientes de un pasado cercano. No es fácil transmitir la impresión desconcertante que encierra este bello libro. Pero lo intentaremos con este breve joyel literario de Chuan Tzu, poeta chino anterior en 300 años a la era cristiana: "Chuan Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar, ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa que había soñado que era Tzu". Tal es la sensación que dejan los personajes de *El viajero hechizado*, de este singular cuentista argentino que es Luis María Albamonte.

La tercera versión, por Silvina Bullrich (Emecé Edit.). Ha sido reeditada *La tercera versión*, novela argentina de Silvina Bullrich. En esta novela, el protagonista narra su vida a una mujer amada. Es decir, el conflicto atormentador con su propia madre, un temperamento femenino

---

[61] Tiempo después de leído este comentario en Radio del Estado, el propio Luis María Albamonte nos confirmó la efectiva relación de su literatura con determinados problemas de su infancia, que recién comprendió bien, como siempre sucede en estas cosas, cuando le revelamos algunas claves de su libro relacionadas con la propia vida del autor.

celoso y despótico fijado con obstinación neurótica al esposo desaparecido y que a través de una identificación anormal con el recuerdo del muerto, proyecta sus propios sentimientos sobre quienes la rodean, haciendo particularmente desdichada la vida de su hijo, incapaz de librarse de la fuerte personalidad materna que desde niño ha modelado su carácter. El tema, aunque manido, es siempre interesante. Y Silvina Bullrich, una novelista que no carece de condiciones, prueba un adecuado conocimiento del oficio literario. Pero Silvina Bullrich no consigue, a pesar de estas dotes, compensar su manera femenina de concebir el mundo y la vida. Esta limitación, casi insuperable en las mujeres novelistas, explica la notoria superioridad del hombre artista, cuya capacidad para el análisis objetivo le permite penetrar con certero instinto en el alma humana sin distinción de sexos. Y esto, sin que las excepciones, como la extraordinaria de David. H. Lawrence, formidable conocedor de las mujeres pero incapacitado para comprender el alma masculina, invaliden el principio general enunciado. El problema planteado por Silvina Bullrich, rico en posibilidades, no está bien explotado. Incluso, la relación entre el hijo y la madre, es psicológicamente incorrecta. Y si hubiese que resumir la falsead de este conflicto, habría que calificar al protagonista, recurriendo al lenguaje de Freud, como un varón con el "complejo de Electra". Y a Edipo se lo pude falsificar. Pero no tanto. Hemos dicho que Silvina Bullrich domina la técnica literaria. Describe bien los ambientes íntimos, el tono menor nebuloso e intrascendente de los recuerdos que, surgiendo de la infancia, muerden el corazón durante toda la vida. Entra, asimismo, con cierta agudeza, en las minúsculas frustraciones de la vida. Silvina Bullrich, además, gusta aparecer sincera, cuando en esta novela, como en otras suyas, pretende aportar algo a la novela argentina. Desgraciadamente sus intentos quedan en propósitos. Y este malogro sólo puede explicarse por la manera de sentir de la propia autora. En efecto, Silvina Bullrich quiere ser realista pero sigue siendo incorregiblemente romántica. Con nostalgias de París cuando está en Buenos Aires. Y con la intención de escribir una novela argentina cuando está en París. Su novela es porteña sólo en la forma. Los personajes pertenecen, sacados de novelas extranjeras, a esa ambigua capa social, marginal entre la aristocracia y la clase media acomodada, que a sí misma se llama distinguida. Y la moral de esta sociedad educada que ella describe, es esa moral convencional, pregonada, pero no siempre arraigada en la conducta –forma extrema de hipocresía– y que la autora presenta en forma un tanto abstracta sobre el fondo penumbroso y escogido de ese mundillo con tibieza de perfumes importados, saloncitos acogedores y deliciosos petit-muebles con etiquetas de París. Esta novelista no logra climas

auténticos. Y sus libros despiertan reminiscencias de infinitas novelas leídas en francés. Silvina Bullrich nos da novelas argentinas afrancesadas, con un granito de pecado a lo François Mauriac, con divagaciones literarias a lo Gide y con esas pinceladas realistas, de buen tono y seguro resultado, a los que son tan afectos los candidatos al Premio Goncourt. Y quizá exageremos. Pues esta novela de Silvina Bullrich no supera aquellas que salieron de la pomposamente llamada "escuela psicológica" y que en su época puso de moda Paul Bourget. En *La tercera versión*, de Silvina Bullrich, espían secretos de familia, cupones de renta, cuadros de antepasados, amorosos suspiros de una madre, tal vez lesbiana, por el esposo perdido, y algunos problemas teológicos. El protagonista –carácter espiritualmente equívoco– se subleva contra los convencionalismos de su medio social, sin por eso dejar de amar sus seguras entradas de pequeño rentista que le permiten escribir novelas –como la autora– y evitar al mismo tiempo los sinsabores de la vida prosaica. La angustia de estos seres transcurre entre sentimientos algo turbios, figuritas de Sevres, travesías periódicas a Europa y la presencia invisible de Franz Listz, ya que el muerto tocaba el violín. Al parecer bastante mal. La misma autora, imitando frases francesas, resume el contenido de su novela. "Sólo en la vida holgada puede darse una completa sordidez". Agreguemos que la larga escena donde la madre vuelca sus confidencias en el hijo es absolutamente artificial. Pensamos que si Silvina Bullrich se centrase en un tema argentino, realmente vivido, se realizaría como artista. Ella misma parece entreverlo cuando dice: "Todavía hay en América algo desierto, algo salvaje que no se siente en otros continentes, y sobre eso quería yo escribir". El único inconveniente es que la América a que Silvina Bullrich parece referirse no es la auténtica, sino la de Waldo Franck y el conde de Keyserling. Y esto sí que es un verdadero desierto con relación a cierta literatura argentina.[62]

Monólogos con Lady Grace, por Ignacio B. Anzoátegui (Emecé Edit). Ignacio B. Anzoátegui tiene bien adquirido el prestigio de prosista. Su último libro. *Monólogos con Lady Grace*, atestigua su talento. Un talento que mira a nuestra realidad nacional. Y que por apuntar a hechos del presente argentino ha de ahuyentar a muchos, como según dicen el agua bendita ahuyenta al diablo. Recurrimos a esta analogía pues el autor es católico. Lady Grace, la bella e inmaterial

[62] A raíz de este comentario, leído por Radio del Estado, un admirador de Silvina Bullrich nos envió una carta desafiándonos a duelo. No hay duda que esta escritora tiene lectores peligrosos.

Lady Grace, es un símbolo. Un símbolo literario, que al margen de alguna oscura significación religiosa, no totalmente lograda, es presentado con intención descarnada y justiciera. El símbolo, en suma, de una aristocracia colonial, colocada ayer como hoy a espaldas del país. Y Anzoátegui, inteligencia veraz, revela tras el símbolo, el contenido real, antiargentino y europeizante, de un mundo cuyo estilo de vida y cuyo sistema de valores el autor conoce por tradición familiar. A estos materiales, extraídos de la realidad social y política circundante, y reelaborados con seductor gracejo, se asocian experiencias de la vida interior –fracasos sentimentales quizá– y que confieren al libro, gracias al fino instinto estético de Anzoátegui, un sello original, donde la confidencia apenas insinuada y por eso mismo poética, se ensambla a una crítica social de rigor y actualidad inapelables. Ignacio B. Anzoátegui es tradicionalista, hispanista, católico. Y, además –o por eso mismo–, un espíritu conservador. Su libro es, pues, una defensa del sistema de ideas al que adhiere y, al mismo tiempo, en su más honda raíz humana, una definición vital. Otro rasgo de la personalidad de Anzoátegui es que ama lo que ataca con esa pasión, no exenta de entornada purificación, vale decir, culpabilidad, que se pone en todo objeto amoroso al que en el fondo se sabe irredimible. En este caso, la clase social a la cual el autor pertencece. Lady Grace polariza en su fantasmal figurita todos los prejuicios respetables –y de los otros– defendidos por las "élites" que a sí mismas, en los países coloniales, se proclaman superiores, tanto como los valores apócrifos en que pretenden fundamentar su hegemonía espiritual en pleno ocaso histórico. Y este descenso de las "élites" es, sin duda, un síntoma de la crisis de la denominada cultura occidental que preocupa al autor. "Esta guerra –escribe Anzoátegui– debe ser una revolución de Occidente contra Occidente". Por eso, Anzoátegui, que en Lady Grace personaliza esa cultura elegante y enferma, intenta al mismo tiempo salvar o convertir a su criatura literaria, aunque en rigor, el autor es tan implacable, que el libro más bien es el funeral político, sin perspectivas de resurrección, de la distinguida Lady Grace y sus ideas. Anzoátegui condena el falso liberalismo, el falso aristocratismo, el falso conservatismo. Y, sin embargo, parece abrigar la esperanza de que las aristocracias retornando a una misión que según él, han abandonado, adulterado o vendido, retomen la defensa de la cultura occidental. Es una vieja ilusión conservadora. Y en esto, si es que hemos entendido bien su tesis, bastante disimulada, Ignacio Anzoátegui nos parece algo cándido. Hecho que no invalida su ingenio, el diestro manejo de sus ideas políticas y la probidad argentina que lo inspira. Por otra parte, romper con las mentiras consagradas por una clase social decadente a la que se pertenece –y toda clase social juzga

renegado al que le muestra su rostro– apareja a quien afronta la tarea situaciones personales enojosas. Y si bien tal desafío no implica el ostracismo –ya que el oficio literario es por demás prudente– presupone, en cambio, la mala fe y la conspiración organizada del silencio. Que es la peor agresión contra la inteligencia cuando toca temas nacionales. Tal el caso de Anzoátegui en este librito. Las aristocracias no gustan verse retratadas tal cual son. Y a Anzoátegui, lamentablemente, le interesa Lady Grace tal cual es. Y no tal cual, en la inefable sobreestimación de su recalcitrante femineidad, Lady Grace cree ser. Esta frase, por ejemplo, para los que se sientan aludidos, los irritará: "A la libertad es preciso defenderla de sus falsos sacristanes. Es necesario negarla quizá alguna vez para que, obligándola a volver su cara hacia nosotros, nos reconozcamos como sus libertadores". O esta otra: "Nuestra clase dirigente del ayer inmediato no era ni más ni menos que la inquilina principal de la Nación". No diremos nada de la indudable calidad literaria del trabajo. En este caso, la intención del libro nos parece lo más destacable. Ignacio B. Anzoátegui –escritor católico como se ha dicho– arranca la careta a una aristocracia simulada. Y simuladora. Ya que también hay una glorificación de la libertad que en realidad ansia ahorcarla cuando no la controla. Por eso, sus *Monólogos con Lady Grace*, harán botar a aquellos con almas de minorías selectas, a los moralistas de profesión, a los gonfaloneros de valores caducos, a los monopolistas insanables de nuestra historia oficial. Y es que Ignacio B. Anzoátegui tiene el triple inconveniente de ser irreverente, de ser un escritor de buen gusto, y a diferencia de la internacional Lady Grace –la oligarquía probritánica– de ser argentino.

Heteredoxia, por Ernesto Sabato (Emecé Edit.). Hemos leído el último libro de Ernesto Sabato. Pero antes hagamos un paréntesis. Los tiempos de crisis incitan al hombre a pulsar su propio destino. Y otro hecho comprobable es que cada época coloca en primer término la discusión de determinados problemas que fueron ignorados o no interesaron a otras. Asimismo, esta clarividencia para percibir la crisis histórica de una cultura, se asocia siempre a la aparición de pensadores videntes –y con frecuencia trágicos– verdaderos oráculos de los estados colectivos de la vida del espíritu, donde hombres y pueblos, al presentir la proximidad de un desvío, proyectan la mirada más allá de los horizontes cerrados. El hombre sólo se plantea el problema de la cultura como tragedia, cuando esa cultura se siente amenazada por las potencias siempre creadoras de la historia univesal. Ahora bien, este estado de ánimo, que repercute con mayor dramatismo en los escritores, da origen a dos tipos de libros: aquellos en sí mismos terriblemente verídicos, en

verdad únicos, que pronuncian el diagnóstico y el campanazo mortuorio de una época. Tal el caso de Federico Nietzsche. Y aquellos otros que, sin ser superfluos son pasatistas, que siendo actuales son exitistas y que amoldándose a los caprichos del gusto literario son insinceros. En suma: hay libros veraces y libros espectaculares. Espectaculares en el sentido de la vidriera. Ernesto Sabato es un escritor de escaparate. Sus libros *El túnel* y *Hombres y engranajes*, han tenido repercusión en determinado público. Y estos éxitos, que no son jamás casuales, plantean el problema de su legitimidad. El último libro de Ernesto Sabato es un conjunto de reflexiones o aforimos reunidos bajo el sugestivo título de *Heterodoxia*. Sabato es un escritor muy enterado. En efecto, conoce demasiadas cosas. Lo cual no quiere decir necesariamente que las sepa todas bien. De acuerdo a una breve mención sobre el autor que figura en el libro, dijérase que Ernesto Sabato "está de vuelta ya de grandes y dolorosas experiencias", sin que por eso haya disminuido –así reza la noticia que parece haber escrito el propio Sabato— "su avidez de certidumbre y verdad". No dudamos de este juicio. Pero cabe preguntar: ¿Hasta qué punto lo que llamamos "dolorosa experiencia" no son más que nuestros fracasos y deserciones? ¿Y en qué medida "la avidez de certidumbre y verdad" de ciertos espíritus no es otra cosa que versatilidad? Ortega y Gasset, por ejemplo –y salvando las distancias—, a pesar de su fama e influencia no escapa a este pecado venial del escritor, a esta simulación de pitonisa, a esta técnica de la escenografía bien montada, a estos visajes del comediante experto que cubre con efectos teatrales las concesiones de una obra comprometida, es decir, destinada de antemano a un público. En *Heterodoxia*, embriagado por el diletantismo de la citas primorosas, Ernesto Sabato nos habla, como Ortega y Gasset, de temas apasionantes: de la deshumanización del hombre y el arte por la técnica; de la bancarrota de la ciencia; del sexo y las esencias siniestras o luminosas de lo femenino y lo masculino a la manera de Otto Weininger; de la bisexualidad humana; de lo inconsciente; del antisemitismo; de los tipos psicológicos a la manera de Freud o Jung; de la mentalidad burguesa a la manera de W. Sombart; de la miseria de la dialéctica marxista a la manera de Nicolai; del amor, las mujeres, la muerte y la religión a la manera de Schopenhauer; de ciertas complejidades psicológicas a la manera de Jean Paul Sartre; del ansia de inmortalidad a la manera de Unamuno; de las mentiras del progreso a la manera de G. Sorel; e incluso ensaya greguerías a la manera de Ramón Gómez de la Serna. Y frente a esta cultura exhuberante, fragmentada, enciclopédica y fácil, no se sabe qué admirar más: si esta rara y múltiple personalidad literaria de Ernesto Sabato, o su capacidad de síntesis. Digámoslo sin eufemismos:

Heterodoxia es un breviario de ideas comunes. Y el lector ilustrado, frente a libros como éste, comprenderá muy bien a Platón cuando dijo: "Toda ciencia es reminiscencia". Nada más que aquí no de un mundo trascendente. Sino de libros conocidos. No cabe dudar que el libro de Sabato es interesante. Está construido con generalizaciones. Y, como es sabido, las generalizaciones impresionan al lector que va de prisa. Pero las generalizaciones adolecen de un inconveniente. Son formas especiosas del pensamiento. Es decir, recursos de la inteligencia atrayentes y falsos. La "filosofía" epigramática de Sabato se mueve entre el irracionalismo moderno y una religiosidad más o menos esbozada. Esto está de moda. A ratos bordea el escepticismo de la "torre de marfil". Posición muy al día en ciertos círculos literarios, alejados del pueblo y sus luchas, y que convierten la incertidumbre del presente en una forma de comodidad. Si los hombres fuesen insectos, esta tendencia "cómoda" a revolotear entre los libros, se justificaría como se justifica a la "abeja que recoge el néctar saltando de flor en flor". Pero en el colmenar del siglo XX, ese zumbar alegre ha terminado. O lo que es igual. El tiempo de hoy impone urgencias, definiciones categóricas y no peregrinajes por el subsuelo de las ideas contemporáneas. Criticar a Ernesto Sabato no es subestimarlo. Pero su actitud frente al país es contradictoria. El prefiere deleitar a los "snobs" y escandalizar –no tanto– a los filisteos. Y reconocemos que cuando el literato de garra que hay en Sabato, aunque quizá no se realizará nunca, predomina sobre el ensayista de la "crisis del presente" –vale decir, sobre el escritor a la moda– nos da reflexiones nada deleznables sobre el lenguaje, la novela o la literatura argentina. En resumen: Sabato no es original. Y su escepticismo lo condena a la superficialidad. Ya que, si la memoria no nos engaña, creemos que fue Jean Paul quien lo dijo: "Todo principiante es un escéptico. Pero todo escéptico es un principiante".[63]

---

[63] Para el lector que ha llegado a esta altura del libro este comentario sobre Ernesto Sabato puede parecerle injustificado, ya que, en el capítulo correspondiente, se ha dicho lo mismo más extensamente. Conviene recordar, sin embargo, que el comentario fue leído antes de la caída del general Perón, y que desde entonces, Sabato, luego de pasar por diversas etapas, ha vuelto a caer en el grupo al que perteneció siempre: la revista *Sur*. Pero hay un motivo más importante. En una de esas etapas, el señor Sabato pareció ingresar a la línea nacional. Tuvo incluso actitudes honradas y hasta expresó por escrito su cambio político. Fue la época en que, como lo demuestran las cartas que me envió, parecía ingresar a la lucha nacional. De las dos entrevistas que mantuvimos entonces, y de esas cartas, me formé la opinión de que estaba en

El porvenir de la América Latina, por Manuel Ugarte (Edic. Amerindia). Desde hoy descansan en la patria los restos mortales de un argentino ilustre: Manuel Ugarte. Educador de la juventud hispanoamericana, profeta del porvenir de la América latina y escritor de primera magnitud, el nombre de Manuel Ugarte se asocia a la generación –en lo esencial eliminada– que en las primeras décadas de este siglo combatió la penetración imperialista disolvente de la originaria unidad histórica, étnica y cultural de Hispanoamérica. A esa generación, precursora de la gran

---

presencia de un hombre honrado. Sin embargo, paulatinamente, como queda dicho, ha vuelto al punto de partida. Nadie se lo reprocha. Pero sí la deformación del pensamiento ajeno. En uno de sus últimos libros (*El escritor y sus fantasmas*, Aguilar, 1963), conjunto de ensayos verdaderamente lamentable, no se encontrará una idea que no haya expresado en trabajos anteriores, como *Hombres y engranajes* y *Heterodoxia*. Queda así justificada la publicación de este comentario del que ni nos acordábamos. Pero hay algo peor en su libro. Sabato, en un reportaje al parecer fraguado, pues no da las fuentes de su publicación original, lo cual es doblemente deshonesto, no sólo deforma mis ideas, con referencia a *Imperialismo y cultura*, sino que transcribe un fragmento de mi libro, que figura en el capítulo cuarto de esta edición, no sólo trunco, con lo cual me hace decir lo que quiere, sino malintencionado, pues justamente en ese pasaje no me refiero en absoluto a él. Para comprobación del lector, acerca de este procedimiento utilizado, transcribo el presunto reportaje que figura en *El escritor y sus fantasmas*: "Un ensayista social, Hernández Arregui, sostiene a propósito de escritores como usted que 'a la economía del monocultivo corresponde una literatura equivocada de introspección, donde los personajes desorientados se analizan a sí mismos en medio de una vaga sensación de inseguridad'. ¿Tiene alguna razón? Y fray Sabato se despacha a renglón seguido, en una serie de falsificaciones, aprovechando que la frase, así mutilada, poco dice, y ocultando que el fragmento completo nada tiene que ver con casos particulares, salvo que, como queda dicho, el amor por la vidriera lo haya hecho olvidar las honestas cartas que me remitió, e incluso su propia confesión, que le transmitiese a un amigo común, de acuerdo a la cual mi análisis de la pequeña burguesía (Cap. VII) había contribuido a esclarecerle su propia situación como escritor colonial. Fue esa una actitud recta. Pero fray Sabato ha cambiado. Y desde que es amigo de Borges, y es traducido al francés por Gallimard, parece no vacilar en realizar conmigo un fraude literario inmerecido.

hermandad pertenecen, Lugones, Gálvez, Ingenieros y Vasconcelos, entre otros. Hace poco, en Mendoza, le preguntábamos precisamente a don José Vasconcelos sobre la significación de Ugarte. Y el anciano escritor mexicano lo ubicó como una de las grandes figuras americanas de este siglo. Nada más oportuno, pues, en este día, que comentar la reedición de uno de sus libros, *El porvenir de la América Latina*, y en el que Ugarte resume el pensamiento sobre el destino del continente. El silencio con que se logró apagar la prédica de Ugarte es proporcional a los intereses confabulados que lesionó. Y su reivindicación –en primer término cumplida por el General Juan D. Perón, actual presidente de la República Argentina— es tan justa como el oprobio que hoy rodea a los que enajenaron la dignidad nacional de estos países al extranjero. Su destierro es, pues, el emblema de un período infame, tanto como la repatriación de sus restos, el resplandor, que tarde o temprano llegará, y que anuncia la complementación material y espiritual de estas nacionalidades. Manuel Ugarte predijo que la Argentina y su destino estaban indisolublemente unidos a la América Hispánica. Y su pensamiento, salvo cuestiones de detalle, se mantiene vigente. Hispanista pero no reaccionario, señaló la diferencia entre la España histórica y las fuerzas del oscurantismo, que ya en los orígenes prendieron y coartaron el destino del continente. Jamás negó Ugarte el sentido heroico de la conquista. Pero tampoco idealizó, con el pretexto de una deformante tesis misional, lo malo de esa conquista. Lo mejor de España, para Ugarte, vino con la inmigración española. Es decir, con el trabajo asociado a las excelencias de la raza calumniada. Y si su origen hispánico debe enorgullecer a América, este hispanismo debe ser, antes que nada, hispanoamericano. Al margen de prejuicios raciales, señaló el papel del indígena en la emancipación social futura de la América Hispánica. Fue también un defensor de las razas mestizas, esa raza de bronce "a la que desde el punto de vista de la nacionalidad le debemos la mitad de lo que somos", constructora de nuestra independencia y posteriormente envilecida por las fuerzas opresoras de adentro y de afuera. "Dentro de la mezcla hirviente de la futura raza suramericana –escribió Ugarte– el mestizo será uno de los elementos aprovechables si rompiendo la ignorancia que lo encorva le hacemos levantar la frente y lo elevamos a la igualdad". Para Manuel Ugarte, la inmigración sigue siendo el basamento del futuro de América, de su unidad y defensa frente a lo foráneo. En cuanto a la calidad del indio escarnecido, pone como ejemplo las altas virtudes de Moctezuma y Quatemozín. Reforzar esta conciencia de lo propio es parte inseparable de nuestro destino, que no es europeo, sino iberoamericano. Algo nuevo que no reniega de Occidente pero tampoco le pide tutorías que impliquen sumisión o

inautenticidad. “Las grandes naciones suramericanas –dice Ugarte– como las más pequeñas, sólo pueden mantenerse en pie apoyándose las unas sobre las otras. La única defensa de los veinte hermanos contra las acechanzas de los hombres es la solidaridad”. Palabras más que nunca actuales, pues el porvenir de los hispanoamericanos está en la misma América. Ugarte apelaba, ya en su tiempo, a una gran acción proselitista en todos los países de la confraternidad deseada por San Martín y Bolívar, capaz de unir a todos los sectores con raíz nacional en un mismo ideario americano. La repatriación de los restos de Ugarte es oportuna. Hoy, la Argentina eleva su mensaje no al vasallaje sino a la emancipación americana. Una nueva realidad, una nueva conciencia anima a la nación. La Argentina desborda generosa y justa las fronteras del continente. Tras la desintegración de los pueblos americanos, sutilmente lograda por la diplomacia extranjera hostil a toda comunidad espiritual, Latinoamérica superando nuestro vituperable drama y nuestro descomedimiento de hermanos segmentados, más allá de la desconfianza que nos han infiltrado a lo largo de una historia mártir, por encima, en fin, de esas potencias negativas que han pugnado por nuestra atomización política, por nuestra mutilación geográfica y por nuestro encadenamiento material, la Argentina –en función de América– retorna al encuentro de las comunes fronteras vernáculas estimulada en su hacer americanista por algo más potente que todas las confabulaciones exóticas, por algo superior a todas las capitulaciones. Este hecho es la lúcida conciencia histórica de un común entroncamiento. De un pasado sin rémoras hereditarias nutrido en un imperecedero amor por la libertad. Y en última instancia, por una historia germinal entrelazada a similares tradiciones que aspira a desenvolverse en formas elevadas de vida nacional. Todo ello sobre el fondo físico de una primordial morfología continental, sobre el espíritu aglutinante de la tierra americana, y que anastomosa, identifica y define a los pueblos congénitos en la comunidad de un estilo y una lengua, insertándolos en la matriz de una cultura y un solo designio universal. Esta es la fe en América Hispánica. De la cual Manuel Ugarte fue un precursor insigne.

Algunos juicios de las editoriales “democráticas” de la época de Perón.

Diógenes: Revista Internacional de Ciencias Humanas - Publicada con el auspicio del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas y el concurso de la Unesco

Buenos Aires, 10 de mayo de 1954

Señor Dr. J. J. Hernández Arregui
Bulnes 1393 - Capital

De mi consideración:

Me complazco en hacer llegar a Ud. un ejemplar del N° 5 de *Diógenes*, así como un prospecto que le permitirá ampliar su información acerca de las intenciones de esta revista. Como sigo con interés sus comentarios por Radio del Estado ("Vida Artística") y sé que este interés coincide con el de un público muy numeroso, me permito encarecerle que dedique a *Diógenes*, algunos párrafos, si no tiene reparos para ello y cuando a Ud. le parezca conveniente.

Mucho le agradecería además que en su momento tenga a bien remitirme copia de sus palabras, para enviarla a Roger Caillois, en París.

Con este motivo, le saludo muy atentamente.

Honorio Barbieri
Jefe de Circulación

Diógenes: Revista Internacional de Ciencias Humanas - Publicada con el auspicio del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas y el concurso de la Unesco

Buenos Aires, 9 de junio de 1954

Señor Dr. J. J. Hernández Arregui
Bulnes 1393 - Capital

De mi mayor consideración:

Tengo a la vista el texto del comentario que Ud. dedicó a *Diógenes* en "Vida Artística" del sábado ppdo., en el que se reconoce, como siempre, su espíritu penetrante. Fue de lamentar que no pudiera leerlo usted mismo, con su acento característico.

Ese texto le será remitido por próximo correo a Roger Caillois.

Mucho le agradezco su gentil atención y aprovecho la circunstancia para saludarlo con mi consideración más distinguida.

Honorio Barbieri
Jefe de Circulación

Diógenes: Revista Internacional de Ciencias Humanas - Publicada con el auspicio del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas y el concurso de la Unesco

Buenos Aires, 3 de octubre de 1954

Señor Dr. J. J. Hernández Arregui

Bulnes 1393 - Capital

De mi consideración y estima:

Me fue muy grato escuchar el sábado el preciso comentario a los principales trabajos del N° 6 de *Diógenes*. Su autorizada palabra, en una sección que ha conquistado muchos oyentes, significa un valioso apoyo para la difícil tarea de difusión en que estamos comprometidos, y por ello le expreso mi más cordial reconocimiento.

Ya habrá visto que en un nuevo prospecto que estamos difundiendo tuvimos muy presente otro juicio suyo sobre la misma revista.

Aprovecho la circunstancia para saludarlo con mi mayor consideración y estima intelectual.

Honorio ***Barbieri***

Jefe de Difusión de la Edición Castellana

Diógenes: Revista Internacional de Ciencias Humanas - Publicada con el auspicio del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas y el concurso de la Unesco

Buenos Aires, 11 de octubre de 1954

Señor Dr. J. J. Hernández Arregui

Bulnes 1393 —Capital

Distinguido amigo:

Al recibir su atenta carta del 6 del cte., le despaché en un sobre dos ejemplares del prospecto de Diógenes en que se reproduce un fragmento de su primer comentario sobre la revista. Espero que esta vez el correo cumpla mejor su servicio.

Quiero ahora referirme a la difusión de *Diógenes* en el medio universitario. Estamos registrando un aumento satisfactorio en las suscripciones, que evidencia el interés con que es recibida la revista entre los estudiosos, pero son pocos, en verdad, los institutos y bibliotecas universitarios y de segunda enseñanza que han dispuesto suscribirse a la revista. Baste decirle a usted que, por indiferencia o por economía –no sé a qué atribuirlo– la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras no la recibe y que la biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias

de la Educación no renovó su primera suscripción (Nos. 1 al 4). Si el Ministerio de Educación y cierto número de establecimientos universitarios del país se anotaran como suscriptores de *Diógenes*, la revista despertaría el interés de muchos profesores y estudiantes, como he podido verificarlo con placer en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en algún otro instituto. Pero chocamos con una invencible rutina burocrática...

Pienso que Ud., por su influencia en esos medios, pueda hacer algo o sugerirnos algo que contribuya a la introducción de *Diógenes* en las casas de altos estudios. Le agradezco entre tanto sus reiteradas manifestaciones de simpatía hacia Diógenes y lo saludo con mi mayor consideración y estima.

Honorio Barbieri

Nota: He pasado a los señores López Llausás y Urgoiti, gerentes de la Editorial Sudamericana, la copia de su comentario sobre el libro de Simone Weil y también la carta que motiva estas líneas cordiales.

Diógenes: Revista Internacional de Ciencias Humanas - Publicada con el auspicio del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas y el concurso de la Unesco

Buenos Aires, 27 de octubre de 1954

Señor Decano de la Facultad de
Humanidades y Ciencias de la Educación
Dr. D. Rodolfo M. Agoglia
Universidad Nacional de Eva Perón
De nuestra mayor consideración:

Por particular sugestión del doctor J. J. Hernández Arregui, que ha dedicado a la revista *Diógenes* certeros comentarios, nos es grato dirigirnos al señor Decano para encarecerle quiera interesarse porque la biblioteca de esa Facultad mantenga la suscripción que había dispuesto por los cuatro primeros números. Por lo que nos dice el Dr. Hernández Arregui pensamos que el señor Decano juzga que *Diógenes* es una publicación adecuada, precisamente, para una Facultad especializada en Humanidades.

Al propio tiempo, y si no pecamos de imprudentes, nos permitimos rogarle su alto apoyo para que los institutos de la Facultad en los cuales el señor Decano estime conveniente la

recepción de la revista sean invitados a suscribirse, con lo cual ganará difusión una de las más altas expresiones de la cultura occidental.

Nos complacemos en agregar con la presente un prospecto que contiene muy apreciables opiniones respecto de los valores de *Diógenes*.

Al anticiparle nuestro reconocimiento por su amable deferencia, lo saludamos con nuestra mayor consideración.

Honorio Barbieri

Jefe de Difusión de la Edición Castellana

Sur – Revista Mensual dirigida por Victoria Ocampo - San Martín N° 689 - Buenos Aires

Buenos Aires, mayo 17 de 1954

Dr. J. J. Hernández Arregui

Bulnes 1393 - Capital

Estimado Dr. Hernández Arregui:

Acabo de recibir copia de la excelente nota sobre "Peregrinación a las fuentes", de Lanza del Vasto, que Ud. escribiera para su audición de LRA Radio del Estado.

Cábeme agradecerle, además de esta atención, la gentileza que nos ha demostrado hasta el presente, esperando merecerla y deseando que la misma consideración que nos dispensa podamos retribuirla oportunamente en alguna forma.

Sin otro particular aprovecho esta oportunidad para saludarle muy atte.

Sofía E. ***L. de Álvarez***

Administradora

Editorial Sudamericana S.A. - Alsina 500 - Buenos Aires

Buenos Aires, octubre 9 de 1954

Dr. J. J. Hernández Arregui

Bulnes 1393 - Capital

Muy señor nuestro:

Cumplimos en manifestar a Ud. nuestro agradecimiento por haber comentado tan

elogiosamente el libro de Simone Weil *Las raíces del existir* en la audición de Radio del Estado "Vida Artística".

Con tal motivo nos es grato hacerle llegar nuestros más atentos saludos.

Editorial Sudamericana S. A.

Editorial Paidos - Cabildo 1547 - Buenos Aires

Buenos Aires, mayo 7 de 1953

Dr. J. J. Hernández Arregui
Bulnes 1393 - Capital

De nuestra más alta consideración:

Hemos tenido el agrado de recibir un ejemplar del texto leído por usted en la audición "Vida Artística", correspondiente al último sábado y que versó sobre nuestro libro *El psicoanálisis hoy*. Dada la calidad científica y literaria de ese comentario, y del interés que suscita esa audición, tenemos el agrado de hacerle llegar nuestras más cálidas felicitaciones, tanto por su feliz intervención personal como por la importante obra de difusión cultural en que usted colabora.

De nuestra parte, nos gustaría contribuir a ella en la medida de nuestras posibilidades. Entendemos que una forma de hacerlo sería la de hacerle llegar obras susceptibles de ser comentadas. Nuestro sello publica además de obras de psicoanálisis otras de psicología, psicología social y filosofía, según podrá usted observarlo en los folletos adjuntos. Nos sería muy útil que usted tuviese la gentileza de informarnos en cuáles de esas materias está interesado a los fines del comentario. Una vez en posesión de su respuesta, procederemos a hacerle llegar las novedades que en ese campo fuésemos publicando. De otra parte, nos sería igualmente orientador saber si los comentarios sólo pueden versar sobre obras muy inmediatamente aparecidas o si igualmente tendría interés en otras que tuviesen algunos meses de antigüedad. Es este el caso, por ejemplo, del libro de J. C. Flügel *El psicoanális de la familia*, del cual el último número de la Revista de Psicoanálisis dice que es "un excelente medio de información para todas aquellas personas que deseen enterarse de las bases de la concepción psicoanalítica".

Quedo, pues, a la espera de sus orientaciones para remitirle todo material libresco que pudiera serle útil a su fecundo cometido.

Aprovechemos la oportunidad para hacerle llegar las expresiones de nuestra más distinguida

y atenta consideración.

Elsa J. Giacolino

Gerente

Casa Jacobo Peuser S.A.C. e I. - San Martín 200 - Buenos Aíres

Buenos Aires, noviembre 19 de 1954

Dr. J. J. Hernández Arregui

Bulnes 1393 - Capital

De nuestra consideración:

Nos es grato dirigirnos a usted acusando recibo de su semblanza del libro *Vida de Lucio V. Mansilla*, de E. Popolizio y que nosotros hemos editado.

Mucho agradecemos su atención y nos permitimos felicitar a usted por la objetividad e imparcialidad de juicio con que encara la crítica literaria.

Saludamos a usted muy atenta y cordialmente

Ss. Ss. Ss.

Casa Jacobo Peuser

S.A.C. e L

Algunas cartas de escritores “antitotalitarios”

Buenos Aires, 25 de agosto de 1954

Doctor J. J. Hernández Arregui

Capital

De mi mayor consideración:

Varios amigos que habían escuchado su audición de Radio del Estado sobre *La quemazón* me hablaron de ella con gran simpatía. Me quedé con la pena de no haberla escuchado y podrá imaginarse el placer con que he recibido copia de la misma. Después de tantos comentarios anodinos que se leen en los grandes rotativos (agua con azúcar) reconforta ver que hay críticos que leen los libros. Que dicen sobre ellos cosas sustanciosas, que dicen lo que piensan, sea ello halagüeño o desagradable para el autor. Estoy, en general, de acuerdo con lo que dice sobre *La*

quemazón; me han agradado los elogios que hace y reconozco que tiene razón sobre los defectos que señala.

……………………………………………………………………………………………………

... su comentario ha sido de una precisión tan absoluta que daba pena pensar que existía una laguna...[64]

……………………………………………………………………………………………………

Su comentario sobre *Judas* me ha gustado también muchísimo. Mi plan de publicaciones es todavía confuso (...) Le agradezco sinceramente por la gran ayuda que representan para mi naciente empresa sus largos e interesantes comentarios y, además, con toda mi simpatía del escritor al colega que trabaja desechando lo fácil del comentario anodino para lanzarse a la médula de los personajes, de las cosas y de los pensamientos del autor. Acabo de mudarme a este departamento y no he conseguido todavía que me transfieran el teléfono, pero le daré mi número en cuanto lo consiga. Me interesa muchísmo el calor, la vida que pone en sus críticas y quisiera seguirlo en sus comentarios.

Aprovechlo para estrecharle la mano muy cordialmente.

Juan Goyanarte

Buenos Aires, 4 de octubre de 1952

Sr. J. J. Hernández Arregui
Distinguido señor:

……………………………………………………………………………………………

Le agradezco la atención que ha prestado usted a mi obra y la extensión con que la ha comentado. Revela usted penetración y fineza para captar intenciones y alcances. Creo una obligación explicarle que Lugones –estudiado en el prólogo– no fue incluido por cuestiones de derechos. Fue uno de los autores propuestos. Sin duda imaginará las muchas razones de este tipo que han conspirado contra la antología “ideal”. Estamos muy lejos de la madurez en cuanto a costumbres literarias.

Nuevamente le expreso mi reconocimiento y me atrevo a expresarle mi deseo de tener su disertación en el texto original.

---

[64] El autor hace referencia a un largo fragmento anterior de la carta, sobre un conflicto entre camioneros y chacareros en Bahía Blanca, que no es necesario transcribir aquí. (J. J. H. A.)

Suyo affmo.

Antonio Pagés Larraya

Ediciones Imprenta López

El universo de la Ficción - Director: Ernesto Sabato

15 de mayo

Estimado Hernández Arregui:

Tengo mucho interes en que colabore en esta enciclopedia, en el tomo dedicado a la literatura iberoamericana. Creo que algunas de las cosas que usted dice sobre mí en su libro son justas; otras, en cambio, las considero injustas. De todos modos y precisamente por estar en esa posición, creo necesario que usted colabore en la obra. Por otro lado, no dudo de su capacidad y de su buena fe.

Suyo cordialmente.

Sabato

"Le ruego se ponga en contacto con Ferro, secretario de la obra. Con el cargo que acabo de asumir (se refiere a la dirección general de Relaciones Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, en el cual acababa de ser nombrado por la Revolución Libertadora. J. J. H. A.) ando como bola sin manija. Pero me resultará muy grato hablar con usted, cuando quiera venir por la Dirección de Relaciones Culturales". Es innegable que esta carta revela la calidad humana nada común en los intelectuales que combatieron a Perón. Y no soy yo quien ha de retacear a Ernesto Sabato esta virtud. Eran los días en que el autor de la carta pronunció un discurso ante el canciller, titulado "*Tenemos que ser una Nación*", y que era la negación e incluso su "mea culpa" con relación a las ideas políticas expresadas en su libelo *El otro rostro del peronismo* (J. J. H. A.).

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Dirección General de Relaciones Culturales

Director General

7 de junio

Mi estimado Hernández Arregui:

Con mucho retardo recibí su carta. Y me alegro que mi ofrecimiento haya tenido tan noble acogida. Estoy loco organizando esto. No soy, como se podrá imaginar, ni burócrata ni funcionario, y Dios quiera que nunca llegue a serlo. Pero una vez que aquí las tareas mecánicas estén en manos de funcionarios adecuados, volveré a mi tarea esencial, a la única que me preocupa: la de expresar de alguna manera el drama de un hombre de mi clase y de mi generación. Esto es lo único que pretendo y para lo único que me tengo cierta fe, muchas veces vacilante y muchas veces renaciente. El *Adolphe* de Benjamín Constant describe una clase de gente que puede merecer el juicio A o B de la sociología, pero cómo ¡la describe! ¡qué maravilloso e imperecedero documento! No digo nada de *Madame Bovary* y de otras novelas semejantes. Creo que eso es lo que debemos aspirar a hacer acá, en lo que a la novelística se refiere. En fin, cuando nos veamos ya hablaremos de muchas cosas que se nos interesan en común. Mientras tanto, querría que usted escribiese algo para la parte latinoamericana de la enciclopedia. ¿Por qué no se pone en contacto con el secretario de la enciclopedia, Ferro? Por el momento tengo todo eso abandonado. Dentro de unos quince días, en que esta máquina supongo marchará, me gustaría que nos viésemos. Para esa fecha, ¿por qué no me telefonea? Un cordial apretón de manos.[65]

Sabato

Al señor Director General de Relaciones Culturales

Dirección General

Doctor señor Ernesto Sabato

---

[65] El señor Sabato parece tener una idea bastante confusa de la sociología como método de interpretación de las corrientes literarias. Al parecer, cree que son incompatibles el goce artístico de las obras de Constant o Flaubert con su valoración como documentos históricos. No hay tal incompatibilidad. Por ejemplo, la última novela de Ernesto Sabato *Sobre héroes y tumbas*, enteramente dispar en valor estético, es al mismo tiempo un documento como expresión de una generación intelectual que jamás se librará de sus ligazones materiales, políticas, históricas, con la Argentina colonial. Y así, junto a ese valor sociológico de documento histórico, y al lado de sus fragmentarios valores estéticos, puede anticiparse que esa novela no perdurará como obra artística, pero sí como testimonio negativo con relación a la generación intelectual de Sabato.

Su despacho

1º de julio de 1959

Mi estimado Sabato:

Creo un deber escribirle. He leído las palabras pronunciadas por usted, al hacerse cargo de la Dirección. Más aún –cosa excepcional en mí–, las he difundido. No creo que la intelectualidad argentina, en su conjunto, evolucione con la honradez y franqueza que lo ha hecho usted, pero en cambio sí creo que ahora será usted escuchado, respetado y seguido por muchos argentinos desconocidos. Y tal es el sentido –el único que merece ser vivido– si realmente se es un escritor.

En pocas palabras, sin valilaciones y sin frases, ha planteado usted el problema en sus términos verdaderos. Y quizá un folleto que lo ampliase adquiriría resonancia excepcional. Como carezco de compromisos y me jacto de una absoluta independencia intelectual, lamento no estar vinculado a diarios y revistas, pues sus palabras me impulsaron a escribir una nota sobre el significado de su pensamiento actual. De cualquier modo, le haré llegar su breve pero importante disertación a Raúl Scalabrini Ortiz. Asociado a esto, estoy convencido de que su proyecto referente a una novela sobre su generación, no sólo se convertirá en realidad, sino que significará, efectivamente, una novela argentina.[66]

Lo saluda afectuosamente

J. J. Hernández Arregui

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Dirección General de Relaciones Culturales

Director General

5 de julio

---

[66] La novela que Sabato anunciaba, sin duda *Sobre héroes y tumbas*, no sólo no fue la novela de la generación del autor, sino "una novela más" de esa generación, triturada por el país. No he podido encontrar, aunque se halla entre mis papeles, una segunda carta, en la que, con referencia a la novela que anunciaba, le decía yo a Ernesto Sabato que era el hombre indicado para escribirla, pero al mismo tiempo le advertía la dura lucha que habría de afrontar consigo mismo y con los círculos a los que había estado ligado siempre. *Sobre héroes y tumbas* confirma ese pronóstico. Sabato ni rompió consigo mismo ni con tales círculos. En cambio, volvió a ligarse a la cultura oficial.

Mi estimado Hernández Arregui:

Le agradezco de todo corazón su generosa carta. Es Ud. un gran tipo y creo que seremos grandes amigos. Ojalá no lo defraude ni defraude a tanta gente con la novela que preparo. En cuanto al problema ideas, me gustaría leyese mi polémica con Borges en *Ficción*, hace ya varios números. También querría que leyese el artículo sobre juego y compromiso que publicó la revista colombiana que le mando y el que publiqué en *Gaceta Literaria* sobre Discépolo y la tristeza argentina. Con estos materiales y algunos reportajes, tal vez sería bueno hacer una recopilación, porque creo que muestra mi evolución hacia un concepto nacional de la literatura. El conocimiento de UNO pasa a través de los OTROS (de los otros "YOS", como diría Unamuno, ese gran paisano gallego). ¡Cuánto le debo a la crítica de buena fe! ¡Un abrazo fraternal![67]

Sabato

Punto y Aparte y L'sprit des Lettres, por favor me los devuelve, porque no tengo otros ejemplares.

Otras Cartas de Autores Argentinos

Buenos Aires, noviembre 19 de 1954

Dr. J. J. Hernández Arregui
Presente

Estimado doctor:

Mi amigo Julio Caillet-Bois me dice que Ud. tendría la intención de hacerme un comentario sobre mi libro *Vida de Lucio V. Mansilla*. Me es grato remitírselo. Sería para mí un verdadero placer escucharlo. Desde hace mucho tiempo sigo con interés sus críticas que considero, sin

---

[67] El señor Ernesto Sabato ha cambiado mucho desde entonces. Ahora, sin ningún motivo valedero, y además a destiempo, no sólo ataca al señor Hernández Arregui, sino que hace la defensa de Jorge Luis Borges, a diferencia de aquellos días en que atacaba al señor Jorge Luis Borges y reconocía la buena fe de Hernández Arregui. No se trata de Borges poeta. Jamás le hemos negado méritos. Sino de la significación de Borges como pavo real de las letras untado por la oligarquía mitrista. Borges es un hecho político más fuerte que Ernesto Sabato y la reconciliación de ambos por vía de la poesía pura tiene un significado político, no poético. Esa es la verdad. Aunque duela.

ánimo de halagarlo, de las más serias y responsables que se hacen en el país. Tienen un contenido concreto, libre de la hojarasca que suele emplearse; se señalan con nitidez los defectos y méritos de las obras comentadas. En una palabra: se hace crítica auténtica, no gacetillas o notas bibliográficas que, lamentablemente, es casi lo único que publican nuestros diarios.

……………………………………………………………………………………………

Creo que le será imposible, dadas sus ocupaciones, comentar mi libro el sábado próximo, en que oiré su última disertación de este mes, yo le ruego, si no ve en ello inconveniente, que postergue su comentario para el momento de mi regreso, el que le haré conocer inmediatamente de producido.

……………………………………………………………………………………………

En cualquier forma, me considero feliz de haber tenido oportunidad de realizar este intercambio epistolar con un crítico de su categoría intelectual y de tan autorizada, agradable y persuasiva palabra.

Le quedo agradecido por su bondad y me es grato saludarle muy atentamente.

Enrique Popolizio

Sr. J. J. Hernández Arregui
Presente

Estimado señor:

He escuchado muy complacido su disertación del sábado pasado por Radio del Estado acerca de mi *Vida de Lucio Vi Mansilla*. Le quedo muy agradecido por haberse ocupado de mi libro. No le he escrito antes porque esperaba de un momento a otro recibir la copia prometida, cuyo ofrecimiento me tomo la libertad de recordarle en esta oportunidad. Sus palabras me estimulan y halagan por provenir de un crítico cuya independencia le confiere gran autoridad moral. Sus reparos los encuentro justificados: no he pretendido escribir una obra perfecta y creo que cualquier autor puede considerarse feliz cuando, como en este caso, los méritos que el crítico señala se compensan con creces con los reparos apuntados, con más motivo, cuando ellos se refieren, casi todos, más que a la obra misma, al personaje elegido.

Reiterándole mi profundo agradecimiento, me es grato saludarlo muy cordialmente. S. S. S.

Enrique Popolizio

Rosario, agosto 24 de 1953

Sr. J. J. Hernández Arregui
Presente
De mi consideración:

He recibido su carta y escuchado su comentario sobre mi libro *Cuentos correntinos*. Por ambas cosas muchísimas gracias. Próximamente le haré llegar mis dos últimas obras, no ya para el juicio, por tratarse de obras teatrales que escapan a su esfera, sino por la particular satisfacción de enviárselas a quien puede valorarlas con esa rara ecuanimidad que es su característica esencial: sin excederse en los elogios ni ensañarse en la disección de los errores.

……………………………………………………………………………………………

Nosotros, los escritores provincianos, no podemos ver sino con agrado una acción argentinista como la suya que no se concreta solamente al libro publicado por editoriales porteñas y ve más allá de esa frontera artificial que ha levantado un estrecho círculo de intereses creados y de pseudo cenáculos literarios sin cuyo espaldarazo es imposible el triunfo. Correntino arisco como soy, me voy abriendo paso a fuerza de ponchazos y puedo decir ahora, que ya ha pasado el comentario, que mis libros *La selva y su hombre* y *Litoral*, se han agotado, que la primera edición de *Cuentos correntinos* (2.000 ejemplares) se agotó en cuatro meses, que la segunda de 2.500 va saliendo tan bien que ya se me ha apalabrado para una tercera edición para fines de este año, y eso sin ser amigo de Victoria Ocampo, ni estar recomendado a ningún crítico me parece que es algo. Perdóneme este arranque un poco ególatra, pero quienes padecemos la insuficiencia de celebridades hechas a dedo tenemos derecho al ¡Piu... ju... ju...! de nuestra rebeldía. ¿Sería mucha molestia solicitarle una copia de su trabajo para rumiarlo con todo detenimiento y extraer de él sus acertadas enseñanzas?

Saludos cordiales.

Velmiro Ayala Gauna

Rosario, abril 25 de 1955

Dr. J. J. Hernández Arregui
Presente

Mi estimado doctor:

Recibí su carta con la alegría de los viejos encuentros y me complazco en agradecerle los generosos conceptos que tuvo para mi obra con motivo del premio de la *Comisión Nacional de Cultura*. Ahora bien, con respecto a mi *Leandro Montes*, yo no quisiera que viera en él un cuento más o menos largo o una novela, sino el mensaje del hombre de mi tierra. Quise hacer sentir la rebeldía del "mensú" explotado en los yerbatales, del peón correntino sin un pedazo de tierra, en una provincia de latifundios y el "hachero" tratado como bestia en La Forestal. Posiblemente me habrá faltado garra y estilo para lograrlo, pero lo que anhelaba es que se conociese a ese hombre auténticamente nuestro que no se rindió ante los fracasos y paseó por la vida con su protesta y su esperanza "alguna vez". No sé si sabrá que no soy escritor profesional ni pertenezco a ningún círculo literario, sino que soy un hombre que, frente al desconocimiento de la región mesopotámica, me lancé a esta aventura, un poco quijotesca, de hacer conocer "a mi tierra y a mi pueblo". Posiblemente, luego de una colección de cuentos con don Frutos Gómez, un comisario correntino, vuelva a mi silencio anterior, ya que ahora hay muchos que empiezan a descubrir mi litoral.

Cordialmente

Velmiro Ayala Gauna

Biblioteca México
Laza de la Ciudadela N° 6
México D. F.

Febrero 4 de 1958

Sr. Dr. Don J. J. Hernández Arregui
Buenos Aíres, República Argentina
Mi estimado y fino amigo:

Mucho le agradezco el envío de su notable libro *Imperialismo y cultura*. Es un tesoro de informaciones y de reflexiones, que mucho me ha ayudado en mi deseo de darme cuenta del pensamiento contemporáneo y debo reconocer que ha variado mi pensamiento sobre los escritores más conocidos de la Argentina.

Recuerdo a todos ustedes, mis amigos de Mendoza, con el mayor afecto.

Lo felicito por su valioso libro y me pongo a sus órdenes como su amigo invariable y S.S.

José Vasconcelos

Una carta de Luis María Albamonte y una aclaración

Ciudad Trujillo, 29 de octubre de 1959

Sr. Dr. J. J. Hernández Arregui

Buenos Aires

Querido amigo:

Hace mucho tiempo, quizá 18 meses, entregué a un amigo una carta para usted, que estoy seguro no llegó nunca, porque en ese caso yo habría recibido respuesta de usted, tantos y conocidos son los dirigentes que viajan a Ciudad Trujillo. En aquella carta ponía ya mucho interés en logar una directa comunicación con usted, con el general Perón, convencido como estaba de que, de alguna manera, usted daría relieve público a su pensamiento sobre la realidad de la situación que vivía la Argentina, con sus consecuencias posteriores. Mi intuición no falló y pronto tuvimos noticias de su jerarquizado quehacer. Lo felicito. Le hago mención de este hecho para que tenga usted la seguridad del reconocimiento que le guardo por la desinteresada colaboración que usted me prestó en la Escuela Argentina de Periodismo, y que fue tan honrosa para ese establecimiento, y de mis deseos de que aporte intelectual tan ponderable como el de usted, apareciera, apoyado por el propio general Perón, en momentos que dirigentes sin escrúpulos, y ahora desaparecidos, podían desalentar la mejor intención y la buena voluntad más sincera.

Después leí *Política y cultura*. Es realmente formidable. Y perdurará, no le quepa la menor duda. Aunque hubiese sido maravillosamente útil en la época del gobierno peronista, el haberlo lanzado a la calle bajo la persecución de los salvajes que detentaban el poder, es mérito que lo enaltece.

……………………………………………………………………………………………………

No obstante encuentro en su libro una injusta referencia a Luis María Albamonte que, no por brevísima, me ha dolido menos. Aquella que me aparea a Borges en una creación literaria de torre de marfil, de evasión y deshumanización, frente a los graves problemas que nuestro pueblo padecía y de los enemigos que conspiraban para evitar el bienestar de la comunidad y la

grandeza de la Nación. Tal mención es tremendamente injusta, y no creo, bajo ningún concepto, que usted se regocije en la injusticia, especialmente en la que puede sufrir un amigo que lo admira y mucho lo estima. Yo creo que el error de esa apreciación proviene del apresurado enjuiciamiento de una obra que no es conocida, sino en lo más reciente y de mayor notoriedad. En 1928 publiqué en la muy oligárquica revista *El Hogar* un cuento impropio de la pulcritud e hipocresía del espíritu de esa heraldo "fifí" del barrio norte. Tenía yo 17 años y era mi primer trabajo literario. No planteaba en él un problema social derivado del estado económico del país, pero sí de la pesadumbre moral que se escondía en las mansiones de los oligarcas. No le fue muy bien a Tirso de Molina, secretario entonces de *El Hogar*, por haber autorizado esa publicación. Inmediatamente después, *Crítica* publicó en su suplementó en colores cuentos míos, uno de los cuales recuerdo perfectamente, y cuya reproducción conservo en Buenos Aires, "El tríptico", que era un brulote feroz a la explotación del hombre por el hombre, a la miseria en que se lo sumía despidadamente. Por aquella época y como consecuencia de estas publicaciones, no hubo entidad izquierdista que no me invitara a sus cenáculos. En 1933 publique mi primer libro. Folco Testena en el *Giornale d'Italia* comentó esa novela, *Yuba*, con un título espectacular que decía: "Ha escrito su primera novela y le ha resultado una obra maestra". *Crítica* dijo: "Con la fuerte historia de dos pibes surge un novelista de garra". Esto como título extraordinario, y a continuación: "¿En qué literatura del mundo existen páginas como éstas?". La novela tenía como tema la historia de dos adolescentes abandonados por la sociedad, hambreados, explotados, uno de los cuales termina en la muerte infame y otro en la delincuencia, ambos desalentados, destruidos por la actualidad en que estaban aprisionados. ¿Era eso hacer una literatura de evasión? Le sigue a *Yuba*, un libro de cuentos: *El pájaro y el fantasma*. Todos los niños, que son los protagonistas de los cuentos, son víctimas de todas las lacras sociales. En seguida, editado por "Ercilla" de Chile, *El milagrero*, novela de hambre, como no recuerdo se haya publicado algo semejante en la Argentina, con temas tan descarnadamente tratados y qué, entonces, alcanzó gran tiraje en toda América, según rendición de cuentas de la misma editorial. Lo que de este libro se dijo como elogio me produciría rubor repetirlo. Cuentos de ruda y franca intención social encontrará usted en *La paloma de la puñalada*, Premio Municipal de Literatura otorgado en 1940, que tuvo resonancia inesperada para mí. Con sólo el cuento "La monstruosa alcancía", ese libro adquiría una combatividad social imposible de disimular con la arquitectura sutil de los restantes.

……………………………………………………………………………………………

De *Puerto América* se vendieron en 1940 más de 20.000 ejemplares por conducto de una editorial, A. L. A. Club de Amigos del Libro, y si no es esencialmente un alegato social, refleja una realidad argentina. ¿Es esto literatura de evasión?

Finalmente dejo de publicar libros. Hago mutis por el foro como escritor. Exactamente 10 años (...) El periodista ocupaba el lugar del escritor, porque podía ser más útil que éste a la causa del pueblo, en razón de los medios de difusión y de la resonancia directa de su trabajo ¿Esto es semejante a lo que hacía Borges? El prólogo de *El viajero hechizado* lo dice expresamente. La literatura de evasión aparecería en *El viajero hechizado*, Primer Premio Nacional de Literatura. Sin embargo hay ahí tres cuentos: "El almanaque", "El incendio" y "Tamber tiene un ángel, que son, en resumidas cuentas, el elogio a la política agraria, a la política obrerista y de la *Fundación Eva Perón*. Si ello no bastara, el libro tiene una dedicatoria: "Al general Perón, Libertador de mi Patria" (...) Por otra parte, *El viajero hechizado* que usted elogió con calificativos excepcionales por Radio del Estado, copia de su crítica que conservo como premio generoso y honrosísimo, es la reunión de cuentos publicados con anterioridad al peronismo en *La Prensa*, *La Nación*, *El litoral*, *Los Andes*, etc.[68]

Durante el peronismo publiqué en tirada de 100.000 ejemplares, *La prensa amarilla* y *La verdad periodística*. Estoy esperando todavía que alguien dispare una andanada tan feroz como la mía contra el infame aparato periodístico norteamericano... ¿Esto era vivir al margen de la revolución peronista?[69]

……………………………………………………………………………………………

Su libro perdurará y no quisiera ser víctima en él de una calificación injusta, porque es un

---

[68] El autor no percibe que, como destino del periodista colonial, lo único que hacía era colaborar en la prensa de la oligarquía, lo cual no desmerece la calidad estética de esas creaciones. Pero que carecían de intención política se prueba por el hecho de que esa prensa antinacional los aceptaba en sus ediciones dominicales.

[69] Esto exige una aclaración. Si como periodista Américo Barrios no nos interesa aquí, mucho menos como escritor político. Por otra parte, ese trabajo, *La prensa amarilla*, no es más que un resumen del libro de Víctor Seldes *Los amos de la prensa*. Y aquí viene bien aquello, falsamente asignado a Aristóteles, de "Yo soy amigo de Platón, pero más amigo aun de la verdad".

libro que sirve estupendamente a la causa del pueblo. He sonreído ante las infamias de nuestros enemigos, dedicados a enlodar nuestro nombre y enturbiar nuestra acción abnegada y patriótica. Pero me entristece ser víctima de la ligereza de un amigo.

…………………………………………………………………………………………

Escríbame y pronto. Me daría un gran alegrón recibir carta de usted. La espero.

Luis María Albamonte

Buenos Aires, noviembre 4 de 1959

Sr. Luis María Albamonte
Ciudad Trujillo

Mi querido amigo:

He recibido su carta con alegría. No me ha llegado ninguna suya con anterioridad, y aunque en realidad no mantengo relaciones con personas que viajan a Trujillo, efectivamente las hubiese buscado, de haber recibido su carta, teniendo en cuenta lo que usted me dice de Perón. Le agradezco mucho sus conceptos sobre el libro, cuyo mérito reside en que fue escrito en una época que no era la más propicia. Naturalmente, ese trabajo me ha creado odios definitivos, pero entiendo que el destino de ciertos hombres es afrontar las cosas. Como usted comprenderá, se me han cerrado todos los caminos. Pero no me siento desconforme, acostumbrado, como estoy, a afrontar las malas situaciones con mi mujer.

En cuanto a lo que usted dice, respecto a la vida intelectual en épocas de Perón, en parte, eran los equipos. Pero sobre todo el país. En tiempos de bonanza no surge una literatura revolucionaria, y si después de la caída de Perón han aparecido algunos buenos libros nacionales, el hecho es muy interesante, pero no cambio esos libros, incluido el mío, por la desdicha gratuita que se ha abatido sobre la patria. En suma, le agradezco muchos sus elogios sobre *Imperialismo y cultura*, y los tengo en justa estima. Estoy preparando otro, que creo será más eficaz: *La formación de la conciencia nacional*. Saldrá, espero, en marzo. Y sé los odios que desatará. La personalidad de Perón vertebra todo el trabajo y es una crítica a las izquierdas argentinas sin conciencia nacional y al nacionalismo de derecha, con conciencia nacional y sin amor al pueblo, como digo en el prólogo. Está escrito con relación a Perón, eludiendo los lugares comunes, los elogios innecesarios, sobre todo tratándose de una figura política como la de Perón, incorporada

definitivamente a la historia nacional. En otra forma, despreciando las falsas fidelidades que ningún bien le hacen al movimiento, y que han determinado mi voluntad de servirlo sin mantener contactos con personas y políticos, pues mientras el país se prepara para una etapa decisiva de su destino, en la que Perón es una personalidad clave, ellos, en tanto hombres, vuelan bajo. Es la naturaleza humana, sin duda. Y lo comprendo. Pero al mismo tiempo, lo único que me interesa, lo único que rompe mi silencio, es la clase obrera. Lo demás, marchará condicionado por ella. Aunque las otra fuerzas, que ahora lo halagan, crean que dirigen el proceso histórico.

Pasemos ahora a su injustificada reacción frente a la cita que hago de usted en mi libro. No he cometido ninguna ligereza. Uno de los pocos pasajes del trabajo, en que no hago crítica, es ése. Léalo bien y lo interpretará. El hecho de que su nombre aparezca junto al de Borges, es deliberado, pero la intención es inversa a la que usted parece suponer. No olvide, además, que usted está en ese pasaje, junto a escritores de orientación nacional, como Gálvez o Marechal, cualesquiera sea la opinión sobre ellos. Lo que pasa, estimado amigo, es que usted tiene la sensibilidad del literato. Y además lee de prisa. ¿No comprende que al citar su nombre como cuentista, pues yo a usted lo cito exclusivamente como *cuentista fantástico*, les recuerdo, en realidad, a los cipayos, hoy de nuevo propietarios de la cultura, que hay escritores como usted con mayor calidad que sus mitos? No puede usted dudar de lo que pienso respecto a Borges. Ahí tiene mi libro. Y lo mismo había dicho, con la altura que correspondía, por Radio del Estado en tiempos de Perón. No soy de los que eluden sus juicios. Casi le diría, es mi desgracia. Pero al lado de mi lucha, soy un hombre justo. Borges, al margen de esto, es un escritor, el mejor de su generación encanallecida, y la crítica, sin dividir los términos, no debe callar los méritos poéticos de su obra. Lo que pasa es que, en la Argentina, por las causas que se exponen en el libro, no hay una crítica honrada. Ahora bien, aclarado esto, cuando me refiero a usted, no lo califico ni artística ni poéticamente. Toco una cuestión histórica, no literaria. De otro modo, señalo cómo el espíritu envolvente e invisible de la "década infame", la desesperación de aquellos días, la pobreza, la soledad, el sentimiento generalizado en los argentinos de una frustración nacional, se expresaba también en la literatura del período, al margen de que los artistas fuesen o no conscientes del peso de la realidad que los circunvalaba y arruinaba como argentinos sin fe. Por otro lado, mi opinión sobre sus cuentos fue públicamente expresada por Radio del Estado. Y no soy de los que calibran sus críticas. Ya sean positivas o negativas. Antes de la caída de Perón, leí, impresionado por su libro, *Yuba*. Efectivamente, es una excelente novela. ¿Pero no comprende

usted que por encima de su humanidad –y el humanitarismo no sirve para nada– esa novela confirma, con el infortunio de sus personajes, el clima doloroso que pesaba sobre usted mismo en aquellos días de dolor nacional? Aunque el escritor no lo sepa –generalmente lo ignora– su obra refleja una realidad condicionante. Y la tristeza de esa obra suya, tierna –demasiado tierna–, no hubiese surgido en la época de Perón. Y, efectivamente, no apareció ninguna obra desoladora, pues Perón rompió con ese fatalismo esprirtual, que en realidad, era miseria material. Hambre. La sorpresa poética que experimenté cuando leí su libro de cuentos, y que volqué en un comentario radial como usted lo recuerda en su carta, nada tiene que ver con la significación social de la obra y del escritor en su relación con el mundo que lo rodea. Su obra, es por un lado artística. Y por el otro insegura, vencida por la vida.

Deseo le exprese al General Perón mis respetos y mi solidaridad de argentino. En la modestia de mis medios, espero ser útil al movimiento, que es el de la nación misma, con el libro que estoy preparando.

En cuanto a usted, reciba la afectuosa estima de su amigo.

Lo abraza.

J. J. Hernández Arregui

P.D.: Hablando de “ligerezas”. Mi libro no se titula *Política y cultura*, como usted escribe en su carta. Mi libro se llama *Imperialismo y cultura*. Ese fue un error de la revista *Qué*, al parecer deliberado. Espero que lo tome en broma. Pero tratándose de ligerezas... Otro abrazo.

Un intercambio epistolar con don Manuel Gálvez

Buenos Aires, marzo 18 de 1958

Hernández Arregui:

Le agradezco a usted mucho las palabras que me ha dedicado como novelista. Pero protesto –y este es el objeto de las presentes líneas– por su afirmación de que soy un católico por compromiso. Es decir, que usted me considera un falso católico, tal vez un farsante. ¿Quién le puede haber dicho de mí esas cosas? Usted no las ha inventado. No me conoce. Creo que jamás habló conmigo. Está usted en un error. Soy un católico ferviente y practicante. Quienquiera que me conozca se lo dirá. ¿Y con quién sería ese compromiso? ¿Con el clero? ¿Y para qué? Nada me ha dado el clero, en cuanto a ventajas materiales. Actualmente, sólo tengo amistad con Castellani, al que, por otra parte, veo muy raramente. A mi casa no viene ningún sacerdote.

Conozco desde hace años al arzobispo, y, a pesar de que vivo a dos cuadras de la curia, no he ido a saludarlo. Es evidente que usted ignora lo que es ser un católico de verdad. Créame que la condición de católico fervoroso no le trae a uno sino desventajas e inconvenientes. Es un sacrificio muy grande, un tremendo sacrificio ser católico del modo como yo lo soy. Para el escritor católico no hay sino desventajas. A mí me han "caído", generalmente, los periódicos católicos. Algunas novelas mías, como *La maestra normal*, han sido consideradas por los católicos, y con enorme injusticia, como pornográficas. Algunos amigos han creído que debía rectificarle a usted públicamente. No he querido hacerlo. Me basta con que usted sepa la verdad. No hay para qué decir que no le tengo a usted el menor rencor, ni fastidio, ni resentimiento. Hasta me gustaría estrechar su mano y conversar alguna vez con usted, ya que tantas coincidencias tenemos en nuestras ideas.

Sólo me queda el felicitarlo por el éxito intelectual de su libro y saludarlo con sincera cordialidad.

Manuel Gálvez

Buenos Aires, marzo 27 de 1958

Al Doctor
Don Manuel Gálvez
Su casa

Distinguido Doctor Gálvez:

Me parece muy bien que no haya hecho caso usted a sus amigos que le aconsejaban una aclaración pública, pues invirtiendo la frase de Perón, *para un católico no hay nada peor que otro católico*. Es decir, los católicos son malos consejeros. Es inexacto que yo lo trate a usted de hipócrita. Simplemente digo que, como hombre de la Iglesia –y todo católico lo es– usted está necesariamente "comprometido", como lo estamos todos, con el sistema de ideas que abrazamos en la vida y con las instituciones o partidos que representan esas ideas. Mi opinión no va más allá de eso. Es también inexacto que alguien me haya informado sobre su persona. No me interesan los intelectuales ni sus chismes personales. Y pienso que, a los escritores, hay que leerlos pero no frecuentarlos. Una de las causas del éxito de mi libro –el único quizá– es esa independencia intelectual que lo hace nuevo en un medio corrompido por los intereses de círculos, ya sean de

izquierda o de derecha, hecho que hace tan difícil la crítica, o mejor tan rara. Es también inexacto que yo, ateo, ignore lo que es ser católico, como es cierto que usted, un buen católico militante, carece de profundidad religiosa en el tratamiento artístico de sus personajes creyentes. Nietzsche, por ejemplo, conocía el problema religioso, y lo "sentía" más que todos esos que usted justamente acusa de calumniadores de novelas como *La maestra normal*. Otro caso: la crítica a la religión de K. Marx, jamás pudo haberse cumplido, sin clara conciencia del hecho religioso. Ahora bien, mi opinión sobre la cuestión religiosa es bastante simple: para mí el inconveniente de los católicos es que no son cristianos. Fuera de eso son perfectos. Salvo para dar consejos. En suma, creo que es correcto aquello de la "indignidad" de los cristianos, aunque no estoy seguro de la "dignidad" del cristianismo.

Aclarada esta cuestión, y al margen de la corrección o falsedad de mis juicios, sobre su obra, le ruego piense usted en los inconvenientes que me ha traído juzgar a usted "*el único novelista argentino de significación nacional*". Lo cual, en un hombre de ideas radicales, como soy, no es poca cosa. Y tanto, que toda la cloaca "izquierdista" ha negado el libro, en buena medida, porque le hago justicia a usted. Vea si no *Nueva Expresión*, N° 1, de este mes, y *Gaceta Literaria*, también de marzo de 1958, y esto sin mencionar la opinión de gente que, justamente con toda la hipocrecía de los "progresistas"–más o menos como la de los católicos– *han "lamentado sinceramente"* mis juicios favorables a Manuel Gálvez. Creo que es más importante, acerca de los valores definitivos de su obra, mi opinión que la de sus adversarios anticatólicos o católicos. Y también es cierto, desviando un poco la cuestión, aunque en relación con otro aspecto de su carta, que si bien usted ha tenido inconvenientes con católicos de sacristía, no lo es menos que un vasto público católico lo lee. Así en las compensaciones de la vida, una mano lava la otra. Y en esto reside –nada más que en esto– el "compromiso" en literatura. O sea, en deberse, por los motivos que sea, a un público.

Tengo muchos motivos de desagrado frente a los católicos y, sin embargo, elogio a un escritor católico. Por eso, su carta, a la que aprecio altamente, me parece, por un lado penosa, pues yo hubiese deseado la opinión de Manuel Gálvez sobre el libro en sí y, por otro lado, la considero un honor, por ser de Manuel Gálvez, un gran argentino.

Le hablo a usted con la franqueza con que usted lo ha hecho, y con el respeto que usted me merece.

Al mismo tiempo, yo también estrecharía su mano para expresarle toda la consideración que

le profeso.

J. J. Hernández Arregui

Buenos Aires, abril 3 de 1958

Estimado Hernández Arregui:

Tendría que escribir muchas páginas para contestar a su carta. ¿Por qué no viene a visitarme? Salgo muy poco por las tardes. Si usted me telefonea, podemos convenir una visita suya. Nada le dije sobre su libro porque no lo he leído. Sólo conozco lo que usted dice de mí mismo y que me mostraron en una librería. Pero lo leeré en cuanto tenga tiempo.

Salúdalo cordialmente

Manuel Gálvez

Buenos Aires, julio 5 de 1958

Estimado Hernández Arregui:

He leído su libro con el mayor interés y muchas páginas con apasionamiento. Y al mismo tiempo con lentitud, pues he ido llenando las márgenes de notas y observaciones. Es un serio y sólido libro, bien meditado, vigoroso por su pensamiento y su forma. Creo que nada sobra y que poco o nada falta. Encuentro algunos errores. Por ejemplo, Spengler no decretó "la muerte de las culturas", sino la decadencia occidental y anunció una nueva cultura. A Capdevila le llama siempre, Capdevilla, y a Larreta, Rodríguez Larreta. En la página 222 dice algo equivocado de los exámenes de ingreso. El doctor Enrique Gaviola escribió páginas desoladoras sobre la ignorancia de los estudiantes. Entre 1.500 exámenes que tomó sólo el 10% de los muchachos sabía hablar. Tiene usted frases magníficas y hace citas estupendas. Sobre el nacionalismo, que no sale mal parado del libro, hay mucho que hablar. Muchos nacionalistas son simples conservadores a quienes sólo les interesa la recuperación nacional y la defensa de la soberanía. Muy pocos son los que tienen ideas avanzadas en materia social. Ya hablaremos de todo esto. Creo que usted da demasiada importancia a lo económico. De su libro se deduce que, a su juicio, sólo puede haber literatura en las naciones económicamente desarrolladas. Sin embargo, de las insignificante Nicaragua surgió el primero entre los poetas de América. Estoy de acuerdo con usted en casi todo. Recomendaré su libro a medio mundo. Lo considero un deber de patriotismo.

Lo felicito calurosamente por su obra –obra buena y obra de bien– y espero que venga pronto

a comentarla. Si usted conociera mi vida, no pensaría que soy capaz de escribir libros de encargo. Le contaré un par de anécdotas significativas. Lamento no poder alargarme. Tengo que contestar, con relativa urgencia, a un reportaje de 50 preguntas, algunas de las cuales son muy raras.[70]

Saludos afectuosos de su colega y amigo

Manuel Gálvez

Una crítica sobre *Imperialismo y Cultur*a que no se publicó

En el prólogo de esta obra, Rodolfo Ortega Peña hace referencia a un artículo sobre este libro, que la revista *Mar Dulce* se negó a publicar. He considerado necesaria su inserción aquí, pues tiene valor con relación a la evolución de la generación intelectual más joven a que

---

[70] Esta carta, generosa y noble, de Manuel Gálvez, determinó mi visita. Pero antes de referir la impresión que me causó, convienen algunas observaciones a la carta misma. Gálvez se equivoca con relación a la concepción vitalista de las culturas de Spengler, para quien las culturas nacen, crecen y muere, como los vegetales. Pero esto carece de importancia. El error respecto a Capdevila pudo deberse a una falla de la memoria visual o errores inadvertidos de imprenta no corregidos. En esta edición se salva el error. A Rodríguez Larreta se le llama así, pues tal era su primer apellido, que suprimió porque le parecía vulgar. Y la réplica más importante. En ninguna parte de este libro se dice que “sólo puede haber literatura en las naciones económicamente desarrolladas”. El mismo Manuel Gálvez, con entera honradez, no dice que yo lo afirme, y por eso usa la expresión: “De su libro se deduce...”. En rigor, la “deducción” es de Gálvez. En cuanto a Darío, no es hijo de Nicaragua, un país ficticio creado por el imperialismo al disolverse el Imperio Español en América, sino hispanoamericano. Como José Hernández. En cuanto a los “libros de encargo” –y aquí la oración se toma por pasiva–, es una “deducción” mía, y no tengo ningún inconveniente en rectificarme. Hechas estas aclaraciones a raíz de esta carta, mantuvimos con don Manuel Gálvez varias entrevistas. Nos entendimos humanamente de inmediato. Me impresionó, con relación a las personas, como un anciano, en general desprevenido e inclinado a hablar de ellas espontáneamente bien. Desgraciadamente, una aguda sordera me impidió ahondar en sus recuerdos y experiencias. Siempre guardaré de este gran novelista, cuyo fallecimiento enlutó a las letras argentinas, un recuerdo imborrable que es el mejor homenaje que puede rendírsele a los muertos que lucharon, como Manuel Gálvez, por la patria y la América Hispánica.

pertenece el autor.

Imperialismo, literatura y ser nacional

A propósito del libro de J. J. Hernández Arregui:

"Se debe elegir para enjuiciar los escritos de los demás el método de la participación en los problemas universales de la razón humana, buscar en la investigación aquello que interesa a la totalidad, si se encuentra que soporta la prueba ofrecer al autor, o mejor al objetivo perseguido, mano bondadosa y tratar el error como algo secundario" (Manuel Kant).

1. La publicación realizada por J. J. Hernández Arregui[71] invita a la polémica. I*mperialismo y Cultura* –(La política de la inteligencia argentina)– es un libro audaz y fuerte. Se enfrenta violentamente con los "valores" consagrados de nuestra literatura, pero no con la limitada violencia del panfleto partidista, sino con la fuerza de la interpretación científica. "El punto de partida es la consideración de la actividad cultural como ideología y en especial con relación a la literatura en tanto personificación encubierta de un ciclo económico", es decir, que el planteo metodológico de Hernández Arregui es el de demostrar la interacción existente entre una faz postrera del capitalismo: el imperialismo, y la "inteligencia" y el grupo de intelectuales, la "élite" que se adscribe a una clase y sirve en su función intelectual al primero. Frente a esta "élite" que en su literatura "refleja" una realidad desarraigada, extranjerizante, existe siempre un conjunto de escritores, artistas, que "sienten" lo propio, lo nacional, pero que encuentran su camino trabado para la publicación y difusión de su obra.

El autor señala en sus primeras páginas la relación existente entre el imperialismo y la crisis espiritual actual, para entrar luego en el análisis de la realidad literaria nacional. Muestra la influencia de Buenos Aires, la ciudad puerto (así lo determinaron los británicos), y nos describe de manera acertada la antítesis Groussac-Alberdi, el intento de una literatura nacional por parte de Lugones, la polémica Florida-Boedo. La caída de Yrigoyen, con una seria advertencia de la situación producida después de este hecho y su analogía a lo acontecido luego de la caída de Perón. Roberto Arlt, Gálvez, Scalabrini Ortiz y un análisis profundo del sentido del tango –desesperación, engaño, soledad y frustración– como expresión de la ciudad puerto. Son los tiempos de Gardel, nuestra realidad se ha alejado a París.

---

[71] J. J. Hernández Arregui: *Imperialismo y Cultura – La política en la inteligencia argentina*, Editorial Amerindia, Bs. As., 1957.

Al afirmarse la oligarquía nace *Sur*. Los capítulos IV y V interpretan la obra de los escritores vinculados a la revista. Su papel antinacional. Para quienes protesten por esas páginas en nombre de la "literatura pura", de la universalidad, debemos recordar que la obra de Hernández Arregui apunta a investigar la política en la inteligencia argentina, y que la presencia de *Sur* en nuestra actual realidad política y cultural puede explicarse por dos razones: una, externa, que la República Argentina no ha conseguido desprenderse de la economía capitalista, imperialista y segundo, una interna, la fuente de recursos que le permite mantenerse económicamente, a la vez que tener un reducido número de lectores. Pero lo que *Sur* no ha de alcanzar jamás es la popularidad, la autenticidad y la universalidad, ya que para conseguirla tendría que dejar de ser lo que es. La posibilidad es siempre anterior a la realidad. Para ser popular debe tener antes en sus páginas *la posibilidad de serlo*.[72]

La caída de Perón significa para Hernández Arregui el retorno de las "élites" que se habían visto desplazadas, y que al caer el gobierno de masas vuelven a su función. El libro concluye con el estudio de la relación del imperialismo y la pequeña burguesía, y un capítulo sobre el destino revolucionario de América, cuya unidad cultural el imperialismo no ha conseguido destruir.

2. Se ha criticado al libro de Hernández Arregui de existir en él una interpretación del ser nacional como algo "telúrico, indescifrable y retardatario", de ser una concepción "tradicionalista", de existir en él "un dragoneo con el marxismo" y de ser "xenófobo".[73]

No estamos de acuerdo con estos conceptos. *Imperialismo y Cultura* no es un libro perfecto, por supuesto. Tiene errores. Pero guiándonos por las palabras kantianas que encabezan este artículo, hemos buscado lo positivo que es mucho y no lo negativo que es poco. Creemos que hablar del "ser nacional" no es hablar de una "esencia metafísica", sobrenatural y oscura, como se ha entendido hace poco en una mesa redonda universitaria. Más bien creemos que todos tenemos una comprensión cotidiana de qué es lo nacional, comprensión aclarable por la historia y la ciencia. Es decir, por la "tradición histórica" que nos ha llevado a ser lo que somos, en una

---

[72] Véase, por ejemplo, la crónica del libro que comentamos realizada en *Ficción* por F. J. Solero, en el que se usa el argumento de que si *Sur* existe y *Claridad* no, es porque la realidad argentina la exige. Además, el libro de Arregui no sería sino una interpretación realizada con anterioridad por ¡el Antiguo Testamento, Herder, y por supuesto Arnold J. Toynbee!

[73] Artículo de Juan Carlos Portantiero, "Nacionalismo y ser nacional", *Nueva Expresión*, Año I, N° 1, Bs. As., enero 1958.

lucha de superación de momentos. La verdad es el todo –decía Hegel con razón–, pero este *Todo*, el concreto, contiene dentro todos los momentos cancelados. Así nuestro ser nacional, lo que hemos llegado a ser como nación, es nuestro todo, pero dentro contiene todos los momentos, aun aquellos que despreciamos. Mas la nega– tividad absoluta que impele el proceso histórico es la clase obrera, heredera del indio perseguido, del gaucho que cantó Hernández, del "cabecita negra", del anónimo fusilado. Ser nacionalmente es todo aquello que se apoya en esta clase obrera frente a su contradicción fundamental: el capital. Creer en una integración nacional, es suprimir, intelectualmente las contradicciones, silenciar en este momento la lucha de clases. Por estas razones creemos que Hernández Arregui tiene razón cuando dice: "Si la clase obrera es depositaría de ese ideal histórico es porque carece de compromisos con el pasado y con el imperialismo". Y no vacilamos en recomendar este libro, que con errores y todo no deja de ser un libro fundamental para quienes estén del lado de "acá" de la lucha.

Buenos Aires, octubre 6 de 1958

Estimado Ortega:

He leído su carta y el comentario sobre *Imperialismo y Cultura*. Con respecto a la primera estoy prácticamente de acuerdo y lo importante es que, a través suyo, aunque usted no lo crea, se mueve una corriente crítica de izquierda que será fecunda. En usted esa posición crítica es ya conciencia del problema, pero en muchos jóvenes sin su lucidez, también las cosas empiezan a comprenderse, aunque más lentamente. Esto es inevitable. Es justa su apreciación sobre la composición de clases del estudiantado, y sin ese criterio teórico ninguna explicación sería correcta. Creo, sin embargo, que usted generaliza en extremo. Justamente, la diversa composición social del estudiantado, pues la clase media no es homogénea, anuncia hechos nuevos que considero positivos. 1°) Que por primera vez desde 1918 se escucha la consigna: *Obreros y estudiantes unidos*, cuando que en 1955 reformistas y católicos estaban vergonzantemente mezclados y aliados contra la clase obrera. 2º) Que los estudiantes reformistas se lancen a la calle al grito de "*Vendepatrias"*, frase de origen forjista y que ahora, por esos complejos procesos históricos, aunque no inexplicables, adquiere una connotación antiimperialista y además revolucionaria, pues no es lo mismo que esa palabra sea usada por la izquierda que por la derecha. Demuestra, además, que el comunismo como partido nada tiene que ver en esa transformación, aunque sin duda aprovechará la situación. Y así, un partido sin

conciencia nacional, comienza a heredar la lucha de argentinos calumniados por ese partido. 3º) El hecho de que la FUA ahora pida el apoyo de los obreros, y que éstos, con extraordinaria inteligencia política les exijan pruebas de que realmente están con la clase obrera, demostrándose al mismo tiempo partidarios de la enseñanza laica, prueba el alto nivel teórico de las masas, particularmente peronistas, y la desorientación de la clase media, siempre dispuesta a traicionar o a claudicar cuando las cosas arden. 4º) Este fenómeno sólo puede explicarse por la revolución operada por el peronismo, que si bien por diversas causas –particularmente los equipos católicos– no creó una universidad a la altura del movimiento, modificó, en cambio, la composición de la clase del estudiantado. Grandes sectores estudiantiles, por eso, sin clara conciencia ideológica, están hoy más cerca del movimiento nacional de lo que ellos mismos creen y esta transformación mental se hace cada vez más consciente. En tal sentido cabe el optimismo.

Respecto a Ghioldi, enteramente de acuerdo. Ahora bien, a pesar de sus reiteradas traiciones al país y al marxismo y a la incapacidad teórica de sus dirigentes, el desarrollo histórico del país y el momento internacional están haciendo por el comunismo más de lo que sus dirigentes se merecen, y este hecho los obligará a tomar una posición nacional, previa una crisis interna del partido que considero próxima e inevitable. En otras palabras, *no es el partido comunista el que está realizando una tarea revolucionaria, sino que es el clima revolucionario que vive el país el que está nacionalizando el partido comunista*. En cuanto al concepto de "integración nacional", efectivamente, sólo tiene sentido alrededor de la clase obrera. Lo demás es una repugnante invención del imperialismo que busca anularla revolucionariamente con la teoría subyacente y reaccionaria de la unidad de clases. Ahora bien, siendo la clase obrera peronista, el ataque a Perón, tanto de stalinistas, trotskistas y "libertadores", es objetivamente una táctica tan infame como divisionista. A Perón hay que tomarlo por lo que representa: el proletariado argentino en un momento de su desarrollo histórico. Por eso no es ninguna contradicción, considerada la historia como proceso, sostener que en estos momentos ser peronista es más revolucionario que ser comunista a la manera de Ghioldi. Este es el verdadero enfoque marxista de la cuestión, pues un marxista no debe manejar abstracciones sino hechos. Y los hechos, como decía Lenin, son tozudos.

II. Con relación a su crítica se la agradezco y confirma intelectualmente la notable evolución política que se opera en su pensamiento. No ignoro que no es fácil escribirla para *Mar*

Dulce y dudo que se la publiquen. Tampoco ignoro los problemas que puede traerle a usted, como afiliado, pero al mismo tiempo contribuirá a que muchos jóvenes comunistas piensen con independencia. Su crítica tiene la cualidad de no deformar el contenido del libro –cosa que han hecho casi todos los "críticos"– y en tal sentido es una excelente síntesis, la mejor, quizá, que se haya escrito hasta ahora. Por ello, empero, me informo de algunas objeciones que se han hecho al trabajo. Con referencia a *Nueva Expresión*, no merece la pena el comentario. El autor no sólo ignora el marxismo, sino que sirve al liberalismo colonial y llega a inventar citas que no figuran en el libro. Con relación a que mi tesis sea "*tradicionalista, telúrica"*, etc., es otro gazapo, pues en el libro se establece claramente en diversos pasajes el carácter relativo de la tradición y "ocasional" –como decía Kant– del factor geográfico, que es también el pensamiento de Marx. Con respecto a la "xenofobia", ya está dicho en el libro, el mecanismo repugnante de esta acusación a todo movimiento nacional, dirigido por el imperialismo con su cohorte de cípayos intelectuales, que al mismo tiempo se llaman izquierdistas. Olvidan que Marx señaló claramente que "*la lucha del proletariado por su emancipación comienza siendo nacional*", aunque sus objetivos finales sean la liberación de la humanidad en su conjunto.

Dice usted que el libro tiene errores. Es completamente cierto. ¿Pero usted se refiere a errores de información o teóricos? Es lástima que no los haya señalado, pues una crítica valiosa como la suya debería hacerlo. Además, al no enunciarlos, queda su juicio como una afirmación sin pruebas, que en cierto modo alegrará a los "críticos" que no solamente no han probado esos errores, sino que han debido apelar al fraude intelectual o a la Biblia para atacarlo. ¿No será –me refiero a los llamados "marxistas"– que ese libro les irrita, primero porque prueba que objetivamente han jugado como intelectuales el mismo papel que los lacayos de la oligarquía, y porque, además, es el primer ensayo marxista de nuestra realidad cultural que se intenta en la Argentina? Tratándose de una interpretación marxista –aunque no a la manera de nuestros marxistas de folleto– el silencio de la prensa comunista es la mejor demostración de lo que afirmo. No es casual que ese silencio haya sido compartido por la prensa cipaya. Tratándose de lo nacional, siempre coinciden nuestra oligarquía y nuestros comunistas, lo mismo que en el apoyo, por ambas partes y, fruto del mismo fenómeno, a los intelectuales negativos como Martínez Estrada. En verdad, los defectos del libro los conozco bien yo y estoy dispuesto a aceptarlos públicamente, del mismo modo que desprecio, y me resultan indiferentes, las críticas deplorables de los "marxistas" que, además, son ignorantes.

En definitiva, le estoy muy reconocido por su crítica, y en cuanto al pasaje final sobre Hegel, no sólo es oportuno, sino que demuestra en usted una formación teórica que no poseen los capitostes del marxismo traicionado en la Argentina.

Le agradezco su fina atención y quedo su personal amigo.

J. J. Hernández Arregui